

Esta obra ofreció por vez primera una visión histórica del apasionante enigma representado por los "objetos desconocidos" que en todas las épocas, pero especialmente desde 1947, se han visto en el cielo. Tema sujeto a controversia, discutido, negado y que incluso ha dado origen a la aparición de la pseudometafísica, el problema de los "platillos volantes" sigue ofreciendo una gran incógnita, que aún está muy lejos de haberse despejado. En este libro se ha reunido todo cuanto se sabe hasta hoy sobre los misteriosos discos.

Colección "El Arca de Papel"

Otros títulos:

- 40 - TRES CAMARADAS
por Erich Maria Remarque (novela)
- 41 - LA TARNOWSKA
por Hans Habe (novela)
- 42 - LA LLAMADA INFINITA (Sparkenbroke)
por Charles Morgan
- 43 - TU Y LA VIDA
por Karl von Frisch
- 44 - ¿CUANDO AMANECERA, TOVARICH?
por Jean-Paul Ollivier

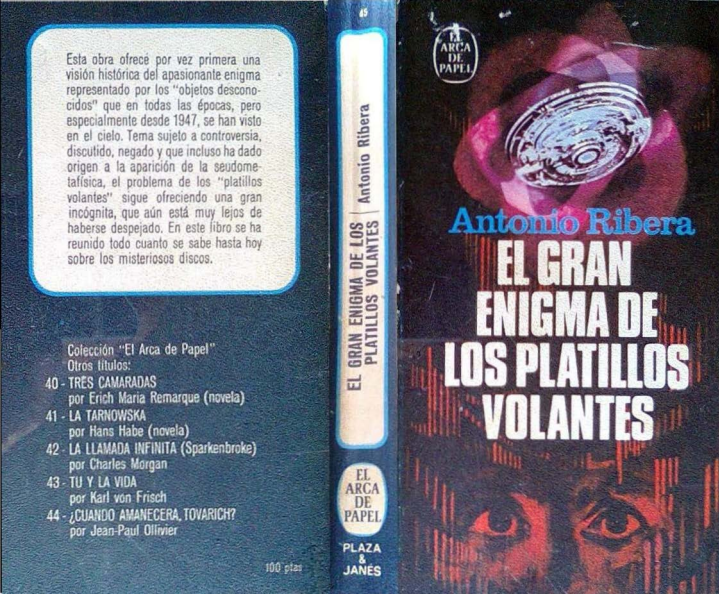
100 ptas

Antonio Ribera

EL GRAN ENIGMA DE LOS
PLATILLOS VOLANTES

EL
ARCA
DE
PAPEL

PLAZA
&
JANÉS



Antonio Ribera
**EL GRAN
ENIGMA DE
LOS PLATILLOS
VOLANTES**

EL
ARCA
DE
PAPEL

Antonio Ribera

Fundador y Presidente de Honor
del «Centro de Estudios Interplanetarios»
de Barcelona

**EL GRAN
ENIGMA DE
LOS PLATILLOS
VOLANTES**

Desde la Prehistoria hasta la época actual



PLAZA & JANÉS, S. A., EDITORES

Portada de
ALVARO

*Este libro es para Montserrat, mi
hija, que ya nació y creció con ELLOS
entre nosotros.*

© 1974, Antonio Ribera
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

ISBN: 84-01-41045-2 — Depósito Legal: B. 41.931 - 1974
(ISBN: 84-286-0015-5. Publicado anteriormente por
Editorial Pomaire)

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

*Vier dunkel Sonnen tanzten lind,
ein breiter Strahl war da, der nicht versiegte,
Der Himmel barst. Und Gottes Taube wiegte
begeistert sich im blauen Riesen-Wind.*

FRANZ WERFEL

*«Il y a du vulgaire, ici comme là, qui ne peut
souffrir la pensée des choses où il n'est
point accoutumé.»*

CYRANO DE BERGERAC

Traducción de una carta del ilustre pionero de la Aviación, Gabriel Voisin, enviada al autor con motivo de la fundación del «Centro de Estudios Interplanetarios» español.

Señor don A. Ribera.

París, 7 nov. 1958.

Barcelona.

Mi apreciado señor:

No sé cómo felicitarle por su iniciativa, pero le compadezco de todo corazón. Esta cuestión de los objetos no identificados es de la más alta importancia. Pero los hombres que nos rodean son en su mayoría incapaces de imaginación. Su soberbia iguala a su ignorancia, o su estupidez les hace incapaces de observación.

Valor y adelante.

Vuestro, de todo corazón,

GABRIEL VOISIN

Facsímil de una carta del Prof. H. Oberth,
«Padre de la Astronáutica», al autor.

Nov. 23.2.1963.

My dear Mr. Ribera:

Thank you very much for your interesting articles. Unfortunately I found only today time to read them.

The Flying Saucer field is indeed very interesting and important, and I wish you success in your activity and investigation.

Sincerely yours

H. Oberth.

Prof. a. D. Oc. h. c.
Hermann Oberth
8501 FEUCHT
Teldeus (09129) 574

NOTA DEL AUTOR

El núcleo de esta obra está formado principalmente por el material publicado en 1961 en mi libro *Objetos desconocidos en el cielo* (Librería-Editorial Argos, Barcelona), hoy totalmente agotado. Pero a él he añadido los temas siguientes: la oleada española de 1950 y otras observaciones notables de fecha posterior; el «caso» Adamski, que, después de madura reflexión, me ha parecido insoslayable, sin que esto signifique que comulgue con las ideas del desaparecido «profeta» (Adamski, en efecto, falleció de un ataque cardíaco en abril de 1965), sin el cual la historia de los «plati-lllos» estaría incompleta; las posibles bases submarinas de los OVNI; la gran «oleada» del verano de 1965; el misterio de los mapas de Piri Reis; el enigma de los satélites de Marte; y, para que la serie de enigmas y misterios quede más o menos completa, el sorprendente caso del brasileño Antonio Villas Bôas, «Adhemar», junto con ciertas notas ampliatorias de las cuestiones tratadas en el capítulo de la Protohistoria. La Bibliografía también se ha ampliado y puesto al día, lo mismo que la parte gráfica de la obra.

En su redacción actual, ésta tiene la pretensión de ofrecer una visión lo más completa y objetiva posible del que es, sin duda, el mayor misterio con que se enfrenta la Humanidad contemporánea. Muchos aspectos del mismo, sin embargo, sólo se han rozado u omitido por completo, tan vasto es el tema. Quizás aún nos falte el hombre capaz de realizar la gran síntesis que Jacques Vallée solicita en su libro *Anatomy of a Phenomenon*, pese a ser ya esta obra una de las síntesis más magistrales que conocemos del complicadísimo problema de los «objetos desconocidos en el cielo».

Barcelona, noviembre de 1965.

NOTA PARA LA PRESENTE EDICIÓN

La nota anterior figuraba al frente de las cinco ediciones que de este libro hizo «Editorial Pomaire, S. A.», actualmente agotadas.

La actual edición está considerablemente revisada y puesta al día, aunque el núcleo esencial de la obra sigue siendo el mismo. Sin embargo, en la imposibilidad de incluir los nuevos «clásicos» mundiales e ibéricos que se han producido posteriormente, remito al lector deseoso de ampliar sus conocimientos a la literatura especializada que ha visto la luz después de 1966 (véase Bibliografía).

San Feliu de Codinas, enero de 1974

INTRODUCCIÓN

Publicar un libro sobre «platillos volantes» parece, a primera vista, empresa harto temeraria y capaz de comprometer el buen nombre, el prestigio y la solvencia de su autor. Durante demasiado tiempo los «platillos» han constituido materia de chistes fáciles, de especulaciones porteriles o tema para artículos sensacionalistas aderezados con gran aparato de marcianos. Un determinado sector de la Prensa ha publicado verdaderos «seriales» sobre platillos en los que se mezclaba lo serio con lo jocoso, lo auténtico con lo falso. Todo ello ha contribuido a crear una considerable confusión mental en el espíritu del tan traído y llevado «hombre de la calle», a quien se dirige principalmente este libro, con afán sincero de información imparcial y objetiva y orientación ecuánime. Sin embargo, tenemos también la pretensión de que esta obra constituya un libro de referencia y consulta para todos aquellos estudiosos que deseen procurarse una visión desapasionada del que es, sin duda, uno de lo mayores misterios del siglo xx.

Son ya demasiado los años en que las noticias sobre «platillos volantes» —cuyo descrédito entre ciertos sectores ilustrados de la opinión se debe, precisamente, a su tan desdichado nombre— se repiten con regularidad en los periódicos, para que pueda liquidárseles con un encogimiento de hombros. Son también muchas las voces responsables

que se han alzado en todo el mundo afirmando la realidad de las fantasmales apariciones. Son también demasiados los millones de dólares invertidos por el Gobierno norteamericano en la creación y mantenimiento de diversas Comisiones de Encuesta, creadas en el seno de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos con el *único y exclusivo* objeto de estudiar los elusivos discos... algo inexistente, según sus propias declaraciones. ¿Cabe mayor paradoja? Simultáneamente, en el resto del mundo han proliferado las organizaciones y comisiones de encuesta civiles, creadas con el mismo fin; se han editado docenas de libros y centenares de boletines y revistas; y, como no podía por menos de ser, diversos grupos de chiflados han echado igualmente su cuarto a espadas en el asunto, contribuyendo a dar armas a los que pretenden desprestigiarlo. Así, al lado de organizaciones tan serias como la NICAP o «National Investigations Committee on Aerial Phenomena», radicada en Washington y cuya alma es el mayor Keyhoe, existen agrupaciones tan pintorescas y disparatadas como «Los amigos de los platillos volantes, Jesucristo, la Biblia y tú», elucubraciones místicas al estilo anglosajón cuyo exponente es «The Kingdom Voice», o «La Voz del Reino», la «Cosmic Brotherhood» o «Hermandad Cósmica» japonesa y otras, que suelen identificar a los hipotéticos tripulantes de las astronaves discoidales con los Angeles del Juicio Final y que buscan en las Sagradas Escrituras toda clase de confirmaciones, presagios y anticipaciones de sus puntos de vista, basándose en algunos pasajes de interpretación dudosa que comentaremos en el Apéndice correspondiente de este libro.

A la sombra del gran enigma han plantado también sus tiendas una pandilla de vividores, que han montado un pingüe negocio a cuenta de sus pretendidos contactos con seres de allende los espacios, de sus supuestos paseos en platillo volante o de sus comunicaciones telepáticas con venusianos y otros interplanetarios de ficción científica. (Sin hablar del provecho que a algunos de ellos ha reportado la venta de sus libros, cuyos títulos suelen ser casi siempre «A bordo de un platillo volante», «El secreto de los platillos» y otros con más

o menos *suspense*.)

Entre toda esta cizaña existen, sin embargo, granos de trigo; es decir, personajes y entidades serias que atacan y estudian el problema con toda la objetividad y rigor científico deseables, sin dejarse llevar por prejuicios en favor o en contra, tratando únicamente de desvelar lo que en realidad constituye un apasionante misterio. Entre las personas que se han ocupado o se ocupan del asunto con toda solvencia y seriedad debemos citar obligatoriamente al ya aludido Donald H. Keyhoe, el investigador francés Aimé Michel y sus compatriotas Jacques Vallée y René Fouéré, el norteamericano, Edward J. Ruppelt —ya fallecido—, jefe del Proyecto Bluebook, la famosa «Comisión Platillo» de la USAF, y a nuestro compatriota Eduardo Buelta, el primero que se ha ocupado de la cuestión en España con base científica, aportando nuevas luces a su estudio y elaborando una interesantísima teoría, que más adelante estudiaremos en detalle. Por desgracia, Buelta, que ya llevaba mucho tiempo apartado del tema —sin haberse por ello desentendido del mismo— falleció de cáncer en febrero de 1973, a los cincuenta y siete años de edad.

Entre los divulgadores de tipo más o menos periodístico, debemos citar en primer lugar al francés Jimmy Guieu, jefe de los Servicios de Encuesta de OURANOS; al escritor inglés H. T. Wilkins, al informador privado francés Charles Garreau, a nuestro Mario Lleget y al propio Keyhoe, autor de dos *best-sellers*: *The Flying Saucers Are Real* y *Flying Saucers From Outer Space*. Aimé Michel ha resumido su inquietante teoría de las ortotenas en su obra *Mystérieux Objets Célestes*, y Eduardo Buelta expuso sus puntos de vista, sus gráficos y diagramas en un opúsculo titulado *Astronaves sobre la Tierra*. Al final de este libro, sin embargo, el lector hallará amplia referencia bibliográfica sobre estas y otras obras.

Entre las organizaciones privadas dedicadas a estudiar con seriedad el enigma, hay que mencionar, además de la NICAP norteamericana, las francesas «Comission Internationale d'Enquête OURANOS» y «Groupement d'Études des Phénomènes

Aériens et Objets Spatiaux Insolites» (G.E.P.A.), cuyo secretario es René Fouéré, más *Lumières dans la Nuit*, revista dirigida por R. Veillith pero cuya alma es F. Lagarde, de Tarbes, y el *Flying Saucer Bureau* inglés, que publica la prestigiosa revista *Flying Saucer Review*... «la única que debería leer asiduamente quien estudie en serio el problema», según afirma Jacques Vallée, entre otras muchas. Todas estas organizaciones citadas, como el «Centro de Estudios Interplanetarios» español, fundado por Eduardo Buelta, Mario Lleget, Antonio Pelegrí y el autor de estas líneas, publican o publicaban revistas o boletines de información. Hemos mencionado únicamente a las organizaciones principales, entre los varios centenares de ellas esparcidas por todo el mundo.

Creemos sinceramente que el relativo desprestigio en que se halla todo lo referente a los «objetos no identificados» entre nosotros, se debe, en un noventa y nueve por ciento, a falta de información. A llenar este vacío viene este libro; su autor ha comprobado más de una vez que la actitud de escepticismo ante ésta y otras cuestiones se debe generalmente a desconocimiento, y ha visto trocarse el escepticismo inicial en interés progresivo, para convertirse finalmente en un vivo convencimiento, a medida que se facilitaban datos e información al pretendido escéptico. Además, es un hecho curioso que aquellos que más profundamente han estudiado el problema, como Hynek, Michel y Vallée, por no citar más que a tres de los principales investigadores mundiales, son los que más firmemente convencidos se hallan de la existencia real de los misteriosos objetos celestes, así como de su origen interplanetario, o sea, extraterrestre. Sólo aquellos científicos que han dedicado una ligera atención al asunto lo desahucian con fáciles y sobadas explicaciones de física más o menos recreativa. El profesor Menzel, famoso físico de la Universidad de Harvard, autor de una obra sobre platillos volantes en la que los explicaba como simples espejismos, se batió en retirada cuando el ATIC o «Air Technical Intelligence Center» le ofreció los casos insolubles para que él los resolviese mediante la aplicación de su método. En palabras

del capitán Ruppelt: «Se han dicho y se han escrito tantos errores, que ya es hora de dar a conocer al mundo todos los hechos explicados o inexplicables. Cerca del 95 por ciento de los informes sobre los "objetos no identificados" pueden explicarse actualmente. Pero cuando un radar capta un "objeto no identificado", un observador terrestre lo ve en el mismo punto, un avión a reacción despega para darle caza, su piloto lo ve a su vez y obtiene contacto con él con el radar de a bordo, y el objeto se aleja con una especie de descaro; cuando eso ocurre, entonces... no existe explicación posible. Puede ser que la Tierra sea visitada por vehículos interplanetarios. Solamente el tiempo permitirá afirmarlo o negarlo.»

El lector sabe, sin duda, que debemos el poco afortunado nombre de «platillos volantes» al piloto civil norteamericano Kenneth Arnold, quien, el 24 de junio de 1947, divisó desde su avión a nueve objetos discoidales que sobrevolaban el monte Rainier, en el Estado de Washington, y que él bautizó con el nombre de «Flying Saucers», nombre traducido después literalmente a todas las lenguas: *Platillos volantes* en España; *platillos o discos voladores*, en Hispanoamérica; *pires o discos voadores*, en Portugal y Brasil; *soucoupes volantes*, en Francia; *dischi volanti*, en Italia; *letaiusche tarélki*, en Rusia, y así en todas las lenguas del planeta. Ésta es la denominación popular, sensacionalista, de los misteriosos objetos, no aceptada generalmente por las Fuerzas Aéreas de los distintos países. Las Fuerzas Aéreas norteamericanas los designan con la sigla UFO o UFOB, correspondiente a «Unidentified Flying Object»; la RAF británica los conoce con el nombre de UAO, o sea «Unidentified Aerial Object»; y las aviaciones francesa y suiza los designan por la sigla MOC, «Mystérieux Objets Célestes». A falta de una denominación mejor, el «Centro de Estudios Interplanetarios» español propugna la sigla OVNI, correspondiente a «Objeto Volante No Identificado», para la referencia a dichos objetos en nuestro idioma, siempre que se trate de su estudio bajo un punto de vista científico. Esto es ya el primer paso para la creación de una disciplina independiente («Ufología» entre los anglo-

sajones), pues hay que sacar a los OVNI del campo de las otras ciencias (Astronomía, Meteorología, etcétera), donde siempre harán papel de pariente pobre y se tratará de reducirlos a fenómenos conocidos.

Resumiendo, diremos que esta historia salta a la actualidad mundial en el año 1947, gracias a las sensacionales declaraciones de Kenneth Arnold. Se sucedieron las apariciones hasta culminar en la dramática muerte del capitán Thomas A. Mantell, «as» de la aviación americana, que pereció el 7 de enero de 1948, al perseguir a «un objeto metálico de dimensiones gigantescas». Este hecho suscitó la creación de una comisión de encuesta en el seno del «Air Technical Intelligence Center» (ATIC), de la US Air Force, encargada de realizar un expediente y establecer unas estadísticas sobre las apariciones de los OVNI. Esta Comisión, a finales de 1949, había recopilado 400 informes; en 1951, 1.000; a últimos del año 1952, 2.700; en mayo de 1954, 3.700, y a finales del año 1955, 4.600. Naturalmente, estos informes no representaban todos los válidos; en ellos está incluido el enorme número de cuantos confunden sus fantasías con realidades, interpretaciones erróneas de fenómenos naturales explicables, etc. El ATIC, integrado por técnicos de aviación, y con una decidida inclinación al escepticismo, llegó a la conclusión de que un 50 % de los informes había de ser rechazado por carecer de garantías de veracidad, y un 30 % de las observaciones se referían a hechos perfectamente explicables por causas normales (globos sonda, bóldos, aviones, espejismos, etc.). El 20 % restante resistió todos los intentos de explicación; sin embargo, la mitad de ellos carecían de valor por referirse a testimonios insuficientemente explícitos. Quedó un resto de un 10 % de apariciones registradas por testigos de absoluta solvencia, perfectamente claras y que sin lugar a dudas se referían a objetos por entero desconocidos en este mundo. Este diez por ciento, sobre el total de 4.600 antes aludido, nos da cerca de 500 apariciones sólo explicables por una intervención extraterrestre. Número que actualmente quizás haya que multiplicar nada menos que por 10, si hemos de atenernos al libro del

mayor Edward J. Ruppelt, *Report on UFOs*, publicado en 1956, quien, con toda su autoridad de jefe de la Comisión del ATIC hasta el año 1953, afirma que el total de observaciones que dicha Comisión lleva registradas alcanza la enorme cifra de 45.600.

Paralelamente a la creación del ATIC en el seno de la Fuerza Aérea norteamericana, aparecían en otras regiones del Globo centros de investigación. Así, en el año 1951 se constituye en Francia la organización civil CIEO, ya aludida, que publicaba la revista *Ouranos*; en diciembre de 1954 se crea en Suiza la sección AMI, de la aviación militar; en octubre de 1954 se crea en Francia la sección MOC, igualmente de la aviación militar, y el mismo mes, en Italia, aparece la CIRNOS, centro de investigación privado, notable por su seriedad, y en Bélgica se celebra una encuesta en el Observatorio Astronómico de Bruselas. De aquí saltamos a 1957, en que aparece en Estados Unidos la «Comisión de Investigación Nacional sobre Fenómenos Aéreos», presidida por el contralmirante Fahrney, como réplica a la disolución de la Comisión del ATIC.

Precisamente fue el contralmirante Fahrney quien afirmó que «naves desconocidas, dirigidas inteligentemente y a enorme velocidad, están penetrando en nuestra atmósfera procedentes del espacio exterior». (Washington, 16 de enero de 1957.) Resulta sorprendente constatar la coincidencia que con las anteriores palabras tienen las de un distinguido sabio soviético, el doctor Zonshain, de la Academia de Ciencias de Moscú, el cual afirmó, el 18 de octubre de 1957, es decir, catorce días después del lanzamiento del primer *Sputnik*, que «en la actualidad están cruzando el espacio celeste aparatos que, a primera vista, nada tienen de común con los aviones que conocemos». ¿Qué pudieron haber descubierto los rusos para decidirse a hacer tan asombrosa declaración? No es, precisamente, que hayan dicho nada nuevo; lo extraño, diría inquietante, es que también ellos, primeros exploradores del espacio y contumaces enemigos de todas las voces que de Occidente les venían sobre el problema de los OVNI — a los que evidentemente se refiere la frase transcrita— admitan la real exis-

tencia de un enigma.

El *volta face* oficial de los rusos en esta cuestión ha sido completo y definitivo, hasta culminar en las anteriores declaraciones del doctor Zonshain. Así, en noviembre de 1954, *Estrella Roja*, órgano del Ejército soviético, afirmaba que los OVNI son «armas de la guerra fría». Luego, en febrero de 1955, a raíz de haber admitido por primera vez, con más de siete años de retraso respecto al Occidente, la aparición de un «objeto volante fusiforme» sobre Moscú, la revista *Sovietskaya Biorrusia* afirma que las apariciones celestes inexplicables son —admitiendo con esto polémica sobre esta misteriosísima cuestión— fenómenos atmosféricos o productos de la imaginación. Se arrinconan, pues, la típica atribución a *manejos imperialistas* para mantener la guerra fría. Hasta que, en setiembre de 1956, el cambio es casi total: una academia científica de Moscú solicita de la CIEO francesa informes sobre la cuestión y la suscripción a la revista que publica la entidad. Esto demuestra un interés agudizado por el problema, que había de culminar con la declaración del eminente doctor Zonshain. Resumiendo: del escepticismo se pasa a la polémica, y de ésta a la demanda de colaboración.

Con esto los portavoces de la ciencia oficial soviética se ponen de acuerdo con destacadas personalidades del campo occidental, que desde mucho tiempo antes se habían pronunciado en sentido afirmativo sobre este misterioso asunto. Así, el mariscal del Aire inglés, Lord Dowding (que incuestionablemente debió de tener acceso a fuentes de información secretísimas e importantes) y el contralmirante norteamericano D. Fahrney, el cual afirmó lo que el lector ya sabe. Más aún: refiriéndose a un hecho concreto (la detección por radar de un *objeto no identificado*, asimismo detectado por varias estaciones de radar de la Defensa Antiaérea de la costa oeste de Escocia, el 6 de abril de 1957), el coronel jefe de la base de West Freugh, Inglaterra, declaró a la Prensa que la RAF consideraba el suceso como *extraordinariamente grave*. Evidentemente, una entidad tan responsable como el Ministerio del Aire británico no va a considerar

como extraordinariamente grave nada que sea una fantasía ni la violación del cielo británico por una aeronave de otra nacionalidad, hecho que sucede con bastante frecuencia sin que merezca tal calificativo.

He recogido aquí solamente una pequeñísima parte de las voces autorizadas que se han jugado su prestigio al afirmar la realidad de uno de los hechos más asombrosos de nuestra época, y que de ser cierto significaría una auténtica revolución histórica, de perspectivas y consecuencias mucho más amplias que el descubrimiento de América, por ejemplo. Pero esta introducción se haría interminable si tratase de recoger todas las opiniones autorizadas y las pruebas documentales y fehacientes, que constituyen uno de los más apasionantes *dossiers* de nuestro tiempo.

He aquí que, cuando tratamos de conquistar el espacio sideral, éste estaría ya conquistado; al lado de nuestra astronáutica rudimentaria, otra astronáutica perfeccionadísima surcaría el firmamento; cuando quisiésemos, orgullosos, plantar nuestra bandera en otros mundos, éstos estarían ya ocupados. Rudo golpe para nuestro orgullo de terrícolas (mucho más aún para nuestras ridículas rivalidades nacionales) que no admite otra tecnología superior a la nuestra... sin saber, quizá, que nuestros útiles son instrumentos de la Edad de Piedra al lado de otra tecnología no terrestre de la que apenas tenemos algunos fugaces atisbos.

Pero lo asombroso, lo alucinante, es que esta historia parece ser tan vieja como la propia Humanidad. O quizá más. Desde la más remota antigüedad existen tradiciones y leyendas mesopotámicas, hebreas, hindúes, mayas, aztecas, incas, etcétera, e igualmente en el mundo romano y en el Medioevo occidental, relativas a apariciones celestes de objetos semejantes a los actuales OVNI que fueron registradas en casi todas las generaciones. Luego, con más o menos frecuencia, fueron también vistos durante todo el siglo XIX y hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Fue quizá durante ésta, y con toda seguridad inmediatamente después de ella, cuando la «invasión» comienza; una invasión, por supuesto, enteramente pacífica que

mejor podría llamarse una vigilancia. Piénsese tan sólo, que, para un observador extraterrestre, la Humanidad permaneció durante centenares de años en el estadio de la rueda, el caballo y la lanza, para dar un gigantesco salto en los últimos ciento cincuenta años, a partir de la primera utilización de las calderas de vapor. Los primeros ferrocarriles, los aerostatos, los primeros barcos de vapor, debieron de poner en guardia a ellos. Luego vinieron los primeros aviones, los automóviles, los grandes trasatlánticos y acorazados, hasta que en años recientes aparecieron los aviones a reacción, estalló la Segunda Guerra Mundial... se hicieron las primeras pruebas nucleares y los cohetes y los satélites surcaron la atmósfera para salir incluso de ella. Esto podría explicar la intensificación de la «vigilancia» y la elaboración por parte de ellos de un plan metódico y sistemático para la exploración de la Tierra, que todo concuerda en demostrar que existe y está siendo aplicado.

CAPITULO PRIMERO

¿ESTAMOS SOLOS EN EL COSMOS?

El problema de la soledad del hombre en el Cosmos o de la posible existencia de vida, y aun de vida inteligente, fuera de las fronteras de nuestro planeta, ha inquietado a la Humanidad desde antiguo. ¿Es el hombre la única forma de vida inteligente que existe en el Universo? ¿Es la Tierra la única morada de la vida, desde la bacteria al hombre, o esta chispa divina ha prendido también en otros mundos además del nuestro?

A estas inquietantes preguntas el hombre ha tratado de responder de muy diversas maneras. Ya en los tiempos de Luciano de Samosata el hombre salía, en imaginación, de nuestro mundo para dirigirse hacia los vecinos. Sin embargo, el hombre antropomorfiza todo aquello que toca y así, en sus *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos habitados*, obra a caballo de los siglos XVII y XVIII, Fontenelle atribuía a Venus habitantes inclinados al placer amoroso, a Marte habitantes belicosos, a Júpiter habitantes juiciosos y prudentes, etc. Antes que él, el atrevido Cyrano de Bergerac ya había efectuado un «Viaje a la Luna y a los Estados del Sol», utilizando un medio de propulsión que hubiera hecho palidecer de envidia a Von Braun: el

rocio encerrado en bombonas de cristal, que despedía vapores bajo los efectos de los rayos solares. Cyrano encontró la Luna habitada. El astrónomo Sir John Herschel afirmó haber visto a través de un telescopio, en el año 1835, unos seres alados de extraña catadura en la Luna, que Cyrano no hubiera tenido ningún inconveniente en reconocer. Luego, la fantasía de dibujantes y escritores se desbordó; en 1926 el norteamericano Hugo Gernsback inició la *Science Fiction* o Fantasía Científica como género literario independiente, y todo un universo de fantasía se fue poblando poco a poco de monstruos, androides y humanoides galácticos y extragalácticos. Los marcianos-pulpo de Wells tuvieron una abundante descendencia de monstruos inteligentes, mientras el último descendiente de los bellos venusianos de Fontenelle se apcaba un día de un platillo volante ante los estupefactos ojos de George Adamski... que fue lo suficientemente ingenuo como para hacer hermoso y atractivo a su venusiano. Entretanto, Edd Cartier seguía poblando su universo particular de extrañas y alucinantes criaturas interplanetarias, labor en que le secundaban los pinceles de Frank Tinsley, mientras Chesley Bonestell creaba los adecuados paisajes donde se moverían los futuros astronautas y conquistadores del espacio. El mito saltó de los libros a la pantalla y así tuvimos una espeluznante *Guerra de los Mundos, made in Hollywood*; una visita de los benévolos tripulantes de los platillos, esta vez humanos, en *Ultimátum a la Tierra*; mientras otra película, *El hombre del planeta X*, nos ofrecía la versión de la «United Artists» del hombre extraterrestre... bastante feo, por cierto.

Entretanto, la aventura astronáutica y de conquista inspiraba películas como *Con destino a la Luna*, dirigida por George Pal, mientras la «Paramount» echaba su cuarto a espadas con *Cuando los mundos chocan*, sin olvidar la ya antigua realización germana de Fritz Lang *La mujer en la Luna*, clásica de este género de películas, hecha con el asesoramiento de Hermann Oberth.

Pero todo esto es literatura, aunque se nos presente en cine. Vamos a examinar el problema de la posible existencia de vida extraterrestre sometién-

dolo a la luz más cruda, pero más penetrante, de la Ciencia... de la Ciencia actual, se entiende, y aun de la ciencia humana, que no reconoce otras formas de vida que las terrestres ni otro espacio para su desenvolvimiento que el euclídiano de tres dimensiones, inmerso en la cuarta dimensión o devenir temporal.

Posibilidades de vida fuera de nuestro sistema solar

Premisa básica para la existencia de una vida tal como la conocemos o parecida a ella debe ser la existencia de un *habitat* o lugar donde esta vida pueda desarrollarse. Dicho en otras palabras: un mundo, un planeta. (Debemos prescindir de los etéreos y flamígeros habitantes del Sol concebidos por Cyrano, Flammarion y otros.) Para ello, partiendo del supuesto de que nuestro Sol no es más que una vulgar estrella y no de primera magnitud, situada en los suburbios de la Galaxia, examinemos las posibilidades de que existan otras estrellas con sistemas de planetas semejantes al nuestro. Hasta 1941, parecía que la batalla estaba perdida para los partidarios de la existencia de otros sistemas planetarios además del nuestro. Hasta esa fecha, tenía la primacía en el mundo científico la teoría bufoniana sobre la formación de los planetas, mientras que la teoría de Kant-Laplace tenía muy pocos defensores. ¿En qué consistían ambas teorías? El famoso naturalista francés conde de Buffon, en uno de los cuarenta y cuatro volúmenes de su *Historia natural*, describía la formación del sistema planetario como el resultado de la colisión violenta entre el Sol y un cuerpo celeste extraño que él llamaba erróneamente un «cometa». Como resultado de este violento impacto entre los cónyuges cósmicos, nacieron los planetas, fragmentos de diversos tamaños de materia estelar arrancados a los dos gigantes cuerpos y —admitiendo que el choque no fue frontal, sino de lado— estos fragmentos adquirieron inmediatamente un rápido movimiento de rotación sobre sí mismos. Retenidos

por la atracción solar, empezaron a girar entonces en torno al astro materno. Esta hipótesis explicaría por qué los planetas de nuestro sistema giran casi sobre un mismo plano o eclíptica y en la misma dirección en que gira el Sol.

Hipótesis de Kant-Laplace

Pero en 1796, ocho años después de la muerte de Buffon, apareció un libro titulado *Exposition du Système du Monde*, en que se atacaban violentamente las opiniones cosmogónicas de Buffon. El autor de este libro era el célebre matemático francés Pierre-Simon, marqués de Laplace, quien objetó que, de ser cierto el choque estelar descrito por Buffon, la materia proyectada de la superficie del Sol como consecuencia del mismo debería girar alrededor del astro rey en órbitas elípticas muy alargadas. En cambio, los planetas recorren, como sabemos, órbitas casi circulares.

Laplace desarrolló su propia teoría para explicar la formación de los planetas, teoría que el filósofo germano Emmanuel Kant había de hacer suya más tarde. El gran matemático francés propuso una espantosa explosión interna del Sol como causa engendradora de los planetas. «Esta explosión —escribió Laplace— tuvo lugar debido a causas similares a las que produjeron el brillante estallido de 1572, que duró varios meses, de la famosa estrella de la constelación de Casiopea.»

En lenguaje moderno esto significaría que el Sol se convirtió en una «nova» o una «supernova» en época remotísima. La gigantesca expansión de gases más allá de los límites actuales del sistema solar permitiría que, al enfriarse estos gases, se creasen diversos núcleos de materia que originarían los actuales planetas. Esta colosal aureola gaseosa estaría animada igualmente del movimiento de rotación de su progenitor. De esta manera se fueron formando diversos anillos concéntricos de materia estelar. Estos anillos se fueron aglomerando en el transcurso del tiempo en diversas esferas gaseosas separadas que seguían órbitas casi circu-

lares. En realidad son elípticas, como se desprende de las tres leyes de Kepler, pero con una excentricidad generalmente pequeña.

La «teoría nebular» de Laplace ocupó un lugar de honor durante más de un siglo, arrinconando la hipótesis de Buffon, pero a principio del siglo actual el científico inglés Sir James H. Jeans y los dos norteamericanos Thomas C. Chamberlain y Forrest R. Moulton asestaron el que ellos creían golpe de muerte a la teoría de Laplace, resucitando con todos los honores la teoría de Buffon de la colisión estelar. A mediados del siglo XIX el físico inglés Clark Maxwell había demostrado ya de una manera matemática la imposibilidad de la teoría de Kant-Laplace.

Pero en el otoño de 1943, el joven físico alemán C. F. von Weizsäcker revalorizó, esta vez definitivamente, la teoría cosmogónica del marqués de Laplace, en un importantísimo artículo (1). Este artículo señala un verdadero hito de consecuencias incalculables, pues revoluciona el concepto que se tenía del Cosmos y abre perspectivas vastísimas a la imaginación. Basándose en los últimos datos proporcionados por la modernísima Astrofísica, Weizsäcker pudo demostrar que las antiguas objeciones que se hacían a la teoría de Kant-Laplace no tenían el menor fundamento sólido. En cambio, partiendo de aquella teoría, se podía explicar perfectamente el origen y formación de los planetas, haciendo concordar perfectamente estas premisas con los últimos descubrimientos realizados por la Astrofísica acerca de la constitución química del Universo y de la materia que lo forma.

Teoría neolaplaciana de Weizsäcker

No entraremos aquí en la exposición detallada de la teoría neolaplaciana de Weizsäcker, por apartarse su exposición del propósito de esta obra. Diremos sólo, citando al ilustre físico de origen ruso doctor George Gamow, profesor de Física de la

(1) *Über die Entstehung des Planetensystems*, Zeitschrift für Astrophysik, Vol. 22, 1944.

George Washington University y una de las primeras autoridades mundiales en radiactividad, que una de las más importantes consecuencias que se desprenden de la teoría de Weizsäcker es la de que «la formación del sistema planetario no constituyó un acontecimiento excepcional, sino que fue un suceso que acompañó obligatoriamente a la formación de casi todas las estrellas» (1). Esta afirmación contrasta totalmente con las conclusiones que se desprendían de la teoría buffoniana de la colisión, según la cual el proceso por el que habían sido formados los planetas era excepcionalísimo en la historia del Universo. Se llegó a calcular que las colisiones estelares susceptibles de originar un sistema planetario son extraordinariamente raras, y que entre los 200.000.000.000 de estrellas que forman nuestra Galaxia o Vía Láctea, sólo pueden haber tenido lugar unas cuantas colisiones de este género durante varios miles de millones de años.

Por el contrario, admitiendo la teoría de la nebulosa estelar de Weizsäcker-Laplace, hay que admitir que actualmente *cada estrella posee un sistema planetario*. Ello significa que, solamente en nuestra Galaxia, deben de existir millones de planetas en los que reinen condiciones físicas casi idénticas a las de la Tierra. Según el profesor Gamow, sería altamente improbable que la vida, incluso en sus formas superiores, no se hubiese desarrollado en estos mundos «habitables». Esto abre, repetimos, perspectivas vastísimas y casi inimaginables... aun reconociendo que la estrella más próxima a nosotros, la estrella Alfa de la constelación de Próxima Centauri, se halla *sólo* a cuatro años-luz de distancia... Los astrónomos de Cambridge, Fred Hoyle y Raymond Arthur Lyttleton, han afirmado también: «los planetas han nacido de la explosión de una supernova». En la Galaxia de la Vía Láctea, de la cual forma parte nuestro sistema solar, estalla una supernova cada dos o trescientos años. Por lo tanto, y siempre según Hoyle y Lyttleton, el número de astros que estallaron en la Vía Láctea desde su misteriosa formación, hace unos cuatro mil millones de años, asciende a ocho mi-

llones. De cada explosión ha podido nacer un sistema análogo a nuestro sistema solar. Hoyle y Lyttleton, en su obra escrita en colaboración, *La naturaleza del Universo*, opinan que son por lo menos cien mil los sistemas solares de la Vía Láctea que contienen como mínimo un planeta en el que reinan condiciones físicas y químicas favorables al desarrollo de la vida. Este mismo cálculo puede hacerse extensivo a las restantes galaxias.

Pero el doctor Harold Urey, premio Nobel de Química, aún va más allá que Hoyle y Lyttleton, pues afirma: «El número de mundos de nuestra Galaxia capaces de desarrollar algún tipo de vida basada en el oxígeno es de cien mil millones, es decir, uno por cada dos soles o estrellas de nuestro sistema galáctico.»

El gran periodista científico y primer divulgador de la Astronáutica entre nosotros, Mario Llaget, escribe a propósito de la existencia de posibles planetas galácticos: «El hecho cierto es que existen astros invisibles alrededor de las estrellas más cercanas. Girando en torno de Próxima y Alfa Centauri, o alrededor de la 61 del Cisne, estos astros invisibles han sido revelados por cálculos muy precisos, efectuados no hace muchos años. Se trata, sin el menor género de duda, de planetas correspondientes a los respectivos sistemas de aquellas estrellas. He aquí, *grosso modo*, cómo se llegó a semejante deducción, una de las más importantes de la astronomía moderna.

»Sabemos que el Sol posee una masa enorme, como unas 600 veces mayor que la de todos sus planetas juntos. Sabemos igualmente, cuál es la masa, el diámetro, la distancia y aun el movimiento propio de Alfa y Próxima del Centauro y de la estrella 61 del Cisne. Luego, el problema consistía en averiguar si, durante el desplazamiento de cada una de estas estrellas por la bóveda celeste, se observaba una perturbación equivalente a la que los planetas son capaces de producir en la marcha del Sol a través de la Vía Láctea.

»Lo más interesante de todo es que esta perturbación *existió en cada caso consultado*. Cada estrella consultada dijo "sí" al hombre. "Sí —respondieron las estrellas a los matemáticos—. A nuestro

(1) *Biography of Earth*, Mentor Books, Nueva York, 1956.

alrededor giran astros oscuros, cuerpos invisibles a esa distancia, del tipo que vosotros llamáis planetas" (1).

¿Visitantes interestelares?

La posibilidad de visitantes del espacio procedentes de las estrellas de nuestra Galaxia e incluso de fuera de ella, no debe ser descartada en absoluto, pero al estudiar dicha posibilidad, hay que tener en cuenta que la estrella más próxima, Alfa, del sistema binario de Próxima Centauri, que posiblemente posee planetas a su alrededor (¡qué fantástico espectáculo el de un sol doble!) se halla sólo a cuatro años-luz de distancia de nosotros, como hemos dicho.

Las distancias interestelares son aterradoras. Aun con un móvil que viajase a la velocidad de la luz, o sea, a 300.000 kilómetros por segundo (y la Física no admite esta posibilidad) los viajes interestelares serían de una duración extraordinaria. Sólo cabrían estas opciones, en el caso de que se tuviesen que realizar:

1.° La hibernación; es decir, un tratamiento para someter a los tripulantes de las astronaves a un estado letárgico de «animación suspendida», con todas sus funciones vitales paralizadas, posiblemente a muy baja temperatura, y que la ciencia moderna ya empieza a utilizar con éxito.

2.° La aplicación del efecto anunciado por Einstein para un móvil que se aproximase a la velocidad de la luz, en el cual el tiempo transcurriría más lentamente que en el punto de partida o de llegada. Cuanto más se aproximase la velocidad del móvil a la de la luz, más se detendría el tiempo para los tripulantes de la astronave. Esto es la llamada «contracción de Fitzgerald».

3.° El paso por el *hiperespacio* o el salto de un punto a otro del espacio de tres dimensiones aprovechando los pliegues y soluciones de continuidad que pudieran existir en el continuo espacio-tiempo

(técnica muy del agrado de los autores de novelas de fantasía científica). Es la que se expone en el famoso informe de UMMO sobre los «Ibozoo, Uuu. Pudiéramos decir que es un «cambio de marco dimensional».

Tampoco puede descartarse la posibilidad de que existan seres con un metabolismo mucho más lento que el humano, que midan su vida por lo que a nosotros nos parecería siglos. Nos es muy difícil librarnos de los prejuicios antropocéntricos al estudiar ésta y otras cuestiones parecidas. Nos es muy difícil concebir universos distintos al humano.

Pero no dejemos volar nuestra imaginación y limitemos de momento nuestro estudio a nuestro modesto sistema planetario, formado por nueve planetas que giran en torno a una estrella tipo G, más bien pequeña y perdida en un rincón de la Galaxia, en la que podríamos denominar los suburbios de la Vía Láctea, lejos de su centro resplandeciente, donde las gigantescas estrellas blancas y azules se apretujan en densos enjambres, ofreciendo sin duda espectáculos rutilantes y maravillosos a los ojos de los que desde alguno de sus planetas contemplan el cielo estrellado. Según Isaac Asimov, en las proximidades de nuestro sistema planetario existen ciento ochenta y ocho estrellas o sistemas estelares, binarios o múltiples, en un radio inferior a los diez parsecs de la Tierra (un *parsec* es igual a 3'26 años-luz). Esto significa que, en promedio, hay cuatro estrellas y media —o sistemas estelares— en cada cien parsecs cúbicos de espacio y que la distancia media entre estrellas en nuestro rincón de la Galaxia es de unos 2'8 parsecs, o sea 9'2 años-luz.

En el centro de la Galaxia o en un enjambre estelar, la distancia media entre estrellas es de un año-luz. El mismo espacio cúbico de parsecs en esta región contendría 3.500 estrellas, en lugar de 4'5. Dicho en otras palabras, el número de estrellas visibles en el cielo cerca del centro de la Galaxia sería más de siete mil veces superior a las que vemos desde aquí. En una noche estrellada, vemos a simple vista unas 3.000 estrellas, número que se elevaría a 25.000 teniendo en cuenta las estrellas

(1) *La Conquista del Aire y del Espacio*. Ed. Hispano Europea, Barcelona, 1968, pág. 278.

ocultas tras los árboles y desigualdades del horizonte. Esto sería cierto, naturalmente, para un solo hemisferio.

En cambio, las estrellas visibles desde un mundo cualquiera situado cerca del centro de la Galaxia, serían unos dos millones. La luz que irradiaría este cielo increíblemente estrellado equivaldría aproximadamente a la de la luna llena.

Estos hechos permiten a Asimov deducir los tres puntos siguientes:

1.° Aproximadamente el noventa por ciento de las estrellas y, por consiguiente, admitiendo una distribución al azar, el noventa por ciento también de las inteligencias evolucionadas, se hallarían en el abarrotado centro de la Galaxia.

2.° Una mayor proximidad de las estrellas facilitaría enormemente el viaje interestelar.

3.° El intercambio de culturas es un catalizador del progreso.

De todo ello se deduce que, admitiendo que todas las inteligencias tengan características semejantes, existe una probabilidad nueve veces mayor de que las primeras en alcanzar el viaje interestelar sean las que habitan en el centro de la Galaxia.

De lo que antecede a deducir la posibilidad de que se haya formado ya, tal vez desde hace muchos siglos, un Imperio Galáctico, no hay más que un paso. ¿Y cuál sería nuestro papel en este Imperio? Simplemente, el de unas lejanas y atrasadas tribus situadas cerca de la frontera de la Galaxia, que de vez en cuando serían visitadas por turistas curiosos procedentes del centro, xenobiólogos o diversas clases de estudiosos de la vida primitiva. Asimov no descarta la posibilidad de que, sin darnos cuenta, vivamos en una especie de «reserva india» en los confines de la Galaxia. ¡Rudo golpe, en verdad, para nuestro orgullo de terrícolas!

Posibilidades de vida en nuestro sistema planetario

Antes de pasar al análisis de las posibilidades de vida, tal como la entendemos, que presenta nues-

tro sistema planetario, tratemos de responder a esta pregunta: ¿qué es la vida?

En primer lugar, debemos distinguir entre materia inorgánica y materia orgánica. El maravilloso fenómeno que conocemos por el nombre de vida—caracterizado por la reproducción— sólo se da en la materia orgánica, si bien existen algunos investigadores que opinan que las recientemente descubiertas «subbacterias» y los «virus» que son tan increíblemente pequeños que impiden el estudio microscópico de su estructura, representan el más primitivo tipo de organismo y constituyen el eslabón intermedio entre la materia animada y la inanimada.

Mencionaremos únicamente como una simple curiosidad la teoría de los «cosmozoos» o esporas de vida, desarrollada por el físico sueco Svante Arrhenius y defendida también por Richter en 1865. Según esta teoría, la vida es eterna y es transportada de un sistema planetario a otro bajo la forma de diminutas esporas o cosmozoos. Cuando una de estas esporas alcanza un planeta donde existen condiciones favorables, la vida empieza a multiplicarse.

Pero la Ciencia contemporánea se inclina por creer que la vida se originó en un compuesto de carbohidratos en solución en las aguas de los mares primitivos, cuando se conjugaron determinadas circunstancias favorables de temperatura, salinidad, etcétera. El sabio ruso Oparin, que estudió el problema del origen de la vida con mucho detalle, suponía que la aparición de seres vivos verdaderos fue precedida por la formación de varios y complejos compuestos orgánicos de carbono.

No entraremos en el estudio detallado de la evolución de la vida en la Tierra; de esta vida que, originada en las cálidas aguas de los mares primitivos, se convirtió en anfibia antes de partir hacia la conquista de la tierra firme, hará de ello unos doscientos millones de años. La vida en la Tierra, como es sabido, se basa en el ciclo del carbono, pero no hay que descartar la posibilidad de que en otros mundos se base en otro elemento, el silicio por ejemplo, como apunta Mario Lletget (1), o el

(1) *La Conquista del Aire y del Espacio*, pág. 267.

flúor, todos los cuales permiten la formación de cadenas de Química orgánica.

Admitiendo como hipótesis de trabajo que la Tierra está siendo visitada por seres procedentes del espacio interplanetario, es obligado examinar las posibilidades de vida en los mundos que nos rodean; es decir, en los astros que forman nuestro sistema planetario.

Pasemos, pues, a examinar las posibilidades de vida que, desde el punto de vista puramente humano, ofrecen los mundos de nuestro sistema planetario.

Mercurio

No nos detendremos siquiera en el estudio de Mercurio, el pequeño planeta, el más próximo al Sol de todo el sistema, pues dista de él 58 millones de kilómetros. Con su diámetro de 4.700 kilómetros, gira en torno al Sol en ochenta y ocho días, presentando siempre al astro rey la misma cara abrasada. La NASA piensa obtener para 1974 imágenes detalladas de su superficie gracias a una sonda provista de tomavistas de televisión.

Venus

Viene a continuación Venus, el segundo de los planetas interiores, que últimamente ha deparado muchas sorpresas a los astrónomos. Es el más semejante a la Tierra y el que más se aproxima a ella, pues en sus menores oposiciones llega a distar de nuestro planeta menos de 50 millones de kilómetros. Su diámetro es de 12.300 kilómetros y su superficie se halla oculta perpetuamente por una espesa capa de nubes. Hasta hace muy poco tiempo se creía que presentaba siempre la misma cara al Sol, pero últimamente se ha comprobado que este planeta se halla animado de un movimiento de rotación sensiblemente igual al de la Tierra. El astrónomo Kuiper observó unas bandas nubosas

que le permitieron calcular una rotación de 24 horas y 16 minutos sobre un eje inclinado 32° (el eje terrestre tiene una inclinación de $27^\circ 23'$).

Durante mucho tiempo, se creyó que la atmósfera venusiana estaba constituida en su mayor parte por anhídrido carbónico, y por lo tanto era irrespirable. Sir Harold Spencer Jones afirmó:

«Venus es un mundo inadecuado para cualquier forma de vida, incluida la vegetal. La razón de ello estriba en su atmósfera, pulverulenta e impregnada de anhídrido carbónico (1).»

Ross y Moore, desde un globo y a 26.750 metros de altura, identificaron oxígeno libre y vapor de agua en su atmósfera, asestando un golpe mortal a la teoría clásica. Eso no quiere decir que no exista el CO_2 en gran cantidad en la atmósfera de Venus; este gas absorbería el fuerte calor solar, con lo que la temperatura del ecuador podría oscilar entre los 100 y los 300°C . Sin embargo, en las zonas elevadas, mesetas, altiplanicies y regiones polares del planeta, podrían existir condiciones favorables para la vida. Por último, recuérdese que en este mundo tan parecido a la Tierra reina una gravedad casi igual a la nuestra, apenas sensiblemente menor.

Entretanto, Venus oculta celosamente su secreto bajo su espeso velo de nubes, que tal vez cubre extensos mares, zonas desérticas donde se desarrollan gigantescos temporales de arena... o tal vez una civilización avanzadísima, que ni remotamente podemos conjeturar. Mientras el hombre no rasgue este velo, Venus, el radiante lucero del alba, la estrella vespertina que refleja intensamente los rayos solares y que los romanos consideraban dos astros distintos, a los que llamaron «Lucifer» y «Vesper», seguirá siendo el astro más brillante de nuestro cielo y nos tentará con su misterio. Pese a las medidas tomadas por las sondas soviéticas y americanas, que daban temperaturas elevadísimas, en noviembre de 1973 dos científicos holandeses, mediante técnicas de láser, hallaron -43°C para la superficie de Venus. Estas bajas temperaturas se explicarían por la protección que ofrece la densa

(1) *La vida en otros mundos*, Espasa-Calpe, Argentina, Buenos Aires, 1944.

capa nubosa. Los dos científicos citados son T. de Graauw y H. van de Stadt, de la Universidad de Utrecht.

Marte

Este es el mundo que más interrogantes ha planteado, que ha suscitado más polémicas y que ha atraído más las miradas de los que buscaban la vida fuera de nuestro mundo, desde Flammarion a Sir Percival Lowell, sin olvidar a Schiaparelli, el célebre descubridor de los *canales* marcianos.

Para los astrónomos, Marte es un esferoide de 6.900 kilómetros de diámetro, dista del Sol 227.670.000 kilómetros y su giro lo realiza en 687 días, a 27 km/seg. Tiene, pues, un año de 22 meses y medio. Su atmósfera es más pobre que la nuestra, pero tiene agua, y en sus dos polos existen en determinadas épocas casquetes blancos que se suponen de nieve. Su color es rojizo, por las vastas extensiones de suelo estéril, comparadas a las zonas desérticas de la Tierra.

En Marte, ciertas partes oscuras se tornan verdes en verano y grises u opacas en invierno, lo que prueba que hay «vegetación». Esto y sus permanentes y famosos canales son lo que más ha hecho suponer que en él existe vida.

En torno a Marte giran dos pequeños satélites, «descubiertos» en 1877: de ellos nos ocupamos extensamente en el Apéndice V, pues ofrecen grandes enigmas.

Marte posee dos casquetes polares, blancos, que aumentan y disminuyen de tamaño de acuerdo con las estaciones. El astrónomo Adouin Dollfus demuestra que estos casquetes polares son de escarcha, sublimada por los rigores térmicos. Slipher y Tikhov admiten la posibilidad de un mundo vegetal, pues es un hecho incuestionable la «ola verde» que a finales de primavera y principios del invierno marciano desciende hacia el ecuador, a consecuencia de la fusión de los casquetes polares. Sinton parece haber demostrado definitivamente la existencia de vida vegetal en Marte, por su descubri-

miento de la molécula de carbohidratos (C—H) realizada en las «zonas vegetales» del planeta. El descubrimiento de William Sinton, de Harvard, confirma pues que «algo vive en Marte».

Para los astrónomos oficiales, la atmósfera marciana contiene una cantidad de CO₂ doble que en la Tierra; la proporción de nitrógeno es sensiblemente igual, o sea un 78 por ciento, con vestigios de hidrógeno libre y vapor de agua. La proporción de gases nobles es algo más elevada que en la Tierra, mientras que la de oxígeno es sólo de un 5 por ciento de la terrestre, según G. P. Kuiper.

La temperatura máxima, en el ecuador del planeta, es de unos 32° C, siendo la media en la misma región de 10° C y la mínima, en los polos, de -70° C.

Estos datos nos dan la imagen de un mundo más frío que la Tierra, de atmósfera muy tenue y rarificada, con una presión atmosférica un décimo de la terrestre. Sin embargo, en este mundo existe vida, al menos vida vegetal, pues sólo a ella cabe atribuir los cambios de coloración, del verde al pardo (color de la vegetación seca) que se observa al compás de las estaciones.

En cuanto a la famosa teoría de los canales, que Lowell suponía obra de seres inteligentes que cubrían su mundo de una fabulosa red de irrigación, hoy parece conocer un nuevo auge, cuando la fotografía ha demostrado que algunas alineaciones no son simples ilusiones ópticas, como afirmaban los detractores de la teoría canalista.

En 1956, aprovechando una favorable oposición de Marte, pues a principios de setiembre el planeta rojo se halló a poco más de 56 millones de kilómetros de la Tierra, se tomaron más de cien mil fotografías de Marte, que se remitieron al Comité Internacional reunido en Flagstaff (Arizona), para el estudio de este planeta. Estas fotografías procedían de observatorios situados en Estados Unidos, Africa del Sur, Francia, la India, el Japón, Argentina y Java. El 20 de junio de 1957, el Comité dio por terminados sus trabajos. Slipher, presidente del Comité, subrayó los siguientes puntos, que en ciertos aspectos vienen a revolucionar las ideas tradicionales sobre este planeta:

1.° Parece evidente que las condiciones atmosféricas de Marte semejan a las terrestres, pero con variaciones de temperatura más importantes. 2.° El casquete polar se compone aparentemente de tres capas: la profunda, de minerales análogos a los de la Tierra; la media, de hielo, y la superior, de nubes blancas. 3.° Sobre Marte llueve, como se deduce del oscurecimiento que a veces presentan ciertas regiones del planeta. 4.° Es posible una forma de vida en Marte, que no puede compararse a la de la Tierra. 5.° Periódicamente una misteriosa luz azul ilumina ciertas partes del planeta. Esta luz no se ve al mismo tiempo desde todos los lugares de observación.

El 9 de diciembre de 1949, sucedió en nuestro vecino del espacio un hecho que puso en conmoción al mundo científico. Alrededor de las seis de dicho día (hora japonesa) el astrónomo Tsuneo Saheki, especialista en la observación de Marte desde 1933, observó una misteriosa explosión sobre la superficie de este planeta.

Según el distinguido astrónomo nipón, esta explosión causó un brillante resplandor, que subsistió durante algunos minutos, bajo la forma de un punto extremadamente brillante en la región de *Tithonius Lacus*, en el borde este del disco. La explosión fue seguida de una nube luminosa grisamarillenta de 65 kilómetros de altura y más de 1.000 de diámetro. Tras descartar diversas explicaciones, el astrónomo japonés, llegó a la conclusión de que lo que había visto desde su observatorio de Osaka era... ¡una explosión atómica!

Recientemente, el astrónomo ruso Sklovski mencionó la posibilidad de que Fobos y Deimos fuesen antiguos satélites artificiales construidos por una raza ya extinguida de marcianos. (Véase Apéndice V.) Fobos está demasiado cerca de Marte. Es el único satélite tan próximo al planeta en todo el sistema solar. Lo cierto es que el planeta rojo nos deparará sin duda muchas sorpresas.

Las fotos enviadas por las sondas *Mariner* permitieron descubrir un mundo muy erosionado, con gigantescos cañones de origen acuático y grandes escudos de hielo en el Polo Sur. Para 1975, la NASA tiene previsto el envío de la sonda *Viking*,

que aterrizará en la superficie del planeta rojo. (Véase apéndice VI.)

Los grandes planetas y sus satélites

Continuando el examen de los mundos que forman nuestro sistema planetario, traspuoso el enorme abismo de 500 millones de kilómetros donde gira el cinturón de asteroides (tal vez restos de un planeta que se desintegró en época remota, según la Ley de Titius-Bode) llegamos al gigante de nuestro sistema: Júpiter, con un diámetro de 146.500 kilómetros y un volumen 1.300 veces mayor que el de la Tierra.

Pero Júpiter es un mundo colosal e inhabitable, pese a que dos técnicos de la NASA, Paul Deal y Kenneth Souza, descubrieron en 1973 una bacteria capaz de vivir en las zonas menos alcalinas de la atmósfera joviana. Así, nada descarta la existencia de una forma de vida primitiva en Júpiter, según dichos científicos. Lo que nos interesa de él son sus nueve lunas, de 3.500 a 5.800 kilómetros de diámetro cuatro de ellas. Las otras son más pequeñas. Si existe vida en el sombrío y helado mundo de los planetas exteriores, ésta habrá que buscarla probablemente en alguno de los satélites de aquellos colosos. De los 32 satélites de la familia solar, tan sólo cuatro grandes lunas han demostrado poseer atmósferas apreciables. El análisis espectroscópico ha revelado que estos satélites son Io y Ganimedes, del cc. tejo de lunas de Júpiter; Titán, el sexto satélite de Saturno, y Tritón, satélite de Neptuno. Algunos de estos satélites son muy interesantes. Ganimedes y Titán, por ejemplo, tienen volúmenes comparables a Mercurio y Marte. Sin embargo, parece ser que las atmósferas de estos satélites están compuestas principalmente de gas metano y amoníaco, irreparables para nosotros. Otro tanto puede decirse de Saturno.

Al adentrarnos en el estudio de las condiciones imperantes en estos lejanos satélites del sistema planetario, nos sobrecoge el ánimo la idea de que puedan hallarse habitados por extrañas razas de

monstruos inteligentes. ¿Proveniría quizá de uno de estos mundos helados el espantoso ser entrevisto en las cercanías de Sutton y que exhalaba un hedor pestilencial? ¿Provenía tal vez de Ganímedes, el tercer satélite joviano, que tan curiosas analogías presenta con el planeta Marte? No tan sólo tienen volúmenes parecidos, sino que en Ganímedes se observan detalles físicos que recuerdan mucho la particular morfología marciana y, para colmo de semejanza, ese satélite ofrece al observador los correspondientes casquetes de sus zonas polares. Ganímedes es, que sepamos, el único satélite que presenta tan notable característica.

Hasta qué punto ese parecido morfológico puede ser real, es cosa que ignoramos. Pero todo induce a pensar que el clima de Ganímedes es mucho más frío que el de Marte, ya que se halla a mucha mayor distancia del Sol. Acaso sea esta diferencia lo más sobresaliente entre ambos astros, porque la comparación de sus respectivos planisferios nos da, sobre el papel —el planisferio de Ganímedes aún es muy pobre en detalles, como señala acertadamente Mario Lleget (1)—, unas características extremadamente semejantes, sobre todo después de los trabajos de Audouin Dollfus en el Pic du Midi, empleando 900 aumentos.

La atmósfera de Ganímedes contiene amoníaco (NH₃), según nos revela el análisis espectroscópico. En cambio, la atmósfera de Titán, el sexto satélite del anillado Saturno y el mayor del sistema solar, acusa la presencia del metano (CH₄). Recordando que el metano es el gas llamado «de los pantanos», quizá quepa conjeturar que en Titán se está desarrollando una vida, cuyas características escapan a nuestra comprensión. Téngase en cuenta que el CH₄ terrestre es un hidrocarburo gaseoso e incoloro, producto de la descomposición de las sustancias vegetales, desprendido del barro de algunos pantanos, de los pozos petrolíferos y depósitos de carbón de piedra. ¿Procederá, pues el metano de la atmósfera de Titán de los residuos vegetales que acaso existan en su superficie? Misterio por ahora insoluble.

Esta breve ojeada a las condiciones imperantes en los mundos más o menos aptos para la vida que son nuestros vecinos más próximos en el espacio, nos inclina a la reflexión. Los datos que nos proporciona la Ciencia son siempre provisionales, pues la Ciencia no ha llegado ni con mucho a su última meta, ni sus postulados son definitivos. Asimismo, todos los días se descubren nuevas técnicas de observación o se perfeccionan las ya existentes. Con relación a la tan debatida cuestión de si hay oxígeno en abundancia en la atmósfera marciana, por ejemplo, o de si este precioso gas vital escasea en ella, tengamos en cuenta, entre otras cosas, que las bandas de absorción del oxígeno se superponen en el espectro a las bandas proporcionadas por el propio oxígeno atmosférico terrestre, lo cual hace que sea muy difícil calcular con exactitud la proporción exacta. Todos los días se realizan nuevos y sorprendentes descubrimientos. Nosotros abrigamos la esperanza de que la Astronáutica —ya sea centripeta o centrífuga, extraterrestre o terrestre— nos aportará en un día no lejano la solución a estos fabulosos interrogantes que hoy nos asedian.

Citaremos por último tres hipótesis acerca del posible origen de los misteriosos visitantes del espacio. Estos podrían venir de un universo paralelo (admitiendo la pluralidad de los universos en diversos complejos de espacio-tiempo, que *coexistirían* sin verse); de la antimateria o *materia negativa* (un universo de signo contrario al nuestro); o... ¡del futuro! Estas extraordinarias hipótesis han sido presentadas y defendidas por Jimmy Guieu, que a su calidad de jefe de los servicios de información de la CIEO, une su carácter de prolífico autor de *Science-Fiction*. En este caso, es de creer que quien habla por su boca es el novelista fantástico y no el investigador serio, pues de admitir la tercera hipótesis, resultaría que nuestros visitantes son nada menos que... ¡nuestros propios tataranietos, que, por fin, han conseguido crear la maravillosa «máquina del tiempo» de Wells!

Pero hay también quien niega toda posibilidad de vida inteligente fuera de nuestras fronteras físicas, condenando con ello al hombre a la más irre-

(1) Op. cit., págs. 268-9.

misible soledad. Tal es Alan E. Slater, de la «British Interplanetary Society», quien considera altamente improbable la existencia de vida inteligente fuera de nuestro planeta, arguyendo que los caminos que siguió la evolución biológica en la Tierra hasta culminar con el hombre, estaban muy lejos de ser inevitables y, en realidad, las probabilidades de que se realizase esta evolución final eran mínimas al principio (1).

Esta posición es típica entre los científicos como Slater. Los astronautas, en efecto, se muestran muy reacios a admitir la posibilidad de que «alguien» pueda haberse adelantado en la conquista del espacio interplanetario. A una Astronáutica que pone a la Tierra como punto de partida, le repugna tener que reconocer que puede existir otra Astronáutica mucho más perfecta que considera a esta misma Tierra como punto de llegada... y no de los más importantes.

Pero precisamente en el Congreso astronáutico del año anterior, A. G. Haley presentó un esbozo de las leyes que podrían gobernar las relaciones humanas con seres pensantes de otros planetas, y Antonio Pelegrí, jurista barcelonés, presentó sendas comunicaciones, en los Congresos de Astronáutica celebrados en Varsovia (1964) y Atenas (1965), basándose en el antiguo Derecho Marítimo Catalán (Consulat de Mar), para regular los futuros viajes por el espacio interplanetario. H. Strughold citó en Estocolmo unos cálculos de Shapley, según los cuales la «vida altamente evolucionada» podía haberse desarrollado solamente en 100.000 planetas de todo el Universo. Cifra pequeñísima en proporción del número fabuloso de astros existentes, y que los últimos descubrimientos de cuerpos planetarios invisibles (por ejemplo, el compañero invisible de la estrella 61 del Cisne, realizado por Strand) y los recientes cálculos de Hoyle, Lyttleton y Urey parecen desmentir.

Haley advirtió a los futuros astronautas con estas solemnes palabras: ninguna astronave terrestre deberá posarse en un mundo extraño, a menos que

sus moradores la hayan invitado a hacerlo. Pues no deja de ser inquietante para muchos la posibilidad, cada vez más cercana, de que el hombre traslade a otros mundos sus ansias de conquista, sus rivalidades políticas y su falta de escrúpulos éticos. Ello no tardará en suceder, y posiblemente en la Luna, nuestro vecino más próximo.

Pero es probable que grandes sorpresas esperen a los astronautas, sean rusos o norteamericanos, en la Luna. En otro apéndice de este libro damos una lista de extrañas observaciones lunares, que no son precisamente de ayer. Y no es que la Luna sea un mundo vivo o apto para la vida tal como la entendemos; pero sí es una maravillosa, una colosal base natural del espacio, que gravita en torno a la Tierra como un perfecto observatorio sideral, a más de 300.000 kilómetros de distancia de nosotros.

Tenga en cuenta el lector que estas palabras se escribieron antes de que el hombre posea su planta (no *conquistase*) en la Luna. Dije recientemente, en una conferencia, que «el programa Apolo sólo había servido para poner tenientes coroneles en la luna». Solamente en la última misión lunar (*Apolo XVII*) participó un científico —un geólogo— que no era militar. Hecho muy a tener en cuenta...

Mas volviendo a los cálculos de Shapley antes citados, diremos que puede tachárseles de extraordinariamente prudentes y conservadores, pues se basan en la premisa de que sólo hay 10^8 estrellas en todo el Universo, de las cuales sólo una entre un millón posee planetas; además, que sólo un sistema planetario entre mil reúne condiciones para el desarrollo de la vida, y que sólo en uno entre mil de estos planetas aptos, puede existir vida inteligente.

Cálculos prudentísimos, si se los compara con las cifras enunciadas por el doctor Faust y las que ya hemos citado, ofrecidas por Hoyle y Lyttleton, que dan también la cifra 100.000... ¡pero limitándola únicamente a nuestra Galaxia!

Probablemente, *in medium est veritas*. Así podemos casi afirmar que el hombre no está solo en el Cosmos, y que otras inteligencias superiores nos

(1) «The probability of Intelligent Life Evolving on a planet, comunicación presentada al VIII Congreso Internacional de Astronáutica, Barcelona, 1967.

acompañan en el misterioso viaje por el Tiempo y el Espacio. La Iglesia católica, con su amplitud universal —pues esto significa precisamente *católico*— no tiene inconveniente alguno en admitir la posible pluralidad de los mundos habitados, pues, como dijo el evangelista: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Juan, 14, 2). Apasionante problema para los teólogos es el de discernir si en estos otros mundos ha tenido lugar la Revelación divina, el pecado original y la Caída, o si son todavía mundos paradisíacos. No entraremos en el examen de estas cuestiones, por escaparse al objeto de este libro. El autor inglés C. S. Lewis, en su obra fantástica y profunda titulada *Malacandra*, hace llegar a los astronautas terrestres a Venus en el momento en que en este mundo tiene lugar el drama del Paraíso, con un Adán y una Eva venusianos y una serpiente... terrestre.

El hombre no está solo en el Cosmos. Sentimos posados sobre nosotros unos ojos inteligentes, animados al parecer de benévolas intenciones. Tal vez en un día no lejano, el fabuloso encuentro se realizará, y ante nuestros ojos atónitos aparecerán estos misteriosos hermanos siderales, en lo que tal vez sea nuestro *fin de la infancia*, y primer acceso a unas verdades amplísimas que hoy sólo confusamente entrevemos.

CAPÍTULO II

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LOS FOO-FIGHTERS O CAZAS DE FUEGO

Durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), tanto los pilotos aliados como los aviadores del Eje observaron unos extraños fenómenos luminosos que en general describieron como «bolas de fuego», que al parecer se dedicaban a perseguir y a acompañar a los aviones tanto en el teatro europeo de la guerra como en el Extremo Oriente.

Estas misteriosas «bolas de fuego», que, por lo general, no sobrepasaban nunca los cincuenta centímetros de diámetro, parecían ser de naturaleza inmaterial, pero se mostraban animadas de movimientos hasta cierto punto inteligentemente dirigidos, pues perseguían a los aviones, los esquivaban, descendían vertiginosamente en picado cuando los cazas realizaban esta maniobra, y en general, se comportaban como si tras sus movimientos existiese una inteligencia rectora e investigadora.

Al principio, los aviadores de las potencias beligerantes creyeron que se trataba de un arma secreta del enemigo. Algunos pilotos comunicaron haber visto volar a estas bolas luminosas en perfecta formación. La tripulación de un bombardero británico comunicó que una veintena de estas mis-

teriosas bolas habían seguido a su aparato a distancia. Añadieron que vieron un extraño resplandor que salía de ellas, apagándose y encendiéndose alternativamente.

En el cielo del Japón, varios pilotos nipones se encontraron también con estas fantásticas bolas, que tomaron por armas secretas de los americanos o de los rusos. Los pilotos norteamericanos, por su parte, igualmente desconcertados y en ocasiones amedrentados, supusieron que se trataba de un invento secreto de los japoneses o de los nazis.

No se tardó en conocer a las ígneas bolas por un nombre: *foo-fighters*. Este nombre, contrariamente a lo que han escrito algunos comentaristas, no significa «combatientes locos» ni «combatientes fantasmas», sino, simplemente, «cazas de fuego». Es un nombre compuesto de la palabra *fighter*, que en inglés significa «avión de caza» y *foo*, palabra del slang militar americano, en realidad una corrupción del francés *feu*, o fuego. Según Harold T. Wilkins (1), el nombre nació en el cuarto de oficiales de la 415.^a Escuadrilla de cazas nocturnos de los Estados Unidos, estacionada en la población francesa de Dijon en el año 1944.

Los *foo-fighters* parecen haber sido vistos por primera vez por pilotos pertenecientes a esta escuadrilla que volaban en misión de guerra sobre el Rin, al norte de Estrasburgo, exactamente en el sector del frente comprendido entre Hagenu y Neustadt. Hagenu se encuentra en Alsacia-Lorena, a 56 kilómetros al norte de Estrasburgo, mientras Neustadt se halla situado en el Palatinado bávaro, a 88 kilómetros al norte de Estrasburgo. Ambas poblaciones se encuentran al oeste del Rin.

Eran las diez de la noche del día 23 de noviembre de 1944, cuando el teniente Edward Schlüter, piloto de la 415.^a Escuadrilla de cazas nocturnos de la Aviación americana, despegó de su base de Dijon con la misión de interceptar a cuantos aviones alemanes encontrasen al oeste del Rin, entre Estrasburgo y Mannheim. Esta misión le llevaría a más de 240 kilómetros de distancia a vuelo de pájaro en dirección al Este, debiendo cruzar sobre los

Vosgos, la tétrica y solitaria cordillera cuyos contrafuertes defienden el acceso occidental al Rin. El teniente Schlüter, natural de Oshkosh, en el Wisconsin, es un hombre de probada solvencia y seriedad, un piloto expertísimo especializado en misiones nocturnas. En este vuelo le acompañaban el radarista teniente Donald J. Meiers y un oficial de los Servicios de Información, el teniente F. Ringwald. El vuelo se desarrolló con toda normalidad hasta que el aparato hubo traspuesto los Vosgos y los aviadores distinguieron las brillantes aguas del Rin, que fluían con celeridad hacia Maguncia.

El cielo aquella noche estaba claro, con ligeros celajes y visibilidad en general buena. La luna se hallaba en cuarto creciente. Las estaciones de radar del Ejército norteamericano, que cubrían a todos los pilotos estadounidenses en vuelo por aquella zona, no les notificaron la presencia de otros aparatos en el cielo. A cierta distancia hacia el Este, Schlüter distinguía las blancas nubes de vapor que lanzaba una locomotora germana que arrastraba un tren de mercancías, con todas las luces apagadas en cumplimiento de las órdenes contra ataques aéreos.

Alemania, acorralada, empezaba a ceder ante el empuje de los aliados y la guerra se aproximaba a su fin. Cuando el avión norteamericano se hallaba a unos 32 kilómetros al norte de Estrasburgo, el teniente Ringwald miró casualmente hacia el Oeste y advirtió ocho o diez bolas rojas, de apariencia ígnea, que se desplazaban a una sorprendente velocidad. Parecían volar en formación y se distinguían perfectamente desde la carlinga del caza nocturno, que se hallaba sumida en la oscuridad.

—Oye —dijo Ringwald a Schlüter—, mira esas luces que corren sobre esas colinas. ¿Qué serán?

—¡Vamos, hombre, que ahí no hay colinas!

—respondió Schlüter—. Yo diría que son estrellas.

—¿Estrellas? No lo creo —repuso Ringwald—. Pero, hombre, si van a una velocidad terrorífica.

—Quizá, posiblemente son reflejos provenientes de nuestro propio avión, pues volamos muy de prisa.

(1) *Flying Saucers on the Attack*, Cita del Press, N. Y., 1954.

Pero Ringwald no daba su brazo a torcer:

—*Estoy absolutamente seguro de que no son luces reflejadas por nosotros.*

Schlüter, que empezaba a estar preocupado, contempló con la máxima atención las luces, que en aquel momento se hallaban a la altura de su ala de babor. Inmediatamente estableció contacto por radioteléfono con una de las estaciones de radar de tierra.

—*Hay unos diez cazas nocturnos boches por aquí. Parece como si nos estuviesen persiguiendo. Van a gran velocidad.*

La estación de radar contestó:

—*Estáis locos, muchachos. Cerca de vuestro avión no hay nadie. ¿No estaréis viendo visiones?*

Meiers dirigió una mirada a la pantalla de radar.

—*¡Desde luego, en la pantalla no se ven aviones enemigos!*

Schlüter se dispuso entonces a entrar en acción y desvió su aparato hacia las luces, que brillaban como rubíes. ¡Pero apenas inició esta maniobra, las luces se desvanecieron... se hicieron invisibles! Dos minutos después reaparecieron, pero a gran distancia. Parecía como si se diesen perfecta cuenta de que iban a ser atacadas. Seis minutos después, las bolas descendieron, restablecieron su vuelo horizontal y desaparecieron.

Ninguno de los tripulantes del caza nocturno norteamericano pudo conjeturar ni remotamente de qué se trataba. Schlüter aventuró la idea de que pudiesen ser aparatos experimentales alemanes, semejantes a los cohetes rojos, verdes, azules y blancos que brillaban entre los proyectiles de las baterías antiaéreas cuando éstas repelían un bombardeo nocturno en gran escala. Tanto alemanes como ingleses utilizaron, al parecer, estos misteriosos cohetes, aunque no está claro cuál pudiese ser su finalidad.

Sin embargo, el encuentro con las misteriosas luces no impidió al teniente Schlüter bombardear a conciencia, aquella misma noche, ocho trenes de mercancías alemanes que circulaban por las vías férreas del Rin. Pero de regreso a su base en Dijon, convencido de que los altos oficiales de los

Servicios de Información no le creerían y le considerarían víctima de alucinaciones y neurosis de guerra, Schlüter no hizo informe alguno sobre lo que habían visto él y sus compañeros.

El 27 de noviembre de 1944 se realizó una segunda observación. Esta vez corrió a cargo del teniente Henry Giblin, un piloto californiano que patrullaba con un caza nocturno sobre la región de Alsacia-Lorena, al sur de Mannheim-am-Rhein. Le acompañaba en la carlinga de su aparato el radarista teniente Walter Cleary, de Massachusetts. Cuando el avión se aproximaba a Speyer, población ribereña del Rin, se llevaron ambos un buen susto. A unos 450 metros de altura sobre su aparato, «una diabólica luz anaranjada de gran tamaño», cruzó el cielo nocturno a una velocidad aproximada de 400 kilómetros por hora. Interrogadas, las estaciones de radar terrestres comunicaron que en las cercanías no se habían señalado aviones enemigos.

Temiendo el ridículo, Giblin y Cleary decidieron también no informar a sus superiores.

Los pilotos de la 415.^a Escuadrilla de cazas nocturnos no encontraron nada insólito hasta poco antes de las Navidades de 1944. La noche del 22 de diciembre de este año, el teniente David McFalls, de Carolina del Norte, y el teniente Edward Baker, radarista, natural de California, volaban en su aparato a 3.000 metros de altura al sur de Hagenau, a 32 kilómetros al norte de Estrasburgo y 25 al oeste del Rin. Esta vez, desafiando el ridículo, el piloto McFalls elevó el siguiente informe a sus superiores:

«A las 18 horas, cuando volábamos a 3.000 metros de altura en las proximidades de Hagenau, dos luces muy brillantes subieron hacia nosotros desde el suelo, para situarse a nuestro propio nivel y permanecer pegadas a la cola de nuestro avión. Eran luces de gran tamaño, de un color anaranjado brillante. Permanecieron en dicha posición durante diez minutos. Se hallaban *perfectamente gobernadas*. Luego se separaron de nosotros, y su luz pareció extinguirse.»

En la Nochebuena, McFalls y Baker presenciaron otro espectáculo sorprendente. He aquí cómo

lo describieron:

«Una brillante bola roja subió en derechura hacia nosotros. ¡De pronto se convirtió en un avión, que hizo un viraje cerrado! Luego descendió en picado y desapareció.»

Según había de saberse a la terminación de la guerra, los pilotos alemanes, por su parte, también habían tenido encuentros similares. Algunos pilotos de caza ingleses vieron también las extrañas bolas de fuego, pero ni una palabra de ello saltó a las páginas de los periódicos ingleses. En el año 1944 la censura era rigurosísima en las Islas Británicas... censura que ni después de la guerra se levantó, por lo que concierne a este misterio, a diferencia de lo que se hizo con tantos otros secretos de guerra.

Los *foo-fighters* recibieron también el nombre de *krauts fireballs* o bolas de fuego Kraut. Este nombre les fue aplicado por pilotos ingleses y americanos que estaban convencidos de que se trataba de un arma secreta alemana. Al parecer, su propósito consistía en una minuciosa información de los aviones de guerra, cazas y bombarderos. (Kraut=alemán en el argot militar. También los llamaban *Jerries*.)

No tardaron los *foo-fighters* en ser vistos también por los pilotos de la 8.ª Fuerza Aérea de los Estados Unidos. El piloto de un avión bombardero de esta Fuerza comunicó haber visto a quince de estos *foo-fighters* siguiendo a su avión a distancia mientras sus luces parpadeaban. Estos quince *foo-fighters* fueron vistos, *de día*, cerca de Neustadt, y el observador era un experimentado piloto estadounidense que se hallaba a los mandos de un «P-47».

He aquí su informe:

«Volábamos al oeste de Neustadt cuando una esfera dorada, que brillaba con resplandor metálico, apareció avanzando lentamente por el cielo. El sol no estaba muy alto sobre la línea del horizonte, lo cual hacía que resultase difícil afirmar si el objeto reflejaba los rayos solares o si el brillo provenía de la propia esfera.»

El segundo piloto del «P-47» también vio la misma «bola dorada o fosforescente», u otra parecida,

que «parecía tener un metro aproximadamente de diámetro y que volaba a 600 metros de altura».

El Alto Mando de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos empezó a tomar en serio los informes acerca de *foo-fighters*, que le llegaban en número creciente. No podía dudarse de lo que afirmaban haber visto los pilotos veteranos de la 415.ª Escuadrilla de cazas nocturnos y de la 8.ª Fuerza Aérea. No bastaba con dejar a un lado aquellos informes con una sonrisa de suficiencia o condescendencia, tachándolos de alucinaciones o neurosis de combate. Sin embargo, en enero de 1945 varios hombres de ciencia neoyorquinos ofrecieron una «explicación» que, según ellos, aclaraba todas las dudas y ponía punto final a la controversia sobre los *foo-fighters*: las misteriosas bolas de fuego no eran más que el vulgarísimo fuego de San Telmo o una variedad del rayo en bola.

Como el lector sabe, el fuego de San Telmo se ve a veces, en mar y tierra, durante las tempestades eléctricas. En el mar, este fuego suele fijarse en la punta de los mástiles de las embarcaciones, después de la tempestad. Este meteoro ígneo brilló incluso en las puntas de las lanzas de los legionarios de Julio César, según relata la Historia. En nuestros propios días, el viejo trasatlántico de la «White Star» *Germanic* se encontró con una terrible tempestad acompañada de gran aparato eléctrico en pleno Atlántico. A la una de la madrugada, empezaron a surgir llamaradas eléctricas de cinco centímetros de longitud del aparejo, y *pequeñas bolas*, de 2 a 8 centímetros de diámetro, recorrían el mástil en todas direcciones, pero «pegadas a él».

En cuanto al rayo en bola, es un fenómeno meteorológico rarísimo y que se produce en circunstancias muy particulares. Ni éste ni los fuegos de San Telmo se parecen en lo más mínimo a los *foo-fighters* y sus maniobras aparentemente inteligentes.

Con la entrada del año 1945, los *foo-fighters*, pese a haber sido desbancados oficialmente por los científicos neoyorquinos, hicieron su aparición en los teatros de la guerra aérea del Extremo Oriente, en los mismísimos antipodas de la región del Rin alemán. Se les vio sobre el Japón y sobre Truk La-

Pero Ringwald no daba su brazo a torcer:

—*Estoy absolutamente seguro de que no son luces reflejadas por nosotros.*

Schlüter, que empezaba a estar preocupado, contempló con la máxima atención las luces, que en aquel momento se hallaban a la altura de su ala de babor. Inmediatamente estableció contacto por radioteléfono con una de las estaciones de radar de tierra.

—*Hay unos diez cazas nocturnos boches por aquí. Parece como si nos estuviesen persiguiendo. Van a gran velocidad.*

La estación de radar contestó:

—*Estáis locos, muchachos. Cerca de vuestro avión no hay nadie. ¿No estaréis viendo visiones?*

Meiers dirigió una mirada a la pantalla de radar.

—*¿Desde luego, en la pantalla no se ven aviones enemigos!*

Schlüter se dispuso entonces a entrar en acción y desvió su aparato hacia las luces, que brillaban como rubíes. ¡Pero apenas inició esta maniobra, las luces se desvanecieron... se hicieron invisibles! Dos minutos después reaparecieron, pero a gran distancia. Parecía como si se diesen perfecta cuenta de que iban a ser atacadas. Seis minutos después, las bolas descendieron, restablecieron su vuelo horizontal y desaparecieron.

Ninguno de los tripulantes del caza nocturno norteamericano pudo conjeturar ni remotamente de qué se trataba. Schlüter aventuró la idea de que pudiesen ser aparatos experimentales alemanes, semejantes a los cohetes rojos, verdes, azules y blancos que brillaban entre los proyectiles de las baterías antiaéreas cuando éstas repelían un bombardeo nocturno en gran escala. Tanto alemanes como ingleses utilizaron, al parecer, estos misteriosos cohetes, aunque no está claro cuál pudiese ser su finalidad.

Sin embargo, el encuentro con las misteriosas luces no impidió al teniente Schlüter bombardear a conciencia, aquella misma noche, ocho trenes de mercancías alemanes que circulaban por las vías férreas del Rin. Pero de regreso a su base en Dijon, convencido de que los altos oficiales de los

Servicios de Información no le creerían y le considerarían víctima de alucinaciones y neurosis de guerra, Schlüter no hizo informe alguno sobre lo que habían visto él y sus compañeros.

El 27 de noviembre de 1944 se realizó una segunda observación. Esta vez corrió a cargo del teniente Henry Giblin, un piloto californiano que patrullaba con un caza nocturno sobre la región de Alsacia-Lorena, al sur de Mannheim-am-Rhein. Le acompañaba en la carlinga de su aparato el radarista teniente Walter Cleary, de Massachusetts. Cuando el avión se aproximaba a Speyer, población ribereña del Rin, se llevaron ambos un buen susto. A unos 450 metros de altura sobre su aparato, «una diabólica luz anaranjada de gran tamaño», cruzó el cielo nocturno a una velocidad aproximada de 400 kilómetros por hora. Interrogadas, las estaciones de radar terrestres comunicaron que en las cercanías no se habían señalado aviones enemigos.

Temiendo el ridículo, Giblin y Cleary decidieron también no informar a sus superiores.

Los pilotos de la 415.^a Escuadrilla de cazas nocturnos no encontraron nada insólito hasta poco antes de las Navidades de 1944. La noche del 22 de diciembre de este año, el teniente David McFalls, de Carolina del Norte, y el teniente Edward Baker, radarista, natural de California, volaban en su aparato a 3.000 metros de altura al sur de Hagenau, a 32 kilómetros al norte de Estrasburgo y 25 al oeste del Rin. Esta vez, desafiando el ridículo, el piloto McFalls elevó el siguiente informe a sus superiores:

«A las 18 horas, cuando volábamos a 3.000 metros de altura en las proximidades de Hagenau, dos luces muy brillantes subieron hacia nosotros desde el suelo, para situarse a nuestro propio nivel y permanecer pegadas a la cola de nuestro avión. Eran luces de gran tamaño, de un color anaranjado brillante. Permanecieron en dicha posición durante diez minutos. Se hallaban *perfectamente gobernadas*. Luego se separaron de nosotros, y su luz pareció extinguirse.»

En la Nochebuena, McFalls y Baker presenciaron otro espectáculo sorprendente. He aquí cómo

lo describieron:

«Una brillante bola roja subió en derechura hacia nosotros. ¡De pronto se convirtió en un avión, que hizo un viraje cerrado! Luego descendió en picado y desapareció.»

Según había de saberse a la terminación de la guerra, los pilotos alemanes, por su parte, también habían tenido encuentros similares. Algunos pilotos de caza ingleses vieron también las extrañas bolas de fuego, pero ni una palabra de ello saltó a las páginas de los periódicos ingleses. En el año 1944 la censura era rigurosísima en las Islas Británicas... censura que ni después de la guerra se levantó, por lo que concierne a este misterio, a diferencia de lo que se hizo con tantos otros secretos de guerra.

Los *foo-fighters* recibieron también el nombre de *krauts fireballs* o bolas de fuego Kraut. Este nombre les fue aplicado por pilotos ingleses y americanos que estaban convencidos de que se trataba de un arma secreta alemana. Al parecer, su propósito consistía en una minuciosa información de los aviones de guerra, cazas y bombarderos. (Kraut = alemán en el argot militar. También los llamaban *Jerries*.)

No tardaron los *foo-fighters* en ser vistos también por los pilotos de la 8.ª Fuerza Aérea de los Estados Unidos. El piloto de un avión bombardero de esta Fuerza comunicó haber visto a quince de estos *foo-fighters* siguiendo a su avión a distancia mientras sus luces parpadeaban. Estos quince *foo-fighters* fueron vistos, *de día*, cerca de Neustadt, y el observador era un experimentado piloto estadounidense que se hallaba a los mandos de un «P-47».

He aquí su informe:

«Volábamos al oeste de Neustadt cuando una esfera dorada, que brillaba con resplandor metálico, apareció avanzando lentamente por el cielo. El sol no estaba muy alto sobre la línea del horizonte, lo cual hacía que resultase difícil afirmar si el objeto reflejaba los rayos solares o si el brillo provenía de la propia esfera.»

El segundo piloto del «P-47» también vio la misma «bola dorada o fosforescente», u otra parecida,

que «parecía tener un metro aproximadamente de diámetro y que volaba a 600 metros de altura».

El Alto Mando de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos empezó a tomar en serio los informes acerca de *foo-fighters*, que le llegaban en número creciente. No podía dudarse de lo que afirmaban haber visto los pilotos veteranos de la 415.ª Escuadrilla de cazas nocturnos y de la 8.ª Fuerza Aérea. No bastaba con dejar a un lado aquellos informes con una sonrisa de suficiencia o conmisseración, tachándolos de alucinaciones o neurosis de combate. Sin embargo, en enero de 1945 varios hombres de ciencia neoyorquinos ofrecieron una «explicación» que, según ellos, aclaraba todas las dudas y ponía punto final a la controversia sobre los *foo-fighters*: las misteriosas bolas de fuego no eran más que el vulgarísimo fuego de San Telmo o una variedad del rayo en bola.

Como el lector sabe, el fuego de San Telmo se ve a veces, en mar y tierra, durante las tempestades eléctricas. En el mar, este fuego suele fijarse en la punta de los mástiles de las embarcaciones, después de la tempestad. Este meteoro ígneo brilló incluso en las puntas de las lanzas de los legionarios de Julio César, según relata la Historia. En nuestros propios días, el viejo trasatlántico de la «White Star» *Germanic* se encontró con una terrible tempestad acompañada de gran aparato eléctrico en pleno Atlántico. A la una de la madrugada, empezaron a surgir llamaradas eléctricas de cinco centímetros de longitud del aparejo, y *pequeñas bolas*, de 2 a 8 centímetros de diámetro, recorrían el mástil en todas direcciones, pero «pegadas a él».

En cuanto al rayo en bola, es un fenómeno meteorológico rarísimo y que se produce en circunstancias muy particulares. Ni éste ni los fuegos de San Telmo se parecen en lo más mínimo a los *foo-fighters* y sus maniobras aparentemente inteligentes.

Con la entrada del año 1945, los *foo-fighters*, pese a haber sido desbancados oficialmente por los científicos neoyorquinos, hicieron su aparición en los teatros de la guerra aérea del Extremo Oriente, en los mismísimos antípodas de la región del Rin alemán. Se les vio sobre el Japón y sobre Truk La-

goon, en el centro del Pacífico. Las tripulaciones de los bombarderos «B-29» comunicaban a los Servicios de Inteligencia, al regreso de sus vuelos, que bolas de fuego de aspecto misterioso subían hacia sus aviones cuando volaban sobre el Japón, se centran sobre las colas de los bombarderos y cambiaban el brillo de sus luces de rojo a anaranjado, y luego de blanco a rojo. ¡Exactamente como había sucedido pocos meses antes en el otro lado del planeta! De la misma manera, las bolas de fuego vistas indistintamente por pilotos norteamericanos y japoneses sobre el Pacífico se mostraban inofensivas, limitándose únicamente a «fisgonear».

En una ocasión, un «B-29» que volaba de noche se elevó para ocultarse en una nube y librarse del acoso de una de aquellas bolas de fuego. Cuando el bombardero emergió de la masa nubosa, la bola continuaba siguiéndole impertérrita. El piloto afirmó que parecía tener poco más de un metro de diámetro y brillaba con una extraña fosforescencia roja. Era de forma esférica y sin el menor indicio de alas, alerones o fuselaje. Siguió al bombardero durante 10 ó 12 kilómetros, y el piloto la perdió de vista cuando el alba empezó a teñir de rojo las nieves del Fujiyama, la montaña sagrada del Japón, que se alza a unos 100 kilómetros al sur de Tokio.

Los bombarderos norteamericanos comprobaron que ni dando todo el gas a los motores podían librarse de la persecución de aquellas bolas de fuego. El piloto de un «B-24» *Liberator*, que volaba a 3.600 metros de altura sobre Truk Lagoon, un atolón coralífero perteneciente al archipiélago de las Carolinas, se quedó considerablemente sorprendido al ver aparecer de pronto dos brillantes luces rojas que parecieron surgir por debajo de su avión para situarse a su cola y seguirlo durante 75 minutos. Una de las bolas llameantes se ennegreció, mientras la otra seguía persiguiendo al aparato y maniobrando de tal manera, que parecía indicar una dirección inteligente procedente de un centro situado a gran distancia. Se situó frente al *Liberator*, para avanzar y mantener la delantera durante 1.500 metros. Después de esta demostración, volvió a colocarse junto a la cola. No parecía costarle

el menor esfuerzo sobrepasar la velocidad del avión terrestre y realizar toda clase de maniobras a su alrededor.

Cuando el alba se alzaba sobre el Pacífico, la extraña bola se elevó a unos 4.800 metros sobre el avión y se perdió entre los rayos solares. Durante las horas nocturnas, el piloto observó diversas variaciones de color en la bola, que coincidían con las observadas sobre el Rin en 1944. El piloto comunicó con la base para recibir la respuesta consabida: «No hay aparatos enemigos cerca del suyo. Éste es el único que nos muestra la pantalla del radar.»

Con los *foo-fighters* nos encontramos con el que podríamos denominar el primer acto del drama de los platillos volantes. Su naturaleza evidentemente inmaterial parece sugerir una concentración o un haz de rayos, algo parecido a nuestro radar, pero muchísimo más perfecto. Siguiendo a Jimmy Guieu (1), que denomina a los *foo-fighters* *teleproyecciones*, nosotros los denominaremos *ojos telecaptadores* o *televisores*. En realidad parecen sugerir la existencia de una base remota, quizás un gigantesco satélite artificial o una gran nave nodriza, como fuente emisora de las misteriosas bolas y estación receptora a la vez de sus noticias.

Sigamos con las observaciones realizadas durante el año 1945. En este año, según queda dicho, los *foo-fighters* hicieron su aparición en el Extremo Oriente. Pero eso no quiere decir que se les dejase de ver sobre Europa. En enero de 1945, los pilotos de la 415.^a Escuadrilla de cazas nocturnos comunicaron a los Servicios de Información norteamericanos de la base de Dijon, que habían vuelto a encontrar a las bolas ígneas solas, volando en parejas e incluso en formación. Un piloto dijo que tres formaciones de estas luces, de color rojo y blanco, siguieron a su aparato. Reduciendo su velocidad de pronto, las pilló al parecer desprevenidas, pues las luces siguieron avanzando sin disminuir la velocidad hasta que, para evitar una colisión

(1) *Les soucoupes volantes usennés d'un autre monde*, París, 1954, pág. 199.

sión, también redujeron la marcha, sin dejar por eso de seguirle.

Las estaciones de radar terrestre dijeron, como siempre, que su aparato se encontraba solo en el cielo.

En otra ocasión, cuando la sobrenatural bandada de *foo-fighters* en formación de ánades se pegó a la cola de un caza nocturno de la 415.ª Escuadrilla, el perplejo y exasperado piloto —los aviadores de la 415.ª Escuadrilla empezaban a creer que «las habían tomado con ellos»— hizo girar en redondo a su avión para lanzarse sobre las luces a todo gas. Al aproximarse a ellas, las espectrales luces se desvanecieron... ¡para reaparecer cosa de un kilómetro a sus espaldas!

Comunicando con las estaciones de radar de tierra, éstas se rieron abiertamente del perplejo piloto: «¿Es que os habéis vuelto todos locos ahí arriba? No hay más aparato que el suyo en el cielo.»

El piloto, furioso, resolvió gastar una mala pasada a aquellas luces burlonas. La noche era estrellada, pero cerca del cenit se extendía un banco de cúmulos. Dirigiendo el avión hacia las nubes, el piloto se ocultó en ellas. Luego dio la vuelta, cerró el gas y planeó durante unos 250 metros. Hizo girar entonces su aparato y volvió hacia la nube, pero desde un nivel mucho más inferior, y con el propósito de dar una sorpresa a las bolas. ¡Estas emergieron de la nube frente a él, pero siguiendo un rumbo opuesto al suyo!

Al parecer, estas teleproyecciones en forma de bola de fuego, de naturaleza inmaterial, pueden atravesar los objetos sólidos, como lo demuestra el incidente que recogemos en la versión que del mismo nos ofrece Guieu en su obra citada:

Cuando la guerra mundial tocaba a su término, un bombardero de la USAF encontró un *foo-fighter*. La misteriosa «bola de luz» atravesó silenciosamente la carlinga, flotó lentamente ante los pilotos estupefactos, se alejó de ellos para visitar todo el interior del bombardero y desaparecer hacia la cola del mismo.

La Prensa norteamericana no se ocupó de los *foo-fighters* hasta el 1.º de enero de 1945. En la

Prensa británica, sometida a una rígida censura militar, no aparecieron noticias sobre objetos no identificados hasta finales de aquel mismo año. Pese a los intentos de explicación ofrecidos, entre otros, por Mr. Howard W. Blakeslee, redactor científico de la «Associated Press of America», los *foo-fighters* continúan aún hoy en día siendo un misterio. Mr. Blakeslee insinuó que pudiese tratarse de una creación germana de naturaleza eléctrica, ofreciendo también la socorrida explicación del rayo en bola o del fuego de San Telmo. Cuando los aliados ocuparon los laboratorios nazis de Peenemünde, no encontraron en sus archivos planos ni diseños que pudiesen referirse a nada de esta naturaleza. Como hemos dicho ya, los pilotos germanos vieron también a los *foo-fighters*, a los que tomaron por armas secretas aliadas.

El teniente George Gorman y la luz voladora.

Un suceso que puede tener estrecha relación con la misteriosa naturaleza de los fantasmalones *foo-fighters* es el acaecido la noche del 1.º de octubre de 1948 en las proximidades del aeródromo de Fargo (Dakota del Sur). Este extraño suceso ocurrió a las 21 horas aproximadamente. El teniente George Gorman, de 26 años de edad, y ex piloto instructor, se dirigía al aeródromo de Fargo con su aparato y había pedido ya permiso para aterrizar cuando vino por debajo de él lo que parecía ser la luz de posición de popa de un avión marchando a gran velocidad. Gorman comunicó el hecho a la torre de control, pero desde ella le respondieron que en las proximidades de su avión sólo se había señalado la presencia de un «Piper Cub». Mas relatemos los hechos con las mismas palabras de Gorman:

«La noche del 1.º de octubre de 1948, a las 21 horas, me disponía a tomar tierra en el aeródromo de Fargo, después de un vuelo rutinario de patrulla con un avión "F.51". La torre me dio permiso para aterrizar, mas entonces advertí lo que parecía ser la luz de cola de otro avión, a unos

1.000 metros de distancia. Pregunté a la torre y me dijeron que el único aparato que se hallaba sobre el campo, además del mío, era un "Piper Cub". Yo distinguía perfectamente a esta avioneta en un nivel inferior al mío. No era lo que yo había visto. Miré de nuevo y me quedé sorprendido al no distinguir ninguna masa ni sombra en torno a la luz en movimiento. Decidí acercarme a ella para examinarla. Tenía unos 20 centímetros de diámetro, era muy blanca y completamente redonda, con una especie de difuminado en su periferia. Pero cuando me aproximé a ella, la luz efectuó un brusco viraje a la izquierda. Me pareció como si fuese a pasar sobre la torre. Piqué hacia la luz acelerando a fondo, pero no pude alcanzarla. Volvió a ganar altura e hizo otro brusco viraje a la izquierda. Yo también hice describir una curva cerrada al "F.51", tratando de cortar el paso a la luz. Pero nos hallábamos ya a más de 2.000 metros. ¡De pronto, el objeto hizo un viraje cerrado a la derecha y ambos nos dirigimos el uno contra el otro! Cuando me pareció que íbamos a chocar, yo me asusté y bajé en picado. La luz pasó sobre la carlinga a unos 150 metros de distancia. Luego describió un círculo a la izquierda a unos 300 metros sobre mí, y yo reanudé la caza.

Me dirigí en derechura hacia la luz, que también venía a mi encuentro. Cuando la colisión parecía inevitable, el objeto saltó de repente hacia arriba. Yo subí en su persecución hasta una altura de unos 4.200 metros. Entonces el objeto giró hacia el Noroeste, y se desvaneció.»

El teniente Gorman dijo después que durante aquel fantástico acoso, no observó nada anormal en sus instrumentos, no oyó el menor ruido ni notó que el misterioso objeto emitiese gases de escape. Sin embargo, calificó su velocidad como «excesiva», añadiendo:

«A veces, durante la persecución, hice volar mi aparato a pleno gas, alcanzando velocidades de 500 a 600 kilómetros por hora e incluso más. El extraño disco iluminado permaneció visible durante más de veintisiete minutos. Parecía tener profundidad, si bien se mostraba como un objeto plano.»

La luz que vio Gorman era una esfera o bola de 20 centímetros de diámetro, aproximadamente, de un blanco brillante y *sin consistencia material*. Únicamente se la puede describir como un globo de luz pura, sin fuente emisora aparente para la misma. Pero cedamos de nuevo la palabra a Gorman:

«Estoy convencido de que existía una inteligencia tras las maniobras de aquel objeto. También estoy seguro de que se hallaba sujeto a las leyes de la inercia, porque su aceleración era rápida, pero no inmediata, y aunque podía describir virajes muy cerrados y a una velocidad considerable, en ellos seguía una curva natural. Tenía mucha más capacidad de maniobra y mayor velocidad que mi avión y también podía elevarse verticalmente y mantener un promedio de ascenso constante y que sobrepasaba, en mucho, al de mi caza militar. Cuando intenté seguir al objeto en uno de sus virajes cerrados, cubrió mis ojos el velo negro (1) por unos momentos, a pesar de que me hallo en muy buenas condiciones físicas. No creo que haya ningún piloto capaz de soportar sin perder el conocimiento los virajes cerrados que describía aquella luz.»

Pero lo que presta más peso a las palabras de Gorman es que su declaración fue corroborada por otros dos testigos. Uno de ellos fue el responsable del tráfico del aeródromo, L. D. Jensen, quien también se apercibió con asombro de la luz y de las extrañas cabriolas que ésta y Gorman efectuaban. El globo de luz fue visto también por un piloto llamado Cannon, que tripulaba el «Piper Cub» en unión de un pasajero. Ambos observaron también la extraña luz y sus rapidísimas maniobras. Jensen se apresuró a tomar unos prismáticos para observar el extraño ballet aéreo. Afirmó que no pudo distinguir forma de avión en torno a lo que parecía ser la luz de cola de un aparato rapidísimo. En cuanto a Cannon, el piloto del «Piper Cub», creyó que se trataba de un reactor canadiense, pero las Fuerzas Aéreas canadienses declararon

(1) El velo negro o black out es un momentáneo desvanecimiento por falta de riego sanguíneo del cerebro, debido a una aceleración brusca.

posteriormente que ninguno de sus reactores había volado aquella noche en las proximidades de Fargo.

En octubre de 1948 existía ya una Comisión de Encuesta oficial en el seno del «Air Technical Intelligence Center» (ATIC) de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Esta agencia investigadora, radicada en Wright Field, Dayton (Ohio), recibió el nombre de «Project Sign».

Ahora bien: el «Proyecto Sign» no pudo ofrecer ninguna explicación satisfactoria acerca del incidente Gorman. En lugar de dar una explicación, los técnicos del «Proyecto Sign» hicieron la siguiente pregunta: «¿Es posible que un objeto sin forma apreciable ni configuración aeronáutica conocida parezca desplazarse a diversas velocidades y maniobrar inteligentemente?»

Más tarde el «Proyecto Sign», por boca de su portavoz el comandante Jere Boggs, un oficial del ATIC que actuaba de enlace entre el Pentágono y Wright Field, afirmó que Gorman había estado persiguiendo... ¡a un globo sonda iluminado!

Esta «explicación» resulta totalmente infantil, pues ningún globo sonda es capaz de alcanzar las velocidades vertiginosas que alcanzó la luz de Fargo, la cual volaba a veces *contra el viento*. Además, Gorman la describió como un objeto de muy pequeñas dimensiones. El *foo-fighter* de Fargo se había de convertir en otro más de los muchos casos insolubles que guardan las Fuerzas Aéreas en sus archivos.

Las bolas de fuego verde y el «Proyecto Twinkle»

Otro fenómeno inexplicable más o menos contemporáneo del suceso del aeródromo de Fargo es el de las bolas de fuego verde que fueron vistas en 1948 sobre una zona bien delimitada de los Estados Unidos: el Oeste norteamericano y en especial Arizona y Nuevo México.

Veamos cómo describe el fenómeno uno de sus testigos:

En agosto de 1948, el doctor James Moseley, proyectista de aeroplanos, conversaba en su casa

de Arizona con el doctor Robinson, profesor de Geología del Instituto Tecnológico de Texas, cuando vieron en el espacio un globo de luz verdosa que avanzaba paralelo al suelo, sin producir ningún ruido. Cruzó por encima de sus cabezas y desapareció hacia el Sudeste. Mientras estaban comentando el raro fenómeno vieron aparecer a intervalos otros tres globos semejantes que siguieron el mismo camino.

Al día siguiente, al comentar con otros amigos el fenómeno, se enteraron de que eran muchos los que habían presenciado el paso de dos o tres de ellos. Durante la segunda mitad de 1948 las observaciones de bolas de fuego verde menudearon de tal forma, que decidieron a las Fuerzas Aéreas a crear una subcomisión especial, el «Proyecto Twinkle», dependiente de la comisión de encuesta oficial o «Proyecto Sign». Esta subcomisión se destinó exclusivamente a estudiar el misterio de las bolas de fuego verde.

Estos extraños viajeros del espacio se presentaban bajo la apariencia de una monstruosa bola incandescente, de una luminosidad verde cegadora, con una corta cola, a veces rojoanaranjada. Atravesaban el cielo del Oeste americano a la velocidad de un meteoro, para desaparecer en ocasiones espontáneamente, o desintegrarse en un espectacular estallido.

Tanto en un caso como en otro, jamás se pudieron descubrir restos palpables de las mismas. Sin embargo, existe un hecho muy significativo que prueba a la vez que no fueron una alucinación y al propio tiempo que su naturaleza era por completo desusada. Antes de 1948, en la atmósfera del Oeste americano no se había registrado la presencia de partículas de cobre; posteriormente en los análisis de aire que se efectuaron, apareció este metal. El cobre es un metal rarísimo en los aerolitos. El color verde de dichas bolas se explicaría precisamente por la presencia en ellas del cobre en grandes cantidades. Además, cuando los investigadores del «Proyecto Twinkle» interrogaron a los testigos y les mostraron un espectro de comparación, éstos designaron sin vacilar la banda de los 5.200 angstroms, que corresponde al cobre incan-

descendente.

Las desconcertantes bolas no pudieron ser explicadas satisfactoriamente por ningún astrónomo. Entre los que admitieron públicamente su ignorancia acerca de su naturaleza se hallaba el doctor Peter Millman, uno de los más importantes astrofísicos del Canadá. Otro astrónomo que manifestó su desconcierto ante el fenómeno fue el doctor Lincoln La Paz, del Instituto de Meteorica de Nuevo México. El doctor La Paz estudió con atención el fenómeno de las bolas de fuego verde, y afirmó que no podía tratarse de aerolitos. En primer lugar por su carácter absolutamente silencioso (un aerolito de este tamaño produciría un estampido ensordecedor). Además, se desplazaban en línea recta, mientras los aerolitos describen una parábola. El doctor La Paz añadió que, de ser aerolitos, no hubieran aparecido con tanta frecuencia ni en tanta cantidad. Posiblemente estas bolas de fuego verde tenían alguna relación con los enigmáticos globos de iguales características que fueron ya vistos en 1946 sobre Suecia. Por aquella época, los Estados Mayores de las potencias occidentales consideraron que se trataba de armas secretas rusas. Pero más tarde las bolas de fuego verde desaparecieron definitivamente del Báltico para ceder su sitio a auténticos proyectiles soviéticos teledirigidos.

El «Proyecto Twinkle» estableció tres estaciones de observación provistas de teodolitos en Vaughn, Nuevo México, con objeto de obtener cuidadosas triangulaciones de las bolas de fuego verdes. Por ironía de la suerte, durante tres meses de observación consecutiva las bolas verdes no se manifestaron sobre este lugar. Pero cuando el puesto de observación se trasladó a la base aérea de Holloman, también en Nuevo México, los investigadores tuvieron mejor suerte. Se consiguió seguir el curso de varias de las bolas hasta el momento de su explosión, comprobándose que se desplazaban a una velocidad de 65.000 kilómetros por hora.

Posiblemente deban clasificarse entre esta clase de objetos de naturaleza «inmaterial» el grupo de objetos luminosos, en formación de bandada de gansos, que la noche del 30 de agosto de 1951 atra-

vesaron el cielo de Lubbock (Texas), de un extremo a otro y silenciosamente, en unos pocos segundos. Por una suerte increíble, esta bandada de bolas luminosas fue fotografiada por un joven estudiante de 18 años, Carl Hart, que consiguió impresionar cuatro clichés, los cuales fueron declarados auténticos y sin trucaje alguno por los expertos del ATIC. No es la única vez que se han visto estas formaciones en V.

Terminemos con una alusión a los «fantasmas de Nansi-Shoto», perfectamente visibles en la pantalla de radar, pero que los norteamericanos que en 1945 tomaban parte en la batalla de Okinawa no pudieron distinguir a simple vista, a pesar de que los misteriosos objetos captados por el radar produjeron numerosas alarmas en la región de Nansi-Shoto.

Todo ello nos hace suponer que tal vez exista un tipo inmaterial de OVNI; quizá subproductos de alguna forma de energía, tal vez utilizada como medio de observación a larga distancia. Una tercera parte de los «objetos no identificados» que surgieron en nuestro firmamento corresponde a esta clase de «cosas». Algo como puntos de concentración de algún lejano campo de fuerzas.

CAPITULO III

APARECEN EN ESCENA LOS «PLATILLOS VOLANTES»

Para el historiador, que trabaja en la paz y el silencio de los archivos, desempolvando viejos manuscritos e interpretando antiguos cronicones, es tarea relativamente fácil formarse poco a poco la visión de un pasado muerto. No puede decirse lo mismo del historiador de hechos actuales y contemporáneos, y además tan complejos, insólitos y a veces alucinantes, que escapan a toda pauta o norma precedente.

Así sucede con el complejo asunto que, para simplificar, hemos denominado problema de los objetos no identificados. En él nos movemos aún casi a tientas, pese a tener algunas pistas e indicios que nos permiten ir elaborando una teoría que, de ser llevada a sus últimas consecuencias, casi nos aterra por su abrumadora trascendencia. Nuestra labor se puede comparar a la de un detective que se entretiene en montar pacientemente el rompecabezas de un caso complicadísimo. Y no es que falten las pruebas, al contrario. Las pruebas existen y en abundancia; lo que resulta difícil es interpretarlas. Sería pedir demasiado de un salvaje que ignora lo que es un avión, que estableciese

una clasificación de los distintos tipos de aviones existentes basándose en las fugaces observaciones de los mismos realizadas en el cielo de su selva natal. Para guiarnos disponemos, sin embargo, de algunas pistas. Podemos incluso atacar el problema con método absolutamente científico y procedimientos estadísticos, como han hecho, entre otros, David Saunders, Jacques Vallée y nuestro Vicente Juan Ballester Olmos.

Disponemos también de los importantes archivos particulares y oficiales de numerosas Comisiones de Encuesta, donde se registran millares de observaciones. Entre el cúmulo de fotografías amañadas y trucadas, algunas docenas de clichés auténticos nos ofrecen la faz del enigma. Entre el alud de literatura platilista, algunas obras contienen un examen objetivo y sereno de la situación.

Todo ello nos permite intuir algo fenomenal: que la Tierra está siendo visitada, por lo menos de una forma asidua y metódica a partir de 1946 —sin que ello quiera decir que antes no se la observase— por unos misteriosos seres inteligentes, externos a nuestro mundo, y que han desarrollado sistemas de viaje interplanetario al lado de los cuales nuestra rudimentaria astronáutica es un simple balbuceo. Intuimos una tecnología muy superior a la nuestra, aunque no infinitamente superior. Gracias a las investigaciones de los científicos canadienses del «Proyecto Magnet» y del capitán René Plantier, empezamos a adivinar cuál puede ser el método de propulsión empleado por los discos interplanetarios (1). Jacques Vallée ha propuesto un método de clasificación para las observaciones, dividiéndolas en cuatro tipos.

Todo esto son ya datos y métodos científicos. Sobre todo después de Michel y del sensacional descubrimiento de la ortotenia, el problema no puede ser soslayado por ningún investigador serio y desapasionado, ni se le puede liquidar con un encogimiento de hombros o una sonrisa despectiva. «Algo» inteligente existe detrás de todos estos hechos ordenados con cierto ritmo; un propósi-

(1) Véase, a este respecto, la interesante obra *Hacia una Física del OVNI*, de F. Aréjula. Ed. Cedel, Barcelona, 1973.

to que se nos escapa preside todos estos sucesos en apariencia dispares. «Alguien» nos observa.

Kenneth Arnold y los nueve discos brillantes

Al piloto civil norteamericano Kenneth Arnold le cabe la gloria bastante discutible de haber bautizado a las naves de los misteriosos señores del espacio. Fue Arnold, en efecto, quien creó el tan desdichado nombre de «platillo volante», que en nuestra opinión ha contribuido en gran parte a la vulgarización de algo que nada tiene de vulgar (aunque en este caso, y con don Miguel de Unamuno, preferiríamos emplear *avulgaramiento* en lugar de *vulgarización*). En su congénito cretinismo, el hombre-masa de nuestros días ha convertido en materia de chistes fáciles y chabacanos lo que es sin duda el mayor misterio de nuestra época. Los «platillos volantes» y su tripulación de «marcianos» grotescos se han convertido en asunto de centenares de chistes gráficos y han aparecido reiteradamente en las páginas de los semanarios infantiles que constituyen la lectura predilecta de millares de adultos con cerebro embrionario.

Todo ello es triste y lamentable. Dícese que los dioses ciegan a aquellos que quieren perder. Signo distintivo de todas las decadencias es el afán desenfadado de placeres, la frivolidad entronizada, el desinterés por todo lo serio, verdadero e inquietante. El hombre moderno —y Kenneth Arnold no fue una excepción— reduce a su vulgaridad todo cuanto le rodea, por maravilloso e insólito que esto pueda ser. Así, cuando se trató de hallar un término de comparación para lo que había visto, a Arnold no se le ocurrió más que compararlo con unos «platillos volantes». Pero vayamos a los hechos.

El martes, 24 de junio de 1947, a las dos de la tarde, Kenneth Arnold, un hombre de negocios de Boise (Idaho), volaba en su avioneta particular de Chehalis a Yakima, en el Estado de Washington. Dicho Estado de la Unión se halla situado al noroeste de los Estados Unidos, y no tiene nada

que ver con la capital federal, que se encuentra en la costa atlántica. No efectuó el vuelo en línea recta, pues se entretuvo buscando los restos de un avión de transporte de la Marina que había desaparecido, y que se suponía había caído en la ladera sudoccidental del monte Rainier.

Cuando se hallaba a una altura de 2.800 metros, Arnold, que volaba en una atmósfera limpia y transparente, vio una sucesión de destellos hacia el norte del monte Rainier. Mirando con atención a su izquierda, vio a una hilera de nueve objetos brillantes y al parecer metálicos, que evolucionaban a la altura de los picos cubiertos de nieve. Tenían forma discoidal y parecían estar unidos entre ellos por un vínculo invisible, pues cada dos o tres segundos oscilaban ligeramente y cambiaban de rumbo de una manera simultánea (particularidad observada después en muchos casos similares, y relacionada con el sistema de propulsión electromagnético de los discos, según veremos).

Los objetos parecían ir en una dirección determinada y se aproximaban rápidamente al monte Rainier. De momento, Arnold los tomó por aviones a reacción de un nuevo tipo. Los reflejos y destellos que llamaron su atención se producían cada vez que los nueve aparatos oscilaban simultáneamente.

A los pocos momentos los nueve objetos se destacaron claramente sobre las nieves brillantes del monte Rainier, y entonces pudo Arnold observar que no tenían cola. Sin embargo, aún siguió creyendo que podía tratarse de un nuevo tipo de reactor. Entonces, tomando dos puntos de referencia sobre los montes Rainier y Adams, respectivamente, Arnold calculó su velocidad y la distancia a que se encontraban. Calculó que su avioneta se encontraba a unos 40 kilómetros de distancia de las extrañas máquinas, y que la velocidad de las mismas era casi de 2.000 kilómetros por hora. Asimismo, le pareció que eran de enorme tamaño y les atribuyó las dimensiones aproximadas de un «C-54», cuatrimotor de una talla respectable.

Observó su forma discoidal, y al describirlos más tarde, dijo que parecían dos platillos juntos por su parte cóncava. Comprobó también que los

nueve discos brillantes volaban mucho más cerca de las cumbres del monte Rainier que lo hubiera hecho cualquier avión ordinario.

El primer disco cruzó sobre las cumbres que se extendían entre el monte Rainier y el monte Adams, cuando el último objeto de la cadena pasaba sobre la cresta norte de la cordillera. Ello permitió calcular a Arnold que la hilera entera de discos cubría una extensión de por lo menos ocho kilómetros. En su avioneta, intentó seguirlos durante unos tres minutos, perdiéndolos luego de vista. Afirmó que eran objetos bastante planos, «como una sartén, y tan brillantes que reflejaban los rayos solares como un espejo».

Con pocas horas de intervalo, y antes de que el relato de Kenneth Arnold alcanzase la sensacional difusión que había de tener después, un tal Fred Johnson observó aquel mismo día a seis discos, que siguió con el telescopio sobre los montes Cascadas (Oregón), situados a más de 200 kilómetros del monte Rainier.

También aquel mismo 24 de junio, el tepiente-gobernador Donald S. Whitehead, de Idaho, afirmó haber visto a un objeto en forma de cometa cerniéndose inmóvil en el cielo del Idaho occidental. Después de algún tiempo, el extraño objeto pareció desaparecer bajo el horizonte, siguiendo la rotación de la Tierra. El doctor Hynek, astrofísico agregado al «Proyecto Sign», dijo que se trataba del planeta Mercurio o de Saturno, que brillaba entre los cirros. Pero el gobernador Whitehead no mencionó la presencia de cirros ni de ninguna clase de nubes en las proximidades de este extraño objeto.

Dos semanas después, Al Hixenbaugh, reportero del *Louisville Times* (Kentucky), pudo fotografiar el rastro dejado en el cielo por un «objeto» luminoso que vieron numerosos testigos en diversos puntos de Kentucky.

En realidad, en el mes de junio de 1947 se produjo la primera de las grandes «oleadas» después registradas y estudiadas, coincidiendo con la mínima distancia Tierra-Marte, u oposición. La oleada de 1947 había de ser desenterrada en su cerca de un millar de casos, y publicada veinte años des-

pués (1967), por el estudioso norteamericano Ted Bloecher.

El misterioso suceso de la isla Maury y sus extrañas derivaciones

Tres días antes de la sensacional observación de Kenneth Arnold, seis platillos volantes sobrevolaron la isla Maury, situada 5 kilómetros a la altura de Tacoma (Washington). Esta observación estuvo rodeada de circunstancias muy extrañas, y, a pesar de que la citan Gueiu y Wilkins, nosotros la acogemos con las máximas reservas. Sin embargo, vamos a describir los hechos, tal como al parecer se produjeron.

El día 21 de junio de 1947, a las 2 de la tarde, una patrulla de guardas costeros de los Estados Unidos, al mando de Harold A. Dahl, realizaba un servicio de vigilancia junto a la punta meridional de Puget Sound, en Washington. Este estuario, que se extiende hacia el Sur a partir del estrecho de Juan de Fuca, es notable por sus numerosas islas y ensenadas. La lancha de los guardas costeros penetró en una ría del lado de levante, frente a la cual se encuentra una isla muy poco poblada, la isla de Maury. En el cielo había nubes bajas de tormenta y el mar tenía bastante oleaje. Dahl llevaba la caña del timón y condujo la lancha hacia tierra. La embarcación se hallaba ocupada, además de Dahl, por dos patrulleros y el hijo de Dahl, de quince años de edad, con un perro. De pronto, Dahl levantó la vista casualmente y se quedó muy sorprendido al ver a «seis máquinas de enormes dimensiones, de forma parecida a un buñuelo», cerniéndose en el aire. Calculó que se hallaban a unos 600 metros de altura, exactamente sobre sus cabezas. Los extraños aparatos permanecían estacionarios y silenciosos.

De momento los tomó por globos, hasta que cinco de ellos empezaron a girar alrededor del sexto, que parecía sufrir algún contratiempo, pues descendía rápidamente, acompañado por los restantes, que permanecían siempre a unos 60 me-

tros por encima del mismo. El aparato inferior vino a situarse casi encima de sus cabezas, y a unos 150 metros de altura sobre el nivel del mar. Ninguna de las seis máquinas poseía hélice o cualquier otro medio visible de propulsión. Además, no emitían el menor ruido, como si no poseyesen motores de ninguna clase. Dahl calculó que tenían unos 30 metros de diámetro. Cada una de ellas mostraba un orificio en el centro, que parecía medir unos 9 metros de diámetro. Cuando las nubes dejaban atravesar la luz solar, ésta se reflejaba en sus superficies metálicas, produciendo innumerables destellos. Todos los singulares aparatos poseían algo así como unos enormes ojos de buey de unos 2 metros de diámetro, espaciados a distancias regulares en su periferia.

Pero cedamos la palabra al propio Dahl...

«Temiendo que la máquina central y más inferior cayese sobre la bahía, pusimos rumbo hacia la playa y yo saqué la máquina fotográfica que utilizábamos en las patrullas por el puerto. Tomé con ella cuatro fotografías de lo que aún entonces creía que eran globos. Entretanto, los cinco seguían dando vueltas en torno al sexto, que permanecía estacionario. Pasaron así cinco minutos, y entonces una de las máquinas que giraban se separó de la formación, aproximándose a la máquina estacionaria. Pareció tocarla y permaneció inmóvil durante unos cuatro minutos. Oímos entonces un golpe sordo y el aparato central escupió lo que parecían millares de periódicos por su abertura central. Pero aquellos fragmentos que caían por los aires resultaron ser un metal ligerísimo de color blanco que bajó revoloteando hacia la tierra firme, mientras parte de él caía en la bahía. El aparato empezó entonces a soltar fragmentos de metal negro y oscuro, que cayeron en el agua alrededor de nosotros y sobre la playa. Todos estos últimos fragmentos parecían de fundición, pues se alzó vapor cuando cayeron en el agua. Corrimos a refugiarnos al abrigo de un acantilado, pero mi hijo fue alcanzado en el brazo por un fragmento de metal, y nuestro perro resultó muerto. De pronto la lluvia de metal cesó. El extraño aparato volador y sus compañeros se elevaron silenciosamen-

te, tomando rumbo al Oeste, o sea, hacia el Pacífico. El aparato central se mantenía en formación con los demás. Durante algún tiempo no pudimos tocar el metal caído, pues nos quemaba las manos. Pero así que se enfrió, cargamos muchos fragmentos en nuestra lancha.»

Al embarcar en la lancha, Dahl descubrió que la pequeña emisora de a bordo no funcionaba.

«Cuando salimos de patrulla —sigue contando Dahl— la radio se hallaba en perfectado estado de funcionamiento. Pero entonces la estática era tan grande, que no conseguía establecer contacto con nuestra estación de tierra. Era imposible que aquello se debiese a perturbaciones meteorológicas. La caseta del timón había sido alcanzada por la lluvia de metal y había sufrido daños. Puse el motor en marcha y regresé a Tacoma, donde mi hijo tuvo que ser hospitalizado. Informé de esta extraña aventura a mi superior, Mr. Fred L. Chrisman, pero vi claramente que no me creía. Le entregué la máquina fotográfica con las películas y también los fragmentos de metal que habíamos recogido en la isla. Más tarde Chrisman fue en persona a la isla para ver las 20 toneladas de metal que yo calculé que había lanzado la extraña máquina. Cuando mis películas fueron reveladas, aparecían en ellas las extrañas máquinas volantes, pero los negativos estaban cubiertos de manchas blancas, como si hubiesen estado expuestos a alguna radiación.»

Según el informe que el «Proyecto Sign» realizó sobre el extraño suceso, Dahl y Chrisman intentaron colocar el curioso relato a una conocida revista de Chicago, cuyo director pidió a Kenneth Arnold, que por aquellos días gozaba de cierta popularidad, que tomase su avión para ir a Tacoma y ver qué había sucedido allí. En el informe oficial del «Proyecto Sign», sin embargo, nada se dice acerca del análisis efectuado del metal que cayó sobre la playa de la isla Maury. Parece ser que varias muestras del mismo fueron llevadas a la Universidad de Chicago, donde los químicos expertos en metalurgia las analizaron como «un metal que había caído desde gran altura para enterrarse a medias en la arena.»

Según Wilkins, la extraña aleación arrojada por los discos volantes no existe en la isla Maury como constituyente de sus componentes geológicos naturales. Según el mismo autor, este metal, o aleación de metal, se analizó juntamente con otros fragmentos caídos de otro gran objeto celeste cerca de la población mexicana de Zamalayuca, y en circunstancias muy similares.

El análisis demostró que se trataba de una aleación de calcio, hierro, cinc y titanio, como elementos predominantes. Además de estos metales se encontraban también aluminio, manganeso, cobre, magnesio, silice, níquel, plomo, estroncio y cromo, con muestras de plata, estaño y cadmio. Además, parece ser que el contenido en calcio era desusadamente elevado y que se debió de emplear un proceso de aleación muy peculiar, pues el calcio no se había oxidado como sucede cuando se le calienta en condiciones terrestres. Wilkins añade que quizás el calcio debiese su presencia entre los componentes del casco de las extrañas aeronaves, a su poder como absorbente de las mortíferas radiaciones del espacio interplanetario.

Ocurrieron entonces una serie de extraños incidentes. Al día siguiente de su singular aventura en la isla de Maury, Dahl recibió por la mañana la visita de un desconocido vestido de negro que le pidió que olvidase lo que había visto en la isla de Maury... a pesar de que Dahl no comprendía cómo el suceso podía haber llegado a sus oídos.

Apareció entonces en escena Kenneth Arnold, quien celebró una entrevista con Chrisman, el superior de Dahl, a la sazón plenamente convencido de lo que había visto su subordinado... ¡por haber visto él mismo un aparato idéntico a los descritos por Dahl, en la visita de inspección que efectuó a la isla dos días después!

A la vista de toda esta evidencia, Arnold decidió telefonar a los Servicios de Información militares. Le pusieron en comunicación con el teniente Frank Brown, y Arnold le pidió que se personase inmediatamente en Tacoma.

Sin embargo, Brown no fue a visitar a Arnold hasta el 31 de julio. Se presentó acompañado del

capitán Dawson, también de los Servicios de Información, y ambos manifestaron haber venido en un «B-29». Brown vio algunos fragmentos del metal caído en la isla Maury y a continuación mostró a Arnold algunas fotos que habían llegado a poder de los Servicios de Información.

El teniente Brown dijo que no tenía tiempo de ir a la isla Maury y que tenía órdenes de regresar por vía aérea a Hamilton Field, una base secreta norteamericana. Aquella misma noche Arnold llenó una caja con fragmentos del extraño metal, que había recogido Chrisman, ayudó a Brown a cargar la caja en su automóvil, y el oficial se alejó hacia el aeropuerto.

A la mañana siguiente se supo que había sucedido una catástrofe. El «B-29», con Brown y Dawson a bordo, se había estrellado veinte minutos después de dejar el aeropuerto. Sólo consiguió salvarse un pasajero, que saltó en paracaídas. Según sus declaraciones, el motor de babor se incendió de pronto. Según se supo después, el avión había estado estrechamente vigilado por fuerzas militares mientras permaneció en Tacoma, por lo que la posibilidad de un sabotaje quedaba descartada. Además del pasajero consiguió salvarse el mecánico, que también tuvo tiempo de tirarse en paracaídas.

El avión se estrelló en Kelso, en el mismo Estado de Washington. Entre sus restos no se encontró ni un solo fragmento del extraño metal.

Posteriormente, los Servicios de Información militares trataron de echar tierra al asunto. Un oficial de estos servicios visitó a Arnold y le pidió cortes pero firmemente que le entregase hasta el último fragmento de metal que poseyese. Se intentó por todos los medios hacer que Chrisman y Dahl declarasen que habían urdido un fraude para hacerse una publicidad gratuita, pero éstos se negaron rotundamente. Poco tiempo después, y a pesar de sus inmejorables antecedentes, ambos hombres recibieron un nuevo e ignorado destino, despareciendo de Tacoma sin dejar señas. Wilkins intentó inútilmente entrar en contacto con los dos guardas costeros. El 26 de enero de 1951 escribió una carta a Chrisman, en Tacoma, desde Kexley-

heath (condado de Kent, Inglaterra). La carta le fue devuelta con la indicación: «Se ausentó sin dejar señas.»

Poco antes de su misteriosa desaparición, y ante la coacción de que se le hacía objeto por parte de las autoridades para que se declarase un farsante, Dahl dijo: «Las Fuerzas Aéreas mienten descaradamente al decir que yo terminé por cantar de plano tras repetidos interrogatorios, admitiendo que los fragmentos caídos del platillo no eran más que formaciones rocosas propias de la isla Maury. ¿Qué ocurrió con los fragmentos de este metal que transportaba el avión siniestrado? ¿Por qué no nos han procesado a Chrisman y a mí por el delito que representaría inventar una patraña que causó la muerte de dos pilotos de las Fuerzas Aéreas norteamericanas y la pérdida de un avión valorado en más de 150.000 dólares?»

En todo este extraño asunto parece ser que intervinieron varias veces el misterioso personaje vestido de luto a que antes hemos aludido. Él, o un compañero suyo, llamó por teléfono el 1.º de agosto de 1947 —o sea, al día siguiente de la catástrofe aérea de Kelso— a la redacción de un periódico local, dando la localización exacta de un avión «C-46» de la Marina, que había desaparecido misteriosamente durante un vuelo nocturno sobre las montañas del Estado de Washington, y que hasta entonces no se había encontrado. El desconocido dijo por teléfono: «¿Quiéren ustedes encontrar al "C-46"? Se estrelló en la ladera sudoeste del monte Rainier, donde lo derribamos porque en él volaban ciertas personas que poseían unas informaciones que NOSOTROS no queremos que se sepan.»

¿Quién hay que entender por este NOSOTROS?
¿Habrá que entender... los extraterrestres?

Efectivamente, el «C-46» fue encontrado en la ladera sur del glaciar Tahoma del monte Rainier, a 3.000 metros de altura. Los ocho montañeros que descubrieron los restos del avión siniestrado se hallaron en presencia de un alucinante misterio: ¡Entre los restos del avión no había la menor traza de los cadáveres de los 32 «marines» que lo ocupaban, y los 5.000 dólares de recompensa ofre-

cidos por los deudos de los desaparecidos a aquel que suministrase informaciones acerca de su paradero, aún no han podido ser entregados a nadie! Este misterio es insoluble, pues no se encontraron señales de sabotaje ni la menor señal de los desaparecidos.

Estrañas cosas sucedieron sobre la costa atlántica de los Estados Unidos entre fines de junio y primeros de agosto de 1947. Kenneth Arnold no fue el único que vio discos volantes en el cielo. El 21 de junio, un vendedor de Oklahoma vio seis extraños objetos en el cielo, sobre Yukon, volando en formación a gran altura y desplazándose con una velocidad increíble. Cuatro días después, o sea, el 25 de junio, Byron Savage, un piloto también de Oklahoma, comunicó a la Prensa local que, cinco o seis semanas antes, hallándose en compañía de su esposa en el patio de su casa al atardecer, vio de pronto «un fantástico objeto que pasó sobre la ciudad. Debía de hallarse a unos 3.000 metros de altura y no hacía el menor ruido. Cuando desapareció, llegó hasta nosotros rumor de aire desplazado. Su velocidad era enorme. Era muy grande y de color plateado. Mucho más grande que el mayor de nuestros aviones».

El 27 del mismo mes, nueve extraños objetos cruzaron a gran altura sobre Kansas City. Discos semejantes a «bandejas plateadas» fueron vistos por una señora sobre las montañas Cascade, no muy lejos del lugar donde Kenneth Arnold vio la formación de nueve objetos brillantes. Dicha señora afirmó que se balanceaban durante el vuelo y cambiaban de formación. En Eugene, población de Oregón, un individuo vio también objetos plateados a gran altura en el cielo, pero corrían a tal velocidad que no tuvo tiempo de sacarles unas fotografías.

Rachas de catástrofes aéreas

¿No se ha preguntado a veces el lector a qué se deben las rachas de accidentes aéreos que se producen con frecuencia? Por ejemplo la que se

abatió en el año 1954 sobre los reactores de pasajeros de la «B.O.A.C.», tipo «Comet», que dieron en desintegrarse en pleno vuelo. Precisamente por las fechas en que tan extraños sucesos ocurrían, en los Estados Unidos, exactamente el 2 de agosto de 1947, un avión de pasajeros de la «British South American Airways», el «Lancastrian Star Dust», desapareció misteriosamente después de sobrevolar los Andes. Debía tomar tierra en el aeropuerto de Santiago de Chile a las 17.45. A las 17.41 comunicó con la torre de control para dar su hora de llegada. Pero al término de este mensaje resonó fuerte y clara la palabra «Stendec», pronunciada muy de prisa (1).

El telegrafista de las Fuerzas Aéreas chilenas que recibía el mensaje pidió que le aclarasen el significado de aquella palabra, que él no comprendía. Desde el avión la repitieron dos veces, sin ofrecer ninguna clase de explicación. A partir de este momento, nada más se supo del «Lancastrian Star Dust», a pesar de que su llegada era inminente. El enorme avión de pasajeros se esfumó, y hasta la fecha no se sabe qué pudo haberle ocurrido. Se inició una operación de búsqueda en gran escala con la intervención de tropas de esquiadores y fuerzas de aviación, mientras expertos alpinistas y fuerzas motorizadas batían palmo a palmo una zona de más de 400 kilómetros cuadrados. Pero todo fue en vano.

El «Star Dust» tenía una tripulación de cinco hombres y llevaba seis pasajeros. El piloto, el capitán R. J. Cook, había cruzado los Andes ocho veces como segundo piloto, y aquél era su primer vuelo como capitán. En Buenos Aires y también en Londres le advirtieron que tomase otra ruta si encontraba mal tiempo sobre los Andes. Por la tarde del día en que su avión desapareció, según parece en menos de cinco minutos, soplaban un viento de 45 nudos por hora sobre los Andes, y el paso donde se alza la famosa imagen del Cristo andino, sobre el cual debía volar el avión, estaba cubierto de nieve y envuelto en nubes. A las 17 en punto, o

sea 41 minutos antes de emitir su último mensaje, Cook comunicó al aeropuerto de Santiago que se elevaba a 7.200 metros. No existen pruebas de que su avión rebasase Santiago para caer en el Pacífico. Además, como el avión había dejado ya atrás la zona de mal tiempo que encontró en los Andes, esta posibilidad parece muy improbable.

Entre los pasajeros del «Star Dust» desaparecido se encontraba un mensajero de la Corona Británica que viajaba por cuenta del Foreign Office. Se descartó la posibilidad de un sabotaje.

La extraña muerte del capitán Thomas A. Mantell

El trágico accidente del capitán Mantell, as de la aviación americana que pereció al perseguir un objeto volante no identificado de proporciones gigantescas, parece dar armas a los que pretenden que la Tierra está siendo visitada por seres animados de intenciones hostiles, procedentes de ignotas profundidades del Cosmos. Sin embargo, y descontando las misteriosas desapariciones de aviones ya reseñadas, algún que otro accidente aéreo no bien explicado y la aventura del jefe de exploradores norteamericano Sonny Desvergers, de quien nos ocuparemos más adelante, las muestras de hostilidad de estos pretendidos visitantes extraterrestres son más bien escasas. El caso de Mantell, además, puede tener otra explicación. Piénsese que un fenómeno que acompaña con frecuencia a la aparición de un «platillo volante» es la desviación desordenada de la aguja magnética, y, en los automóviles, el «apagón», consistente en un paro brusco del motor y apagón de las luces, por haberse formado masa en la parte eléctrica del vehículo. Estos fenómenos, comprobados innumerables veces, se deben sin duda a la presencia del potente campo magnético generado por la astronave. Un cortocircuito o «apagón» de consecuencias inofensivas en tierra, puede ser fatal para un aviador.

Antes de pasar a la exposición de los hechos, conviene decir que a partir de la sensacional ob-

(1) Precisamente esta palabra, en la grafía STENDEK, ha sido elegida como título de la excelente revista que publica el CEI (Balmes, 86 — Barcelona).

servación de Kenneth Arnold, la excitación pública creció y decreció alternativamente durante los restantes meses de 1947. Un reducido grupo de oficiales de los Servicios de Inteligencia instó a las Fuerzas Aéreas para que montasen una agencia investigadora secreta, impresionados por el número creciente de observaciones. Entre éstas, evidentemente, las había falsas; otras eran producto de la histeria general. Pero otras eran indudablemente serias. En la base que las Fuerzas Aéreas tenían en Muroc, por ejemplo, varios pilotos veteranos comunicaron haber visto discos plateados dando vueltas a enorme velocidad. Los tripulantes de un avión de las «United Airlines», hasta entonces escépticos a toda prueba, vieron a dos grupos de discos sobre Emmett, en Idaho. Otros relatos procedían de observadores igualmente competentes y serios.

Sin embargo, las Fuerzas Aéreas quizá no se hubiesen decidido a crear una agencia investigadora oficial, de no haber sido por la extraña muerte del capitán Mantell.

He aquí los hechos: A primeras horas de la tarde del 7 de enero de 1948, centenares de personas vieron un enorme objeto redondo y resplandeciente sobre Madisonville, en Kentucky. Más tarde, fueron millares las personas que lo vieron en todo aquel Estado. A las 13.30, la Policía dio la alerta a Fort Knox, donde, como el lector sabe, están depositadas las reservas de oro de los Estados Unidos en enormes cámaras acorazadas subterráneas, porque al parecer el objeto se dirigía hacia allí. Los observadores calculaban que el misterioso objeto tenía por lo menos 70 metros de diámetro.

A las 13.45, el extraño objeto hizo su aparición sobre la base aérea de Godman, no lejos de Fort Knox. Mientras se cernía sobre el campo de aviación, cambiando alternativamente su brillo de blanco a rojo y viceversa, el coronel Hix, comandante de la base, ordenó por radio a tres cazas de hélice «F-51» que entonces pasaban por encima de Fort Knox, que estableciesen contacto con el objeto.

La escuadrilla de «F-51» se hallaba bajo el man-

do del capitán Thomas A. Mantell, as de la aviación americana con una brillante hoja de servicios en la segunda gran guerra.

A las 14.45, Mantell llamó por radio a la torre de control del aeródromo.

«He visto el objeto. Lo tengo sobre mi cabeza. Trataré de aproximarme a él, para verlo bien. Ahora lo tengo enfrente. Parece metálico... es de un tamaño tremendo... Ahora se eleva y va tan rápido como yo (580 km/h). Voy a subir hasta 6.000 metros. Si no puedo alcanzarlo abandonaré la persecución.»

Los otros dos pilotos comunicaron que el objeto aún seguía por encima de ellos, y que habían alcanzado ya su techo de 6.000 metros (ninguno de los pilotos iba equipado con mascarilla de oxígeno, lo cual les impedía alcanzar mayor altura). Añadir:

«Este extraño objeto está demasiado alto para que lo alcancemos. Además, va demasiado rápido.»

Entretanto, el coronel Guy F. Hix, en compañía del teniente coronel Garrison Wood y otros oficiales, contemplaban el objeto a través de gemelos de ocho aumentos. El coronel Hix lo describió con estas palabras:

«Tenía la forma de una sombrilla, la mitad del tamaño aparente de la Luna y era de color blanco, excepto por una banda colorada que parecía girar.»

Los otros dos pilotos comunicaron entonces por radio que el objeto había desaparecido entre las nubes a una velocidad espantosa. Entonces abandonaron la persecución, pero Mantell siguió ascendiendo. Debía de hallarse ya a más de 6.000 metros cuando comunicó (estas palabras no figuran en el informe oficial dado a la publicidad por el «Proyecto Sign»): «No consigo alcanzarle. Pronto tendré que abandonar la persecución.» (1).

Este fue el último mensaje del piloto. Ante el extraño silencio, la torre llamó a Mantell, pero éste no respondía. Poco tiempo después, aquel mismo día, el cadáver de Mantell apareció cerca de los

(1) Wilkins, op. cit., pág. 91. Según informes extraoficiales que le fueron comunicados por compañeros del aviador muerto.

restos de su avión siniestrado, a unos 145 kilómetros del campo de aviación. Un testigo presencial dijo que el «F-51» pareció explotar en el aire. No se vieron señales de incendio, pero el caza se desintegró antes de alcanzar la Tierra.

Este suceso produjo una viva conmoción. Como es natural, la opinión pública y la Prensa pidieron a las Fuerzas Aéreas una explicación de lo ocurrido, pues tanto la veteranía de Mantell como las circunstancias que rodearon a su muerte impiden clasificar este suceso entre las «alucinaciones» o «patrañas».

Sin embargo, las Fuerzas Aéreas se mostraron reticentes y el ATIC ofreció únicamente explicaciones confusas y que sonaban a falso. «El capitán Mantell pereció mientras perseguía al planeta Venus», dijo el mayor Jere Boggs al mayor Keyhoe. Más adelante, los expertos del «Proyecto Sign» dijeron: «Bajo condiciones atmosféricas excepcionalmente buenas, y protegiéndose los ojos de los rayos directos del Sol, puede verse a Venus como un brillante punto luminoso extraordinariamente diminuto. No obstante, las posibilidades de mirar al punto donde se halla son muy escasas. Se ha dicho extraordinariamente que el objeto que perseguía Mantell era también un globo sonda de los utilizados por la Marina para efectuar estudios sobre los rayos cósmicos. Si esto pudiese demostrarse, resultaría una explicación más convincente. (Más tarde fue descartada.) Empero, si se acepta la hipótesis de que los informes llegados de distintas localidades se refieren al mismo objeto, éste debiera de haberse hallado a muchos kilómetros de altura para poder haber sido visto claramente y de manera casi simultánea desde sitios situados a 280 kilómetros de distancia unos de otros. Ningún objeto fabricado por el hombre podía tener las suficientes dimensiones y hallarse a suficiente distancia para poder ser visto simultáneamente desde estos puntos.

«Es muy improbable, además, que tantas personas y tan separadas pudiesen haber distinguido a Venus durante el día...» (1).

(1) En *Anatomy of a Phenomenon* (véase Bibliografía). J. Vallée afirma (pág. 32) que «... el caso Mantell fue satis-

Se intentó también explicar la muerte de Mantell por la hipótesis del *blacking out* o vello negro por anorexia al sobrepasar su techo de 6.000 metros.

Mantell no ignoraba las posibilidades máximas de su aparato. Además, manifestó por radioteléfono su intención de abandonar la caza si el objeto sobrepasaba su «techo». Por último, no debe olvidarse que el capitán Mantell era un piloto muy experimentado que: a) sabía identificar muy bien lo que veía y no podía tomar al planeta Venus por «un objeto metálico de dimensiones gigantescas» y b) jamás hubiera cometido la imprudencia suicida de volar a más de 6.000 metros sin aparato de oxígeno. Mantell vio realmente lo que describió. Posiblemente su aparato se adentró en el campo magnético de la colosal astronave extraterrestre, al aproximarse demasiado a ella.

El caso de los pilotos Chiles y Whitted

Otro caso que produjo considerables quebraderos de cabeza a los técnicos del ATIC en sus intentos por desvirtuarlo, fue el de los pilotos Chiles y Whitted, que volando el 24 de julio de 1948 en un «DC-3» de las «Eastern Air Lines», vivieron una dramática aventura que les permitió obsequiar con un nuevo caso insoluble a los archivos del flamante «Proyecto Sign».

Se trató, también, de un encuentro con un gigantesco OVNI, pero esta vez, afortunadamente, sin consecuencias trágicas.

A las 1.55 de la madrugada de aquel día, un objeto extraño y llameante fue señalado por el aeródromo militar de Robbins Base, en Macon (Georgia). Los observadores del aeródromo se quedaron estupefactos al ver pasar sobre sus cabezas un enorme aparato en forma de obús, que lanzaba gases multicolores por su parte posterior.

factoriamente explicado, como causado por un globo "Sigs-hook" que Mantell trató de perseguir sin adecuado equipo de oxígeno.

Una hora aproximadamente más tarde, el capitán Clarence B. Chiles y su copiloto John B. Whitted, a los mandos de un «DC-3» que en aquellos momentos sobrevolaba Montgomery (Alabama) en ruta a Atlanta, vieron ante ellos un aparato muy brillante en forma de cigarro que avanzaba hacia su avión a gran velocidad.

—*Llevaba rumbo Sudoeste*—dijo el capitán Chiles más tarde— *y se dirigía hacia nosotros a una velocidad terrorífica. Nosotros viramos hacia la izquierda. El objeto también viró, y pasó a nuestra altura, a poco más de 200 metros a la derecha.*

Ambos pilotos vieron dos hileras de ventanas en el objeto. Por ellas surgía un intenso resplandor azul. La velocidad de la fantástica nave, según calcularon, era entre 900 y 1.100 kilómetros por hora. El chorro de propulsión hizo balancear por un momento al «DC-3», antes de que el aparato desconocido ascendiese para perderse en la noche.

Los pasajeros del «DC-3» dormitaban. Sólo uno de ellos, Clarence Mc. Kelvie, percibió una luz brillante como un relámpago desde su ventanilla. Este pasajero confirmó lo dicho por los pilotos, no sólo a los periodistas, sino también a los técnicos del «Proyecto Sign» que interrogaron largamente a los tres testigos.

Este extraño OVNI, que en los relatos periodísticos fue tildado de «astronave», fue visto también en Robbins Field, cerca de Macon. Con excepción del detalle de las ventanas, las descripciones de los testigos concordaban con las de los pilotos.

Los técnicos del «Proyecto Sign» hicieron esfuerzos dignos de mejor causa por convertir a este OVNI en un meteorito. En el informe que pudo examinar Keyhoe, se admitía que el ATIC comprobó los horarios de vuelo de 225 aviones, y que ninguno de ellos volaba cerca del «DC-3» en el momento de producirse el singular incidente. El informe añadía:

«La completa imposibilidad de que se tratase de un avión, a la vista de los informes que se poseen, nos obliga a ver si puede considerarse cualquier otra explicación, por extraordinaria que sea.»

Tras esta ingenua admisión de su verdadero propósito, los técnicos del «Proyecto» se esfuerza-

ron denodadamente por convertir a la «astronave» en un vulgar meteorito, a pesar de decir lo siguiente:

«Conciérneme a los psicólogos —concluían— decir si la cola de un brillante meteorito puede producir la impresión subjetiva de una nave con las ventanas iluminadas. Sin embargo, esta hipótesis no parece explicar la observación de Chiles-Whitted.»

El informe no explicaba la extraña naturaleza y aspecto del OVNI, y sus autores rehuyeron cuidadosamente insinuar la posibilidad de que pudiese tratarse de una astronave. El mayor Keyhoe halló una tendencia a explicar por causas naturales todas las observaciones, en los 244 casos archivados por el ATIC y pertenecientes a esta primera época. En todos y cada uno de los casos analizados por las Fuerzas Aéreas se trataba de hallar una explicación racional para los mismos, por descabellada que ésta fuese. Así, los globos sonda, meteoritos, cohetes y otras causas perfectamente explicables se tratan de hacer encajar a la fuerza con casos de naturaleza más que dudosa. Este método se ve perfectamente ilustrado por el caso primero del grupo examinado por Keyhoe:

El 8 de julio de 1947, dos discos plateados maniobraron sobre el aeródromo militar de Muroc. Después de describir varios círculos muy apretados a 2.400 metros de altura, los discos alcanzaron velocidades que los oficiales de Aviación calcularon entre 500 y 600 kilómetros por hora. Cuando los investigadores del «Proyecto» confesaron su desconcierto, el Mando de Material Aéreo explicó tranquilamente la observación en los términos siguientes:

«La observación fue el resultado de una mala interpretación de estímulos reales, probablemente globos sonda.»

Esta respuesta resultaba tan increíble, que no se comprendía cómo el AMC (Air Material Command) se había atrevido a ofrecerla al público. Dejando aparte el hecho de que los globos no describen círculos cerrados, se hubiera requerido un viento de 500 o 600 kilómetros por hora para hacerlos mover a tan enorme velocidad. Semejante vendaval —que nunca ha sido conocido sobre la

faz de la Tierra— hubiera dejado a Muroc liso como la palma de la mano, matando a todo el personal de la base, y transportándolo a gran distancia.

Keyhoe no se explica por qué las Fuerzas Aéreas le habían permitido examinar estos casos con tan disparatadas «explicaciones». En el capítulo siguiente nos ocuparemos con detalle de esta apasionante cuestión: el secreto que tan celosamente guardan las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y las razones de su desconcertante política de «una de cal y una de arena» en lo que concierne a los objetos no identificados. Según Keyhoe, que es, con Ruppelt, quien más ha profundizado en esta cuestión, la Aviación americana se asustó ante las primeras reacciones del público e hizo marcha atrás en su política de revelar gradualmente la verdad de los hechos. El recuerdo del pánico colectivo causado el 30 de octubre de 1938 por la célebre emisión radiofónica de Orson Welles (de la que más adelante nos ocuparemos) no se apartaba tampoco de su recuerdo.

La observación de Chiles y Whitted antes referida, aparte del interés intrínseco que ofrece, tiene otro nada despreciable: coincide punto por punto con numerosas observaciones realizadas después, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo.

Observaciones de dos eminentes astrónomos

Una de las más notables es la que realizó un ilustre astrónomo: Clyde Tombaugh, el descubridor del planeta Plutón. La observación se realizó en el verano de 1948, hallándose Tombaugh en compañía de su mujer y su hija en el patio de su casa de Las Cruces, en Nuevo México. He aquí el sobrecogedor relato que de la observación nos hace el sabio:

«Hacia las 22 horas y 15 minutos del 20 de agosto de 1948 —dice Tombaugh—, me hallaba con mi familia tomando el fresco en nuestra "villa". Con mis familiares distinguí súbitamente en el cenit a

seis u ocho rectángulos luminosos, cuyo conjunto formaba una figura rigurosamente rígida. Aquellos rectángulos emitían una violenta luz de color verde y bien pronto mostraron ser los ventanales de una nave sin alas, ligeramente luminosa. La aparición se desplazó con rapidez hacia el Sudeste y pronto desapareció en la noche. Ningún ruido llegó hasta nosotros...» (1).

Esta observación, dada la categoría científica de su autor, da un mentís a aquellos que dicen que sólo los chiflados y los embusteros ven platillos volantes, sin que los hayan visto nunca los astrónomos. Esta notabilísima observación corre parejas en interés y solvencia con la realizada en junio de 1954 por el famoso astrónomo inglés Wilkins, que le convirtió en un firme creyente en la existencia de los discos extraterrestres hasta su muerte, unos años después.

El doctor Percy Wilkins era miembro de la Real Sociedad Astronómica británica; director de la Sociedad Astronómica británica, Sección Lunar; miembro de la British Interplanetary Society; de la Sección Lunar de la Sociedad Astronómica de Francia; Presidente Honorario de la Sección Lunar de la Sociedad Astronómica de España, y uno de los selenógrafos de mayor reputación mundial. Es autor de un mapa de la Luna, ya clásico, e incluso posee un cráter con su nombre. Y por si fuese poco, ha visto además platillos volantes. (Esto último, desde luego, no constituye para él ningún galardón en el concepto de la ciencia oficial de nuestros días.)

A continuación reproducimos el propio informe del astrónomo, extraído de una obra suya (2). Cedemos la palabra al doctor Wilkins:

«...Debo confesar que yo no sólo era un escéptico, sino un total incrédulo en la existencia de tales objetos hasta que se me presentó la agradable ocasión de realizar una gira de conferencias por los Estados Unidos. El día 11 de junio de 1954 por la mañana, tomé un avión en Charleston, Vir-

(1) Lt. Jean Plantier. *La Propulsion des Soucoupes Volantes*. M. Mame. Paris, 1955, págs. 109 y 101.
(2) *Mysteries of Space and Time*. Frederick Muller, Ltd. Londres, 1955.

ginia occidental, para trasladarme a Atlanta, población de Georgia. El avión despegó de Charleston a las 9.45 y llegó a Atlanta a las 11.46. Encontramos mucha nubosidad durante la ruta, formada principalmente por cúmulos que se extendían hasta la altura de 2.500 metros, siendo ésta la altura de vuelo que mantenía el aparato. Debajo de nosotros se extendían masas de vapor, de las cuales emergían masas redondeadas de cúmulos hasta la misma altura de nuestro aparato, pasándonos a veces por ambos lados. Desde mi ventanilla veía los lados oscuros de estas nubes brillantemente iluminadas por el Sol. Aquella espléndida exhibición de nubes, a través de cuyos desgarrones avizorábamos de vez en cuando el suelo, continuó hasta las 10.45. Entonces mi atención fue atraída por dos objetos brillantes, ovalados, de bordes muy nítidos, que parecían suspendidos o cerniéndose sobre las cimas de dos masas de cúmulos particularmente imponentes, cuyos lados estaban oscurecidos y calculé que se encontraban a una distancia de poco más de tres kilómetros. Los dos objetos eran de un color amarillento semejante a latón pulido u oro, y, dejando aparte su color, eran mucho más brillantes que las nubes soleadas del otro lado del avión. Parecían exactamente dos planchas de metal bruñido reflejando la luz solar, y se movían lentamente hacia el Norte, en contraste con las nubes, que derivaban hacia el Sur. De pronto un tercer objeto ovalado similar se destacó sobre el lado oscurecido de la nube, pero este objeto tenía un color mate y grisáceo, posiblemente porque no se hallaba iluminado por el Sol. Mientras los otros dos objetos brillantes continuaban su lento movimiento, el tercero empezó a moverse con velocidad acelerada; describió una curva y desapareció tras otra masa nubosa más próxima. Toda esa escena duró aproximadamente dos minutos, pero el objeto gris completó su rápido movimiento en menos de cinco minutos, después de iniciarlo.

»Me quedé tan sorprendido, que cuando conseguí reponerme de mi estupefacción, el avión ya había recorrido una considerable distancia. Aquellos objetos tenían aproximadamente una longitud de

15 minutos de arco, es decir, la mitad del diámetro aparente del Sol o de la Luna, y la distancia que separaba a ambos objetos brillantes era de cinco grados. Al principio pensé naturalmente que debían de ser las puntas extremas de las nubes brillando al sol, pero pronto comprendí que su color y extremado brillo descartaba esta hipótesis. Además, eran mucho más brillantes que las nubes plenamente iluminadas que se hallaban al otro lado del avión.»

El doctor Wilkins concluye su relato con estas palabras: «Desde luego, no fueron el producto de condiciones ópticas ni meteorológicas...»

Y así fue como los increíbles perdieron otro adalid... y esta vez de categoría.

La observación de Ananoff

Once años después, el 20 de agosto de 1965, entre las 20 y las 20.30 horas, otro sabio de renombre mundial, Alexander Ananoff, uno de los precursores de la Astronáutica, observó un OVNI cerca de Dreux (Eure-et-Loir), en Francia. Era un disco blanco, verdoso, translúcido. Altitud: de 5 a 7.000 metros. Visibilidad, perfecta. El objeto era tres veces más luminoso que Venus y efectuó diversas evoluciones en el cielo, antes de desaparecer por el horizonte. Poco antes de las 20 horas, dos cazas de la USAF (base de Crucey cerca de Eureux), salieron al encuentro del OVNI, que se alejó. Observación corroborada por ocho habitantes de Dreux, entre ellos el alcalde.

CAPITULO IV

EL SECRETO DE LAS FUERZAS AEREAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

Casi todos los países han poseído o poseen un servicio oficial de encuesta sobre los objetos no identificados. En Francia, a partir del año 1951, se asignó a varios oficiales del Departamento Científico del Estado Mayor General del Aire la tarea específica de investigar todo lo referente a los MOC (Misteriosos Objetos Celestes). Las bases y las unidades del Ejército han recibido instrucciones en el sentido de obtener declaraciones detalladas y minuciosas de los observadores de un OVNI, sean civiles o militares. Se autorizó la persecución de estos objetos por los aviones militares, siempre que no entrañe riesgo de accidente.

Según los testigos franceses, la forma de los OVNI observados reviste, según los casos, las diversas apariencias siguientes: Anillo, plato cóncavo, balanzas, balón, plátano, tarro, odre, bola, zanahoria, seta, cigarro, campana, como invertido, cuarto creciente, fondo de botella, cilindro, medio cigarro, disco, tonel, huso, globo, hemisferio, lenteja, luna, melón, rueda de molino, huevo, aceituna, moneda, plato ovalado, pera, bacín, cinta, saco, sal-

chicha, serpiente, platillo, sobra, estera, renacuajo, embudo, tubo, vaso y vagón.

Denominaciones harto heterogéneas que muchas veces se refieren a un mismo objeto visto desde distintos ángulos a distintas horas del día, a diferente elevación sobre el horizonte y cruzando el cielo a mayor o menor velocidad. Así, un disco lenticular puede parecer una esfera visto perpendicularmente a su superficie superior o inferior, desde una cierta distancia; un huso o un cigarro visto en escorzo; una bola de fuego visto de noche, cruzando el cielo a poca velocidad relativa; un disco o un punto plateado de día al ser herido por los rayos del sol sobre su superficie metálica de un blanco bruñido, etc.

Volviendo a las órdenes dadas a la aviación militar francesa y al personal militar, añadiremos que las altas autoridades les invitan a fotografiar y si es posible a filmar estos fenómenos en apariencia dispares. Con independencia de las observaciones publicadas en la Prensa, el citado Departamento Científico del Aire recibió 71 informes entre 1951 y 1955. Cuatro de ellos solamente, o sea, un 5,5 por ciento, fueron clasificados en la categoría «no identificados». Los restantes recibieron una explicación natural.

En la Gran Bretaña, el Ministerio del Aire, que, como en Francia, no dispone de ningún aparato especial de observación, ha explicado el 95 por ciento de los informes que le han llegado, por la presencia de aviones en vuelo, un reflejo del sol sobre un avión que de lo contrario sería invisible, globos sonda meteorológicos, meteoros luminosos o planetas, y pájaros. Sin embargo, la RAF ha efectuado algunas observaciones altamente interesantes, de las que más adelante nos ocuparemos en detalle.

Se crea la primera Comisión de Encuesta

En los Estados Unidos, las Fuerzas Aéreas crearon a partir de 1947, probablemente a consecuencia del caso Arnold y otros similares, una comisión de encuesta o agencia investigadora dependien-

te del ATIC o «Air Technical Intelligence Center». El ATIC está instalado en la base aérea de Wright-Patterson, en la población de Dayton, (Ohio). El ATIC tiene por misión la obtención de informaciones sobre los aviones y los aparatos teledirigidos extranjeros. En realidad, constituye el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Aéreas. El secretario de Defensa de los Estados Unidos, James Forrestal (el mismo que preconizó la construcción del satélite artificial que sirviese de base para los futuros exploradores del espacio), encargó precisamente al ATIC que realizase una investigación sobre estos extraños fenómenos celestes. Así, Forrestal firmó el 30 de diciembre de 1947 la orden instituyendo la Comisión de Encuesta pertinente que debía funcionar en el seno del ATIC. Esta Comisión recibió el nombre clave —altamente significativo y exponente de la mentalidad imperante en aquellos tiempos en las altas esferas de la USAF y del Pentágono— de «Project Sign», «Proyecto Sign».

En la década 1947-1957, el número de informes analizados alcanzó la cifra de 5.700. De más del 20 por ciento hasta 1953, el porcentaje de los «no identificados» descendió a causa de la organización cada vez más eficaz del Servicio y sus sistemas de filtración, a un 5 por ciento. A fines de la década citada, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos tuvieron que reconocer, sin embargo, que si bien ninguna prueba física verdadera ha permitido establecer la existencia de vehículos espaciales procedentes de otros planetas, una parte muy reducida de las observaciones no puede recibir ninguna explicación válida. (Esta es una muestra típica de las ambiguas declaraciones con que de vez en cuando la USAF ha roto su mutismo. ¿Qué hay que entender por prueba física? ¿Una astronave discoidal aterrizando a las puertas de la Casa Blanca y de la que se apease un hombrecito del espacio con un ramo de flores?)

La orden de Forrestal, empero, no hizo más que dar estado oficial a una situación de hecho existente ya desde hacía tres meses. El 23 de setiembre de 1947, en efecto, el director del ATIC respondía por escrito a una demanda verbal del general que

mandaba las Fuerzas Aéreas, el cual le había pedido que se iniciase un estudio de los informes referentes a objetos volantes no identificados. En su carta, el director del ATIC afirmaba la realidad de los fenómenos señalados, y proponía la creación de una agencia especial, permanente, para ocuparse de su estudio. Desde los primeros días de la existencia de esta agencia investigadora, dos grupos se constituyeron en el seno del ATIC: el primero estaba formado por los que creían firmemente en la realidad de los objetos avistados y en su origen interplanetario. El segundo, por los que denegaban tal realidad. Esta división de opiniones había de trascender luego al Pentágono y a las más altas esferas oficiales de la nación, y puede explicar en parte las declaraciones a veces contradictorias de la USAF y lo que se ha dado en llamar su política de «una de cal y una de arena» o de «ducha escocesa».

En el mes de julio de 1948, pocos días después del famoso incidente del «DC-3» tripulado por Chiles y Whitted, los especialistas del ATIC creyeron llegado el momento de elevar un informe «definitivo» al Pentágono. Este informe, un documento de muchas páginas mecanografiadas, encuadradas con unas tapas negras sobre las que se leía la indicación TOP SECRET (Muy secreto), sacaba la conclusión de que los OVNI eran vehículos interplanetarios, a la vista de un gran número de incidentes observados que se incluían en esta «estimación de la situación», y que no habían tenido ninguna explicación normal. En este informe secretísimo se precisaba que el incidente Arnold no fue el primero. Antes del mismo, en el propio año de 1947, un piloto de Richmond, en Virginia, había observado con su teodolito un «disco plateado»; el piloto de un «F-47» y otros tres pilotos de su formación habían visto una «ala volante plateada», y los ingleses habían detectado, con radar, «aviones fantasmas».

Una vez redactado este documento, mecanografiado y aprobado por la superioridad, fue elevado a las altas autoridades del Pentágono siguiendo la vía jerárquica. Como es de suponer, produjo a su paso comentarios de todas clases y para todos los gustos.

Pocos días después de su «lanzamiento», se producía el tercer clásico de la historia de los UFO norteamericanos; el famoso incidente Gorman, en el que este piloto libró un «combate a muerte» con un UFO sobre el aeródromo de Fargo.

Mientras los técnicos del «Proyecto Sign» trataban de explicarse el combate del teniente Gorman con la bola luminosa, el informe secretísimo seguía ascendiendo por riguroso orden jerárquico hasta los más altos rangos de la Aviación. Por último llegó a las manos del general Hoyt S. Vandenberg, ya fallecido y que entonces era jefe de Estado Mayor, el cual lo rechazó con brusquedad. El general no quería oír hablar de vehículos interplanetarios ni de nada parecido; afirmó, además, que el informe no aportaba ninguna prueba decisiva de su existencia. (Santo Tomás ha dejado una abundante descendencia.)

Una delegación del ATIC se dirigió entonces al Pentágono para defender su punto de vista, pero sus loables esfuerzos fueron vanos. El informe secretísimo conoció una muerte rápida por incineración. Sólo subsistieron algunas copias del mismo, una de las cuales había de llegar a manos del capitán Ruppelt cuando éste pasó a dirigir la «Comisión Platillo» («Proyecto Bluebook»), al frente de la cual permaneció durante tres años.

Este mentís no tuvo un efecto inmediato sobre los defensores de la teoría interplanetaria encuadrados en el «Proyecto Sign». Entretanto, otros informes interesantes seguían afluyendo. En otoño de 1948 incluso se recibió uno de Moscú. Por esta época es cuando el radar entra en escena. Según afirmó más tarde Ruppelt, cuando los OVNI comenzaron a manifestarse sobre las pantallas de radar, muchos escépticos se convirtieron.

El 15 de octubre de este año un caza nocturno «F-16» patrullaba por el Japón, cuando su radar localizó un objeto desconocido volando entre 1.500 y 1.600 metros, a unos 300 kilómetros por hora. El avión se aproximó a menos de 3.500 metros de dicho objeto, pero el OVNI aceleró, alcanzando una velocidad calculada en 1.800 kilómetros por hora, y no tardó en dejar atrás al «F-16». Este trató de darle alcance por seis veces consecutivas. En una

ocasión, llegó lo suficientemente cerca de él como para que los aviadores pudiesen afirmar haber visto su silueta. Tenía de 6 a 9 metros de largo y parecía una «bala de fusil».

A fines de noviembre el «Proyecto Sign» recibió un informe proveniente de Alemania (fue la primera vez que un OVNI fue distinguido simultáneamente por el ojo humano y captado por el radar). Aún hoy, sigue siendo uno de los mejores en su género:

«A las 22 horas del 23 de noviembre de 1948, el capitán X... vio un objeto en el aire, situado verticalmente al este de la base, a una altura desconocida, parecido a una estrella roja y desplazándose hacia el Sur, en dirección a Munich. Luego giró ligeramente hacia el Sudoeste y después hacia el Sudeste. Su velocidad podía calcularse entre 300 y 900 kilómetros por hora; la verdadera no podía calcularse, ya que desconocíamos su altura. El capitán X... llamó a la oficina de operaciones de la base, la cual dio la alarma a la estación de radar. Este señaló no ver nada más; comunicó que se disponía a comprobarlo, y poco después anunció que descubriría efectivamente un objetivo a 8.000 metros de altura y a unos 45 kilómetros al sur de Munich, desplazándose a 1.350 kilómetros por hora. El capitán X... observó que el objeto que él había visto no se encontraba en este sector. Algunos minutos más tarde, la estación de radar anunció que el objetivo se había elevado a 15.000 metros y giraba en redondo a 60 kilómetros al sur de Munich.

»El capitán X..., piloto de gran experiencia, veía en aparatos "F-80". Su testimonio fue confirmado por otro piloto de "F-80".

»El servicio meteorológico ha declarado que no podía tratarse de un globo. No había ningún otro avión sobre esa zona. Es todo cuanto sabemos. La única explicación posible sería la existencia de un avión experimental, que Alemania no posee ni se encuentra en su territorio, capaz de subir 7.000 metros en pocos minutos y desplazarse a 1.350 kilómetros por hora.»

El «C-47» y la «bola de fuego verde»

A fines de noviembre de 1948, los habitantes de la región de Alburquerque, al sur de los Estados Unidos, señalaron la aparición de «luces verdes» en el cielo nocturno. Los primeros informes mencionaban solamente «una estela verde en el cielo, muy baja sobre el horizonte». El equipo del «Proyecto Sign» quiso ver en ello el rastro dejado por los cohetes disparados por las pistolas Very, que los G. I. se llevaron por millares del Ejército cuando fueron licenciados.

Los informes, sin embargo, seguían afluyendo en número creciente. Esto no podía deberse a un efecto psicológico, pues estos incidentes no recibieron ninguna publicidad. La Aviación decidió entonces revisar su hipótesis concerniente a los cohetes Very. Así las cosas, la noche del 5 de diciembre sucedió el hecho más extraordinario de la Historia.

A las 21.27 horas de este día, un «C-47» de transporte volaba a la altura de 5.500 metros, a 15 kilómetros al este de Alburquerque, pilotado por el capitán Goede. De pronto, los tripulantes del aparato distinguieron una bola de fuego verde que cruzaba el cielo frente a la proa del aparato. Hubiérase dicho un gran meteoro, de no haber sido por su color verde y por el hecho de que su trayectoria no se inclinaba hacia el suelo, como la de los meteoros habituales. Esta bola, en cambio, después de partir de muy baja altura, de las inmediaciones de los contrafuertes orientales de los montes Sandía, se elevó ligeramente para adquirir después un desplazamiento horizontal. Por otra parte, era demasiado grande para ser un meteoro, al menos uno como los que hasta entonces habían visto los tripulantes del «C-47». Tras algunas discusiones, los aviadores resolvieron comunicar su observación, tanto más cuanto que habían distinguido un objeto idéntico 22 minutos antes, cerca de Las Vegas, en Nuevo México. Así, el capitán Goede tomó su micrófono para advertir a la torre de control de Kirtland, y ésta transmitió el mensaje a la oficina local de in-

formaciones.

Algunos minutos más tarde, el capitán del vuelo 63 de las «Pioneer Airlines» comunicó a la misma torre de control que había visto igualmente una bola de fuego verde a las 21.35 horas, precisamente al este de Las Vegas. Cuando aterrizó en Alburquerque encontró ya esperándole a varios oficiales de Información. El piloto les refirió que cuando se aproximaba a Las Vegas por el Este, su copiloto y él distinguieron lo que de momento tomaron por una «estrella fugaz», delante de su avión y un poco por debajo del mismo. Pero comprendieron al punto que no podía ser un meteoro, porque el objeto avistado estaba demasiado bajo y seguía una trayectoria demasiado horizontal. El objeto pareció precipitarse sobre su aparato y pasó del rojo anaranjado al verde. El capitán, temiendo una colisión, efectuó un brusco viraje. Al llegar a su nivel, la bola comenzó a caer hacia el suelo, haciéndose cada vez más pequeña antes de desaparecer completamente. En el momento de la evolución, su diámetro incluso sobrepasaba el de la Luna llena.

Los oficiales hicieron algunas preguntas y regresaron a su oficina, donde les esperaban otros informes similares. A partir del día siguiente, se inició una gran investigación, pues estos sucesos, que se producían en las regiones más sensibles de los Estados Unidos, la de Los Alamos y de Sandía Base, las dos instalaciones principales del programa atómico, no dejaron de producir cierto nerviosismo en el Alto Mando militar. Además de las bases citadas, situadas a menos de 150 kilómetros de Alburquerque, había en las inmediaciones otros establecimientos igualmente secretos (1).

(1) Según Keyhoe, basándose en informaciones procedentes de la USAF, los puntos por los que demostraban más interés los visitantes extraterrestres, y donde se efectuaron más observaciones de UFOS, se agrupaban del siguiente modo en los Estados Unidos:

1.º Instalaciones de energía atómica de Los Alamos, Oak Ridge, Hanford, e instalaciones más pequeñas como la de Newport, en Indiana. El mayor número de observaciones se realizó sobre la zona de Los Alamos.

2.º Bases de las Fuerzas Aéreas, como las siguientes: Davis-Monthan y Williams, Arizona; Fairfield-Suisan, Hamilton George, March, Muroc, y Travis, California, el Cuartel General del Mando de la Defensa Aérea, situado en Colorado Springs; Patrick, Florida; Hunter, Moody, y Robbins, Georgia; O'Hare, Scott y Chanute, Illinois; Andrews, Maryland; Westover, Massachusetts; Selfridge, Michigan; Keesler, Mis-

A pesar de habernos referido ya a las bolas de fuego verde en el capítulo consagrado a los *foofighters*, creo necesaria esta ampliación para relacionar este misterioso suceso con el desarrollo general de una mentalidad «platilística» en el seno del ATIC.

Creación del «Proyecto Grudge»

Después de que el Pentágono rechazó la «estimación de la situación» elaborada por el «Proyecto Sign», la actitud de la USAF se caracteriza por:

1. Un *volta face* completo, que da por resultado la creación del «Proyecto Grudge», que nació el 11 de febrero de 1949. Este «Proyecto», de nombre muy significativo (*grudge* significa en inglés, rencor, ojeriza, aversión, etc.), estaba dedicado a echar por tierra sistemáticamente todas las observaciones y presidido por un espíritu de total escepticismo.

2. Un temor subconsciente a manifestar su oculta creencia en la realidad de los UFO.

Mississippi; Ofutt, Nebraska; Grenier, Nuevo Hampshire; Holloman, Kirkland, y Walter, Nuevo México; Mitchel, Nueva York; Pope, Carolina del Norte; Lockbourne y Wright-Patterson, Ohio; Tinker, Oklahoma; Greenville, Carolina del Sur; Rapid City, Dakota del Sur; Carswell, Ellington, Kelly, Randolph, Laredo y San Marcos, Texas; Langley Field, Virginia; McChord, Washington.

(Además, los UFO han sido observados cerca o en las inmediaciones de algunas bases norteamericanas de Alaska, la zona del Canal Groenlandia, Alemania, Hawái, Japón y Corea.)

3. Bases navales y estaciones aéreas de la Armada y de la infantería de Marina en: Alameda, El Toro y San Diego, en California; Jacksonville y Key West, Florida; Atlantic City y Lakshuraf, Nueva Jersey; Tongue Point, Oregón; Beaufort, Carolina del Sur; Norfolk y Quantico, Virginia.

4. El campo de pruebas para cohetes, de White Sands, en Nuevo México, donde se vieron varios discos, que algunas veces siguieron a los cohetes en su ascenso.

5. Fábricas de aviación de California, Kansas, Washington y Texas, en cuyas regiones se halla concentrada casi toda la industria.

6. La mayoría de ciudades importantes de los Estados Unidos. La lista completa resulta demasiado larga, pero se incluyen en ella ciudades importantes de casi cada Estado como Nueva York, Boston, Filadelfia, Washington, Chicago, Kansas City, Minneapolis y St. Paul, San Francisco, Salt Lake City, Portland, Santa Fe, Des Moines, Baltimore, Nueva Orleans y Birmingham.

3. La sensación abrumadora de la responsabilidad que traería aparejada tal reconocimiento, lo cual obliga al ATIC a tratar de descargarse de esta responsabilidad sobre las espaldas de un grupo de sabios, en enero de 1953 y tras un año particularmente agitado, en que las observaciones desbordaron el secreto oficial para trascender —y alarmar— al gran público. Estos sabios, atemorizados también por tan grave responsabilidad, rehuyeron dar una respuesta clara.

La creación del «Proyecto Grudge» significó la inauguración de una actitud escéptica oficial, que partía de la base de que los platillos volantes no podían existir. Significó también un cambio de personal y el alejamiento de aquellos antiguos técnicos del «Proyecto Sign» que mostraban demasiadas simpatías «platilísticas». A esta facción en el seno del ATIC se debió probablemente la extraña declaración del 27 de abril de 1949, en la que se afirmaba: «La posible existencia de alguna especie de extraños animales extraterrestres ha sido totalmente considerada, puesto que muchos de los objetos descritos actúan más como animales que como cualquier otra cosa. Sin embargo, existen pocos informes convincentes sobre animales extraterrestres.»

Comunicado desconcertante en verdad. Su final, sobre todo, nos deja estupefactos al afirmar que «existen pocos informes convincentes sobre animales extraterrestres». Nosotros suponíamos que no existía ninguno, mas por lo visto los del ATIC poseen algunos de ellos. De lo que no hay duda, es de que existen «animales terrestres»... muchos de los cuales se encuentran en el ATIC, disfrazados de técnicos.

El «Proyecto Grudge» halló su vocero en el periodista Sidney Shallet, quien publicó un artículo en el *Saturday Evening Post* cuya finalidad era la refutación de la existencia de los platillos volantes. Shallet escribió su artículo con la ayuda de Harry Haberer, un as de las *Public Relations* de la USAF. El artículo cayó en el vacío, y produjo un efecto exactamente contrario al que se esperaba de él. En primer lugar, provocó una serie de artículos platilísticos en la revista *True*. En uno de estos artículos,

publicado a finales de diciembre, se afirmaba que, «según autoridades bien informadas, los platillos volantes de los que muchos fueron vistos tiempo atrás en Escandinavia, son vehículos interplanetarios dirigidos por hombres de una civilización distinta y más avanzada que la de la Tierra». Asimismo, como reacción a la actitud escéptica del «Proyecto Grudge», se publicó un libro titulado *The Flying Saucers Are Real* que afirmaba la realidad de los pretendidos fenómenos atmosféricos o de las supuestas alucinaciones, atribuyéndolos a naves interplanetarias de origen extraterrestre. El autor de los artículos de *True* y del libro en cuestión era un antiguo compañero de Lindbergh y del almirante Byrd, que gozaba de una gran reputación de seriedad y solvencia: el mayor Donald E. Keyhoe, de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, y que había de convertirse con el tiempo en el campeón de la causa interplanetaria.

Coincidiendo con la publicación de estos artículos, se hizo pública una declaración del mayor-general Ramey, del Air Defense Command: «El Air Defense Command no ha recibido ni ha dado orden alguna para que sus cazas disparen contra fenómenos aéreos no identificados. Las Fuerzas Aéreas, cumpliendo su misión de defender a los Estados Unidos de cualquier agresión aérea, deben asumir la responsabilidad de la investigación de cualquier objeto o fenómeno observado en el aire sobre los Estados Unidos. Los aviones de caza han recibido instrucciones en el sentido de investigar cualquier objeto observado o detectado por las estaciones de radar, e interceptar cualquier objeto aéreo que se identifique como hostil o que demuestre interés hostil. No debe entenderse por esto que los pilotos de la Defensa Aérea han recibido órdenes de disparar al azar contra todo lo que vuela.»

Keyhoe escribió su artículo y su libro con ayuda de oficiales de las Fuerzas Aéreas y del ATIC que se hallaban convencidos de la realidad de los platillos volantes y disgustados ante la política negativa del «Proyecto Grudge».

El 27 de diciembre de 1949 dicho proyecto fue oficialmente disuelto, dejando como prueba de su existencia un voluminoso informe de 600 páginas

sobre sus investigaciones de casi un año. Este informe fue bautizado oficialmente con el título de «Objetos volantes no identificados - Proyecto Grudge. Informe técnico número 102-AC-49/15-100». Su forma era típicamente militar: un texto principal que contenía una breve discusión del problema, con conclusiones y proposiciones, junto con diversos anexos para apoyar estas conclusiones y proposiciones.

Uno de dichos anexos estaba constituido por el informe definitivo redactado por el doctor J. Allen Hynek, eminente astrofísico de la Universidad de Ohio, contratado por el ATIC para que les librase de todos los informes que pudiesen referirse a cuerpos astronómicos. (El error de la USAF, según afirma J. Vallée en *Anatomy of a Phenomenon*, consiste en acudir a especialistas, los cuales tratan de reducir las observaciones a lo que es normal en sus respectivas disciplinas, por ejemplo cuerpos celestes o meteoros, si son astrónomos o meteorólogos, sin admitir una existencia *objetiva* del fenómeno ni crear una clasificación *especial* para el mismo: disco, cigarro de nubes, platillo-medusa, etc.) Este astrónomo y sus ayudantes estudiaron 237 de las mejores observaciones, cuyo análisis les requirió varios meses. El doctor Hynek afirmaba que el 32 por ciento de ellas admitían una explicación astronómica. Por otra parte, el servicio meteorológico de la Aviación y el laboratorio de Cambridge eliminaron otro 12 por ciento, atribuido a globos sonda. Quedaba, pues, un 56 por ciento sin explicación. Descartando aquellas que constituían fraudes, eran demasiado imprecisas o podían atribuirse a aviones, el «Proyecto Grudge» tuvo aún en sus manos un 33 por ciento de observaciones, entre las que la categoría de «no identificado» se elevaba a un 23 por ciento. ¡Resultado en verdad no muy brillante para una comisión que se proponía hacer tabla rasa de los OVNI!

Por su parte, la sección psicológica del laboratorio de Medicina Aérea resumió así sus observaciones: «Existen bastante razones psicológicas para explicar satisfactoriamente las observaciones que no tienen una explicación positiva.» Este informe añadía que algunas personas ven bailar «manchas

o moscas ante los ojos», debidas a partículas sólidas que flotan en el humor acuoso del ojo y que proyectan sombras sobre la retina. Otras observaciones se debían pura y simplemente a sujetos imaginativos. Comentando estas palabras, el capitán Ruppelt dice que, por lo visto, todos los observadores de «objetos no identificados» fueron miopes, présbitas o imbéciles declarados. Más de un 70 por ciento de estos observadores, proseguía el informe, señalaban un objeto ligeramente coloreado. A lo cual argüían los psicólogos que cualquier objeto que vuele a gran altura debe parecer oscuro sobre el cielo. Por lo tanto, los UFO no podían existir. (Afirmación falsa a todas luces. Todos hemos visto aviones de línea volando a gran altura, que no tenían nada de oscuro. En cuanto al color, véase lo que se dice en este mismo libro sobre las teorías de Plantier y de los sabios canadienses, que no hacen más que dar la razón a los testigos.)

El Servicio Meteorológico Nacional redactó una nota muy completa y altamente instructiva en la que se describían toda clase de fenómenos eléctricos naturales. Esta nota, incluida en el Informe Grudge, contenía esta afirmación: «Ninguno de los incidentes señalados puede atribuirse a un rayo.»

El último anexo se titulaba: «Apreciación resumida de las restantes observaciones», y decía: «Queda un 23 por ciento de observaciones que no podemos explicar, pero a las que, sin embargo, hay que hallar una explicación, porque nosotros no creemos en los platillos volantes (*sic*).» Esta ingenua declaración no contribuyó en lo más mínimo a reforzar el prestigio del «Proyecto Grudge» entre sus enemigos, que eran todos aquellos que creían en la realidad de los platillos volantes. Con esta declaración final, el «Proyecto Grudge» enseñaba la oreja y descubría sus verdaderos fines, que eran desembarazarse de los platillos volantes a toda costa, practicando cuando conviniese la política del avestruz. Sin embargo, el «Proyecto Grudge» se fue a la tumba sin haberse podido librar de aquel molesto 23 por ciento que contenía precisamente las mejores observaciones.

Antes de morir, el «Proyecto Grudge» entonó su canto del cisne dando la siguiente declaración a la

Prensa: «Las Fuerzas Aéreas han anunciado que, después de dos años de investigación, pueden afirmar que "no existen los platillos voladores".»

Las autoridades aeronáuticas indican que «todas las pruebas y los análisis efectuados revelan que los informes y noticias dados de vez en cuando sobre los platillos voladores son el resultado de una falsa interpretación de la proyección de ciertos objetos convencionales, o lo que es lo mismo, una forma suave de "histeria de las masas humanas"».

Esta declaración significó para muchos la definitiva liquidación del asunto. Sin embargo, el ATIC guardaba un sepulcral silencio sobre aquel 23 por ciento de observaciones inexplicables, que echaban agua al vino de su entusiasmo antiplatillista. Coincidiendo con esta declaración *anti*, el 30 de diciembre de 1949 la USAF dio a la publicidad un informe hasta entonces tenido secreto y en el que se leían cosas tan sorprendentes como ésta: «Tal civilización puede observar que en la Tierra poseemos actualmente bombas atómicas y realizamos grandes progresos en el campo de los cohetes. Teniendo en cuenta la historia pasada de la Humanidad, es natural que estén alarmados. Más que en ningún otro tiempo, debemos esperar su visita en nuestros días.

«Puesto que los actos de la Humanidad que más fácilmente se pueden observar a distancia son las explosiones atómicas, es posible suponer que existe alguna relación entre el momento de dichas explosiones atómicas, aquel en que son vistas las astronaves y el tiempo requerido por ellas para efectuar su viaje de ida y vuelta a su base.»

Ante declaraciones tan contradictorias, que se prodigaron durante los dos últimos años, no era de extrañar que el pueblo norteamericano no supiese a qué atenerse. Pero estas contradicciones o «política de la ducha escocesa» no habían terminado aún. Proseguirían durante varios años.

Así, por ejemplo, las Fuerzas Aéreas habían dicho en 1949: «No tenemos aparatos experimentales de esta naturaleza; estamos completamente desconcertados.»

El 27 de abril de 1949, habían afirmado: «La simple existencia de algún objeto volante todavía

no identificado requiere una constante vigilancia por parte del personal del "Proyecto" y por parte de la población civil.»

Poco antes de esto, sus cazas habían recibido la orden de interceptar a los UFO, pero sin disparar contra ellos (*Intercept but don't shoot*).

Para terminar dando a la publicidad, el 27 de diciembre de 1949, la declaración del «Proyecto Grudge» o comunicado oficial núm. 629-49, destinado a la Prensa, y que ya hemos transcrito. En este comunicado se declaraba oficialmente disuelta la Comisión de Encuesta que había funcionado hasta la fecha en el seno del ATIC, y negaba, además, la realidad de los discos volantes. Tres días más tarde se hacía pública una *fracción* del informe secreto de la Comisión de Encuesta o «Proyecto Grudge» que acababa de disolverse:

«Resultará siempre imposible poder afirmar con certeza que lo que se vio era un aparato interplanetario, un proyectil enemigo o algún otro objeto.»

¿Dónde estaba la verdad entre tal cúmulo de declaraciones contradictorias? Al enjuiciar el problema de los UFO y las Fuerzas Aéreas americanas, debe tenerse en cuenta la complejidad del problema por una parte, y la complejidad también de la organización que pretendía elucidarlo, y que invirtió millones de dólares en ello. No se olvide tampoco la facción *pro* y la facción *contra* en el seno de la USAF.

Algunos autores, entre ellos el mayor Keyhoe, pretenden que la USAF sabe la verdad acerca de los platillos volantes; es decir, sabe que éstos son vehículos interplanetarios enviados en misión de reconocimiento a la Tierra. Sin embargo, la lectura atenta del famoso *Report on UFOs* del capitán Edward J. Ruppelt, antiguo jefe del «Proyecto Bluebook» y recientemente fallecido, parece dar a entender que el pretendido secreto de la USAF es el mismo de la famosa esfinge wildeana: es decir, ninguno. Lo que se trasluce de la lectura de este libro es, eso sí, una serie de cambios de táctica del ATIC, debidos muchas veces al dominio de una u otra facción; de marchas y contramarchas, de afirmaciones veladas desmentidas por negativas rotun-

das, típico exponente de su política de ducha escocesa. También, una actitud psicológica de excesiva cautela y temor al ridículo en ocasiones. La ducha de agua fría que cayó sobre los entusiastas del «Proyecto Sign» había de influir poderosamente en el ulterior desarrollo de los acontecimientos.

El Informe Grudge no se destinaba a la difusión general. Se enviaron algunos ejemplares del mismo a la Oficina de Prensa de la Aviación, y al Pentágono, donde los periodistas pudieron consultar el voluminoso mamotreto. Con la declaración dada a la Prensa se pretendía liquidar el asunto a los ojos de la opinión pública.

En la USAF, muchos creyeron que el asunto estaba definitivamente liquidado. Los antiguos elementos del «Proyecto Grudge» se diluyeron entre otros organismos de la Aviación. La voluminosa documentación recogida por el «Proyecto» fue archivada o atada en legajos, algunos de los cuales partieron con rumbo desconocido.

En marzo de 1950, la revista *True* publicó un nuevo artículo, titulado: «Cómo los sabios localizan a los platillos volantes.» Su autor era el capitán de fragata R. B. McLaughlin, que dirigía un equipo de técnicos de White Sands, donde se probaban los cohetes teledirigidos de la Marina. McLaughlin se mostraba convencido en su artículo de la realidad de los UFO, y pretendía conocer su naturaleza. Este artículo, que había pasado por la censura militar, contenía afirmaciones diametralmente opuestas a las que aquellas mismas autoridades militares difundían por la Prensa desde hacía dos años.

La observación de McLaughlin

En 1948 y 1949, McLaughlin y su equipo realizaron muchas observaciones excelentes de objetos no identificados. La mejor se realizó el 24 de abril de 1949, cuando aquel equipo de ingenieros, hombres de ciencia y técnicos se disponían a lanzar un gran balón sonda de 30 metros de diámetro. Eran las 10.30 de una mañana dominical absolutamente clara y límpida. Un técnico observaba con el teo-

delito un globo más pequeño lanzado momentos antes, otro lo cronometraba y un tercero anotaba las observaciones. El globo alcanzaba ya los 3.000 metros, cuando un técnico gritó e indicó con el índice hacia la izquierda. Todos miraron y vieron al UFO.

—No parecía muy grande —declaró uno de ellos más tarde—, pero se le veía muy claramente. Pudimos constatar que tenía forma elíptica y un color blanquizco, plateado.

Inmediatamente, el hombre que manejaba el teodolito apuntó este aparato, que tenía 25 aumentos, hacia el objeto, y el cronometrador puso nuevamente en marcha el reloj. Así siguieron al UFO durante 60 segundos, mientras éste se desplazaba hacia el Este. El teodolito tenía una elevación de 45° y 210° de acimut. Se descubrió que el objeto se movía hacia el Este recorriendo 5° de acimut por segundo. Luego ascendió verticalmente y desapareció con rapidez. Nadie oyó el menor ruido.

Utilizando los datos recogidos, McLaughlin y sus ayudantes llegaron a la conclusión de que el misterioso objeto tenía una longitud de 30 metros por 12 de ancho, y calcularon que cuando se le siguió con el teodolito, se hallaba a una altura de 89.000 metros y se desplazaba a 12 kilómetros por segundo.

El 5 de abril de 1948, otro equipo de técnicos había observado un UFO durante muchos minutos y en plena tarde, mientras el objeto, de forma discoidal, efectuaba atrevidísimas maniobras.

En otra ocasión, los tripulantes de un «C-47» que seguía a un globo sonda, vieron a dos UFO salir del horizonte, para describir un círculo en torno al globo, que se hallaba entonces a una altura de 27.000 metros, para alejarse después rápidamente. Cuando se consiguió recuperar este globo, se vio que estaba desgarrado. Este hecho convirtió a los dos pilotos del «C-47» en dos firmes convencidos de la realidad de los platillos volantes.

También en el terreno de pruebas de White Sands, en Nuevo México, y durante el lanzamiento de una V-2, se vio cómo un disco seguía al cohete en su ascensión, para adelantarle a la velocidad fulgurante de 28.000 kilómetros por hora.

Durante la primavera de 1950, los pilotos de las líneas aéreas empezaron a enviar informes en cantidad creciente al ATIC. Estos informes, absolutamente dignos de fe, no merecieron la atención de la USAF. Algunas veces se inició una encuesta, que moría al poco tiempo, pues no había interés por continuarla. En cambio, estas observaciones hallaron amplio eco en la Prensa. En abril, mayo y junio de 1950, se publicaron 35 observaciones absolutamente serias debidas a pilotos de líneas aéreas.

El caso del «DC-3»

Una de estas observaciones provenía de un «DC-3» que se dirigía de Memphis a Little Rock, la noche del 31 de marzo. La noche era excesivamente clara, sin nubes ni bruma. A las 21.29 horas según el reloj de a bordo, el piloto Jack Adams observó una luz blanca a la izquierda. Su copiloto G. W. Anderson, también distinguió la luz. Ambos cambiaron unos comentarios escépticos, diciendo medio en broma que tal vez se trataba de un platillo volante.

El UFO pasó por delante del «DC-3» y ambos aviadores pudieron examinarlo a placer. Ninguno de los dos pudo precisar la forma, porque ésta era «difuminada», pero la supusieron circular, a causa de la disposición de las ocho o diez «ventanillas», a través de las cuales distinguían una luz azulada. Además, el objeto mostraba una luz blanca parpadeante en su parte superior, lo que hizo pensar a muchos que se trataba de otro avión de transporte. Pero a aquella hora ningún otro aparato volaba por la región. Además, ambos pilotos del «DC-3» se mostraron completamente convencidos de que no podía tratarse de un avión.

Entretanto, el ATIC siguió recibiendo informes, que guardaba desdefiosamente en el cajón. El número de informes fue de 67 durante el primer semestre de 1960, y de 75 durante el segundo, si bien es posible que algunos más hubiesen desaparecido en el cesto de los papeles, donde muchos iban a parar sin ser leídos.

Precisamente en esta época, enero de 1951, el

capitán Edward J. Ruppelt fue llamado de nuevo al servicio activo, siendo destinado al ATIC como oficial de información. Según refiere él mismo, sólo llevaba allí ocho horas y media cuando oyó pronunciar oficialmente y por primera vez las palabras «plátillos volantes». La noche precedente, un «DC-3» de las «Mid-Continent Airlines» rodaba por el terreno de aterrizaje en dirección a la pista de despegue, en el aeródromo de Sioux City, en el Estado de Iowa, cuando los operadores de la torre de control observaron una luz azulada y muy viva por el Oeste. Tomándola por otro avión, advirtieron al piloto del «DC-3», mas como la luz se hallaba muy lejos, le permitieron despegar.

El piloto y el copiloto del «DC-3» también habían visto la luz, pero durante el despegue se olvidaron de ella. Cuando la miraron de nuevo, la tenían delante y mucho más brillante, lo cual indicaba una mayor proximidad. Unas décimas de segundo después pasó tan cerca del ala derecha, que los dos hombres creyeron la colisión inevitable. Distinguiéron entonces un objeto descomunal, análogo al «fuselaje de un "B-29"».

Repuestos de su emoción, el copiloto miró por la ventanilla tratando de ver al UFO. ¡Éste volaba en conserva con su aparato! Llamó a su camarada, el cual se inclinó hacia su lado, viendo el objeto en el momento en que éste iba a desaparecer. Éste segundo examen confirmó la primera observación: el objeto parecía un «B-29» sin alas. No observaron más detalles, solamente una «forma difuminada» y la luz azulada... sin ventanillas ni gases de escape.

A su llegada a Omaha, los dos pilotos redactaron un informe que fue elevado a la Aviación, acompañado del que redactó un coronel del Servicio de Información Militar, que se hallaba de pasajero en el «DC-3», que vio también el objeto y que quedó muy impresionado.

Ruppelt halló interesantísimo este informe, y esperaba una reacción oficial inmediata. Esta reacción consistió en una serie de carcajadas homéricas, lo cual sorprendió mucho a Ruppelt, pues éste, lleno de buena fe, creía que la Aviación estudiaba muy en serio los informes sobre los objetos no

identificados.

Las carcajadas homéricas de los altos oficiales de la Aviación no podían impedir que siguiese en el mayor misterio un caso análogo, ocurrido el año precedente. La noche del 29 de mayo de 1950, un «DC-6» de la «American Airlines» acababa de salir del aeropuerto nacional de Washington y se encontraba a unos 12 kilómetros al oeste de Monte Vernon, cuando el copiloto gritó de pronto: «¡Atención, atención!» El piloto y el mecánico, alarmados, advirtieron una luz azulada que iba en derechura hacia ellos, por delante. El piloto efectuó un violento viraje y el UFO pasó por la izquierda, «de las once a las siete» (1), a una altura algo superior a la del aparato. Los aviadores distinguieron entonces la silueta sombría de un «B-29» sin alas que dejaba escapar una llama azulada por su parte posterior.

Pocos segundos después, el copiloto vio de nuevo al objeto navegando en conserva con el «DC-6», al extremo de su ala derecha. Este objeto desapareció con un destello azul, adelantando al avión y luego dando la vuelta a la izquierda. El piloto que redactó el correspondiente informe contaba con más de 15.000 horas de vuelo en su haber. Había visto toda clase de objetos y fenómenos atmosféricos en el cielo, que había podido identificar siempre. Conocía cualquier tipo de avión sólo con ver un momento su silueta. Este caso también había provocado hilaridad en el ATIC.

Llegados aquí, no estará de más citar unas palabras altamente reveladoras del capitán Ruppelt: «Sin embargo, cuando conocí mejor a mis compañeros del ATIC, me di cuenta de que esta actitud no era unánime. Algunos oficiales se tomaban muy en serio estos informes. Uno de ellos, que había pertenecido al "Proyecto Sign" desde su constitución en 1947, estaba convencido de que se trataba de vehículos interplanetarios. Había interrogado a los observadores de la torre de Godman poco después de la muerte del capitán Mantell, y discutió durante muchas horas con los tripulantes del «DC-3» que, en las cercanías de Montgomery, en la re-

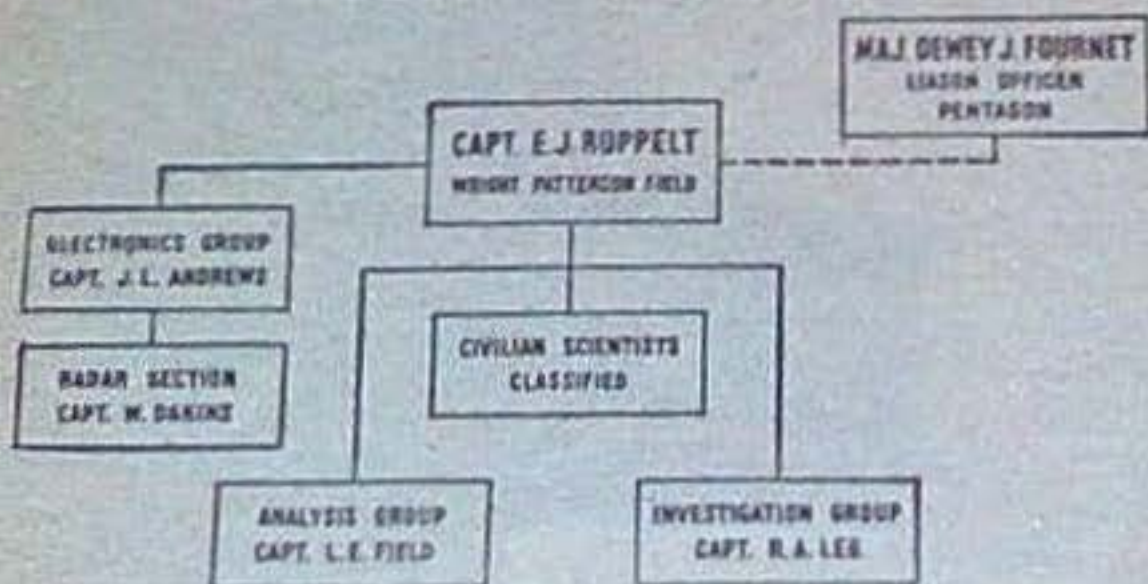
(1) Los pilotos dividen el campo visual en una esfera imaginaria de reloj, en la que sitúan los objetos.

gión de Alabama, pasó muy cerca de un UFO en forma de cigarro que soltaba una llama azul. Conocía todos los casos con el mayor detalle, pues era uno de los *viejos*.»

«Según creo, fue la constatación de esta divergencia de opiniones lo que hizo que me interesase más profundamente por los UFO. Como aún no había sido adoctrinado, me sorprendió la actitud en apariencia incoherente de muchos miembros del ATIC, que coreaban a los burlones pero que, si se hablaba a solas con ellos, y se trataba de ridiculizar el asunto, eran los primeros en reaccionar en sentido opuesto. Pude darme cuenta de ello al cabo de un mes de estancia allí (1).»

Poco después, el mayor-general Charles P. Cabell, director del Servicio de Información de la

PROJECT BLUEBOOK



Proyecto Blue Book. — Organigrama

Aviación Militar, ordenó que se procediese a un estudio sobre la situación actual de la cuestión concerniente a los objetos no identificados. El mayor-general Cabell encargó al capitán Ruppelt que realizase este estudio. Cuando Ruppelt lo tuvo terminado, se dirigió al Pentágono para someterlo al mayor-general Samford, que acababa de sustituir a Cabell.

Así las cosas, el ATIC recibió la orden de crear

(1) Report on UFOs.

una agencia especial que se ocupase de los UFO. Esta agencia, edificada sobre las cenizas de los proyectos «Sign» y «Grudge», pasados a mejor vida, recibió la denominación de «Proyecto Blue Book». Su dirección fue confiada al capitán Ruppelt, al que se consideraba ya como el especialista en la cuestión. Ruppelt y el personal a sus órdenes recorrieron cerca de 800.000 kilómetros en el curso de sus encuestas, comprobaron centenares de informes y analizaron varios millares.

El método de clasificación de las observaciones utilizado por el «Proyecto Blue Book» era el siguiente: aquellas que, procedentes en su mayoría de la Prensa, ofrecían pocos detalles y datos, se archivaban después de estamparles el sello de «Informes insuficientes para la apreciación». Al lado de este *dossier* había otro que ostentaba las iniciales «C. P.», correspondientes a «Crackpot» (chiflados), donde se archivaban los relatos de aquellos que habían visto aterrizar platillos volantes, habían hablado con sus tripulantes, habían visitado el interior de las astronaves, etc.

Los «no identificados»

Luego venía el *dossier* de los «no identificados». He aquí un ejemplo de ellos:

El 24 de julio de 1952, dos coroneles aviadores despegaron con un «B-25», de la base de Hamilton, cerca de San Francisco, para dirigirse a Colorado Springs. El día era hermosísimo sin una nube en el cielo.

Los coroneles acababan de franquear la Sierra Nevada, entre Sacramento y Reno, y volaban a 3.300 metros hacia el Este, sobre «Vert 3», la gran ruta aérea que conduce a la ciudad del lago Salado. A las 15.40, se encontraban sobre la región del Carson Sink cuando uno de ellos observó tres objetos hacia delante y un poco a estribor del aparato. Dichos objetos parecían tres «F-86» volando en V. En este caso, se mantenían a una altura insuficiente, según la reglamentación de la circulación aérea, si bien en días muy claros los pilotos no

suelen ser muy escrupulosos.

Pocos segundos después, les pudieron distinguir perfectamente. No se trataba de un «F-86», sino de tres alas en delta, de un color plateado visísimo, sin cola ni cabina de pilotaje. Solamente una nerviatura muy clara se extendía de un extremo a otro, rompiendo la uniformidad de la parte superior, triangular, del ala.

Casi inmediatamente, las tres deltas efectuaron una ligera evolución a la izquierda y desfilaron ante el «B-25» a una velocidad terrorífica, que los coroneles consideraron por lo menos tres veces superior a la de un «F-86». Las extrañas deltas pasaron entre 400 y 800 metros de su aparato, y los aviadores las pudieron distinguir perfectamente.

Cuando aterrizaron en Colorado Springs, los dos oficiales comunicaron su observación al Servicio de Información de la Defensa Aérea, cuyo organismo transmitió este informe al ATIC.

Cuando el «Air Technical Intelligence Center» preguntó a los servicios competentes si se hallaban aviones militares sobre aquella región en el momento de producirse la observación, recibió una respuesta negativa. Prosiguiendo sus averiguaciones, los técnicos del ATIC inquirieron si el Ejército o la Marina poseían aparatos voladores en delta. Todos los que poseía la Marina, pintados de color plateado, se hallaban en aquel momento en la costa oriental. Los pocos que existían en la costa occidental estaban pintados de azul y no podían encontrarse en la región de Carson Sink. En cuanto al Ejército, sólo poseía uno, que en aquellos momentos no se hallaba en disposición de volar.

Como los globos pueden adquirir a veces formas insólitas, se investigó por este lado, con resultado puramente negativo.

Un informe confidencial sobre los dos coroneles reveló que se trataba de pilotos experimentados, con varios millares de horas de vuelo. Por el hecho de hallarse destinados en el Pentágono, en puestos que les permitían reconocer cualquier tipo de aparato volador que los Estados Unidos tuviesen en cualquier lugar del mundo, su solvencia era absoluta.

Después de esta experiencia, y a pesar de que

hasta entonces no habían creído en los platillos volantes, cambiaron de opinión.

Para aquellos que pudiesen creer que pudiera tratarse de aviones experimentales secretos, les recordaremos que el 4 de mayo de 1950 las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos negaron rotundamente que se tuviesen en ensayo aviones secretos, proyectiles dirigidos o cosa análoga, que equivocadamente pudiesen tomarse por platillos volantes. El portavoz de las Fuerzas Aéreas que hizo la anterior afirmación, negó con igual vigor las noticias de que la Armada estuviese perfeccionando aviones que vuelan a velocidad mayor que la del sonido, y que se dijo eran los famosos «platillos volantes». El mismo día, se publicó una declaración del presidente Truman, fechada en Cayo Hueso, según la cual el Presidente no tenía conocimiento de la existencia de ningún tipo de platillo volante. El secretario de Prensa, Charles Ross, afirmó que, por lo que al Presidente se refería, no eran ciertos los informes de Washington, según los cuales los platillos volantes eran un nuevo tipo de avión desarrollado por la Marina. Ross concluyó diciendo que ni el Presidente ni ninguna otra autoridad sabía nada sobre los platillos.

¿Armas secretas rusas?

En cuanto a la teoría de que los discos volantes pudiesen ser rusos, es sencillamente absurda. Ninguna potencia probaría sus tipos de aparatos experimentales sobre el territorio de su posible enemigo, para correr el riesgo de que uno de estos aparatos cayese en sus manos. Además, las evoluciones y maniobras observadas en muchos UFO sobrepasan las posibilidades de la actual técnica terrestre. Ningún avión de la Tierra es capaz de volar a 80 kilómetros de altura (incidente de White Sands, y otros), realizar aceleraciones instantáneas, virajes en ángulo recto a velocidades aterradoras, y otras maniobras inverosímiles que se han visto realizar a los «objetos no identificados». (Sin ha-

blar de lo difícil que es guardar secretos en la época atómica.)

EL OVNI y el proyector

Durante el año 1951 existe un compás de espera, que preludia la agitación que llenará el año 1952. Si hemos de creer a los partidarios de la teoría bienal, ello está perfectamente claro, pues en el verano de 1952 se sitúa una oposición con Marte, lo mismo que la había habido en la primavera de 1950. A finales de 1949 y a principios de 1950, precisamente, ocurrieron una serie de hechos muy curiosos sobre la gran ciudad norteamericana de Cincinnati. La primera observación tuvo lugar el 19 de agosto de 1949. Lo curioso de tales observaciones es que se realizaron siempre en el haz luminoso de un proyector de gran potencia instalado en dicha ciudad en el recinto de una feria. Fueron testigos de estas observaciones millares de ciudadanos, y se tomaron algunas películas en 16 milímetros del objeto observado.

Leonard H. Stringfield, director de la «Sociedad de Investigación Interplanetaria» de Cincinnati, llevó un diario de estas observaciones, llegando a la conclusión de que sobre la gran ciudad del Estado de Ohio se había situado una nave nodriza con su séquito de navéculas de exploración.

El proyector que sirvió para estas observaciones estaba manejado por el sargento Donald R. Berger. Según se ha dicho, la primera observación se realizó el 19 de agosto de 1949. Según las notas de Berger, que luego utilizó Stringfield, fue como sigue:

«19 de agosto de 1949. Lugar: iglesia de San Pedro y San Pablo, en Norwood (Ohio). De las 20.15 a las 23 horas. Mientras Berger hacía funcionar el proyector durante las fiestas, captó un objeto a una elevación de 1.585 mils. El objeto estaba estacionario, y parecía un disco brillante. Cuando aparté el haz luminoso del proyector, dice Berger, el objeto continuó brillando. Altura calculada: entre 6 y 8 kilómetros. El cielo era claro con una débil

neblina a gran altura.»

«11 de setiembre de 1949. Lugar: iglesia de Santa Gertrudis, en Madeira (Ohio). De las 19.15 a las 23.15 horas. El reflector capta un objeto entre 4.500 metros y 6.000. Comprobando el proyector al anochecer, Berger lo puso a 1.600 mils. Pudo distinguir un objeto que parecía un resplandor blanco. Cuando apagó la luz, no pudo ver nada. La encendió y la apagó varias veces. Así que oscureció encendió la luz con la misma alza y captó de nuevo el objeto en el haz luminoso.»

«23 de octubre de 1949. Lugar: San Pedro y San Pablo, de Norwood; entre las 19.15 y las 22.45 horas. Al encender el proyector, se capta un objeto a 1.600 mils. Además de Berger, se hallaban presentes William Winkler, el padre Gregory Miller y Robert Linn. Se avisó al ATIC de Wright-Patterson. Alrededor de las 22 horas, dos grupos distintos de objetos triangulares parecieron surgir del disco principal. Cada grupo estaba compuesto por unos cinco objetos. Descendieron por el haz luminoso para salir luego de él, Media hora después esto se repitió. El disco aún seguía visible cuando por la noche apagué la luz.»

«24 de octubre de 1949. Lugar: San Pedro y San Pablo, de las 19.15 a las 21 horas. Proyector puesto a 1.600 mils. El objeto apareció inmediatamente en el haz luminoso. En esta ocasión acompañaban a Berger un agente del ATIC y Lcu Gerhart. El objeto permaneció iluminado durante media hora, hasta que lo ocultaron las nubes.»

«19 de noviembre de 1949. Lugar: Norwood (Ohio). De las 18.30 a las 22.45. A las 19.15, el rayo luminoso hace brillar un objeto al pasar rápidamente sobre él. Volviéndolo hacia atrás, el objeto desaparece inmediatamente al ser captado de nuevo. Cosa de un minuto después Berger lo captó otra vez, pero mucho más arriba. La elevación era entre 1.605 y 1.610 mils. Se hallaban presentes numerosos testigos. El cielo estaba cubierto con jirones de nubes bajas. A veces el objeto aparecía mucho más brillante.

«20 de diciembre de 1949. Lugar, Norwood (Ohio). De las 20.15 a las 22 horas. Se enciende la luz a las 20.15 y se capta inmediatamente un OVNI.

Al principio era pequeño y de débil brillo. Cuando se aclaró la niebla, el objeto se hizo más brillante. A las 21.30 adquirió un brillo considerable y se ensanchó hasta tener casi el mismo diámetro que el rayo luminoso, para luego desaparecer. A los pocos minutos, lo captaron de nuevo en su posición original. Alrededor de las 22 horas pareció debilitarse, hasta que desapareció. Se hallaban presentes el doctor D. A. Wells, físico de la Universidad de Cincinnati; el doctor Paul Herger, astrónomo del observatorio de dicha ciudad, el padre Miller, el alcalde de Norwood y S. Myers.»

«11 de enero de 1950. Lugar: Norwood (Ohio). De las 19.30 a las 21.15 horas. El objeto no aparece hasta las 19.45, cuando se disipa la niebla. Fue observado durante quince minutos, muy claramente, hasta que se hizo más confuso. Llamó la atención a Berger ver que algunos objetos más pequeños atravesaban el haz luminoso. Vio por lo menos a dos de ellos varias veces. Se hallaban presentes varios testigos.»

«9 de marzo de 1950. Lugar: Norwood (Ohio). De las 20 a las 22 horas. Alrededor de las 20.45, dos objetos más pequeños salen del disco y pareció como si éste saliese del foco luminoso. Al cabo de diez minutos, el disco entró de nuevo en la zona de luz. El cielo era claro. Los testigos fueron once.»

«10 de marzo de 1950. Lugar: Norwood (Ohio). De las 19 a las 23 horas. Se capta un objeto a 1.600 mils de alza. A las 19.45 horas el objeto asciende con el rayo luminoso para salir de él y desaparecer. Media hora después el objeto reaparece en el rayo en la misma posición. Permanece allí hasta que Berger apagó la luz. Se hallaban presentes el padre Miller, el capitán Wilks, R. Myers, W. Winkler y otros. El capitán Wilks, que observó el objeto con unos gemelos mientras movía el reflector, telefonó luego al campo de aviación de Wright-Patterson.»

No hay duda de que esta serie de observaciones son del más alto interés. Ningún aparato terrestre podría permanecer inmóvil en el espacio durante tanto tiempo. Queda la hipótesis del globo sonda.

Archiconocida es la predilección que sienten estos aeróstatos por el haz luminoso de los reflectores, en los que se detienen como luciérnagas fascinadas, sin importarles un comino el viento ni las restantes circunstancias meteorológicas. Los espejismos y capas de inversión también sienten debilidad por situarse a gran altura, siempre en el mismo sitio y adoptando forma perfectamente circular. Otro tanto puede decirse de las alucinaciones y psicosis colectivas, que incluso se dejan impresionar en película de 16 mm. Varios fotogramas procedentes de esta película y grandemente ampliados mostraban perfectamente al disco en el centro del haz luminoso del proyector.

Y con esto pasaremos al agitado año de 1952, que obligó a hacer prodigios de equilibrio sobre la cuerda floja a las más altas autoridades de la Aviación estadounidense y del Pentágono.

La oposición de Marte con la Tierra del año 1952 se produjo el 1° de mayo. Coincidiendo matemáticamente con esta oposición, tuvo lugar la oleada de naves extraterrestres. Los aviadores militares americanos realizaban casi diariamente observaciones de objetos no identificados. Sin embargo, estas observaciones no trascendían al gran público, pues los pilotos militares habían recibido órdenes severísimas que les prohibían comunicar estas observaciones a paisanos y a nadie que no fuesen sus superiores inmediatos (1). Sin embargo, no ha-

(1) Las órdenes oficiales eran la JANAP 146 y la AFR 200-2. La primera (sigla de Joint-Army-Navy-Publication) fue promulgada el 6 de setiembre de 1951 por los jefes conjuntos del Estado Mayor Conjunto del Comité de Comunicaciones y Electrónica. Bajo el epígrafe «Sección III-Seguridad», estipulaba:

209. MILITARES Y CIVILES.

«a. Todas las personas conocedoras del contenido o existencia de un informe CIRVIS se hallan sometidas a la Ley de Comunicaciones de 1954 y las Leyes contra el espionaje.

Los informes CIRVIS (Communication Instruction for Reporting Vital Intelligence Sightings) contienen información que afecta la Defensa Nacional de los Estados Unidos dentro del ámbito de las Leyes contra el espionaje, que según el Código 18 de los Estados Unidos, son la 793 y 794. La transmisión o revelación no autorizadas del contenido de informes CIRVIS de la manera que sea, se hallan prohibidas.

Los informes CIRVIS, según la JANAP 146 (B), incluyen a los UFO. En cuanto a AFR 200-2, se aplica por las oficinas de las Fuerzas Aéreas (Reglamento de las Fuerzas Aéreas núm. 200-2) para prohibir rigurosamente la difusión entre el elemento civil de informaciones referentes a los UFO, excepto cuando dicho objeto se identifique positivamente como un

bía de tardar en producirse un hecho que echaría por tierra el secreto tan celosamente guardado.

Durante las dos primeras semanas de julio, la oleada se incrementó, sin que las autoridades militares tomaran la menor medida, limitándose a aplicar al pie de la letra la JANAP 146. Muchos pilotos militares, hombres de gran experiencia y con millares de horas de vuelo en su haber, no podían ocultar su irritación y su desencanto al ver que sus superiores parecían hacer caso omiso de sus observaciones. Ellos estaban seguros de haber visto aparatos que no eran de este mundo, y consideraban una afrenta para su saber aeronáutico, su honradez y su integridad, e incluso para su buen juicio, que no se les tomase en serio.

Del 8 al 12 de julio, los platillos demostraron un especial interés por el Midwest norteamericano. El Centro de Filtraje que tenía la USAF en Ypsilanti (Michigan), se vio inundado de informes, provenientes en su mayoría de pilotos militares. Debido a ello la Intelligence pudo mantenerlo secreto.

El «platillo» de Indianápolis

Pero así las cosas, sucedió lo que había de dar al traste con la aparente calma de las autoridades. El escenario de este suceso, que parece arrancado de una novela de Wells y no de la realidad, fue la populosa ciudad de Indianápolis, donde se celebran las carreras de automóviles mundialmente famosas. Era un sábado por la noche y calles y lugares de esparcimiento se hallaban abarrotados. De pronto un brillante resplandor amarillo iluminó el cielo. Los sorprendidos ciudadanos levantaron la cabeza para ver una enorme máquina ovalada que

objeto familiares. Según la definición que da el Reglamento, entre los objetos familiares se incluyen globos, cuerpos astronómicos, pájaros, etc. (Ley aún en vigor.) Esta orden posterior a la JANAP 146, lleva fecha del 12 de agosto de 1954 y fue firmada por el general Twining. Por lo tanto, no se aplicó durante la oleada de julio de 1952.

La revelación de informes no autorizados se castiga con 10,000 dólares de multa y 10 años de prisión. Recuérdese que los astronautas son personal militar, hallándose por tanto sujetos a esas órdenes.

pasaba sobre la ciudad a gran velocidad, procedente del Sudeste. Se calculó que estaba apenas a 1,500 metros de altura. Le vieron millares de personas mientras pasaba sobre sus cabezas, arrojando llamas.

A los dos minutos la Policía, el aeropuerto y las redacciones de los periódicos empezaron a recibir docenas de llamadas de los aterrizados ciudadanos. Los que vieron el objeto, se apresuraron a comunicarlo a los que no lo habían visto. Por unos momentos pareció que iba a desencadenarse el pánico. Pero viendo que el platillo no regresaba, el histerismo de las masas se calmó.

Mientras el extraño aparato se aproxima a Indianápolis, varios pilotos de línea lo vieron. Uno de ellos era el capitán Richard Case, que pilotaba un «Convair» de las «American Airlines». Cuando lo vio por primera vez, su avión se hallaba a poco menos de 50 kilómetros al sudeste de la ciudad, volando a casi 500 kilómetros por hora.

—Era un aparato inteligentemente gobernado—dijo más tarde, al tomar tierra—. El platillo parecía hallarse a unos 4,500 metros de altura, y se desplazaba a una velocidad triple de la nuestra. Luego cambió de rumbo y descendió hacia nosotros, hasta situarse a nuestro nivel. Entonces partió hacia el Noroeste, para pasar sobre la ciudad.

Poco más o menos, este relato lacónico fue el mismo que hicieron otros cinco pilotos, uno de los cuales pertenecía a la aviación militar. Hasta entonces todos ellos habían sido unos escépticos. Pero a partir de aquella observación, se convencieron de la terrible realidad de los platillos.

La emisión de Orson Welles

Pero lo que más preocupaba al Pentágono y a las Fuerzas Aéreas era el histerismo colectivo que se desencadenó aquella noche en Indianápolis, a la vista de un solo platillo. Los Servicios de Inteligencia disponían ya de una prueba de primer orden para saber qué efecto produciría a grandes masas humanas la vista de una astronave extrater-

rrestre. A las mentes de todos acudió el recuerdo de la famosa emisión de Orson Welles, y del pánico inenarrable que produjo. La noche del 30 de octubre de 1938, en efecto, a las 20, hora de Nueva York, Orson Welles y su grupo del «Mercury Theatre» se colocaron ante los micrófonos de la «Columbia Broadcasting System» neoyorquina, para lanzar a las ondas el guión radiofónico de Howard Koch (*La guerra de los mundos*), adaptación de la famosa novela de H. G. Wells. Los efectos que produjo esta emisión fueron casi incalculables, pese a que Hadley Cantril y otros sociólogos se dedicaron inmediatamente a investigar las causas y formas de este pánico colectivo, el primero estudiado científicamente. Se calcula que unos seis millones de personas oyeron esta emisión y que, por lo menos, un millón de ellas se asustaron o se inquietaron. Mucho antes de que terminara el radiodrama, afirma H. Cantril, en todo el territorio de la Unión la gente rezaba, lloraba y huía despavorida ante el avance de los marcianos. Algunos corrían para socorrer a seres queridos. Otros se despedían o hacían advertencias por teléfono, se apresuraban a informar a los vecinos, buscaban informes en los diarios o en las estaciones de Radio, y pedían ambulancias a los hospitales y automóviles a la Policía. Esto explica en gran parte la actitud recelosa y precavida del Pentágono, su reticencia ante el problema de los UFO y la política de «paños calientes» inaugurada con la conferencia de Prensa que celebró el general Samford a raíz de los sucesos de Washington, de lo que vamos a ocuparnos con todo detalle a continuación.

La «crisis de julio»

Volvamos, pues, al año 1952 y a su «crisis de julio», como la denomina Keyhoe, para enfrentarnos con unos sucesos más reales que los descritos por Orson Welles, pero no por ello menos novelescos e incluso inquietantes.

Tras el suceso de Indianápolis —la astronave protagonista del mismo había sido captada poco

antes, volando a velocidad terrorífica, por un radarista de las Fuerzas Aéreas de Kirksville (Missouri)— se registraron otras observaciones no menos interesantes, todas ellas hechas por hombres de las Fuerzas Aéreas. Al propio tiempo, los tripulantes de un «DC-4» vieron una formación de discos rojizos. Doce horas después, cerca de Newport-News, un piloto comercial se cruzó con dos discos de luz palpitante. Calculó su velocidad en más de 900 kilómetros por hora. Aquella misma noche unos oficiales de Marina vieron otro platillo en Miami. Al propio tiempo, afluyeron informes de Norfolk, las Bahamas y Hampton, en Virginia.

Por tratarse de observadores no militares, estos relatos saltaron a la primera plana de los periódicos, cuando la impresión por el suceso de Indianápolis aún estaba candente. La noche del 17, el capitán Paul L. Carpenter, que se hallaba a los mandos de un «DC-6» de las «American Airlines», recibió una advertencia por radio de una escuadrilla que volaba ante ellos. Una formación de platillos volantes acababa de pasar como una exhalación frente al avión que iba en cabeza. Carpenter volaba a 7.500 metros. Apagó la luz de su cabina y él y sus compañeros escrutaron la noche.

De pronto vieron cuatro luces que se movían a una velocidad fantástica. El curso que seguían los platillos pasaba bastante lejos del avión y por una de sus bandas. Era imposible ver detalles. Pero calculando el tiempo y el ángulo de cielo que recorrieron, Carpenter hizo un cálculo aproximado de su velocidad. Esta era de casi 5.000 kilómetros por hora.

Por tercera vez en tres días consecutivos, los platillos ocupaban la primera plana de los periódicos. Además del relato de Carpenter, la Prensa del 18 de julio publicaba la noticia de un platillo visto en la ciudad argentina de Verónica. Con pocas horas de diferencia de la observación de Carpenter, seis discos habían evolucionado sobre Verónica, siendo contemplados por centenares de habitantes de esta ciudad.

Las Fuerzas Aéreas no podían resistir la creciente presión popular y las insistentes demandas de los periodistas por información. Entre estos pe-

riodistas, se contaban muchos que hasta entonces se habían reído abiertamente de los platillos e incluso los habían tomado a broma en sus artículos. La mañana del 18, la «United Press» envió un representante a Dayton, donde se hallaba la sede del «Proyecto Blue Book», para pedir una entrevista al capitán Ruppelt. Aunque el general Samford prohibía estas entrevistas, esta vez Ruppelt recibió órdenes de responder a los periodistas... Cualquiera negativa, en aquellos momentos, sólo aumentaría las sospechas y la aprensión populares.

Las respuestas de Ruppelt fueron lacónicas, pero sinceras.

—¿Creen las Fuerzas Aéreas que estas observaciones no son más que simples alucinaciones? —preguntó el periodista.

—No —respondió Ruppelt—. *Estamos convencidos de que los que dan estos informes han visto realmente algo en el cielo. Pero lo que puedan ser estos objetos es otra cuestión.*

Luego admitió que los reactores guiados por radar habían perseguido a los UFO, sin conseguir jamás alcanzarlos. También, que los UFO habían sido captados por el radar.

Haata que en la noche del 19 al 20 de julio se produjeron los hechos que habían de poner al rojo vivo la opinión pública. Y que precisamente se desarrollaron sobre la mismísima capital federal (1).

A la medianoche del 19 de julio, ocho técnicos del tránsito aéreo, dirigidos por el controlador Harry G. Barnes, entraron en el Centro de control del aeropuerto nacional de Washington. Esta torre se ocupa únicamente de guiar a los aviones durante el último trecho de su recorrido, el aterrizaje y los despegues. Pero posee aparatos de radar de gran alcance, que pueden señalar aviones a 150 kilómetros de distancia. El tránsito aéreo es muy intenso allí y por lo tanto, incluso con tiempo claro, hay que organizarlo cuidadosamente y obligarlo a seguir las rutas de acceso al aeropuerto. Tras el despegue, los técnicos del Centro se ocupan de enviar los aviones de línea a los niveles que les

están asignados, sacándolos de las zonas congestionadas. Cuando hay niebla, tormenta o nubes bajas, los aviones se guían por radio.

Se trata, pues, de un trabajo de gran precisión. Los técnicos del Centro no ven nunca los aviones que guían, pues siguen su avance únicamente sobre la pantalla principal del radar. Pero miles de vidas dependen de su habilidad y pericia y de su capacidad en reconocer en décimas de segundo los «blips» producidos por los diversos tipos de aviones. La sala de radar del Centro de Control es una larga sala tenuemente iluminada, con el fin de que se puedan ver fácilmente las pantallas de radar.

La noche del 19 al 20 era clara y tranquila, con escaso tráfico aéreo, y los técnicos se dispusieron a pasar ocho horas de trabajo rutinario en el Centro.

Durante unos minutos, Barnes permaneció inclinado sobre la pantalla mayor, una superficie vítrea revestida de una capa de fósforo, de sesenta centímetros de diámetro, que irradiaba un pálido resplandor verdoso. Corriendo sobre el cristal, como la manecilla de un reloj, pasaba una banda violácea llamada *sweep* por los radaristas. Como Barnes sabía muy bien, las revoluciones de esta banda, seis por minuto, reproducían la rotación de la enorme antena parabólica que se alzaba en una loma próxima.

En aquel momento el Centro seguía con el radar a un solo avión de línea, que se hallaba a varios kilómetros del aeropuerto. Cuando el haz giratorio de ondas chocaba con el avión, su eco u onda de retorno era captado por el receptor de la antena. Muy amplificado, aparecía como una manchita redonda o *blip* sobre la pantalla de rayos catódicos. Cada diez segundos aparecía un nuevo «blip» violáceo, mostrando el cambio de posición del aparato.

Por el curso recorrido por estos *blips* era muy sencillo calcular la ruta del avión y su velocidad, pues el vidrio revestido de fósforo conservaba siete *blips* antes de que se desvaneciese el primero. La ejercitada mirada de Barnes medía la distancia que había entre las manchitas redondas y violáceas. Mediante el intervalo de diez segun-

(1) Vid. Keyhoe, op. cit.

dos podía calcular a simple vista la velocidad del avión. Efectuando otras medidas sobre la pantalla, también podía decir dónde se hallaba el aparato, su distancia del campo y el rumbo que llevaba.

Cuando el tránsito era más denso, él y sus ayudantes marcaban la situación de cada avión con un botón numerado de plástico. Pero esta noche no había necesidad, el cielo estaba prácticamente vacío.

A las 12.30, Barnes salió para ir al despacho de su superior, dejando al radarista Ed Nugent al cuidado de la pantalla principal. Cerca de éste trabajaban otros dos radaristas, Jim Ritchey y James Copeland. Exactamente a las 12.40, siete *blips* muy marcados aparecieron de pronto en la pantalla. Los extraños aviones, o lo que fuesen, parecían haber surgido de la nada. Sólo había una explicación posible: los aparatos desconocidos habían penetrado en la zona a una velocidad de vértigo, entre pasada y pasada de la franja, para detenerse bruscamente en el cuadrante sudoeste.

—¡Llama a Barnes... pronto! —dijo Nugent a Copeland.

El jefe del Centro entró corriendo. Ambas pantallas mostraban los extraños *blips*. Barnes telefonó inmediatamente a la torre. Le respondió el operador Howard Cocklin.

—¡Nuestra pantalla muestra el mismo «blip» —se apresuró a decir Cocklin—. Veo una de esas cosas. Tiene una brillante luz anaranjada. No sé qué puede ser.

Verdaderamente alarmado, Barnes avisó al Air Defense Command. Luego concentró de nuevo su atención en la pantalla principal. Los aparatos desconocidos se habían separado. Dos de ellos se hallaban sobre la Casa Blanca y un tercero cerca del Capitolio... ambas zonas prohibidas. Sin apartar la vista de la pantalla, Barnes llamó a Andrews Field, un campo de aviación militar situado en Maryland, al otro lado del Potomac.

—También los hemos captado —le comunicó un preocupado radarista—. Los tenemos situados en el mismo sitio que ustedes.

—¡No enviarán cazas para interceptar?

—No; el campo está en reparación. Nuestros

reactores están en Newcastle.

Barnes colgó y miró a sus ayudantes:

—Los cazas tendrán que venir de Delaware. Eso significa media hora.

Durante varios minutos siguieron observando en silencio los platillos en el radar. De pronto el radarista Jim Ritchey vio que uno de ellos seguía a un avión de línea que acababa de despegar. Tomando el micrófono, llamó al piloto, un veterano llamado Casey Pierman. Después de dar a Pierman la posición del OVNI, Ritchey le dirigió hacia él.

Hasta entonces, la velocidad comprobada del platillo había sido de unos 200 kilómetros por hora. De pronto, ante el asombro de los técnicos, su rastro cesó de pronto. Donde debía haberse hallado el siguiente *blip* sólo había un espacio vacío.

Poco después respondió Pierman:

—He visto el objeto, pero se fue como una exhalación antes de que yo pudiese acercarme más a él. Ascendió hasta perderse de vista en tres o cuatro segundos.

Los radaristas se miraron, estupefactos. Ésta era la explicación de por qué el *blip* había desaparecido. Por increíble que pudiese parecer, el platillo había huido a velocidad increíble entre dos pasadas del haz de ondas cerradas. Eso significaba que había acelerado en unos cuatro segundos, pasando de 200 kilómetros hora a más de 800.

Pocos minutos después de esto, Barnes y sus ayudantes tuvieron un nuevo sobresalto. Uno de los rastros de *blips* indicaba un brusco viraje de noventa grados... maniobra que ningún avión podía realizar. Entonces, a la siguiente pasada del *sweep*, otro platillo invirtió bruscamente su marcha... su nuevo *blip* se formó sobre el que acababa de hacer. De una velocidad superior a los 150 kilómetros por hora, la misteriosa máquina había parado en seco para invertir completamente su dirección... en menos de cinco segundos.

Apenas repuestos de esta impresión, recibieron una llamada urgente de la torre, con noticias más sorprendentes aún. El operador Joe Zacko, que manejaba una pantalla ASR, construida especialmente para registrar grandes velocidades, vio apa-

recer de pronto un platillo sobre el vidrio. Le bastó una simple mirada para percatarse de que iba a una velocidad fantástica. Sobrecogido de espanto, vio cómo la sucesión de *blips* cruzaba la pantalla mientras el platillo pasaba como una exhalación sobre Andrews Field en dirección a Riverdale. Cuando el rastro cesó, Zacko se apresuró a llamar a Cocklin. Entre los dos calcularon la velocidad del UFO. Este avanzaba a 3.218 metros por segundo... o sea, 11.520 kilómetros por hora.

Por la razón que fuese, los reactores aún no habían llegado. Más tarde se rumoreó que, cerca de Nueva York, se produjo otra alarma debida a los platillos, que acaparó a todos los cazas disponibles. Aunque las Fuerzas Aéreas lo negaron, aquella extraña demora jamás recibió explicación.

Los platillos llevaban ya casi dos horas evolucionando sobre Washington, y los nervios de los radaristas estaban de punta. La noche anterior, todos ellos se hubieran reído si les hubiesen hablado de visitantes del espacio. Pero en aquellos momentos estaban trémulos y demudados, sin acertar a explicarse lo que ocurría. Por si fuese poco, saliendo al exterior, vieron luces movedizas en el lugar donde las pantallas de radar señalaban los misteriosos objetos.

El comentario de Keyhoe sobre lo sucedido es muy sencillo: a gran altura en el cielo nocturno, unas supermáquinas desconocidas reconocían la capital de los Estados Unidos. A juzgar por sus maniobras controladas, era evidente que estaban guiadas —si no tripuladas— por seres altamente inteligentes. Tal vez se disponían a aterrizar... La capital era el lugar más indicado para establecer un primer contacto. O quizá se disponían a atacar.

Barnes empezaba a hallarse dominado por la espeluznante sensación de que aquellos misteriosos visitantes captaban y entendían sus llamadas de radio. En dos o tres ocasiones, los platillos se alejaron raudos cuando él ordenó a los pilotos que trataran de interceptarlos. Ni una sola vez los pilotos que entraban y salían pudieron aproximarse lo bastante para ver lo que había tras aquellas luces elusivas.

Los aviones de caza llegaron a Washington cuan-

do faltaba poco para las tres de la madrugada. Poco antes, los platillos se desvanecieron. Al parecer habían visto los reactores a distancia o les oyeron llamar al Centro. Cuando hacía cinco minutos que los cazas se habían ido, las extrañas máquinas reaparecieron para extenderse en enjambre sobre todo Washington.

Cuando empezó a amanecer, las naves extraterrestres dieron por terminado su reconocimiento de Washington, que había durado cinco horas. Pero antes de partir, dejaron entrever su forma a un testigo. Alrededor de las 5.30, un ingeniero de radio llamado E. W. Chambers salía de la estación emisora WRC cuando vio a cinco enormes discos que giraban en formación desperdigada. Mientras los contemplaba estupefacto, los discos se ladearon para ascender como flechas hacia el cielo.

A pesar de que estas apariciones se realizaron de noche y terminaron a la madrugada, el público no dejó de enterarse, y se produjeron conatos de histerismo. Las Fuerzas Aéreas se esforzaron por todos los medios en echar tierra al asunto. Durante varios días, sus altos oficiales negaron que los radaristas de Andrews Field hubiesen captado a las máquinas. Un portavoz de la Aviación manifestó que la pantalla del Centro de Control se hallaba en defectuosas condiciones de funcionamiento. Otro, para restar importancia al incidente, aseguró que no se habían enviado cazas a aquella zona. Pero todos los intentos por acallar los temores del público fueron vanos.

Sobre el Pentágono llovieron miles de telegramas y de cartas y se recibieron docenas de llamadas telefónicas. Los diputados, empujados por sus electores, pedían en el Congreso que se tomasen medidas. Los periódicos, los sindicatos y los comentaristas radiofónicos se unieron para pedir una conferencia de Prensa.

Los servicios de información militar se sentían acorralados. Si admitían que los platillos eran reales, inmediatamente la opinión inquiriría acerca de su naturaleza, y preguntaría qué medidas se habían adoptado ante lo que podía ser una amenaza potencial. Nadie estaba en disposición de responder estas dos últimas preguntas. La sensación de

desvalimiento y de impotencia que provocaría semejante declaración, junto con el reconocimiento de que existían unos aparatos cien veces superiores a los más modernos cazas que poseía la USAF, sería demasiado para el orgullo y el ingenuo sentimiento de superioridad del norteamericano medio.

Alguno insinuó que pudiese tratarse de armas secretas rusas. Dio pie a esta creencia un extraño suceso registrado por aquellos días en la Alemania Oriental.

La observación de Oskar Linke

El *Sunday Graphic* londinense de la primera semana de julio había relatado una observación sensacional realizada por un ex comandante de la Wehrmacht llamado Oskar Linke.

«Volvía a mi casa en moto —explicaba Herr Linke— en compañía de mi hija Gabriela, de once años. Cerca de la aldea de Hasselbach, tuve un pinchazo que me obligó a continuar a pie, empujando la moto. De pronto mi hija me indicó algo situado a 150 metros en pleno bosque. Suponiendo que sería un ciervo, me aproximé cautelosamente. De pronto me detuve estupefacto. Entre los arbustos distinguí a dos seres de apariencia absolutamente humana. Llevaban un extraño mono metálico y parecían examinar el suelo de un pequeño claro de bosque.

«No muy lejos de ellos se alzaba sobre el suelo un impresionante disco de metal rosado, de un diámetro aproximado de 8 metros. En la periferia del disco se distinguía claramente una doble hilera de orificios. Sobre el aparato, surgía un cilindro de metal negruzco en forma de torreta, constituyendo el eje del disco.

«Sorprendido, llamé a mi hija, que se había quedado junto a la moto. Pero al oír mi voz, los dos seres de traje metálico se precipitaron a su aparato, penetrando en el cilindro de metal negro y encerrándose en él.

«Uno de aquellos dos seres llevaba sobre el

pecho una especie de lámpara que emitía destellos a intervalos regulares. Al cabo de algunos segundos, la periferia del disco, dotada de orificios, vibró como bajo el efecto de un intenso fuego interior. El borde del aparato adquirió un color verde, y luego carmesí, semejante al del metal en fusión. Esta metamorfosis se acompañó de un ligero zumbido.

«El cilindro axial pareció hundirse, lo que tuvo por resultado levantar el aparato. Vi entonces que aparecía por debajo del disco. Posado de esta guisa en aquel sombrío «pilar» el platillo volante se levantó, semejante a una monstruosa seta, debido a su color rosado...



Observación del Sig. Zuccalà. Diámetro calculado del OVNI: 8,50 m. De su parte central inferior descendió un cilindro de 1,50 m de diámetro hasta el suelo. En él se abrió una «puerta» y se vieron tres «escalones», por donde bajaron dos seres.

«Así elevado, el disco empezó a girar sobre sí mismo a una velocidad creciente y despegó, temblando y sin cesar de girar. El cilindro negro había desaparecido ya por su parte inferior. La velocidad ascensional del platillo aumentó rápidamente. De pronto se inmovilizó horizontalmente, para desaparecer luego a una velocidad vertiginosa tras las colinas.»

(Efectivamente, algunos habitantes de la región vieron aquella noche una «bola» incandescente que tomaron por un meteoro.) Esta observación es muy parecida a la recopilada en el Catálogo Vallée-Ballester Olmos, hecha en el frente de Guadalupe en 1938. También es idéntica a la de Mario Zuccalà, efectuada por dicho testigo el 10 de

abril de 1962 en San Casciano (Val di Pesa, Italia). Acompañamos dibujo del objeto avistado en este caso, según testimonio del Sig. Zuccala, recogido en artículo de Ceccarelli Silvano publicado en la prestigiosa FSR inglesa en julio-agosto de 1962. Los tres objetos (el visto por Linke, el del frente de Guadalajara y el de Zuccala) eran, repito, prácticamente iguales.

Poco antes de que se produjesen los sucesos de Washington, el ATIC había tratado de tranquilizar a la opinión mediante dos comunicados oficiales transmitidos a la Prensa. El primero, procedente del capitán Ruppelt, precisaba entre otras cosas:

«Ninguno de los fenómenos señalados con frecuencia en las cercanías de los centros atómicos se debió a explosiones atómicas o a investigaciones sobre los rayos cósmicos (globos sonda) y los proyectiles teledirigidos... Estamos firmemente convencidos de que las personas que señalan estos casos ven realmente algo en el cielo.

(Para demostrar que estos comunicados ocultaban numerosos hechos que podían pasar por alarmantes, hay que subrayar que por esta época, según lo demostraron los últimos informes hechos públicos en 1953, los aviones habían intentado varias veces interceptar a los UFO. En cambio, el comunicado transcrito afirmaba lo contrario.)

»En el curso de estas últimas semanas (julio 1952), han sido enviados en misión de reconocimiento varios cazas a reacción, pero ninguno de ellos ha conseguido establecer contacto con un UFO.»

(Como ya hemos dicho, el 12 de julio de 1952, el capitán Richard Case, a bordo de un «Convair», distinguió claramente un objeto oblongo cerca de Indianápolis. Al día siguiente, un «DC-4» se cruzó con seis discos rojos luminiscentes, en las cercanías de Norfolk, Virginia. Estas observaciones en vuelo no fueron las únicas ni mucho menos para este período.)

El capitán Ruppelt prosigue en su comunicado oficial:

«Por el contrario, el radar ha registrado a veces, la presencia de "cuerpos" que volaban a una velocidad aproximada de 1.500 a 2.000 millas por

hora (2.400 a 3.200 kilómetros por hora), pero estos últimos no fueron señalados por ningún ser humano.»

(Asimismo, esto tampoco es exacto: frecuentemente, los objetos detectados por el radar eran vistos al propio tiempo por pilotos en vuelo y testigos en tierra. Recuérdese a este respecto el informe procedente de Alemania del 23 de noviembre de 1948, que publicamos en este libro, y que el propio Ruppelt reproduce en su *Report on UFOs*.)

Pero después los acontecimientos de la noche del 19 al 20 de julio, no habían de ser los únicos. De momento, el general John A. Samford capeaba el temporal dando largas a la conferencia de Prensa, a pesar de que muchos de sus colaboradores e incluso altos oficiales de las Fuerzas Aéreas le apremiaban para que la celebrase. Poco a poco, sin embargo, y en vista de que no sucedía nada nuevo, se fueron aplacando los ánimos y el general Samford empezaba a creer que se salvaría de la conferencia... cuando, el 26, sucedieron nuevos hechos sensacionales.

Al anochecer de aquel día, un platillo de color rojizo pasó como una exhalación sobre la Estación de Aviación Naval de Key West. Lo vieron centenares de personas. Un barco escolta de destructores zarpó inmediatamente, en dirección hacia donde había desaparecido el UFO. Las autoridades, como siempre, se callaron.

Poco después de esto, a las 9.08 de la noche, una formación de platillos se abatió sobre Washington por segunda vez. Afortunadamente, se hallaban a demasiada altura para que la gente los viese a simple vista. Pero como antes, los excitados radaristas del Centro localizaron los extraños aparatos en sus pantallas. Los técnicos de las torres de Andrews Field y del aeropuerto de Washington confirmaron por segunda vez las maniobras de los platillos, localizándolos simultáneamente en los mismos lugares donde los pilotos de los aviones de línea veían extrañas luces.

De manera harto singular los reactores de las Fuerzas Aéreas también se hicieron esta vez los remolones para acudir al lugar de la observación. Cuando llegaron, el teniente William L. Patterson,

volando a más de 900 kilómetros por hora, la velocidad máxima de su aparato, trató de alcanzar al platillo más próximo. Pero éste lo dejó atrás fácilmente.

Entretanto, los Servicios de Información de la USAF se movilizaron. El mayor Dewey Fournet, Jr., el más importante investigador del Pentágono, se precipitó hacia el aeropuerto de Washington acompañado de Albert M. Chop, del departamento de Información pública, junto con un oficial especialista en radar. Durante dos horas observaron los *blips* causados por los platillos, mientras Barnes comprobaba minuciosamente el aparato de radar, que se hallaba en perfecto estado.

Los periodistas se agolpaban a la puerta de la sala de control, sin que se les permitiese entrar. Al día siguiente, todos los periódicos de los Estados Unidos pedían que las Fuerzas Aéreas dijese la verdad.

La conferencia de Prensa del general Samford

El jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, el general Nathan Twining, ordenó al general Samford que celebrase la tan solicitada conferencia de Prensa. El director de los Servicios de Inteligencia se sintió verdaderamente entre la espada y la pared. ¿Qué podría decir? ¿Qué sería mejor que dijese para el bien del país? Entonces Samford, que no podía mentir diciendo que se trataba de un arma secreta americana, que no poseía prueba alguna de que los platillos fuesen un arma rusa, y que no olvidaba el pánico creado por la emisión de Orson Welles ni el suscitado por el platillo de Indianápolis, optó por la única solución que creía posible: negar la realidad de los platillos volantes, aun a riesgo de que el público pusiese en duda sus declaraciones.

Pero éste le parecía ser el único medio posible de detener la creciente oleada de temor e histerismo.

El 29 de julio se convocó una conferencia de Prensa, que se celebraría bajo la presidencia del

general Samford, secundado por varios expertos del ATIC: el coronel Donald L. Bower, de la División de Análisis Técnicos, el capitán Ruppelt, del «Proyecto Blue Book», el capitán Ro L. James, Mr. B. L. Griffing, y otros expertos civiles de la Sección de Electrónica. Para explicar la intervención de los reactores de caza, el mayor general Roger M. Ramey, jefe del Air Defense Command, asistido por varios miembros de su Estado Mayor.

La conferencia no pudo escoger mejor día, o peor, según cuál fuese el punto de vista que se adoptase. Aquella misma mañana varios oficiales del Ejército y la Policía del Estado de Indiana observaron las extrañas maniobras de varios discos sobre Indianápolis. Tres horas más tarde, un platillo reconoció las instalaciones de energía atómica de Los Alamos, huyendo a gran velocidad cuando los cazas de las Fuerzas Aéreas despegaron en su persecución.

La conferencia de Prensa comenzó a las cuatro de la tarde, con una sala del Pentágono atestada de periodistas de las principales agencias y cadenas de diarios de la Unión. La conferencia duró ochenta minutos, y principió con unas palabras preliminares del general Samford, en las que éste expuso cautelosamente la situación e hizo una breve historia de las observaciones, remontándose a los tiempos bíblicos. En su discurso, el general se refirió sobre todo al pequeño tanto por ciento que no había recibido aún una explicación satisfactoria. Atribuyó este hecho a la falta de medios de análisis apropiados, pero añadió que confiaba que en cuanto se perfeccionasen los métodos de investigación, se explicaría el cien por cien de las observaciones por causas puramente físicas y naturales. Terminó con estas palabras:

«Desearíamos asegurar, a los que aún dudan, que no les ocultamos nada (*sic*). Si el Ejército, la Marina, o la Comisión de Energía Atómica efectuasen experimentos que tuviesen alguna relación con los fenómenos señalados, nosotros lo sabríamos, teniendo en cuenta la coordinación existente en todo cuanto se refiere a la seguridad de los Estados Unidos.

•Ignoramos la causa de los fenómenos señalados, pero estamos convencidos de que no constituyen en absoluto una amenaza para nuestro país. Evidentemente, no podemos pretender de una manera segura que no se trate de visitantes venidos de otros planetas o de una potencia extranjera, pero somos más bien de la opinión de que se trata de fenómenos físicos que somos incapaces de explicar en el estado actual de la Ciencia.»

A continuación comenzaron las preguntas. Los periodistas, que estaban desilusionados, pues habían ido allí convencidos de que el general Samford les anunciaría la inminente invasión de la Tierra por Marte, se lanzaron a fondo. Durante una hora acribillaron materialmente a preguntas al general, al capitán James y a Ruppelt. Algunas de las preguntas eran peligrosísimas y estuvieron en ur. tris de desbaratar la cerrada guardia de Samford. Por ejemplo, cuando le preguntaron reiteradamente si dos estaciones de radar habían captado simultáneamente un objeto en un mismo punto. Aunque esto era cierto, y se había producido en varias ocasiones, Samford hizo prodigios de habilidad y consiguió contestar siempre con evasivas o desviar las preguntas. El reconocimiento implícito de tal hecho hubiera dado al traste con la teoría del profesor Menzel, que era el caballo de batalla de Samford y sus hombres. El doctor Donald H. Menzel, distinguido astrofísico y director del Observatorio de la Universidad de Harvard, publicó aquel mismo año su obra *Flying Saucers*, que explicaba los platillos como espejismos y principalmente como un fenómeno de refracción producido por capas de inversión de la temperatura... en las que se originaban espejismos que podían moverse a gran velocidad. Esta teoría estaba basada en un efecto muy conocido por los meteorólogos. Generalmente, el aire se enfría con la altitud, pero bajo ciertas condiciones, pueden existir capas de aire caliente sobrepuestas a capas de aire frío. Puesto que los rayos luminosos se propagan con menor velocidad en un medio más denso, son refractados, o inclinados, al pasar de las capas de aire frío a las de aire caliente. Esto es lo que causa los espejismos en el desierto, o en

las carreteras recalentadas, en las que los automovilistas creen ver charcos de agua ante ellos, que desaparecen paulatinamente. Como la luz, las ondas del radar también se mueven más lentamente en un medio más denso, y se desvían del mismo modo. Cuando la inversión de la temperatura sea lo suficientemente fuerte, causará un efecto de refracción.

Según Menzel, los observados es que habían visto platillos iluminados habían sido confundidos por reflejos, ya fuesen de luces de tierra o de las estrellas, el sol o la luna. Explicaba del mismo modo los platillos captados por el radar como objetos de tierra captados por las ondas desviadas del radar, para ser luego reflejados por la capa de inversión y mostrarse en las pantallas como extraños *blips*. Las velocidades elevadísimas en apariencia y las violentas maniobras eran producidas, según él, por reflejos de objetos en movimiento, como automóviles o trenes, o por turbulencias en la zona de inversión. Algunos casos se explicaban por faros de automóviles que ascendían una cuesta iluminando unas nubes bajas.

Durante el mes de julio varios científicos prominentes se negaron a aceptar las teorías de Menzel, aunque el público apenas conocía este particular. Cuando se convocó la conferencia de Prensa, sin embargo, el general Samford se agarró a la teoría de Menzel como a un clavo ardiente, a pesar de que sus técnicos sabían que sólo explicaba un poqueniísimo número de las observaciones, tal vez un dos o tres por ciento.

Según Max B. Miller (1), las capas de inversión son un fenómeno extremadamente raro, y aún más el fenómeno de refracción que éstas pueden producir. Cuando ocurre, los «no identificados» —ya sean vistos con el ojo desnudo o captados por el radar— suelen ser nebulosos y de contornos mal definidos. Además, debido a la ambigüedad del fenómeno, raras veces se les percibe simultáneamente. Por otra parte, las inversiones de temperatura suficientemente fuertes para provocar «eco» del radar, habrían de ser de 8 a 10°

(1) *Flying Saucers* Trend Book 45. Los Angeles, 1967.

Fahrenheit. El mayor Keyhoe comprobó las cifras del Servicio Meteorológico para la noche del 19 al 20 de julio. Comprobó que en esta noche había habido una inversión de un grado: en la segunda, de dos.

Después de la conferencia de Prensa, el mayor Keyhoe obtuvo permiso para interrogar al mayor Lewis S. Norman, una autoridad en las inversiones atmosféricas, quien le respondió como portavoz oficial de las Fuerzas Aéreas. Norman dijo que las capas de inversión no podían explicar las observaciones de Washington.

Dos años más tarde, en 1954, el capitán Walter Karig, ayudante especial del jefe de Información de la US Navy, dijo: «Las luces reflejadas, los espejismos y otras imágenes semejantes, no envían ecos de radar.»

A finales de 1952, Keyhoe presentó un cuestionario al «Proyecto Blue Book» en el que le preguntaba, entre otras cosas, qué opinaba el ATIC de las teorías de Menzel. He aquí la respuesta del ATIC:

«El "Proyecto" ya conocía estas explicaciones y las consideró cuidadosamente mucho antes de que el doctor Menzel publicase sus teorías en forma de libro. Explican únicamente un pequeñísimo porcentaje de las observaciones... A petición del ATIC, eminentes hombres de ciencia analizaron las teorías de Menzel. Ninguno de ellos las aceptó... El "Proyecto Blue Book" invitó al doctor Menzel a que aplicase sus teorías a todo» o a cualquiera de los casos inexplicables, y para ello puso a su disposición los archivos del ATIC. El doctor Menzel dio la llamada por respuesta, y no supimos más de él...»

Pero volvamos a la famosa conferencia de Prensa:

Al día siguiente, todos los periódicos de la nación publicaban titulares como éste:

Las Fuerzas Aéreas consideran a los platillos como fenómenos naturales.

Los platillos captados por el radar sobre la capital, atribuidos al calor.

El doctor Menzel asegura que los platillos volantes desaparecerán con la ola de calor.

Desapareció la ola de calor, pero los platillos no desaparecieron. Por el contrario, volvieron, semejantes a las «oscuras golondrinas» de Bécquer. Y volvieron riéndose de todas las teorías, entre ellas las de Menzel; volvieron para dejarse captar con nitidez por el radar, para avanzar como enormes bolas de fuego que no se parecían ni remotamente a un espejismo, o como enormes discos plateados y fluorescentes, rodeados a veces por un halo azul, que sobresaltaban a los sorprendidos pilotos militares y civiles. Volvieron volando vertiginosamente contra el viento, con muy poco respeto por Menzel y sus teorías.

El caso de Desvergers

Además, en agosto de aquel mismo año, exactamente el día 19, tuvo lugar un pretendido aterrizaje, que se clasifica entre los clásicos del género y que volvió a poner la cuestión sobre el tapete, olvidado ya —con la rapidez con que se olvidan las cosas en el mundo moderno— el famoso *debuting* del Pentágono.

Alrededor de las nueve de la noche del día citado, al jefe Scout D. Sonny Desvergers y tres muchachos exploradores regresaban en automóvil a su casa, cuando vieron extrañas luces en los bosques que cubren la región cerca de West Palm Beach. Sonny Desvergers, que ya era un hombre de treinta años, dejó a los muchachos en el coche y partió sólo a investigar lo que ocurría, armado de un machete y empuñando una lámpara eléctrica.

Como habían visto luces en el cielo poco antes, Sonny creyó que podía tratarse de un avión que había realizado un aterrizaje forzoso.

Dos minutos después uno de los *boy-scouts* vio una bola de fuego de un color blanco rojizo, que pasó a la altura de los árboles y pareció dirigirse

hacia el lugar por donde había desaparecido Desvergers. Cuando transcurrieron diez minutos y Desvergers no regresó, uno de los muchachos corrió hacia la casa más próxima para telefonar al *sheriff*, cumpliendo órdenes de su jefe.

En el mismo momento en que llegó el *sheriff*, Desvergers salió del bosque, pálido, tembloroso y caminando con paso vacilante.

He aquí el relato que hizo Desvergers, primero al *sheriff* y después al propio capitán Ruppelt, cuando los técnicos del ATIC le interrogaron:

Al cabo de unos cincuenta metros, llegó frente a un grupo de palmeras enanas, buscó paso a través de ellas y, al no hallarlo, siguió avanzando con la maleza hasta la cintura. Cuando se detuvo, lo primero que notó fue un extraño olor que no supo describir exactamente, diciendo tan sólo que era «acre», «penetrante», pero casi imperceptible al principio. Recordó también, después del incidente, haber notado una ligerísima diferencia de temperatura. Estos dos hechos, el olor y la temperatura, no le llamaron la atención de momento.

Continuó su marcha hacia el Este, orientándose de vez en cuando con la estrella polar. Después de recorrer unos treinta metros, observó que ante él se abría un claro. Cuando avanzó en el claro, el olor y el calor se hicieron más intensos, y el segundo se hizo casi intolerable, «húmedo, opresivo, que hacía difícil la respiración», dijo.

Al cabo de algunos pasos tuvo de pronto la horrible sensación de que alguien le espiaba. Deteniéndose, buscó la estrella polar, pero no la vio, ni ninguna otra estrella, pues de pronto se dio cuenta que casi todo el firmamento estaba oculto por una gran forma oscura y circular, que estaba a una docena de metros sobre su cabeza.

Permaneció así durante un tiempo que no pudo definir, hasta que consiguió retroceder algunos pasos y salir de debajo del objeto, y pudo observarlo rápidamente, pero con nitidez. Era circular y ligeramente cóncavo en el centro, con una superficie lisa de color grisáceo. La parte superior mostraba una protuberancia en el centro, análoga a una torreta. El borde de esta especie de platillo era

grueso y cubierto de aletas semejantes a las de una turbina, cada treinta centímetros aproximadamente, con una abertura frente a cada una de ellas.

Su primera reacción, según dijo a los investigadores de la «Comisión Platillo», fue una especie de cólera, un deseo de golpear, de destruir lo que veía. Pero inmediatamente observó que las sombras del hemisferio superior cambiaban ligeramente y oyó un ruido parecido «al que produce la puerta de una cámara acorazada bien engrasada al abrirse». Paralizado de terror, vio que una pequeña bola de fuego rojo se aproximaba a él. Al caer, emitió una nube de bruma roja igualmente. Solitando la lámpara y el machete, Desvergers se cubrió la cara con ambas manos y se desvaneció cuando le envolvió la nube.

Desde el automóvil, los *boy-scouts* vieron cómo su jefe se detenía al borde del claro, avanzaba de nuevo, levantaba la lámpara, que esta vez no iluminó los árboles, y por último se dieron cuenta, boquiabiertos, de que una bola de fuego le envolvía. Cuando le vieron caer, descendieron del coche y corrieron hacia la granja próxima.

El granjero y su mujer no comprendieron bien, de momento, lo que contaban aquellos dos niños tan excitados. Por último comprendieron que su jefe se hallaba en peligro, y avisaron al *sheriff*.

El jefe explorador no supo cuánto tiempo permaneció inconsciente. Cuando recuperó el sentido, corrió hacia la carretera, a la que llegó en el momento en que se detenía el automóvil del *sheriff*. El *sheriff* declaró más tarde que nunca había visto a un hombre tan asustado.

Después de relatar, de manera bastante incoherente, lo que le había sucedido, el *sheriff* y su ayudante penetraron en el bosque. Lo primero que distinguieron fue la lámpara eléctrica, que seguía encendida, tirada sobre el césped. Al lado de ella, la hierba estaba aplastada, como bajo el peso de un cuerpo. Tras marcar el sitio, los policías regresaron. Al hallarse de nuevo junto a Desvergers, se dieron cuenta de que éste tenía quemaduras en cara y brazos. La gorra de algodón que llevaba, también mostraba quemaduras. A su regreso, el

sheriff avisó a la Aviación.

El informe médico decía que Sonny Desvergers mostraba quemaduras de primer grado en ambos brazos y en el dorso de las manos. El interior de los orificios nasales parecía también ligeramente quemado. Los cabellos también estaban algo chamuscados.

Al día siguiente, por la mañana, Ruppelt y sus compañeros del ATIC, con dos inspectores de Policía, fueron a examinar el lugar del suceso. Pasaron un contador Geiger por los alrededores, sin que éste acusase radiactividad. El terreno fue reconocido palmo a palmo, sin descubrir trazas ni nada que pudiese indicar un fraude.

El machete y la gorra fueron examinados también en el laboratorio de Wright-Patterson, sin que se descubriese nada de particular.

Poco después se produjo el descubrimiento capital, que había de prestar sus verdaderas dimensiones a este raro suceso. Las raíces de las hierbas que crecían en el claro del bosque estaban superficialmente carbonizadas. En cuanto a las hojas y las briznas de la hierba, aparecían indemnes. Nadie se explicaba cómo este hecho singular había podido producirse.

Fue entonces cuando el capitán Ruppelt, cavilando sobre este asunto, recordó las teorías de los científicos canadienses y la teoría de Einstein sobre el campo unificado, que se ocupa de las relaciones que existen entre el electromagnetismo y la gravitación. Entonces se le ocurrió someter a Sonny Desvergers a una prueba. Puesto en presencia de varios gases, se le ordenó que indicase el más parecido al olor acre que había notado en el bosque. Sin la menor vacilación, el testigo indicó el ozono. Entonces Ruppelt llegó a la siguiente conclusión: la carbonización de las raíces podía haber sido causada por un *campo magnético alternativo engendrado por una corriente de inducción*. Estas fuerzas producen lo que se llaman corrientes parásitas o de Foucauld. Estas corrientes provocan el aumento de la temperatura. En la industria es corriente fundir metales por inducción. Sustituyendo la barra metálica por arena húmeda, buena conductora de la electricidad, y suponiendo

que sobre el suelo hubiese existido un potente campo magnético alterno, la carbonización de las raíces se explica perfectamente.

Ahora bien, semejante campo magnético produce ozono. La respiración de ozono concentrado, además, provoca la pérdida del conocimiento.

Todos estos hechos son demasiado complicados para que el jefe de *boy-scouts* pudiese haberlos inventado. Además, no disponía de ningún aparato eléctrico de gran potencial, capaz de crear dicho campo magnético. La similitud de este misteriosísimo suceso con los que ocurrieron en otoño de 1954 en las localidades francesas de Prémonoy y Poncey, es más que sorprendente: es reveladora.

CAPÍTULO V

CRESCENDO

La conferencia de Prensa celebrada en el Pentágono el 29 de julio de 1952 no significó ni con mucho la liquidación del problema. Acorralados, los hombres de los Servicios de Inteligencia de la Aviación rehuieron enfrentarse resueltamente con el misterio para el que no tenían respuestas ni podían ofrecer soluciones. Sin embargo, su actitud fue sincera y bien intencionada, pues creían que el país no estaba preparado para enfrentarse con la verdad.

Sin embargo, una declaración sincera, resuelta y anterior al pánico de 1952, hubiera centrado el problema en su verdadera perspectiva, impidiendo que los sabios se desentendiesen de él y que se convirtiese en materia de fáciles bromas populares. La conferencia de Prensa del 29 de julio relegó los platillos volantes al limbo de lo fantástico, y abrió entre ellos y los sabios oficiales un foso que aún no se ha podido salvar.

Keyhoe sugirió incluso cómo podía haber sido la nota que tantos esperaban de las Fuerzas Aéreas:

«Todas las pruebas demuestran que los platillos son reales, que son una especie de máquinas revolucionarias. Nada indica que sean peligrosos u

hostiles. Ignoramos de dónde proceden, pero estamos seguros de que no vienen de Rusia ni de ninguna otra nación de la Tierra. Parece probable que vengan de otro planeta y realicen un amistoso reconocimiento de la Tierra antes de intentar tomar contacto con nosotros.»

Esta declaración la hubieran suscrito de buena gana gran número de miembros del ATIC, opuestos a la política preconizada por el «grupo del silencio». Durante la primavera de aquel mismo año, el grupo de convencidos del ATIC colaboró en la redacción de sendos artículos que aparecieron en las importantes revistas *Life* y *Look*, que defendían plenamente la tesis extraterrestre. Estos artículos causaron gran impresión, que no consiguió borrar del todo la declaración del Pentágono.

El primero de ellos se publicó en *Life* el 5 de mayo de 1952 (edición internacional) y edición para USA del 7 de abril del mismo año. El artículo estaba escrito por los periodistas Darrach y Ginna con ayuda de técnicos del ATIC (que convirtieron a *Life* en portavoz oficial de sus ideas afirmativas sobre la existencia de los UFO) y en él se decía entre otras cosas:

«Los sabios, los meteorólogos, los aviadores y todos aquellos observadores expertos cuya profesión les obligue a estudiar el cielo y lo que en él sucede, deben notificar inmediatamente al Centro de Información Técnica de las Fuerzas Aéreas, en Wright-Patterson (AFB), Dayton, cuanto hayan podido observar referente a objetos aéreos no identificados. Las Fuerzas Aéreas hacen saber que los aviones militares están en alerta para intentar interceptar tales objetos. No existe, por ahora, ninguna razón para creer que los fenómenos descritos bajo el nombre de «platillos volantes» pertenezcan a una potencia extranjera o constituyan un peligro actual para los Estados Unidos o sus ciudadanos.»

El 24 de junio, la revista *Look* publicó otro artículo, preparado con ayuda de las Fuerzas Aéreas. Fue el primero que apuntaba los posibles peligros que representaban las visitas interplanetarias. Le acompañaba un mapa en el que estaban señaladas las regiones más visitadas por los UFO,

y especialmente las principales bases de defensa. El mapa llevaba el siguiente epígrafe: «Este mapa asustó al Pentágono.» En el artículo se citaban estas palabras del general Hoyt S. Vandenberg, a la sazón jefe de Estado Mayor de la USAF.

«Muchos de los incidentes han sido explicados satisfactoriamente. Otros no. Con la presente inquietud mundial no podemos permitirnos ninguna complacencia.»

El artículo acababa con unas palabras del capitán Edward S. Ruppelt que resumía la situación: «La única conclusión a que se ha llegado es que los platillos volantes no suponen una amenaza cierta e inmediata para EE. UU. Cinco años han estado visitándonos y nunca nos han atacado, pero esto no quiere decir que no sean una amenaza en potencia.»

Precisamente durante aquella primavera de 1952, había tenido lugar en América, pero no en los Estados Unidos, sino en el Brasil, una observación extraordinariamente interesante, acompañada además de documentos fotográficos de una excepcional calidad.

Las cinco fotos de Río de Janeiro

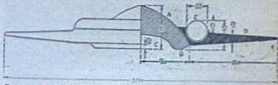
El 7 de mayo de 1952, dos reporteros gráficos del gran semanario brasileño *O Cruzeiro*, los señores Eduardo Keffel y João Martins, se hallaban realizando un reportaje en Barrada-Tijuca (Río de Janeiro). De pronto, por el lado del mar, y a una altura que calcularon en unos 1.000 metros, vieron venir lo que de momento les pareció un gran avión de bombardeo. Sin embargo, a los pocos instantes observaron que el pretendido avión, en lugar de deslizarse de frente, parecía hacerlo «de lado». En realidad, se trataba de un gigantesco disco que entonces iniciaba el viraje. Inmediatamente Keffel sacó su máquina y tiró cinco instantáneas del objeto mientras éste describía una majestuosa curva sobre Pedrada-Gavea. Al efectuar esta maniobra, el OVNI mostró sucesivamente su parte superior, su perfil y su parte inferior. Su

centro estaba coronado por una pequeña cúpula hemisférica, rodeada de un anillo. En su parte inferior presentaba una abertura redonda.

Las cinco fotografías de Keffel fueron tomadas sobre pellicula, lo que hace más difícil cualquier trucaje, y en condiciones perfectamente normales. Su autor sometió estas fotografías a la atención del agregado militar de la Embajada de los Estados Unidos, el cual las envió al ATIC. Las Fuerzas Aéreas norteamericanas recibieron también los negativos, que fueron declarados auténticos por sus peritos y sin el menor trucaje. Acto seguido, pagaron por ellos la exorbitante suma de 20.000 dólares a su afortunado autor. Los clichés no le fueron devueltos, como es de suponer.

Teniendo en cuenta la altura probable a que se hallaba la astronave —pues esto era sin ningún género de dudas— se calculó su diámetro entre 50 y 70 metros. Basándose en estas fotografías, el eminente investigador español Eduardo Buelta publicó un croquis de la astronave —sección lateral—, acompañándolo de la siguiente descripción:

1.º En el centro un cuerpo sensiblemente cónico (A) —o más exactamente, un parabolóide—, hueco en parte por debajo, de unos 8 metros de altura por alrededor de 20 de diámetro máximo, que atraviesa todo el espesor del disco, sobresaliendo el borde (B) de su base por la cara inferior, formando el reborde señalado en las fotografías.



Corte o sección de una gran nave extraterrestre, según hipótesis avanzada por el investigador barcelonés Eduardo Buelta trabajando sobre una famosa fotografía tomada por el brasileño Ed. Keffel.

2.ª Una delgada corona anular (D) de 50 metros de diámetro exterior, 14 ó 15 de ancho y 2 metros de espesor máximo que adelgaza progresivamente hacia fuera, la cual rodea al cuerpo central apoyándose en él.

3.ª Un anillo (E) de sección circular —esto es, un «toro»— de unos 3,5 metros de diámetro interno y 75 u 80 metros de desarrollo circunferencial que se apoya en la corona anterior y, quizá también, en el cuerpo central (1).

En mi obra de fantasía científica *Ellos* (Barcelona, 1959, Colección Nebulae), describo así el funcionamiento de una de estas astronaves:

« ¡De qué manera tan sencilla y lógica, en efecto, se había resuelto el problema de la falta de gravedad para los tripulantes del aparato, mediante el corredor toroidal animado de un lento movimiento de rotación, que equivalía a la misma gravedad marciana! La forma aerodinámica, a que tan aficionados eran los diseñadores terrestres de astronaves, no tenía en realidad ninguna razón de ser para una nave destinada a moverse únicamente por el vacío interplanetario por el que avanzaba "de plano" y girando sobre su eje a razón de siete u ocho revoluciones por minuto. En realidad, aquella nave no era más que un gigantesco cohete provisto de un motor de una potencia infinitamente superior a los reactores terrestres, rodeado de la cabina toroidal para sus tripulantes y de los planos giroscópicos estabilizadores representados por la periferia exterior del disco propiamente dicho, todo él macizo, lo cual convertía a la nave en una gigantesca peonza del espacio cósmico. Los problemas que obsesionaban desde hacia años a los astronautas terrestres, estaban allí resueltos con suprema maestría y sencillez. Era aquella una nave absolutamente funcional, donde cada parte respondía al cometido para el que había sido creada. Destinada a cruzar los espacios interestelares, aquella nave se movía con cierta dificultad en la atmósfera. Algunas veces, sin embargo, se veía obligada a descender hasta la superficie del planeta, para proveerse de agua marina, utilizada como masa de

eyección durante sus cruceros cósmicos. En tal caso, navegaba horizontalmente y su cabina toroidal permanecía inmóvil. Los tripulantes, entonces, veían convertirse en «suelo» donde apoyarse, no la zona más próxima al borde del disco, como durante las travesías interplanetarias, sino los puntos más bajos en relación con la vertical, variable según la inclinación del aparato y también según la brusquedad de los virajes. Los objetos del interior de la cabina se podían deslizar libremente por la circunferencia del tubo para encontrar por sí solos su posición de equilibrio, con lo que apenas se notaban dentro los cambios de posición de la nave.»

El monstruo de Sutton

Volvamos a los Estados Unidos, después de este intermedio brasileño. El 12 de setiembre de 1952, ocurrió otro de los casos del drama platillista que aún no han recibido explicación. Sucedió la noche del día citado, que era un viernes, y en el Estado de Virginia. Al atardecer de aquel día un objeto resplandeciente fue visto pasar por millares de testigos por el Estado. Entre los que lo vieron se hallaban la señora Kathleen May, sus tres hijos y Gene Lemon, un miembro de la Guardia Nacional de 17 años de edad. Estas personas vivían en la población de Sutton. Aunque no podían asegurarlo, les pareció que el objeto había caído en una colina próxima.

Había anochecido cuando ascendieron la loma. Gene Lemon encendió su lámpara eléctrica. Lo primero que observaron fue un olor desagradable y asfixiante. A medida que se aproximaban al lugar donde creían que había caído el objeto, la luz de la antorcha iluminó dos ojos brillantes. Creyendo que se trataba de una lechuza, el joven Lemon la enfocó.

La luz iluminó de pleno una enorme figura, de casi tres metros de alto, cara roja y sudorosa y ojos saltones, separados por más de un palmo entre sí. El cuerpo del monstruo tenía un brillo ver-

(1) *Astronaves sobre la Tierra*. Ed. Oromí, Barcelona, 1955, pág. 10.

de mate. De pronto, lanzando un extraño silbido, se dirigió hacia él con un paso elástico, como si botase como una pelota.

Aterrorizados, los muchachos y Mrs. May echaron a correr colina abajo. Mientras Mrs. May telefoneaba al *sheriff*, la madre de la señora observó que los semblantes de los muchachos estaban cubiertos de una extraña sustancia viscosa. Poco después, sintieron náuseas y vomitaron, al propio tiempo que se les hinchaba el cuello.

Cuando el *sheriff* llegó, la niebla empezaba a cubrir la colina. Trató por dos veces que sus perros le guiasen hasta el lugar donde el monstruo había sido visto. Cada vez los canes huyeron aullando y con el rabo entre piernas, y el *sheriff* decidió esperar a la mañana siguiente.

Durante la noche, el estado del joven Lemon se agravó. Se debatía, presa de débiles convulsiones. Tenía la garganta extrañamente inflamada e hinchada, como los chicos May. El médico comparó aquellos efectos a los que podría producir el gas mostaza.

Poco después del amanecer, según manifestó el miembro del consejo de administración de la escuela local, una extraña máquina despegó de la cumbre de la colina. Cuando el *sheriff* y sus hombres registraron aquella zona, encontraron huellas en el suelo, la hierba aplastada y pedazos de algo que parecía plástico negro. La terrorífica aparición que habían descrito Mrs. May y sus compañeros había desaparecido.

Cuando la Prensa preguntó al ATIC lo que pensaba sobre el monstruo de Sutton, los técnicos del «Proyecto Blue Book» dijeron que se trataba de una alucinación creada por un meteoro que pasó sobre la comarca y que ni siquiera se molestarían en enviar investigadores.

Sin embargo, las Fuerzas Aéreas no hicieron caso omiso ni mucho menos del informe de Sutton. Para no llamar la atención, los Servicios de Inteligencia se valieron de la Policía del Estado de Virginia occidental, para obtener todos los detalles que les interesaban. Más tarde enviaron a dos agentes de paisano, que interrogaron a los testigos haciéndose pasar por periodistas.

Keyhoc se enteró de la *verdad* sobre el asunto de Sutton algunos meses después, en enero de 1953. En primer lugar, según las informaciones secretas que se procuró el ATIC, el objeto visto por Mrs. May y sus compañeros era en realidad un meteoro, que al desaparecer tras la colina dio la impresión de que aterrizzaba en ella. Los ojos brillantes pertenecían, en efecto, a una lechuga, y el cuerpo del monstruo era un vulgar tronco de árbol, que apareció bajo aquella forma terrorífica a la sobreexcitada imaginación de los testigos. Por último, los trastornos físicos de Lemon se debieron pura y exclusivamente al miedo (pese a que el médico no afirmó tal cosa en su dictamen. Además, los investigadores civiles que examinaron la cumbre de la loma descubrieron en ella huellas que no abonaban en absoluto la hipótesis del ATIC).

Otño de 1952 en América y Europa

Y con esto llegamos al mes de octubre de 1952. Se equivocaría quien creyese que en este año la actividad de los misteriosos visitantes del espacio se limitaba a los Estados Unidos. No solamente los norteamericanos ven cosas fantásticas; también en la culta Europa y en aquel mismo año ¿? gracia se registraron hechos portentosos. Aterrizajes de platillos volantes, por ejemplo. La noche del 27 de octubre, un platillo volante se posó silenciosamente, durante algunos segundos, en el aeródromo francés de Marignane. El único testigo de este hecho sorprendente, el aduanero Gabriel Gachignard, hizo el relato que sigue:

«El avión postal París-Niza había despegado a las 2.03. Después de haberme lavado las manos en el lavabo, fui a buscar un bocadillo que tenía en el cuerpo de guardia. Al regreso atravesé todo el aeródromo, permaneciendo algunos minutos junto a unos tiestos de flores. De pronto vi caer lo que me pareció una estrella fugaz, pero que después se convirtió a mis ojos en un aparato que se posó al lado de la pista de rodaje, de cemento, y ligera-

mente a mi derecha.

«Dejando el bocadillo sobre un tiesto, me acerqué hasta unos 30 metros de aquel aparato. Vi que tenía forma de cigarro de unos cinco metros de longitud por un metro de alto. Las portillas, que eran en número de cuatro, difundieron una luz pálida, que se apagaba y se encendía. Vi entonces que el aparato dejaba escapar unas chispas por atrás antes de despegar a toda velocidad, para despegarse en dos segundos.

«Volviendo al control de pista, constaté que eran exactamente las 2.15 (hora local). Telefoné a la torre de control, donde no habían visto nada.» (1)

Esta observación, que por sí sola no tenía gran valor, pues nuestro amigo Gachignard podía ser un débil mental, un alucinado, o un individuo con delirio de grandezas y que desease aparecer en los periódicos (categorías en que se incluyen más de las tres cuartas partes de observadores de platillos volantes, según las personas sesudas que no observan nada) adquiere una especial significación si se tiene en cuenta que aquella noche misma, pero dos horas y media antes, una tal Madame Saux vio desde Marsella —Marignane no se encuentra lejos de esta ciudad— un objeto elíptico luminoso que atravesaba el cielo de Este a Oeste, en dirección a Marignane.

Es interesante observar que no es éste el primer aterrizaje que se observaba en Europa. Dos años antes se había registrado otro también en Francia. Cosa curiosa: también ocurrió en un terreno de aviación, como si los OVNI tuviesen preferencia por estos lugares *ad hoc*. En este caso los platillos fueron dos, y se posaron alrededor de las once de la noche del 23 al 24 de julio de 1950 en el campo de aviación de Guyancourt, en los alrededores de París. El único testigo fue Monsieur Claude Blondeau, propietario del bar del aeródromo. Después de oír un ruido semejante al de una fuerte ráfaga de viento, dicho caballero distinguió a un centenar de metros de él, en la semioscuridad, dos aparatos circulares parecidos a enormes pla-

(1) Citado por J. Gulev. *Les Soucoupes Volantes viennent d'un autre monde*, págs. 49 y ss.

tos encarados por su parte cóncava. Tenían unos 5 metros de diámetro y 1,60 de alto, aproximadamente (recuérdense las medidas dadas por Gachignard). A su alrededor tenían como unas portillas rectangulares.

El testigo refiere a continuación que en la cara inferior de cada platillo se abría una puerta ovoides muy gruesa, y vio apesarse a un hombre de cada aparato. Estos «pilotos» tenían la talla de un hombre normal.

Después de efectuar lo que le pareció una rápida reparación en el borde de uno de los discos, los dos seres incluso tuvieron tiempo de cambiar unas palabras con Monsieur Blondeau, que entretanto se había aproximado para preguntarles si habían tenido una avería. En un francés correcto, aunque algo lento, uno de ellos le respondió: *Oui, mais pas pour longtemps*.

Después de este breve diálogo, cada uno de ellos volvió a penetrar en el interior de su aparato. En el breve intervalo en que permaneció la portezuela abierta, Monsieur Blondeau pudo echar un vistazo al interior.

«Lo que más me sorprendió —refirió luego— fue la perfectísima iluminación. No proyectaba ninguna sombra ni se veía de dónde surgía. En el centro de la cabina circular se hallaba una especie de sillón o litera (algo parecido a los sillones de los dentistas) recubierto de una especie de cuero rojo. Ante este sillón estaba instalado como un puesto de radio con siete u ocho botones. Sobre este tablero de mandos se veía un enorme volante oval, provisto de una empuñadura vertical a cada extremo. Este volante parecía ser metálico y estaba recubierto de signos y de botones. En bloques dispuestos en torno al asiento del piloto, se veían otros muchos aparatos.

«Antes de que uno de ellos cerrase la puerta, tuve tiempo de preguntarle para qué servían los innumerables botones que adornaban los cuadros de mandos. La respuesta fue breve y contundente: *L'énergie!* Desde luego aquellos dos hombres no me parecieron muy parlanchines. Pocos segundos después, las dos portezuelas se cerraron.

«Tuve la impresión de que el metal de ambos

aparatos (hubiérase dicho aluminio) no pesaba nada en absoluto y que los discos estaban suspen-
didos a 10 centímetros del suelo, sin tocarlo.

«Los orificios de la periferia se hicieron enton-
ces luminosos y, en un segundo, ambos aparatos
adoptaron la posición vertical en el mayor silen-
cio, y desaparecieron hacia arriba como dos fle-
chas luminosas. Inmediatamente oí un ruido como
de viento» (1).

Tras esta breve digresión para referir este ater-
rizaje de 1950 que, de ser cierto, nos haría pen-
etrar de pleno en los dominios de la Fantasía
Científica, vayamos hacia la liquidación del agitado
año de 1952, que antes de morir había de darnos
aún varios de los casos más sensacionales de la
historia de los platillos volantes.

El de Oloron y Gaillac, en los bajos Pirineos
franceses, del que nos ocupamos en otro lugar de
este libro; la fenomenal entrevista de George
Adamski con un venusiano, del que también nos
ocupamos en el capítulo correspondiente, y, por
último, las observaciones del Golfo de México, tam-
bién citadas, durante las cuales los tripulantes de
un bombardero «B-29» americano se vieron ro-
deados, seguidos y rebasados por velocísimos apa-
ratos extraterrestres. Vamos a transcribir este epi-
sodio, tal como nos lo relata uno de los mayores
expertos mundiales en UFO: el mayor Donald E.
Keyhoe, en *Flying Saucers from Outer Space*:

El episodio del Golfo de México

Al final de su vuelo nocturno de prácticas, que
le llevó hasta Florida, el «B-29» volaba bajo la bri-
llante claridad lunar, a 5.400 metros de altura. El
vuelo se había desarrollado hasta entonces con
toda normalidad.

A las 5.42 de aquel 6 de diciembre, el enorme
bombardero a cuyos mandos se hallaba el capí-
tán John Harter, se encontraba a 190 millas de
Galveston y a unas 100 millas al sur de la costa

(1) Guleu, op. cit., págs. 232-3.

de Louisiana. Un minuto antes, Harter había lla-
mado al oficial radarista, el teniente Sid Cole-
man, para pedirle que pudiese en funcionamiento
la instalación para que él pudiese comprobar la
línea costera en la pantalla auxiliar del puesto de
pilotaje.

A las 5.25, Coleman se puso a observar la pantalla principal del radar tratando de distinguir la línea de la costa. De pronto, apareció el *blip* de un objeto desconocido en un borde de la pantalla. Cuando el *sweep* hizo su próxima revolución, Coleman dio un salto de sorpresa.

En aquel breve espacio de tiempo el aparato desconocido había recorrido más de veinte kilómetros. Un tercer *blip* apareció en la pantalla mientras el objeto se dirigía hacia el «B-29». Por un momento pareció que iban a chocar. Entonces Coleman vio que sus rumbos divergían. Tomando su cronómetro, llamó con voz trémula al ingeniero de vuelo, pidiéndole que le ayudase a cronometrar aquel objeto.

Antes de que los objetos desapareciesen de la pantalla, Coleman y el sargento calcularon rápidamente su velocidad. Ésta era superior a los 8.000 kilómetros por hora.

Los dos hombres se miraron boquiabiertos, hasta que Coleman tomó el micrófono de comunicación interior y llamó al piloto.

—¡Capitán... mire su pantalla! Acabamos de cronometrar a un objeto no identificado que iba a más de 8.000 por hora.

—Ésto es imposible —rezongó Harter—. Vuelvan a ajustar la instalación.

Mientras Coleman se dedicaba afanosamente a comprobar el buen funcionamiento del radar, el sargento Bailey se inclinó sobre la pantalla.

—Ahí va otro... no, dos más —exclamó.

Un segundo después, el teniente Cassidy, el oficial de derrota, intervino por el sistema de comunicación interior, para decir con voz tensa:

—También los tengo en mi pantalla.

Cuando Coleman terminó de ajustar el radar, los ecos de cuatro UFO cruzaban la pantalla a gran velocidad. De pronto, la voz tensa de Harter resonó en sus oídos.

—Tengo a cuatro UFO en las doce (o sea, exactamente de frente). ¿Qué observan ustedes?

—Lo mismo en las tres pantallas —repuso Coleman—. Las he comprobado... el radar funciona perfectamente.

En el puesto de pilotaje, Harter no quería dar crédito a lo que veían sus ojos: los rapidísimos ecos que cruzaban la pantalla. Cuando uno de ellos se aproximó por la derecha, dio inmediatamente la voz de alarma:

—¡No identificado por las tres!

Bailey saltó entonces hacia la cúpula de plástico de estribor y escuchó la noche. Estupefacto, vio cómo un objeto que desprendía una luz azulada pasaba como una exhalación en dirección opuesta al «B-29». Iba tan de prisa, que sólo se le veía como una borrosa mancha blancoazulada, que desapareció bajo el ala del bombardero.

Apenas había desaparecido aquel extraño aparato, cuando las tres pantallas registraron simultáneamente otro grupo de ecos. Como los anteriores UFO, los que formaban el segundo grupo iban a más de 8.000 kilómetros por hora.

Y lo que era peor, parecía como si fuesen a chocar directamente y de frente contra el bombardero. Aunque su rumbo aún divergía lo bastante para que pasasen a varios kilómetros del bombardero, la menor desviación significaría un peligro de muerte para todos los tripulantes.

Seis minutos después de la primera observación, los ecos desaparecieron de pronto. Pasó un minuto sin que reapareciesen. La tensión que dominaba a los aviadores empezó a disminuir. Pero de pronto, un tercer grupo de ecos penetró como una exhalación en las pantallas.

Coleman se apresuró a tomar de nuevo el cronómetro, para calcular rápidamente distancias y tiempos. Bailey efectuaba rápidos cálculos. Coleman le vio asentir, ceñudo.

—Como antes —murmuró.

El oficial radarista se inclinó sobre la pantalla. Dos UFO pasaban como cohetes por la derecha.

—¡No identificados en las cuatro! —gritó por el micrófono.

El sargento Ferrys llegó esta vez a la burbu-

ja de plástico antes que Bailey. Boquiabierto, vio pasar dos ráfagas de luz blancoazulada por estribor.

En el puesto de mando, Harter tenía la vista fija en la pantalla auxiliar. A 65 kilómetros de distancia, cinco platillos corrían locamente en pos del bombardero, ganándole terreno a ojos vistas. De pronto, los platillos se desviaron ligeramente, precipitándose en derechura hacia el «B-29». Harter sintió que se le helaba la sangre en las venas. A aquella espantosa velocidad, los tendría encima en tres segundos.

Pero antes de que tuviese tiempo de accionar los mandos, sucedió algo increíble. De pronto, los UFO aminoraron la marcha hasta igualar la del avión. Durante diez segundos lo siguieron a poca distancia, mientras el piloto del bombardero apenas se atrevía a respirar.

Entonces, acelerando bruscamente, las máquinas desconocidas se desviaron a un lado. En el propio instante Harter vio un enorme eco en la pantalla... un *blip* de más de un centímetro. Pasado, vio entonces algo que sobrepasaba a todo lo anterior en cuanto a fantástico.

A su terrorífica velocidad de más de 8.000 kilómetros, los aparatos más pequeños desaparecieron en la enorme mancha, sin duda el eco de una máquina de dimensiones colosales. Instantáneamente, ésta empezó a acelerar, para cruzar la pantalla en un santiamén y desaparecer... ¡A casi 15.000 kilómetros por hora, según calcularon los estupefactos Coleman y Bailey!

Lo que habían visto aquellos aviadores en el radar era inequívoco. Aquellos discos habían sido lanzados por una enorme nave nodriza para efectuar una misión de reconocimiento. Probablemente habían recorrido parte de los Estados Unidos, pero a aquella tremenda velocidad, el radio de acción de los discos podía extenderse hasta cualquier lugar del planeta.

La inteligencia que gobernaba aquellos discos había elegido como punto de cita entre ellos y la nave portadora, cierto lugar sobre el Golfo de México. Cuando fue señalada la presencia del «B-29», se destacó un grupo de discos para realizar una

breve observación del aparato terrestre. Luego, volando a más de 8.000 kilómetros por hora, se dirigieron a la nave nodriza para ser tomados a bordo de ella. Entonces la colosal nave del espacio partió con rumbo desconocido —probablemente la ionosfera o más allá de ella, quizá fuera de la atmósfera terrestre.

El capitán Harter previno por radio a la base. Cuando aterrizaron, los oficiales del Servicio de Inteligencia ya les estaban esperando. Los aviadores fueron careados, interrogados durante horas, pero no se halló la menor contradicción en sus declaraciones, ni nada podía conmovir su firme creencia en la realidad de lo que había captado sus pantallas de radar —que los expertos se encargaron de demostrar que se hallaban en perfecto estado— ni lo que habían visto simultáneamente sus ojos, en el mismo lugar que les indicaba el radar.

Este fue uno de los más convincentes informes que el ATIC entregó al mayor Keyhoe para que éste los publicase en el libro que estaba preparando. No hay la menor duda de que las Fuerzas Aéreas habían elegido a Keyhoe como su portavoz oficioso, en vista de que las más altas autoridades del Pentágono no autorizaban la difusión de la verdad. Después de mantener celosamente cerrados sus archivos más secretos, el hecho de que los ofreciesen a un partidario convencido de la teoría interplanetaria como Keyhoe, sólo podía significar una cosa. Este informe era uno de los 51 que Albert M. Chop, de la Oficina de Información de la USAF, envió a Keyhoe el 25 de febrero de 1953. Todos y cada uno de estos 51 informes echaban por tierra las teorías de Menzel, defendidas públicamente por la USAF hacía ocho meses, y bastaban para convencer al más incrédulo de la realidad de unos misteriosos visitantes extraterrestres, animados de intenciones al parecer benévolas, poseedores de una inteligencia superior y de una técnica que estaba muy por encima de las actuales posibilidades terrestres.

La película de Tremonton

Por si fuese poco, el ATIC poseía, celosamente guardada, una película en color conocida por el nombre de «la película de Utah o Tremonton», que fue tomada el 2 de julio de 1952 por un oficial de la Marina llamado Delbert C. Newhouse, durante un viaje que éste hacía por Utah con su esposa. Iban en coche, muy despacio, por la carretera a 11 kilómetros de Tremonton, cuando vieron una formación de objetos redondos y brillantes, que se destacaban sobre el cielo azul.

Sacando su cámara «Bell and Howell» de 16 mm, Newhouse le adaptó el teleobjetivo y rodó 12 metros de película.

Durante tres meses, los técnicos del laboratorio fotográfico de Dayton analizaron la película, sin hallarle el menor fraude. Por último tuvieron que reconocer que la película era auténtica, y que los objetos que evolucionaban en ella obedecían indudablemente a un mando inteligente.

Los periodistas que acudieron a la conferencia de Prensa del 29 de julio esperaban ver la película de Tremonton... pero en lugar de esto, como hemos visto, sólo recibieron una ducha de agua fría.

Posteriormente, en 1968, la «Comisión Condon» pretendió explicar esta película diciendo que se trataba de una bandada de aves.

A finales de 1952, ante la nueva oleada de inquietud que se extendía por el país, el presidente Truman, Louis Johnson, Secretario de Defensa, y Gordon Deans, presidente de la Comisión de Energía Atómica, en un comunicado conjunto afirmaron que «estos fenómenos aéreos inexplicables no eran un arma secreta, ni un cohete, ni un nuevo tipo de avión experimentado en los EE. UU.».

En realidad, el problema de los platillos volantes era un comprometedor e ingrato asunto que unos se iban pasando a otros, sin querer cargar con la responsabilidad de hacerle frente. Con esta intención, la USAF decidió convocar un jurado de sabios, a principios de 1953, para que éstos se pro-

nunciasen definitivamente sobre la realidad de los tan traídos y llevados «objetos no identificados», convirtiéndolos de una vez en «objetos identificados», y aportando así la paz —o la intranquilidad permanente— a los espíritus.

La asamblea de sabios

La asamblea de sabios inauguró sus reuniones la mañana del 12 de enero. Se les pidió que se pronunciasen sobre uno de estos tres veredictos:

1.° Todos los informes sobre los UFO pueden explicarse por objetos conocidos o fenómenos naturales; por consecuencia, es inútil continuar las investigaciones.

2.° Los informes no contienen elementos suficientes para merecer una conclusión definitiva. El «Proyecto Blue Book» se mantendrá, en la esperanza de obtener mejores informes.

3.° Los UFO son vehículos interplanetarios.

Se dijo a los sabios que su veredicto sería elevado al Consejo de la Seguridad Nacional y comunicado al Presidente de los Estados Unidos... caso de que ellos se decidiesen por la tercera alternativa.

Ruppelt; no quiere revelar los nombres de los sabios que formaban este jurado, pues una de las condiciones que éstos impusieron fue de que se mantuviese el más riguroso secreto sobre su identidad (1). Sin embargo, apunta que uno de ellos construyó el radar que permitió a los Estados Unidos ponerse al nivel de otras potencias al principio de la Segunda Guerra Mundial; otro era uno de los padres de la bomba H; otro es actualmente el principal consejero civil de una de las más altas autoridades militares de la USAF; un cuarto es un astrónomo que se esfuerza por imponer sus puntos de vista favorables a la realidad de los OVNI en todos los medios científicos. Había también un famoso físico y matemático, y un experto en cohetes que era, al propio tiempo, una notabilidad

(1) *Report on UFOs*, cap. XVI.

mundial en Astronáutica.

Al lector medianamente informado no le costará mucho reconocer a algunos de los miembros de este brillantísimo e impresionante jurado, al que Ruppelt, durante dos días, expuso lo que el ATIC había hecho hasta la fecha. Desde junio de 1947, fecha del primer informe sobre los UFO, el ATIC había analizado 1.593 de estos informes, remanente que se había conservado de los 4.400 que recibió hasta entonces. Según los cálculos de los expertos, sólo se habían recibido un 10 % de las observaciones realizadas sobre el territorio de los Estados Unidos, de manera que dichas observaciones debían alcanzar la cifra de 44.000 durante aquellos cinco años y medio.

Las observaciones recibidas en el ATIC

De 1947 a finales de 1952, se recibieron 4.400 informes.

De junio de 1947 a finales de 1948, se recibieron unos 50 informes mensuales.

En 1949, 1950 y 1951, hubo un notable descenso de 50 a 10 informes mensuales.

En diciembre de 1951 se inicia un movimiento ascendente, y la media mensual pasa de 10 a 20 informes.

Durante el año 1952, el aumento fue tan enorme que hay que admitir un total de 1.600 a 1.700 informes, lo que arroja una media mensual de 100 a 150 informes.

El año 1953 es de gran descenso, pero la media mensual continúa siendo netamente superior a 20 informes.

El año 1954 cuenta con 450 informes, o sea, una media mensual de 30 a 40 informes.

El primer semestre de 1955 cuenta con 189 informes, o sea, un promedio mensual de unos 30 informes. (Aquí terminan los datos recopilados por Ruppelt, reproducidos por Michel Carrouges en *Les Apparitions de Martiens*, pág. 33, Fayard, París, 1963.)

Según otras fuentes, el número de informes

analizado en la década 1947-1957 alcanzó la cifra de 5.700.

Si bien los informes oficiales de 1947 a 1952 admitían una proporción de objetos no identificados del 26,94 por ciento, los de los años siguientes daban un porcentaje cada vez menor, que finalmente, a partir de 1956, se estabilizó como sigue:

1956 — 2,25 %	1960 — 2,52 %
1957 — 1,60	1961 — 2,06
1958 — 1,93	1962 — 3,45
1959 — 3,11	1963 — 3,93

El 7 de febrero de 1962, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos declararon oficialmente que, «tras quince años de investigaciones sobre los informes relativos a "platillos volantes" se ha demostrado que ninguno de los 7.000 objetos volantes no identificados, sobre los cuales se ha investigado, era una nave espacial procedente de otros planetas».

Las investigaciones del Proyecto Blue Book, iniciadas en 1947, dieron como resultado que no existían pruebas de «vehículos extraterrestres bajo control inteligente» ni de avances tecnológicos superiores al alcance de la Ciencia moderna, ni de una amenaza a la seguridad nacional.

En el informe se señala que el tanto por ciento de observaciones sobre «platillos volantes» que no han podido ser explicadas ha descendido del 26,94 % en los años 1947-1952 a sólo 1,94 % durante los últimos seis años.

La mayor parte de los informes sobre «platillos volantes» se refieren, según las investigaciones, a aviones, satélites, fenómenos astronómicos, globos, pájaros, luces, bromas, etc.

¡Es difícil tomarse en serio semejantes declaraciones, cuando se cotejan con ellas los informes sobre observaciones y aterrizajes que obran en nuestro poder!

Pero tomémonos la molestia de examinar las estadísticas globales para el período 1947-1963, de las que deduciremos muy útiles enseñanzas:

1947	79	1955	404
1948	143	1956	667
1949	186	1957	1.004
1950	169	1958	623
1951	121	1959	386
1952	1.501	1960	556
1953	425	1961	584
1954	429	1962	469
		1963	382

TOTAL: 8.128

En primer lugar, señala Marc Thirouin (1), se aprecian tres años de máxima: 1952, 1957 y 1961. La cresta de 1952 es muy espectacular y las dos siguientes —de importancia regularmente decreciente—, se sitúan ambas en la cresta de una curva establecida con bastante regularidad a lo largo de 5 años.

En segundo lugar, estos tres períodos de máxima se hallan repartidos simétricamente alrededor del mes de setiembre de 1956, señalado por el perigeo perihélico del planeta Marte (o punto en que el planeta está más próximo simultáneamente de la Tierra y del Sol, lo que corresponde a una oposición particularmente próxima a la Tierra, que tiene lugar cada 15 ó 17 años). De lo cual se deduce:

1.ª Las estadísticas oficiales americanas confirman lo que las estadísticas oficiosas de los grupos de encuesta particulares ya habían puesto en evidencia desde hacía tiempo, a saber: cierta relación entre el número de observaciones y el ciclo de 780 días de los perihelios del planeta Marte.

2.ª Una recrudescencia particular en los alrededores del perigeo perihélico de este planeta en setiembre de 1956 y de sus pasos u oposiciones 2 perigeos antes y 2 perigeos después (abril de 1952 y diciembre de 1960).

De los 1.593 informes estudiados hasta 1952, muchos fueron explicados. El resultado definitivo del análisis realizado por el ATIC sobre dichos informes podía establecerse en el cuadro siguiente:

(1) OUBANOS, n.º 30, sin fecha, probablemente de 1963.

Globo		18,51 %
Ciertos	1,57 %	
Probables	4,99 %	
Posibles	11,95 %	
	<hr/>	18,51 %
Aviones		11,76 %
Ciertos	0,98 %	
Probables	7,74 %	
Posibles	3,04 %	
	<hr/>	11,76 %
Cuerpos celestes		14,20 %
Ciertos	2,79 %	
Probables	4,01 %	
Posibles	7,40 %	
	<hr/>	14,20 %
Otros		4,21 %
Reflejos de proyectores sobre las nubes, pájaros, papeles llevados por el viento, inversiones, reflejos, etc.		
Fraudes		1,66 %
Informes que ofrecen elementos de apreciación (además de los informes eliminados inicialmente)		22,72 %
No identificados		26,94 %

Ruppelt subraya que, en la mayoría de los casos *posibles*, el ATIC tenía la certeza de haber hallado la explicación.

¿Quiénes eran los autores de estos informes?

Se clasifican de la manera siguiente:

Pilotos y tripulaciones aéreas	17,1 %
Sabios e ingenieros	5,7 %
Operadores de torre de control	1,0 %
Radar	12,5 %
Observadores civiles o militares	63,7 %

El 26,94 % de «no identificados» arrojaba la cifra bastante respetable de 429 casos observados. Estos casos, sometidos a los más minuciosos análisis, no habían hallado explicación alguna. La forma más frecuentemente señalada para los objetos que constituían estas observaciones era la elíptica (disco visto en escorzo) y su color, blanco o «metálico». El número de observaciones nocturnas y diurnas era sensiblemente igual.

Estos «no identificados» se habían observado repartidos como sigue:

Desde el aire	70 %
Desde tierra	12 %
Por el radar	10 %
Visuales y radar simultáneo	8 %

Entre los 1.593 informes, dos de cada tres provenientes de mujeres, pero entre los «no identificados», por cada uno femenino diez habían sido observados por hombres.

Otro hecho curioso se había comprobado: desde 1947 (junio) se producía una cresta muy clara de las observaciones en julio, seguida por otra menos acusada poco antes de Navidad. Además, se señalaban con más frecuencia los UFO en las regiones de «interés técnico», como instalaciones de energía atómica, puertos, fábricas, etcétera. La comisión de sabios disponía también de los resultados de la encuesta realizada por el ATIC entre 45 astrónomos de reconocida autoridad. Un 36 % de ellos declararon que esta cuestión no les interesaba; el 41 %, en cambio, ofrecieron su concurso desinteresado al ATIC, y el 23 % opinaron que se trataba de un problema mucho más grave de lo que se creía generalmente. Ninguno de estos astrónomos, sin embargo, quiso admitir que pudiese tratarse de vehículos interplanetarios, excepto uno de ellos, el doctor L., que dedicaba gran parte de su precioso tiempo al estudio de los informes sobre los UFO, convencido de la realidad de los mismos.

Un 11 % de los 45 astrónomos consultados, comprobaron en un momento u otro de su vida fenómenos astronómicos que no se podían explicar.

Este tanto por ciento era muy elevado, en la opinión del ATIC.

Téngase en cuenta, sin embargo, que contrariamente a lo que podría parecer a primera vista, los astrónomos son los menos indicados para dilucidar este enigma. Los mayores telescopios que utilizan los astrónomos están enfocados para años-luz y su campo visual es tan limitado, que no observan platillos volantes por la misma razón por la que no distinguen a los aviones en vuelo... a pesar de que éstos son mucho más lentos. En cambio, los científicos que se ocupan del estudio de la atmósfera terrestre, o sea, los meteorólogos, han realizado numerosas observaciones de platillos volantes y entre ellos se hallan partidarios acérrimos de su origen extraterrestre, como por ejemplo el doctor Heinrich Faust, cuyas declaraciones reproducimos en el Apéndice VIII.

Tras la exposición de dos días del capitán Rupert, la comisión de sabios consagró toda una jornada al planteamiento de diversas preguntas sobre los hechos expuestos. Dewey Fournet sometió a los sabios el resultado del análisis psicotécnico que había realizado sobre varios centenares de los mejores informes clasificados como «no identificables», para descubrir si los movimientos de dichos objetos podían atribuirse a la acción de seres inteligentes.

Sometidos a un rigurosísimo método de análisis, estos informes quedaron reducidos a una veintena. Pero a causa del rigor de estos mismos métodos, dichos informes demostraban sin la sombra de una duda que los UFO estaban dirigidos por seres que poseían un cerebro igual o superior al nuestro. Cuando se estudió su posible origen mediante los métodos de análisis científico, se excluyó la hipótesis terrestre. Por lo tanto, había que admitir que aquellos seres provenían del espacio interestelar.

A continuación se proyectaron las películas de Tremonton y de Montana ante los sabios reunidos. La de Montana fue tomada el 15 de agosto de 1950 por Nick Mariana, entrenador del equipo de pelota base de Great Falls. Mostraba dos grandes luces brillantes atravesando el cielo azul en formación.

Tenían el aspecto de grandes objetos circulares.

A diferencia de la película de Tremonton, la Comisión Condon no pudo explicar satisfactoriamente la película de Montana.

Durante estas deliberaciones se excluyó totalmente la hipótesis del origen terrestre, o sea, ruso, francés o inglés, de los misteriosos aparatos. Los Estados Unidos, por otra parte, no poseían nada parecido.

Tras dos días más de deliberaciones, la comisión de sabios redactó un dictamen. En el primer párrafo del mismo se declaraba:

«En tanto que grupo, no negamos la posibilidad de que otros cuerpos celestes estén habitados por seres inteligentes. Tampoco es imposible que dichos seres hayan alcanzado un grado de desarrollo intelectual que les permita visitar la Tierra. Sin embargo, nada de todo cuanto hemos leído en los informes relativos a los pretendidos "platillos volantes" tiende a indicar que sea éste el caso.»

Rechazaron la película de Tremonton como prueba, dejando sin embargo la puerta abierta a una nueva revisión de la misma por parte de los técnicos de la Marina. Asimismo, rechazaron la película de Montana, no admitiéndola como prueba positiva a causa de la presencia de dos aviones a reacción en aquella misma región y hora.

También rechazaron las conclusiones a que había llegado el mayor Fournet en su magnífico estudio, so pretexto de que se basaban en observaciones subjetivas.

A continuación, los sabios subrayaban la gravedad de la decisión que les habían obligado a tomar. Añadían que para formularla, les habían ofrecido hechos subjetivos en su inmensa mayoría, en los que había que confiar únicamente en la solvencia del testigo. No les habían ofrecido medidas de velocidad, de altura, de dimensiones; en una palabra, hechos que no podían reputarse como observaciones sólidas, bien fundadas ni científicas. No se veían capaces de tomar una decisión que podría ejercer una influencia incalculable sobre millones de seres humanos, cambiando tal vez el curso de la Historia, basándose únicamente en las susodichas observaciones, de carácter tan poco científico.

Dejaban entrever que los UFO fuesen un fenómeno natural nuevo, todavía desconocido. En la parte final titulada «recomendaciones», los sabios, contrariamente a lo que Ruppelt se esperaba, proponían que se diese más amplitud aún al «Proyecto Blue Book», con el fin de que éste pudiese procurarse informes verdaderamente científicos. Recomendaban también la conveniencia de incorporar especialistas de la Electrónica, de la Meteorología, de la Fotografía, de la Física y de otras disciplinas, así como la instalación de instrumentos registradores en las regiones más visitadas por los «objetos no identificados». Los sabios concluían su dictamen recomendando que se informase puntualmente al público.

De esta manera los sabios se desembarazaron del muerto que la Aviación pretendía cargarles. Como había dicho Keyhole en una ocasión, el asunto era «una patata demasiado caliente» (*too hot a potato*) para la mayoría de los que habían tratado de engullirla. Desbancados por los sabios, los «objetos no identificados» volvieron a caer en aquella inquietante tierra de nadie donde se mueven desde 1947. Pero no hay que ir muy lejos en la Historia para hallar solemnes declaraciones de conclave de sabios, a los que después los hechos dieron el más estrepitoso de los mentís.

Eppur si muove...! Esto mismo hubiera podido decir Ruppelt, cual nuevo Galileo, a la docta asamblea que durante cinco días se inclinó sobre el más apasionante enigma de los tiempos modernos, para rechazarlo «por falta de pruebas verdaderamente científicas»; es decir, por no haber podido pesar, medir ni tocar un platillo volante.

El año 1953

Pero los «objetos no identificados» no interrumpieron su actividad, en espera de que los sabios se pronunciasen sobre su existencia o inexistencia. Por el contrario, continuaron manifestándose, para no dejar que se enfriase el interés popular.

El 28 de enero de 1953, poco antes de mediano-

che, la base de Wright-Patterson recibió un mensaje destinado al «Proyecto Blue Book», con la mención de «urgentísimo». Comunicaba que un piloto había perseguido a un UFO. El piloto de un «F-86», en vuelo de entrenamiento entre las tres bases georgianas de Moody, Lawson y Robins, hallándose a 1.800 metros de altura, vio una luz blanca brillantísima «a las diez».

Iniciando un picado hacia la luz, y cuando la aguja del machmetro se aproximaba a la línea roja, el piloto comprobó que se acercaba la luz, cuyo color había pasado del blanco al rojo, para volver otra vez al blanco al cabo de diez segundos.

Según supo luego, con gran sorpresa por su parte, la persecución del platillo se había seguido desde tierra. El resultado de todo ello fue un doble resultado: un nuevo informe con la mención «no identificado» y un nuevo convertido a los platillos volantes.

Mientras se ponía en práctica sobre todo el territorio de los Estados Unidos el plan propuesto por la comisión de sabios, y que la Superioridad había aprobado a las dos o tres semanas de su publicación, las observaciones continuaron sucediéndose.

El 13 de agosto de aquel mismo año se produjo una de las observaciones más sensacionales de cuantas poseían los archivos del ATIC. A las dos de la madrugada de este día, el informe de esta observación llegó a Dayton con una prioridad apenas inferior a la que hubiera recibido el anuncio de un ataque contra los Estados Unidos. Basta con decir que, desde el primer momento de su llegada, aquel informe convenció a los pocos escépticos que aún quedaban en el ATIC.

El 12 de agosto, poco antes de la caída de la noche, la estación de radar de la DCA o Defensa Aérea, situada en la base de Ellsworth, al este de Rapid City, recibió una llamada de la oficina central del Cuerpo de Observadores. En Black Hawk, o sea, a unos 15 kilómetros al oeste de Ellsworth, una mujer había distinguido una luz extremadamente brillante y muy baja sobre el horizonte nordeste. En aquel mismo instante el radar, que operaba con un avión en otro sector, recibió la voz de

alarma y consiguió localizar un objetivo en el lugar indicado por dicha mujer. El suboficial de servicio examinó aquel objetivo durante mucho rato. Conocía bien los efectos producidos por las aberraciones meteorológicas, pero esta vez había que descartar tal explicación, pues el objeto era «bien definido, sólido y brillante». Su altura se calculó en 4.800 metros.

El suboficial consiguió entrar en contacto telefónico con la mujer, que seguía observando el objeto. De pronto, ésta se interrumpió en mitad de una frase para gritar:

—¡Empieza a moverse...! ¡Se dirige hacia el Sudoeste... hacia Rapid!

El radarista contempló la pantalla. Efectivamente, el objeto se desplazaba hacia el Sudoeste. Ordenó a dos de sus hombres que saliesen para observar el cielo. Estos comunicaron al instante que una luz azulada se movía en dirección de Rapid City. Lo mismo sucedía sobre la pantalla. El objeto, seguido así desde tres puntos de observación distintos, efectuó una evolución alrededor de aquella ciudad para volver a situarse en la posición inicial que ocupaba en el cielo.

El radarista estableció entonces contacto con un «F-84» que patrullaba al oeste de la base, y guió al piloto hacia el objeto, que volvía a encontrarse a 4.800 metros de altura. El piloto vio la luz y se dirigió hacia ella. En el mismo momento, el objeto comenzó a moverse de nuevo, y este movimiento fue observado simultáneamente por el radarista, la mujer y el piloto, lo cual indica que los tres contemplaban el mismo objeto.

Este aumentó rápidamente su velocidad, elevándose y dirigiéndose hacia el Norte, seguido por el «F-84», cuyo piloto observó que se hacía más brillante.

Pero el avión a reacción no consiguió en ningún momento aproximarse lo suficiente al objeto. El UFO, según dijo el radarista al capitán Ruppelt, parecía poseer una especie de radar que actuaba automáticamente sobre la potencia de propulsión. La distancia que le separaba del avión de caza nunca fue inferior a los 5.000 metros.

La persecución continuó hacia el Norte, hasta

más allá de las luces de Rapid City y de la base. El avión de caza y el misterioso visitante del espacio se perdieron en la negrura de la noche.

Después de haber recorrido así cerca de 200 kilómetros, la falta de combustible obligó al piloto del «F-84» a abandonar la persecución, lo cual le produjo gran alivio, según manifestó luego, pues le causaba gran inquietud saberse solo con un UFO sobre un territorio desolado y desértico.

El «F-84» no tardó en reaparecer sobre la pantalla del radar rumbo a su base. El UFO también volvía, siguiéndole a 15 ó 20 kilómetros de distancia.

En aquel momento, el suboficial recibió una llamada telefónica de la escuadrilla de interceptación de la base. Los pilotos en estado de alerta habían oído las conversaciones en el éter, que les parecían increíbles. Un «F-84» estaba dispuesto para el despegue y un piloto, veterano de la Segunda Guerra Mundial y de Corea, pidió autorización para tripularlo. El jefe de campo dio su conformidad.

Al cabo de un par de minutos el avión ya estaba en el aire. La torre de control le guió hacia la luz y el piloto no tardó en distinguirla, aproximándose a ella. El objeto ganó entonces altura, desplazándose esta vez hacia el Nordeste. El piloto se elevó asimismo y pronto consiguió situarse sobre la luz. Inició un picado para adquirir mayor velocidad, pero se repitió el mismo fenómeno de antes; cuando llegó a 5.000 metros del objeto, éste aumentó su velocidad para mantener la separación.

A pesar de lo que veía y de lo que le decían desde la torre de control, el piloto no acababa de convencerse de que se hallase en presencia de algo inexplicable. Apagó su iluminación para asegurarse de que no era ésta la causante del fenómeno. El objeto siguió brillando. ¿Y si fuese el reflejo de una luz terrestre? Balanceó el avión... zigzagueó con él, pero la posición del objeto luminoso permaneció invariable. ¿No sería una estrella? Eligió a tres como punto de referencia. El UFO se desplazaba en relación a ellas. Pues bien, se dijo, si se trata de algo sólido, el radar tiene que señalarlo. Puso en funcionamiento el radar de su aparato.

Casi inmediatamente, se encendió la lámpara roja, lo cual indicaba que el avión se enfrentaba con un objeto real. Entonces el piloto se atemorizó, como reveló francamente a Ruppelt al referirle este incidente. Aquel hombre se había enfrentado con «Messerschmidts» sobre Alemania y con «Mig-15» en Corea, pero aquella luz azulada e inexplicable despertó en él un temor indecible, hasta tal punto, que pidió permiso a la torre de control para cesar en la persecución.

Esta vez la luz extraterrestre no volvió a ser señalada sobre la pantalla. En el momento de su desaparición, se dirigía hacia Fargo, en la costa septentrional. La torre avisó a la oficina central de dicha localidad, desde donde le respondieron al principio que no habían visto nada, pero volvieron a llamarlo al cabo de algunos minutos para decirle que los puestos de observación situados a algunos kilómetros al oeste de Fargo acababan de señalar una luz azulada que se desplazaba rápidamente.

Este caso está archivado en el ATIC como uno de los más grandes interrogantes que plantea la historia de los «objetos no identificados». Sobrepassa en importancia al caso que vamos a relatar, y que sucedió en diciembre de 1952, después de las observaciones de Washington y poco antes de que la comisión de sabios relegara al limbo a los «objetos no identificados».

La noche del 4 de diciembre de 1952, un astudísimo piloto militar aterrizó en el aeródromo tejano de Laredo. Keyhoe, de quien hemos tomado este incidente, oculta su nombre bajo el seudónimo de teniente *Earl Fogle*, pues los Servicios de Inteligencia le prohibieron que citase en sus libros los nombres de testigos militares.

Fogle refirió en la base que, hallándose a 20 kilómetros de la misma, un objeto misterioso que brillaba con resplandor azulado estuvo a punto de chocar con su caza. El extraño aparato se precipitó en derechura hacia su «F-51», que volaba con las luces de posición. En el último instante dio un tremendo salto a un lado, y pasó casi rozándole a una espantosa velocidad.

Con el corazón en un puño, *Fogle* vio cómo ascendía verticalmente como una bala, para volver

a los pocos momentos, como si se dispusiese a efectuar otra pasada. *Fogle* se apresuró a apagar las luces de su aparato y descendió en una espiral cerrada.

El aparato desconocido descendió en picado hasta 600 metros. Al parecer, perdió al aparato de *Fogle* en la oscuridad y se alejó en un amplio círculo hacia la base aérea de Laredo, para girar luego en ángulo muy cerrado y elevarse otra vez con celeridad increíble, para desaparecer, tragado por la noche.

Tres años antes, la mayoría de oficiales de Aviación se hubieran reído del tembloroso *Fogle*. Esta vez se tomaron muy en serio su relato. Durante dos horas, oficiales de los Servicios de Información le asediaron a preguntas. *Fogle* estaba convencido de que el aparato era real y estaba manejado por un ser tan inteligente como el hombre o más.

En el verano de 1953 las observaciones empezaron a multiplicarse sobre Inglaterra y Francia, dando la razón implícitamente a los partidarios de la teoría de un desplazamiento de las oleadas hacia Oriente. En setiembre, numerosos radares de la región londinense señalaron «objetos no identificados» que pasaban sobre la gran ciudad, a alturas que variaban entre los 14.000 y los 20.000 metros. Los operadores afirmaron que no se trataba de aberraciones meteorológicas, y desde luego, aquellos hombres conocían bien su oficio.

En aquel mismo año de 1953, el Ministerio del Aire inglés confirmaba el intercambio de informaciones altamente secretas sobre «platillos volantes» con los científicos norteamericanos. Un periodista añadió: «En cuanto a Gran Bretaña, el asunto es tomado bastante en serio. Varios accidentes supuestamente relacionados con los platillos se mantienen en secreto por razones de seguridad, y la documentación referente al asunto está catalogada como altamente secreta.»

El War Office confirmó oficialmente que un enorme objeto metálico luminoso había sido detectado por el radar en el cielo del Condado de Kent, el 3 de noviembre de 1953. Fue señalado por primera vez por la estación de radar del 256° Regi-

miento de Artillería Pesada Antiaérea del sudeste de Londres. El sargento Harry Walher y otros tres testigos siguieron al objeto con el telescopio de las 14.30 a las 15.10 horas. Se encontraba a una altura aproximada de 18.000 a 20.000 metros. Según el sargento Walher este objeto parecía una enorme pelota de tenis. Perfectamente redondo y blanco, no siempre era visible a simple vista. Aquel día, solamente algunas nubes cruzaban el cielo a gran altura. Antes de continuar su ruta, el objeto permaneció inmóvil durante un cuarto de hora.

Entretanto, en los Estados Unidos, la USAF difundía la siguiente circular oficial sobre las observaciones del primer semestre de 1953. Estas comprendían 250 informes en total, el 50 % de los cuales emanaban de observadores militares. El número de inexplicables se elevaba a 10 %.

«Las Fuerzas Aéreas, tanto en el pasado como en la actualidad, reafirman que estos fenómenos aéreos no explicados no son un arma secreta, aparatos teledirigidos o aviones experimentales puestos en ensayo por los Estados Unidos. Ninguno de los tres departamentos militares ni ninguna agencia gubernamental realiza experimentos de este género que puedan tomarse por, o relacionarse con los fenómenos concernientes a "objetos volantes". Además no se ha recibido ninguna prueba física que permita establecer la existencia de astronaves provenientes de otros planetas.»

En este mismo año ocurrió un hecho singular en Norteamérica. Las autoridades de este país, cuna de la democracia moderna y de las libertades humanas —entre las que se cuenta la libertad de Prensa— «suspendieron» una revista particular y «disolvieron» una organización privada que se ocupaba del estudio de los «objetos no identificados». El «International Flying Saucer Bureau» y la «Civilian Saucers Investigation» fueron «condenadas» y disueltas a finales de 1953 por orden de una «autoridad superior». Estos organismos particulares editaban cada uno de ellos y difundían regularmente un órgano en el que exponían sus descubrimientos e ideas. Estas revistas manifestaban claramente que los platillos volantes venían de otro planeta; que los pilotaban seres inteligentes, superrevolucio-

nados en relación con los terrestres y que, un día, estos seres aterrizarían para establecer contacto con nosotros. *Space Review* —órgano de la «International Flying Saucer Bureau», publicaba incluso ciertas reglas de conducta pacíficas y humanitarias que deberían seguir los terrestres el día en que los discos del espacio aterrizaran.

Al ser interpeladas por la «Flying Saucers International» acerca de los motivos de esta prohibición, las Fuerzas Aéreas, por intermedio del teniente R. C. White, del Departamento de Prensa, dieron esta respuesta harto inesperada: «Las Fuerzas Aéreas jamás se han opuesto a los grupos y organismos (privados) de investigación sobre los "platillos". Al contrario, las informaciones concretas de evidente autenticidad y que puedan sernos útiles serán siempre bien venidas (1).»

El «benderismo» y los «señores de negro»

¿Qué sucedió en realidad? Para responder a esta pregunta será preciso que hagamos un poco de historia. En octubre de 1952, Albert K. Bender, un norteamericano de 32 años, fundaba la I.F.S.B., que publicaba trimestralmente la aludida revista *Space Review*. En los dos primeros números de dicha revista, se aludía frecuentemente a la Luna. En sus artículos, Bender daba la impresión de que ocultaba algo muy importante; parecía como si se hallase en posesión de un secreto descomunal que concernía al propio tiempo a nuestro satélite y a los enigmáticos discos volantes.

Florence Kalan, colaboradora de esta revista, se refería en el número de julio de 1953 al descubrimiento hecho por los astrónomos de un «puente» en la Luna, sobre la que se habían observado asimismo puntos oscuros, que parecían abandonar la superficie lunar. Efectivamente, en el curso de una entrevista radiofónica, el doctor H. P. Wilkins, director del grupo lunar de la «British Astronomical Association», declaró el 21 de diciembre de 1953,

(1) Vid. *Saucers*, órgano de F. S. L. núm. 1, 1954.

que se había observado un gran número de «cúpulas» en la región del Mar de las Crisis. La más pequeña de estas «construcciones» hemisféricas medía unas dos millas (más de 3.200 metros) de diámetro. Su color era blanco, vivísimo.

Además, el doctor Wilkins precisaba que el famoso «puente» medía cerca de dos millas de longitud por 5.000 pies (1.500 metros) de alto. Proyectaba claramente una sombra bajo los rayos solares y se podía distinguir una especie de «cabrillo» o reverberación insólita sobre su superficie. Hubiérase dicho una «construcción digna de un ingeniero».

En el Apéndice IV de este libro se da una lista de extrañas cosas observadas en la Luna. Volvamos al caso Bender, que había de dar un nombre, el «benderismo», para otros casos parecidos que sucedieron, en América y fuera de ella. *Space Review* había anunciado que en su número de julio de 1953 publicaría un artículo «sensacional» en el que se daría «la solución del problema de los platillos volantes». Este artículo no llegó a publicarse. Sin embargo, en el número de octubre de 1953 apareció una nota harto sorprendente, según la cual el «International Flying Saucer Bureau» iba a ser completamente reorganizado y dejaría de ocuparse de los «platillos volantes».

Otra nota añadía: «El misterio de los platillos volantes no lo será por mucho tiempo. Su origen ya nos es conocido; sin embargo, todas las informaciones relativas a esta cuestión deben disimularse por orden superior. Desearíamos publicar íntegramente en *Space Review* los detalles de esta información, pero hemos sido advertidos de no hacer nada en ese sentido. Aconsejamos especialmente a los que se ocupan en el estudio de los platillos volantes que sean muy prudentes.»

La I.F.S.B. fue tan bien «reorganizada» por «orden superior», que cesó en sus actividades y se disolvió. Parece ser que Albert K. Bender recibió un día la visita de tres hombres muy misteriosos que le trajeron pruebas complementarias que confirmaban sus propios descubrimientos. Estos tres hombres —vestidos de negro, se limitó a revelar Bender— le ordenaron que abandonase definitiva-

mente el estudio de los platillos volantes. Después de recibir esta visita, Bender estuvo durante tres días bajo los efectos de un choque nervioso y psicológico que le impidió ingerir alimento alguno.

El «misterio Bender» presenta una curiosa faceta. *The Saucerian*, revista norteamericana consagrada a los OVNI, publicó en la cubierta de su número de noviembre de 1953 un dibujo debido a la pluma del propio Bender. En este dibujo se representaba un cráter lunar transformado en base o astropuerto, del que despegaban o aterrizaban discos volantes. ¿No fue éste un modo encubierto, pero muy hábil, utilizado por Bender para «sugerir» el secreto que aquella misteriosa autoridad superior le impedía revelar?

Hay quien ha llegado a suponer —Guieu entre ellos— que los misteriosos visitantes de Bender eran «hombres del espacio» que formaban parte de la quinta columna extraterrestre que ya opera entre nosotros. Guieu apunta también la posibilidad de que se hayan realizado contactos entre los tripulantes de los discos y las autoridades militares norteamericanas.

He aquí otro caso de «benderismo». James W. Moseley, en el editorial de octubre de 1954 de *Nexus*, revista igualmente consagrada a los discos volantes, declaraba poseer unas «pruebas irrefutables» sobre la auténtica naturaleza de los platillos volantes, emanadas de una importante fuente oficial. Los detalles de esta sensacional información debían divulgarse en el número de noviembre de 1954. Cuando éste se publicó, sin embargo, el mismo editorialista se excusó por no poder dar los detalles prometidos, ya que una elevada autoridad prohibió su divulgación. Sin embargo, a pesar de esta censura establecida en el país de la libertad, *Nexus* continuó publicándose. En esto fue más afortunada que su colega *Space Review*, que fue suprimida sin contemplaciones. A semejanza de lo que había hecho Bender, el director de *Nexus* aconsejó también a los que se ocupan de los platillos volantes, que fuesen muy prudentes al estudiar ciertos aspectos del misterioso asunto.

Rusia, EE. UU. y la declaración de Quarles

Entretanto, ¿cuál era la actitud de Rusia ante el enigma? La URSS rechazaba, a fines de 1953, toda relación con los platillos volantes, que calificaba de «truco de los belicistas para hacer que los contribuyentes occidentales aumenten sus aportaciones a los presupuestos militares», según una declaración difundida por la «Tass» el 27 de diciembre de 1953. Sin embargo, la actitud oficial soviética había de ir variando con el transcurso de los años... y a medida que las oleadas de naves del espacio se acercaban a sus fronteras y penetraban en su vasto territorio.

El 26 de octubre de 1955, la Prensa de todo el mundo publicó la siguiente noticia fechada en Washington: «La Fuerza Aérea ha dado por finalizado un estudio realizado durante ocho años sobre los platillos volantes y ha llegado a la conclusión de que no existe tal cosa. Sin embargo, pone al público en guardia para que espere la llegada de tipos de aviones radicalmente nuevos que bien pudieran dar la ilusión de tratarse de platillos.

»El secretario del Aire, Donald A. Quarles, manifestó que se ha llevado a cabo una investigación sobre cerca de 5.000 apariciones de platillos sin hallar ninguna prueba que demuestre la existencia de lo que el vulgo ha dado en llamar platillos volantes.

»Sin embargo, Quarles señaló el hecho de que actualmente se encuentran en construcción modelos nuevos de aviones de diseño radicalmente distinto al seguido hasta ahora y advierte que estamos entrando en un período de técnica aeronáutica en la que comenzarán a aparecer aparatos de configuración poco corriente y distintas características de vuelo.

»Dijo que los nuevos aviones se remontarán verticalmente, sin necesidad de pista de despegue. Su vuelo será supersónico y, posiblemente, darán a los espectadores la ilusión de tratarse de platillos volantes.»

Este comunicado significó la liquidación del asunto para muchos. Incluso se creyó que significaba la disolución de la agencia investigadora creada en el seno del ATIC. Sin embargo, a poco que se analice dicha nota, se verá que es otro de tantos *cover up* prodigados por la USAF durante los últimos años. El hecho de que Norteamérica prepare tipos de aviones revolucionarios no explica en absoluto las observaciones realizadas antes de que estos tipos de aparatos —la mayoría de los cuales no han pasado aún del estado experimental— surcasen los aires. En este libro deseáramos ocuparnos con detalle de los «platillos» terrestres, pero la falta de espacio nos lo impide. Sin embargo, ninguno de ellos, desde el pesadísimo armatoste llamado *Hovercraft*, británico, hasta el «Omega Diskus» de Epp, pueden competir con los auténticos discos interplanetarios. El primero vuela a un metro de altura sobre colchón de aire, y en cuanto al segundo, apenas ha hecho un par de vuelos de prueba.

Para dar un mentís a los que creían disuelta la Comisión de Encuesta, las Fuerzas Aéreas de los EE. UU. declararon exactamente tres años después, el 7 de octubre de 1958, que se veían incapaces de explicar satisfactoriamente 21 informes sobre UFO hechos en los EE. UU. en el año anterior. Agregaron que el 84 % de todas las observaciones de platillos volantes se debió a globos, aviones, pájaros o fenómenos naturales.

En el resumen de la investigación se dice que «la Fuerza Aérea no ha podido obtener documentos que prueben la existencia de los llamados platillos volantes y demuestren que la Tierra está siendo observada, visitada o amenazada por ingenios voladores procedentes de otros planetas».

La carta de Keyhoe al senador Byrd

Cansado de tanta reticencia y de las declaraciones ambiguas y sibilinas de la USAF, Keyhoe se decidió a escribir al senador que representaba a su Estado en el Congreso.

Reproducimos a continuación la carta de Keyhoe al senador por Virginia, Harry F. Byrd.

3 de abril de 1956.

Senador Harry F. Byrd.

Edificio de las oficinas del Senado.
Washington, D. C.

Querido senador Byrd:

Durante una reciente conferencia celebrada en Detroit, ante la Sociedad de Ingeniería de Detroit y la «American Chemical Society», varias personas del público nos preguntaron cómo podrían explicarse ciertos hechos ocultos relativos a la investigación que llevan a cabo las Fuerzas Aéreas acerca de los objetos no identificados. Les aconsejé que escribiesen a sus senadores electos y representantes, insistiendo cerca de ellos para que las Fuerzas Aéreas terminen su actual política de equívocos.

En mi calidad de residente, propietario y contribuyente del Estado de Virginia, solicito su ayuda para terminar con las contradicciones y el secreto de las Fuerzas Aéreas.

En primer lugar, sin embargo, voy a presentarme. Soy un graduado de la Academia Naval de los Estados Unidos y antiguo piloto de la Marina, actualmente retirado con la graduación de comandante, U. S. Marine Corps. Después de caer con mi aparato en Guam en 1920 fui nombrado jefe de información de la aeronáutica civil. En 1926 organicé la vuelta a los Estados Unidos del «Josephine Ford» con el que el hermano de usted, el almirante Richard B. Byrd, y Floyd Bennet, volaron sobre el Polo Norte. Estoy seguro que el almirante Byrd responderá de mi integridad. En 1927 fui asignado como ayudante al coronel Charles A. Lindbergh para su gira aérea por los 48 Estados. Desde esta fecha, exceptuando un período en que estuve de servicio activo durante la Segunda Guerra Mundial, me he dedicado a escribir, publicando artículos en el READER'S DIGEST, SATURDAY EVENING POST, COSMOPOLITAN, REDBOOK, THE AMERICAN MAGAZINE,

THIS WEEK, THE AMERICAN WEEKLY y más de otras 20 publicaciones.

En 1949, la revista TRUE me pidió que investigase el misterio de los «platillos volantes». A partir de esa fecha, me he entrevistado con numerosos pilotos, radaristas y otros testigos de la máxima solvencia, exponiendo sus observaciones y opiniones, junto con informes oficiales de las Fuerzas Aéreas, en tres libros míos. Durante 1952 y principios de 1953, cuando varios altos funcionarios de los Servicios de Información se proponían decir la verdad al público, yo cooperé estrechamente con las Fuerzas Aéreas. Por aquella época, varias declaraciones oficiales del ATIC y 41 informes secretos hasta entonces de OVNIS fueron sacados de la censura exclusivamente para mi uso. Pero en febrero de 1953 hubo un nuevo cambio de táctica, apelándose otra vez a la política del secreto y del «explicarlo y ridiculizarlo todo». A causa de los peligros inherentes a esta clase de censura —y como las Fuerzas Aéreas han insistido en que esto nada afecta a la seguridad nacional— yo insisto en que usted pase las siguientes preguntas y declaraciones al ministro del Aire, Donald A. Quarles, pidiéndole que dé respuestas concretas.

1. ¿Por qué las Fuerzas Aéreas han ocultado un informe oficial de los Servicios de Información, con fecha 23 de setiembre de 1947, el cual afirmaba que los platillos volantes son reales?

Para su información, añadiré que este informe estaba firmado por el jefe del ATIC, aprobado por todos los miembros de este organismo y elevado a través del director de los Servicios de Información de las Fuerzas Aéreas al Alto Mando de las Fuerzas Aéreas del Ejército.

2. ¿Por qué las Fuerzas Aéreas no han permitido que se diese publicidad a una «Estimación de la situación» oficial del ATIC, redactada en el verano de 1948, y en la cual se afirmaba que los platillos volantes eran aeronaves interplanetarias?

3. Con los dos anteriores documentos en su poder, ¿por qué las Fuerzas Aéreas, en diciembre de 1949, dijeron a la Prensa que los platillos volantes eran patrañas, espejismos, alucinaciones y confusiones sufridas por los pilotos? ¿Por qué las

Fuerzas Aéreas omitieron deliberadamente los informes y opiniones de la mayor seriedad provenientes de centenares de pilotos militares y de las líneas aéreas, técnicos de las torres de control de los aeropuertos, expertos de radar y otros observadores ejercitados, los cuales insistían en que los platillos eran máquinas desconocidas sujetas a un control inteligente?

4. ¿Por qué las Fuerzas Aéreas han ocultado el análisis del «movimiento» gobernado de los platillos volantes, hecho en 1952 por los Servicios de Información de las Fuerzas Aéreas y su conclusión específica de que esos OVNIS eran naves interplanetarias?

5. ¿Por qué las Fuerzas Aéreas han mantenido secretas las recomendaciones de un grupo de científicos de primera fila y jefes de la Aviación, firmadas en enero de 1953, en las que pedían que la investigación sobre los OVNIS fuese muy ampliada y que al pueblo norteamericano se le facilitase toda la información existente sobre «platillos» en poder de las Fuerzas Aéreas, incluyendo las conclusiones oficiales?

6. ¿Por qué las Fuerzas Aéreas han ocultado todos los informes sobre OVNIS al público a partir de 1953... incluso aquellos que previamente había comunicado?

7. Si los platillos volantes no existen, como el ministro señor Quarles ha tratado de convencer al público, ¿por qué los pilotos militares, los radaristas y otros observadores ejercitados han sido amordazados oficialmente?

Para su información, las órdenes oficiales son JANAP 146, AFR-200-2, e instrucciones oficiales para el personal de la administración de la Aeronáutica Civil, basadas en JANAP 146. Esta última orden también se aplica a pilotos civiles de las líneas aéreas que comuniquen oficialmente haber observado platillos volantes, en un sistema de comunicación conocido por CIRVIS —Communications Instructions for Reporting Vital Intelligence Sightings.

8. Si los platillos volantes son imaginarios, ¿por qué los reactores armados del Mando de la Defensa Aérea continúan persiguiendo a estos OVNIS, de acuerdo con las órdenes vigentes del ADC

(Air Defense Command)? ¿Por qué las Fuerzas Aéreas continúan gastando el dinero del contribuyente en una investigación global de los platillos volantes a cargo de centenares de oficiales de la Inteligencia, 460 2.º Escuadrilla del Servicio de Información de las Fuerzas Aéreas y científicos de primera fila y asesores, unidos a las Fuerzas Aéreas mediante contrato secreto?

9. ¿Por qué el ministro Quarles y ciertos oficiales de las Fuerzas Aéreas afirmaron en el Informe Especial 14 que no se había descubierto ningún ritmo ni orden, ninguna indicación de maniobras inteligentes ni suficientes datos para construir un modelo eficiente... siendo así que en diciembre de 1949, el informe emitido por el «Proyecto Grudge», del ATIC, afirmaba que la mayoría de informes describen un objeto discoidal de un grosor de 1/10 con respecto a su diámetro?

¿Por qué este Informe Especial 14, fechado el 25 de octubre de 1955, considera a varios de sus menos convincentes informes de observaciones como «la flor y nata», cuando en realidad los archivos del Servicio de Inteligencia contenían centenares de informes desconcertantes e inexplicables, hechos por expertísimos pilotos, localizadores de cohetes dirigidos y otros observadores ejercitados?

10. ¿Están de acuerdo las Fuerzas Aéreas con la declaración del general Douglas MacArthur, publicada por el New York Times, del 8 de octubre de 1955, según la cual las naciones del mundo tendrán que unirse ante un ataque desencadenado por los habitantes de otros planetas?

11. La existencia de los documentos oficiales mencionados en los apartados 1, 2, 4 y 5 fue confirmada públicamente por Edward J. Ruppelt, antiguo jefe de la agencia de investigaciones para los OVNIS creada por las Fuerzas Aéreas, el «Proyecto Blue Book». ¿Pretende el ministro Quarles que Mr. Ruppelt está mintiendo al público?

Durante los últimos siete años, un «grupo del silencio» existente en el seno de las Fuerzas Aéreas ha desvirtuado repetidamente las más importantes observaciones de OVNIS esto ha hecho que millones de ciudadanos considerasen los informes sobre

«platillos» como simple cháchara. Para conseguirlo, ha puesto en ridículo a los testigos más solventes y calificados de aquí y del extranjero. Citaré a algunos de ellos: coronel Donald J. M. Blakeslee, as de la Segunda Guerra Mundial, comandante de una escuadrilla de cazas; los capitanes Jack Adriance y W. B. Nash, de las «Pan American Airlines»; capitán Clarence B. Chiles, de las «Eastern Airlines»; capitán B. J. Smith, de las «United Airlines»; capitán Lawrence Vinther, «Mid-Continent Airlines»; jefe del control de tráfico (radar), Harry Barnes, del aeropuerto nacional de Washington; doctor Clyde Tombaugh, descubridor del planeta Plutón y actualmente encargado de la búsqueda oficial de satélites desconocidos. Si usted lo desea, puedo facilitarle otros muchos nombres de testigos de igual importancia, incluyendo pilotos de las Fuerzas Aéreas, la Marina, el Cuerpo de Marines, «trackers» de proyectiles dirigidos, operadores de torre de la administración de Aeronáutica Civil y otros expertos, de aquí y de otra docena de países.

O bien hay que presumir que todos estos ejercitados observadores son incompetentes o embusteros... o las Fuerzas Aéreas están ocultando la verdad al público. Puesto que estos centenares de pilotos continúan conduciendo aviones con mal tiempo, con muchas vidas en sus manos, creo que su competencia no puede ponerse en duda.

Hace mucho tiempo que ha quedado bien sentido que los «platillos» no pueden ser armas norteamericanas ni rusas. Si nosotros hubiéramos tenido esos aparatos en 1947, ¿por qué no los empleamos para ahorrar vidas en Corea? ¿Por qué hemos seguido construyendo proyectiles ordinarios y aviones a reacción? ¿Por qué nos arriesgaríamos a incurrir en las iras de cualquier otro país, haciendo maniobrar en secreto estos aparatos sobre todo el mundo, violando las fronteras de otras naciones y espionando sus defensas? Es evidente que los platillos—con sus tremendas velocidades y fantásticas maniobras— no son de construcción terrestre. Si fuesen rusos, hace tiempo que la URSS los hubiera empleado para someter al mundo libre a sus dictados; los rusos no tratarían desesperadamente de vencernos en la carrera por la suprema-

cia aérea y de cohetes.

La respuesta, tal como fue expuesta por el ATIC en 1948 y de nuevo en 1952, es obvia: los platillos volantes son aparatos interplanetarios, que observan nuestro mundo por razones ignoradas... o razones ocultas por las Fuerzas Aéreas.

¿Me permite que le pida con el mayor respeto, senador Byrd, que tenga usted la bondad de examinar las pruebas, o hacer que las examinen analistas competentes que no pertenezcan a las Fuerzas Aéreas? En interés del pueblo americano y del mundo entero, le ruego que pida al Congreso que se realice una investigación para sacar a luz el secreto tan celosamente guardado por las Fuerzas Aéreas sobre este asunto. Esta investigación debería pedir la declaración pública de todos aquellos que han luchado por la verdad: general W. N. Garland, USAF; coronel Frank Dunn, USAF; coronel W. S. Smith, Inteligencia, USAF; mayor Dewey Fournet, USAF; coronel D. J. Blakeslee, USAF; Edward J. Ruppelt, antiguo jefe del «Proyecto Blue Book»; William Lear, de «Lear, Inc.», dirigente electrónico e industrial, que ha declarado que los platillos volantes son interplanetarios; profesor Hermann Oberth, experto en astronáutica y constructor de cohetes, actualmente dedicado a un trabajo secreto en el Arsenal Redstone, y todos los pilotos de las Fuerzas Aéreas, de la Marina, del Cuerpo de Marines y de las líneas aéreas cuyos informes han sido archivados.

En el curso de estas investigaciones, debería pedirse a las Fuerzas Aéreas que revelasen todos los informes y análisis actualmente ocultos... las detalladas observaciones y las explicaciones del ATIC, todos los análisis de películas de OVNIS y copias de los documentos del Servicio Secreto de 1947, 1948 y 1952 que he mencionado previamente.

Si se celebrase esta investigación, yo tendría mucho gusto en declarar, bajo juramento, acerca de los hechos y de la existencia de una censura, tal como he expuesto en The Flying Saucer Conspiracy, publicado el diciembre pasado. Hasta el momento, las Fuerzas Aéreas han rehuido responder a las acusaciones que les hice.

Indudablemente, muchos, si no todos, los per-

tenecientes al «grupo del silencio» creen obrar en interés de la nación al ocultar los hechos. Pero la recomendación hecha en 1953 de «decir la verdad al público», y firmada por científicos de primera categoría, creo que es la única opción prudente. El pueblo norteamericano no es un niño; a causa de las tremendas implicaciones del asunto, tiene derecho a saber la verdad... aquello con que tendrá que enfrentarse, quizás en un futuro no muy lejano.

Mañana tomo el avión para Iowa, con el fin de ir a visitar a mi madre, pero espero estar de regreso el domingo día 8. Telefonaré a su despacho el lunes, y espero que las Fuerzas Aéreas contesten prontamente cuando usted les someta mi cuestionario, o la copia adjunta de esta carta.

Si usted desea más informaciones, con nombres concretos, fecha y detalles, tendré mucho gusto en hablar del asunto con usted, o de responder a sus preguntas.

Suyo affmo.,

DONALD E. KEYHOE
Comandante, U. S. Marine Corps
Retirado.

Casi un mes después, las Fuerzas Aéreas respondieron a las alegaciones del mayor Keyhoe. He aquí la carta del mayor general Joe W. Kelly, con copia dirigida al senador Byrd:

Departamento de las Fuerzas Aéreas
Washington, 1.º de mayo 1956

Despacho del Ministro.

Mi querido Presidente: Con referencia al interés que demuestra por las alegaciones del mayor Donald E. Keyhoe respecto a los objetos no identificados, tengo el gusto de exponerle lo que sigue.

La carta del mayor Keyhoe es típica y semejante a muchas recibidas por las Fuerzas Aéreas y procedentes de personas bien intencionadas que consideran que debe emprenderse una acción para revelar los «hechos auténticos» que en su opinión retienen las Fuerzas Aéreas, y que han sido conse-

guidos en el curso de sus investigaciones y análisis de los llamados «platillos volantes». Las Fuerzas Aéreas se esfuerzan por analizar y responder a todas y cada una de las cartas de este género, sin tener en cuenta la naturaleza, motivos u objetivo de su autor.

El 5 de mayo de 1955, las Fuerzas Aéreas levantaron la censura que pesaba sobre su estudio especial, el «Proyecto Blue Book», informe núm. 14, «Análisis de Informes de Objetos No Identificados». Este estudio representa el análisis crítico efectuado de la suma total de todos los informes de observaciones hechos desde 1947 a mayo de 1955. Incluye los laboriosos esfuerzos realizados por científicos de gran competencia, analistas, investigadores y especialistas. Este extenso y detalladísimo informe fue preparado por un grupo de científicos civiles. Los informes procedían de muy diversas fuentes, desde famosos científicos y expertos pilotos hasta el hombre de la calle. Este informe está a la disposición del público para su examen.

La Secretaría de las Fuerzas Aéreas dio a la publicidad, el 25 de octubre de 1955, el sumario del informe núm. 14, conteniendo los resultados de la investigación iniciada en 1947 por las Fuerzas Aéreas. Este sumario afirmaba que gracias a la colaboración continuada de expertos científicos y mediante métodos analíticos y de investigación constantemente mejorados, las Fuerzas Aéreas habían reducido el número de «desconocidos» de un 10 % aproximado en 1954, a un tres por ciento en la fecha actual. Los «desconocidos» son, desde luego lo que más preocupa a las Fuerzas Aéreas. Continuaremos investigándolos sin importarnos su reducido porcentaje. No obstante, me complace en repetir las conclusiones a que se ha llegado en el curso de estos estudios con respecto a los «desconocidos».

Hay una falta absoluta de pruebas de que sean vehículos interplanetarios.

Hay una falta total de pruebas de que representen avances tecnológicos que sobrepasen a los nuestros.

Hay una falta total de pruebas de que consti-

tuyan una amenaza para la seguridad de nuestra patria.

Las Fuerzas Aéreas consideran que todas las preguntas o alegaciones planteadas por el mayor Keyhoe, así como las muchas declaraciones hechas por individuos dentro o fuera de las Fuerzas Aéreas, quedan comprendidas en una o más de las cuatro conclusiones principales.

Puede usted tener la seguridad de que las Fuerzas Aéreas continuarán estudiando, analizando y ofreciendo al público todos los hechos que existen sobre esta cuestión. Nos complace haber tenido esta oportunidad de responder a su petición de informes sobre este asunto.

Suyo affmo.

Fdo.: JOB W. KELLY
Mayor general, USAF
Director, Enlace Legislativo.

Inc.: Honorable Harry Flood Byrd
Presidente del Comité de Finanzas,
Senado de los Estados Unidos.

Refiriéndose a esta carta, el 31 de mayo de 1956, Keyhoe escribió a Max B. Miller lo que sigue:

El general Kelly, haciendo de portavoz de las Fuerzas Aéreas, se niega a responder ni una sola de las once preguntas que el senador Byrd elevó al ministro Quarles. En lugar de ello, trata de desviar la atención señalando el Informe Especial 14 del «Proyecto Blue Book». En mi opinión, este informe 14 es el más flagrante de todos los intentos por engañar al público, en lo referente a los platillos volantes. Según le dijo a usted el capitán Ed Ruppelt hace algún tiempo, este «estudio» que ahora las Fuerzas Aéreas presentan como la última moda, en realidad fue rechazado en 1953 por poco convincente.

De la carta del general Kelly se desprende que ni siquiera un senador de los Estados Unidos puede arrancar la verdad a las Fuerzas Aéreas, a «menos» que se realice un esfuerzo amplio y de alcance nacional para terminar con esta censura...

La carta de Kelly, prosigue Keyhoe, está llena

de errores de hecho. El Informe Especial 14 no contenía los resultados de la investigación de las Fuerzas Aéreas desde 1947. En lugar de ello, contenía una imagen falseada de la realidad, dejando sin mencionar a centenares de los casos más auténticos, ocultando el hecho de que muchos oficiales de alta graduación de las Fuerzas Aéreas estaban convencidos de que los platillos eran interplanetarios. Esta carta da la impresión de que, con excepción de un tres por ciento, todas las observaciones han sido explicadas satisfactoriamente, cuando en realidad este tres por ciento sólo se aplica a un número reducidísimo de casos de 1955. Además, si usted examina las sorprendentes «explicaciones» suministradas por el informe del «Proyecto Grudge» de 1949, verá usted que éstas habían sido falseadas deliberadamente en muchos casos... y que los propios analizadores admitían que llevaban las conclusiones más allá de lo razonable.

Y el mayor Keyhoe concluye:

El pueblo norteamericano tiene derecho a saber la verdad de los hechos y ya es hora de que se ponga a la censura militar en su sitio... limitándose a ocultar informaciones que puedan comprometer nuestra seguridad nacional, y nada más.

Nace el NICAP

El Informe Especial 14 a que se refiere Keyhoe es el que sirvió de base a Donald A. Quarles para redactar su declaración del 25 de octubre de 1955, que hemos reproducido anteriormente. Esta declaración pilló de sorpresa al capitán Ruppelt, que ya no pertenecía a las Fuerzas Aéreas desde hacía mucho tiempo. He aquí el comentario del capitán Ruppelt: «Después de gastar sumas considerables de dinero se vio que los métodos estadísticos de nada servían para llevar a cabo un estudio como éste, que no demuestra nada. Sus resultados fueron tales que, interpretándolos de

diversas maneras, se puede demostrar lo que se desea. Este estudio no es bueno. Yo ya no pertenecía a las Fuerzas Aéreas cuando este informe fue publicado en su forma definitiva, pero vi su borrador y lo había descartado como inservible. Por si aún no fuese bastante, subrayaré que este informe fue terminado en setiembre de 1953, no siendo publicado como la "última novedad" hasta octubre de 1955.»

Keyhoe no cejó hasta constituir una organización que se propusiese los objetivos siguientes, en vista de la política equivocada de las Fuerzas Aéreas:

1.° Demostrar la necesidad de una investigación seria de carácter nacional.

2.° Terminar con la censura de informaciones.

3.° Si las pruebas demuestran definitivamente la realidad de los UFO, determinar y demostrar lo que son; de dónde provienen; por qué actúan en nuestra atmósfera, en el caso de que resulten ser interplanetarios; averiguar si han establecido contacto con algún habitante de la Tierra, y qué medidas se han tomado o se tomarán para asegurar una pacífica comunicación y contacto con los Gobiernos mundiales.

El primer objetivo de este organismo debe ser conseguir «que los americanos acepten la realidad del problema de los UFO».

Esta organización, conocida por NICAP, sigla de «National Investigations Committee on Aerial Phenomena» tiene su sede en Washington y fue fundada el 29 de agosto de 1956. En la primera reunión del Consejo directivo, celebrada los días 14 y 15 de enero de 1957, se eligió al contralmirante Delmer S. Fahrney como presidente. El almirante Fahrney, actualmente retirado, es conocido por el nombre de «padre de los proyectiles dirigidos» y ha recibido los mayores honores por parte del Gobierno de los Estados Unidos a causa de la labor que ha realizado en este terreno. En una conferencia de Prensa sostenida poco después de crearse el NICAP, pronunció su famosa declaración, que reproducimos en el correspondiente apéndice.

Durante esta primera reunión del Consejo directivo, se eligió al mayor Donald E. Keyhoe como

Director activo, posición que aún ocupa. Entre el consejo directivo del NICAP se incluyen estas personalidades tan relevantes:

Doctor Marcus Bach, pedagogo, autor y profesor de Religión en la Universidad de Iowa.

Reverendo Albert Baller, de Greenfield, Massachusetts.

Doctor Earl Douglass, autor y clérigo presbiteriano de Princeton, Nueva Jersey.

Frank Edwards, comentarista de Radio y Televisión, de Indianápolis, Indiana.

Coronel Robert B. Emerson, USAF, investigador químico y físico nuclear, de Baton Rouge, Louisiana.

Mayor Dewey Fournet, Jr. United States Air Force Reserve, antiguo oficial de enlace con los Servicios de Inteligencia de la USAF, Director del «Proyecto Blue Book» de la USAF, de Baton Rouge, Louisiana.

J. B. Hartranft, Jr., presidente de la Asociación de Aviadores y Pilotos, con 65.000 miembros; antiguo teniente coronel de la USAF, de Washington D.C.

Contralmirante Roscoe H. Hillenkoetter, USN (retirado), experto submarinista y veterano de la Segunda Guerra Mundial, de Eliot, Maine.

Reverendo Leon Le Van, de la Iglesia cristiana de Nueva Jerusalén, de Pittsburgo, Pensilvania.

Además, el NICAP cuenta con un cuerpo de asesores técnicos en los que se incluyen seis capitanes de líneas aéreas que fueron testigos de algunas de las más espectaculares observaciones, junto con varios reputados astrónomos.

El programa de trabajo del NICAP se propone el estudio de los puntos siguientes, que pueden considerarse ya sólidamente fundados en cuanto se refiere a los «objetos no identificados», su comportamiento, forma y apariencia:

1.° Su notable ritmo de aparición y características reiteradas en cuanto a sus maniobras.

2.° Ritmo en sus extraordinarias concentraciones en tiempo y lugar.

3.° Circunstancias que pueden motivar la producción, por estos objetos, del material evanescente conocido popularmente por el nombre de «hilas

de la Virgen» o «cabellos de ángel».

4.* El misterioso fenómeno de las bolas de fuego verde.

5.* La excesiva radiación remanente que a veces se asocia con la aparición de tales objetos.

6.* Efectos electromagnéticos, como el paro de motores de automóviles y el apagón de sus faros.

7.* Observaciones que se repiten sobre una línea recta, lo cual es prueba de un propósito inteligente (ortotenia).

Para terminar, diremos que el boletín de febrero de 1959 del «Centro de Estudios Interplanetarios» español, que presidía Eduardo Buelta, se hizo eco de la información siguiente:

El 31 de julio del año 1958 se hizo pública la fotografía de un OVNI obtenida desde la Base Experimental de cohetes de Holloman (EE. UU.) en el mes de marzo. Numerosos técnicos y observadores de incuestionable solvencia fueron testigos de la aparición; sin embargo las Fuerzas Aéreas dedicaron cinco meses al estudio del cliché y copias hasta llegar a la conclusión de que no había en ellas la menor posibilidad de mixtificación.

La sensación que causó este documento gráfico, rodeado de tantas garantías de autenticidad, fue enorme y su eco llegó hasta el Congreso de la nación, el cual decretó la creación de una Comisión investigadora que pusiera en claro cuanto había de verdad en el viejo pleito de los OVNI. Constituida y presidida por el senador Lyndon Johnson, esta Comisión comenzó por dirigirse al Ejército del Aire en demanda de cuanto supiera acerca de la cuestión; mas tropezó con una extraña e inexplicable reticencia, como si la U.S. Air Force temiera hacer público el contenido de sus archivos sobre el particular. En vista de ello, intervino el periodista John Lester, quien en un artículo publicado en *Star Ledger* afirmó que las Fuerzas Aéreas llevaban invertidos nada menos que *doscientos millones de dólares* en investigaciones relativas a los «objetos no identificados». Como consecuencia, un senador solicitó de la Comisión que pidiera cuentas de tan enorme suma y, a la vez, que actuara decididamente para, de una vez, esclarecer este tan confuso y misterioso asunto.

La información que antecede fue confirmada plenamente por el NICAP. En su Boletín correspondiente, esta prestigiosa entidad afirma que «a consecuencia de los nuevos hechos y pruebas obtenidas», el Congreso está decidido a lograr que las Fuerzas Aéreas revelen cuantos datos poseen sobre el asunto, los más decisivos de los cuales es sabido que mantienen secretos desde hace años.

¿Romperán su silencio las Fuerzas Aéreas norteamericanas? ¿No será este silencio, como nos hemos preguntado al principio del capítulo anterior, el silencio de la esfinge wildeana, o, por el contrario, ocultará hechos de una trascendencia incalculable para la Humanidad?

El futuro inmediato tal vez nos aporte la respuesta a este apasionante enigma.

CAPITULO VI

ADAMSKI Y SU DESCENDENCIA

Así como las historias de aterrizajes suelen tener un retintín auténtico, suenan a cierto, las historias de contactos con los tripulantes de naves extraterrestres o con estas mismas naves resultan poco convincentes en su totalidad. Se nos objetará que la simple intuición no puede aceptarse como método científico; que el hecho de que algo nos *parezca* cierto no constituye evidencia científica. Sin embargo, y tomando por ejemplo el caso de Adamski, el más famoso de los *contactees* y el que en cierta manera lanzó la «moda», su venusiano es demasiado... venusiano para ser real. Su contacto con el ser extraterrestre se parece demasiado a lo que imaginaría un novelista mediocre de *science fiction*: el venusiano rubio, de luega cabellera y rostro bello, casi femenino, vestido con un «mono del espacio» y trazando sobre un papel las circunferencias concéntricas de los planetas, etc.

Sin embargo, en este libro no pueden faltar, no por su valor intrínseco, que es escaso —en algunos casos pueden apoyarse sobre un hecho real, por ejemplo la observación de un OVNI—, sino por haber contribuido, más que otra cosa, a crear el mito de los platillos volantes. Además, algunos de

los propaladores de esta leyenda, como el propio Adamski, han montado pingües tinglados publicitarios y económicos en torno de su pretendido contacto. El valor científico de tales historias suele ser escasísimo, pues descansa siempre sobre un elemento subjetivo. Dicho en otras palabras, se convierten en cuestión de confianza; en ellas dependemos enteramente de las manifestaciones no comprobadas de un solo testigo. En algunos casos, los pretendidos entrevistados acompañan sus relatos con fotografías más o menos impresionantes, como sucede en el caso de Adamski.

¿Pero quién es Adamski? Es —o, mejor dicho, era— un hombrecillo de 70 años cumplidos, de aspecto insignificante, mirada furtiva y cabellos canosos. Un norteamericano cien por cien, de origen polaco, pues todo norteamericano que se precie es de origen irlandés, alemán, polaco, o de cualquier otra nación europea o una mezcla de todas ellas. Dicho caballero poseía un restaurante al pie del Monte Palomar, y alternaba en sus ocios el cultivo de la Astronomía como aficionado con el estudio de la teosofía. Sirvió en el Ejército norteamericano durante la Gran Guerra. Hasta 1939, fue profesor de adultos, a los que enseñaba Filosofía y Ciencias. En 1930 nació su afición por la Astronomía. Y en estos últimos años, o sea, desde 1946, se transformó también en «investigador de discos volantes». Con sus dos telescopios, uno de 6 y otro de 15 pulgadas, a los que adaptó una cámara «Hagge-Dresden Graflex», empezó a escrutar el cielo casi continuamente. Su sueldo como director del restaurante de «Palomar Garden's» le permitía llevar una vida frugal y consagrar por entero sus ocios a la Astronomía.

Su interés por los «objetos no identificados» se despertó de la manera siguiente, según relató en 1954 a João Martins (precisamente el mismo que, con Keffel, tomó las sensacionales fotografías de Pedra de Gavea):

«Todo empezó con la lluvia de meteoros que se abatió sobre la región la noche del 9 de octubre de 1946. Hasta entonces, yo creía en la pluralidad de los mundos habitados, pero no me había planteado la posibilidad de los viajes interplanetarios;

las distancias a vencer me parecían enormes. Durante la lluvia de meteoros, yo miraba al cielo, desde el Monte Palomar, como casi todo el mundo en el sur de California. Y cuando el espectáculo de las estrellas fugaces era más impresionante, vi a simple vista un gran aparato oscuro, parecido a un gigantesco dirigible, e inmóvil en el cielo sobre las montañas, en dirección a la ciudad de San Diego. Pensé que fuese algún aparato americano que estuviese observando desde gran altura y con finalidades científicas, la lluvia de meteoros. Mientras lo miraba, levantó la punta hacia arriba y se trasladó rápidamente por el espacio, dejando una estela luminosa, la cual todavía fue visible durante unos cinco minutos. Tuve una gran sorpresa al oír después por la radio que un aparato en forma de cigarro, de origen desconocido, había sido visto por millares de personas en San Diego.

»Esto espoleó mi curiosidad y me dediqué a observar el cielo con más frecuencia. En el verano de 1947 empezaron a surgir las primeras noticias sobre discos voladores. Pero tuve que esperar a agosto de aquel mismo año para que mi paciencia fuese recompensada. Un viernes por la noche asistí al famoso "desfile" de bolas luminosas. Cruzaban el cielo de Este a Oeste, en fila india, en grupos de treinta y dos. Algunas paraban en el aire para dar la vuelta en dirección contraria. Cuando se detenían, podíamos observar, yo y las cuatro personas que me acompañaban, que tenían una especie de anillo luminoso rodeando a un cuerpo central. En total, contamos 184 de aquellos extraños objetos.

»Un día lluvioso de 1949, dos hombres que yo ya conocía, entraron en el restaurante. Eran éstos J. P. Maxfield y G. L. Bloom, ambos del "Point Loma Navy Electronics Laboratory", próximo a San Diego. Estaban en compañía de otros dos hombres, desconocidos para mí, que vestían uniforme de oficial. Conversamos un poco sobre discos volantes y ellos me dijeron que iban al Observatorio para solicitar la cooperación de su plantilla de astrónomos en la observación de los "objetos no identificados". Al propio tiempo, me pidieron que yo estuviese ojo avizor, pues con mis instrumentos

pequeños, tendría muchas más ocasiones; los telescopios mejores son más apropiados que los enormes instalados en Palomar para la observación de cuerpos más próximos. Además, los pequeños aparatos son lógicamente mucho más manejables que los grandes. Con mi telescopio de 6 pulgadas, puedo apuntar como si se tratase de una escopeta para la caza de ánades en vuelo. Volví a ver a Mr. G. L. Bloom algún tiempo después, en el día en que la Radio anunció que un platillo volante había aterrizado cerca de la Ciudad de México. Mr. Bloom comentó: "No han dicho toda la verdad. Hubo bastante más que eso."

»Para entonces, yo ya había conseguido dos fotos de objetos moviéndose por el espacio cuando observaba la Luna. Entregué estas dos fotos a Mr. Bloom.

»La historia del aterrizaje de México se desmintió posteriormente, pero en 1951 yo supe que era verdadera. Volviendo a las fotos, en marzo de 1950 el reportero Samford Harrell, del *San Diego Journal*, difundió la historia. El *Unión* y el *Tribune* también fueron a verme y yo les confirmé que había mandado las fotografías al "Point Loma Navy Electronics Laboratory", para su análisis. Los periodistas fueron al laboratorio, donde negaron rotundamente haber recibido tales fotos. Esta negativa no me hizo perder la calma, pues conservaba los negativos; sólo había entregado copias a Mr. Bloom. Los periodistas pidieron información al Pentágono, donde también negaron todo conocimiento sobre las fotografías.

»Esto incrementó aún más mi interés por el asunto. Durante varios años, de día y de noche, en verano y en invierno, con frío o calor, me dediqué a observar los cielos. Los resultados que obtuve fueron fruto de la perseverancia. Hasta la primavera de 1951, no hice grandes progresos. Conseguí sólo algunas fotos de puntos luminosos en el espacio, que no convencían a nadie, a pesar de que para ello había gastado más de doscientos dólares. Pero yo había ejercitado mis ojos y lo que había visto me daba la certeza de que en el cielo había objetos extraños que se movían como bajo un gobierno inteligente. En el verano de 1951 y en el

año 1952, los resultados fueron mucho mejores. Parecía haber más objetos en movimiento; era como si los navíos del espacio se aproximasen con más frecuencia a la Tierra. Durante este tiempo, tiré más de quinientas placas y conseguí unas doce fotos de aparatos en forma de cigarro y de discos luminosos que aquéllos parecían lanzar al espacio. Envié una colección de estas fotografías a Wright-Patterson Air Force Base.

»El fotógrafo que revela mis fotografías y saca copias de ellas es Mr. D. J. Detwiler, que vive en la ciudad de Carlsbad, casi a 65 kilómetros de distancia de donde vivo. Hay quien dice que mis fotografías eran un truco publicitario para atraer turistas al restaurante; sería más sencillo y más barato hacer propaganda de otro modo. Llegan incluso a desvirtuar declaraciones mías: cuando digo que impresioné más de setecientas placas para conseguir apenas veinte fotografías, entienden que afirmo tener "más de setecientas fotos de discos voladores"... a decir verdad, creo que nadie ha invertido tanto tiempo, esfuerzo y dinero para conseguir tales resultados. Las fotos de discos que se han obtenido, fueron resultado de la casualidad o de la suerte. Además, ocupó un puesto privilegiado para realizar esta clase de observaciones. Desde aquí, a 1.000 metros de altura, tengo una vista amplia y clara en todas direcciones.»

Con su cámara fotográfica adaptada a su telescopio de aficionado, Adamski observa el cielo por el visor del telescopio, y, cuando ve algo extraño, le basta apretar la pera que acciona el disparador. Desde luego, hay que reconocer que el método y la perseverancia de Adamski ofrecen cierta solvencia científica. Es posible que *algunas de sus fotografías sean auténticas.*

Pero cedamos nuevamente la palabra a George Adamski:

«En 1951 y en 1952, recibí muchas informaciones acerca de aterrizajes de discos en los desiertos de California, a una distancia no muy grande del Monte Palomar. Siempre tuve la esperanza de establecer un contacto directo con estos aparatos y descubrir de dónde venían y qué se proponían. Empecé a realizar excursiones por el desierto, in-

vocando en mi ayuda a la suerte. Durante mucho tiempo el éxito no recompensó mis esfuerzos. Mas por último el gran momento llegó. A las doce y media del jueves 20 de noviembre de 1952, en el desierto californiano, a 16 kilómetros de Desert Center, en dirección a Parker (Arizona), estuve por primera vez cara a cara con un ser de otro planeta. Mas veamos los antecedentes de este hecho memorable.

»Pocos meses antes, conocí a dos matrimonios, Mr. Albert C. Pailey y señora, de Winslow, Arizona, y el doctor George H. Williamson y señora, de Prescott, también en Arizona. Los cuatro sentían el mismo interés que yo por los discos volantes. En noviembre organizamos una excursión. El día 20 salí rumbo al desierto en compañía de las señoras Alice K. Wells y Lucy Mc Ginnis, aquélla propietaria de "Palomar Garden's", y la segunda mi secretaria. Encontramos a nuestros amigos en la carretera cerca de Blythe a las ocho de la mañana, pues un pinchazo en un neumático nos hizo perder dos horas. En la pequeña ciudad de Blythe trazamos nuestro plan de operaciones, consultando mapas y cambiando ideas. Finalmente decidí que seguiríamos por una carretera que pasaba cerca de una base aérea abandonada. Algo me impelía en esa dirección, una especie de intuición o presentimiento. Hace mucho tiempo que me he acostumbrado a seguir esta clase de impulsos subconscientes. Pasamos por Desert Center y tomamos a la derecha, por la carretera que iba a Parker. Después de recorrer cerca de 18 kilómetros, nos paramos para mirar a nuestro alrededor. Yo continuaba experimentando una extraña premonición, que me advertía de que algo iba a acontecer. La región era de piedra volcánica sin vegetación. Eran las once de la mañana cuando nos detuvimos. Perdimos mucho tiempo andando de acá para allá y también mirando el cielo azul y sin nubes. Por último volvimos a los automóviles. Era mediodía y comimos una frugal refacción que Alice había traído. Pasó a gran altura un bimotor y lo acompañamos con la vista hasta que se perdió en la distancia. Y fue poco después de esto cuando vimos el "objeto". A mucha altura, silenciosa, plateada, sur-

gió una nave alargada, como un huso o un cigarro. Con los dos gemelos que habíamos traído, vimos que era anaranjada en toda la extensión de su parte superior. El doctor George Williamson, que había pertenecido a las Fuerzas Aéreas durante la guerra, observó una marca oscura en el lado, como una insignia, pero totalmente distinta a todo cuanto él había visto en sus tiempos de militar.

»En aquellos momentos, tuve la exacta sensación de que entraría en contacto con tripulantes de aquel aparato. Para los que aceptan los misterios del subconsciente, ninguna explicación es necesaria. Para los demás, cualquier explicación resultaría larga y tal vez inútil. Exclamé:

— ¡De prisa, llévenme en el automóvil! ¡Aquel aparato está buscándome y yo no quiero hacerle esperar! ¡Tal vez el "disco" no ande lejos, pero no quiera presentarse donde mucha gente pueda verlo!

»En el automóvil, guiado por Lucy, Albert y yo mirábamos hacia fuera siguiendo al aparato con la mirada. Recorrimos así casi un kilómetro, hasta salir de la carretera y recorrer un trecho por el desierto. Finalmente, el automóvil no pudo continuar. Cuando paramos comencé a sacar del auto mi equipo, que consistía en el telescopio de seis pulgadas, un trípode y una caja que contenía la cámara y los accesorios para el telescopio, las placas fotográficas y una pequeña "Kodak Brownie". Instalamos el telescopio en una eminencia, con la mayor celeridad. El auto, guiado por Lucy volvió en compañía de Albert para buscar a los demás. Yo les había dicho que me observasen desde cierta distancia.

»La astronave estaba parada casi encima de mi cabeza. Menos de cinco minutos después, se produjo una claridad en el cielo y casi instantáneamente surgió un bello y pequeño aparato circular, que descendía silenciosamente en dirección de dos ondulaciones del terreno, que estaban a menos de un kilómetro. Cuando aterrizó, su parte superior quedó visible. Rápidamente, sin tener tiempo de enfocar bien, tiré las siete placas que poseía. De pronto vi a un hombre entre las dos on-

dulaciones del terreno. Me hacía señales para que me aproximase. Le obedecí, y al llegar cerca, dos cosas me llamaron de pronto la atención: una era que sus ropas parecían muy extrañas, con pantalones semejantes a los de un esquiador; la otra, que sus cabellos eran largos y le caían sobre los hombros. Era más bajo que yo. Agamski mide un poco menos de 1,65 metros) y aparentaba unos 28 años. En su presencia, yo sentía una extraña sensación, aunque su actitud y su expresión fuesen amistosas. Me tendió la mano, pero no estrechó la que yo le ofrecía. En vez de eso, con una sonrisa, se limitó a rozar la palma de mi mano con la suya. Yo me sentía como niño ante un ser superior, lleno de comprensión y de amor. La piel de su mano era firme y elástica, pero delicada como la de un recién nacido. Tenía los dedos largos y aristocráticos. Con ropas apropiadas, aquel ser hubiera parecido una bella mujer terrestre. Mas yo tengo la certeza de que era un hombre. Su cara estaba coronada por un cráneo voluminoso. Tenía los ojos tranquilos, de color ceniciento verdoso, ligeramente estrechados en su lado externo. Los pómulos eran más salientes que lo normal y su nariz también era más gruesa de lo corriente. La boca era de tamaño medio y, cuando sonreía, observé que poseía dientes blancos y perfectos. Su tez parecía como tostada por el sol, pero era lisa y satinada. No presentaba ninguna señal de barba. Sus cabellos eran amarillentos, color de arena. Llevaba la cabeza descubierta. Su vestido parecía ser de una sola pieza, marrón, de un tejido muy fino, que caía en pliegues diferentes a los que producen los materiales que nosotros empleamos. Más que brillo, poseía una especie de radiación. No había en él ni botones, ni costuras, ni bolsillos ni cremalleras. Llevaba una especie de faja o cinto, de un tono marrón dorado. Los pantalones estaban sujetos en los tobillos por fajas semejantes. Llevaba unos zapatos rojizos, hechos de un material tan fino y leve, que yo advertía el movimiento de sus pies como si estuviese descalzo. Eran más botas que zapatos, con sendas ranuras en los lados externos.

»Le pregunté de dónde venía. Él no pareció en-

tenderme y yo repetí la pregunta. Movi6 la cabeza levemente en signo negativo. Entonces traté de formar en mi mente la imagen de un planeta, me concentré y señalé hacia arriba. Por su expresi6n vi que podríamos entendernos. Señalé al Sol, tracé una 6rbita en el aire y dije "Mercurio". Tracé una 6rbita mäs amplia y dije "Venus". Después de trazar el tercer c6rculo, dije "Tierra", e indiqué el suelo. Luego me llevé el indice al pecho y repetí indicando otra vez el suelo: "Tierra." El sonrió, apuntó al Sol, hizo un c6rculo en el aire, luego otro y se señal6 a sÍ mismo. Yo le pregunté: "¿Venus?"

»Sonriendo, 6l repiti6 la palabra que yo habÍa pronunciado. Su voz era mäs aguda que la de un adulto, o mejor dicho, mäs fina, como la de un muchacho en la pubertad, y muy musical.

»Mediante gestos y cuadros mentales, le pregunté por qu6 habÍa venido a la Tierra. De esta manera proseguimos nuestra conversaci6n. Por lo que pude entender, su viaje no tenÍa fines agresivos. De nuestro planeta salÍan radiaciones muy fuertes, despu6s de las explosiones de las bombas at6micas, y afectaban al espacio exterior. Me dio a entender que, si continuaban aquellas explosiones, terminaría por producirse una catástrofe en la Tierra. El viaje interplanetario se realizaba en el gran aparato alargado, desde el que se lanzaban los "discos" o navecillas de exploraci6n. Algunas, las mayores, eran pilotadas. Otras, las pequeñas, eran gobernadas a distancia y llevaban aparatos de observaci6n a bordo. Tanto las naves como los discos se movÍan aprovechando la fuerza magn6tica, seg6n las leyes de atracci6n y repulsi6n. Pude tambi6n comprender que los habitantes de Venus estän en un plano mucho mäs elevado de desarrollo, no s6lo material, sino principalmente espiritual. Por asÍ decir, se hallan y viven mäs cerca del Creador que nosotros, los terrestres.

»Tambi6n supe que las extrañas naves que se han visto en nuestro mundo no s6lo provienen de Venus, sino tambi6n de otros planetas de nuestro sistema solar, y de otros sistemas planetarios. Entre estas civilizaciones, son cosa normal los viajes por el espacio. ¿Y por qu6 no aterrizan en ciuda-

des terrestres, para establecer un contacto oficial con nosotros? El me hizo comprender que nuestra Humanidad aún no estä preparada para este contacto. Ellos no quieren verse obligados a luchar ni desear aportar el pánico o una revoluci6n total, para la cual la Tierra aún no estä preparada. Una revoluci6n en la Ciencia, en la Religión, en las costumbres, en todos los aspectos de la vida, que probablemente causarÍa un desequilibrio general. Supe, por otro lado, que hombres de la Tierra ya habÍan sido llevados voluntariamente a otros planetas. Y que no es raro que seres de otros planetas descendieran a la Tierra para estudiar mejor nuestras costumbres. Con ropas iguales a las nuestras, documentos perfectamente falsificados, cabellos cortados al estilo terrestre, en nuestras calles ya hay lo que podríamos llamar pacíficos espías interplanetarios. Por este motivo 6l no dejó que yo le fotografiase. Aunque son bastante parecidos a nosotros, tienen algunos rasgos distintivos que pueden servir para identificarlos. Mi interlocutor del espacio aadi6 que muchos planetas estän habitados por seres en todo semejantes a nosotros. Apenas varÍan en tamaño, en color de cabello y tez, del mismo modo como en la Tierra las razas tambi6n se diferencian. Sus naves del espacio tambi6n presentan diferencias de detalle, pero todas obedecen al mismo principio: la atracci6n y la repulsi6n, principio físico que ya conocÍan los egipcios de las Pirámides.

»Entonces 6l se encamin6 hacia el disco y yo le seguí. Entonces llam6 mi atenci6n hacia las extrañas marcas que su calzado dejaba en el suelo, como si 6stas fuesen algo importante. Después, el doctor Williamson sac6 vaciados en yeso de aquellas huellas.

»El disco era un aparato mäs semejante a una campana que a un disco propiamente dicho. Estaba hecho de un material brillante, translúcido. En su interior distinguí bultos que se movÍan. Pero no parecÍa ser de vidrio, sino de alg6n metal desconocido. El aparato no estaba posado en el suelo, sino flotando a unos 30 6 50 centímetros de altura. Reflejaba los rayos del sol como un diamante ahumado. La cúpula era oscura, sustentada por

un anillo dentado. Estaba coronada por una bola, que en las fotos aparece como una anilla. Las portillas eran de un material bastante transparente y yo llegué a ver otro hermoso semblante a través de una de ellas, muy semejante al de mi interlocutor. Este me advirtió que no me aproximase mucho al aparato. Yo desobedecí y, cuando acerqué más el hombro derecho hacia la superficie del disco, mi brazo fue lanzado contra mi cuerpo con terrible fuerza. El venusiano tomó una de las placas expuestas que yo había guardado en el bolsillo, y me prometió que me volvería a ver. Le pregunté si podría entrar en el disco, y él me hizo comprender que algún día esto sería posible.

»Cuando el disco se elevó, noté que dos anillos de la parte inferior se movían en una dirección, mientras otros dos giraban en sentido contrario. Bajo el aparato estaba dispuesto en tren de aterrizaje un trípode constituido por tres esferas metálicas. Luego, el "platillo" se alejó.»

El relato del primer encuentro de George Adamski con un ser de otro planeta —que duró una hora— fue publicado en casi todos los periódicos, discutido, negado por muchos y creído por otros. Se le trató de falsario y de embustero. Determinadas sociedades anglosajonas que ven en los platillos volantes los carros celestiales de Jehová y en sus tripulantes los ángeles del Juicio Final, hicieron de Adamski un profeta de la nueva ciencia con ribetes de misticismo pragmático a que tan aficionados son los yanquis y bastantes ingleses, y que recibió el pomposo nombre de «Ufología». De la noche a la mañana, aquel hombrecillo insignificante se convirtió en un profeta y en el enlace con potencias celestiales. Un grupo de fanáticos abrió un «George Adamski Subscription Fund» —quizás se encuentre aquí la clave de todo. Adamski dio conferencias, realizó giras y, a primeros de 1959, sus partidarios le organizaron una gira mundial de conferencias. Fue durante ella cuando Adamski celebró su desdichada entrevista con la Reina Juliana de Holanda, que tanta indignación produjo en los Países Bajos, de los que el alicaído profeta tuvo que salir más que corriendo. Adamski se vio y se deseó para responder a las certeras e in-

tencionadas preguntas de los dos asesores científicos que, junto con el disgustado príncipe Bernardo, asistieron a la entrevista del aprovechado astrónomo de ocasión con la ingenua soberana. Y es que, desde su primera entrevista con el venusiano en pleno descampado, Adamski había realizado grandes progresos en sus relaciones con los seres de allende los espacios. El venusiano cumplió su palabra y, el 13 de diciembre de 1952, sobrevoló la casa de Adamski con su «sopera» y luego devolvió a su amigo terrestre la placa fotográfica que, una vez revelada, mostró extraños jeroglíficos.

Pero esto no es nada. George Adamski afirma que tuvo otros nueve contactos personales con los venusianos, después del primero. Asegura incluso que entró en el disco y le llevaron dos veces hasta la gran astronave. Da detalles increíbles acerca de estos aparatos y traza mapas detallados de su interior y estructura. Por último, sus amigos extraterrestres le llevaron a dar un paseo hasta la Luna, donde distinguió extrañas ciudades en el interior de cúpulas transparentes. Por las calles de estas ciudades lunares circulan automóviles que, como los discos, permanecen a 30 centímetros sobre el suelo.

El «platillo» de Coniston

Cuando más enconado estaba el debate acerca de la verdad o la falsedad de las fantásticas aseveraciones de Adamski, he aquí que ocurrió un hecho inexplicable que, al parecer, venía a dar la razón al extraño hombrecillo de Monte Palomar.

El 15 de febrero de 1954, dos niños ingleses, Stephen Darbishire, de 13 años y Adrian Myers, de 8, paseaban por la mañana en las cercanías del lago Coniston. Stephen iba provisto de su pequeña máquina fotográfica de fuelle, pues se proponía fotografiar nidos de pájaros. Ahora bien: lo curioso del caso es que el lago de Coniston se halla situado en el condado inglés de Lancashire. De pronto su primo Adrian vio algo raro: un ex-

traíra objeto circular plateado descendía hacia la tierra hasta llegar a unos cientos de metros, para desaparecer detrás de un montículo y reaparecer pocos segundos más tarde. Entonces el singular artefacto se inclinó de lado y salió disparado hacia el cielo como una ráfaga y dejando tras sí un sonido como el restallar de un látigo. Hasta entonces había permanecido en silencio.

Momentos antes de que el platillo se ocultara por primera vez, Stephen consiguió su primera fotografía, y cuando volvió a reaparecer, aún pudo sacar otra. Desgraciadamente la cámara no estaba enfocada a infinito y la vista tomada salió algo borrosa, si bien lo bastante perceptible para poder hacer importantes observaciones.

Según Stephen, el objeto tenía una apariencia vítrea. «Semejante —dice— a un metal o a material plástico, con una luz tan brillante que no permitía apreciarlo bien.» Sin embargo, en un momento en que los rayos del sol dejaron de darle directamente, los muchachos pudieron apreciarlo mejor. «Tenía —agregan— una parte superior en forma de cúpula con troneras y tres pequeños abultamientos en su parte inferior, en la que aparecía también un punto oscuro central, de forma semejante a un cono.» Al principio observaron que el número de orificios o troneras visibles eran de tres, pero después apreciaron cuatro en la parte superior de la cúpula, algo parecido a una portezuela.

Cuando el objeto desapareció, los muchachos corrieron, cumbre abajo, hasta la casa de Stephen, la granja «Pequeña Flecha», en las afueras de Coniston, para contar lo que habían presenciado. «Francamente —dice el doctor Darbshire, padre de Stephen— no creí en un principio lo que contaban». Hizo que su hijo le escribiera el relato y dibujara lo que decían haber visto y después decidió llevar la película a un fotógrafo de la localidad, Pattison, para que revelara el clisé, con la convicción de que no saldría nada. Pero no fue así, pues Pattison poco después, asombrado, llevaba a casa de los Darbshire la noticia de que algo parecido a un platillo volante figuraba en la fotografía.

Era verdad, un objeto perfectamente definido, en forma de platillo había sido recogido por el negativo, aunque en forma algo borrosa, si bien lo suficientemente clara para apreciar el detalle de los tres soportes inferiores, dar una idea de las oscuras troneras de la cúpula y algo semejante a un cono, en el centro de la parte inferior.

Antes de darlo a la publicidad, el doctor Darbshire volvió a interrogar a los pequeños para asegurarse de que no le harían hacer el ridículo, y los dos insistieron en la historia. «Conozco muy bien a Stephen —dijo más tarde el padre— y comprendí que no estaba mintiendo. No cabría en mi cabeza que hubieran podido arreglárselas para componer tal negativo. Después de un consejo familiar, se decidió que el hecho era tan importante que no podía ser silenciado.»

La primera reacción de la Prensa fue la del *Daily Mail*, que envió a un reportero a estudiar el caso. Este quedó sorprendido, como todos los demás, al comprobar que la fotografía era verdadera. Sin embargo, el corresponsal científico del *Mail*, J. Stubbs Walter, comentó que, bajo ciertas condiciones, los cristales de hielo daban la sensación de una sólida imagen. Lo que no explicó fue cómo una nube de hielo podía producir imagen exacta de un platillo volante completo, con su cúpula, sus troneras, los tres soportes inferiores y su silbido al cortar el aire. Poco después *Al Griffin* del *Lancashire Evening Post* dedicaba una página entera a una detallada exposición del acontecimiento, con la reproducción de las fotografías de Stephen y Adamski, para su comparación.

Esto era lo sorprendente del caso: el objeto fotografiado por el joven Stephen era idéntico en apariencia al que viera y fotografiara también George Adamski dos años antes.

El duque de Edimburgo, que es un firme convencido de la realidad de los platillos volantes, oyó hablar de ello hallándose en Australia, y más tarde invitó al joven Stephen a que fuera al palacio de Buckingham para darle detalles de lo que había visto.

De todos los que oyeron hablar de la fotografía de Stephen, probablemente el más intrigado

fue el escritor y ex piloto de aviación Desmond Leslie.

Leslie había colaborado con George Adamski en el libro *Platillos volantes han aterrizado* (1), que habla del aterrizaje del platillo volante en California, visto y fotografiado por Adamski, libro que ha tenido un notable éxito, ya que en Estados Unidos se han vendido 55.000 ejemplares y 45.000 en el Reino Unido. Además, ha sido traducido o está próximo a traducirse en Francia, Alemania, México, Noruega, Portugal, Suecia y en el Japón.

Leslie estaba ansioso de descubrir si la descripción del platillo fotografiado por Stephen Darbshire estaba conforme con la extraordinaria narración de Adamski. Para ello se desplazó a Coniston, donde durante dos días y medio fue huésped de la familia Darbshire. En su artículo «El platillo de Coniston», describe su permanencia en aquella localidad y los testimonios que pudo conseguir sobre este caso.

A guisa de apéndice incluía una descripción hecha por el propio Stephen de lo sucedido y un resumen del informe hecho por Leonard C. Cram, sobre la comparación científica entre el dibujo de Darbshire y las fotografías de Adamski, especialmente la del 13 de diciembre de 1952, tomada por éste, a las 9.10 de la mañana, sobre su casa.

¿Qué hay de verdad, después de todo lo expuesto, en el «caso Adamski»? Lo más sensato es creer, provisionalmente y en tanto los hechos posteriores no lo confirmen o lo desmientan, en la autenticidad de las fotografías, tanto de Adamski como de Stephen Darbshire, y suponer que aquéllas dieron pábulo al primero para sus fantásticas historias de venusianos. Una observación reciente (comunicada al autor por J. Bordas), parece constituir una nueva confirmación. El 15 de setiembre de 1965, de 5 a 8 de la tarde, fueron vistos sobre Santa Coloma (Andorra), y también desde la vecina Engordany, dos OVNIS tipo «Adamski» (con las

tres bolas o «tren de aterrizaje» en la parte inferior y forma acampanada), puestos uno sobre el otro, y que de pronto partieron verticalmente a gran velocidad. En Finlandia, dos esquiadores vieron cernerse un «platillo» idéntico al de Adamski, del que descendió, por un «tubo de luz», un hombrecillo (1).

Ya hemos dicho que la principal objeción que presentaríamos al bello venusiano de Adamski es precisamente su belleza tan venusiana. Pero analizando más detalladamente la cuestión, hemos descubierto algo más: que el bello ser del espacio es el propio Adamski, idealizado. Es una proyección, una encarnación de los ideales de este filósofo pacifista con ribetes de vegetariano y teósofo. Su venusiano es un Adamski, rubio como él, pero más joven, más bello y que predica la paz y el fin de la carrera de armamentos atómicos.

Sus innegables buenos deseos hacen que se le pueda perdonar, en parte. Posiblemente, Adamski creó su mito basándose —ya lo hemos dicho— en algún hecho real: la observación de un OVNI; sus fotografías. Si su venusiano no se le pareciera tanto, hasta semejar un hijo espiritual suyo, creeríamos más en él. Pero Adamski se llevó su secreto a la tumba, al fallecer el 23 de abril de 1965, de un ataque cardíaco, en un hospital de Washington. Descanse en paz.

Al exponer el caso «Adamski» nos hemos referido de paso al platillo caído en México. ¿Qué sucedió en realidad? Las informaciones que poseemos son muy confusas y poco de fiar. Al parecer, un tal Ray Dimmick juró a las autoridades y a los periodistas de Los Angeles que un disco volante se había estrellado contra una montaña cerca de la ciudad de México. El aparato iba tripulado por un piloto enano, de 60 centímetros de altura. Él había visto los restos de un disco de 19 metros de diámetro, hecho de un metal más ligero que el aluminio y movido por dos motores. Añadió que el piloto enano había muerto en el choque y su cuerpo fue recogido y embalsamado para estudios científicos. Los restos del disco habían sido incautados

(1) FSR, Set./Oct. 1970: A Humanoid was seen at Imstrut, by Sven-Olof Fredrickson. El incidente ocurrió el 7-1-1970.

(1) *Flying Saucers Have Landed*, Werner Laurie Ltd., Londres, 1965. Después Adamski publicó *Inside the Space Ships* (1966) y *Paravels to the Flying Saucers* (1964).

por las autoridades mexicanas.

Después, Ray Dimmick dijo que todo lo que había visto eran unos trozos metálicos, los cuales, según unos compañeros en el negocio procedían de un disco volante. Al parecer, la broma siguió, porque al día siguiente recibió una llamada telefónica de México diciéndole que otro disco, con su correspondiente piloto enano se había estrellado cerca de Mazatlán.

Por esta época, las historias de hombrecillos del espacio que habían realizado aterrizajes forzoso en nuestro planeta proliferaron. En junio de 1950, una revista semanal llamada *Talk of the Times* publicó un relato «demostrado» por dos fotografías, que, según el semanario, se habían tomado en Arizona. En la primera de ellas se veía un enorme disco volando muy inclinado. Su epígrafe decía:

«Alcanzado por cohetes interceptores, el objeto explotó entre una lluvia de chispas. Veinte cápsulas plateadas cayeron al suelo.»

En la segunda fotografía aparecían dos hombres en gabardina, sujetando entre los dos a una extraña figurilla brillante de un metro de alto. Dos muchachas contemplaban con temor al hombrecillo.

Decía así el epígrafe: «Cuando se rompió una de las cápsulas plateadas, fue capturado el primer hombre de Marte. El testigo McKennerich, de la Policía de Phoenix, afirmó: "Me sentí sobrecogido ante la importancia de aquel gran momento. Por primera vez veía a un ser de otro mundo. Al propio tiempo me impresionaba la desesperación que demostraba aquel Hombre de Aluminio. Su cuerpo estaba recubierto de una brillante hoja metálica. El observatorio de Phoenix presume que esta armadura sirve como defensa contra los rayos cósmicos."»

Nunca más volvió a saberse del Hombre de Aluminio.

Entre los que lanzaron estas historias de hombrecillos —que no hay que confundir con impresionantes relatos como los de Premanon y Chabeuil, que damos en la parte correspondiente a Francia de este libro y que tienen todos los visos

de autenticidad— se cuenta Frank Scully, autor de varios artículos en *Variety* y de un libro que hizo furor entre los «ufólogos», titulado *Behind the Flying Saucers*. En esta obra Scully afirmaba que dos discos volantes de Venus cayeron en el sudoeste de los Estados Unidos. Entre sus restos, se hallaron los cadáveres de varios hombrecillos. Según Scully, la Fuerzas Aéreas se hicieron con los cadáveres y los discos para estudiarlos en secreto.

Por si fuese poco, Scully consiguió penetrar en un disco venusiano —movido por electromagnetismo— y darse un paseo en él.

Otro que también se dio un paseo en platillo volante un mes más tarde, en julio de 1950, fue un tal Daniel W. Fry, autor además de una fotografía que ofrece grandes dudas.

La fantasía se desborda en el caso del peón caminero Truman Bethurum, el cual no sólo subió a un gigantesco disco, sino que celebró varias entrevistas con su... ¡capitana!, una hermosa venusiana que al parecer sentía debilidad por los individuos calvos como una bola de billar como Bethurum. La capitana del disco recibía a su amigo terrestre rodeada de una corte formada por los conabidos hombrecillos, lo cual debía de darle un inefable aspecto de Blancanieves y los siete enanitos (1).

Otros americanos que afirman haber tenido contacto con gente del espacio son Orfeo Angelucci y el mexicano Salvador Villanueva. En Italia, un tal Siragusa se entrevistó con dos seres «adamskianos» al pie del monte Etna. A consecuencia de ello, Siragusa fundó la «Fratellanza Cosmica», de fines misionales y pacifistas. Al mismo tiempo, la médium Germana Grosso se comunicaba telepáticamente con el «marciano» Ashtar Sheran, jefe de las flotas celestiales.

Uno de los primeros en tener contactos fue don José C. Higgins, que en agosto de 1947 se tropezó en el Paraná con tres astronautas vestidos con unas escafandras transparentes, hinchadas como un neumático de automóvil. A la espalda llevaban una especie de mochila de metal. Uno de ellos di-

(1) Sobre Bethurum y Fry. Vid. *They Rode in Space Ships*, de Gavin Gibbons, Neville Spearman, Londres, 1957.

bujó en el suelo un punto rodeado de siete círculos y luego señaló el séptimo círculo y después el aparato del cual habían desembarcado. Los tipos eran perfectamente humanos. Paraná es uno de los Estados del Brasil.

La Argentina no quiso quedarse atrás, y el 28 de noviembre de 1953, en Guaporé, Pedro Serrate y Francisco de A. Teixeira vieron un extraño aparato discoidal en la Bahía de los Patos, en cuyo interior se divisaban seis personas de estatura mediana, cabellos rubios y tez sonrosada.

Parece ser que tres años antes, otro argentino, el estanciero Wilfredo Arévalo, había tenido una entrevista muy semejante a la del señor Higgins.

Entre los dos casos anteriores se sitúa el del campesino italiano Nello Ferrari, de 41 años. Este manifestó a los carabinieri de Castel Franco Emilia que, hallándose en el campo en las proximidades de su hacienda cerca de Módena, vio un aparato formado por dos discos superpuestos, inmóvil en el aire a unos 10 metros sobre su cabeza. Tres hombres vestidos con un material semejante a caucho transparente, le dirigieron la palabra en una lengua que él no entendió. Después el disco superior se unió al inferior y el aparato ascendió verticalmente y a gran velocidad. (Cf. observación andorrana de Sta. Coloma.)

Dos años después, en 1954, el campesino francés Antoine Mazaud había de tener el extraño encuentro que referimos en el lugar de este libro donde se describe la oleada del otoño de este año que se abatió sobre Francia.

Una magna «convención» ufológica

Los días 7 y 8 de agosto de 1954 se celebró en la cumbre este del Monte Palomar, una magna convención ufológica, con asistencia de las más relevantes personalidades en el mundo de los platillos volantes. Cerca de mil personas se reunieron al aire libre en un claro del bosque y a más de 2.000 metros de altura, frente a la rústica hospedería denominada «Skyline Lodge». La asistencia fue de

lo más variado posible: había periodistas, incluso extranjeros, policías, agentes del FBI, científicos, técnicos en aviación y cohetes, testigos de apariciones de discos y simples curiosos. Dicha reunión, a pesar de celebrarse en las proximidades del Gran Observatorio, no tenía nada que ver con éste ni contaba con su refrendo.

Las «estrellas» de la reunión fueron, sin duda alguna, tres de los más famosos «contactees»: George Adamski, Truman Bethurum y Daniel Fry. Estas tres vedettes de las relaciones interplanetarias explicaron detalladamente sus «entrevistas» desde la tribuna pública y dedicaron docenas de libros a sus admiradores. Adamski, asistido por su fiel amigo Desmond Leslie, fue de todos modos la gran figura de la reunión, y el que acaparó la atención general. Se produjo un gran revuelo cuando entre el público se señaló la presencia de dos jóvenes y una muchacha de aspecto muy sospechoso. Esta, principalmente, con sus largos cabellos rubios a lo Verónica Lake y sus ojos misteriosos, se parecía extraordinariamente al venusiano de Adamski. Debidamente interrogada, resultó llamarse Dolores Barrios, ser dibujante de modas y vivir en Manhattan Beach. Sus dos acompañantes manifestaron ser músicos. Los tres desaparecieron tan misteriosamente como habían surgido, de'ando una sombra de duda en el ánimo de muchos.

Lamentamos mucho no haber podido asistir a esta reunión del Monte Palomar, que desde luego debió de ser muy edificante, y demostrar que la credulidad y la bobería humanas no conocen límites.

El «aterrijaje» de Noruega

El mismo año en que el mundo platillístico se reunía en Monte Palomar, había de suceder a muchos miles de kilómetros de allí, en Noruega, un extraño suceso del que ya no podemos librarnos con una simple sonrisa. Ocurrió en la Noruega septentrional, región de Mosjean y en los alrededores de la aldea de Ceydalen. Los testigos de esta

extraordinaria aventura fueron dos mujeres jóvenes: la señorita Edith Jacobsen, de 24 años, y su hermana la señora Asta Solvang.

A primeras horas de la tarde, ambas hermanas penetraron en el bosque para recoger mirtilos en compañía de su tío, Halvdan Jacobsen, el cual tomó otro camino y se alejó de su vera. Las dos jóvenes descendieron, cerca de un seto, un lugar donde los mirtilos abundan, así como las bayas silvestres, e iniciaron su recolección. Fue entonces cuando distinguieron a cierta distancia a un hombre que avanzaba hacia ellas, sonriendo y agitando la mano. Vestía una especie de larga guerrera caqui cerrada en el cuello, sin botón ni broche. Un amplio cinturón le rodeaba el talle. Tenía una larga cabellera castaña, ojos claros, ligeramente entornados, y una tez muy bronceada.

Estupefactas, las dos jóvenes vacilaron; pero, ante la fisonomía simpática y sonriente del desconocido, respondieron a su saludo preguntándole quién era. El misterioso sujeto sonrió, rozó con su mano la que le ofrecían las jóvenes y habló con una voz dulce de melodiosas inflexiones.

A pesar de que las dos noruegas hablaban correctamente el inglés, el alemán y poseían nociones de español, de francés y de ruso, con gran sorpresa por su parte, no comprendieron una sola palabra.

«Tenía las manos muy hermosas —explicaron algunos días más tarde a los que vinieron a interrogarlas—, con dedos largos y finos como los de un pianista. Se desprendía de su persona una sensación de bondad natural, de amistad y de seguridad, que nos sorprendió en gran manera.»

Dándose cuenta de que no le comprendían, el desconocido sacó de su túnica una especie de lápiz y una hojita de un material parecido al papel, sobre el que dibujó un punto central rodeado de muchos círculos, que representaban las órbitas de los planetas de nuestro sistema solar.

Las dos jóvenes, muy impresionadas, no se fijaron, por desgracia, qué órbita indicó el desconocido después de señalar las de la Tierra y la Luna. A continuación, el extraño ser —cuya semejanza con el descrito por Adamski no deja de ser sor-

prendente— invitó por señas a las dos mujeres que le siguiesen. Intrigadas y algo asustadas, ellas lo hicieron y, en un pequeño claro del bosque, descubrieron un aparato lenticular, parecido a «dos tapas» de cacerola encerradas por su parte cóncava, con una especie de cúpula en el centro». El aparato, de un color gris azulado, medía 4/5 metros de diámetro y 1,150 de alto en su eje. Cuando ellas quisieron aproximarse más, el hombre les indicó por gestos que no lo hiciesen. Acto seguido abrió una escotilla en la base de la cúpula, penetró en el aparato y cerró la portezuela. Resonó un débil zumbido y poco después el disco despegó lentamente, girando sobre sí mismo.

Más tarde las testigos de este sorprendente suceso revelaron que, sólo en aquel momento, nació en su mente la idea de un platillo volante. Hasta entonces, a pesar de hallarse muy sorprendidas, no se les había ocurrido tan «extravagante» hipótesis.

Al hallarse a unos 40 metros de altura, la navecilla circular se detuvo durante unos segundos, aceleró su rotación y luego se elevó diagonalmente, desapareciendo a una velocidad increíble.

Estupefactas ante tan extraño suceso, las jóvenes noruegas decidieron no contárselo a nadie, por temor al ridículo que correrían al no poder demostrar la verdad de sus afirmaciones. Sin embargo, Asta Solvang no supo ocultar el secreto por mucho tiempo a su marido, quien se extrañaba de su actitud rara desde hacía algunos días. Intrigado de momento, el señor Solvang terminó por aceptar a pies juntillas la verdad de aquel relato.

Solvang advirtió a la Policía, y ésta se presentó en el lugar seis días después del suceso, careando meticulosamente a las dos mujeres, cuyas declaraciones concordaban hasta en el menor detalle. El informe preliminar declaraba que las dos mujeres eran de natural tranquilo, y no se interesaban por la política ni por los problemas mundiales, ocupándose únicamente de sus labores domésticas. Quedaba completamente descartada la posibilidad de un engaño deliberado.

Las autoridades noruegas, intrigadas y desazonadas por la publicidad que daba a este suceso la

Prensa mundial, realizaron una minuciosa investigación, de la que no salió nada en claro, por falta de pruebas. A continuación se publicó una nota oficial en la Prensa noruega negando la verdad de lo ocurrido y atribuyéndolo a la «imaginación desenfrenada» de las dos pobres mujeres.

Aprovechando el estado de ánimo que suscitó esta declaración oficial, el general Motzfeldt, portavoz de las Fuerzas Aéreas noruegas, declaró que un gran helicóptero prestado por las Fuerzas Aéreas norteamericanas para efectuar unas operaciones de transporte y pilotado por un americano, se hallaba precisamente en la zona donde las dos hermanas aseguraron haber visto un platillo volante y su piloto. A continuación, el general Motzfeldt daba incluso el nombre de este pretendido piloto, diciendo que se llamaba Baily Faurot y precisando que el 25 de agosto confirmo haber encontrado en la región de Mosjean a los dos jóvenes, que tomaron a su helicóptero por un platillo volante y a él por un habitante de Marte.

Ahora bien: el suceso que nos ocupa no ocurrió el 25 de agosto, sino el 20, o sea, cinco días antes. Además, según la encuesta realizada por la *Flying Saucer Review* británica, resulta que el piloto en cuestión negó energicamente haber encontrado a las dos jóvenes noruegas, afirmando que jamás aterrizó en los bosques de Escandinavia. El *France Soir* del 28 de agosto de 1954 también recoge unas declaraciones de Baily Faurot, en idéntico sentido.

Por si fuese poco, las autoridades locales afirmaron que ningún helicóptero de «gran tamaño» (según las palabras del general Motzfeldt) podía haber aterrizado en aquella espesa región boscosa. Por otra parte, es muy difícil creer que las dos jóvenes noruegas confundiesen a un helicóptero —de traza muy característica— con un aparato discoidal de 4/5 metros de diámetro. Recuerdese, además, que ambas hablaban correctamente inglés, a pesar de lo cual no entendieron una palabra de lo que les dijo el desconocido.

He llamado ya la atención del lector acerca de esta extraña semejanza. ¿Habrá que inferir de ella que, o bien se trataba de un ser de idéntico ori-

gen, o bien ambas jóvenes mintieron deliberadamente, tomando como pauta para su *venusiano* el célebre relato de Adamski? En este segundo caso habría que suponer una gran cultura y una curiosidad intelectual en las dos sencillas campesinas noruegas.

Este caso se alza como un gran interrogante frente a nosotros, reivindicando hasta cierto punto al difamado Adamski. Repetimos que, en toda esta oscura y misteriosa cuestión, sólo el tiempo podrá aportarnos la prueba definitiva. Hasta entonces, es mejor ser prudente y no aventurar suposiciones ni en pro ni en contra.

Poco después, en Europa se había de producir otro caso célebre: el de Marius Dewilde, del que me ocupo detalladamente en este libro.

En los años sucesivos se registraron pocos casos de aterrizajes y contactos con seres del espacio. Hasta que el 6 de noviembre de 1957, un habitante de la localidad estadounidense de Kearney afirmó que vio cómo una extraña nave «en forma de puro» aterrizaba en un prado de Nebraska, y conversó con cuatro hombres y dos mujeres que iban en su interior.

Reinhold Schmidt, de 48 años de edad, afirmó que los pasajeros de la aeronave hablaban en inglés y alemán y que le manifestaron que «en su debido tiempo sabría lo que estaban haciendo».

Al cabo de 20 minutos de agradable conversación —agrega Schmidt— los tripulantes del aparato subieron a él y éste se elevó «como un helicóptero».

Un agente del FBI salió para esta ciudad a fin de investigar los hechos.

Las declaraciones de Schmidt no tendrían mucho valor, y probablemente habría que pensar que esta vez se trataba efectivamente de un helicóptero, si aquel mismo día 6 de noviembre el guardacostas norteamericano *Sebago* no hubiese informado haber localizado a un objeto volante no identificado a unos 320 kilómetros al sur de la desembocadura del Mississippi.

El barco, en servicio por el Golfo de México, radió haber localizado por radar un extraño objeto volador que se desplazaba a gran velocidad y

que, segundos más tarde, se hizo visible a simple vista. Dicho objeto, que brillaba cegadoramente, empezó a describir círculos en torno al barco, a unas 175 millas al Este. Después se dirigió hacia las costas de Louisiana, en dirección Norte. El servicio de guardacostas avisó, desde Nueva Orleans, a todos los barcos que navegaban dichas aguas para que tratasen de localizar el misterioso artefacto que volaba, según un cronometraje realizado en el *Sebago*, a más de dos mil kilómetros por hora.

¡Ardua y difícil tarea la del investigador contemporáneo que, avanzando casi a tientas por un sendero desconocido, trata de arrojar un poco de luz sobre uno de los mayores misterios de nuestra época! Misterio, sin embargo, que tiene el agravante de no contar con el reconocimiento de la ciencia oficial, que se desentiende del asunto, salvo contadas excepciones, representadas por algunos sabios, que no hacen más que confirmar la regla. Así, ignorados olímpicamente por la ciencia oficial, los «platillos» han caído en la tierra yerma e inculta del sensacionalismo, donde tan difícil es separar el trigo de la cizaña. Sin embargo, en todo el mundo existen unos pocos hombres que, sin importarles el silencio de los sabios ni la algarabía de los ignorantes, prosiguen calladamente sus estudios, reuniendo poco a poco las piezas de este inquietante rompecabezas. Michel, Keyhoe, Plantier, Buelta, Miller, Guieu, Thayat, Vallée, Fouéré, Le Poer Trench... éstos son los nombres de los paladines de lo desconocido, los que van arrebatando poco a poco su misterio al enigma y van componiendo el rostro de la esfinge extraterrestre, que algún día abrirá su boca para hablar...

Mas para el historiador, que se debate entre hechos que le son contemporáneos y que le llegan muchas veces deformados, sin poder efectuar una comprobación directa, la tarea resulta en ocasiones abrumadora. Pues una de las mayores dificultades con que se enfrenta es la misma complejidad y vaguedad de la cuestión, sus aspectos múltiples, a veces dispares, fabulosamente separados en muchas ocasiones en el espacio y en el tiempo. ¿Cómo se pueden pesar con la misma balanza un

sobrio y lacónico informe del ATIC, la nota de un historiador alemán sobre el cultivo del algodón en el Perú preincaico, las declaraciones de un chófer madrileño que afirma haber visto un platillo volante en la Puerta del Sol y la peregrina afirmación de un pastor protestante canadiense, que pretende que la Estrella de Belén era nada menos que un «objeto no identificado»? Estos cuatro botones de muestra darán una idea de lo complejo, nebuloso y resbaladizo del asunto, pues, aunque parezca mentira, todos ellos interesan al investigador, pues detrás de todos ellos puede haber algo de verdad, o algo que se relacione directa o indirectamente con esta fabulosa cuestión:

¿ESTA SIENDO VISITADA LA TIERRA. O LO FUE EN EPOCAS HISTÓRICAS, POR SERES PROCEDENTES DEL ESPACIO EXTERIOR A NUESTRO PLANETA?

«El caso más asombroso»... y otro que le va a la zaga

Deseo cerrar el capítulo sobre posibles contactos, con «el caso más asombroso de todos» (The Most Amazing Case of All), como lo califica Gordon Creighton (1), y el espeluznante caso de Kelly, referido por un autor tan serio como Jacques Vallée (2), y que acaso malogró, por culpa de unos americanos demasiado *trigger-happy*, una de las raras ocasiones de establecer contacto que se han presentado. El «caso más sorprendente de todos» está también citado por René Fouéré en el boletín del G. E. P. A. En mi versión me ciño principalmente a su texto (3).

El caso que mereció tal calificación ofrece bastantes garantías de autenticidad y constituye uno de los pocos indicios que poseemos acerca de las posibles intenciones de nuestros «visitantes». A este respecto, escribe Fouéré: «Numerosas personas predicán por estos mundos que los extraterrestres

(1) *Flying Saucer Review*, enero-febrero y marzo-abril de 1963.

(2) *Anatomy of a Phenomenon*, pág. 173.

(3) *Phénomènes Spatiaux*, n.º 4, mayo de 1966.

son seres todo dulzura y bondad, criaturas angélicas (en el sentido teológico de la palabra o casi) venidas para salvarnos de nuestra propia locura y arrancarnos a los tormentos que nosotros mismos nos infligimos. Estas personas acaso tengan razón, en el caso de algunos extraterrestres. Pero nosotros no estamos seguros de que todos nuestros visitantes del espacio procedan de un mismo planeta y estén animados de las mismas intenciones. En nuestro propio universo humano ya encontramos numerosos contrastes, algunos de ellos desesperantes. Otro tanto podría ocurrir fuera de nuestro mundo. Las mismas religiones que creen en los ángeles, creen también en los demonios.»

«A menos que estén dotados de sentidos capaces de revelarles energías más poderosas y manejables que todas las que hemos descubierto hasta ahora, los ocupantes de los platillos volantes deben de tener un adelanto técnico e intelectual sobre nosotros. Pero la historia pasada o reciente de nuestro planeta abunda en ejemplos de civilizaciones técnicamente superiores pero capaces de una gran crueldad. Esto podría repetirse a otra escala. El hecho de que, hasta el momento, no se hayan señalado actos hostiles por parte de los extraterrestres, no demuestra nada en cuanto al porvenir. Si deseamos mantener la objetividad, conviene reconocer que la naturaleza y los fines de nuestros visitantes celestes continúan siendo misteriosos. Incluso pudiera ser, como ha apuntado Aimé Michel, que nos fuesen incomprensibles para siempre. En tales condiciones, lo prudente es mostrarse circunspecto. Al esforzarnos por persuadir a nuestros semejantes que no tienen nada que temer de los pilotos de los discos volantes, podríamos hacerlos incurrir en peligros desconocidos. La historia que vamos a resumir, comunicada por Mr. Gordon Creighton, eminente diplomático, colaborador de la FSR, que ha residido durante muchos años en el Brasil, no hace más que confirmar esta actitud de prudencia que no hemos cesado de predicar por lo que respecta a esta cuestión.»

El 14 de diciembre de 1957, en un lugar que, según las deducciones de Mr. Creighton, no sería otro sino Ponte Poran, aglomeración brasileña si-

tuada cerca de la frontera del Paraguay, a unos 1.500 km al oeste de Río de Janeiro y aproximadamente a su misma latitud, un joven labrador brasileño, al que en nuestro relato daremos el nombre de «Adhemar» (1), estaba arando de noche, en compañía de su hermano, un campo situado en un llano, a orillas de un río. El arado estaba arrastrado por un tractor. Alrededor de las 11 de la noche, Adhemar señaló a su hermano la presencia de una luz en el cielo, que cambiaba de posición cada vez que los labradores daban la vuelta al llegar al extremo de un surco. Cuando aquella luz se acercó a los dos hermanos, éstos se asustaron, desengancharon el arado y volvieron al pueblo con el tractor.

A la noche siguiente Adhemar se encontraba solo en el campo alrededor de las 12. Una luz pa-



Seres que raptaron a «Adhemar», según dibujo de la FSR. Compárese la pieza central del cinto (intensa luz roja) con el relato de Johannís (página 228).

recida a una estrella se aproximó a gran velocidad, para inmovilizarse a cosa de cien metros de altura sobre el campo, pocos segundos después. Asustado, Adhemar quiso volver a su casa y empezó a accionar el dispositivo hidráulico de desenganche del arado. Pero el dispositivo no funcionaba y mien-

(1) El verdadero nombre de «Adhemar» es António Villas Boas. Se ocultó su identidad para evitarle molestias e interrogatorios por parte de espontáneos.

tras que Adhemar trataba de hacerlo funcionar, el motor del tractor se paró. En aquel momento, el misterioso objeto descendió bruscamente y aterrizó a unos 20 metros del tractor. Adhemar, aterrizado, vio salir de la máquina a dos «personas», que corrieron hacia él. Presa de pánico, saltó de su tractor y trató de huir, pero los dos personajes (descritos ahora como «hombres») lo sujetaron por detrás. Él consiguió tirar a uno de ellos por encima de su cabeza, pero llegaron otros dos y también lo sujetaron. Finalmente, cuando cinco o seis de ellos se colgaron de sus brazos y piernas, él abandonó la lucha, no sin darse cuenta antes de que, tomados uno a uno, sus agresores eran menos fuertes que él y hubiera podido vencerlos. (Tenga en cuenta el lector que el brasileño Adhemar, posiblemente mestizo de indio, es un hombre de pequeña estatura.)

El Labrador cautivo fue conducido a empellones hacia la máquina y le hicieron subir por una escalera y penetrar por una puerta en un compartimiento circular de 1,50 a 1,80 metro: de altura y de 1,80 a 2,10 metros de diámetro. En el centro de este compartimiento había una columna que iba del suelo al techo, y, en las paredes, orificios cuadrados «parecidos a los que se ven en las instalaciones eléctricas».

Sobre una mesa de tres patas había un instrumento y, por medio de un dispositivo flexible, parece ser que sus captoreos tomaron muestras de sangre de Adhemar, en dos puntos situados cerca de la parte saliente del mentón. Acto seguido, desnudaron al Labrador con sorprendente destreza, conduciéndole entonces, por una puerta, a otro compartimiento cuyo único mobiliario consistía en una litera recubierta de un material plástico. Lo tendieron sobre dicha litera y le pasaron por todo el cuerpo una especie de esponja empapada de un líquido refrescante. Adhemar supuso de momento que lo hacían para limpiarlo, porque estaba sucio.

Después de pasar, según calculó, cinco minutos en el primer compartimiento, calcula que permaneció veinte minutos en el segundo. Nadie fue a molestarlo pero notó de pronto que un olor penetrante invadía la estancia. Presa de unas irrisis-

tibles náuseas, Adhemar experimentó un violento malestar.

Había en el compartimiento una tercera puerta, que se abría en aquel instante. Dos hombres introdujeron por ella a una joven de talla comprendida entre 1,40 y 1,50 metros. La dejaron con él y se retiraron. La joven, que estaba completamente desnuda, avanzó sonriente hacia él, tendiéndole los brazos...

Adhemar dijo al doctor Buhler que ella tenía cabellos rubios más bien ralos pero se hallaba desprovista de cejas y pestañas —o bien éstas eran finísimas y muy rubias— y no tenía vello en el cuerpo. Tenía las orejas pequeñas; el mentón, los labios y la nariz eran de una delicada conformación; sus ojos tenían un aspecto «chino», los pómulos eran salientes (como entre los pueblos eslavos), la dentadura era blanca y bien formada. Adhemar calculó que pesaba 35 kg.

A su debido tiempo, la muchacha, que permaneció muda durante todo el incidente, dejó a Adhemar, quien se quedó sorprendido al ver que la puerta se abrió automáticamente ante ella. Adhemar se mostró reticente y embarazado cuando el doctor Buhler le pidió más detalles acerca de lo que ocurrió entre él y la muchacha.

Cuando ésta hubo salido, Adhemar volvió al primer compartimiento en busca de sus ropas. Cuando estuvo vestido, se reunió con él un miembro de la tripulación, que lo condujo al exterior, sobre una plataforma que estaba al nivel del piso de los compartimientos. El Labrador pudo fijarse entonces en lo que le rodeaba. Los cinco o seis miembros de la tripulación que había visto vestían todos una especie de mono blanco, ajustado, formado por «escamas metálicas», que hirieron en las manos a Adhemar cuando se debatía con ellos. Todos llevaban un ancho cinturón, en la parte delantera del cual estaba fija una luz rojiza. Llevaban una especie de calzado blanco grosero que al parecer no tenía tacón, a juzgar por las huellas que Adhemar encontró al día siguiente en la tierra blanda. Tenían las manos cubiertas de gruesos guantes y llevaban la cabeza metida en un gran casco opaco, que sólo presentaba una pequeña ren-

dija horizontal a nivel de los ojos. Por detrás surgían dos tubos metálicos aplanados de un pequeño bloque que los hombres llevaban a la espalda, conectados por cada lado al casco.

Adhemar no pudo ver las caras de los hombres ni pudo saber si se trataba de seres parecidos a la mujer. Aquellos hombres no le dirigieron la palabra, limitándose a hablar entre ellos en una especie de lenguaje estridente del que Adhemar puede afirmar únicamente que no era sirio ni japonés. (En la región de Ponte Poran hay bastantes colonos japoneses y sirios.)

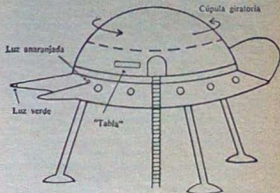
Aquellos seres, que sólo le llegaban al hombro (Adhemar mide únicamente 1,67 metros), eran de pequeña talla, pero la joven aún era más pequeña.

Adhemar declaró que la máquina volante de los intrusos se posó a 50 m de la orilla del río, cortándole el camino hacia su casa, situada a unos 3 km de allí. No comprendió qué clase de luz podía iluminar a la vez el interior y el exterior de aquella máquina «construida en forma de pájaro» y que, con su altura de 2,70 ó 3 m, descansaba sobre un trípode de 3 ó 3,60 m de altura (véase dibujo y compárese con la fotografía genovesa del *Corriere*). Aquellas patas, de 30 cm de grosor, se ensanchaban en la base, en el punto donde descansaban en el suelo.

El cuerpo principal del aparato medía de 15 a 18 m de largo y tenía una parte anterior puntiaguda, con una luz verde. Había también dos protuberancias paralelas más cortas, una por cada lado, cada una de las cuales tenía una luz anaranjada cerca de la punta. Por cada lado del cuerpo principal del aparato surgía una pequeña proyección «... en forma de tabla». La posición normal de aquellos salientes parecía ser la horizontal, pero Adhemar observó que cuando el aparato despegó, habían efectuado un giro de 30°.

Por encima del cuerpo principal, pero descansando en él, había una gran cúpula de 45 cm de espesor y aproximadamente de 9 m de diámetro. Esta cúpula estaba en constante rotación, incluso cuando la máquina permanecía posada en el suelo, produciendo un viento que el labrador podía sentir al encontrarse de pie en sus proximidades. Este

viento creció, hasta alcanzar la intensidad de un huracán, cuando la máquina empezó a despegar. No producía calor ni olor. Detrás del cuerpo principal se alzaba una placa vertical, muy parecida a un timón.



Croquis del «objeto» que vio el brasileño Antônio Villas Boas el 15 de diciembre de 1957, trazado por el doctor Buhler según sus indicaciones. El OVNI resultó ser parecidísimo a otro objeto fotografiado en Génova en junio de 1963. En ambos se observaba la presencia del trípode sustentador, la escalerilla y la cúpula.

Cuando Adhemar, que había bajado por la escala acompañado por un hombre, vio que el aparato iba a despegar, se alejó de un salto. La luz delantera de color verde adquirió un color blanco cegador y cuando la máquina se hubo elevado (el despegue se efectuó a una velocidad increíble), la luz blanca fue la única que permaneció visible en el cielo. El aparato partió rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos.

Al regresar a su domicilio, Adhemar experimentó nuevas náuseas, y, durante las tres semanas siguientes, tuvo el hígado doloroso y en la cara y los brazos le aparecieron pequeñas úlceras, que curaron rápidamente.

Cuando al día siguiente fue en busca de su tractor, comprobó que funcionaba perfectamente.

Las huellas de zapatos sin tacones dejadas por los tripulantes y las señales hechas por las tres patas de la máquina, aún eran claramente visibles en la tierra blanca recién labrada. Estas señales, subraya el doctor Buhler, eran una prueba de peso a favor de las declaraciones de Adhemar, y hubiera debido de hacerse una encuesta sobre el particular. Una prueba suplementaria estaba constituida por las dos señales que Adhemar tenía en el mentón, en los puntos donde le tomaron muestras de sangre. ¡Estas señales permanecieron visibles durante más de tres años!

Adhemar refirió a los dos doctores que fueron a visitarlo en julio de 1961, por cuenta de la «Sociedade Brasileira de Estudos Sobre Discos Voadores», que solamente habló de lo sucedido con una sola persona, además de las autoridades que lo interrogaron en Río. Ponte Poran es un lugar tan remoto y apartado, que los dos investigadores citados tuvieron que efectuar un viaje de 36 horas, durante el cual hicieron cinco transbordos de autocar y tomaron un ferry-boat. Añadió Adhemar que en dos ocasiones anteriores, cada vez de noche y unos meses antes de aquel extraño suceso, su domicilio fue iluminado violentamente desde lo alto por un aparato espacial. En una de estas ocasiones, su madre fue también testigo de esta intensa iluminación, mientras que en otra ocasión, todo el patio que rodeaba las dependencias del *sertão* fue iluminado desde arriba, hecho observado por Adhemar y su hermano desde la cama. Además, otras personas del poblado y otros pobladores vecinos vieron también aquellas luces nocturnas en numerosas ocasiones.

El doctor Buhler sugiere que el motivo más evidente de este «experimento genético», es el deseo de los seres del Espacio de crear por cruzamiento una especie capaz de vivir en la Tierra. ¿Y la misteriosa joven que se unió con Adhemar, decimos nosotros, no podría ser hija o nieta de uno cualquiera de los centenares de seres humanos desaparecidos misteriosamente durante el siglo pasado y principios del actual, según consta en las obras de Charles Fort?

Mr. Gordon Creighton emite también una hipótesis muy interesante. Supone que los hombres provistos de escafandra no podían respirar impunemente los gases que componen nuestra atmósfera. La muchacha, que no abandonó el «platillo», no llevaba escafandra, pero respiraba la atmósfera interior del aparato, que quizá fuese su atmósfera natural. Adhemar respiró esta atmósfera —lo cual quizá fuese causa del violento malestar que experimentó—, pero sobrevivió y tal vez hubiera podido adaptarse a ella. En tales condiciones, los extraterrestres acaso trataron así de crear una nueva raza que pudiese vivir simultáneamente en su atmósfera y en la nuestra. Una nueva raza con que poblar las regiones deshabitadas del Brasil. La aventura de Adhemar —escogido tal vez a causa de su pequeña estatura—, por sorprendente que sea, no es un hecho aislado, y, en tal caso, lo que apunta Gordon Creighton podría ser de suma gravedad. Tanto más cuanto que si unos extraterrestres quisiesen invadir nuestro planeta, el Brasil, y, en general, el continente sudamericano, con sus inmensas extensiones semidesérticas y en el que sólo se encuentran seres muy primitivos, ofrecerían, como nos dan a entender Gordon Creighton y Coral Lorenzen, unas condiciones ideales para establecer bases de los futuros invasores.

El malogrado Waveney Girvan, antiguo director de la FSR, decía que el testimonio de las gentes incultas e iletradas podía ser mucho más seguro y digno de fe que el de los «expertos». En parte, esto es verdad, aunque no hay que generalizar. Todo hace creer que en aquella región ocurrió algo extraordinario (la ya citada Mrs. Coral Lorenzen, en la página 138 de su notable obra *The Great Flying Saucer Hoax*, escribe que la noche del 21 de diciembre de 1957 —o sea, menos de una semana después del caso de Adhemar—, varios «platillos» aterrizaron a los ocupantes de automóviles y jeeps, volando sobre ellos y persiguiéndolos, cerca del poblado brasileño de Ponte Poran), y que Adhemar dijo la verdad, por asombrosa o amenazadora que nos pueda parecer.

Concluiré el caso de Adhemar con una cita de gran interés, que acaso nos dé la clave del mismo.

El número de enero-febrero de 1956 de la FSR contenía un artículo sensacional, escrito por un corresponsal especial de la revista que acababa de entrevistar en los Estados Unidos y en nombre de la misma a «una importantísima personalidad norteamericana... un hombre cuyo apellido haría sonar millones de campanas en todo el mundo». Aquel famoso personaje dijo al corresponsal especial de la *Flying Saucer Review*, pidiéndole que mantuviese su nombre en secreto, que «LAS AUTORIDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS HABIAN ESTABLECIDO EL HECHO DE QUE LOS PLATILLOS VOLANTES ESTABAN TRIPULADOS POR VISITANTES DEL ESPACIO INTERPLANETARIO Y DICHO VISITANTES TRATABAN DE DESCUBRIR UN MEDIO DE RESPIRAR Y VIVIR EN NUESTRA ATMOSFERA ANTES DE ATERRIZAR Y ESTABLECER CONTACTO».

Cuando Mr. Gordon Creighton, que es quien facilita estos pormenores, leyó dicho artículo en 1956, telefonó inmediatamente a Derek Dempster, primer director de la FSR, para preguntarle si le podía decir confidencialmente quién era aquel importante personaje. Le contestó que se trataba del general George Marshall, jefe del Estado Mayor norteamericano durante la última guerra mundial, creador del famoso «Plan Marshall» para ayudar a la Europa de la posguerra y secretario de Estado norteamericano para Asuntos Exteriores de 1947 a 1949.

El corresponsal especial a quien hizo la sorprendente revelación fue el doctor Rolf Alexander, gran autoridad en psicología analítica, neurología y bioquímica, ya fallecido, lo mismo que el general Marshall. Y añade Gordon Creighton: «No creo cometer ninguna incorrección revelando quién fue el autor de la declaración hecha hace nueve años, y cuento con el permiso de Derek Dempster para hacerlo. El general Marshall fue un gran hombre, que ocupó cargos importantísimos. Por lo tanto, sin duda tenía motivos muy fundados para afirmar lo que dijo.»

El aterrizaje de Kelly

El aterrizaje de Kelly (aldea situada al norte de Hopkinsville, en un Estado norteamericano de Kentucky) constituye un caso que fue objeto de un informe completo y bien documentado, según afirma Jacques Vallée (véase *op. cit.*), bien estudiado por las autoridades locales y que fue objeto de una amplia investigación por parte de la Aviación y la Policía. Lo que sigue es un resumen del expediente oficial sobre el caso, que contiene material verdaderamente fantástico. El reportero radiofónico Andrew B. Ledwith, que se hallaba en el lugar de autos la misma noche en que ocurrió el suceso, confirmó personalmente diversos puntos a Vallée, quien añade que pueden hallarse informaciones suplementarias en la Prensa local y en el libro del doctor M. K. Jessup, *The UFO Annual*. F. Aniceto Lugo refiere también el caso, de forma bastante deformada y fantástica, en su obra citada en la Bibliografía (págs. 115-122). Los relatos periodísticos eran inexactos en su mayoría; un investigador particular llamado J. Canders, efectuó afortunadamente una investigación por su cuenta y publicó lo que consiguió descubrir sobre el caso (muy parecido en general a lo que figura en el sumario de la Policía) en la revista especializada que edita Gray Barker. He aquí los hechos escuetos, que esta serie de investigaciones pusieron de manifiesto.

Tres niños y ocho adultos se hallaban reunidos en la casa donde ocurrieron estos sucesos la noche del domingo 21 de agosto de 1956. Kelly es una región rural, muy despoblada e inculta, del Estado de Kentucky. Los participantes en el extraño suceso fueron personas vulgares, totalmente desprovistas de la extraordinaria imaginación que hubiera hecho falta para urdir una patraña de tales dimensiones, pero también desprovistas de sentido del humor o del deseo de gastar bromas. Eran americanos rurales prosaicos y vulgares. Es un hecho comprobado que se hicieron numerosos disparos desde el interior de la casa contra algo exterior. También es un hecho que no se hacían pruebas

de aparatos o equipos militares especiales en las cercanías de la hacienda de los Sutton, y se comprobó que ningún circo o colección de animales salvajes se hallaba en la región cuando ocurrió el incidente, según las averiguaciones del ATIC.

A las siete de la tarde, Billy Ray Sutton, mozo de unos dieciocho años, salió de la casa para ir a beber agua al pozo. A la vuelta dijo haber visto caer un objeto volante detrás de la alquería.

En la casa nadie hizo caso de la noticia, y creyeron que se trataba de una estrella fugaz. Cosa de una hora después, fue visto por primera vez uno de los seres. Según varios testimonios, al principio pareció como «un extraño resplandor». Al acercarse a la casa, pronto se vio que era un «hombrecito».

Las manos del ser estaban levantadas, cuando se acercó a los testigos. Al encontrarse a unos seis metros de ellos, dos de los hombres presentes dispararon contra el personaje desconocido. Este dio una voltereta y desapareció en la oscuridad. Cuando los hombres entraban en la casa, otro ser parecido al primero apareció en la ventana y ellos le dispararon nuevamente a través de la persiana. También parecieron alcanzarle y desapareció. Entonces los hombres decidieron salir de nuevo pero al hacerlo vieron a otro ser encima de la casa, dispararon contra él y lo derribaron sobre el techo. Había otro en un árbol a cierta distancia y también tiraron contra él. El ser cayó flotando al suelo; en su excelente artículo, Jacqueline Sanders observa:

«Cada vez hicieron blanco en los invasores. Pero las balas no parecían producirles ningún efecto. Después de caer derribados por un disparo de la carabina de Sutton, los indeseables huéspedes volvían a levantarse y se esfumaban en las tinieblas.»

«Taylor dijo que derribó a uno de ellos de un tonel con su rifle del 22. Añadió que oyó cómo la bala chocaba contra el ser y después chirriaba al rebotar. El hombrecito cayó al suelo y rodó como una pelota.»

Taylor disparó cuatro peines de balas con su rifle del 22; alrededor de las once, los Sutton comprendieron que no podrían librarse de aquellos se-

res, que parecían ser invulnerables. Los niños, naturalmente, estaban muy impresionados, y el espanto de las mujeres no es para describirlo. Entonces decidieron abandonar la casa e irse en automóvil a Hopkinsville, donde se presentaron en la comisaría.

Todos los que han investigado el caso, tanto escépticos como convencidos, se hallan de acuerdo total en dos puntos: los Sutton no habían estado bebiendo y el pánico que demostraban al llegar a Hopkinsville no era fingido. Atendiendo a su petición de ayuda, más de una docena de agentes de policía del Estado, el condado y la ciudad se trasladaron a la granja de los Sutton a las 12.30, bajo el mando del jefe Greenwell. Jacqueline Sanders lo entrevistó y escuchó los comentarios de los policías locales:

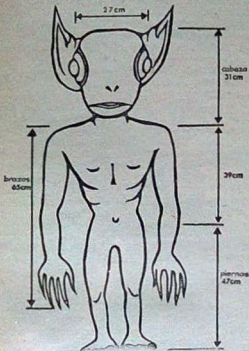
«Todos parecían impresionados ante el miedo evidente y la sinceridad que demostraron aquella familia, que estaba excitadísima. Al pedir informes a los vecinos, éstos dijeron que "los Sutton no bebían" y no se encontraron señales de que hubiesen estado bebiendo en la casa. Todos los testigos hicieron prácticamente el mismo relato, con pequeñas variantes, que dependían de la parte de la casa en que se encontraban cuando ocurrieron los hechos.»

La Policía adoptó medidas inmediatas y los agentes del Estado ocuparon la zona. Cuando uno de ellos se dirigía en coche a la alquería para participar en la búsqueda, informó haber visto varios extraños «meteoros» procedentes del Sudoeste, en dirección de la granja de los Sutton. Cuando él y su acompañante sacaron la cabeza por la ventanilla del coche para observar, dos de ellos les pasaron por encima con un fuerte silbido. Los Sutton estaban tan asustados, que no quisieron volver a su casa hasta después de que la Policía efectuó un completo reconocimiento. Se descubrieron algunos raros indicios en los terrenos próximos, pero no se halló ninguna prueba de que un aparato hubiese aterrizado en el barranco.

La descripción de los pequeños seres dada por los testigos es muy concordante. Los ojos de los seres eran de gran tamaño y al parecer muy sensi-

tivos. Se observó que siempre se aproximaban a la casa por el lado más oscuro. No se vio que los ojos tuviesen pupila ni párpados; cuando los testigos encendieron luces fuera de la casa, el resplandor pareció impedir a los seres que se acercasen a las puertas.

Al aproximarse a los testigos, los pequeños seres andaban lentamente, con las manos levantadas.



Retrato «robots» de los seres de Kelly, hecho por las Fuerzas Aéreas, según datos de los testigos.

Al ser alcanzados por los disparos no caían, sino que descendían flotando al suelo.

Según algunos testigos, no andaban sino que «parecían flotar» hacia ellos. La talla de aquellos

seres era de 1,05 ó 1,20 m, con manos y ojos muy grandes con relación a su tamaño, grandes orejas puntiagudas y brazos que pendían casi hasta el suelo (Jacqueline Sanders). Cuando se les preguntó sobre el vestido, los testigos dijeron que los hombrecillos parecían estar «niquelados» (algo parecido afirmó Marius Dewilde; véase capítulo siguiente).

Hay ciertas dudas acerca del número exacto de «hombrecitos». Los relatos publicados por la Prensa exageraron su número. Después de leer el informe de la Aviación, no parece que hubiese más de dos o tres. Uno de los testigos observó:

«Yo sólo sé lo que vi y vi a dos de ellos, aunque quizá fuese el mismo. Vi a uno alrededor de las 10 y media y el otro a las 3 y media de la madrugada. Esta vez observé al hombrecito durante más de un minuto.»

Lo sorprendente de este episodio es que parece concordar con descripciones hechas por testigos sudamericanos en 1954 y 1957, que no fueron publicadas por la Prensa norteamericana. (Por ejemplo, el caso de Petare, población de las inmediaciones de Caracas, del 29 de noviembre de 1954 —el personaje recuerda también el de Chabeuil—, el intento de secuestro de Carora, del 10-12-1954, etcétera., todos referidos en la obra ya citada del investigador venezolano Aniceto Lugo.)

Por mi parte, hallé una extraña confirmación previa del alucinante caso de Kelly en un caso muy antiguo referido en *Clypeus*, periódico especializado que se publica en Turín (1). El artículo está firmado por R. L. Johannis y refiere una observación que efectuó este pintor durante la primera quincena de agosto de 1947, hallándose en Raveo, pequeña aldea de Carnia (Friuli), próxima a Villa Santina. Aproximadamente a las nueve de la mañana del 14 de agosto, el señor Johannis, que era pintor, se hallaba subiendo junto al torrente Chiar-só, provisto de un «piolet» de alpinista, cuando vio un disco posado en el suelo (el autor de la observación ignoraba por completo la existencia de «plattilos volantes», pues la observación de Ken-

(1) Ha visto un disco volante, *Clypeus*, n.º 2-3, mayo de 1964.

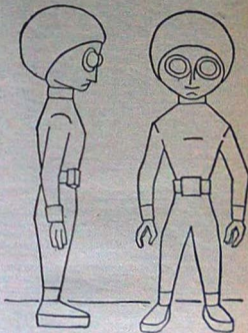
neth Arnold era muy reciente), de unos 10 metros de diámetro, y junto al que había dos seres de pequeña estatura, pues no llegaban a un metro, vestidos con una especie de mono de color azul muy oscuro, con un cuello y un cinto de color rojo vivo. La cabeza era mayor que la de un hombre normal, el rostro era de color verdoso terroso, la nariz recta, cortada geoméricamente y muy larga. Los ojos eran enormes, salientes y redondos, color de ciruela madura. En el centro se veía una línea vertical (¿pupila?). No observé que tuviesen cejas ni párpados, aunque los ojos estaban rodeados de una especie de anillos. El señor Johannis efectuó de memoria un dibujo de los extraños seres (que reproducimos), cuya cabeza parecía encerrada en un casco semiesférico.

Y ahora llegamos a la parte más singular del relato del señor Johannis. Atónito, se detuvo para contemplar los dos extraños seres, que de momento había tomado por dos niños. Después alzó los brazos en los que sostenía el «piolet» y los agitó en dirección a los seres y el disco, preguntándoles con voz alterada quiénes eran, de dónde venían y si podía ayudarles en algo.

Es probable que los dos seres interpretasen mal los ademanes del pintor, tomándolos como una amenaza. Uno de ellos se llevó la mano derecha a la cintura, y del centro de la misma (recuerde el lector la «luz roja» vista por Adhemar en el cinturón de sus captores), partió algo que parecía un hilillo de humo. Antes de saber lo qué le ocurría, el pintor se encontró tendido en tierra cuan largo era y el «piolet» se le cayó de la mano, incapaz de reterlo.

Y refiere R. L. Johannis: «Durante mi vida he tenido ocasión de soportar una sola vez una violenta descarga eléctrica, precisamente cuando era estudiante, en 1924, en el Instituto Técnico de Udine. El profesor de Física nos hizo poner en cadena y de este modo soportamos la descarga de una botella de Leyden. Pues bien: lo único que puedo decir es que entonces experimenté una sensación idéntica. Además, me sentí privado de fuerzas, y todas las tentativas que hice para incorporarme me costaron un esfuerzo tremendo.»

Mientras tanto, los dos enanos avanzaban y se detuvieron a dos metros de distancia de Johannis, junto al «piolet» caído. El pintor consiguió rodar hasta ponerse de costado y vio entonces que uno



Tripulantes de un disco dibujados por R. L. Johannis en 1947. Obsérvese la parte central del cinto (¿arma proyectora de un rayo paralizador?). Este tipo de «humanoide» ha sido visto, con ligeras variantes, centenares de veces en todo el Globo. Su talla oscila entre 0,80 cm y 1,20 m.

de los seres se inclinaba para recoger el «piolet», que era más alto que él. Fue entonces cuando pudo observar claramente su «mano» verde. ¡Tenía ocho

dedos, cuatro de los cuales eran oponibles! No era una mano: era una garra con dedos sin articulaciones. Observó también que los dos seres jadeaban afanosamente.

Acto seguido, los dos seres se alejaron, despareciendo dentro del disco y éste se elevó, para permanecer inmóvil en el aire, como un gigantesco escudo. Tras muchos esfuerzos, el señor Johannis consiguió sentarse y finalmente, más sereno, pudo regresar al poblado.

Su «piolet» había desaparecido.

Sobre el detalle de las pupilas, el propio señor Johannis, en una carta fecha 20 de marzo de 1964 dirigida a Settimo Gianni, director de *Clypeus*, dice textualmente: «Le adjunto dos dibujos hechos con tinta china, para ilustrar como usted desea el relato referente a mi encuentro con un "disco", y sus dos "pilotos", sucedido en el lejano 1947 en Carnia. A tal distancia en el tiempo... muchos de mis recuerdos se han debilitado y se han hecho algo confusos. Me refiero especialmente al aspecto exacto del "cuerpo" de los dos "seres" y también a la forma de las "pupilas", que no estoy seguro si eran una línea vertical, horizontal o si eran inexistentes. (Observe el lector que en el dibujo citado, los ojos no poseen pupilas.) Sin embargo, en líneas generales el dibujo puede considerarse fiel, salvo el detalle de las pupilas, especialmente el que representa la "cabeza" vista de frente.»

¿Serían estos seres los mismos entrevistados en Kelly? ¿Serían también los que raptaron por unos momentos a Adhemar? Por muchas razones, nos inclinamos más a creer en su realidad, que en la del bello y bondadoso «venusiano» de Adamski.

Al llegar aquí, conviene hacer una precisión muy importante. Es preciso distinguir entre los *contactos* mesiánicos, tipo adamskiano, acompañados de *mensaje* para la Humanidad; *mensaje* casi siempre de tipo evangélico, pacifista y anti-atómico, y los encuentros fortuitos con humanoides (casi siempre de pequeña estatura, a diferencia de los anteriores), en los que éstos no sólo no comunican ningún mensaje al atónito testigo, sino que toman las de Villadiego más que de prisa. Como humorísticamente observa el doctor J. Allen Hynek en su

obra *The UFO Experience* (1), «éstos no parecen tener ningún mensaje para la Humanidad, salvo el de "No nos molesten"» (*op. cit.*, pág. 30).

Hynek, en su libro citado, verdadero *textbook* fruto de sus veinte años de experiencia como consultante científico del «Proyecto Bluebook», clasifica a los OVNI en los siguientes tipos: Luces nocturnas (vistas en el cielo); disco: diurnos (pueden ser el mismo «objeto» que produjo la luz nocturna); y tres tipos de encuentro próximo (*Close Encounter*). Los del primer tipo son avistamientos a corta distancia, diurnos o nocturnos, pero sin que se produzcan efectos físicos en el entorno; los del segundo tipo, están acompañados de efectos físicos (apagones, paro de motores y radios, efectos psicósomáticos en los testigos, etc.), y los del tercer tipo (los más interesantes e incluso fascinantes), son aquéllos en que el objeto se halla acompañado de «ocupantes».

(1) *The UFO Experience* — Henry Regnery, Co. 114 West Illinois Street, Chicago, Illinois 60610, USA, edición de 1972

CAPITULO VII

LA GRAN OLEADA DE 1954 SOBRE FRANCIA

Durante los meses de setiembre y octubre de 1954, una oleada de locura pareció recorrer de un extremo a otro la dulce Francia. De la noche a la mañana, los periódicos empezaron a publicar observaciones de extraños meteoros, luces misteriosas, discos y platillos en todo el país. Las personas sensatas movieron la cabeza con incredulidad y muchas con disgusto.

En realidad, los hechos inexplicables empezaron a producirse en cantidad apreciable desde mediados de agosto, para diluirse a mediados de noviembre. En setiembre y octubre las observaciones menudearon con un frenesí alucinante. Durante este otoño de pesadilla, centenares de miles de personas afirmaron haber visto objetos que no eran manifiestamente ni aviones, ni globos sonda, ni meteoros, ni espejismos provocados por las capas de inversión de la temperatura atmosférica, ni helicópteros, ni nada de este mundo.

Todos los días los periódicos comunicaban docenas de casos, algunos de ellos verdaderamente increíbles, procedentes de toda clase de testigos presenciales. La Prensa sensacionalista no dejó de sacar partido de esta situación, y se publicaron re-

latos para todos los gustos, con el consiguiente aderezo de marcianos, rayos de la muerte y monstruos del espacio. Algunos de estos relatos, basados sobre hechos que tuvieron un perfecto fondo real, como el del metalúrgico Marius Dewilde, del que nos ocuparemos, alcanzaron gran difusión.

El 16 de diciembre, el profesor Heuyer, psiquiatra de gran valía, presentó a la Academia de Medicina de París un intento de interpretación, diciendo en resumen que todas aquellas historias podían explicarse por una aberración conocida por el nombre de «delirio dual». Una idea aberrante se instala en las conversaciones cotidianas de dos individuos débiles mentales, para ir adquiriendo poco a poco consistencia en sus cerebros. Salta luego a las personas que rodean a estos dos sujetos, contagiando incluso a espíritus sanos, para extenderse luego sobre millones de personas que se contaminan entre sí. Según este docto profesor, aquella oleada de observaciones aparentemente reales sólo tenían que ver con la psicopatología colectiva.

Al propio tiempo que éste y otros hombres de ciencia se ocupaban de estudiar el desconcertante problema, un hombre, en el silencio y la paz de su cuarto de trabajo, hacía también lo propio. Este hombre era el ingeniero Aimé Michel, que en 1954 había publicado un libro titulado *Lueurs sur les soucoupes volantes* (Mame, editor). Gracias a la difusión de este libro, Michel pudo establecer una red de corresponsales en los principales países de la Europa occidental. Estos corresponsales sometían cuestionarios a los testigos de una observación. Luego enviaban estos cuestionarios a Michel.

En estos cuestionarios de Aimé Michel se solicitaban los datos siguientes:

- Fecha y hora de la observación (muy importante)
- Lugar exacto de la observación
- Testigos (nombre - calidad)
- Descripción del fenómeno:
 - a) apareció en tal dirección, a tal altura angular
 - b) tenía tal aspecto (dimensiones en rela-

ción a la Luna llena; forma, color, luminosidad)

c) movimientos: cambios de velocidad, de dirección

d) cambios de color

e) si los hubiere, ruidos y trazas

— Desaparición: hora, circunstancias.

Además de sus cuestionarios, procedentes de los puntos más diversos de Francia y de Europa occidental, Michel archivaba y ordenaba centenares de recortes de Prensa de toda Francia en los que se comunicaban observaciones. Estos recortes iban desde simples gacetillas perdidas en un rincón de un diario de provincias, hasta artículos sensacionales de primera plana, pasando por sesudas interpretaciones científicas de los fenómenos.

Michel trabajó tres años sobre este inmenso material, que se refería únicamente a la gran oleada del otoño de 1954. Exasperado y paciente, desconfiando en principio de los «relatos» y de sí mismo, abordó el problema de manera rigurosamente científica, sin prejuicios en pro ni en contra de nada y tratando de elucidar únicamente lo que podía haber detrás de aquel fárrago verdaderamente caótico de observaciones.

Con una mente lúcida y cartesiana, típicamente francesa, trató de hallar una fría lógica tras aquella mascarada pseudosensacionalista. Lo único que durante meses tuvo de tangible entre sus manos fueron aquellas docenas de centenares de recortes de periódico, que parecía reírse de él sobre su mesa de trabajo y negarse obstinadamente a revelar su secreto. De pronto, bruscamente, Aimé Michel halló la prueba de que tras aquellos relatos, en apariencia dispares, existía algo real; que detrás de aquel caos había un orden.

Un día, dos años antes, Jean Cocteau le había dicho: «Tendrás que averiguar si todos estos platillos no obedecen a un orden que nuestros ojos, a primera vista, no podrían sospechar.»

Aimé Michel descubrió este orden; un orden real, objetivo, pero no por ello menos misterioso. De golpe, la teoría de la alucinación colectiva que defendía el profesor Heuyer caía por tierra. Cuan-

do tres testigos habían observado un mismo objeto sobre una línea rigurosamente recta que cubriría centenares de kilómetros y que iba desde Cherburgo, junto al Canal de la Mancha, a Cassis, en la Costa Azul, pasando por Montlevic, en el corazón de Francia, la hipótesis de la psicopatología caía por tierra. Y esta alineación u «ortotenia», como la bautizó Michel, era sólo una entre muchas, entre muchísimas...

Pero vayamos por partes. Al enfrentarse con este problema, Michel se dijo que, si los platillos volantes eran lo que opinaba el vulgo —y algunos científicos—, es decir, una mezcla de fenómenos clásicos mal reconocidos por los testigos (halos, bólidos, meteoros, globos sonda, aviones, helicópteros, Venus, Marte, o bien, patrañas, alucinaciones y bromas de mal gusto) el reparto de las observaciones sobre un mapa debería ajustarse estrictamente a las leyes del azar: su número y su frecuencia en un lugar determinado serían proporcionales, por ejemplo, a la densidad de la población, a la limpidez del cielo, al entusiasmo del periódico local e incluso a la afición a la bebida de la región, pero estas observaciones se registrarían en cualquier lugar sin orden ni concierto. Trasladadas sobre un mapa, ofrecerían el espectáculo de un completo desorden, en el que la densidad de población de la Francia septentrional se vería compensada en el Sur por la pureza del cielo y la imaginación mediterránea.

Michel tomó entonces un mapa de Francia al millonésimo, y durante largas semanas se dedicó a situar sobre el mismo todos los puntos mencionados en sus archivos.

Terminado este trabajo, clavó en cada uno de estos puntos un alfiler de color, y contempló el resultado. Su primera mirada confirmó sus temores. Toda Francia había visto platillos volantes. La densidad de los alfileres no indicaba ningún orden ni ninguna disposición particular. Era el caos irremediable augurado por las interpretaciones más escépticas del fenómeno.

Descorazonado, Michel creyó hallarse ante el fracaso. Aquellos centenares de alfileres de color bailaban ante sus ojos en lo que parecía ser un ga-

limatías. De pronto, decidió empezar de nuevo utilizando otro método. Arrancó los alfileres y volvió a clavarlos región por región.

Entonces y solamente entonces, al llegar a la región que comprende la Borgoña, el Lyonés y el Franco Condado, tuvo por primera vez la sensación de distinguir algo singular, anormal. De Poligny hasta un punto situado un poco al sur de Gueugnon, en Saône-et-Loire, cinco alfileres presentaban una disposición rigurosamente rectilínea sobre una distancia de 130 kilómetros. Sobre esta línea se situaban sucesivamente de Este a Oeste las observaciones del Bosque de Poligny, De Saint-Germain-du-Bois, de Saint-Romain-sous-Gourdon, de Ciry-le-Noble (carretera departamental 60), y, en fin, del Bosque de Chazey (carretera departamental 25).

Sin poder contener su emoción, Michel buscó en sus archivos las observaciones correspondientes. Primera sorpresa: todas ellas tenían la misma fecha, el 14 de octubre, y se extendían en el tiempo entre las 18.30-35 horas (Poligny) y las 19.35 (Bosque de Chazey).

Segunda sorpresa, ésta mayúscula: de estas cinco observaciones, solamente una podía tomarse por un bólide (Poligny), mientras que las cuatro restantes eran: la primera (Saint-Germain-du-Bois) un objeto luminoso inmóvil y posado en el suelo, la segunda un objeto luminoso y también posado en el suelo que paró un motor y apagó un faro (Saint-Romain-sous-Gourdon), la tercera un objeto luminoso que sobrevoló la campiña a gran velocidad y a ras de los árboles (carretera departamental 60), y la cuarta, por último, un objeto parecido que paró un motor y apagó los faros de un automóvil.

Michel estudió entonces esta línea recta de 130 kilómetros: la alineación, absolutamente rigurosa para el Bosque de Poligny, Saint-Germain, Saint-Romain y Chazey, presentaba una desviación de unos centenares de metros para la observación de la carretera departamental 60: aquí, la línea pasaba ligeramente al sur del lugar donde se hallaba el testigo. Pero precisamente dicho testigo declaró que «el aparato lo sobrevoló ligeramente a la derecha (él iba en su automóvil de Oeste a Este: por

lo tanto, tenía el Sur a su derecha) a baja altura, prosiguiendo su ruta hacia el Oeste (exactamente la orientación de la línea), donde permaneció visible bastantes minutos antes de desaparecer a lo lejos».

Tratando de elucidar e interpretar esta maravillosa serie de coincidencias (pues de momento Michel se resistía a no llamarla más que una serie de coincidencias), el investigador francés creyó que esta línea recta era única y podía explicarse por el desplazamiento de un helicóptero que se hubiese posado en el suelo en Saint-Germain y Saint-Romain. En cuanto a los detalles de índole más novelesca, habría que cargarlos en la cuenta de la sobreexcitada imaginación de los testigos.

Pero esto había dado ya una pista a Michel, el cual tuvo una idea genial al preguntarse: ¿No resultará este desorden aparente de la mezcla y superposición de muchos órdenes? Decidió entonces agrupar las observaciones por días. Sólo unas pocas horas de trabajo le bastaron para constatar que el 14 de octubre se había producido otro alineamiento, tan riguroso como el primero. Este alineamiento estaba formado por cuatro observaciones: Poligny (que ya figuraba en el primero), Palleau (Saône-et-Loire), Meursanges (Côte-d'Or) y, por último, a 460 kilómetros de esta última localidad, Méral, en el departamento de la Mayenne. Palleau y Meursanges eran observaciones aéreas: Méral se refería a una observación en tierra...

Entonces, Michel recomenzó el estudio de todas las observaciones día por día, y poco a poco sobre el mapa de Francia fueron apareciendo alineamientos inexplicables y, lo que resultó aún más significativo, una disposición radial, estrellada, de estos alineamientos, con lo que Francia quedó cubierta de misteriosas estrellas.

La ortotenia

Michel dio el nombre de «ortotenas» a estas líneas rectas (del adjetivo griego ὀρθός, que significa «tendido en línea recta»). En posesión de

esta red de ortoténias, Michel se halló en disposición ya de presentar científicamente el problema. Tras aquellos hechos dispares había descubierto un orden (un orden que él no pretendía explicar de ningún modo, limitándose a exponerlo).

Para comprender la importancia trascendental que tuvo el descubrimiento de Michel, un solo ejemplo nos bastará. Es éste el que él mismo ofrece al principio de su obra *Mystérieux Objets Célestes*. El viernes 15 de octubre de 1954, se señalan cierto número de observaciones sobre la Europa occidental: En Southend (Inglaterra), Calais, Aire-sur-la-Lys (Francia), carretera nacional 68 entre Niffer y Kembs (frontera franco-alemana), cerca de Rovigo, en Italia, y en otros diversos lugares.

Si se estudian por separado estas observaciones, no se consigue nada de positivo, y sólo se consigue lamentar una vez más lo incierto de los testimonios humanos. Cierto es que todos estos testigos comunicaron historias palpantes, pero nada permitía saber si las habían inventado o soñado. En Italia, los testigos eran muy numerosos. Pero su historia resultaba inverosímil. ¿Y si se hubiesen puesto de acuerdo para difundirla? En la carretera nacional 68, uno se siente tentado a llegar a la misma conclusión, agravada por el hecho de que los testigos no son más que dos. Otro tanto puede decirse de Aire-sur-la-Lys. En cuanto a las observaciones de Calais y de Southend, aún son peores, pues en cada caso no hay más que un solo testigo.

Al estudiar todas estas observaciones por separado, se llega a la sempiterna conclusión que obstaculiza desde hace más de quince años el estudio científico del fenómeno: si los testigos han visto realmente lo que dicen, se trata de un acontecimiento prodigioso, el acontecimiento más grande de la historia humana; mas, por desgracia, nada prueba la verdad de su relato. Antes de Michel, sólo se contaba con el estudio de las declaraciones de los testigos para llegar a una conclusión. Pero éste no es un método científico, como se encarga de recordarnos el propio Michel. Si el análisis de las declaraciones de los testigos fuese una ciencia, la justicia sería una ciencia. Pero la verdadera

ciencia se basa sobre la observación y la experimentación deliberada. Mas hasta ahora, los platillos volantes sólo se han mostrado cuando han querido y donde han querido y ningún sabio ha podido llevarse los al laboratorio para someterlos a análisis.

De aquí el desdén de los sabios por el problema. Desdén que, en el fondo, no es más que incertidumbre y desconcierto. Aimé Michel nos ofrece —ofrece a los sabios— un método rigurosamente científico para estudiar el fenómeno platillo en su conjunto: la ortotenia.

Sobre un globo terrestre, tendamos un hilo entre las dos observaciones de Southend y Po di Gnocca, cerca de Rovigo. Constataremos entonces que este hilo, de una longitud superior a 1.100 kilómetros, pasa por Calais, Aire-sur-la-Lys y el punto de observación de la carretera general 68. A partir de entonces, todas las cuestiones que plantee esta sorprendente constatación pueden atacarse con métodos científicos.

Pero no habían de quedar ahí las cosas. Comprobando las observaciones de sus archivos, Michel descubrió otro hecho sorprendente y en extremo significativo: en el centro de las «estrellas» formadas por las líneas ortoténicas radiales, se señalaba invariablemente la presencia de un objeto en forma de «cigarro», mientras que sobre estas líneas y en sus extremos se señalaban objetos luminosos, bolas de fuego y, con una gran frecuencia, «discos». Sobre estas líneas también es donde se señalan la mayoría de «aterrijajes», observándose muchas veces la presencia de numerosas figurillas de apariencia vagamente humana, pero de pequeña estatura, junto a los «aparatos» posados en el suelo.

La hipótesis de un «centro de dispersión» desde el que una gran «nave portadora» lanzaría sus pequeños discos o «naves de exploración» es muy tentadora. Pero Michel se atiene rigurosamente a los hechos.

Sigamos con ellos; entresacando, de las observaciones de Michel, algunas de las más significativas:

Jueves, 23 de setiembre. Cinco grupos de ob-

servaciones: Paris-Malakoff, Le Puy, Porrentruy (Suiza), Lux (Côte-d'Or), carretera departamental 58 al norte de Bourges (Cher); tres de estos cinco grupos (los tres últimos) estaban dispuestos en línea recta.

Viernes, 24 de setiembre. Nueve grupos de observaciones: Lantefontaine (Meurthe-et-Moselle), Le Puy (por segunda vez en 48 horas), Langeac (Haute-Loire), Tulle (Corrèze), Ussel (Corrèze), Gelles (Puy-de-Dôme), Vichy (Allier), Lencouancq (Landas), Bayona (Bajos Pirineos).

Si sobre la carta al millonésimo, de proyección Bonne (la Michelin de las grandes carreteras), se unen Bayona y Lencouacq (Landas), y se sigue la línea así trazada en su prolongación hacia el Nordeste, esta línea no llevará sucesivamente a Tulle, luego a Ussel, luego a Gelles y finalmente a Vichy. Entre las nueve observaciones de este día, seis se sitúan sobre una recta única de 480 kilómetros. Se registra un «aterrizaje» en Lencouacq, y un objeto luminoso que se detiene durante muchos minutos a algunos metros del suelo en Ussel, calcinando las hojas de un árbol.

Sábado, 25 de setiembre. Una sola observación en Mansle (Charente).

Domingo, 26 de setiembre. Tres casos muy bien comunicados. Croix du Nivolet (sudeste de Bourget-du-Lac), Chabeuil (Drôme), Foussignargues (Gard). Las observaciones de este día son de un interés capital.

1.° El objeto de la Croix du Nivolet fue visto desde muy lejos, pues los testigos se hallaban en Bourget-du-Lac. Estas tres observaciones, sin embargo, se alinean perfectamente, a condición de creer a los testigos de Bourget cuando éstos afirman haber visto el objeto sobre Nivolet. En efecto, la línea que une Foussignargues con Chabeuil pasa sobre esta montaña; esta alineación se derrumba, por el contrario, si se la quiere aplicar al lugar donde se hallaban los testigos. Dicho de otro modo, «la línea pasa exactamente por donde los testigos vieron el objeto».

2.° Foussignargues y Chabeuil constituyen dos aterrizajes. El de Chabeuil es uno de los clásicos de la historia de los platillos volantes, a causa de su

carácter dramático (trazas en el suelo, ramas quebradas, testigo enferma de miedo durante muchos días, encuesta de la gendarmería que tuvo que concluirse por falta de explicación).

3.° El testigo de Chabeuil, una mujer, precisa la dirección en que vio desaparecer el misterioso aparato: esta dirección conduce en línea recta a la Croix du Nivolet.

4.° En Foussignargues, los numerosos testigos no se conocen entre sí: entre ellos se hallaban automovilistas que circulaban por las carreteras vecinas.

Lunes, 27 de setiembre. El objeto de Foussignargues fue observado la noche del domingo al lunes. Durante el lunes, existen las observaciones siguientes: norte de Paris, La Varenne, Froncles (Alto Marne), algunas aldeas próximas a Perpiñán, Lanta (Alta Garona), Lempis (Ardèche), Le Sauzet (norte de Montélimar), Prémanson, en el Jura, y finalmente Rixheim (Alto Rin).

Cerca de Perpiñán se registra un «aterrizaje» en la carretera de Lassus. Uniendo este punto con Foussignargues, se obtiene una línea recta que pasa entre Le Sauzet y Lempis, exactamente en el sitio donde los testigos aseguran haber visto al «objeto», pasa sobre Prémanson (donde se registra uno de los sucesos de carácter más sobrenatural y estremecedor de toda esta misteriosa historia) y alcanza Rixheim, después de atravesar sin desviarse toda Francia, desde los Pirineos orientales hasta el alto Rin, recogiendo a su paso los relatos de docenas de testigos.

Uniendo Rixheim a Froncles, se obtiene una línea recta que pasa por el norte de Paris y sobre La Varenne. De todas las observaciones de este día, solamente la de Lanta no encaja en este cuadro. Todas las restantes se sitúan sobre dos líneas rectas cuyo punto de intersección se halla en Rixheim.

Así podríamos seguir día por día hasta la segunda quincena de octubre. El resultado es siempre el mismo: la mayoría de observaciones, en una proporción superior con frecuencia al 90 %, se sitúan sobre líneas rectas que sólo se mantienen durante 24 horas. La hora crítica en que las rectas

del día desaparecen para dar lugar a las nuevas rectas del día siguiente se sitúa alrededor de la una de la madrugada.

A partir de 2 de octubre, el número de observaciones cotidianas aumenta de manera vertiginosa. El 3 de octubre las observaciones se cuentan por centenares, tal vez por millares. Y éstas continúan alineándose para formar redes muy características cuya disposición evoca una telaraña, con una especie de centro estrellado del que irradian casi todas las líneas rectas.

Un ejemplo de esta disposición tan compleja como rigurosa se halla constituido por las observaciones del 7 de octubre (véase mapa p. 264-265).

El descubrimiento de Aimé Michel, repetimos, es de una importancia incalculable. Nos ofrece un primer método científico para estudiar la cuestión, sin decirnos, eso no, qué son los platillos volantes. Sin embargo, permite dar por sentada la existencia de «algo» real y al parecer inteligente tras lo que hasta ahora era un conjunto de hechos dispares inconexos y un cúmulo impresionante de observaciones que sólo podían «tomarse o dejarse». El estudio del misterio ha dejado de ser una cuestión de confianza (en la solvencia, seriedad de los testigos, etc.) o de fe (*yo creo* en los platillos volantes) para entrar en una nueva dimensión, fría, científica, lógica e irrefutable.

No obstante, Michel ha querido cubrirse perfectamente del ataque de los posibles detractores, respondiéndose de antemano las tres objeciones importantes que se le podrían hacer.

Primera objeción: ¿Es exacto que los puntos de observación se alinean como él pretende? Para comprobarlo, basta con marcar estos puntos sobre un mapa de confianza. Para Francia, ya hemos dicho que Michel utilizó el plano al millonésimo, proyección Bonne, publicado por la casa «Michelin» (plano Michelin n.º 989).

Segunda objeción: ¿No habrá inventado Michel algunas de estas observaciones en su totalidad o en parte, con el fin de crear falsos alineamientos? Michel solamente utilizó en sus investigaciones, hechas públicas, las observaciones publicadas por la Prensa. Para comprobarlas basta consultar la Pren-

sa francesa del lugar y fecha de la observación.

Tercera objeción: ¿No es posible que Michel escogiese las observaciones que se podían alinear, creando así un fenómeno que no existiría si otras observaciones silenciadas restableciesen el desorden exigido por las leyes de la casualidad? A esto Michel responde que utilizó para sus investigaciones *todas las observaciones hechas públicas*. Para trazar los mapas publicados en su libro, no solamente acudió a los casos publicados, de los que no omitió ni uno solo. En su obra no hubo invención ni exclusión. Cualquier persona puede rehacer el trabajo de Michel consultando la colección de la Prensa periódica de la época.

En cuanto al significado que puedan tener estas extrañas alineaciones, Michel, según queda dicho, se muestra extremadamente prudente. Sometió el resultado de sus investigaciones a sabios eminentes, entre los cuales se contaban dos investigadores del «Centre National de la Recherche Scientifique». Todos los sabios consultados, cuyos nombres Michel no puede mencionar a petición de los interesados, están convencidos de que las alineaciones revelan un fenómeno real y único. Aimé Michel ofrece una herramienta de trabajo para afrontar este problema; la primera herramienta verdaderamente científica con que hasta ahora se ha contado. En América del Norte y en el Brasil, diversos investigadores de la cuestión han aplicado ya el método Michel a numerosas observaciones locales, con resultados sorprendentes, que confirman plenamente los alcanzados por el investigador francés. A este respecto, es altamente significativo que el Pentágono obligase al capitán Ruppelt a cambiar la toponimia de su libro sobre los UFO, posiblemente para que nadie pudiese valerse de él para trazar ortotenias. En cambio, los nombres de los testigos permanecieron inalterados.

Yo mismo he descubierto ortotenias, en España. (Ver Capítulo VIII.)

Algunas observaciones notables

La oleada de otoño de 1954 sobre Francia nos obsequió con algunos casos que pueden reputarse de extraordinarios y que son ya clásicos en la historia de los platillos volantes. En la imposibilidad de reseñarlos todos, nos detendremos con detalle en los más importantes y reveladores. Principiaremos por el hecho extraordinario acaecido sobre la pequeña aldea de Vernon, y que desencadenó la sucesión de apariciones inexplicables que habían de mantener a Francia en vilo durante tres meses.

El gran cigarró vertical de Vernon. — La pequeña localidad de Vernon se halla situada en el departamento del Eure a 65 kilómetros, a vuelo de pájaro, de París. Posee un importante centro militar de investigaciones balísticas y aerodinámicas. Fue allí, donde la noche del 22 al 23 de agosto de 1954 se desarrolló uno de los hechos más significativos de esta historia, y que luego habría de repetirse con bastante frecuencia.

La noche del 22 al 23 de agosto fue muy límpida y clara. Alrededor de la una de la madrugada, Monsieur Bernard Miserey, comerciante de Vernon, encerró su automóvil en el garaje antes de dirigirse a su casa para dormir. Al salir del garaje, situado junto a la orilla sur del Sena, vio con sorpresa que una pálida luminosidad bañaba la población, oscura hacía unos momentos. Levantando la vista, descubrió en el cielo una especie de inmensa masa luminosa, silenciosa e inmóvil y al parecer suspendida sobre la orilla norte del río, a unos 300 metros aproximadamente. Hubiérase dicho un gigantesco cigarró vertical. Monsieur Miserey describe así el fenómeno:

«Contemplé este sorprendente espectáculo durante un momento. De pronto, de la parte inferior del cigarró surgió un objeto de forma de disco horizontal que descendió primero en caída libre, lue-

go aminoró la marcha y de pronto se balanceó para lanzarse horizontalmente a través del río en dirección a mí, haciéndose muy luminoso. Durante un brevísimo instante pude ver este disco de cara. Estaba rodeado de un halo de una viva luminosidad.

«Algunos minutos después de que hubo desaparecido detrás mío hacia el Sudoeste a una velocidad prodigiosa, un segundo objeto parecido al primero se destacó igualmente de la extremidad inferior del cigarró y realizó idéntica maniobra. Este objeto fue seguido por un tercero y luego un cuarto. Hubo entonces un intervalo algo más largo, y por último un quinto disco se destacó del cigarró, que seguía inmóvil. Este se dejó caer mucho más bajo que los precedentes, hasta rasar el nuevo puente, donde se inmovilizó un instante oscilando ligeramente. Pude ver entonces su forma circular y su luminosidad roja, más intensa en el centro, atenuada en los bordes, y el halo ardiente que lo rodeaba. Tras algunos segundos de inmovilidad, se balanceó como los cuatro precedentes y partió también como una flecha, pero hacia el Norte, donde se perdió a lo lejos tomando altura. Durante este tiempo, la luminosidad del cigarró había desaparecido, y el gigantesco objeto, que tal vez tenía 100 metros de largo, se fundió en las tinieblas. El espectáculo duró aproximadamente tres cuartos de hora.»

Cuando Monsieur Miserey comunicó al día siguiente lo que había observado a la Policía, ésta le hizo saber que dos agentes que efectuaban una ronda hacia la una de la madrugada también habían observado el fenómeno, así como un ingeniero de los laboratorios del Ejército que circulaba en coche a la misma hora por la carretera general 181, al sudoeste de Vernon.

Este extraño suceso ha permanecido sin explicación hasta la fecha. Nadie se atrevió a insinuar la alucinación, pues en este caso ésta hubiera debido tener ribetes de telepatía, pues los cuatro testigos no se conocían e hicieron sus declaraciones por separado. La Policía silenció este suceso hasta el 25. En esta fecha, el único periódico que lo mencionó fue *Libération*, cuando la Policía ya

había dado carpetazo al expediente como insoluble. Por otra parte, los testigos se mostraron extraordinariamente reticentes. El ingeniero, al que los periodistas pudieron localizar después de mil arduos, puso de patitas en la calle a los representantes de la Prensa, cortésmente pero con firmeza y sin querer manifestarles nada.

Este suceso puede tener relación con las dos extraordinarias observaciones de Gaillac y Olorón, realizadas en octubre de 1952. Con diez días de intervalo, el 17, 21 y 27 de octubre, numerosas personas de estas dos poblaciones del sudoeste de Francia (en la segunda todo el profesorado y alumnos de un instituto de segunda enseñanza) contemplaron durante muchos minutos un cilindro largo, estrecho, rodeado de numerosos objetos redondos de menores dimensiones. Este objeto se hallaba a una altura mucho mayor que el gran cigarro de Vernon. La investigación realizada por Charles Garreau, notabilísimo investigador privado perteneciente a la Comisión de Encuesta Uranos, estableció que en este día, 17 de octubre, apareció a las 12.50 horas en el cielo de Olorón una especie de cilindro inclinado unos 45°, que se desplazaba lentamente en línea recta, en dirección al Sudoeste. Era blancuzco y de su extremidad superior se escapaba un humo blanco azulado. Pocos instantes después, en torno a este cilindro aparecieron en gran número objetos menores y aparentemente esféricos.

Uno de los testigos observó este extraño cortejo con unos prismáticos: «Pude distinguir una bola central roja, en los objetos redondos, rodeada por una especie de anillo amarillento muy inclinado.»

Citemos nuevamente las palabras de Monsieur Miserey: «Pude ver entonces muy claramente su forma circular y su luminosidad roja, más intensa en el centro, atenuada en los bordes, y el halo ardiente que lo rodeaba.»

Extraña secuela del suceso de Olorón fue una lluvia de filamentos blancos e impalpables, que se deshacían al tacto sin dejar rastro y que han sido observados en circunstancias similares. Los franceses los denominan *fil de la Vierge*.

Es posible que tanto Monsieur Miserey como los observadores de Gaillac y Olorón viesen el mismo fenómeno en dos fases distintas del mismo: en Vernon, la gran nave portadora, fusiforme, lanzaba los discos de exploración. En Olorón, éstos volaban a su alrededor. La tercera fase también ha sido observada.

Remito al lector al caso del bombardero «B-29», de las Fuerzas Aéreas americanas, que volaba sobre el Golfo de México el 6 de diciembre de 1952, el cual captó en su pantalla de radar el regreso de las navecillas de exploración a la gran nave nodriza. Esta y sus pequeños discos fueron también captados en Inglaterra, en 1954, por el astrónomo profesional Mr. Harold Hill. Por su interés, reproducimos la observación.

No es corriente que las publicaciones astronómicas, de carácter serio y sesudo, incluyan la desprestigiada y vulgar expresión «platillo volante» en sus doctos textos. Pero esto es precisamente lo que ocurrió en el número de marzo-abril de 1955 de *The Strolling Astronomer*, reputada publicación americana, la cual no sólo incluyó las dos nefastas palabrejas, sino que se extendió en el relato de un notabilísimo fenómeno. Dice así la revista citada:

«Un desusado fenómeno celeste. Bajo este título, el editorial del vol. 2, núm. 25 de *Vega*, la excelente publicación inglesa dirigida por R. M. Baum, describe una observación verdaderamente sorprendente realizada por Mr. Harold Hill, que vive en Dean Brook House, Abbeylakes, Near Wigan, Lancashire, Inglaterra. Sea cual sea la opinión de cada uno sobre los platillos volantes — y en la actualidad quizá resulte difícil decir nada nuevo acerca de ello — aquí tenemos una cuidadosa y preparada observación realizada por un importante observador lunar con más de veinte años de experiencia en su haber. Mr. Hill dará con sus propias palabras la opinión que le merece lo que vio, a quien desee interrogarle sobre ello. Aquí nos limitaremos a resumir la observación, tal como se publica en *Vega*.

»El 8 de julio de 1954, cerca de las 20.30, hora de Greenwich, hallándose en su observatorio de

Abbeylakes, Mr. Hill observó de pronto, a una elevación de unos 55° en el firmamento meridional un objeto brillante, aparentemente estacionario y semejante a una estrella. Con 33x y 50x en un reflector de 12 pulgadas, la "estrella" apareció acompañada a la izquierda por un enjambre suelto formado por 15 ó 20 miembros que parecían ser estrellas diminutas de distantes magnitudes, las cuales se movían constantemente de un lado a otro, recordando a una colmena por su actividad. Tras una breve interrupción causada por las nubes, Mr. Hill vio cómo se aproximaban dos objetos brillantes. El enjambre se había desvanecido, aunque ello se debía quizás a que se hallasen fuera del campo de visión del telescopio. "Mi atención fue atraída por los dos objetos brillantes, que se movían claramente. Cuando los observé se separaban y no sólo parecían girar y centellear, sino que además mostraban un lento movimiento pendular, como una pareja de danzarinas. Los movimientos, cada vez más grandes, que realizaban estos objetos hacían que resultase cada vez más difícil seguirlos con el reflector de doce pulgadas, y se escaparon del campo cuando tuve que realizar un ajuste en el telescopio." La señora Hill, que al propio tiempo los había estado observando con unos gemelos, los perdió también de vista. Las nubes pusieron punto final a la observación a las 20.55, hora de Greenwich. Mr. Hill tuvo la impresión de que los objetos se hallaban a una gran altura. «Los dos miembros principales son muy difíciles de describir; centelleaban al girar como si unas superficies metálicas reflejasen los rayos del sol (que entonces se hallaba bajo el horizonte). Probablemente la comparación más parecida sería la del centelleo de las facetas del diamante al hacerlo girar bajo una luz muy potente.»

Lo que sin duda vio el distinguido selenógrafo inglés fue una o dos naves portadoras, similares a las observadas en Olorón, Las Franqueras, Ibiza y Andorra, con su enjambre de navecillas de exploración dando vueltas a su alrededor.

Una de las más interesantes observaciones de OVNI realizadas hasta la fecha tuvo lugar durante un eclipse el día 30 de junio de 1954, sobre la

población danesa de Lidfjell. Tres aviones de línea escandinavos, que transportaban un total de 50 observadores, despegaron de Noruega para presenciar el eclipse desde el aire. Eran las 2.17 de la tarde; la altura de 4.500 metros. Uno de los observadores era E. Graham, el delegado de Prensa inglés adjunto a la Oficina Sueca de Turismo. Reproducidos su informe de la *Flying Saucer Review* inglesa:

«Me disponía a poner una nueva película en mi máquina fotográfica cuando me llamó la atención Mr. Johansen, quien estaba señalando hacia el horizonte septentrional y gritando a voz en cuello, para dominar el ruido del motor: "¿Qué demonios es eso?"

«Miré por la ventanilla y observé dos discos brillantes que se movían sobre el horizonte. Todo nuestro grupo se puso también a observar los objetos, sin que a nadie se le ocurriese asestar hacia ellos una cámara fotográfica.

«Después de observar los objetos por un rato, Mr. Bjornulf se abalanzó en busca de su tomavistas cinematográfico. Empezó a buscarlo mientras los demás le instaban a que se diese prisa. Sólo entonces comprendimos que estábamos viendo algo en lo que ninguno de nosotros creía... los llamados "plátillos volantes".

«Seguíamos discutiendo y hablando todos a la vez... y cuando los objetos empezaron a desaparecer el avión se convirtió en un verdadero manicomio, mientras todos trataban de ser los primeros en tener el tomavistas a punto. Por fin, Mr. Bjornulf enfocó su objetivo sobre los discos y empezó a filmarlos.

«Se veía claramente que los objetos daban la vuelta y nos mostraban sus "líneas de popa". No estoy seguro de si estas "líneas" fuesen quizás una especie de gases de escape.

«Era imposible calcular su velocidad ni su tamaño. Sin embargo, calculo que teniendo en cuenta que los objetos en cuestión se hallaban a unos 25-30 kilómetros de distancia, su velocidad (y su tamaño) debían de sobrepasar ampliamente todo lo conseguido en ambos aspectos por los aviones de fabricación humana.

»Fundamento tal presunción en el hecho de que los objetos se hallaban bajo el sol, mientras nosotros aún nos hallábamos dentro del cono de sombra proyectado por el eclipse. Esta sombra se extendía al menos a 25 kilómetros hacia el norte de nuestra posición. No puedo dar ninguna explicación acerca de lo que pudiesen ser estos objetos, ni de su lugar de procedencia.»

Y después de esta breve digresión nórdica, volvamos a las observaciones reseñadas por Michel en su obra, que actualmente y gracias a «Editorial Pomaire», ya se halla al alcance del lector hispanoamericano.

El cigarro aparece nuevamente sobre la Vendée. — Exactamente tres semanas después de Vernón, el martes 14 de setiembre de 1954, un fenómeno similar fue observado en pleno día, ante los ojos atónitos de centenares de testigos dispersos por media docena de aldeas del departamento francés de la Vendée, cerca de la costa atlántica y a 350 kilómetros al sudoeste de París. El suceso sólo fue mencionado por un periódico local, no hallando publicidad fuera de la región donde tuvo lugar. Los testigos fueron en su mayoría campesinos, con algunos sacerdotes y maestros. Un lector de Michel que vivía en una aldea próxima oyó hablar de lo sucedido y escribió a éste, el cual realizó inmediatamente una investigación. Recogió las siguientes deposiciones de varios testigos.

El primero es Monsieur Georges Fortin, que tenía a la sazón 34 años, labrador en el lugar llamado Gabelière, en Saint-Prouant, pequeña aldea de 300 habitantes junto a la nacional 160 (1). Este testigo refiere lo siguiente:

«Eran alrededor de las cinco de la tarde. Yo trabajaba en el campo con mi mozo cuando de pronto, de la espesa capa de nubes que amenazaba tormenta, vimos surgir una especie de nube luminosa de un azul violeta cuyas formas regulares recordaban a un cigarro o una zanahoria. El fenómeno había brotado de la capa de nubes en posición horizontal, inclinando ligeramente hacia

el suelo la punta delantera (como un submarino que descendiese).

»Aquella "nube" luminosa en forma de zanahoria tenía un aspecto rígido. Sus maniobras (que no tenían ninguna relación con el movimiento de las nubes) se hacían en bloque, como si en realidad se tratase de un aparato gigantesco rodeado de vapores. Descendió con bastante rapidez bajo la capa de nubes hasta una altura que, por comparación con la de ellas, nos pareció de 400 ó 500 metros y a una distancia, según nos pareció, a menos de un kilómetro de nosotros. Entonces se detuvo, mientras se elevaba rápidamente su punta hacia el cielo. Cuando hubo alcanzado la posición vertical, se inmovilizó.

»Durante este tiempo, las nubes sombrías seguían corriendo por el cielo, vagamente iluminadas por debajo por la luminosidad violácea del fenómeno. Era un espectáculo extraordinario. Nosotros lo contemplábamos boquiabiertos. En toda la campiña, otros labradores levantaban también los ojos al cielo como nosotros, después de tirar sus aperos de labranza.

»De repente —llevábamos varios minutos contemplando el inmenso objeto inmóvil—, de la extremidad inferior de la nube brotó una humareda blanca exactamente igual a una estela de condensación. Cayó de momento hacia el suelo, luego frenó progresivamente, empezando a enderezarse, para terminar remontando y describiendo una espiral ascendente en torno al objeto vertical. Mientras que la parte final de la estela se disolvía rápidamente en el aire, arrastrada por el viento, su punta se atenuaba y se afinaba cada vez más, como si se agotase su fuente, sin que el objeto que la soltaba y que nosotros no distinguíamos perdiere velocidad, al contrario. Se elevó así girando hasta alcanzar la punta del objeto vertical; luego comenzó a descender, girando en sentido opuesto. Fue entonces, cuando la estela ya se había dispersado totalmente, cuando por último distinguimos el objeto que la lanzaba; era un pequeño disco metálico que brillaba como un espejo y reflejaba en destellos, durante sus rápidos movimientos, la luz del gran objeto vertical.

(1) *Mystérieux Objets Célestes*, pág. 29 y ss.

»Desprovisto de su estela, el pequeño disco cesó de girar en torno a la nube luminosa y descendió hacia el suelo, pero esta vez alejándose. Durante largos minutos, le vimos sobrevolar el valle a baja altura, desplazándose a gran velocidad de un lado a otro, tan pronto acelerando como deteniéndose algunos segundos, para continuar luego. Recorrió así en todos sentidos la región comprendida entre Saint-Prouant y Sigournais, aldeas que distan casi 7 kilómetros a vuelo de pájaro. Por último, cuando estaba a más de un kilómetro del objeto vertical, aceleró por última vez en su dirección, a una velocidad vertiginosa, y desapareció como una estrella fugaz en la parte inferior por donde había salido. Tal vez un minuto después de esto, la "zanahoria" se inclinó, aceleró y desapareció a lo lejos entre las nubes, después de adquirir de nuevo su posición horizontal primitiva, con la punta por delante. La observación duró media hora.»

En compañía de Monsieur Georges Fortin se encontraba su mozo de labor Monsieur Louis Grellier, de 36 años y natural de Gabelière como su patrón. Interrogado por separado hizo idéntico relato, precisando ciertos detalles sobre las evoluciones del disco.

La viuda Pizou, de 67 años, natural de Saint-Prouant, estaba a la misma hora trabajando en un campo de coles a cosa de medio kilómetro de donde se hallaban Fortin y Grellier. He aquí lo que refiere:

«Mi atención fue atraída hacia las cinco por la llegada de una curiosa nube en forma de zanahoria que parecía haberse separado del techo de nubes. Estas nubes de tormenta huían rápidamente, impelidas por el viento. La nube en forma de zanahoria llegó no muy lejos de nosotros, con la punta por delante, luego se levantó. Me pareció que se formaba entonces otra nube más pequeña sobre la zanahoria.

»En un momento dado, una humareda blanca surgió como un hilo de la base de la zanahoria vertical y empezó a trazar dibujos alrededor de la misma. Luego, la estela se alejó hacia el valle, pero los árboles me impidieron ver lo que sucedió entonces. Me han dicho que un disco salió de

la estela, pero yo no puedo decir que lo haya visto a causa de la cortina de verdor cuya parte alta, desde el sitio donde yo me encontraba, casi llegaba a la base de la nube vertical. Pero ¿era una nube? Yo creo que no, pues permanecía inmóvil conservando siempre la misma forma, mientras las demás nubes se deslizaban sobre ella a gran velocidad hacia el horizonte.

»Por último, cuando ya hacía casi media hora que la miraba, se tendió horizontalmente y partió con rapidez hacia el punto donde se había inclinado.»

Junto a Madame Pizou se encontraban su hija y un mozo, que confirmaron punto por punto el relato de la anciana.

A la misma hora, una docena de personas que se hallaban en las calles de Saint-Prouant y en los patios de las casas de labor, presenciaron el mismo espectáculo: llegada de la «nube» horizontal y su enderezamiento; nacimiento de la estela, recorrido fantasista y caprichoso de ésta, en espiral. Los testigos de la aldea, como Madame Pizou, tampoco pudieron ver lo que sucedió en el valle a baja altura, a causa de los árboles y las construcciones. En cambio, los campesinos de las casas de labor y aldeas del valle, o dispersos entre Saint-Prouant y Sigournais, confirman al pie de la letra el relato de los primeros testigos.

En total, algunos centenares de personas vieron este sorprendente fenómeno. En su mayoría, eran campesinos de ideas sólidas y muy escasa imaginación, con ideas bastante limitadas y el vocabulario preciso y enérgico. No es precisamente entre estas gentes donde se reclutan los psicópatas.

El «*aterrijaje*» de Contay. — Tenemos el primer «aterrijaje» de la serie que se registraría en Francia durante este memorable otoño. La región donde ocurrió este incidente es el Amiénois, a menos de 200 kilómetros al norte de París.

A las 7.15 horas de la mañana, dos albañiles de Acheux-en-Amiénois. Emile Renard, de 27 años y su peón, Ives Degillerboz, de 23 años, se dirigían a su trabajo en bicicleta cuando, entre Harpon-

vill y Contay, en la carretera departamental 47, contemplaron un espectáculo sorprendente.

Ofrecemos a continuación su relato, que Michel copió del expediente abierto por la gendarmería. Los dos testigos fueron interrogados separadamente por la Policía y por las autoridades militares de Amiens. Los relatos de ambos concuerdan rigurosamente en todos los detalles:

«En lugar de tomar como de costumbre la camioneta, cuyo motor tenía que revisarse, mi peón y yo nos fuimos en bicicleta —refiere Monsieur Renard—. De pronto, entre Harponville y Contay, mi compañero Degillerboz tuvo un pinchazo. Yo me detuve para prestarle mi bomba, y entonces mi mirada fue atraída por una especie de disco posado en un campo a unos 200 metros de nosotros. Hubiérase dicho una muela de molino no terminada, cubierta por un plato vuelto boca abajo.

—*Mira*— dije a mi peón—. *¿No te parece que esa muela tiene un color muy curioso?*

»Intrigado, yo examinaba el objeto, cuando me di cuenta que éste se desplazaba ligeramente con un balanceo apenas perceptible, como una oscilación.

—*¡Fíjate! ¡Fíjate, hombre! ¡No es una muela!*—grité a mi compañero.

»Entonces nos precipitamos los dos a campo traviesa hacia el misterioso objeto. Atravesamos en primer lugar un campo de barbecho y luego una plantación de nabos. Cuando casi lo alcanzábamos, el objeto despegó de lado, recorrió diagonalmente unos quince metros, y luego ascendió verticalmente. En total, la visión duró unos tres minutos, antes de que el objeto desapareciese entre las nubes.

»El objeto se elevó sin ruido, soltando por su parte inferior derecha un poco de humo. Era de color gris azulado. Podía tener unos diez metros de diámetro y unos tres de altura y, como ya he dicho, parecía un plato vuelto boca abajo. En su parte inferior izquierda se veía una especie de placa más ancha que alta, como una puerta. Estaba casi a 150 metros de nosotros cuando se elevó. Ha sido el guardabosque de Lahousse que quien ha in-

sistido para que comunicásemos nuestra observación a la gendarmería de Corbie.»

Tras interrogar a los dos testigos, la gendarmería y los especialistas de la aeronáutica se dirigieron a examinar el lugar del misterioso suceso. Únicamente descubrieron en él las huellas de los dos hombres, lo cual no era de extrañar, pues los testigos vieron oscilar al objeto, clara prueba de que éste no tocaba el suelo. De momento se pensó en una broma montada por los dos jóvenes albañiles, y por lo tanto se echó tierra al asunto.

Sin embargo, durante aquel mismo 7 de setiembre, numerosos habitantes del distrito de Péronne, en muchas aldeas distribuidas sobre un área de 30 kilómetros, comunicaron haber visto volar un objeto sobre el bosque de Foucaucourt-en-Santerre. Los detalles con que lo describían coincidían exactamente con el relato de los dos albañiles: la misma hora, las mismas dimensiones, idéntico color, etc.

Además, la noche precedente, tres personas de Origny, en el departamento del Aisne, a 110 kilómetros más al Este, habían realizado una extraña observación, de características muy parecidas a las del objeto visto por Renard y Degillerboz. Sin embargo, nada nos indica que pudiera tratarse del mismo objeto.

La observación de estos dos jóvenes albañiles es importante porque inaugura la serie de los «aterrijajes». Con excepción del famoso «aterrijaje» de Marignane, ocurrido el 26 de octubre de 1952, nada se cita a este respecto. La argumentación de muchos escépticos era la siguiente: Si estos objetos existen, ¿por qué no se posan en el suelo? Como si se tratase de contestar a esta pregunta, los «aterrijajes» se sucedieron en Francia durante esta época.

El «contacto» de la meseta de Millevaches. — Por si no basta con los «aterrijajes», vamos a ofrecer ahora un «contacto». Aimé Michel publica este episodio en su libro (1) a título puramente infor-

(1) *Mystérieux Objets Célestes*, pág. 57 y ss. A partir de aquí hasta el fin del capítulo seguimos con bastante fidelidad a Michel.

mativo, arguyendo que lo comunica tan sólo por- que forma parte ya del folklore platillista fran- cés, y no es más inverosímil que otros casos que se presentan acompañados de bastantes pruebas.

Este suceso ocurrió en el centro de Francia, donde existen algunas de las regiones más salva- jes del país. Son comarcas pobladas por campesi- nos y pastores de carácter notoriamente tosco y rústico y que, según Michel, no deben de hallar- se obsesionados precisamente por la ficción cientí- fica.

Sin embargo, fue precisamente en esta región semisalvaje donde, por primera vez en Europa, un hombre afirmó haber visto e incluso tocado con sus manos un ser extraterrestre, el 10 de setiembre de 1954.

A las nueve menos diez de la noche, Antoine Mazaud entró demudado en su casa de labor.

—*¿Qué te ocurre?* —le preguntó su mujer—. *¿Estás enfermo? Estás pálido y te tiemblan las manos. ¿Qué pasa?*

La señora Mazaud tenía motivos para inquietar- se: su marido, un robusto campesino que frisaba en los 50 años, nunca se le había mostrado de aquella forma.

A continuación Monsieur Mazaud hizo a su cón- yuge el extraordinario relato que sigue.

Pasó la tarde trabajando en su campo de avena. A la caída de la noche decidió regresar a sus lares. Debían de ser las 8.30 de la noche. Echán- dose la horca al hombro, tomó el camino que con- duce a su casa, situada en el villorrio de Mourié- ras, a 1,500 metros de allí. Este camino, bastante hundido, serpentea en un paisaje agreste domina- do por los montes Monneidières.

Cuando llegó frente a un bosquecillo, apoyó la horca en el suelo y se puso a liar un cigarro. Con el pitillo entre los labios, prosiguió su camino al cabo de un minuto o dos.

—Apenas había dado algunos pasos —dijo—, cuando en la creciente oscuridad me di de manos a boca con un extraño personaje ataviado de forma extraña. De talla mediana, dicho personaje se tocaba con una especie de casco sin orejera, un poco parecido al de un motorista.

Monsieur Mazaud se quedó estupefacto ante aquel desconocido tan extravagante. Téngase en cuenta que todos los naturales del país se conocen entre sí, y por lo tanto un desconocido, y más de aquel aspecto, había de llamar poderosamente la atención. Por ello no es raro que Monsieur Mazaud tuviese una típica reacción instintiva de campesino desconfiado.

—Mi primer impulso fue empujar la horca —dijo—. Me sentía helado de terror. El «otro» tam- bién permaneció inmóvil. De pronto, muy lenta- mente, avanzó hacia mí, haciendo con el brazo un ademán sobre la cabeza. Me pareció comprender que deseaba calmarme, tal vez saludarme, o expre- sarme su amistad. Tendía hacia mí el otro brazo, pero yo no tuve la impresión de que me amena- zase, nada de eso.

«No sabía qué partido tomar. Tras una momen- tánea confusión me dije que debía de tratarse de un loco que se había disfrazado. Viendo que conti- nuaba avanzando hacia mí haciendo extraños ade- manes, deduje que no tenía intención de agre- dirme.

«Pronto lo tuve delante. Entonces, sin dejar de sujetar la horca firmemente con la diestra, le tendí la mano izquierda, con cierta vacilación. El la estrechó efusivamente, muy fuerte y luego, de pronto, me abrazó, juntando mi cabeza con su casco.

«Yo estaba estupefacto. Todo esto había suce- dido en el más completo silencio. Arrancándome a mi estupor, me atreví a darle las buenas noches. Sin responder, él pasó ante mí y se alejó algunos metros, metiéndose en la sombra densa del bos- que. Me pareció entonces que se arrodillaba. Po- cos segundos después, oí un ligero silbido, como el zumbido de una abeja, y vi elevarse entre las ramas hacia el cielo, casi verticalmente, una especie de aparato oscuro, que me pareció que tenía la forma de un cigarro hinchado por un lado y de tres o cuatro metros de largo. Pasó bajo los cables de alta tensión y desapareció por el cielo ha- cia el Oeste, en dirección a Limoges.

«Solamente entonces salí de mi estupor. Me lancé hacia donde había desaparecido aquel su-

jeto, mas por lo visto ya era demasiado tarde.

En su exposición de este extraño encuentro, Aimé Michel subraya que, tanto ante la Policía como más tarde ante los periodistas, Monsieur Mazaud lamentó no haber retenido por la fuerza a su extraño visitante, o incluso «no haberlo matado a golpes de horca para saber qué era». Verdadero reflejo de hombre primitivo que aún conserva intactas las reacciones del cazador.

Es muy importante observar que Monsieur Mazaud, tras relatar lo que antecede a su esposa, le ordenó que conservase el más riguroso secreto, para evitar que se burlasen de ellos. Como ya era de esperar, sin embargo, Madame Mazaud relató el suceso a su comadre haciéndole idéntica recomendación, y ésta, exigiendo asimismo el más riguroso secreto, refirió lo sucedido a un buhonero, el cual se apresuró a ponerlo en conocimiento de la gendarmería.

Los agentes de la ley realizaron una minuciosa investigación en el lugar del suceso, sin descubrir la menor traza. Interrogaron estrechamente a Antoine Mazaud, taciturno, tranquilo y desprovisto de toda imaginación, que gozaba de fama de gran seriedad en todo el país. La impresión de sinceridad que produjo en todos el relato fue enorme. El enviado especial de *Combat* llegó a decir: «Hay en sus declaraciones un indiscutible acento de sinceridad. No tiene este hombre la reputación de farsante ni de iluminado, y los interrogadores no han descubierto la menor falla ni la más mínima contradicción en sus declaraciones.»

Este caso hubiera quedado archivado como inexplicable, de no haber sido por un pequeño detalle que Aimé Michel guarda para el final.

¿Cuáles fueron las últimas palabras del relato que hizo Mazaud a su mujer?: «El objeto pasó bajo los cables de alta tensión y desapareció en el cielo hacia el Oeste en dirección a Limoges.»

Continuando su encuesta, los gendarmes descubrieron que la noche del 10 de setiembre, algunos instantes después de las ocho y media, varios habitantes de Limoges distinguieron en el cielo, volando de Este a Oeste, un disco rojizo que dejaba escapar una estela azulada. La declaración de estos

testigos fue recogida *antes* que el incidente de Mazaud fuese conocido de nadie, pues los primeros artículos periodísticos llevan fecha del 14 de setiembre. No puedo resistir la tentación de transcribir las cuatro jocosas hipótesis, que, según Michel, podrían explicar este insólito suceso:

1.º Que Monsieur Mazaud no ha visto absolutamente nada: se dedicaba a inventar novelas de fantasía científica en *patois* lemosino, mientras llevaba un pitillo.

2.º Que tuvo una alucinación.

3.º Que vio un helicóptero (es de sobras conocida la agilidad con que estos aparatos se deslizan entre el ramaje de los bosques) y su piloto (cuya pasión consistía en abrazar a los campesinos entrados en años a la caída de la noche).

4.º Que al propio tiempo que sucedían estos hechos peregrinos, los habitantes de Limoges no veían absolutamente nada, limitándose a completar las novelas de Antoine Mazaud por telepatía, o bien veían pasar un bólido lento suscitado por la imaginación del campesino (o inversamente).

El caso alucinante de Marius Dewilde. — Esta noche del 10 de setiembre es de las que hubieran hecho decir a las imaginaciones medievales que el diablo andaba suelto por la tierra. Mientras Antoine Mazaud daba vueltas en su lecho, a las diez y media, devanándose los sesos para interpretar el extraño suceso del que acababa de ser protagonista, a 500 kilómetros de allí, en dirección norte, y cerca de Valenciennes, otro hombre vivía una aventura aún más extraordinaria que la del campesino lemosin.

Este hombre se llama Marius Dewilde. Es un obrero metalúrgico de 34 años cuando ocurrió el suceso, casado y padre de familia, que gozaba de reputación de hombre serio y trabajador en la empresa donde trabajaba. Poco podía imaginarse él que su nombre iba a aparecer en todos los libros que se han ocupado del misterio de los OVNI, y que su relato se repetiría hasta la saciedad, se deformaría, daría origen a toda una mitología pseudomarciana y se convertiría en pasto fácil de revistas sensacionalistas.

Los hechos escuetos fueron como sigue:

Dewilde habitaba con su familia en una casita aislada entre bosques y campos, a dos kilómetros de la aldea de Quarouble. Ante la casa, había un jardincito rodeado por una valla. La vía férrea de las Hulleras Nacionales, que va de Saint-Amand a Blanc-Misseron, pasaba junto a este jardín. La casa se alzaba en las proximidades del paso a nivel número 79. Hoy ya no existe y Dewilde tampoco habitaba en Quarouble.

Pero cedamos la palabra al propio Marius Dewilde, quien nos relatará los hechos tal como figuraron en su declaración:

«Mi mujer y mi hijo acababan de acostarse y yo leía junto al hogar. El reloj de pared marcaba las 10.30, cuando me sorprendió oír ladrar a mi perro *Kiki*. El animal aullaba lúgubramente. Creyendo que tal vez se habría introducido algún ratero en el patio, tomé la lámpara de bolsillo y salí. Al llegar al jardín, distinguí una masa sombría sobre la vía férrea, a menos de 6 metros de la puerta de mi casa. Pensé que debía de tratarse de un carro abandonado allí por un campesino. Me dije que debía advertir a los empleados de la estación a primera hora de la mañana siguiente para que lo retirasen en evitación de un accidente.

»En aquel preciso instante mi perro llegó saltando hacia mí y de pronto, a mi derecha, oí un rumor de pasos precipitados. En aquel lado existe un sendero llamado el "camino de los contrabandistas", pues a veces éstos lo utilizan de noche para franquear la frontera franco-belga. Mi perro ladraba furiosamente, vuelto en aquella dirección. Encendí la lámpara eléctrica y proyecté el rayo luminoso hacia el sendero.

»Lo que vi nada tenía que ver con los contrabandistas. Eran dos "seres" distintos a todo cuanto yo había visto. Estaban a tres o cuatro metros de mí, detrás de la valla, que era lo único que me separaba de ellos, y se dirigían uno detrás de otro hacia la masa sombría que yo había observado sobre la vía férrea.

»Uno de ellos, el que iba delante, se volvió hacia mí. El haz luminoso de mi lámpara hizo surgir, en el lugar donde debía tener la cara, un refle-

jo de vidrio metálico. Tuve clarísimamente la impresión de que su cabeza estaba encerrada en un casco de escafandra. Además, los dos seres vestían unos trajes análogos a los de los buzos. Eran de muy pequeña talla, probablemente de menos de un metro, pero extremadamente anchos de hombros, y el casco que protegía la "cabeza" me pareció enorme. Vi sus piernas, pequeñas, proporcionadas a su talla, según me pareció; mas por el contrario, no distinguí brazos (1). Ignoro si los poseían.

»Pasados los primeros segundos de estupor, me precipité hacia la puerta del jardín con intención de cortarles el paso, para capturar al menos a uno de ellos. Estaba apenas a dos metros de las dos siluetas cuando, brotando de pronto de una especie de cuadrado que se abrió en la masa oscura que yo había distinguido sobre los raíles, me cegó una iluminación potentísima, como la luz del magnesio. Cerré los ojos y quise gritar, sin conseguirlo. Estaba como paralizado. Intenté moverme, pero las piernas no me obedecían.

»Como en sueños, oí a un metro de mí ruido de pasos sobre la losa de cemento que hay frente a la puerta de mi jardín. Eran los dos seres que se dirigían hacia la vía férrea.

»Por último el proyector se apagó y readquirí el dominio de mis músculos. Eché a correr hacia la vía. Pero la masa sombría que estaba sobre ella se elevaba ya del suelo, balanceándose ligeramente a la manera de un helicóptero. Sin embargo, pude ver cómo se cerraba una especie de puerta. Por debajo brotaba un espeso vapor oscuro con un ligero silbido. El aparato ascendió verticalmente hasta unos 30 metros de altura; después, sin dejar de elevarse, se dirigió hacia el Oeste, en dirección de Anzin. A partir de cierta distancia, adquirió una luminosidad rojiza. Al cabo de un minuto, desapareció en el horizonte.»

Estos fueron los hechos. Cuando consiguió reponerse de su estupor, Marius Dewilde fue a despertar a su mujer y luego a un vecino. Acto seguido echó a correr hacia la gendarmería más próxi-

(1) Detalle observado algunas veces.

ma, situada en la pequeña localidad de Onnaing, a dos kilómetros de allí. Estaba tan alterado y sus palabras eran tan incoherentes, que le tomaron por loco y le rogaron que se volviese a su casa. Sin hacerles caso, Dewilde se dirigió a la comisaría de Policía, adonde llegó a medianoche.

El comisario Gouchet comprendió inmediatamente que se trataba de algo inaudito, y decidió escucharle con la mayor atención. El hombre que se presentó temblando como un azogado ante él demostraba un pánico tan evidente, que incluso sufría lo que en el expediente que se abrió se expresa mediante el eufemismo de «contracciones intestinales». Sin querer comprometerse con lo que había visto Dewilde, el comisario Gouchet descartó al punto la hipótesis de una comedia o una farsa. El miedo de Dewilde era demasiado evidente.

El informe del comisario Gouchet originó una triple encuesta, llevada a cabo conjuntamente por la Policía, la gendarmería del Aire y la D. S. T.

La primera hipótesis presentada fue la de un helicóptero utilizado por los contrabandistas. Pero examinado el paraje, esta hipótesis tuvo que desecharse porque los hilos telegráficos hubieran impedido cualquier aterrizaje en aquel punto.

Los investigadores examinaron entonces palmo a palmo el camino contiguo a la vía férrea, en busca de huellas de los dos seres, sin hallar nada que pudiese confirmar la veracidad del relato de Dewilde. Sin embargo, hay que tener en cuenta que aquel terreno era muy duro y la falta de pisadas no demostraba que el relato fuese falso.

En la vía férrea tuvieron más suerte. Tres de las traviesas de madera mostraban en cinco sitios unas marcas idénticas, cada una de las cuales tenía cuatro centímetros cuadrados de superficie. Estas marcas, que tenían el aspecto de ser muy recientes, mostraban que la madera de las traviesas había sufrido una fuerte presión en estos cinco puntos, como la causada por un objeto pesadísimo. Además, la disposición de las cinco señales era simétrica. Las tres del centro, transversales, se hallaban sobre la misma traviesa, y distaban 43 centímetros entre sí. Las otras dos, situadas a ambas partes de la línea que formaban las tres primeras,

equidistaban 67 centímetros de ellas. Uno de los inspectores de la Policía del Aire, al ser interrogado por los periodistas acerca de lo que podían ser aquellas señales, respondió:

«Un aparato que aterrizarase sobre muletas y no sobre ruedas como los nuestros, dejaría unas huellas muy similares.»

Para explicar estas huellas, se atribuyeron al principio a trabajos efectuados en la vía férrea, pero luego se vino en saber que hacía tiempo que no se realizaban allí trabajos. En cambio, las huellas parecían recientes.

Por último los ingenieros ferroviarios, consultados por los investigadores, determinaron la presión que había hecho falta para producir tales huellas sobre las traviesas. ¡Esta presión correspondía a un peso de 30 toneladas!

Este hecho, de capital importancia, no se comunicó a la Prensa, manteniéndose en secreto durante dos años.

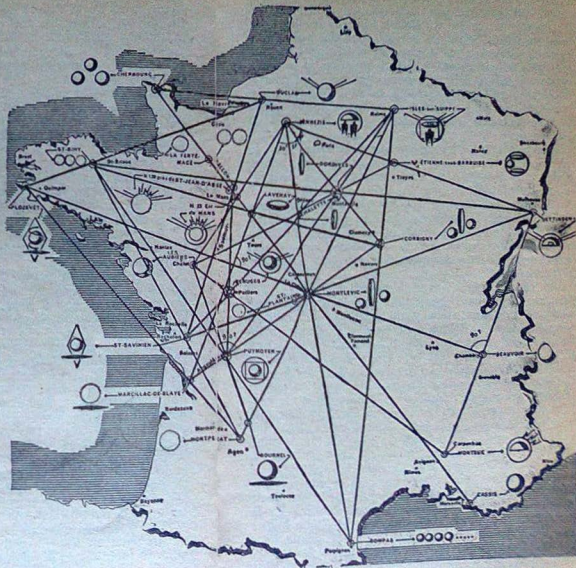
Examinando la grava de la vía, se halló otro hecho en verdad sorprendente: en el lugar del supuesto aterrizaje, las piedras eran friables, como si se las hubiese calcinado a una elevada temperatura.

Por si fuese poco, los investigadores dispusieron de las declaraciones hechas el sábado once de setiembre por cinco vecinos de dos aldeas próximas, que corroboran el relato de Dewilde. En Onnaing, que queda a dos kilómetros, como ya se ha dicho, y en dirección al Sur, los señores Aubertot y Hublard distinguieron el viernes 10, hacia las diez y media de la noche —hora indicada por Dewilde— una luminosidad roja desplazándose en el cielo y que parecía venir del lado de Quarouble. (Recuérdese que el testigo de este extraordinario suceso habló de una «luminosidad roja», al referirse a la partida del supuesto aparato.)

En el mismo instante, tres jóvenes que salían de un baile en Vicq, a 800 metros de allí, distinguieron igualmente la misma luz en idéntica dirección.

El extraordinario suceso de Quarouble ha hecho correr ríos de tinta. Es la primera vez en la historia de los elusivos «plátillos» que de un ate-

Red ortotónica del 7 de octubre de 1954, según Aimé Michel. Las observaciones están dispuestas en una red completa compuesta de 26 alineaciones. En el centro de las estrellas, generalmente se observó el mismo objeto fusiforme. (De la obra de A. Michel, Los misteriosos platillos volantes, entre páginas 200 y 201.)



rrizaje quedan trazas tangibles. Con la sola fuerza de la imaginación no se producen presiones del orden de las treinta toneladas sobre la madera. En cuanto a los trastornos intestinales del pobre Marius Dewilde, que le digan a él si fueron imaginarios. «Algo» inaudito y fabuloso sucedió aquella noche en la vía férrea, a poca distancia del paso a nivel núm. 79. «Algo», quién sabe si de origen extraterrestre, se posó con su enorme masa sobre las traviesas de madera, en las que imprimió su tarjeta de visita.

Aimé Michel dice, muy atinadamente, que lo que hace más «reales» y verídicos los seres entrevistados por Dewilde es su misma falta de proporciones humanas.

No hay que esperar que los visitantes del espacio se adapten a nuestros cánones preestablecidos y utilicen los últimos modelos de cohetes interplanetarios fabricados por la «Science-Fictions». Lo nuevo y verdadero siempre es imprevisto y desconcertante.

El tantas veces citado Aimé Michel no se pronuncia sobre este particular, deseando guardar siempre una auténtica y prudente imparcialidad de científico. Se limita a exponer y a aducir pruebas, lo cual ya es bastante. Sin embargo, deja que el general Chassin, jefe que fue —hoy fallecido, y que había ostentado la Presidencia del GEPA— de las Fuerzas Aéreas de la Organización del Atlántico (OTAN) afirme su creencia en la existencia de visitantes extraterrestres inteligentes en el prólogo que escribió para su libro. Esta misma creencia se lee entre casi todas las líneas de la obra de Michel, pese a su puritana contención. Al final de la obra, el lúcido investigador francés apunta una hipótesis estremecedora. No pasa de ser una hipótesis y posiblemente su autor no cree en ella, pero eso no le quita nada de su abrumadora desesperanza. Es la siguiente: Supongamos —dice Michel— que los seres del espacio *conviven* con nosotros desde hace mucho tiempo, tal vez desde siempre, y no los vemos o no nos percatamos de su existencia debido al mismo hecho de su presencia constante. No los vemos como el perro no «ve» —es decir, no «comprende»— un aparato de televisión; como las reses

que van al matadero no comprenden al matadero; como los animales no comprenden los gestos y las acciones del hombre.

Esta teoría es desesperante. Encerrados en nuestra limitación natural, no podemos jamás salir de nuestra esfera para comprender otra vida que nos rebasa, que se mueve en un universo distinto. De ella sólo vemos luces, colores, extraños sucesos carentes de significación para nosotros, como lo es el del desfile militar para un perro. Esto nos quita toda posibilidad de comunicación. ¿Habrá que creer a Charles Fort cuando dijo: *I think we are property?* Sólo se comprende lo afín.

Esta es una de las ocho hipótesis que se plantea Michel tratando de explicar este enigma. Enumerándolas por su orden, son las siguientes:

1.º La vida terrestre es realmente la única vida del Universo.

2.º De todas las vidas siderales, la vida terrestre es la única que ha evolucionado hasta el espíritu.

3.º De todas las vidas que han evolucionado hasta el espíritu no existe ninguna lo bastante avanzada respecto a la Humanidad para haberle tomado la delantera en la conquista del espacio sideral.

4.º La invasión del espacio sideral está limitada a un radio de acción inferior a la distancia que nos separa del sistema biológico extraterrestre más próximo.

5.º Durante los viajes siderales, el contacto entre especies de origen diferente es imposible.

6.º Este contacto, si bien posible, se evita sistemática o interinamente.

7.º Es secreto.

8.º Es invisible, lo que es completamente diferente.

Si yo tuviese que escoger, me inclinaría por la sexta hipótesis, que reconoce implícitamente la existencia de una vida extraterrestre inteligente, y de un adelanto técnico superior a lo humano, si bien no excesivo. Contrariamente a los postulados de la pesimista hipótesis quinta, creo que *podemos comprender* a nuestros visitantes extraterrestres,

dando a comprender su sentido etimológico más alto.

Pero volvamos a los agitados y reveladores meses del otoño francés de 1954.

Un émulo de Marius Dewilde. — El episodio de Marius Dewilde es extraordinariamente interesante porque no es único. Es el primero de una serie de sucesos que presentarían ciertas características comunes.

El 17 de setiembre, centenares de millares de personas vieron en Roma un extraño objeto en los cielos. Hay que comenzar por esta observación romana, porque, si la ortotenia no miente, este mismo OVNI, visto por primera vez a las 16.45 horas según Greenwich entre la capital italiana y el aeropuerto de Ciampino, a 17 kilómetros, fue el mismo que a las 22.30 horas de aquel mismo día había de dar un susto mayúsculo a un ciclista francés del departamento de Vienne, después de ser observado por gran número de testigos en Clermont-Ferrand tres cuartos de hora después de haber sido avistado en Italia.

Este objeto se presentó por primera vez a los observadores italianos bajo la forma de un pequeño punto brillante. A primera vista, nada lo distinguía de un vulgar globo sonda. Unos periodistas telefonearon al aeródromo de Ciampino, donde les dijeron que allí se seguían los movimientos del objeto desde las 16.45, según antes se ha dicho. Los observadores militares añadieron que tenía la forma de un «medio cigarro» y volaba a una altura de 1.200 metros, a una velocidad de 260 a 280 kilómetros. Lanzaba una breve estela de humo luminoso por su punta posterior.

En un momento determinado, cayó unos 400 metros, para adquirir de nuevo altura pasando de la posición horizontal a la posición vertical.

El comandante militar de Ciampino avisó entonces a la estación de radar de Pratica di Mare, una aldea situada a la orilla del mar a unos 30 kilómetros de Roma. Los radaristas de Pratica di Mare captaron al aparato en la pantalla de su instrumento y lo observaron durante veinte minutos,

señalando incluso la presencia de una especie de antena en el centro del aparato.

A las 18.28, el aparato se alejó rápidamente hacia el mar en dirección noroeste. El observatorio astronómico de Monte Mario no observó nada, pero los astrónomos declararon luego que no podía tratarse de un bólido, teniendo en cuenta la duración de la observación y las evoluciones del OVNI.

El teniente Bruno Giustiniani, del aeropuerto de Ciampino, que observó atentamente el fenómeno, declaró el día siguiente a la Prensa: «El hecho es tan indiscutible como inexplicable. El objeto extraño (por llamarlo de algún modo) era capaz de desplazarse rápidamente y también de permanecer en absoluta inmovilidad durante largos minutos. Se desprendía de él una luz brillantísima de color plateado. Es todo cuanto podemos decir.»

Pero no termina ahí la cosa. En efecto, la alumbración colectiva creada en Roma aquella tarde de setiembre (con la complicidad del radar) proseguía su avance siguiendo la misma línea geodésica, para pasar a las 19.15 sobre la población francesa de Clermont-Ferrand.

«Hallándose el viernes pasado en mi casa, cuenta uno de los testigos, me asomé a la ventana para distinguir hacia las 19.15, una nubecita rosada sobre el Puy-de-Dôme, que me intrigó por su forma. Tomando puntos de referencia en las líneas de energía eléctrica que cruzan el cielo frente a mi ventana pude ver que se desplazaba. Fui a buscar entonces un pequeño catalejo de mi propiedad, de unos 25 aumentos. No tuve tiempo de montarlo sobre su trípode, de manera que mi observación temblaba ligeramente. Pero me di perfecta cuenta de que se trataba de un aparato volador. Vi un grueso punto negro precediendo a una cola luminosa. No pude calcular su distancia ni su velocidad.»

Existe una docena de otros testigos, la mayoría de los cuales no se conocían entre sí y se hallaban en lugares diferentes. Lo que no les impide concordar en sus manifestaciones.

Continuando su progresión sobre una línea *rigurosamente recta*, el objeto se hallaba a las 22.40 a

220 kilómetros al noroeste de Clermont-Ferrand, en pleno departamento de Vienne y a 6 kilómetros al sur de Châtelleraut.

Ignorando por completo de las leyes ineludibles de la ortotenia, circulaba a la misma hora en bicicleta, por la carretera departamental 1, Monsieur Yves David, vecino de Montgamé, el cual se dirigía de Vouneuil-sur-Vienne a Cénon.

La noche era oscura y sin luna. Además, la región es boscosa, con sombrías espesuras por doquier. Monsieur David apenas distinguía la carretera frente a él, mal iluminada por la energía que suministraba la débil dinamo de su máquina.

Llegado a las proximidades del lugar llamado Le Pontreau, el ciclista experimentó de pronto un extraño malestar. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, «como si estuviese electrizado», refirió más tarde. No pudiendo pedalear, se detuvo y bajó de la bicicleta, con lo que se halló en la oscuridad, al pararse la dinamo. La desagradable sensación de hormigueo no sólo no había desaparecido, sino que se sentía paralizado.

Fue entonces cuando distinguió no lejos de él, sobre la carretera, un extraño aparato cuyas dimensiones (según el cálculo aproximado que hizo en la oscuridad) le parecieron de tres metros de ancho por un metro de grueso.

Asustado, sin poderse mover, permaneció largo rato contemplando el objeto, también inmóvil. Transcurridos unos instantes, vio surgir una silueta de la masa sombría. Era un ser de pequeña talla, mucho más pequeño que un hombre, que se dirigió hacia él, le tocó en el hombro, emitió un sonido parecido a una voz inhumana e incomprensible y volvió hacia el aparato, donde desapareció.

Instantes después, de la masa sombría surgió un resplandor verdoso. El aparato se elevó a una velocidad aterradora y desapareció en el cielo por encima de los árboles. Al propio tiempo, Monsieur Yves David recuperaba el uso de sus miembros. Temblando como un azogado, montó trabajosamente en la bicicleta y se dirigió a Montgamé, donde contó su extraña aventura.

En el momento de producirse estos hechos, ni la observación de Roma ni la de Clermont-Fer-

rand se conocían aún en la región.

Los detractores de toda la cuestión afirman que la extraña observación de Marius Dewilde engendrara una abundante descendencia de hombrillos extraterrestres, provistos de un «rayo paralizador» muy «Science-Fiction» y vestidos con escafandras del espacio. Es posible. Pero no olvidemos el cuento del huevo y la gallina. Además, Monsieur Yves David experimentó el hormigueo y la paralización antes de ver nada. Y si los seres humanos son sospechosos de histerismo, de contagio alucinatorio o de deseo de publicidad gratuita, no puede decirse otro tanto de los faros y los motores de los automóviles. Vamos a ver por qué.

El camión alucinado.—Pido perdón al lector por dar un salto en el tiempo que altera el orden cronológico de este relato, pero es absolutamente necesario que nos traslademos a la noche del 6 al 7 de octubre, pues se trata nada menos que de reivindicar el buen nombre de nuestros amigos Dewilde y David, tenidos por embusteros por muchas personas serias y doctas.

Poco después de las seis de la madrugada del 7, Monsieur Alexandre Tremblay ascendía una ligera cuesta con su camión, por una carretera secundaria situada al este de la nacional 138 de Le Mans a Alençon. Monsieur Tremblay, que trabaja para una importante sociedad chocolatera, hace todas las mañanas la recogida de leche en esta comarca.

El motor del camión funcionaba a muchas revoluciones cuando ascendía la cuesta cerca de Saint-Jean-D'Assé. De pronto, el motor se paró y los faros se apagaron. Sorprendido, Monsieur Tremblay frenó, desembragó y accionó el arranque. Todo fue en vano: el motor se negaba a funcionar.

—Pana de encendido —se dijo el conductor—, tal vez un cortocircuito.

Cuando Monsieur Tremblay levantaba el capó del motor, vio sobre la carretera, en el cielo, una intensa luminosidad azul que parecía dirigida hacia él, y que duró algunos segundos.

Sorprendido, accionó de nuevo el arranque y

esta vez el motor se puso en marcha, al propio tiempo que los faros se encendían de nuevo.

Pero la alucinación de que fue objeto el vehículo de Monsieur Tremblay se contagió por lo visto a otros vehículos.

El 9 de octubre, dos mecánicos de Cuisy (Seine-et-Marne) llamados André Bartoli y Jean-Jacques Lalevé, se hallaban juntos, a las 21.20 en Cuisy. Monsieur Bartoli, al volante de su automóvil, maniobra dando marcha atrás a gran velocidad para poner el vehículo en dirección a París, adonde debía regresar. El motor estaba acelerado a fondo. De pronto el conductor vio por el retrovisor el cielo muy iluminado por un gran resplandor anaranjado. Al propio tiempo, el motor caló y frenó el coche, que se detuvo inmediatamente.

«Intrigado por la luz —contó Monsieur Bartoli— no pensé de momento en el coche; abrí apresuradamente la portezuela y salí para ver de qué se trataba. Era una especie de cigarro amarillanaranjado, de una anchura igual a la mitad del diámetro de la luna. Mi amigo Lalevé, que se hallaba a una docena de metros detrás del coche, apoyado en su bicicleta, pudo distinguirlo clarísimamente cuando pasó sobre nosotros. Lo comentamos unos momentos, preguntándonos qué podía ser. ¿Tal vez un bólido? Pero había desaparecido ya.

«Volví entonces junto al coche, y me di cuenta que los faros se habían apagado; ocupados en la observación del fenómeno, eso nos había pasado inadvertido. Intrigado, me incliné sobre el tablier; el contacto seguía puesto. Y la palanca del cambio de velocidades estaba aún en marcha atrás, lo cual indicaba que el motor seguía embragado.»

(Que un mecánico profesional y experimentado como Monsieur Bartoli cale por inadvertencia un motor, es algo muy improbable.) Además, un objeto que podía ser el mismo fue observado por otros testigos sobre la misma región.

Más automóviles víctimas de la psicopatología colectiva. — El 11 de octubre, una epidemia de apagones se extendió entre los automóviles franceses.

Sin entrar en demasiados detalles, diremos que en la madrugada del 11, Monsieur Baptiste Jourdy, que conducía por las montañas del Alto Loire el camión con el que recoge la leche de la comarca, se detuvo por apagón de los faros y paro del motor poco antes de llegar al poblado de Fondrède. Hecho acompañado de la observación de un objeto multicolor desplazándose en el cielo perpendicularmente a la carretera. Desaparecido el objeto el motor se puso en marcha con toda normalidad.

Un cuarto de hora más tarde, a unos 25 kilómetros más al Norte, los señores Henri Gallois y Louis Vignerot, comerciantes de Clamecy, se dirigían a la feria de Corbigny, cuando les sucedió algo aún más sorprendente.

«Conducía por el centro de la calzada, no muy lejos de Clamecy —contó Monsieur Gallois—, cuando de pronto sentí en todo el cuerpo como una descarga eléctrica. Al propio tiempo, el motor se paró y los faros se apagaron. Paralizados, incapaces de hacer un movimiento, nos preguntamos qué sucedía y miramos a nuestro alrededor. Vimos entonces en un prado que bordeaba la carretera, a unos 50 metros, un aparato redondo, junto al cual distinguimos claramente tres seres de pequeña talla que se movían con gestos vivos. Sus siluetas desaparecieron pronto en el aparato el cual se elevó rápidamente. Casi en el mismo instante, los faros se encendieron de nuevo y pudimos continuar.»

En España tenemos también nuestro ejemplo clásico de apagón, como se verá consultando el correspondiente capítulo de esta obra. Es el caso del chófer de La Coruña que asegura haber visto un extraño objeto posado en el suelo, a 42 kilómetros de la ciudad.

¿Qué explicación pueden tener estos misteriosos apagones, paros del motor, hormigueo en el cuerpo y parálisis? Si admitimos la teoría del capitán Plantier, las astronaves extraterrestres que exploraban Francia en esa época, generan un potente campo magnético, el cual puede producir perfectamente masa en los motores de los automóviles, lo cual explicaría el apagón y el paro. También explicaría el hormigueo e incluso la parálisis de

los seres humanos, sin tener que recurrir a explicaciones fantásticas.

Chabeuil: un clásico. — La historia de los OVNI tiene sus clásicos: el capitán Mantell, el monstruo de Sutton, el caso del «DC-3», Gorman y la luz volante, el caso de Dewilde, y otros. Entre ellos se encuentra el extraño caso de Chabeuil, que causó sensación en Francia debido a las circunstancias dramáticas que lo rodearon.

Chabeuil está situado a 10 kilómetros al suroeste de Valence, y a 100 kilómetros al sur de Lyon. El extraño suceso ocurrió el domingo 26 de setiembre de 1954. En ese día, el matrimonio Leboeuf, de Valence, fue a pasar el domingo en Chabeuil, en casa del abuelo de Madame Leboeuf. Alrededor de las 14.30, dicha señora, acompañada de su perrita *Dolly*, fue a buscar setas en los bosques del castillo, no lejos del cementerio, visitado a aquella hora por algunos deudos de los difuntos. Monsieur Leboeuf se hallaba a más de un centenar de metros de su esposa cuando sucedió el hecho insólito.

Madame Leboeuf se dedicaba a recoger moras en el seto que bordeaba el camino cuando su perra se puso a ladrar. Los ladridos pronto se cambiaron en lúgubres aullidos. Volviéndose, Madame Leboeuf vio al animalito, al borde de un maizal y ante algo que ella tomó de momento por un espantapájaros. Aproximándose, vio que el pretendido espantajo era en realidad una especie de pequeña escafandra de materia plástica traslúcida de poco más de un metro de altura, con una «cabeza» igualmente traslúcida. De pronto se dio cuenta de que había «algo» en la escafandra, y que tras la transparencia borrosa del casco, había dos ojos que la miraban... y que parecían ser más grandes que los ojos humanos. Al propio tiempo, el extraño ser avanzó hacia ella en una especie de progresión rápida y tambaleante. La sorpresa y el pánico de Madame Leboeuf se cambiaron en espanto ante el movimiento rápido y sorprendente de la pequeña escafandra. Lanzando un grito de terror, giró sobre sus talones y se ocultó en una espesura próxi-

ma. Volviéndose, ya no vio nada. Entretanto, la perra seguía profiriendo lúgubres aullidos, coreados por los de todos los perros del pueblo. Súbitamente, un gran objeto metálico circular y plano surgió a cierta distancia, detrás de los árboles, alejándose al ras del maizal a velocidad moderada, mientras se oía un ligero silbido. El objeto atravesó de esta manera el maizal, elevándose ligeramente; luego se balanceó y partió hacia el Nordeste a velocidad prodigiosa, al propio tiempo que se elevaba.

Al oír los aullidos de la perra, el grito de terror de su esposa y el extraño silbido, Monsieur Leboeuf corrió hacia aquel lugar. Los que se hallaban en el cementerio hicieron lo propio, pues también afirmaron haber oído todo esto. Los perros habían dejado de ladrar y al poco tiempo el pueblo entero se hallaba congregado en el lugar del incidente. En el bosquecillo desde donde se elevó el supuesto aparato, se halló una huella circular, de un diámetro de unos 3,50 metros, constituida por arbustos y matorrales aplastados. Al borde de esta huella crecían unas acacias. De una de ellas colgaba, rota bajo el efecto de un esfuerzo ejercido de arriba abajo, una rama de ocho centímetros de diámetro. La rama de otra acacia, que se alzaba a 2,50 metros del suelo sobre la huella circular, estaba completamente deshojada. Por último, las primeras hileras de maiz que se alzaban en la trayectoria del supuesto aparato en el momento de su despegue, estaban tendidas en líneas radiales.

Los que acudieron encontraron a Madame Leboeuf presa de una emoción indecible. La pobre mujer tuvo que acostarse, permaneciendo dos días en cama con una fiebre elevada. Charles Garreau efectuó una minuciosa investigación, y consiguió que le dejaran ver el informe que había hecho la gendarmería. En este informe constaba que el susto había provocado en la infeliz mujer unos desórdenes estrictamente limitados al sexo débil.

Último detalle: la perrita también permaneció durante tres días temblorosa y amedrentada.

Lo que más sorprendió al público al leer este extraño suceso, fue que hubiese producido tal impresión en la mujer y en la perrita (según pudieron constatar los primeros periodistas que acu-

dieron al lugar de autos), las trazas extrañas en el suelo y en los árboles y las afirmaciones de un número tan grande de personas que aseguraban haber oído los mismos ruidos a que se refería Madame Leboeuf.

Por si fuese poco, a todo esto hay que añadir un último detalle que de momento pasó inadvertido, debido a un error en la fecha publicada por los periódicos al referir el caso de Chabeuil. Aquel mismo día, a las 17.12 horas, varios testigos vieron un objeto procedente del Sur sobrevolando el puerto de Chat, que se hallaba exactamente al noreste de Chabeuil, a 110 kilómetros a vuelo de pájaro.

Además, la noche anterior, hacia las dos y media de la madrugada, se efectuó una interesantísima observación en Foussignargues, en el departamento del Gard. Una señora y su hijo, que iban en un automóvil por la carretera departamental 51, distinguieron a un kilómetro de Bessèges un objeto luminoso en el cielo, de color rojizo y rodeado de un halo más pálido. El objeto descendía hacia el suelo disminuyendo la velocidad, y desapareció tras una colina.

Diez minutos más tarde, Madame Roche, que vive en el lugar llamado Revèty, cerca de la carretera citada, salió a tomar el fresco a la terraza de su casa. Su atención fue atraída por un objeto rojo y luminoso, redondo y al parecer posado en el suelo, a un centenar de metros de distancia y cerca de la carretera. «El objeto —precisó más tarde—, me dio la impresión de una especie de tomate luminoso. Cinco o seis pequeñas varillas verticales, de un grosor apreciable, surgían en su centro por encima.»

No dando crédito a lo que veía, Madame Roche llamó a su marido, y ambos contemplaron el extraño espectáculo durante veinte minutos. Finalmente, como hacía frío, entraron en la casa y se acostaron. Monsieur Roche, perplejo e inquieto, no conseguía dormir. A las 3.30 se levantó de nuevo y comprobó que el objeto seguía allí, con su extraña luz roja.

¿Se trata de un «platillo-medusa», semejante a algunos que fueron vistos en Francia durante este período? Piénsese que apenas sabemos nada sobre

estos misteriosos aparatos. Sólo muy vagamente intuimos su tecnología, a pesar de las plausibles explicaciones ofrecidas por W. Smith, el capitán Plantier y otros.

Ultimo detalle: Foussignargues-Chabeuil-Col du Chat forman una perfecta alineación ortotónica.

Prémanon, o la verdad habla por boca de la inocencia. — Si hemos de atenernos a los textos evangélicos, ningún caso como éste podría contar con mejores testigos, ya que todos ellos fueron niños. Los protagonistas fueron los hermanos Romand: Raimond, el mayor, de doce años; su hermano Claude, de cuatro años, y sus hermanas Janine, de nueve años, y Chislaine, de ocho. Prémanon se encuentra cerca de la frontera suiza, en pleno Jura; es, por lo tanto, una localidad montañesa.

Al anochecer del 27 de setiembre de 1954, cerca de las nueve, los cuatro hermanos citados jugaban en el interior de un pajar, cuando vieron a la puerta del mismo dos «fantasmas» de metal y en el prado, a 150 metros, una gran bola de fuego que se balanceaba suavemente. Los fantasmas parecían «un pilón de azúcar hendido por abajo, con lo que parecían tener dos piernas».

Esto fue lo que refirieron los niños al cabo de dos días a su joven institutriz, Madame Génillon, la cual, adivinando algo raro en la actitud cohibida y en los susurros que cambiaban, obligó a hablar a Raimond, el mayor. Este refirió lo que antecede añadiendo que, si de momento no se asustaron y más bien sintieron curiosidad, luego el espanto se apoderó de ellos ante lo incomprensible, y decidieron no decir nada a sus padres. Como ya era muy tarde, se fueron a acostar, silenciosos y pensativos.

Madame Génillon escuchó estupefacta este relato e interrogó por separado a los tres niños restantes que, cada cual a su manera y de acuerdo con su edad, hicieron el mismo relato, confirmando los mismos detalles. El relato, aunque increíble, era de una coherencia absoluta. La institutriz hizo incluso que le dibujasen en la pizarra el «pan de azúcar de metal».

Madame Génillon, que conocía perfectamente a los hermanos Romand, pronto estuvo convencida de que referían algo que habían visto y de que su relato era verídico. Avisó entonces a la gendarmaría de Rousses, la cual advirtió a su jefe jerárquico, el capitán Brustel, de Saint-Claude, la subprefectura más próxima.

Los gendarmes llegaron, el miércoles 29 por la mañana, o sea, unas 35 horas después del incidente, para dar comienzo, acto seguido, a la encuesta.

Los gendarmes principiaron por carear a los cuatro hermanos, pero el relato se mantuvo incólume. No presentaba ninguna contradicción y se desprendía de él un acento de sinceridad que constataron igualmente, además de los gendarmes y la institutriz, el cura del lugar y más tarde los periodistas. La reconstrucción de la escena, según el informe de los investigadores, es como sigue:

Eran alrededor de las ocho y media de la noche. Los cuatro niños jugaban en el cobertizo donde se apila el heno mientras que fuera, en plena noche lóbrega, caía una lluvia fría y pertinaz sobre los prados de los bosques próximos. La casa de labor está aislada en plena montaña, a más de mil metros de altura.

De pronto, el perro se puso a ladrar en el exterior. Raimond, el mayor, salió por la puerta y casi dio de bruces con un objeto que tenía la forma de un triángulo vertical —un pan de azúcar— hendiéndose por abajo y que reflejaba la luz de la puerta, bañada por la lluvia. El niño lo miró, estupefacto pero poco impresionado. Recogiendo algunas piedrecitas del suelo, las tiró sobre el objeto. Las piedras rebotaron con un ruido metálico. El niño tomó entonces su pistola de muelles y disparó una flecha provista de ventosa de goma, con el mismo resultado. Se acercó entonces para tocar aquella cosa, pero antes de conseguirlo, algo lo tiró al suelo, como «una presión invisible y glacial». El niño comprendió entonces que con aquello no se podía bromear y, levantándose, entró de nuevo en la granja, asustado.

Al oír el grito de sorpresa y de miedo que lanzó el niño al caer, Janine acudió corriendo, se asomó al exterior y también vio aquella «cosa», que se

desplazaba cabeceando.

Entonces volvió a entrar. Los niños permanecieron un momento desconcertados, volviendo a la puerta y, al no ver nada, huyeron hacia la casa. Mientras corrían, Claude, el más pequeño, gritó de pronto:

—¡Oh, Janine, mira!

Y mostró a su hermana una gran bola luminosa roja que oscilaba suavemente a 150 metros de allí, en el prado que se extiende ante la granja. Los niños se detuvieron por un momento para mirar; luego, echando a correr de nuevo, alcanzaron la casa.

Los gendarmes preguntaron a los niños dónde habían visto exactamente a la bola roja. Los cuatro hermanitos acompañaron a los investigadores al lugar indicado. Téngase en cuenta que había llovido casi sin parar desde la antevíspera; sin embargo, los gendarmes hallaron huellas irrecusables y desconcertantes: en el lugar indicado, y en una superficie circular de casi cuatro metros de diámetro, la hierba estaba tendida en el sentido opuesto al movimiento de las agujas de un reloj. No estaba ni aplastada ni arrancada, sino solamente tendida, formando un torbellino inmóvil. Algunos cólicos de otoño parecían prensados. El borde del círculo era muy delimitado. En la superficie del mismo, cuatro orificios dispuestos en cuadrado marcaban el lugar donde se habían clavado puntas triangulares de diez centímetros de sección e inclinadas 45° hacia el centro.

Al lado del círculo, un mástil que el verano anterior habían plantado allí los niños de una colonia escolar, presentaba una rozadura de quince centímetros, con la corteza arrancada, a una altura de 1,50 metros. Un especialista en maderas declaró que aquella rozadura databa de la víspera o la antevíspera. Al pie del mástil, los investigadores hallaron dos rastros parecidos a los cuatro orificios triangulares del círculo, pero alargados en una especie de patinazo. Todo ello daba la impresión de un aparato que, en el momento de aterrizar, había rozado el mástil y se había deslizado un poco sobre el terreno blando del prado, antes de inmovilizarse un poco más allá.

Charles Garreau, que fue a Prémanon una semana después de los hechos, pudo ver aún clarísimamente todas estas huellas, a pesar de la lluvia persistente y de los curiosos. Interrogó a los naturales del país, pidiéndoles su opinión. Estos, a pesar de su carácter receloso y desconfiado de montañeses, manifestaron su creencia de que algo había sucedido allí. En cuanto a los niños, todos opinaban que no mentían. Ningún niño es capaz de esquivar durante largo tiempo las celadas de un hábil y prolongado interrogatorio. Por otra parte, las huellas eran demasiado abstractas y singulares para que a ningún niño se le ocurriese reproducirlas.

Por último, los investigadores revelaron que ninguno de los niños pensó de momento en un platillo volante. Por el contrario, creyeron haber visto «fantasmas». Solamente cuando relataron lo acaecido en la escuela, algunas personas mayores pensaron en establecer una relación entre el extraño hecho y los platillos volantes. Por otra parte, sólo el hermano mayor había oído hablar de ellos, pero estas palabras no evocaban nada preciso ni definido en su mente.

¿Puede haber nada más conmovedor y más profundo a la vez, que el niño de doce años enfrentándose con el pavoroso y desconocido misterio, armado únicamente de su pistola de juguete y su inocencia? ¿No hay que ver en ello todo un símbolo?

Lo más sensacional es que Prémanon no está solo. Con Mulhouse, Lempis, Foussignargues y Perpignan, donde también se realizaron observaciones en este 27 de setiembre tan memorable, constituyen una línea ortotónica de una perfección extraordinaria. No referiremos con detalles estas observaciones; basta con decir que en Rixheim (Mulhouse), se observó el gran cigarro vertical acompañado de sus pequeños satélites. En Lempis, punto de intersección de las dos rectas Perpignan, Foussignargues y Rixheim-Prémanon, se señala también el gran cigarro vertical con su cortejo de pequeños satélites. Rixheim es otro centro de dispersión, pues de él parte una línea ortotónica que termina en París (Buttes-Chaumont) pasando por Froncles, en cuyas localidades fueron observados también

misteriosos objetos. Las concordancias de horario son absolutas para todos estos casos, y no las citamos aquí por creerlo innecesario.

Poncey: otro aterrizaje. — Poncey es otro clásico, como Chabeul y Prémanon. La tarde del 5 de octubre de 1954, a las 19 horas, Monsieur Anatole Cazet, alcalde de Poncey-sur-l'ignon, en el departamento de la Borgoña, había telefonado a los gendarmes de Saint-Seine para decirles poco más o menos lo siguiente:

—Ayer por la tarde un platillo volante se posó en un prado cercano. Fueron muchos los que lo vieron. Y lo que es más importante, el aparato dejó huellas inexplicables.

Sin ocultar su escepticismo, el brigadier de Saint-Seine prometió ir a ver lo ocurrido.

Cuando el agente de la ley llegó a Poncey-sur-l'ignon, halló a los 140 habitantes del pueblecito considerablemente excitados. Verdad era que sólo algunos de entre ellos habían visto al pretendido platillo, pero éstos se mostraban muy convencidos y seguros de lo que habían visto. Como su convencimiento los consideraban personas serias y dignas de fe, sus declaraciones causaron gran impresión. Por si fuese poco, había las famosas huellas, que todos contemplaban estupefactos desde la víspera.

Los hechos fueron los siguientes: el 4 de octubre, alrededor de las ocho de la noche, Monsieur Fournieret y otros recolectores de patatas se hallaban en casa del alcalde, el ya citado Monsieur Cazet, cuando un aldeano llegó pedaleando furiosamente en su bicicleta.

—¡Fournieret —gritó— ven corriendo! Yvette, tu mujer, ha visto algo en el prado, frente a tu casa. Como tenía miedo, se ha refugiado en casa de Bouiller, tu vecino.

A los pocos instantes todos se hallaban en casa de Fournieret, donde encontraron a Yvette, a su hijo, al matrimonio Bouiller y a dos vecinos, Girardot y Vincent.

Esto es lo que relató Madame Fournieret, al brigadier de Saint-Seine, luego a su jefe, el capitán Millet, al jefe de éste, el comandante Viala, de

Dijon, y por último a Charles Garreau, que investigaba por cuenta de la Comisión Uranos. Participaron asimismo en la encuesta los servicios de la aviación de Dijon. El general De Chassey comandante del Aire en Dijon, se interesó personalmente por estas investigaciones, y Aimé Michel realizó comprobaciones en el Instituto del Rádium de París.

«Era alrededor de las ocho —refirió Madame Fournet— y había anochecido ya hacia un rato. Yo me dirigí a la ventana para cerrar los postigos, y mirando casualmente hacia fuera, descubrí aquella "cosa".

»A unos veinte metros de la casa, en el prado de Monsieur Cazet, un cuerpo luminoso se balanceaba suavemente en el aire, como si se dispusiese a aterrizar. Según me pareció, aquel cuerpo tenía unos tres metros de diámetro y ofrecía una forma alargada, horizontal y de color anaranjado. Su luminosidad iluminaba débilmente las ramas y las hojas de árbol.

»Asustada, tomé entre mis brazos al niño y fui a refugiarme en casa de Madame Bouiller, mi vecina, donde cerramos cuidadosamente la puerta. En aquel momento llegaron Girardot y Vincent que, viendo nuestro espanto, nos preguntaron qué pasaba. Cuando se lo dijimos, se armaron con sus fusiles y corrieron hacia el prado, donde ya no había nada. Pero examinando el suelo, descubrieron una huella reciente que demostraba que yo no había soñado.»

Estas huellas fueron examinadas cuidadosamente por los investigadores. En una superficie que medía 1,50 m de longitud, de un ancho en su base de 70 centímetros y en su extremidad de 50, el suelo aparecía como aspirado. Sobre la reciente escoriación se agitaban todavía gusanos blancos. La tierra arrancada estaba esparcida alrededor del orificio en terrones de treinta centímetros de diámetro y en un radio de unos 4 metros. En el borde interno del orificio, los terrones pendían hacia el interior; la tierra había sido derrubada por debajo, de manera que a la mitad de su profundidad media, la superficie del orificio era más amplia que al nivel del suelo. Pero lo más sorprendente era

que ninguna señal de instrumentos explicaba la extracción de aquella masa de tierra. Antes al contrario (y esto es principalmente lo que no pudo jamás ser explicado): las pequeñas raíces y raicillas de aquella fértil tierra borgoñona estaban intactas en toda la superficie interna del hoyo; ninguna de ellas estaba cortada, como hubiera sucedido de haberse hecho la excavación con algún medio mecánico. Un detalle sorprendió a todo el mundo: en el centro del hoyo estaba tendida una planta de profundas raíces, con sus raicillas al aire, intactas. Todo hacía pensar como si la masa de tierra esparcida por la hierba en torno al orificio, hubiese sido sorbida por un aspirador gigantesco. Lo mismo podía decirse de los terrones esparcidos por la hierba, los cuales no presentaban ni raíces cortadas, ni señales de instrumentos, ni quemaduras, ni señal alguna. A pesar de que luego se intentó repetidamente reproducir este fenómeno, jamás se consiguió.

Un poco más tarde, cuando ya habían acudido algunos aldeanos para contemplar el hoyo, el joven de 18 años François Bouiller, que no sabía nada de lo sucedido, se presentó volviendo del trabajo. Antes que nadie hubiese podido contarle nada, gritó muy excitado:

—¡Qué miedo acabo de pasar! ¡He visto una especie de aparato luminoso que corría por allá, hacia el Sudeste, elevándose hacia el cielo! Hubiérase dicho un avión sin alas, con sólo el fuselaje. A medida que aceleraba, adquiría un color verdoso (1).

Durante esta encuesta, los gendarmes recogieron además las deposiciones de muchos otros naturales de la región que, poco después de las 20 horas, vieron elevarse un objeto luminoso del lado de Poncey, para tomar el rumbo indicado por el joven Bouiller.

Comprendiendo que el asunto era serio, los gendarmes de Saint-Seine abandonaron su actitud irónica teñida de escepticismo para telefonar a su superior, el capitán Millet, de Semur, el cual al principio también se tomó la cosa a broma. Mas cuando se trasladó a Poncey y examinó las huellas

(1) Cf. observaciones de Plantier y los canadienses sobre cambios de color.

también cambió de actitud y telefoneó a su superior jerárquico de Dijon. Así el caso fue ascendiendo de escalón en escalón, hasta las más altas autoridades del Ejército del Aire.

Los investigadores hicieron fotografías, tomaron muestras del terreno. Una de éstas fue sometida a un contador «Geiger» de la Universidad de Dijon, con resultado negativo.

El caso de Poncey es uno de los más desconcertantes que existen en el «dossier» de los platillos volantes. ¿Cabe pensar en una alucinación colectiva? En este caso, habría que admitir la existencia de un nuevo tipo de alucinación: la «alucinación aspirante». La presencia del hoyo con la tierra removida descarta esta hipótesis.

Existe luego la hipótesis de una gigantesca broma organizada por los 140 vecinos de Poncey. Para admitirla, habría que suponer en estos aldeanos una habilidad, una coherencia y una resistencia verdaderamente extraordinarias, al soportar durante días enteros la presión de una encuesta policiaca y militar llevada a cabo sin regatear medios. Ni uno solo de los 140 campesinos borgoñones incurrió en la menor contradicción o dejó traslucir que se tratase de una broma. Todos los investigadores terminaron persuadidos de la sinceridad de los testigos.

Queda una última hipótesis, y ésta es la que presenta el capitán Plantier. Este oficial de la aviación francesa, autor como sabemos de una importante obra sobre la propulsión de astronaves mediante campos de fuerza, se entregó a un análisis de los fenómenos físicos que provocaría un aparato que funcionase mediante un campo gravitatorio local orientable y regulable a voluntad. Le costó muy poco demostrar que las más misteriosas manifestaciones y cambios de coloración atribuidos a los platillos volantes se explicaban perfectamente con esta hipótesis.

La hipótesis Plantier (enunciada mucho antes del suceso que nos ocupa, o sea en 1952), explica perfectamente el extraño hoyo de Poncey. Supongamos que el aparato concebido por Plantier se inmoviliza a un metro del suelo, sobre un prado, creando un campo gravitatorio igual a la gravedad

terrestre, pero de signo contrario. Al no pesar nada, no ascendería ni descendería, estando únicamente sujeto a la fuerza del viento, debido a lo cual se balancearía ligeramente a causa de la ascendencia que su campo crea en la atmósfera ambiente (principio de Arquímedes aplicado a las moléculas de aire).

A este respecto, recuérdese que Madame Fournet se refirió a un ligero balanceo del cuerpo luminoso.

Tenemos, pues, al aparato sobre el prado balanceándose suavemente, hasta que su «piloto» decide despegar. Aumenta entonces la intensidad de su campo de fuerza vertical, y asciende, puesto que el campo así creado será más intenso que la gravedad terrestre.

Según Michel, pueden ocurrir entonces dos cosas:

1.º El aparato aumenta poco su campo de fuerza, con lo que despegar lentamente, como un globo y sin dejar huellas, como no sea algunas briznas y hojas secas que levanta y se lleva en su campo.

2.º O bien crea brutalmente un campo enorme, superior muchas veces a la gravedad terrestre. El resultado será una partida vertiginosa e instantánea.

Pero al propio tiempo, «todo el espacio próximo al aparato sufrirá los efectos de este campo». Un metro por debajo del aparato, el suelo tendría tendencia a elevarse, a caer hacia arriba. Como la capa vegetal resiste por adherencia, el hoyo será más amplio por debajo del nivel del suelo que al nivel de suelo.

En cuando a la tierra esparcida en torno al hoyo, ¿por qué —dirá el lector— volvió a caer al suelo, en lugar de acompañar al aparato en su «caída hacia arriba»? Es éste un problema de mecánica —responde Michel— que se puede plantear perfectamente en términos matemáticos, para resolverlo de acuerdo con la misma teoría. Basta con dar ciertos valores a la adherencia de la hierba y al supuesto campo magnético creado por el aparato, para que todo se explique perfectamente. Además, nada impide que el platillo se llevase parte de la tierra aspirada. Nadie pensó entonces en calcu-

lar exactamente la tierra que faltaba.

Examinando, por otra parte, el caso de Poncey a la luz de la ortotenia, Aimé Michel halló en los archivos de Charles Garreau unas observaciones de aquel mismo día que se pudieron alinear con la de Poncey. Este punto, en realidad, parecía ser una especie de pivote donde se cruzaban los dos principales alineamientos de la jornada (1):

Podríamos continuar relatando otras muchas observaciones de este alucinante otoño francés de 1954. Esta oleada —prevista por Michel a fines de la primavera de 1954— permitió a este gran investigador galo descubrir y sentar las leyes de la ortotenia. Caso curioso: a partir aproximadamente del 15 de octubre, si bien las observaciones continúan, ya no se pueden establecer ortotencias. La abundancia de casos «reales» precedentes crea una auténtica psicosis platillista y da lugar a muchos casos falsos, cuyos protagonistas fueron vulgares meteoros o globos sonda.

¿Cómo pudo prever Michel esta oleada con anticipación? Durante el año 1953, muchos investigadores europeos y él mismo se sorprendieron ante una curiosa coincidencia. Al realizar estadísticas de frecuencia, constataron que los períodos de «punta» o las crestas de las gráficas, coincidían aproximadamente con las oposiciones de Marte, es decir, con el momento de mayor proximidad de este planeta a la Tierra.

Téngase en cuenta que en el año 1957 se produjo también una «oleada», la más importante después de la de 1954, según Jacques Vallée (2). Este investigador francés pone de relieve los dos hechos siguientes:

1.° Coincide con el lanzamiento del segundo satélite artificial de la Tierra. La más importante observación tuvo lugar la *vispera* del lanzamiento, en Levelland, Texas. (Subrayado mío, Hartmann, de la «Comisión Condon», arguye (3) que el lanzamiento desencadenó la serie de falsas observaciones, al crear un histerismo espacial colectivo.)

2.° No es, exactamente, una «oleada», sino una «cima» repentina, de gran amplitud y débil duración. Comparada con la escala de la oleada de 1954, se presenta como variación secundaria, ahogada en el conjunto de observaciones, pues el máximo número de informes (6 de noviembre) no sobrepasa los 40, tomando en cuenta las observaciones producidas fuera de los Estados Unidos.

Esta «cresta» completamente insólita ha sido puesta de relieve también por dos investigadores españoles: el malogrado Eduardo Buelta, de Barcelona, y Oscar Rey Brea, de La Coruña, ambos actuando independientemente y sin mutua relación. Oscar Rey, en realidad, fue el primer investigador mundial que formuló la teoría de los ciclos bienales (1).

Por su parte, Wilbert Smith, en el Canadá, llegó a las mismas conclusiones. Esta hipótesis ha sido actualmente desechada por Michel. En cambio, el investigador español Eduardo Buelta era un firme partidario de ella, habiendo elaborado interesantes gráficas de frecuencia, donde se recogen las observaciones aparecidas en la Prensa, en forma de línea quebrada continua, a partir de 1950 hasta 1961. Estas gráficas muestran un ritmo bienal, junto con un desplazamiento de Oeste a Este, en lo que este distinguido investigador denominaba «ciclo de exploración de la Tierra».

Ciclo que, según sus previsiones, se cerraba en abril-mayo de 1961... Aunque el mismo siguió repitiéndose cada 26 meses hasta 1965, en que pareció esfumarse... para reaparecer en el momento de escribir estas líneas, noviembre de 1973. (Según Manuel Osuna; ver gráficas pág. 288.)

Esto hizo que muchos estudiosos desechasen la relación causal Marte-Tierra para explicar el origen del fenómeno. Sin embargo, suponiendo la existencia de bases lunares o submarinas que se hubiesen ido habilitando durante los años que ha durado la «exploración» de la Tierra, ello explicaría perfectamente la aparente desaparición de las oleadas en relación con las mínimas distancias Tierra-Marte.

Más adelante veremos que el ciclo bienal es

(3) En *El Ideal Gallego* del 11 de abril de 1964.

(1) V. *Mystérieux Objets Célestes*, pág. 232 y ss.

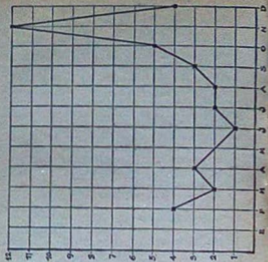
(2) *Fenómenos insólitos del espacio*, pág. 168, Ed. Pomziere, S. A., 1966.

(3) *UFO's - A Scientific Debate*, pág. 18.

(Según Manuel Osma)

CASUÍSTICA, POR MES, DE 1971

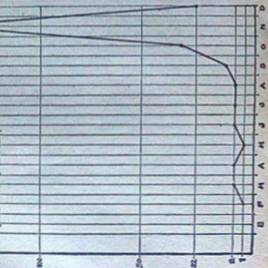
(1ª oleada, correspondiente a la oposición de Marte, 20 de Octubre a 20 de Noviembre, 40 casos en total)



NÚMERO DE CASOS

CASUÍSTICA, POR MES, DE 1954

(Oleada correspondiente a la oposición de Marte, 20 de Octubre a 20 de Noviembre, 40 casos en total)



NÚMERO DE CASOS

una de las piezas que me han permitido formular lo que yo llamo la «hipótesis marciana». (Véase Apéndice VII.)

Pero volvamos a la oleada francesa de 1954. Esta oleada, «servida a domicilio» en uno de los países más poblados de la Europa occidental, brindó una ocasión maravillosa a los investigadores para realizar diversos estudios *in situ* de un fenómeno de este género. Por un lado, permitió a Aimé Michel descubrir la ortotenia (de la que, en la actualidad sólo subsiste prácticamente la línea BAVIC, sobre la cual Dufour ha realizado un estudio que parece indicar una frecuencia 7 u 8 veces superior de nacimientos de personajes célebres que sobre otra cualquier línea aleatoria; estudio que, con Ramón Pelegrí, estoy prosiguiendo sobre el «tramo» hispanoportugués de BAVIC), y, por otro lado, permitió a Vallée descubrir varias constantes interesantísimas, confiando por primera vez carácter verdaderamente «científico» al estudio del fenómeno.

El estudio del doctor Vallée

Eliminando los casos dudosos o mal documentados, entre los trescientos y pico de «aterrijajes» registrados en 1954 en Francia, el doctor Jacques Vallée realizó un estudio estadístico mediante tarjetas perforadas y máquinas IBM. Los resultados obtenidos por este riguroso científico, especialista en calculadoras electrónicas, doctor en Ciencias Exactas y asesor de la NASA, fueron altamente sorprendentes y le permitieron enunciar varias leyes, a las que luego aludiremos. Refiriéndose a este aspecto particular del fenómeno OVNI, el doctor Vallée escribe: «El interés por los informes sobre aterrijajes aumenta rápidamente entre el público en general y los estudiosos de los OVNI en particular. Son varios los factores que contribuyen a suscitar este interés. En primer lugar, la última oleada, que alcanzó su máximo en julio-agosto de 1965, no ha ofrecido un notable número de incidentes comprendidos en esta categoría, obligando

así a muchos a aceptar la realidad de unos relatos que antes tildaban de patrañas. En segundo lugar, se ha hecho evidente que dichos informes representan el enigma de los OVNI en su forma más decisiva, pues nos obligan a escoger claramente entre la realidad de un fenómeno sin precedentes (y la viva sospecha de su origen inteligente) y la hipótesis de que todos los testigos son embusteros rematados del tipo psicológico más extremo. En contraposición con los informes de aterrizajes, las observaciones de objetos en vuelo siempre se prestan a discusión, pudiéndose interpretar como fenómenos naturales, siendo por lo tanto difícil analizarlas.

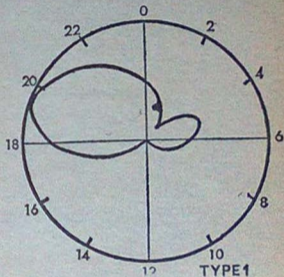
»En tercer lugar, cada vez, es de mayor evidencia que ninguna teoría sobre el origen y la naturaleza de los OVNI puede ignorar los relatos sobre aterrizajes, de los que se han publicado ya varios centenares, y que contienen descripciones de los objetos y de sus supuestos "ocupantes" vistos desde corta distancia.» (*Los Humanoides*, páginas 30-40, «Ed. Pomaire».)

¿Cuáles fueron las leyes descubiertas por el doctor Vallée, estudiando nada menos que *doscientos* aterrizajes distribuidos sobre la geografía francesa? En primer lugar, Vallée afirma: «En los aterrizajes de 1954, la gama de los testigos es típicamente rural, con una proporción normal de hombres, mujeres y niños. En su mayoría, los testigos ocupaban puestos fijos, y a menudo posiciones de cierta responsabilidad social, y observaron un fenómeno insólito mientras se hallaban entregados a sus ocupaciones habituales y en su medio ambiente acostumbrado.»

Y de su riguroso estudio estadístico, el investigador francés deduce la primera ley positiva: «Los datos están de acuerdo con la hipótesis según la cual los fenómenos vistos por los testigos de los aterrizajes de 1954 tenían una simetría de revolución y un diámetro real de unos cinco metros.» O sea, que *todos ellos* habían visto un objeto discoidal de dimensiones relativamente pequeñas.

La segunda ley positiva formulada por Vallée es la «ley horaria», que ilustra gráficamente (véase figura). Según esta ley, sólo un número insigni-

ficante de aterrizajes tienen lugar durante el día, lo cual no puede decirse de todas las demás observaciones pertenecientes a otros tipos. La súbita actividad que se inicia al anochecer y la desaparición total de los objetos al amanecer constituye otra característica inherente a los aterrizajes. Durante la noche, los informes disminuyen en número hasta alrededor de las dos de la madrugada, y vuelven a ser más frecuentes al amanecer.



Representación gráfica de la «Ley horaria» formulada por Vallée para los aterrizajes franceses de 1954. Luego ha resultado ser también válida para los 100 aterrizajes españoles compilados por Ballester Ojmos y Vallée.

Pero antes, Vallée había descubierto la que él llama «primera ley negativa», extraordinariamente interesante y reveladora, sobre todo en conjunción con la anteriormente expuesta. Hela aquí: «La distribución geográfica de los aterrizajes de 1954 es inversamente proporcional a la densidad de población.» Dicho de otro modo, los supuestos ex-

traterrestres evitan los centros de población; existe una gran zona soslayada, que incluye a seis departamentos franceses en una faja diagonal que va desde Bélgica al Atlántico (véase mapa). La gran mayoría de los aterrizajes se sitúan dentro



Los aterrizajes de 1954 comparados con la densidad de población superior a los 60 hab/km².

de una faja diagonal de 250 kilómetros de ancho que se extiende entre las líneas Metz-Nantes y Burdeos-Ginebra; nada menos que ochenta aterrizajes tuvieron lugar dentro de dicha faja, cifra que equivale al 51 por 100 de todos los aterri-

jes registrados en 1954 en Francia. Esta observación no puede relacionarse con ninguna característica regional evidente: la faja en cuestión se extiende desde la laboriosa Alsacia-Lorena, donde casi todas las observaciones se efectuaron en el interior de tupidos bosques, hasta el hermoso valle del Loira. Comprende regiones bravías e incluso desoladas de la Vendée y el Macizo Central: resulta curioso observar que la densidad de los aterrizajes no es más elevada en los parajes de difícil acceso, cuyos habitantes apenas se interesan por los sucesos contemporáneos, y donde la vida es tranquila y tradicional. Uno de los funcionarios que investigaron algunos de los aterrizajes sucedidos en la Meseta Central, comentó que los OVNI parecían seguir una táctica muy similar a la de los *maquisards* que allí tuvieron su baluarte inexpugnable durante la última guerra, ocultándose en los bosques más densos y las regiones más frágiles e inaccesibles.

Desde luego, el riguroso estudio estadístico del doctor Vallée asesta el golpe de gracia a la teoría del «contagio» psicológico del profesor Heuyer. De ser cierta la hipótesis psicológica, los lugares más poblados serían los que habrían presenciado mayor número de aterrizajes. La baja categoría social de muchos de los testigos (pastores, campesinos, camioneros, etc.), excluye asimismo la fabulación premeditada. El «ser» visto por estos testigos posee unas características uniformes que excluyen el «contagio» por parte de los *marcianos de comics* o de cienciaficción. ¡No encontramos ni una vez el «marcianito» con antenas en la cabeza y boca-trompeta! ¡Por el contrario, el ser, o «humanoide» descrito por los testigos, tiene una cabeza tres veces más voluminosa que una cabeza humana, en forma de *gourde* (calabaza), con ojos redondos y saltones, muchas veces rostro piloso (como en Chabeuil), brazos largos y estatura comprendida entre los 80 centímetros y 1,20 metros. El color de la tez es grisáceo o verdoso.

Posteriormente, el propio Jacques Vallée, en colaboración con el joven investigador Vicente Juan Ballester Olmos, de Valencia, realizó un estudio sobre 100 aterrizajes de OVNI en la Península Ibérica. Como dice el propio Ballester Olmos: «El estudio de un año sobre los aterrizajes ibéricos ha conducido a la selección de un catálogo preliminar de 100 casos y a la definición de un índice conveniente para la búsqueda rápida en el computador digital. Los casos han sido adquiridos por equipos de investigadores diseminados en muchas provincias españolas, y dos tercios de los relatos viene de informes de primera mano. La técnica usada en este estudio creemos que tiene importancia porque da a los investigadores sobre el terreno un nivel de información sin precedentes sobre la actividad OVNI pasada y presente en sus áreas específicas.»

Este catálogo ibérico de aterrizajes (o casos Tipo 1, según la clasificación Vallée para observaciones en el suelo o a una altura inferior a los 10 m), consiste en una lista con un breve resumen de cada observación, de la que se dan sus parámetros más importantes:

- a) La fecha: día, mes y año. (Se conoce fecha precisa para el 81 % de los casos.)
- b) La hora local. (Conocida en un 71 % de los casos.)
- c) Un código a base de diversos caracteres, que indican que el OVNI tocó tierra, se refieren a objetos vistos a cierto nivel del suelo, designan la presencia de ocupantes, y, por último, la existencia de huellas.
- d) Un código geográfico.
- e) El día de la semana.

Como hizo Vallée en Francia, se inició con un número mayor de casos (130 aproximadamente), que tras un primer cribado quedaron reducidos a 106 y finalmente a 100. Es de un alto interés comprobar que en los aterrizajes ibéricos del Catálogo Ballester-Vallée se dan las constancias generales descubiertas por Vallée en Francia; es decir, los

aterrizajes han sido observados e informados en España con una frecuencia y densidad similar a las encontradas en Francia y otras naciones (entre ellas USA), aunque este hecho ha permanecido sin reconocer durante muchos años a causa de la apatía general ante el problema.

En España, asimismo, los aterrizajes, como en el resto del mundo tienden a ser un suceso nocturno: es decir, se cumple también la «ley horaria» formulada por Vallée. Se cumple también la ley de la distribución geográfica: es decir, en España, como en Francia, hay un claro predominio de las observaciones rurales. La gama de los testigos comprende casi todos los tipos de la sociedad española: un ingeniero, un economista, dos industriales, un típico labrador español «que siempre había vivido allí», un guarda forestal, dos hombres de negocios, un empleado retirado y un estudiante, un militar y su asistente, un conductor y su pasajero, un soldado de guardia y otro hombre, un respetable director de Banco, un universitario y su madre, que sufrió una crisis nerviosa, etcétera. Abundan los casos de testigos múltiples y simultáneos. En una ocasión, el fenómeno es visto por dos clases de un colegio de jesuitas. Tras un cuidadoso análisis, todos, sin excepción, parecen personas dignas de crédito.

Media docena de los aterrizajes ibéricos del catálogo citado procedían del Catálogo *Magonia*, un catálogo de exactamente 923 casos compilado por Jacques Vallée. Este catálogo de casos Tipo 1 tiene un alcance mundial. Como la computarización del Catálogo *Magonia* acababa de ser completada por el doctor Vallée en Estados Unidos, donde reside, éste y Ballester Olmos decidieron lanzar un esfuerzo conjunto sobre los datos españoles, aunque ello requiriera remitir por correo extensos archivos y listados del computador a través del Atlántico (1).

El Catálogo *Magonia* se publicó completo en una

(1) El estudio de Ballester Olmos-Vallée sobre 100 aterrizajes ibéricos se publicó simultáneamente, en 1971, en *Stendek*, revista dirigida por J. Crexells y órgano del CEI barcelonés; *Lumières dans la nuit en France* y en un número extra de la *Flying Saucer Review* inglesa, titulado *UFO's in two Worlds*.

obra híbrida y desconcertante del doctor Jacques Vallée, titulada *Pasaporte a Magonia*, publicada por Henry Regnery en Chicago en 1969. El Catálogo constituía un apéndice titulado «Un siglo de aterrizajes de OVNIS» (1868-1968). En 1972 se publicó mi traducción castellana de esta obra (1), con el Catálogo Ballester-Vallée, extractado, como Apéndice al final de la misma.

Vallée, estudioso serio, científico de sólida formación, doctor en Ciencias, especialista en computadoras digitales y asesor de la NASA en el proyecto del mapa de Marte, que había publicado una serie de libros documentados y de gran calidad científica: *Anatomy of a Phenomenon* (editada también por Regnery), *Challenge to Science* (traducida al español de la edición francesa bajo el título *Fenómenos Insólitos del Espacio*), se aparta radicalmente en *Pasaporte a Magonia* de la que parecía ser su norma de trabajo y su línea principal de investigación. Como dice él mismo en su prefacio, «este libro es un intento por tender un puente —que es muy frágil, ciertamente— entre una fantasía y un mito. *No es una obra científica*» (el subrayado es mío). Dijérase que, cansado de la investigación fría y metódica, abandonando por un momento su espíritu cartesiano, Vallée ha querido hacer con este extraño ensamblaje que es *Pasaporte a Magonia* una pirueta, acaso un experimento. Comentando recientemente (setiembre de 1973) este extraño libro con Aimé Michel en Francia, éste me dijo que lo que se había propuesto con él Vallée era poner de manifiesto el aspecto irracional, mágico, que presenta el fenómeno. Sacar a los investigadores de su confortable posición y sacudirlos un poco, para recordarles que «hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que tú has podido soñar con tu filosofía».

Sin embargo, *Pasaporte* es un libro peligroso. Es un libro que no se puede poner en todas las manos. La mezcla de mitología céltica, farfads, gnomos, elfos, incubos y súcubos con casos actuales, reales y bien documentados, de observaciones de OVNIS y sus ocupantes, puede re-

sultar un experimento arriesgado. Desde los tiempos más remotos la Humanidad ha creído en duendillos familiares, en trasgos, en enanos de los bosques y en toda una mitología doméstica y silvestre que, en mi modesta opinión, nada tiene que ver con el fenómeno OVNI, pese a algunos parecidos superficiales y seguramente casuales.

Así, este *Pasaporte* no nos lleva a ninguna parte. Es una ingente labor de investigación que Vallée podría haber dedicado a cosas más provechosas, en la línea de sus primeros y magistrales estudios estadísticos. Pero es que la estadística es aburrida, y los cuentos de hadas, no. Y hay ya mucho cansancio y aburrimiento en los investigadores que llevan años a vueltas con el enigma, sin que les parezca haber llegado a una solución positiva del mismo.

Junto a la magia, la parapsicología. Otro camino inédito que se abre a los investigadores. Ya el doctor Wertheimer, hijo del creador de la *Gestalt-psychologie* y uno de los que tuvieron vara alta en la famosa comisión Condon de la Universidad de Colorado, quería convertir el fenómeno en puro caso psicológico, nacido en la mente del testigo. ¡Cuidado, que por ese camino tampoco vamos a llegar a ninguna parte! El fenómeno es real, se produce en nuestro espacio-tiempo, deja huellas físicas en el entorno, para motores de explosión (efecto EM), y afecta indistintamente a hombres y animales que se encuentran en sus proximidades. Es decir: produce efectos sobre su biología, y, en los seres humanos, incluso sobre su psiquismo (efectos psicósomáticos). Pero existe *independientemente* del testigo.

No negamos con eso un aspecto «irracional» o «mágico» al fenómeno. «Toda tecnología superior no podrá distinguirse de la magia», ha dicho Arthur C. Clarke, poniendo precisamente el dedo en la llaga. Para un salvaje actual (aún quedan algunos), un transistor a pilas es un objeto mágico, del que sale la voz de un espíritu. Extrapolando al «hombre de la calle», un OVNI puede ser algo mágico, por incomprensible. El OVNI procede sin duda de una tecnología que nos rebasa, y, posiblemente, que parte de unos postulados físicos

(1) *Pasaporte a Magonia*, Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1972.

distintos a aquellos en que descansa nuestra Física que, no lo olvidemos, es *actual y terrestre*, lo cual ya impide por definición que sea normativa para todo el Universo, que existe en *tiempos* muy diferentes aunque coetáneos. Es por ahí, y no por *Magonia* por donde hay que buscar la explicación al enigma, aunque hiera nuestro orgullo tener que admitir la existencia de lo *ultrahumano*, por emplear una feliz expresión de Michel.

Que existe desorientación entre algunos (afortunadamente no todos) investigadores, es innegable. Recientemente llegó a mis manos un libro titulado *El diabólico inconsciente* (Parapsicología y Religión) del que es autor Salvador Freixedo, sacerdote católico gallego, miembro por 30 años de la Compañía de Jesús y que actualmente reside en Puerto Rico. En 1969 publicó *Mi Iglesia duerme*, obra que provocó enormes controversias religiosas y la expulsión de su autor de la Compañía de Jesús. Posteriormente apareció su libro *Extraterrestres y Creencias Religiosas* (1971), con un subtítulo que dice: «Cuando los OVNI aterrizan... los dogmas vuelan.» En *El diabólico inconsciente*, Freixedo tiene unos capítulos muy buenos y documentados sobre parapsicología, hechos paranormales, los hechos paranormales en la religión, etc., cuyo mérito es indiscutible. Sin embargo, cuando trata de los OVNI e intenta presentarlos, primero, como fenómeno parapsicológico y luego relacionarlos con la demonología, demuestra un desconocimiento absoluto de la historia, desarrollo y problemática del fenómeno, enfocándolo bajo el prisma deformante de su *dogmatismo adogmático*, por así decir.

Sí, el lector ha leído bien: demonología. El autor expone detalladamente su pensamiento en el capítulo XIII, que lleva el tremendo título de «OVNIS Y DEMONIOS». En él leemos frases tan «científicas» como la siguiente: «Mucha gente desconoce que frecuentemente los aterrizajes de OVNI van acompañados de olores muy fuertes, a veces nauseabundos, y en bastantes ocasiones con un inconfundible olor a azufre. El olor a azufre, como es muy bien sabido, es el olor clásico de

Satanás y de su reino infernal según la tradición tenazmente mantenida por siglos. En las actas de los procesos contra brujas encontramos que éstas mencionan frecuentemente no sólo el olor a azufre sino toda suerte de olores nauseabundos.»

Por si el lector no tuviera bastante con esta «perla» (se supone que negra), diremos que nuestro buen ex jesuita afirma que existen «enormes semejanzas» entre el fenómeno OVNI y la demonología. Cita entre ellas la confusión y el engaño (según Freixedo, todo el fenómeno en general aparece como un gran engaño en el que las ideas están cada vez más confusas a pesar de los años que hace que se estudia con ahínco. Sentimos decir: las nuestras cada día están más claras). Cita también la hostilidad hacia el hombre. Me parecería maravilloso si invirtiese los términos de la proposición y hablase de la hostilidad del hombre *hacia* el fenómeno. Conozco muchos casos de testigos que han disparado con armas de fuego contra los OVNI, de cazas que han tratado de interceptarlos, etc. Pero no conozco ni un solo caso de hostilidad declarada de los ocupantes de un OVNI hacia el hombre. Lo más que éstos hacen, es paralizar al testigo, si éste se acerca demasiado, pero sin matarlo. El propio Freixedo se ve obligado a reconocer que, por el contrario, hay casos de personas que han sido «curadas» por la intervención mediata o inmediata de un OVNI (véase el caso del Dr. X, publicado por Aimé Michel en un número extra de la FSR, titulado *UFO Percipients*).

En fin, vamos a terminar este capítulo lamentándonos de un hecho que por desgracia sí es grave, y cuyo responsable es en parte el investigador norteamericano John Keel, autor de un libro, *Operation Trojan Horse (Operación Caballo de Troya)*, a cuyas fuentes ha bebido el propio Freixedo. Me refiero a la mezcolanza indiscriminada de Ocultismo, Hermetismo, Magia, Demonología, Parapsicología y... Ufología, neologismo por el que se conoce la ciencia que pretende estudiar los OVNI. Hay revistas y revistillas que viven de esta temática, sembrando la confusión más espantosa en el áni-

mo de sus desprevenidos e incautos lectores. Esperemos que un día surja una verdadera y auténtica ciencia de los OVNI, y éstos se libren de tan molestas e inoportunas compañías.

CAPÍTULO VIII

LA OLEADA ESPAÑOLA DE 1950

Es curioso constatar que la Península Ibérica ha sufrido un *flap* u oleada, mucho antes de la célebre oleada de apariciones que se abatió sobre Francia en setiembre y octubre de 1954. Consultando colecciones de periódicos de la época, conseguí descubrir más de medio centenar de casos.

Esta oleada sobrevino en el mes de marzo y parte de abril de 1950. Pero antes de recoger las interesantes observaciones que la constituyen, principiaremos esta lista con la noticia de una antigua observación, que se remonta nada menos que al 17 de octubre de 1903. La observación tuvo lugar en Madrid, y fue publicada por *El Noticiero Universal* del día siguiente. Dice así la noticia:

«Madrid. — Durante la pasada noche ha sido observado un meteoro luminoso que por muchas de sus circunstancias se diferenciaba notablemente de los meteoritos ordinarios. Parecía tener forma circular y plana, giraba a gran velocidad y dejaba un rastro deslumbrador.»

Esta noticia, por la fecha en que fue publicada aleja toda posibilidad de histeria colectiva, bulo platilístico o «serpiente de mar» periodística. Por lo demás, las características del objeto observado

son clásicas, ya que corresponden exactamente a muchas de nuestros días.

Estas observaciones realizadas durante el mes de marzo de 1950, no constituyen probablemente todas las que se hicieron, sino una parte de ellas; muchas más yacen sin duda enterradas en periódicos de provincias, pues yo consulté principalmente las colecciones de *La Vanguardia Española*, de Barcelona. Invito desde aquí a los estudiosos locales a completar este trabajo, consultando la Prensa provincial de la primavera de 1950. (Este trabajo ya se realizó posteriormente en parte, en el seno de la llamada «Operación Antiquités», lanzada por el CEONI de Valencia.)

Alentado por los sensacionales resultados obtenidos por Aimé Michel al estudiar día por día las observaciones realizadas en Francia en otoño de 1954, y trasladarlas sobre un mapa, yo hice otro tanto con las observaciones de finales de marzo y comienzos de abril de 1950, trasladándolas día por día sobre un mapa de la Península Ibérica. Para esta minuciosa labor, utilicé mapas Firestone-Hispania, a escala de 1:1.250.000 (mapa de España y Portugal) y a escala 1:500.000 (España en 9 planos).

Pues bien: CONSEGUÍ DESCUBRIR VARIAS ALINEACIONES ORTOTÉNICAS, algunas de ellas completamente claras e irrefutables, a pesar de que no disponía de toda la documentación de la época, por no haber podido consultar más que una parte muy escasa de la Prensa nacional (sin hablar de las observaciones que no fueron publicadas).

He aquí algunas de ellas:

Día 21 de marzo. — Tres observaciones sobre una línea ortotónica: Barra del Duero y Leixoes, en la costa norte de Portugal; Miranda de Ebro (OVNI en dirección a la Sierra de Toloño, entre Alava y Rioja); y por último, Altos de Gainchurizqueta, entre San Sebastián e Irún.

Día 27 de marzo. — Tres observaciones que se disponen sobre una línea que va desde Torredonji-

meno, cerca de Jaén, hasta la Torre de Algorta, en la ría de Bilbao, pasando por Madrid. Esta línea ortotónica atraviesa casi toda España de Norte a Sur, cubriendo casi una distancia de 500 kilómetros. Las dos observaciones de Torredonjimeno y Madrid son de la madrugada; la de Algorta es de las 18.30 horas. En Algorta vieron «un objeto de forma elíptica, con luz azulada y que despedía un resplandor rojizo». El OVNI visto en Torredonjimeno (noticia publicada sólo en la Prensa del 2 de abril); tenía forma de globo, que a veces se volvía ovalado y otras parecía dar una media vuelta, para resultar un disco redondo de color más claro. Debía chispas luminosas y su velocidad era fantástica.

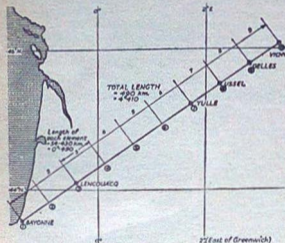
Día 29 de marzo. — Tres observaciones que se disponen en línea, sobre una línea geodésica perfecta: Santa Cruz de Tenerife (OVNI inmóvil sobre el mar a las 9 h.); La Palma del Condado (Sevilla); y aeródromo burgalés de Villafraja (observación avalada por la calidad técnica de los testigos).

Día 1.º de abril. — Las Palmas (Canarias); Navajas (Castellón) y Vimbodí (Tarragona).

De todas estas observaciones, la mejor, incuestionablemente, es la de Torredonjimeno-Madrid-Algorta. Es curioso constatar que, en casi todas ellas, el desplazamiento horario es por el orden expuesto, es decir, de una manera general, de Sur a Norte. Ello parece indicar que la gran nave portadora podría hallarse en algún lugar sobre el Atlántico, a la altura de la costa occidental de África. Las fechas que se dan son las de la observación auténtica; no la de su publicación en los periódicos. Debe tenerse esto en cuenta, si se desean efectuar comprobaciones en la Prensa de la época, cosa que, por otra parte, puede hacer cualquiera con sólo consultar las colecciones de periódicos correspondientes.

Cuando apareció mi libro, sólo había podido

descubrir dos cosas: que España había tenido su *flap* u oleada local en la primavera de 1950 y coincidiendo con una oposición de Marte, y varias ortoténias indudables, que publiqué en mi obra. Pero más tarde, un artículo de Jacques Vallée (1), colaborador de Michel, me dio una nueva pista. En su artículo, Vallée decía que, según recientes trabajos suyos y de Aimé Michel, el día de 24 horas no era la única base para la formación de ortoténias. Existían algunas de estas líneas que mostraban un carácter más permanente. Las redes ortoténicas no se deshacían al filo de la medianoche (la hora de los tragos y los aparecidos), para rehacerse sobre una nueva disposición, sino que, al parecer, se podían alinear observaciones de diferentes días. Ello me permitió trazar un nuevo mapa ortoténico de la Península Ibérica, harto revelador, pues en él los «centros de dispersión» no son prin-



La línea BAVIC, sobre 6 observaciones del 24-9-54, se puede dividir en diez partes iguales (según J. Vallée).

(1) Jacques Vallée: «Towards a generalisation of Orthoteny and its applications to the North African Sightings», artículo publicado en el número de marzo-abril, 1962 de la *Flying Saucer Review*, Londres.

cialmente centrales, sino costeros, atendiendo a la configuración «peninsular» (valga la redundancia) de la Península. Incluso la concavidad que forma la costa entre Barcelona y Gandía quedaba cubierta por la «nave portadora» estacionada durante varios días entre Ibiza y Mallorca, vista por centenares de personas y objeto de un artículo en *La Vanguardia Española* (1) por parte de don Federico Armenter de Monasterio, presidente que fue de la Sociedad Astronómica de España y América.

Pero no habían de quedar las cosas ahí, ni mucho menos. Yo ya me hallaba plenamente convencido a la sazón, y sobre todo después de la lectura apasionante de un libro del mayor Keyhoe (2), de que pesaba una rígida censura militar sobre el asunto de los *ufos* en Estados Unidos, por no decir nada de Inglaterra y Rusia. Las pruebas que daba Keyhoe eran indiscutibles, y todo su esfuerzo y el de la «National Investigations Committee on Aerial Phenomena» que él dirige, es llevar el asunto al Congreso, para que éste exija cuentas a la Aviación de las enormes sumas invertidas en el estudio de los *ufos* y explicar el porqué de su reticencia y sus ambiguas declaraciones al respecto. Aunque por otra parte, y mirando bien las cosas, era natural que los militares establecieran la más rígida censura sobre el asunto, considerándolo altamente secreto mientras no supiesen más cosas sobre la naturaleza, origen e intenciones de los misteriosos discos, empeñados al parecer en un sistemático reconocimiento del planeta Tierra, puesto al descubierto por Michel en Francia, el doctor Olavo Fontes en el Brasil, Christian Vogt en la Argentina, Jacques Vallée en el norte de África, etc., lugares todos donde se han trazado redes ortoténicas, sin olvidar mis modestas investigaciones en la Península.

No habían de quedar ahí las cosas. Fue entonces cuando Michel publicó su estupendo trabajo *Oui, il y a un problème soucoupes volantes!*, en una de las revistas europeas más atentas al mo-

(1) «Platillos Volantes», artículo publicado el 31 de octubre de 1954.

(2) *Flying Saucers: Top Secret*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1960.

mento actual (1), donde daba cuenta del descubrimiento de BAVIC. ¿Qué significa esto? Cedamos la palabra al propio Michel: «Se trata de la recta Bayona-Vichy, a la que hemos dado el nombre citado de *Bavic*, pues ha hecho correr mucha tinta en el mundo entero desde 1954 y constituye posiblemente una de las claves del problema de los Plátalos.» Y continúa: «Un año después de la aparición del libro donde yo exponía estos hechos extraños, Jacques Bergier me señaló una observación de aquel mismo 24 de setiembre, pues, había habido en Portugal una décima observación: un "plátalo" visto por un campesino cerca de una pequeña aldea de la Sierra de Gardunha, no lejos de la frontera española. Cuando llevé este punto de observación al mapa, tuve el estupor de constatar que se situaba con absoluta precisión sobre la prolongación hacia el sudeste de *Bavic*. ¡Me hubiera sido más fácil hallar la observación del campesino portugués contentándome con prolongar mi línea recta unos 600 kilómetros hacia el Atlántico; *Bavic*, pues, no se hallaba formada por seis observaciones sobre nueve, sino por siete sobre diez, y la probabilidad de que su causa hubiese que buscarla en la casualidad se hacía prácticamente nula.» Posteriormente, se averiguó que la observación de Gardunha era fraudulenta. Pero ello no resta un ápice de validez a la prolongación ibérica de BAVIC.

Michel encomendó entonces a un colaborador que disponía del material adecuado, que prolongase sobre el globo terráqueo la misteriosa línea *Bavic*. Los resultados fueron sorprendentes: el gran círculo determinado por la ortotenia Bayona-Vichy pasaba sucesivamente por Portugal, las provincias septentrionales del Brasil, la República Argentina, Nueva Zelanda, Nueva Guinea Oriental, Formosa y el continente eurasiático. De las seis oleadas sobrevenidas desde 1954 (sin mencionar la española de 1950, no citada por Michel), cinco se hallan comprendidas dentro de este gran círculo, que pasa por puntos clave. Dijérase que se trata de una coordenada *permanente* establecida por los

misteriosos visitantes extraterrestres, eje principal del que parten derivaciones en todos sentidos. No hay duda de que la tarea que representa la exploración de un planeta debe hacerse mediante unas normas de «navegación» muy rigurosas, y no vando al azar sobre su inmensa superficie.

Fue entonces cuando se me ocurrió comprobar el trayecto «español» de *Bavic*. Aquí las sorpresas también fueron mayúsculas... y confirmaron en el más alto grado todas las presunciones de Michel. Trazado con el más escrupuloso cuidado la línea Bayona-Sierra da Gardunha sobre el mapa de España y Portugal a escala de 1:1.250.000 y en el mapa a escala 1:500.000, similares a los mapas utilizados por Michel para Francia, descubrí que la línea pasaba sobre cinco puntos de la Península, en todos los cuales se habían realizado importantes observaciones de objetos desconocidos en distintas épocas, principalmente durante la oleada de 1950. Algunas de estas observaciones figuran en mi obra citada y todas ellas, menos una, proceden de la Prensa diaria, pudiendo repetir este trabajo mio quien se tome la molestia de intentarlo.

Empezando por la frontera franco-española y descendiendo hacia el SO, hallamos las observaciones siguientes; todas ellas situadas rigurosamente sobre *Bavic*:

1. Altos de Gaínchurizqueta, entre San Sebastián e Irún. Dos jóvenes de Irún, cuando regresaban de San Sebastián en bicicleta el 21 de marzo de 1950, aseguraron haber visto un extraño fenómeno que resumieron de la siguiente forma: «Serían poco más o menos las doce y media, cuando después de haber cruzado el espacio un avión procedente de Madrid, vimos aparecer con dirección O-E dos puntos brillantes que fueron aumentando de tamaño. Por su dirección daban la impresión de que iban a caer sobre la sierra cercana; pero a una gran altura, que calculamos en unos 5.000 metros, cambiaron de dirección y se perdieron de nuevo, ganando altura sobre el mar. Los objetos volantes tenían brillo metálico e iban a una gran velocidad, que calculamos en unos 1.000 km por hora, ya que su presencia no duró más de ocho segundos.» (Referencia de «Agencia Cifra».)

(1) *Planète*, n.º 10, mayo-junio, 1963, pág. 87-107.

2. Al día siguiente, 22 de marzo, según noticias procedentes de Miranda de Ebro, a media tarde del día anterior (o sea, el mismo día de la observación precedente), el ingeniero químico don Francisco P. Nanclares vio, en unión de otros señores, un objeto brillante que cruzaba el espacio a gran velocidad, dejando tras sí una estela luminosa, con dirección a la Sierra de Toloño (o sea, O-E aprox.), entre Alava y Rioja. La visión fue muy rápida y el fenómeno muy comentado en aquella localidad, por creerse se trataba de uno de los llamados «platillos volantes» (*sic*). (Según «Agencia Cifra».)

3. Aeródromo de Villafría (Burgos). Esta observación es extraordinariamente importante, por la calidad técnica de los testigos. Fueron éstos el capitán Ruiz Gómez, jefe de los servicios meteorológicos del susodicho aeródromo, el sargento de transmisiones y el oficial de teletipos. El 29 de marzo de 1950, al mediodía, los tres testigos citados oyeron un ruido parecido al que se aprecia cuando se acerca al campo de aviación un aparato. Sorprendidos, pues no habían recibido aviso que anunciase aparato alguno por Villafría, observaron desde la torre de mando que en dirección Sur-Sudoeste apareció un platillo volante que llegó hasta la altura de dicha torre y, al hallarse sobre la vertical, viró de pronto hacia el Este (en mi mapa ortotónico de la Península se aprecia una línea recta que parte de Villafría hacia el Este, pasando por Algallón, Huesca, y terminando en Vich. Esta maniobra es clásica, según Michel, en los «puntos de intersección»). Se pudo apreciar por los indicadores técnicos que el artefacto volaba de 500 a 1.000 metros de altura y su tamaño no era muy grande, teniendo la forma de un avión de los llamados de ala volante (observación también clásica), utilizados en la aviación norteamericana, pero mucho más pequeño, a tal extremo que si no fuese por la velocidad con que cruzó el espacio, hubiera dado la sensación de un águila.

El platillo cruzó a la velocidad de unos 1.800 km por hora, que es aproximadamente tres veces más que la lograda por los aviones de caza modernos (hablaban los técnicos citados, y en 1950). En-

filó la vertical de la torre de mando y cuando los observadores quisieron descender para ver adónde se dirigía, el platillo desapareció en el horizonte, sin dejar sino una leve estela. Al pasar sobre la vertical de la torre de mando, afirma el capitán Ruiz Gómez que dio la sensación de que descendía notablemente en velocidad durante unos momentos, para seguir en dirección Este, desapareciendo rapidísimamente. (La noticia fue difundida por Mencheta.) La línea *Bavic* pasa exactamente por el centro del aeródromo burgalés. Esto reduce a cero, junto con las observaciones anteriores y las que siguen, la posibilidad de que se trate de una simple casualidad, por el número ya considerable de puntos alineados sobre una distancia relativamente corta.

Pero pasemos a la observación siguiente.

4. Prolongando hacia el SO la línea *Bavic*, ésta pasa cerca de Entroncamiento, localidad portuguesa situada a 23 km al SSE de Fátima, y donde el 23 de marzo de 1950 se registró una observación. En mi mapa ortotónico de la Península, Entroncamiento (acaso haciendo honor a su nombre) figura como un importante centro de dispersión periférico.

5. Expresamente hemos dejado para el final esta observación, cuyo lugar exacto sobre *Bavic* sería más al NE. Este caso no procede de la Prensa periódica, como las anteriores, sino que la recopilé en un libro (1). Es tan extraordinaria, que me limitaré a traducirla, dejando que el lector saque sus propias conclusiones:

«El 2 de octubre de 1936, a poco de comenzada la guerra civil española, se dirigían en automóvil desde el cuartel general de las fuerzas nacionales, instalado en Burgos, a Biarritz, Mr. Valentine Williams, novelista y combatiente de la Gran Guerra, actualmente fallecido, el señor Fernández de Arzábal, torero (*sic*), y Mr. Neil O'Malley Keyes. El automóvil que los conducía se hallaba aproximadamente a 74 millas de San Sebastián (119 km), en la provincia de Guipúzcoa, recorriendo a gran ve-

(1) Harold T. Wilkins, *Flying Saucers on the Attack*, Citadel Press, Nueva York, 1954.

lidad una recta junto a la que se alzaban las estribaciones del monte, cuando de pronto, los dos acompañantes del señor Williams lanzaron simultáneamente una exclamación. Volviendo la cabeza, el novelista vio lo que de momento tomó por un proyectil trazador de avión, que corría por el aire partiendo de la montaña en una rápida trayectoria que formaba ángulo recto con la que seguía el automóvil. El objeto se desplazaba con sorprendente velocidad, a la izquierda del coche en dirección Norte.»

«Mr. Williams relató más tarde su observación en estos términos: "Era como una estela de humo blanco, cayendo hacia la tierra. De pronto, se convirtió en una llama anaranjada, sin producir el menor ruido o explosión. Paré el motor del coche, pero no oí el zumbido de ningún avión. El silencio era absoluto. Los alrededores estaban totalmente desiertos. En mi reloj eran las 4.18 h. Mis compañeros, que vieron el fenómeno un segundo antes que yo, dijeron que el humo blanco brillaba con una viva luz blanca."»

«Aquella misma noche, en Biarritz, Mr. Tom Dupree, de la Embajada británica de Hendaya, dijo haber visto el mismo fenómeno en San Sebastián, cuando estaba vuelto de espaldas al mar en la playa de Onderada (*sic*). Añadió que su luz era verde. El marqués de Casa Calderón lo vio como una brillante luz cayendo del cielo, en Biarritz.»

«Es muy poco probable que el objeto observado pudiera tratarse de un meteoro.»

Según mis cálculos, los testigos de este sorprendente fenómeno debían hallarse en las inmediaciones de Miranda de Ebro cuando lo presenciaron, siguiendo casi exactamente la línea Bovic... más de veinte años antes de que Aimé Michel la descubriese. Las características del «objeto» descrito se ajustan bastante a un *foo-fighter*, las misteriosas «bolas de fuego» vistas durante la guerra de 1939-1945, como el mismo Wilkins reconoce en la obra citada: «Un disco silencioso de especie misteriosa, probablemente relacionado con una invisible nave nodriza de origen cósmico, situada a gran altura en la estratosfera.» En este libro, llamo a los *foo-fighters* «ojos telecaptores». Fueron el

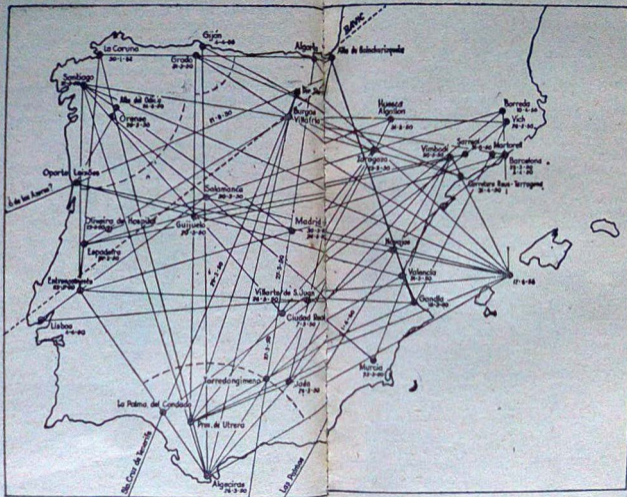
primer indicio, el preludio de la sistemática exploración que se inició en 1946-47... y que aún no ha terminado.

Estudiando esta oleada española de 1950, varias cosas se hacen evidente de inmediato. Como ya hemos dicho, y debido a la especial configuración geográfica de la Península Ibérica, que posee un importante perímetro costero y una forma más o menos cuadrangular, resultaba más conveniente y práctico situar los «centros de dispersión» en diversos puntos de la costa, en cuatro o cinco lugares bien escogidos, desde los que se podía cubrir toda la península con una red de ortotenias. (En cambio, los «centros de dispersión» en Francia,



O. V. N. I. visto a gran altura sobre Andorra la Vella los días 10, 11 y 12 de mayo de 1965, apareciendo a las 6 tarde y desapareciendo a las 9 noche, como un punto muy brillante. Dibujo de J. Bordas, después de ver el objeto con 50 aumentos. Los testigos fueron centenarios.

país evidentemente continental, eran interiores.) Así (mapa p. sig.), estos puntos estratégicos fueron, en el mismo sentido de las agujas del reloj y empezando por el sur de la península: Algeciras (importantísimo centro de dispersión); Entroncamento, en Portugal; los centros gemelos de Santiago y



Red ortotónica sobre la Península Ibérica.

La Coruña, en Galicia; Gijón o Grado; Algorta (Bilbao) y Altos de Gainchurizqueta; Algañón (Huesca) y Borredá-Vich (los únicos puntos no costeros); un lugar situado en el canal de Mallorca e Ibiza (para cubrir la depresión o concavidad de la costa entre Barcelona y Gandía, pues aquí se necesitaba un punto externo a la costa y lo encontramos precisamente en la extraordinaria observación de junio de 1953 que en la pág. 318 explicamos con detalle); en cuanto a Gandía y Murcia, constituyen centros secundarios de dispersión.

Una simple ojeada al mapa bastará para comprobar que parecen quedar deliberadamente excluidas dos zonas geográficas; el Algarve, en Portugal, y Extremadura, en España, ambas en el sudoeste de la Península. Los Pirineos tampoco parecieron merecer mucha atención por parte de nuestros visitantes, pese a que en años posteriores y en especial de 1963 a 1964 se registraron en Andorra notables observaciones, que nos han sido comunicadas por nuestro corresponsal en Andorra la Vella, don Jaime Bordas.

¿A qué se debe esta exclusión? Aquellas zonas son regiones semidesérticas, que no presentan ningún interés. En cuanto a los Pirineos, se trata de una cordillera deshabitada en gran parte. Por otro lado, observe el lector el carácter estratégico de este reconocimiento: no solamente se reconocieron los centros de población más importantes de España y Portugal (Madrid, Barcelona, Lisboa, Valencia, Santiago, La Coruña, Gijón, Salamanca, Burgos y Oporto), sino también diversos puntos de interés vital, como el aeródromo de Villafraía (Burgos); Gibraltar (Algeciras); Zaragoza (campo de aviación militar); Sarreal y Vimbodí (en las proximidades del campo de aviación de Reus); La Coruña (base naval), etc. A este respecto, compárense estas observaciones con las que recoge el mayor Keyhoe y que publicamos en nota a la página 93, y que presentan un carácter parecido.

Todo, pues, parece indicar un reconocimiento inteligente y deliberado de la Península, hecho a causa de sus características geográficas especiales.

Desde el año 1966, en que «Pomaire» publicó las cinco ediciones de este libro, la oleada española de

1950, por mí descubierta, ha sido objeto de estudios detallados por parte de diversos investigadores, que han duplicado casi el número de observaciones por mí desenterradas en la Prensa nacional.

Esta oleada fue objeto de un primer estudio de carácter estadístico en 1970 por Mari y Crexells, miembros directivos del CEI de Barcelona, quienes habían recopilado 53 informes de observaciones (1). El trabajo de Mari y Crexells examinaba cuestiones tan importantes como la distribución de observaciones, gráfica horaria, colores informados por los testigos, etc.

Dos años después, en la misma publicación apareció un trabajo firmado por Vicente-Juan Ballester Olmos y Carlos Orlando (2), del CEONI de Valencia, que constituía un trabajo mucho más completo que el anterior, pues en total llegaba a recopilar y a estudiar 102 casos, de los que 86 quedan sin identificar. Este trabajo de recopilación de datos fue realizado en el seno de la llamada «Operación Antiquités» (revisión de colecciones de periódicos atrasados), juntamente con los datos procedentes del material acumulado en los archivos del CEONI y el remitido por el CEI de Barcelona.

En la imposibilidad de transcribir aquí íntegramente el admirable trabajo de Ballester Olmos y Orlando, me limito a reproducir los comentarios finales, en palabras de los propios autores del estudio:

«Los autores entendemos que el *flap* ibérico de 1950 continúa necesitando grandes dosis de estudio y creemos que sería arriesgado lanzar conclusiones después de nuestra investigación. Preferimos, por el contrario, dejar constancia de una serie de puntos (que llamaremos "hechos") que sirvan como de guía de nuevas indagaciones y complemento a los resultados alcanzados en cada una de las anteriores secciones.

»Hecho 1. — El muestreo actual es suficientemente extenso y preciso para utilizarlo como base

(1) Mari, Lluís y Crexells, Joan. «Relación provisional de 53 posibles casos de observación de OVNIS en la Península Ibérica e Islas Baleares durante 1950» Stendek 01 y 02, de junio y setiembre de 1970.

(2) V.-J. Ballester Olmos y C. Orlando. «Notas estadísticas sobre la oleada de 1950 en España y Portugal» Stendek 04, marzo de 1972.

de nuevos trabajos, pues representa fielmente la actividad OVNI en 1950.

»Hecho 2. — Este año presenta una repentina cresta u oleada, centrada a finales de marzo. La distribución por días ofrece una estructura "monolítica" que difiere —en principio— de la constitución escalonada otras veces observada.

»Hecho 3. — La fecha del *flap* en España y Portugal coincidió perfectamente con la mínima distancia Tierra-Marte.

»Hecho 4. — La tabulación horaria de 60 casos arroja tres máximos: alrededor de las 10 de la noche, a las 4 de la madrugada y al mediodía, siendo este último totalmente anómalo. Además, los porcentajes relativos a esos máximos no son paralelos a otros obtenidos en investigaciones semejantes.

»Hecho 5. — Los OVNI de 1950 fueron denunciados con formas esféricas o discoidales.

»Hecho 6. — Más de la mitad de los colores reportados eran metálicos (brillantes, grises, aluminio y blanco), lo cual es extraño frente a su común apariencia —a gran altura— de fuentes de luz "calientes".

»Hecho 7. — La mayoría de los casos negativos se ha explicado como causados por el vuelo de aviones. Todos éstos ocurrieron de las 11 a 13 horas de la mañana, lo cual puede ser significativo.

»Hecho 8. — Un examen atento sobre la *calidad* de las informaciones nos lleva a la siguiente división:

Información nula (muy escasa): 37 casos.

Información insuficiente (muy breve): 36 casos.

Información adecuada (detallada): 13 casos.

»Ello indica que la documentación existente sobre 1950 es todavía muy pobre y que, en suma:

»a) No pueden ofrecerse conclusiones sobre un período en el que domina la carencia de datos fidedignos.

»b) Siguiendo las referencias acumuladas, deben proseguirse los esfuerzos animados al desentramamiento de los informes publicados en su día en

los diarios locales, a través de los cuales aparecerían muchos detalles tan valiosos como inéditos y probablemente definitivos.

»Hecho 9. — Un alto porcentaje de las observaciones se refieren a objetos que se desplazan por el cielo a mucha altura. 1950, con su oleada ha dado solamente 3 casos *Tipo 1* (aterrizajes) y sólo unos pocos incidentes hablan de objetos a baja altura, lo cual no deja de parecernos extraño ante la más abundante frecuencia de estos casos otros años.

»Hecho 10. — Espectro de las hipótesis más plausibles (siendo mutuamente excluyentes) avanzadas como explicación y fuente del *flap* de 1950 en la Península Ibérica:

Origen	Ejemplo	Evidencia existente
1. Natural	Fenómeno cíclico desconocido	Ninguna
2. Artificial	Aviones	Alguna
3. Artificial	OVNI	Alguna
4. Otros	Magonia	Ninguna

»Aunque alguna de estas fuentes pudiera originar "ruido de fondo", creemos probable que sólo una de ellas habrá sido el factor motivador de la oleada "no identificada" en España y Portugal de 1950.»

Antes de pasar a describir con cierto detalle algunas observaciones españolas (nuestros «clásicos»), deseo rendir desde aquí un tributo de admiración a todos los investigadores de nuestro país que, de forma callada y muchas veces anónima, han ido reuniendo datos y aportando informaciones. Y me ha parecido oportuno encarnar este homenaje en la persona de uno de ellos, sin duda nuestro primer «investigador de campo», autor de admirables estudios de casos, ocurridos generalmente en la zona del Aljarafe sevillano y otros puntos de su Andalucía natal.

Me estoy refiriendo, como los «enterados» habrán adivinado ya, a mi entrañable amigo Manuel Osuna Llorente, que ocupa el puesto de maestro nacional en Umbrete (Sevilla), base desde donde realiza sus minuciosísimas investigaciones sobre el

terreno, que un día deberían recopilarse y publicarse en forma de libro. Este es el hombre que, modestamente, se oculta tras el seudónimo (nunca mejor escogido) de *Honest Man*, y cuyos pulcros informes, acompañados de planos detalladísimos, de fotografías y de meticolosos interrogatorios de los testigos, recibimos gratuitamente todos los investigadores del fenómeno que lo estudiamos con un mínimo de seriedad. Osuna en España, como Gureau y Lagarde en Francia, y Ted Phillips, Jr., en USA, representan una especie rarísima de hombres: yo los llamaría el «encuestador solitario»; gracias a ellos, los que escribimos libros sobre OVNI tenemos de qué hablar, pues nuestras encuestas personales resultan modestísimas al lado de estos genios de la búsqueda de datos. Gracias, pues, *Honest Man*, en nombre de todos los investigadores hispanos. Gracias.

OTRAS OBSERVACIONES ESPAÑOLAS

En la imposibilidad de reseñar todas las observaciones españolas que obran en mis archivos, recogeré aquí únicamente algunas de las más importantes y significativas.

La nave portadora de Baleares

A finales del mes de junio de 1953, fue avistado simultáneamente desde Mallorca e Ibiza un objeto brillante, inmóvil a gran altura en el cielo (oficiales de una batería de costas, por triangulación, determinaron su altura en unos 45 kilómetros). A simple vista, presentaba una forma ovalada; observado con prismáticos, tenía forma de punta de flecha. Fue visto por primera vez por unos pescadores de Ibiza a las cinco de la tarde del día 17. Fue visible en días sucesivos desde las dos de la tarde hasta poco después de la puesta del sol, como un objeto brillante situado a la altura ante-

dicha, y que pasaba sucesivamente por todos los cambios de coloración que sufrían las nubes a la puesta del sol, lo cual demostraba indudablemente que se trataba de un objeto capaz de recibir y reflejar la luz solar. Esta observación fue comunicada por don Federico Armenter de Monasterio, presidente que fue de la «Sociedad Astronómica de España y América», en su artículo *Platillos Volantes*, publicado en *La Vanguardia Española* del 31-X-1954.

Ningún globo meteorológico ha alcanzado aún la altura de dicho objeto. Además, un globo sonda no permanecería inmóvil durante varios días en el mismo punto, como fue el caso del objeto de Baleares.

El «objeto» de Cuenca

¿Sería la misma nave de Baleares, el misterioso objeto que permaneció casi inmóvil, de las siete de la mañana hasta el mediodía del 26 de junio de 1953, sobre El Provencio, población de Cuenca? Todos los habitantes del pueblo observaron perfectamente este objeto, que se hallaba a una altura grandísima y parecía seguir el movimiento de rotación de la Tierra. Don Manuel Carlos Ruiz Schick, que se hallaba entre los testigos, declaró haber tomado dos fotografías del objeto, que él calificó de platillo volante. De pronto, el objeto adoptó posición oblicua, ofreciendo entonces el aspecto de un disco extraordinariamente aplanado, con una ligera protuberancia en el centro parecida a un eje (*sic*). En esta posición se desplazó hacia el Norte, para desaparecer en pocos minutos. En su posición primitiva, la astronave tenía la forma de la luna llena, con los bordes ligeramente plateados y dotada de una intensa luminosidad. El Provencio se halla a 84 kilómetros de Albacete. Las fotografías del señor Schick fueron publicadas en *Ya* del 25 de julio del mismo año.

Gonzalo Rubinos Ramos, chófer oficial de la Jefatura Provincial del Movimiento, aseguró haber visto un platillo volante posado en tierra cuando regresaba en automóvil desde Santiago de Compostela, en un punto denominado «la curva del obispo», a 42 kilómetros de La Coruña. Según el relato que hizo tras reiteradas instancias, pues al principio se negaba a hablar, presa de gran turbación, al regresar de Santiago de Compostela sufrió una avería al llegar a la referida «curva del obispo». Después, a las once menos veinte de la noche, aseguró haber visto un gran resplandor plateado, que le ofuscó, en un bosquecillo cercano a la carretera. Luego, observó cómo un gran platillo, cuyo tamaño comparó con el de un monumental quiosco circular para venta de periódicos que existe en la plaza de Orense, se elevaba con una sorda explosión. A continuación, el potentísimo resplandor se hizo todavía más cegador. Después de ver cómo se elevaba, se metió en el automóvil y se puso a rezar. Cuando en otro coche acudieron a buscarle unos compañeros suyos, pudieron comprobar su estado de excitación, pero apreciaron en él, sin embargo, una seriedad grande en cuanto a los detalles del relato, que repitió varias veces sin la menor incoherencia.

Esta observación me fue posteriormente corroborada, añadiéndole detalles de la mayor importancia, por mi corresponsal en La Coruña, don Oscar Rey Brea, jefe del Equipo de Radiosondas del Centro Meteorológico de Galicia, y distinguido meteorólogo. La carta del señor Rey lleva fecha del 28 de octubre de 1961 y reproduzco parte de su contenido, por el interés indudable que presenta:

«Por cierto, y con relación a este caso, quisiera aclararle unos puntos que al parecer ignora.

»En principio tiene usted que desbancar la posibilidad de que el motor de su coche (el de Rubinos) fuera interferido por algo externo. En realidad fue una avería de la caja de cambios, que tuvo sus comienzos en Santiago y por cuyo motivo fue él a recogerlo a aquella ciudad, mientras los pasaje-

ros se trasladaban a La Coruña en el que había llevado.

»Rubinos es amigo mío y por ello recurrió a mí antes que a nadie, pero lo hizo demasiado tarde para que pudiéramos trasladarnos al lugar en cuestión en busca de posibles huellas, además de que a la madrugada de aquel día había llovido torrencialmente y si éstas existieron, muy posiblemente hubieran desaparecido por tal circunstancia.

»Lo que él vio es justamente lo que usted relata, sin mixtificación alguna, puesto que yo procuré no coaccionarlo en nada; simplemente dejé que hablara. Pero a lo que usted transcribe hay que agregar varias cosas: dos horas antes se había visto un, digamos, "platillo volante" entre Santiago y Padrón; y media hora después, supongo que el mismo, otro por las cercanías del pueblo costero de Mera (como usted la denomina, una perfecta "ortotenia"); en el instante de producirse el fenómeno que él vio, y que le obligó a cobijarse en el coche con ¡el rosario en la mano! (tenga en cuenta que es hombre muy religioso, dos hermanos jesuitas), los perros de todo el contorno comenzaron a ladrar y a aullar lastimeramente; y a esa misma hora, estando yo de servicio en el observatorio meteorológico de La Coruña, y cuando el radio que me acompañaba, así como otro muchacho, José Rechacho, intentaron sintonizar con una estación meteorológica, a fin de conseguir los synops de las 21 TMG, nos encontramos con una fuerte interferencia que bloqueaba las seis bandas del "National" que se empleaba. Aquello no podía ser debido a "estáticos" ni interferencia de alguna otra estación (posteriormente el radio dijo que en sus veinticinco años de servicio no había oído nada igual). Era un ruido constante y potente, tan extraño que, instintivamente, nos levantamos los tres y corrimos a la azotea para mirar a todos lados, ya que la noche estaba despejada totalmente, a pesar de que horas después, como dije, lloviera a torrentes.»

Precisamente fue Oscar Rey Brea quien me comunicó una curiosísima observación de un perfecto disco metálico, brufido, hecha por unos camaradas de armas suyos, pertenecientes a la División Azul, en la población rusa de Pushkin y nada menos

que en 1943, o sea, cuatro años antes de que comenzara «oficialmente» el período contemporáneo de los «no identificados» (tres, considerando que dicho período empezó realmente en 1946, con las extrañas «bolas de fuego» y objetos volantes avistados a miles en Escandinavia, como apunta acertadamente Jacques Vallée).

El señor Rubinos es persona de reconocida seriedad y de familia muy estimada en La Coruña. Un hermano suyo es el superior de la Residencia de los jesuitas, y otro, también jesuita, preside la «Asociación Protectora» de la Real Academia Gallega de La Habana.

El cilindro de Barcelona

Esta observación es inédita; es decir, que no ha sido publicada por la Prensa nacional. Me ha sido referida directamente por sus testigos, el malogrado don Juan Ignacio Corrons Bittini, don Francisco G. de Rojas y doña María Rosa Amadó Moreno, esposa de este último. Los tres se hallaban en la azotea de la casa de los señores Rojas, en la calle de la Ciudad, de Barcelona, o sea en pleno casco antiguo de la Ciudad Condal. De pronto observaron, sobre el mar y a la altura aproximada de Montjuich, un objeto cilíndrico, de brillo plateado intenso y cuyo tamaño aparente era unos 3/4 del disco lunar. Corría el verano de 1958 (los testigos no pueden precisar fecha) y eran aproximadamente las cinco de la tarde. El objeto se desplazaba lentamente en dirección Norte-Sur; es decir, a lo largo del litoral catalán. Este objeto puede ser el mismo aludido por el distinguido hombre de ciencia doctor Ing. Miguel Masriera, y que comentó en uno de sus artículos de *La Vanguardia Española*. La solvencia y seriedad de los testigos es en este caso absoluta, y se puede creer plenamente en la verdad de lo por ellos relatado, que les causó gran sorpresa y desconcierto.

Una fotografía intrigante

El 27 de agosto de 1959, don Santiago Salvat Llauredó había ido a la playa barcelonesa con su esposa, su hijo y unos amigos. Don Santiago es camarero del popular café «Pay-Pay», de Barcelona, lo cual no le impide dedicarse asiduamente a la fotografía, que es su *hobby*. Eran las doce y media de la mañana, y el señor Salvat se dispuso a cambiar de filtro, para tomar nuevas placas a contraluz. Diafragma a 1/16; situó la velocidad en 1/250 y, con la máquina cargada con película pancromática de 36 mm, sensibilidad 21 Din, el señor Salvat se dispuso a disparar su cámara por décima vez. En aquel preciso instante, al levantar casualmente la cabeza, distinguió un extraño objeto, no muy lejos del sol y, comprendiendo que no era un avión, lo enfocó y oprimió el disparador. Siguió luego tirando fotos y bañándose sin acordarse más de aquello.

Pues bien: la sorpresa del camarero-fotógrafo fue extraordinaria al revelar aquella película. La décima instantánea recogía la presencia de un extraño objeto discoidal o acampanado, en las proximidades del astro rey.

El señor Salvat guardó este clisé durante un año, sin hablar a nadie del mismo por el sempiterno temor al ridículo. No obstante, en agosto de 1960 el clisé llegó por fin a poder del CEI barcelonés.

Tras detenido examen, sus técnicos dictaminaron que no existía trucaje alguno, y que la fotografía era extraordinariamente interesante, pues había captado a un OVNI que se desplazaba en aquellos momentos por la atmósfera de nuestro planeta.

Conviene subrayar, por último, que el autor de la fotografía es perfectamente indiferente, y, como la mayoría de las personas corrientes, sin conocimientos especiales sobre el asunto.

Más tarde se vio, empero, que el «objeto» era un reflejo solar en el objetivo. (Quien había de desenmascarar estos falsos OVNI debidos a brillos

fue Luis Schönherr, en FSR. Véase también al respecto mi artículo «Falsos OVNI debidos a reflejos», en la revista *Karma-7*, n.º 5, Barcelona, marzo 1973, págs. 38 y ss.)

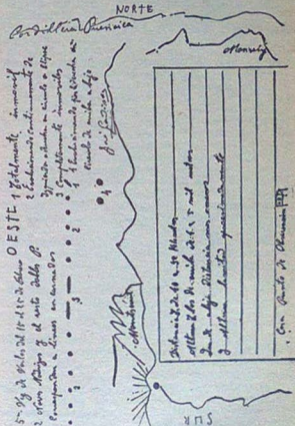
Las extraordinarias observaciones del Vallés oriental

Entre finales de octubre de 1959 y primeros de marzo de 1960, se produjeron en el Vallés oriental (provincia de Barcelona) unas observaciones en serie que reputamos de la más extraordinaria importancia. Fueron testigos de ellas muchas personas (de la primera, varios centenares), pero entre todas ellas, sólo una demostró tener el método, la disciplina y el interés necesarios para recogerlas de forma ordenada y acompañarlas de valiosos datos.

Fue este testigo excepcional el propietario de una casa de labor situada en el caserío de Las Franquesas, término municipal de Granollers. Este hombre, dueño del «Mas Cabrit», se llama José Ganduxer Pujadas, y es un recio campesino de tez curtida por el sol, un hombre todavía joven y poseído desde su adolescencia de un insaciable afán de saber. Según nos confesó, ha leído más de mil libros y siente apasionamiento por el misterio de los platillos volantes, habiendo deseado siempre ver uno. Cuando el destino le deparó, no una, sino una serie de magníficas observaciones, se apresuró a dejarlas registradas con el mayor número de detalles que pudo reunir, pues a pesar de no ser un hombre de gran cultura, posee los fundamentos de un método científico y —cosa asombrosa— ha llegado incluso a elaborar una teoría sobre la propulsión de las misteriosas naves del espacio, que en su lenguaje infantil está perfectamente de acuerdo con la teoría del piloto René Plantier, cuya obra Ganduxer desconoce, por supuesto. Es uno de los muchos autodidactas que da Cataluña; un despierto layetano de facciones nobles y francas, cuya fe en los «platillos» le ha suscitado, ni que

decir tiene, la broma y la chacota de sus convencios.

Pero vayamos a las observaciones. Casi todas ellas fueron de grandes naves portadoras, «cilindros plateados» que brillaban intensamente heridos por los rayos del sol, al amanecer y a la pue-



Uno de los gráficos de Ganduxer, con sus observaciones.

ta. José Ganduixer cree que a otras horas es imposible verlos, pues según él no emiten luminosidad propia, limitándose a reflejar cegadoramente los rayos solares en la superficie de su superficie. Cuando este brillo desaparece, adquieren un color mate oscuro, pudiéndose apreciar mejor los detalles estructurales.

Las observaciones tuvieron lugar los días siguientes: 24 de octubre de 1959 (nave nodriza que se desplazó lentamente sobre el Vallés oriental, siendo vista por centenares de personas como un cilindro plateado, primero horizontal y luego inclinado unos 45° respecto al horizonte. Curiosa coincidencia con la teoría Plantier); 16 de diciembre (nave portadora vista hacia el Este, en el momento de salir el sol. Posición inclinada); 19 de diciembre (dos discos vistos de costado, inclinados, al ponerse el sol); 5 de enero de 1960 (cuatro discos [?] totalmente inmovilizados, inclinados); entre el 15 y el 25 de febrero (magnífico *ballet* o desfile aéreo, formado por tres naves nodrizas y once discos, más otros dos más próximos); 2 de marzo (disco visto a la puesta del sol, descendiendo en picado casi sobre Montserrat); y última observación comunicada, 15 de marzo de 1960 (a la puesta del sol, dos discos que se separan, uno rumbo al Norte y otro rumbo al Sur).

De todas estas observaciones, la primera, del 24 de octubre de 1959, suscitó un alud de cartas a emisoras y periódicos. Radio Barcelona la comentó varias veces, y los técnicos meteorológicos se vieron y se desearon para convertir a la nave nodriza rígida y fusiforme en un vulgar globo sonda (sin conseguirlo, naturalmente). Para las restantes observaciones, Ganduixer recabó el concurso de otros testigos, entre su familia y mozos, tomando además puntos de referencia mediante estacas hincadas en el suelo o accidentes topográficos próximos y lejanos conocidos.

Reproducimos en la página anterior uno de los diseños del propio Ganduixer, que, pese a su ingenuidad, da una idea bastante aproximada de lo que fue observado cada vez.

El «triángulo volador» de Valladolid.

La Prensa de toda España publicó, los días 17 y 18 de setiembre de 1965, la noticia de haberse avistado un extraño objeto volante, de potente y amplia luz, en el cielo de Valladolid. La observación se efectuó a las 5.30 de la tarde del jueves, día 16. El número de testigos se calcula, según el envío especial de la revista *Semana*, en 300.000; prácticamente toda la población de Valladolid y alrededores. A la hora citada, el aviador civil don Heliodoro Carrión, que sobrevolaba en aquel momento Tordesillas, a 50 km del lugar donde brillaba en el cielo un gigantesco objeto triangular, recibió la siguiente llamada por la radio de su avioneta:

«Atención, avioneta "Bonanza - EC-AUF". Aquí, torre de control del aeropuerto de Villanueva. Aproximadamente a nueve mil pies, dirección Este, hemos divisado un objeto desconocido, estacionado entre Villanueva de los Infantes y Tudela de Duero.»

Carrión enfiló la proa de la «Beechcraft-Bonanza», de 240 caballos, hacia Tudela de Duero, situó la nave a nueve mil pies (2.740 metros) y, siempre dirigido por la radio de la torre de control, trató de situarse lo más cerca posible del OVNI.

Pero cedámosle la palabra: «Subí, ya en la zona en donde había sido avistado el objeto luminoso, a catorce mil quinientos pies (4.000 metros, casi 5.000 sobre el nivel del mar), y vi entonces el posible platillo volante, que estaba por encima de mi avioneta, por lo menos a otros quince mil pies. Era de color blanco, plateado, y giraba sobre sí mismo, aunque a veces pendulaba suavemente de izquierda a derecha. Estuve bajo él una media hora. Pasó, a veinticinco mil pies, un reactor de pasajeros, creo fue un "DC-8", posiblemente de la línea Lisboa-París. A pesar de que estaba bastante más cerca de mí este último, aprecié que el extraño objeto era, por lo menos, tres veces mayor que el reactor, y por sus movimientos, no me cabe la menor duda de que, extraterrestre o no, era un aparato dirigido. Después regresé a las pistas de

Villanubla, y mi hermano, con dos amigos, voló en la misma avioneta hacia el extraño objeto.»

A continuación reproduzco un testimonio de excepcional importancia:

«Sobre el OVNI que apareció aquí el 16 de setiembre apenas tengo algo más que añadir a nuestra conversación telefónica. Según la base de Villanubla, el OVNI se situó sobre esta ciudad a eso de las tres de la tarde. Pero nosotros no llegamos a verlo hasta las 6.45, hora local. Un servidor estaba en la iglesia supervisando las obras cuando un hermano vino a llamarme para decirme que una luz muy extraña se encontraba sobre el colegio. Salí corriendo. Efectivamente, sobre el colegio se veía un objeto que brillaba mucho y que sería como del tamaño de una toronja. Temiendo que se pudiera marchar cuando menos lo pensaba me quedé observándolo, mientras más padres empezaban a salir a ver qué es lo que pasaba. Por otra parte, las madres y servidumbre del colegio también se habían percatado del extraño objeto y lo estaban mirando. Por fin un padre joven y un servidor decidimos montar el telescopio que tenemos en el laboratorio de Física. Tardamos un poco ya que el telescopio es bastante grande y difícil de manejar. Lo colocamos encima de dos mesas porque como el OVNI estaba casi encima de nosotros el telescopio tenía que estar apuntando a un ángulo muy pronunciado.

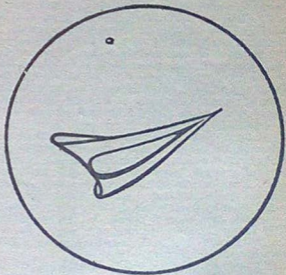
«A eso de las siete y veinte estaba todo listo. Enfoqué el telescopio y... qué vista me esperaba. Era un objeto METÁLICO muy grande y situado a bastante altura (23.200 m, según los instrumentos de Villanubla). Estaba casi inmóvil, excepto por un ligero bamboleo de lado a lado, como lo haría un trasatlántico que estuviera anclado en alta mar. Era plateado. Con una enorme panza debajo y la parte superior era lo que propiamente constituía la forma "delta", o triangular. Calculamos que medía 1 km² de superficie.

«No me atrevo a asegurar, y tampoco lo puse en el artículo que apareció en la *Flying Saucer Review*, que me pareció ver dos puntitos muy luminosos que se apartaban del OVNI. Digo que no me atrevo a asegurar porque podía muy bien ser criatura de

mi imaginación. En un caso como ese, por imparcial que uno quiera ser, la imaginación excitada le puede engañar al mejor observador, aun sin quererlo. Así que sólo se lo digo, pero sin asegurarlo.

«A eso de las siete empezaron a salir las primeras estrellas. Entonces pudimos comprobar que el objeto se hallaba entre Beta de la constelación de Cefeo y la estrella Epsilon de la constelación del Dragón. A las siete y cinco minutos empezó el OVNI a elevarse con bastante rapidez, de tal manera que desapareció totalmente de la vista.

«La impresión que había causado era tremenda. Casi todos los demás padres que estaban conmigo eran muy escépticos, y el haberlo visto a través de un telescopio y después de poder comprobar de que, efectivamente, se trataba de un objeto metá-



Lo que vio el P. Felices por el ocular de su telescopio de 10 cm.

lico, les dejaba sin lugar a duda de que se trataba de un Objeto No Identificado y de gran tamaño.»

(De una carta al autor del padre Antonio Felices, O. P., desde el colegio de P. P. Dominicos de Valladolid, fechada el 2 de febrero de 1966.)

¿Qué era el misterioso «triángulo»? Los testigos fueron innumerables. En la plaza Mayor de Valladolid se reunieron densos grupos de gente que miraban al cielo. Dos sacerdotes que se dirigían en motocicleta desde la Trapa de Dueñas (Palencia) hacia Valladolid, en donde son profesores del Seminario, don Teófilo Alvarez y don Francisco Rodríguez, coinciden en la versión generalizada:

—Era un objeto brillante triangular. Desde Dueñas, a unos 45 kilómetros, hasta llegar a Valladolid, no hemos dejado de verlo ni un minuto. No sabemos de qué se trata, pero es evidente que lo hemos visto con la mayor facilidad, como todo el que miraba al cielo entre Villanueva y Tudela.

Pero acaso nos dá la clave de lo sucedido (¿sería una «nave portadora»? el relato de dos ancianos: Nemesio Platón, de 73 años, y Severiano Gómez, de 75, que el día de autos (¿o habría que decir «de platillos»?), estaban sentados en una piedra ante el bar «Noriaga», de Boecillo, pueblo de la carretera que se dirige a Madrid, situado a 13 kilómetros de Valladolid.

—Estaba estancado entre Tudela de Duero y Villanueva de los Infantes —refirieron ambos, que observaron al objeto durante más de una hora—. Era muy extraño y mucho mayor que cualquier avión. A veces aparecía rodeado de unas luces separadas, que se volvían a juntar. Avisamos a los que estaban en el interior del bar, y media hora después lo veía todo el pueblo. Lo que se puede decir es que, aunque era una cosa muy rara, no nos dio miedo. ¡Nos están acostumbrando a tantas cosas los científicos...!

Es posible que este OVNI fuese un globo-sonda tetraédrico, de los lanzados desde la base meteorológica francesa de Las Landas.

Una observación reveladora

Mi amigo Juan Godo Costa, licenciado en Filosofía y Letras, llamó mi atención hacia una observación de la oleada española de 1950 que me había pasado inadvertida. Godo la comunicó a *La Vanguardia Española*, donde se publicó con fecha 24-3-50. Los testigos fueron precisamente su madre y su hermano Antonio, que entonces tenía 7 años. El día 7 de marzo de dicho año, a las 4 de la tarde, hallándose ambos en las afueras de Granollers, pudieron observar un objeto brillantísimo, del tamaño aparente de la luna llena y aspecto plateado, que permanecía inmóvil en el cielo, a gran altura y sin producir el menor ruido. La observación duró algunos minutos, hasta que el objeto fue girando y ambos vieron entonces que era de forma plana, no esférico como supusieron al principio. A los pocos instantes desapareció a tremenda velocidad, ascendiendo verticalmente.

El interés de esta observación reside en varios hechos. En primer lugar, los dos testigos ignoraban por completo la existencia de los platillos volantes. Sólo al comentarlo más tarde con Juan Godo, éste les habló de los «hombrecillos de aluminio» que por aquellas fechas fueron aprehendidos en los Estados Unidos, según noticias de la Prensa. Sólo entonces los testigos establecieron una posible relación entre ambos hechos. En segundo lugar, es interesante notar que la primera reacción de Antonio Godo consistió en preguntar a su madre si aquello se trataba de «un milagro». Y, por último, la fecha en que se registró la observación, al comienzo de la oleada española.

Y con esta observación tan interesante de 1950, concluyo este breve muestrario de observaciones hispánicas.

La red ortoténica

Para resumir, podemos afirmar que disponemos de dos clases de pruebas respecto a la oleada de

la primavera de 1950 y de muchas de las observaciones posteriores: pruebas de carácter directo (representadas por las declaraciones de los testigos) y pruebas de carácter indirecto (representadas por las alineaciones trazadas mediante todos los puntos que permiten disponer líneas ortodrómicas o de máxima curvatura terrestre y que corresponden a otras tantas observaciones señaladas en el mapa).

Las pruebas directas son muy considerables. Debido a la falta material de espacio, sólo he recogido aquí las más significativas; las que pudiéramos denominar los «clásicos» españoles, pero en mis archivos figuran docenas de observaciones más o menos interesantes. Las pruebas indirectas parecen muy sólidas; en este caso, como ya hemos señalado, la red se adaptó a las especiales características geográficas de la Península Ibérica, como se hizo en Francia, el Maghreb y el Brasli.

Para terminar, una breve lista de las ortotenas más importante señaladas en mi mapa:

1. 3 puntos. 570 km. Algeciras - La Palma del Condado - Entroncamento.
2. 3 puntos. 1.100 km. Algeciras - Salamanca - Gijón.
3. 4 puntos. 1.160 km. Algeciras - Torredonjimeno - Zaragoza - Huesca.
4. 3 puntos. 720 km. Cerca de Utrera - Torredonjimeno - Valencia.
5. 3 puntos. 910 km. Jaén - Villarta de San Juan - Altos de Gainchurizqueta.
6. 3 puntos. 1.035 km. Entroncamento - Villarta de San Juan - Gandía.
7. 4 puntos. 1.200 km. Vich - Huesca - Burgos (Villafria) - Altos del Odicio.
8. 3 puntos. 1.080 km. A Sierra de Toloño - Burgos - Algeciras.

NOTA. — Algunos de los materiales que integran este capítulo proceden de artículos míos publicados en las revistas siguientes, especializadas y no especializadas: *Revista de Occidente* n.º 7, de octubre de 1963; *Flying Saucer Review* de enero-febrero de 1963 (UFÓ Survey of Spain: More Evidence) y un artículo publicado en *Semana* del 25 de septiembre de 1965, titulado «El triángulo volador», del que es autor el enviado especial José Antonio Gurriarán. Otros proceden de fuentes particulares o de la Prensa diaria.

CAPÍTULO IX

LA GRAN «OLEADA» DEL VERANO DE 1965

Entresaco de una carta de Jacques Vallée, fecha 5 de octubre de 1965, los párrafos siguientes:

«... Para nosotros, que estamos familiarizados con las grandes oleadas europeas de 1950-52-54, la oleada actual (que parece interesar particularmente los Estados Unidos, donde se manifiesta por un número extraordinario de aterrizajes), es extremadamente impresionante y significativa. Resulta notable que se haya registrado un máximo en neta correlación con la misión del *Mariner IV*, pero, si consideramos la estructura de la actividad de los P. V. en 1964-65, descubriremos que ha habido en realidad toda una serie de observaciones de gran interés en el transcurso de todo este período. Por lo tanto, no se trata de una oleada aislada, sino de una recrudescencia general de la actividad de los P. V.

«Esto nos lleva evidentemente al problema (difícilísimo) del origen del fenómeno. No quiero ocultarle que sospecho, como usted mismo, una correlación con Marte. Los astrónomos oficiales han dicho muchas estupideces respecto a las fotos del *Mariner*: aún estamos muy lejos de poder zanjar la cuestión de la vida marciana. En cuanto

a la cuestión de saber si Marte ha podido ser utilizado por colonizadores venidos del exterior del Sistema Solar, sólo una exploración minuciosa podrá decirlo, a menos que no resulte que los satélites de Marte, por ejemplo, sean artificiales. La correlación que usted señala entre cráteres lunares y marcianos es natural (señalo, en Apéndice VI, una curiosa semejanza entre el cráter de 120 km de diámetro que figura en la foto número 11 del *Mariner IV* y el gran circo lunar de Clavius, por multitud de detalles puestos de manifiesto en el estudio realizado conjuntamente por mí y José M. Oliver, de la "Agrupación Astronómica de Sabadell"), pues se sabe que la formación de los dos conjuntos de cráteres se debe a las mismas causas y que a la escala de semejante fenómeno, la erosión marciana parece casi despreciable. Al comparar las fotografías, no hay que olvidar la distorsión por la perspectiva, la gran distancia de las fotos del *Mariner* y la pérdida de información en el curso de la transmisión. Yo no veo, en el parecido que usted señala (fotografías números 1 y 2), más que una causa perfectamente natural. Puede darse por seguro que las fotos del *Mariner* sobre las que trabajamos (Vallée, que reside en los Estados Unidos, trabaja en el mapa de Marte para la NASA, pues es un distinguido astrónomo y matemático graduado, especialista en microondas, radar y máquinas cibernéticas) son auténticas.»

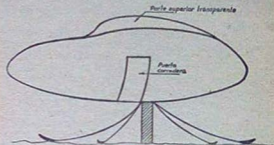
Pues bien, pese a que una autoridad como Jacques Vallée pudo afirmar que la oleada del verano de 1965 era de las más importantes, la Aviación norteamericana, con un olímpico desprecio a la realidad objetiva y en plena oleada de objetos no identificados, dictaminó, el día 13 de julio de 1965, que no existían pruebas de que se estuviese dando una actividad aérea que se saliese de lo normal. Añadió el portavoz de la USAF que, «al igual que ha hecho la Fuerza Aérea en el pasado, todos los datos recibidos han sido sometidos a examen científico, resultando ser fenómenos naturales, globos meteorológicos o meteoros, frecuentes en los meses de verano». A esto se podrían añadir las cometas infantiles, los globos de feria y los fuegos de

artificio, sin olvidar los pajaritos, y tendríamos un cuadro de lo más completo. Y tal declaración «tranquilizadora» se dio a la publicidad pocos días después de registrarse los hechos siguientes: el día 3 de julio, técnicos y marinos argentinos, chilenos e ingleses, de las bases que la Argentina, Chile y la Gran Bretaña poseen en la Antártida, observaron y fotografiaron un extraño objeto, que cambiaba de color y hacía evoluciones sobre dichas bases, registrándose al propio tiempo perturbaciones electromagnéticas en los delicados instrumentos científicos de las bases. Como para dar un previo mentís a la declaración de la USAF, el comandante Mario Jahn Barrera, jefe de la base aeronaval chilena, afirmó en sus manifestaciones telefónicas a la Prensa: «Lo que vimos era una cosa real, algo que se movía en el espacio a velocidad vertiginosa, zigzagueando y despidiendo una luz azul-verde. Y era un cuerpo sólido que causó interferencias en todo el equipo electromagnético de la base.» Y añadiremos que el objeto en cuestión tenía forma de lente biconvexa, de color rojo y verde, aunque por momentos se volvía amarillo, azul, verde, anaranjado y blanco.

Pero el mes de julio empieza el día 1.º, y en ese día se registró ya una observación sensacional, no en la base chilena de Pedro Aguirre Cerdá, o en la base británica de la isla Decepción, ni en la argentina de las Orcadas, sino en el departamento francés de los Bajos Alpes, donde un agricultor de Valensole, Monsieur Maurice Masse, de 41 años, vio a las cinco de la mañana de ese día, cerca de la carretera de Oraison, un extraño vehículo cuya forma recordaba la de un balón de rugby; reposaba sobre patas metálicas y tenía un pivote central. A su lado había una singular forma humana, muy pequeña y de aspecto indefinible, que montó con presteza en el aparato, antes de que éste desapareciese a velocidad vertiginosa en el cielo.

La Prensa francesa se tomó a broma el incidente —por desgracia, la Prensa española no es la única que adopta ese estúpido tono festivo al hablar del que quizá sea el mayor misterio de todos los tiempos—, pero, por fortuna, hay en Francia personas que consideran estas cosas más dignas de

atención que una vuelta ciclista, un fichaje deportivo, la muerte del último playboy o las melenas de unos cantantes de moda y así, hemos tenido ocasión de leer un documentado estudio sobre el «aterrijaje» de Valensole, firmado nada menos que por el general de Aviación, Lionel Max Chassin, que hasta hace poco fue jefe de las Fuerzas Aéreas de la OTAN. El general Chassin fue presidente de la G.E.P.A., sigla del «Groupelemente d'Etude des Phé-



Objeto visto por M. Masse en su campo de espliego de Valensole (según R. Fouéré).

nomenes Aériens», que estudia los objetos desconocidos en el cielo y está formado por prestigiosas personalidades científicas y militares francesas que, convencidas de la enorme importancia, de la gravedad acaso, que presenta el problema de los «objetos no identificados» (que el vulgo y los periodistas conocen por el nombre de «platos volantes») han decidido agruparse para unir sus esfuerzos y tratar de desentrañar en lo posible el misterio. Triste signo de estos tiempos de frivolidad e incredulidad es el que muchos de los componentes del G.E.P.A. tengan que ocultarse en el anonimato, pues su posición académica, su carrera científica e incluso su propia solvencia moral, podrían correr peligro si se supiese que se dedican a estudiar los mal llamados «platos volantes». Dice el general Chassin en su ponderado y lúcido informe: «Considerando que, hasta la fecha, el inciden-

te de Valensole no ha recibido aclaración y que puede tener una significación importante, no sólo en el orden técnico y científico, sino también en el plano de la defensa nacional, pedimos que se haga toda la luz posible sobre este caso y que las autoridades responsables proporcionen al público, cuya emoción es viva, las precisiones de rigor y que desde luego pueden aportarle. Se ha sostenido, en efecto, que M. Masse, cuya declaración es extraordinariamente precisa, tomó por un aparato misterioso a un helicóptero de los que participaban en el ejercicio "Provenza 65", que al parecer aterrizó en su campo.

»Ahora bien, si se hubiese tratado de un helicóptero militar, hubiera debido tener su programa de vuelo y, en tal caso, las autoridades militares ante las cuales los pilotos tenían la obligación de presentar un informe de su vuelo, se hallarían indudablemente capacitadas para decir si un helicóptero que dependía de sus órdenes se posó en el campo de M. Masse. Si así fuese, bastaría una declaración clara y precisa de dichas autoridades a este respecto, para poner fin a todas las dudas (esta declaración no se hizo). Si el objeto observado no era, pues, un helicóptero militar, y tampoco era un prototipo francés secreto de aparato de despegue vertical, su presencia en Valensole plantea, en lo que concierne a la defensa del territorio —si se tratase de un aparato fabricado por una potencia extranjera— o en el terreno humano, científico y astronáutico —si se tratase de un aparato de origen extraterrestre—, gravísimos problemas.»

Aquí tenemos una manera serena, consciente y sería de abordar el problema por parte de un destacado militar que enfoca la cuestión sin histerismos, sin bromas fuera de lugar, pero sin ocultar tampoco la extrema gravedad que puede tener para la Humanidad en general. Mucho se ha hablado de hipótesis «arma secreta», pero quienes tal han insinuado, desconocen en absoluto el planteamiento del problema. En primer lugar, la potencia terrestre que poseyese los misteriosos discos y cilindros volantes, de una capacidad de maniobra aterradora, no se dedicaría a exhibirlos por los cuatro puntos cardinales del planeta, exponiéndose a

que uno de ellos cayese en poder de otra potencia. Luego, ninguna nación de la Tierra —léase Estados Unidos y la URSS, y, acaso, Inglaterra y Francia—, seguirían gastando ingentes sumas en los programas de armamentos convencionales, ni costosísima carrera espacial con «anticuados» satélites y cohetes impulsados por mezclas químicas de propergolos. ¿Qué necesidad habría de que un *Mariner IV* tardase siete meses y medio en hacer la travesía Tierra-Marte, si con una de estas naves revolucionarias sería sólo cuestión de días, de horas acaso? Muchos «platillos» observados visualmente y con el radar (figuran docenas de casos en *The UFO Evidence*, el informe de 200 páginas presentado por la «National Investigations Committee on Aerial Phenomena» al Congreso norteamericano), efectuaron aceleraciones instantáneas pasando de una posición de inmovilidad completa en el aire, a tres, cuatro, cinco y siete mil kilómetros por hora. En un vehículo ordinario no provisto de campo gravitatorio propio, esta brutal aceleración hubiera significado la muerte por aplastamiento del piloto o la desintegración del aparato. Hemos de convenir, pues, que nos hallamos ante una técnica —una tecnología, como se dice ahora, con algo de pedantería—, muy superior a la terrestre de 1965. Y no se olvide, además, que el período moderno de los OVNI empezó «oficialmente», en 1947, cuando aún no se había franqueado la barrera del sonido.

Y aquí tropezamos con el primer obstáculo, al que he aludido reiteradamente en mis artículos y charlas radiofónicas y televisadas: la rigurosísima censura militar, el *Top Secret* impuesto por el Pentágono sobre la cuestión, con finalidades que resultan muy poco claras; censura que el mayor Keyhoe y la NICAP se propusieron levantar, costase lo que costase.

Apenas se había apagado el eco mundial que despertaron las observaciones de la Antártida, cuando en pleno Atlántico empezaron a ocurrir hechos misteriosos, y que presentaban singulares puntos de coincidencia con los anteriores. El martes día 6, el capitán y los tripulantes del gigantesco petrolero noruego *Jawesta*, en ruta hacia Santa Cruz de Tenerife, avistaron un extraño cuerpo vo-

lador, cuando el barco navegaba desde Puerto La Cruz a Canarias. En el capítulo donde se recopilan extrañas observaciones marinas, se reproduce el informe completo redactado por el primer oficial del buque, señor Torgrim Lien.

Tres días después, el viernes día 9, ocurrió el extraordinario caso de Vila do Porto, en la isla de Santa María, en las Azores. Un enorme cilindro blanco pasó sobre la isla, a unos 9.000 m de altitud y a las 15 horas. Cuando el OVNI cruzó sobre el aeropuerto, todos los relojes magnéticos pararon durante diez minutos, poniéndose luego en marcha por sí solos con toda normalidad. El día siguiente, sábado, en la localidad portuguesa de Matosinhos, en las cercanías de Oporto y a las 4.30 de la madrugada, un disco que despedía una luminosidad verdosa y parecía «un enorme plato de sopa invertido», asustó a doña Laura Fernandes, quien se apresuró a llamar a su marido, el cual vio también el objeto. Observación notable: el matrimonio, que escuchaba todos los días el programa radiofónico del «Radio Clube Português» de 3 a 6 de la mañana, notó aquel día grandes interferencias...

Estas interferencias, efectos que produciría un campo magnético de cierta intensidad, han sido observadas en repetidas ocasiones, asociadas con la presencia de discos volantes. Con ellas cabe relacionar también los famosos «apagones» y paros del motor de los automóviles, ocurridas docenas de veces en carreteras solitarias, al pasar un OVNI sobre el vehículo o al estar posado en el suelo, en las inmediaciones.

El día 9, víspera del caso de Matosinhos, centenares de personas avistaron en pleno día un OVNI en Huelva y otro —o el mismo— en Ayamonte. Dos días antes, en la Argentina menudearon las observaciones, desde Guaqueguaychu hasta Bahía Blanca y Mendoza. Un OVNI fue visto y fotografiado sobre el mismísimo Buenos Aires. El día 10, el capitán César Parra y su copiloto Julio Manze, en vuelo hacia Guayaquil, comunicaron a la torre de control del aeropuerto que habían visto un «platiillo volante» muy veloz, que desapareció entre las nubes. En Madrid, el día 12 por la noche fue visto un objeto brillante que cruzaba el cielo y que me-

reció una nota muy ponderada —¡al fin!— por parte del madrileñísimo ABC. Parece que este mismo objeto fue visto al amanecer del mismo día por el conde de Yebes, desde la serranía de Gredos. No se olvide que a sesenta kilómetros de Madrid se encuentra la estación seguidora que la NASA ha instalado en Robledo de Chavela y donde en aquellos instantes se estaba recibiendo la primera fotografía de Marte. Quizá sea también coincidencia, pero tres días después, otro OVNI se cernió durante diez minutos sobre la estación que la NASA tiene en Canberra (Australia), registrándose curiosas alteraciones en el funcionamiento de algunos aparatos eléctricos de la base. Y por último, el 18, un objeto provisto de patas y semejante al de Valensole, aterrizó en una playa uruguaya.

En mi opinión, existe una relación indudable entre la oleada del verano de 1965 y el envío de las fotografías de Marte por el *Mariner IV*. Pero no es esto todo: esta vez también hubo coincidencia con la oposición marciana (que tuvo lugar en marzo) y el aumento en el número de observaciones, teniendo en cuenta el *décalage* de rigor. Pero, al juntarse ambos hechos, la oleada «se salió de madre», por así decir. Por ejemplo, cuando se lanzó el primer *Sputnik*, en octubre de 1957, se produjo una cresta completamente anormal y «fuera de tiempo» en el número de observaciones registradas. Esto parece establecer una misteriosa relación entre los OVNI y Marte... que pudiera ser también una base de unos hipotéticos visitantes siderales.

Pero antes ya hubo observaciones, algunas muy espectaculares. Por ejemplo, la de los aviadores japoneses sobre el mar interior de Seto, del 18 de marzo. Los pilotos de dos aviones civiles declararon haber visto independientemente un objeto volante no identificado, de forma elíptica y unos trece metros de diámetro, que emitía una luz verdosa. El objeto se aproximó a uno de los dos aviones, un «Convair 240», a una velocidad de unos 340 kilómetros por hora, girando bruscamente y desapareciendo de su vista en tres minutos. A su paso se observaron perturbaciones en los instrumentos de a bordo. Las declaraciones del piloto Yoshiaki Ina-

ba, perteneciente a las «Toa Airlines», y de su copiloto Tetsu Umashima, fueron confirmadas a Eugenio Danyans, de la «Comisión Investigadora de Objetos No Identificados», de Barcelona, en una carta a él dirigida por el jefe del servicio de Salvamento Aéreo de Takamatsu, en la isla de Shikoku.

Poco después, el 12 de abril del mismo año, se registró una interesante observación en Cataluña. Más de cien operarios del turno del mediodía de la fábrica MANHUSA, de San Celoni, en el Vallés, vieron un objeto cilíndrico, como una nube rígida y vertical, que se desplazaba lentamente por el cielo, a gran altura, en dirección Oeste-Este, a pesar de que soplabla una fortísima tramontana o viento del Norte. El objeto tardó más de una hora en desaparecer por el horizonte, y cada 60 segundos lanzaba un destello vivísimo por su parte inferior. Fue avistado también por varias personas desde Granollers. Esta observación recuerda la francesa de la Vendée.

Hay que vencer la reticencia de los sabios a encararse con el problema. Refiere Aimé Michel que un eminente investigador francés al que le preguntó qué haría si viese un «platillo» por la ventana de su casa, le contestó: «Pues miraríala a la pared.» La actitud de no creer en ellos ni viéndolos es una de las posiciones más anticientíficas que caben. Como la campanuda afirmación, leída no ha mucho en nuestra Prensa, de que «los terrícolas o terrestres seguimos siendo el centro de la Creación». Quienes así hablan, no se han movido de los tiempos de Tolomeo. Para ellos no existe Copérnico y mucho menos Kardachev, quien habla de civilizaciones inferiores, iguales y superiores a la terrestre en el Universo.

Pero esto ya es otro cantar.

CAPITULO X

POSIBLES MEDIOS DE PROPULSION Y PROBABLE ORIGEN

La incipiente Astronáutica actual se basa en una aplicación práctica del principio de acción y reacción de Newton, que ha permitido crear el motor-cohete. Según este principio, a toda acción corresponde una reacción igual, pero de signo contrario.

El electromagnetismo o los campos de fuerza electrogravitacionales, según la mayoría de científicos e investigadores de esta cuestión, constituyen el mayor potencial para la futura Astronáutica, y parecen indicar que este medio de propulsión está directamente relacionado con las diversas características de los OVNI. Actualmente se trabaja con el mayor secreto en diversos laboratorios mundiales (incluso el Arsenal de Redstone) en investigaciones conducentes a hallar un medio de propulsión basado en el electromagnetismo y la antigravedad.

Hermann Oberth declaró que cree en los platillos extraterrestres ante el Congreso Internacional de Astronáutica celebrado en la población austriaca de Innsbruck en 1954. La conducta de los OVNI,

explicó, excluye cualquier medio conocido de propulsión, incluyendo los cohetes. El sabio dijo a los reunidos que la única excepción estaría constituida por un aparato antigravitatorio.

En 1953 el Gobierno canadiense creó el «Proyecto Magnet». Dirigido por el ingeniero Wilbert B. Smith, ya fallecido, se inició con el propósito de construir un aparato aéreo discoidal movido por fuerzas electromagnéticas. Smith creía en los OVNI, y afirmaba que existe un 91 por ciento de probabilidades de que éstos existan como objetos materiales, y sólo un 10 por ciento de probabilidades de que sean de origen terrestre.

Según Max B. Miller, las ventajas de la teoría del campo gravitatorio frente a los motores de reacción con combustibles químicos son múltiples. He aquí algunas de ellas:

1. Bajo costo de energía. No se necesitan los miles de millones de dólares requeridos por los cohetes. En teoría, el vehículo espacial sólo necesitaría ser puesto en marcha, para continuar su aceleración hasta alcanzar la velocidad deseada.

2. Sólo existe una forma de aceleración conocida que no origina la molesta carga gravitatoria. Ésta es la fuerza («el empuje» o la «atracción», según las teorías) de la gravedad, ejercida por la Tierra sobre cada partícula y átomo de su masa, y aun hacia el espacio exterior, *ad infinitum*.

Al estar sometido a los efectos de un campo gravitatorio propio, el tripulante no experimentaría la menor molestia, fuese cual fuese la aceleración. (Ésta es la misma teoría expuesta por el capitán Plantier.)

3. El aparato sería susceptible de alcanzar enormes velocidades en el interior de la atmósfera terrestre. (Ni los cohetes ni cualquier otro tipo conocido de proyectiles pueden soportar la tremenda fricción atmosférica más allá de cierto límite. Al alcanzar una velocidad crítica —designada por algunos como la barrera térmica— el aparato se funde o se desintegra.)

Existen varias hipótesis, más bien complicadas, relativas a ciertas características exhibidas por los OVNI durante sus vuelos a gran velocidad para explicar que aparentemente resulten indemnes ante

la fricción.

La idea básica es de que el campo de energía —ya sea magnético o gravitacional— influye y «captura» el aire en su inmediata vecindad. Este efecto disminuye con el cuadrado de la distancia. El único resultado apreciable en tal caso sería, posiblemente, un efecto de aureola y de halo rodeando al OVNI. Este «resplandor» resultante —caso de ser cierta esta hipótesis—, se ha incluido con frecuencia en informes de observaciones, particularmente las realizadas de noche. A decir verdad, el color de este «resplandor» o «halo» se ha visto cambiar en relación directa con la aceleración y la velocidad del objeto (rojo o anaranjado a poca velocidad; azul o blanco a grandes velocidades, pasando por toda la gama intermedia).

Un fenómeno como el mencionado no puede relegarse entre los de tipo subjetivo, y no sólo puede servir como demostración de la existencia física del fenómeno, sino que puede constituir un precioso dato para nuestra naciente Astronáutica.

Este mismo campo de fuerza quizás impida también que las radiaciones ultravioleta y cósmica penetren en el aparato.

4. Siempre en teoría, las velocidades próximas a la de la luz o iguales a ésta se podrían alcanzar fácilmente, pues es concebible que se pueda viajar a lo largo de líneas magnéticas de fuerza o radiaciones semejantes. Posiblemente la mejor analogía, en este caso, sería la de una radio conectada a una cierta frecuencia. Imaginemos que el OVNI puede «sintonizar» la radiación; de una manera ligera al principio, y luego aumentando gradualmente la ascensión y la aceleración. Cuando la «sintonía» alcanza su límite o se amplifica la frecuencia, la aceleración se haría más pronunciada y casi ilimitada. La palabra «absorción» es quizá la más indicada para describir este principio.

Para disminuir la velocidad y aterrizar, desde luego, bastaría con invertir este proceso. Para cesar en inmovilidad, sería suficiente «sintonizar» o amplificar inversamente la radiación, consiguiéndose un resultado neutro.

El «Proyecto Magnet»

Hasta los comienzos de 1952, la mayor parte de funcionarios y científicos del Gobierno canadiense habían mostrado una actitud de franco escepticismo. Pero después de una serie de singulares observaciones registradas a principios de 1952, su actitud cambió. Sólo una parte de estas observaciones fue comunicada al público; el resto se mantuvo bajo un riguroso secreto militar. Dos de los informes publicados, según Keyhoe, provenían de veteranos aviadores de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses.

La noche del 1 de enero de 1952, un disco rojo-anaranjado apareció sobre North Bay, donde la RCAF (1) tiene una base de reactores. Durante ocho minutos el aparato describió círculos a gran altura, cayó en picado y zigzagueó sobre el campo. A juzgar por la altura que se le calculó en la estratosfera, el platillo era uno de los mayores jamás vistos. Efectuaba sus maniobras a velocidades supersónicas.

Cuando el informe fue dado a la publicidad, los Servicios de Información de la RCAF se negaron a hacer comentarios. Luego se comunicó la presencia de otro platillo, también sobre North Bay. Aproximándose por el Sudoeste, se detuvo exactamente encima de la base. Después de cernerse inmóvil en el espacio por un momento, efectuó un rápido cambio de dirección. Ascendiendo en un ángulo de treinta grados, desapareció a espantosa velocidad.

Otros inquietantes informes seguían llegando a la RCAF. Hasta aquella fecha, muchos oficiales de alta graduación, siguiendo el ejemplo del Pentágono, se mofaban de estas observaciones. Pero después del segundo caso de North Bay, se celebró una reunión de alto nivel en Ottawa.

Cuatro días después de ella, los Servicios de Información de la RCAF admitieron públicamente que iniciaban una investigación en serio. Al propio

tiempo el Departamento de Investigaciones del Ministerio de Defensa anunció un nuevo proyecto secreto. El doctor J. C. Mackenzie, presidente del Comité de Control de la Energía Atómica y antiguo presidente del Consejo Nacional de Investigaciones, publicó otra declaración oficial, en la que decía:

«Parece verdaderamente fantástico que puedan existir tales cosas. Al principio nos sentimos tentados de afirmar que se trataba de simples patrañas o una serie de ilusiones ópticas. Pero ha habido tantos informes procedentes de observadores responsables, que no podemos hacerles caso omiso. Es muy improbable que todos estos informes se deban a ilusiones ópticas.»

El doctor Peter Millman, un famoso astrofísico canadiense, tuvo que admitir también su desconcierto después de estudiar aquellos informes.

«No basta con reírse de estos informes. Somos incapaces de descubrir una explicación normal para las maniobras que, según los informantes, efectúan estos objetos.»

Cuatro días exactamente después de haber tomado estado oficial el nuevo proyecto, fue vista sobre Toronto una formación de discos rojo-anaranjados, volando a gran altura sobre la ciudad. Luego, el 1.º de mayo, un platillo solitario, desplazándose a una velocidad terrorífica, pasó como un rayo sobre la capital canadiense. Los investigadores gubernamentales del «Proyecto Magnet» calcularon la velocidad de este disco en unos 5.800 kilómetros por hora.

El «Proyecto Magnet» se inició con gran sigilo tres años antes. Tomaban parte en él ingenieros y científicos especializados en geomagnetismo y pertenecientes a la División de Telecomunicaciones del Departamento de Transportes. Su jefe e iniciador era Wilbur B. Smith. Este ingeniero reunía grandes dotes para encargarse de este proyecto: como funcionario encargado del control de emisiones, podía dar instrucciones a sus hombres para que intentasen captar cualquier mensaje extraño; en su calidad de ingeniero especializado en geomagnetismo y con un laboratorio del Gobierno a su disposición, podía efectuar investigaciones acerca de ciertas teorías sobre propulsión; mediante

(1) «Royal Canadian Air Force»

los observatorios oficiales de la ionosfera podía seguir con el radar los platillos que volasen a grandes altitudes. Por si no fuese bastante, Smith era un experto en Electrónica, autor de varios inventos. Uno de ellos, por ejemplo, es un localizador de emisiones radiofónicas de alta frecuencia utilizado en la Segunda Guerra Mundial. Otro era un nuevo tipo de voltímetro, y un tercero consistía en un filtro regenerador de parásitos.

Desde el primer momento se convenció Smith de que los platillos volantes eran objetos reales, y pasó revista a estas tres posibilidades: 1.º Eran vehículos interplanetarios. 2.º Eran un arma secreta de los Estados Unidos. 3.º Eran de origen ruso. Las dos últimas hipótesis no resistieron la crítica, y a la vista de la gran cantidad de pruebas reunidas, Smith se inclinó por aceptar su origen extraterrestre. Además, se manifestó convencido de que su entrada en la escena mundial fue lo que estimuló súbitamente el interés del Gobierno norteamericano por la Astronáutica y los satélites artificiales. Se inclinaba a creer, tomando por ejemplo la actitud del Gobierno canadiense, que el Gobierno norteamericano también sentía un extraordinario interés por descubrir el secreto de la propulsión de los discos.

Smith llegó al convencimiento de que existían grandes naves portadoras de las pequeñas unidades de reconocimiento, los auténticos platillos volantes. Las naves nodriza o portadoras se hallarían siempre a gran altura; como medio propulsor podrían utilizar la desintegración nuclear, la conversión masiva de la energía o cualquier otra fuente revolucionaria de energía, como los rayos cósmicos. Pero sus experimentos en el laboratorio indicaban que los auténticos discos utilizaban campos magnéticos de fuerza. Y no se descartaba que las naves nodrizas hiciesen lo propio.

Como es sabido, la teoría electromagnética no había sido hasta entonces muy del agrado de los científicos, que incluso se rieron de ella. Por otra parte, sin embargo, fenómenos magnéticos, como movimientos desordenados de la brújula, por ejemplo, aparecían asociados frecuentemente con la aparición de platillos volantes.

Otros partidarios del electromagnetismo

Otros científicos que antes de Smith habían respaldado la teoría electromagnética eran el doctor Fernand Roussel, un físico canadiense que publicó un opúsculo titulado *El principio unificador de los fenómenos físicos*. Otro fue el doctor Franz Zwicky, del Instituto Californiano de Tecnología. En 1951, en el *Journal of the American Rocket Society*, el doctor Zwicky afirmó que sería posible utilizar la electricidad de la ionosfera. En estas zonas elevadas de la atmósfera terrestre los iones pierden varios electrones externos debido a la acción de los rayos ultravioleta. Esta ionización libera moléculas provistas de grandes cargas eléctricas.

«Si se pudiese utilizar esta energía —afirmó el doctor Zwicky— tal vez resultase mejor que la energía eléctrica para la propulsión.» Otro de los defensores de esta teoría es el capitán Plantier, de quien nos ocuparemos con detalle, y otro el profesor Marcel Pagès, de Perpignan, quien incluso ha construido modelos experimentales. (Véase página 370.)

En fecha reciente el Instituto Carnegie de Magnetismo Terrestre admitió haberse realizado nuevos descubrimientos respecto a la ionosfera. Hasta 1952 se creía que esta capa que comienza a unos 80 kilómetros de altura, permanecía en la más absoluta inmovilidad. En la actualidad los ecos del radar demuestran que existen en ella «olas» animadas de una gran velocidad, que pueden alcanzar hasta más de 700 kilómetros por hora. En la ionosfera se pueden descubrir en el futuro tremendas fuerzas magnéticas desconocidas hasta ahora.

Algunos sabios de la «Sociedad Interplanetaria Británica» se manifestaron en favor de los campos externos de fuerzas como medio propulsor de las astronaves. En distintos lugares del mundo, se trabaja en laboratorios secretos en el estudio de la antigravedad unida al electromagnetismo.

Smith y sus colaboradores revisaron en 1950 los

fundamentos del electromagnetismo, examinando con espíritu crítico las leyes físicas sin olvidar la teoría del campo unificado de Einstein, quien afirmaba que gravedad y magnetismo son la misma cosa.

Tras una larga entrevista con Smith celebrada en Washington en 1952, el mayor Keyhoe redactó un borrador con las conclusiones de los científicos canadienses, y lo sometió a Smith para su aprobación, antes de incluirlo en su obra *Flying Saucers from Outer Space*. Tras someterlo a sus superiores y efectuar en él algunas correcciones, Smith devolvió el borrador a Keyhoe por intermedio de Mr. Arnold Wright, investigador de la Defensa del Estado Mayor conjunto canadiense. El documento fue sometido también para su aprobación al Pentágono. A continuación se reproducen algunos de sus párrafos más importantes:

Conclusiones de los científicos canadienses

«Un grupo de científicos canadienses ha estado trabajando algún tiempo en ciertos problemas relacionados con el campo magnético terrestre. Estas investigaciones parecen abrir el camino hacia una nueva tecnología en el magnetismo, y si las conclusiones iniciales son correctas, ofrecen una inmediata explicación de muchos de los extraños rasgos que han sido citados en relación con las observaciones de platillos volantes.

»La premisa básica es la de que es posible producir un "sumidero" magnético (este nombre arbitrario —*sink* en inglés— fue el elegido por Smith y sus ingenieros) en el interior del campo terrestre; es decir, una región en la cual el flujo magnético fluya a una velocidad controlada, desprendiendo parte de su energía potencial en el curso de este proceso. Semejante "sumidero" tendría muchas propiedades interesantes, como las siguientes:

»1. Se podría obtener energía eléctrica del colapso del campo magnético terrestre por ese "sumidero".

»2. Podrían crearse poderosas fuerzas de reac-

ción en un anillo conductor que rodease el sumidero, suficientes para soportar una nave adecuadamente diseñada e impulsarla.

»3. Si el promedio de flujo magnético pudiese modularse, las perturbaciones magnéticas resultantes podrían emplearse con fines de comunicación.

»Es curioso observar que la mayor parte de descripciones de platillos volantes están de acuerdo con las propiedades de un sumidero magnético. Por ejemplo, se describe a los platillos como consistentes en un gran disco circular, con una pequeña cabina central. En este caso, el sumidero podría localizarse en la parte central superior de dicha cabina. Al hundirse el campo y atravesar el anillo metálico circular, induciría en él una corriente eléctrica que reaccionaría a su vez con el campo magnético que la indujo, produciendo una fuerza que tendría una componente vertical sustancial. El soporte y la propulsión de la nave serían entonces una combinación de esta fuerza resultante, la acción aerodinámica del disco y la interacción ante corrientes en torbellino inducidas en el disco por su rotación y los campos principales.

»La rotación del disco podría ser deliberada, para inducir las corrientes en torbellino, o podía causarse accidentalmente por el frenado ejercido por los electrones de la amplísima corriente que circularía alrededor del disco. En cualquier caso, existen pruebas muy sólidas, basadas en las observaciones, de que el disco parece girar.

»Puesto que el poder ascensional del platillo sería proporcional al producto del campo magnético terrestre por el campo producido por la corriente inducida en el disco, de ello se deduce que cuando el platillo acelerase hacia arriba se requeriría una fuerza mayor, que originaría una mayor corriente circulatoria.

»Si la corriente circulatoria fuese lo suficiente grande y el enfriamiento del disco fuese insuficiente, éste podría ponerse al rojo o incluso al rojo blanco, lo que está de acuerdo con varias observaciones. Además, bajo ciertas condiciones de funcionamiento, podría crearse un elevadísimo voltaje entre el centro y el borde exterior del disco, lo cual daría por resultado una descarga en corona

a través de la atmósfera circundante, si el platillo se hallase a suficiente altura. Semejante descarga se parecería a una aurora boreal, pero mucho más intensa. Este extremo también parece ser confirmado por las observaciones.

»El manejo de semejante platillo volante sería complicadísimo. En primer lugar, el campo magnético terrestre forma, toda clase de ángulos con la horizontal, según la latitud geográfica y las condiciones particulares de cada región. Así, la dirección de la fuerza resultante de la acción recíproca del campo magnético terrestre y el campo del disco puede ir prácticamente hacia cualquier sitio.

»Además, la inclinación del platillo para obtener la fuerza de reacción en la dirección deseada, probablemente originaría fuerzas aerodinámicas hacia cualquier otra dirección. Por lo tanto, la navegación se realizaría después de determinar la dirección del campo, de compararla con la dirección en que se desea avanzar, y analizar las fuerzas aerodinámicas originadas por dicho movimiento. Finalmente, debería realizarse una corrección adecuada de la inclinación inicial del platillo y del flujo magnético.

»Es muy dudoso que un piloto humano pudiese realizar todas estas operaciones a la velocidad con que sería necesario maniobrar un platillo y en el curso de las intrincadas maniobras que se han visto realizar. Por lo tanto, es muy probable que los mecanismos de gobierno del platillo sean semiautomáticos o totalmente automáticos. Existen muchos informes de platillos que han permanecido cerniéndose durante algún tiempo sobre un lugar determinado. Para un platillo diseñado para funcionar como el descrito, ésta sería probablemente la maniobra más fácil. Simplemente, sería necesario ajustar el flujo y la inclinación del disco hasta que la fuerza resultante equilibrase exactamente el peso del platillo. En este caso no existirían apenas problemas aerodinámicos.

»No existe la menor indicación de que las aceleraciones a que se verían sujetos los tripulantes de un platillo fuesen distintas de las aceleraciones experimentadas en cualquier otro tipo de aparato que realizase las mismas maniobras. Las autorida-

des consultadas afirman que ni siquiera la teoría del campo unificado de Einstein afirma que la gravedad pueda ser neutralizada o la inercia de la materia vencida. Cuando se han observado platillos que realizaban virajes cerrados y otras maniobras que hubieran producido enormes aceleraciones, lo más probable es que dichos platillos fuesen gobernados a distancia y no contuviesen organismos vivientes tal como nosotros los conocemos.»

Smith atribuía al efecto de halo todos los cambios de coloración observados, incluso las iridiscencias. En ese caso, se trataría de cambios rapidísimos debidos a una intensificación igualmente rápida de la corriente. Al principio de su rotación, el anillo circular del disco iría calentándose cada vez más a causa de su movimiento a través del campo magnético. Si el disco se hallase posado en el suelo y en la oscuridad, un observador terrestre empezaría viendo un pálido resplandor rosado... si la aceleración no fuese demasiado rápida. Luego, el color se haría más brillante y pasaría a rojo... luego a rojoanaranjado, después a amarillo, para alcanzar finalmente el brillo del metal al blanco. En caso contrario, o sea, cuando el disco disminuyese su aceleración antes de detenerse, esta gama de colores se sucedería en orden inverso amarillo, anaranjado, rojo, rosado, para desaparecer finalmente en la oscuridad. El proceso en ambos casos, sin embargo, debería ser lento. Pero si la rotación se redujese o se detuviese bruscamente, el efecto refrigerante del aire, especialmente a grandes velocidades, sería muy rápido y el observador tendría la impresión de que la luz se había apagado. En cuanto a los colores azul y verde, que también han sido observados, se deben, según Smith, al efecto del halo o corona. Bajo ciertas condiciones atmosféricas se obtendrían colores de aurora boreal. A diferentes alturas predominarían también distintos matices. Por ejemplo, a alturas relativamente inferiores, el halo sería producido por una descarga muy corta y dominaría un color blanco azulado. A mayor altura, sería verde o azul verdoso. A una mayor altura, se verían todos los colores normales del halo rojo, amarillo, azul y verde.

Wilbur Smith creía que los platillos no se ha-

Ilaban tripulados por seres vivos, pues éstos no podrían resistir las grandes aceleraciones ni el sobrecalentamiento de la cabina. Por el contrario, opinaba que los discos eran teledirigidos y estaban dotados de un robot o cerebro electrónico que calculaba automáticamente la inclinación del campo magnético terrestre, efectuando todas las correcciones necesarias para el vuelo del aparato. Este robot, conectado a los mandos, cambiaría instantáneamente la posición del disco, y la velocidad de rotación del mismo si fuese necesario, para compensar las variaciones del campo magnético. Para las maniobras actuaría de modo parecido.

En cuanto a la oscilación observada en los discos por muchos pilotos que se encontraban con ellos durante el vuelo, Smith ofrece la siguiente explicación: supóngase que el piloto del disco, ya se halle a bordo del mismo o lo dirija desde la nave nodriza, dispone de una serie de botones para girar, ascender, cernirse y las restantes maniobras. Al oprimir el botón de girar, por ejemplo, o de acelerar, el mecanismo robot se encargaría del resto, pero probablemente transcurrirían unas décimas de segundo mientras el analizador-robot comprobaba las fuerzas resultantes requeridas, antes de accionar los mandos. Esto explicaría la oscilación observada antes de un cambio repentino, como un viraje en ángulo recto o una ascensión instantánea. En cambio, en el vuelo en línea recta la oscilación estaría causada por los ajustes que efectuaría el disco a los distintos campos magnéticos. Se ha observado frecuentemente, en una formación de platinos, cómo éstos se balancean sucesivamente al pasar de un campo a otro.

El ingeniero canadiense no ocultaba su preocupación a Keyhoe ante el tremendo poder de estos aparatos, que no conocerían prácticamente distancias y podrían desplazarse a velocidades inimaginables. La potencia que los poseyes podría convertirse prácticamente en dueña del Planeta. Constituirían perfectísimos proyectiles dirigidos y podrían transportar fácilmente bombas atómicas... e incluso de hidrógeno. Además, por el hecho de ser casi silenciosos resultarían aún más inquietantes. No obstante, en la proximidad de un platillo posa-

do en el suelo o cerniéndose a muy poca altura sobre el mismo, se ha percibido muchas veces un leve zumbido... debido a la rotación del disco, según Smith. En otros casos, en que los platinos han pasado a gran velocidad y baja altura, los testigos han escuchado un silbido producido por el aire hendidido violentamente.

Keyhoe comprobó posteriormente las aseveraciones de Smith en muchos casos particulares. Examinando sus archivos, halló varios, por ejemplo, que describían la combinación rojo-verde-amarillo-azul, que indicaba una descarga en halo del platillo a gran altura. El caso más notable se registró en Phoenix, donde centenares de personas contemplaron el llamado platillo «caja de piedra».

En las observaciones a gran altura, caso tras caso corroboraba las teorías de Smith. Durante el día se había visto a docenas de discos de aspecto metálico cambiando de color durante sus maniobras. Un informe de 1950 describía una observación realizada cerca de Lewisburg, en Virginia occidental. Dos objetos redondos se aproximaron a esta población para describir rápidos y apretados círculos. Al empezar estas maniobras, ambos discos volviéronse rojoanaranjados. Cuando siguieron avanzando en línea recta, reduciendo la velocidad, el matiz anaranjado se desvaneció rápidamente y los discos adquirieron de nuevo su color plateado normal.

En las observaciones nocturnas, los datos facilitados por los testigos concordaban también con los análisis de Smith. Keyhoe realizó personalmente una investigación con motivo de un emocionante incidente que tuvo lugar la noche del 27 de abril de 1950 cerca de South Bend. Vamos a relatarlo a continuación:

El caso del «DC-3»

A las 20.25 de dicho día, un «DC-3» de las «Trans-World Airlines» (TWA) volaba rumbo al Oeste sobre la población de Goshen, en Indiana. En el

asiento de la izquierda, empuñando los mandos del aparato, se hallaba el capitán Robert Adickes, un ex piloto de la Armada con diez años de servicio en la TWA. A su derecha se sentaba el capitán Robert F. Manning, en funciones de primer oficial en el curso de aquel vuelo a Chicago. El «DC-3», que realizaba su vuelo número 117, se hallaba a 600 metros de altura, cuando Manning se aperció, de pronto, de una extraña luz roja situada más atrás del avión y por debajo de éste. Volviéndose rápidamente, la luz ascendió hacia la derecha, rebasando al avión.

Estupefacto, el primer oficial vio cómo se acercaba. Desde luego, comprendió que no se trataba de una luz de posición... era demasiado brillante. El «DC-3» volaba a 280 kilómetros por hora, pero el misterioso objeto lo adelantó rápidamente, mientras la luz se hacía cada vez mayor en tamaño. Tenía entonces un color rojoanaranjado, como una gota de metal en fusión que corriese por el cielo nocturno. Mirando con atención, Manning distinguió una forma esférica que brillaba intensamente en su parte superior y tenía su parte inferior en sombras.

Llamando la atención de su compañero, éste también miró por la ventanilla de estribor y ordenó luego a Manning que la abriese, para asegurarse de que no se trataba de un reflejo. El platillo seguía visible, casi al mismo nivel del avión. Por encima de él, los pilotos podían ver diversas luces de tierra y automóviles que avanzaban por una carretera. El capitán Adickes se apresuró a llamar al Control de Tráfico Aéreo, pero éste le dijo que no tenía constancia de ningún avión en las proximidades del suyo.

El platillo se puso a navegar en conserva con el «DC-3». Mientras ambos pilotos lo contemplaban, el misterioso objeto redujo su marcha para no adelantarse al avión. Adickes inició un brusco viraje hacia la luz, pero el disco instantáneamente se apartó, manteniendo la misma distancia. Intentó de nuevo la misma maniobra, con el mismo resultado.

Llamando a la azafata, la señorita Gloria Hins-haw, el capitán le ordenó que avisase a los pasajeros. Para cerciorarse de que contaría con nume-

ros testigos, él mismo penetró en la cabina, para observar la reacción de sus pasajeros. De regreso a su puesto de mando, trató de nuevo de acercarse al objeto para examinarlo con más detalle. Cuando el disco efectuó un nuevo regate, él siguió acosándole a todo gas, dispuesto a darle caza.

Instantáneamente el brillante disco inició un picado, yuendo con gran celeridad hacia el Norte, más allá de South Bend. El capitán Adickes calculó su velocidad en más de 600 kilómetros por hora. Teniendo en cuenta que había seguido al avión de línea a una velocidad algo inferior a los 300 kilómetros por hora, aquello significaba que había doblado su velocidad en unos tres segundos. Durante algunos minutos la misteriosa luz roja siguió visible... haciéndose cada vez más pequeña. Por último desapareció en las tinieblas.

Antes de interrogar a los dos pilotos, el mayor Keyhoe pidió informes a la TWA, donde le dijeron que se trataba de dos hombres reposados, juiciosos, meticolosos y serios. Entre el alto personal de la TWA, nadie ponía en duda que Adickes y Manning habían descrito exactamente lo que vieron.

Keyhoe interrogó primero al capitán Manning, el cual contaba en su haber con más de 6.000 horas de vuelo y seis años al servicio de la TWA.

Según Manning, el platillo parecía más brillante cuando lo vio por primera vez que cuando volaba junto al avión.

Al parecer, la reducción de energía al aminorar su marcha para acompañarla con la del «DC-3», disminuyó el efecto térmico. El interrogatorio se desarrolló como sigue:

—¿Cudí cree usted que era su tamaño? —le preguntó Keyhoe.

—Es difícil decirlo, porque sólo podíamos conjeturar la distancia a que se hallaba —respondió Manning—. Pero debía de ser enorme. Cuando lo vi por primera vez, el objeto se hallaba cerca del horizonte, tal vez a unos 16 kilómetros de nosotros. Aun a esa distancia, se destacaba perfectamente.

Desechó la insinuación de que pudiese tratarse de la tobera de eyección de un reactor.

—He visto reactores de noche. Si se sigue a uno de ellos, se observa una mancha roja redonda. Pero

la que vimos nosotros era mucho mayor. Además, la vi venir por detrás nuestro... Desde este ángulo, el chorro de salida de gases de un reactor sería invisible. Tampoco se vería gran cosa desde el lado.

Manning rechazó hacer especulaciones acerca de la naturaleza del objeto.

—Lo único que puedo decir es que no hay ninguna duda de que estaba allí. Y era lo suficientemente misterioso como para sorprender a quien nunca lo hubiese visto.

El capitán Adickes se mostró de acuerdo con Manning en los puntos principales.

—Hasta este momento, los informes sobre platillos volantes no me habían hecho miella. Ahora sé que existen. Pero éste no era de color rojo cereza, como han dicho algunos periódicos, sino que su color era del metal sobrecalentado.

Antes de tratar de aproximarse al platillo, Adickes intentó situarse sobre el mismo.

—El objeto se desviaba cada vez, rehuyéndome, como si se hallase controlado por radar. Y cuando me lancé tras él, salió disparado como un rayo. Manning y yo calculamos que su diámetro sobrepasaba los 15 metros.

Cuando aceleró para huir, Adickes pudo ver por un momento al platillo de canto. Le pareció que su grosor era una décima parte de su diámetro. Aunque no pudo comprobar su distancia mientras seguía al avión, Adickes opinaba que por lo menos se hallaba a un kilómetro de su aparato. No se aproximó lo suficiente para afectar sus instrumentos de navegación o la radio.

La azafata Gloria Hinshaw contempló el disco desde la cabina y desde la carlinga oscurecida.

—Parecía una enorme rueda roja girando junto a nosotros —dijo a Keyhoe—. Desde luego, era un espectáculo extraordinario. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, creo que me hubiera costado mucho creer a los pilotos.

Luego, el mayor Keyhoe puso diversas conferencias telefónicas a once de los pasajeros del avión. Al primero que interrogó fue a S. N. Miller, gerente de una compañía joyera de St. Paul. Este señor observó al platillo, según dijo, durante varios minutos seguidos:

—El objeto en cuestión tenía el color de un anuncio luminoso... No era más que un enorme disco rojo. Antes, yo me reía de las historias de platillos... pero ahora ya no me río.

Otros pasajeros que confirmaron la observación fueron C. H. Jenkins y D. C. Bourland, ambos ingenieros de la «Boeing Aircraft Company», y E. J. Fitzgerald, vicepresidente de una empresa metalúrgica de Chicago. Más tarde, varios altos empleados de la «International Harvester Company» también admitieron haber contemplado el disco resplandeciendo mientras seguía al avión.

Pese a pequeñas diferencias de detalle en los relatos de los pasajeros, éstos concordaron en los datos generales. Su testimonio unido no dejaba dudas acerca de que un tipo de aparato gobernado inteligentemente, de una clase desconocida para los pilotos y los técnicos de la «Compañía Boeing», había volado cerca del avión para examinarlo cuidadosamente. Este relato también encajaba con la teoría de Smith del modo más perfecto.

En confirmación de las teorías de Smith, Keyhoe cita también un informe que le fue facilitado por el ATIC y en el que se describía una observación poco corriente realizada por cuatro astrónomos en Greenville, Carolina del Sur. La noche del 13 de mayo de 1952, estos astrónomos vieron a cuatro platillos volantes en formación romboidal. Los aparatos, de un brillo rojo amarillento, pasaron silenciosamente sobre sus cabezas, balanceándose varias veces antes de perderse de vista. Los astrónomos estuvieron de acuerdo en que los cuatro platillos tenían forma oval, como la tendría un disco volando de lado.

Otros informes de los Servicios de Información procedentes de la base aérea militar de Goose Bay, incluían observaciones similares efectuadas por pilotos y personal de tierra. La primera de ellas se refería a la observación realizada el 19 de julio de 1952, con motivo de haberse aproximado un disco rojo brillante al campo, ya entrada la noche. El objeto se balanceó un momento, luego se volvió blanco y se elevó a gran velocidad, hasta perderse de vista.

La teoría del capitán Plantier

Hemos citado repetidamente en este libro al capitán René Plantier, de la Aviación francesa, y su teoría sobre la propulsión de los discos volantes. El capitán Plantier sugiere que las astronaves extraterrestres utilizan un *campo gravitatorio propio*, idea tenida por muchos por descabellada pero que la Ciencia actual empieza a aceptar con creciente interés. Algunos autores tan documentados y serios como el gran teórico inglés y autor de meticulosas novelas científicas Arthur C. Clarke, incluso la utilizan sin reservas, como puede observarse en la muestra siguiente:

«En medio de aquel temeroso silencio que aún parecía tan pavoroso a los que recordaban la edad de los cohetes, la gran nave se desprendió de su peso de cien mil toneladas y empezó a ascender para regresar a su elemento natural. Casi a un kilómetro de altura sobre el llano, empezó a actuar completamente su *propio campo gravitatorio*, con lo que ya no tuvo nada que ver con ideas terrestres de "arriba" o "abajo". Apuntó su proa hacia el cenit y se cernió inmóvil por unos momentos, como un obelisco metálico que se sostuviese milagrosamente entre las nubes. Luego, con el mismo terrible silencio, hizose borrosa hasta convertirse en una línea... y el cielo quedó vacío (1).»

Ahora, bien: lo notable es que Plantier concibió su ingeniosísima teoría *mucho antes* de que oyese hablar de platillos volantes y, por lo tanto, no como una explicación del funcionamiento de éstos. Encontrándose en Indochina, Plantier se preguntó qué características tendría un aparato aéreo que funcionase mediante una simple manipulación del campo gravitatorio. Llevando este estudio a sus últimas consecuencias, consiguió una descripción de dicho aparato que corresponde exactamente con las que facilitan los que han observado platillos volantes.

(1) De la novela submarina de A. C. Clarke, *The Deep Range*, Frederick Muller Ltd., Londres, 1957, pág. 222.

Michel acepta sin reservas la hipótesis de Plantier, afirmando que, prácticamente, lo explica todo. Parece ser que Einstein realizó estudios en el mismo sentido, partiendo de su teoría del campo unificado. En realidad, aún no sabemos exactamente qué es esta misteriosa fuerza que llamamos gravedad. La experiencia nos enseña que todos los objetos caen verticalmente hacia el suelo, siguiendo una línea que termina en el centro de la Tierra. Viendo caer una manzana es como Newton enunció su famosa ley. Pero vamos a suponer que, gracias a un descubrimiento que por el momento no se halla al alcance del hombre se llegase a dominar esta fuerza de gravedad, anularla y dirigirla en el sentido que se desease, y asimismo multiplicarla. Según Michel, ocurrirían entonces estas tres cosas:

1.º Bastaría con dirigir esta fuerza hacia lo alto y hacerla más intensa que la atracción terrestre, para que un objeto sometido a ella se elevase o, más exactamente, *cayese hacia arriba*.

2.º En lugar de caer *hacia arriba*, al orientar esta fuerza se podría obtener una «caída» en cualquier dirección, a voluntad.

3.º El aire que rodease el objeto, captado por el campo gravitatorio propio, seguiría al objeto en su «caída». El objeto no rozaría con el aire, con lo que no habría ni recalentamiento ni ruido, ni *bang* supersónico. Esto explicaría el silencio con que maniobran los platillos volantes y realizan las evoluciones más inverosímiles, así como su resistencia térmica aparentemente ilimitada, que les permite alcanzar velocidades increíbles. Por otra parte, los tripulantes del disco, que se hallarían también bajo los efectos del campo gravitatorio propio, *caerían* con él, no sufriendo en lo más mínimo el efecto de aceleraciones bruscas, detenciones instantáneas y virajes brutales en ángulo recto, pues *todas* y cada una de las moléculas de su cuerpo seguirían la dirección en que *cayese* el objeto.

Esta hipótesis contradice en parte la teoría electromagnética de Smith y los canadienses, pues éstos suponen que los pilotos de los discos no podrían resistir las tremendas aceleraciones de muchas G.

Un gran número de los casos más célebres del *dossier* de los OVNI se explican perfectamente con la teoría del capitán Plantier. Teoría que comparan la mayoría de los estudiosos del problema. Plantier la denomina «por acción directa sobre el átomo».

El investigador español Eduardo Buelta ofrecía una solución más al alcance de la técnica humana, al decir que las astronaves extraterrestres —en especial las grandes naves portadoras y los discos de crucero interplanetario como el de Río de Janeiro— están provistos de potentes motores iónicos, que posiblemente utilizan agua como masa de eyección.

Lo poco que hasta ahora se sabía en España sobre la Teoría de Plantier se basa en el artículo de este autor aparecido en la revista militar *Forces Aériennes Françaises*. Dicho artículo sirvió de base a don Esteban Casals para el capítulo consagrado a la Teoría de Plantier en su librito (1).

Dos años después, el distinguido oficial aviador francés publicó una ampliación de su primera teoría (2), expurgándola de algunos errores que la misma contenía y dando una nueva interpretación a algunos hechos. Vamos a ampliar aquí lo expuesto hasta ahora:

El primer enunciado de la Teoría de Plantier pretendía explicar satisfactoriamente los siguientes fenómenos en relación al frotamiento del aire, cambios de forma y habitabilidad de su interior.

El capitán Plantier suponía que la fuerza necesaria para la propulsión venía proporcionada por los rayos cósmicos, esa misteriosa radiación procedente de los espacios interestelares y que alberga un potencial aterrador de energía. Una buena parte de estos rayos atraviesa nuestra atmósfera, llegando al nivel del mar en una proporción de una partícula por centímetro cuadrado y por minuto. Aprovechando la energía de los rayos cósmicos o de los *fotones*, los platillos volantes producirían un campo de fuerza propio que, al su-

perponerse al campo de fuerza natural, daría una resultante siguiendo la cual se desplazaría el disco. No habría ningún inconveniente para que este aparato se desplazase por los espacios interestelares a velocidades próximas a la de la luz, no siendo ninguna exageración la del orden de los 100.000 kilómetros por segundo, ya que para su propulsión utilizaría los mismos rayos cósmicos o la energía luminica.

En su ampliación a la primera teoría, Plantier propone esta hipótesis de base: «Es posible aplicar a todos los átomos (o a los núcleos atómicos) presentes en un volumen determinado, una fuerza proporcional a su masa (o a una característica proporcional a su masa, número protónico por ejemplo), orientable y moderable a voluntad.»

¿Cuál será esta fuerza? *L'énergie*, respondió en sin vacilar los dos misteriosos pilotos de Guyancourt. La Energía del Espacio, responde Plantier. O sea, la energía contenida en los misteriosos rayos cósmicos. «Yo entiendo por Energía del Espacio —dice Plantier en su nueva definición de dicha energía—, no una entidad concreta y mensurable, sino la posibilidad existente de que nazcan espontáneamente en cualquier lugar del espacio y a partir de la nada —para nuestros sentidos y nuestro conocimiento— partículas materiales (es decir, perceptibles para nuestros sentidos), dotadas de propiedades precisas que las individualicen (es decir, que las hagan perceptibles para nuestros instrumentos).» Con esto, Plantier no hace más que *actualizar* la creación continua de la materia, de acuerdo con las teorías de Hoyle y otros astrofísicos que hablan de «creación continua del Universo». (Teoría puesta en entredicho por Ryle y su teoría de creación inicial a partir de una especie de átomo gigantesco que hizo explosión, o «huevo cósmico» original. Pero no es propósito de esta obra entrar en controversias cosmogónicas, sino exponer hechos y teorías que expliquen o pretendan explicar el misterio de los mal llamado «platillos volantes».)

Tras definir así los componentes de esa Energía Cósmica o del Espacio, Plantier avanza un primer postulado que se deriva de dicha definición

(1) E. Casals, *Misterio en los aires*, Col. Ardilla, núm. 23, Barcelona, páginas 51 y ss.

(2) Lt.-Pilote Jean Plantier, *La propulsion des soucoupes volantes*, Mame ed., París, 1943.

harto naturalmente: «La Energía del Espacio está caracterizada en su estado inerte por una especie de antagonismo estático de sus diversos componentes, cuyo resultado es nulo.»

Este resultado nulo no es más que la nada aparente al análisis humano. La «captura» de un componente suscitará necesariamente la aparición de todos los restantes. O sea:

S componentes en equilibrio = nada.

Y recíprocamente:

(S-1) componentes = nacimiento de la materia.

Es decir:

$$Nada - X = Y.$$

Esta curiosa ecuación, que parece contradecir todos los postulados de las Matemáticas tradicionales, le permite a Plantier desarrollar toda su teoría sobre la formación de los rayos cósmicos. No es nuestro propósito entrar en el análisis detallado de las consecuencias que deriva Plantier de dicho enunciado, ni la aplicación práctica que supone para dicha energía en el mecanismo de los discos interplanetarios, los cuales la aprovechan y regulan a su antojo para desplazarse dentro y fuera de nuestra atmósfera. La función propulsora de los discos se deberá, evidentemente, a uno o varios órganos, y el campo de acción de los componentes dinámicos se extenderá alrededor de estos órganos como los campos newtonianos y magnéticos se extienden en torno a nuestro Globo, es decir, según una ley en $2 I/R$. Problema resuelto satisfactoriamente por nuestros misteriosos visitantes del espacio, aplicando el mismo principio de génesis a partir de la nada a sus aparatos, o sea, restando la cantidad X a la ecuación antedicha: $nada - X = Y$. Este factor X será probablemente la masa, y Plantier atribuye a los órganos del «platillo» una función corpuscológica. Este órgano corpuscológico resulta prodigioso y extraordinariamente nuevo para nuestros conocimientos

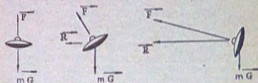
técnicos actuales, siendo casi inconcebible para la Ciencia humana. Sería un órgano que renovaría a voluntad el «génesis» que sólo Dios ha realizado, según el hombre.

El segundo problema sería el de «domesticar» la cantidad Y , que representa todos los restantes componentes, comprendidos los dinámicos. Ciertas consideraciones hacen creer a Plantier que ello podría conseguirse mediante el campo electromagnético de un toro que rodease a la carlinga propiamente dicha, el cual provocaría la asimetrización necesaria. Dicho cinturón toroidal podría girar vertiginosamente (fenómeno observado con frecuencia).

Admitidos estos postulados de base, lo restante es muy sencillo. Las terribles aceleraciones, que



Propulsión según Plantier: superficies equidínamas.



Estacionamiento Deslizamiento Gran velocidad

ningún piloto humano podría soportar indemne, se explicarían perfectamente, al estar el aparato y hasta el último átomo de sus tripulantes sometidos a la acción del campo de fuerza propio, que les haría «caer» en la dirección deseada. Al estar la fuerza propulsora orientada en el sentido axial del disco, ello nos daría las tres posiciones básicas

para el mismo. Se comprenderá perfectamente que la componente vectorial con la gravedad terrestre mG dará una fuerza axial F y que, al equilibrarse ambas fuerzas, el disco se cernirá inmóvil en el espacio. Al ladearse ligeramente, ambas fuerzas componentes darán la resultante R, que permitirá un deslizamiento relativamente lento. La velocidad se acelerará con la mayor inclinación del eje del disco, como se ve en la tercera figura. Plantier supone que las grandes naves portadoras transportan un disco en su interior, cuyo eje es paralelo al eje del «cigarro volante». Ello explicaría muchas observaciones (como las de Olorón y Gaillac y las de Las Franquesas) en las cuales el cilindro se desplazaba lentamente en posición oblicua, adoptando la horizontal para aumentar su velocidad. En el caso de Olorón, por ejemplo, es muy significativo que el cortejo de pequeños discos «rodeados de un anillo de Saturno» que acompañaban a la nave nodriza, estuviesen todos inclinados en el mismo ángulo respecto a sus ejes que el gran cigarro volante. (Ver dibujos de la página anterior, inferior.)

Admitido esto, lo demás es muy sencillo. La resistencia térmica y el «silencio» de los aludidos discos se explicaría perfectamente, por la disminución gradual en $1/r^2$ de la intensidad del campo de fuerzas propio, lo cual resolvería los más arduos problemas para los vuelos a tres o cuatro veces la velocidad del sonido en la atmósfera terrestre. El «platillo volante» estaría protegido contra el roce atmosférico por una especie de colchón de aire arrastrado por el mismo, de contornos imprecisos, que crearía las «bolas luminosas», los «halos» y los fantásticos cambios de color de estos aparatos, los cuales podrían alcanzar así velocidades terroríficas sin la menor molestia para sus ocupantes. Ahora bien: si una avería (posible según Plantier) cortase bruscamente la fuerza propulsora y creadora del campo protector de fuerzas, en tal caso la astronave estallaría, se desintegraría por choque brusco con la atmósfera si su velocidad fuese muy elevada, sin dejar el menor rastro. Explosiones inexplicables han sido registradas, acompañadas de la formación de una nube

misteriosa surgida de la nada (observación, por ejemplo, realizada por el personal técnico de la Base Aérea francesa de Tourane, el 11 de mayo de 1953). Plantier también atribuye a una explosión de este tipo (posiblemente de una gigantesca nave nodriza) el *aerolito* siberiano de Podkamennaia-Tunguska, que devastó una enorme extensión de la taiga siberiana, con *arrancamiento* previo de muchos árboles, *absorbidos* por el campo de fuerzas de la nave, que trataba desesperadamente de frenar su caída, pero cuyo motor sólo funcionaba con intermitencia. (Véase Apéndice I, final.)

Si la avería se produjese a una velocidad pequeña o en estacionamiento, la *pareja* del disco, pues posiblemente vuelan por parejas, previendo esta posibilidad, recogería a su compañero en su campo de fuerzas. Esto explica la tan debatida cuestión de «¿Por qué no ha caído nunca un platillo volante...?». Y de paso explica fenómenos inexplicables de arrancamiento de tejados y caídas *hacia arriba* de objetos, al paso de un disco sobre una región, volando muy cerca de tierra. Charles Fort refiere muchos fenómenos sorprendentes de este tipo, entre los cuales podría figurar con todos los honores el siguiente, ocurrido en Ciudad Real en fecha reciente (exactamente el 20 de marzo de 1961). (Observación comunicada por F. Valverde Torné.)

Según la noticia aparecida en el periódico *Patria* de Granada del día 21, un extraño fenómeno causó algunos destrozos, en la tarde del día citado, en la huerta de don Santiago Belló Arévalos, cerca de Ciudad Real. Cuando se hallaba el propietario con el hortelano en una dependencia, escucharon un gran ruido y al salir al exterior comprobaron que numerosas tejas habían volado por el aire, destrozando los tejados de varias dependencias así como la pared lateral de una de ellas; una tartana fue volcada y el toldo desgajado; a una caretila se le desprendió la rueda y un trillo fue despedido a cinco metros, en tanto que algunas ramas de árboles fueron a parar al alambrado del tendido eléctrico.

El periódico granadino dice que el extraño fenómeno era «al parecer meteorológico», aunque

para producirse los efectos antedichos, que dieron un susto tan considerable a don Santiago y su hortalano, hubiera hecho falta un verdadero tornado como los que se producen de vez en cuando en América, y velocidades del viento del orden de los cien kilómetros. Creemos que el «fenómeno» se explica perfectamente según la Teoría Plantier.

Un caso de consecuencias más trágicas podría ser el siguiente, publicado en la Prensa nacional en fecha aún más reciente. Según la noticia periodística, el 8 de abril de 1961 un muchacho de 12 años, que trabajaba como criado en una casa de la parroquia de Muja, en el término municipal de Lugo, pereció víctima de graves heridas en la cabeza, sin que se consiguiese averiguar cómo ocurrió el hecho.

El citado criado y un hijo del dueño de la casa, llamado Andrés Varela, de 33 años, sacaron una pareja de vacas del establo y las llevaron al patio para uncirlas a un carro en el que ambos iban a salir al campo. De repente empezó a llover y mientras el hijo del dueño se guarecía bajo un alpende, el criado se mantuvo cerca del ganado. Al pasar el aguacero momentos después, Andrés se acercó al lugar donde se hallaba el muchacho, encontrándole con la cabeza destrozada y ya cadáver.

La noticia sigue diciendo que «se ignora si la víctima fue corneada por la vaca o le pasó el carro por encima, ya que el vehículo estaba desplazado unos cuatro metros del lugar donde lo dejara, según declaró el hijo del dueño a la Guardia Civil». Comentario: es muy posible que el infortunado muchacho pereciese a consecuencia de caerle el carro encima, levantado momentáneamente por la succión producida por el paso de un disco sobre el lugar. Michel cita el caso de una vaca que fue levantada varios metros para caer de nuevo al suelo, con los graves trastornos que son de suponer para su anatomía, externa e interna.

Y con esto ponemos punto final a la interesantísima exposición de la teoría del piloto Jean Plantier, que lo explica prácticamente todo.

Propulsión iónica. El vehículo del prof. Pagès

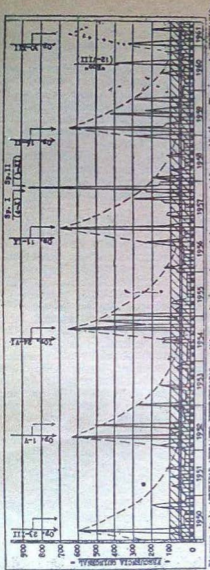
La posibilidad de utilizar sistemas de propulsión eléctrica en las astronaves ha sido estudiada por los astronautas terrestres. Uno de ellos, Ernst Stuhlinger, presentó sendas comunicaciones en los Congresos Astronáuticos de Innsbruck y Barcelona, sobre la posible utilización de sistemas de propulsión iónica en las astronaves. Es muy posible que los combustibles químicos utilizados actualmente como medio de propulsión tales como la hidracina y otros, terminarán siendo arrinconados en favor de sistemas de propulsión revolucionarios que hoy sólo entrevemos.

Una astronave que utilice combustibles y carburantes químicos, necesita cantidades gigantescas de los mismos para elevarse y volar por el espacio. En cambio, una astronave que sacase su propia energía propulsora del espacio, reduciría prácticamente a cero este peso muerto. Por ejemplo, una astronave que pudiese utilizar el tremendo potencial que al parecer existe en la ionosfera en forma de iones sueltos, o en el espacio exterior en forma de rayos cósmicos y átomos de hidrógeno, según las más recientes teorías de Hoyle y Lyttleton (cf. Plantier). Marcel Pagès propone —y parece ser que la «General Electric» ha construido ya— un vehículo «menos pesado» que la atmósfera fotónica del Universo, en la que se desplazaría como un globo en el aire o un batiscafo en el mar, después de hacer el «vacío fotónico» en su interior.

Probable origen

Pero, ¿de dónde provienen estas misteriosas astronaves extraterrestres, ya sean impulsadas por la energía cósmica, por campos magnéticos o por motores iónicos?

Ya hemos dicho anteriormente que en 1953, mu-



Programa de la actividad geométrica "onda geométrica", medida por el número de apariciones compatibles en 15 días, en el número de observaciones correspondientes a cada división del eje de abscisas. (Cifras referidas a una población de 740 el día de inicio de la actividad geométrica). Las flechas indican el momento de las observaciones estadísticas, la segunda línea muestra las oposiciones de Marte. Las flechas indican el momento de las observaciones estadísticas, la segunda línea muestra las oposiciones de Marte. Las flechas indican el momento de las observaciones estadísticas, la segunda línea muestra las oposiciones de Marte.

(Según Eduardo Buelta)

chos investigadores, especialmente Jimmy Guieu y Aimé Michel, observaron simultáneamente una curiosa coincidencia: haciendo estadísticas de frecuencia, constataron que los períodos «punta» o las crestas, se situaban en los alrededores de la oposición con Marte; es decir, en el momento de mayor proximidad de este planeta a la Tierra. (Véase tabla de oposiciones de la página siguiente.)

Esto permitió a Michel pronosticar una nueva oleada para finales del verano de 1954. El semanario *Paris-Match* publicó este pronóstico a finales de la primavera del mismo año: ¡La oleada se produjo matemáticamente, dando lugar a uno de los más impresionantes actos del drama de los OVNI! Michel (1) constató además, en el año 1956, según texto reproducido en el *Saucerian Bulletin*:

1.º Que las estadísticas pasadas mostraban una coincidencia de las oleadas con las oposiciones de Marte, teniendo en cuenta una diferencia de fase de un mes o dos.

2.º Que la localización de las oleadas parecía indicar el desplazamiento progresivo hacia el Este (EE. UU. en 1952, Europa occidental en 1954).

3.º Que, en consecuencia, existía cierta probabilidad de que a finales de 1956 se produjese una nueva oleada en la Europa oriental o en el Oriente Medio.

Michel refutó sus propias teorías, más adelante, afirmando que en 1956 no hubo oleada verdadera. «Parece más prudente, en el futuro, esperar las oleadas en cualquier momento», dijo.

Sin embargo, el mismo lugar donde debía producirse la oleada de 1956 dificultaba enormemente la obtención de noticias de la misma. Según el eminente investigador Eduardo Buelta, esta oleada se produjo, y no solamente ésta, sino las correspondientes a las dos oposiciones siguientes. Veamos cómo Buelta refuta la afirmación de Michel en las siguientes observaciones (2), que resultan contundentes e indiscutibles:

«De acuerdo con el ritmo bianual que las rige, se esperaba otra oleada de *raids* hacia finales de

(1) *Grey Barker's Saucerian Bulletin*, 15 setiembre, 1956.
 (2) Boletín n.º 1 del «Centro de Estudios Interplanetarios», Barcelona, enero 1959.

1956, pero esta vez no se produjo ni sobre América ni sobre Europa occidental: se la tragó la inmensa y silenciosa vastedad de Asia y los países de alrededor el "telón de acero". Siendo cual fue su campo de operaciones, fueron, claro está, muy escasas las noticias que de ella hubo, pero los siguientes indicios bastan para localizarla:

«1.º Por primera vez, en 1955, la Prensa soviética habla de "objetos volantes no identificados" avistados en la URSS. Estas apariciones eran sólo el preludio de la oleada del año siguiente, pero debieron de ser numerosas y bien evidentes para obligarla a abandonar el tono escéptico que hasta entonces había mantenido.

OPOSICIONES DE MARTE HASTA EL AÑO 1999

AÑO	OPOSICIÓN	DÍA MÁS PRÓXIMO A LA TIERRA	MILLONES KM.
1952	3 Abril	20 Mayo	
1954	25 Junio	2 Julio	62,8
1956	12 Setiembre	7 Setiembre	56,3
1958	16 Noviembre	8 Noviembre	72,0
1960	30 Diciembre	25 Diciembre	95,4
1963	4 Febrero	3 Febrero	99,6
1965	9 Marzo	12 Marzo	99,3
1967	15 Abril	21 Abril	89,8
1969	31 Mayo	9 Junio	71,3
1971	10 Agosto	12 Agosto	56,0
1973	25 Octubre	17 Octubre	64,8
1975	15 Diciembre	9 Diciembre	84,0
1978	21 Enero	19 Enero	97,1
1980	25 Febrero	26 Febrero	100,1
1982	31 Marzo	5 Abril	74,5
1984	11 Mayo	19 Mayo	79,2
1986	12 Julio	16 Julio	60,1
1988	28 Setiembre	22 Setiembre	58,5
1990	27 Noviembre	20 Noviembre	76,9
1993	8 Enero	3 Enero	93,1
1994	12 Febrero	11 Febrero	100,6
1997	17 Marzo	20 Marzo	98,0
1999	24 Abril	1 Mayo	86,0

«2.º A mediados del año 1956 la Academia de Ciencias de Moscú se dirige al Centro de Encuesta CIEO de Francia en demanda de información sobre los citados objetos. Desaparecen por completo los comentarios irónicos de los portavoces rusos acerca de ellos.

«3.º Del Extremo Oriente, en el borde opuesto de la zona elegida ahora por los OVNI para sus apariciones, comienzan a llegar informes, reproduciéndose allí, con cuatro años de retraso, la misma situación por la que pasó el occidente europeo en 1952. En diciembre de 1956 se registraron en el Japón más de medio centenar de apariciones; asimismo las hubo, en iguales fechas, en Australia y Nueva Zelanda, países todos que hasta entonces habían estado prácticamente ausentes de las estadísticas relativas a los OVNI.

«4.º Confirmando la resonancia que debieron de tener las apariciones "no identificadas" de finales de 1956 y principios de 1957, en este último año se crea en Yakarta (Indonesia) una Comisión oficial de Encuesta, réplica a la que en 1954 se constituyó en Francia.»

En un artículo mío publicado en Inglaterra (1), exponía detalladamente los resultados a que ha llegado Buelta en su estudio estadístico de las apariciones de OVNI y del desplazamiento de las oleadas hacia Oriente. En este artículo afirmaba que una metódica observación de la Tierra se inició en 1946, poco tiempo después de finalizar la Segunda Guerra Mundial (durante la cual ya habían aparecido los famosos *foo-fighters*, enviados probablemente desde bases espaciales). El reconocimiento de 1946 empezó probablemente en la costa occidental de América, coincidiendo con la oposición de Marte, que tuvo lugar a finales de 1945. Es importante observar que si las oleadas tuviesen lugar *exactamente* cada dos años, caerían siempre sobre el mismo lugar de la Tierra, pero teniendo en cuenta que ocurren cada dos años *más* 57 días en promedio, ello explica el desplazamiento hacia el Este de las oleadas.

En 1948 cubrieron la mitad oriental del Pací-

(1) «UFO Waves Follow a Certain Pattern», en *Flying Saucer Review*, de mayo-junio 1959, págs. 12-14.

fico. A partir de esta fecha, empezamos a tener datos más precisos: en el mes de junio de 1950, los discos interplanetarios cubrieron la mitad occidental de los EE. UU., el Atlántico norte y central, y la totalidad de Sudamérica (observaciones de Río). Antes se produjo el *flap* español por mí descubierto, centrado alrededor de fines de marzo de 1950.

En setiembre de 1954, los OVNI se desparmaron sobre toda Europa, dedicando especial atención a Francia, África, Próximo Oriente y Rusia europea. En 1956, según las predicciones, la oleada cayó sobre Rusia y Asia, hasta la longitud 110° E.

Durante febrero de 1959, los visitantes del espacio tenían que dedicar su atención a la vasta región comprendida entre los 110° y los 160° de longitud este, que comprenden el Extremo Oriente, el Japón, las Filipinas, Australia y Nueva Zelanda... Esta oleada había sido prevista exactamente por Buelta.

¡Pues bien! Se produjo en el lugar y tiempo previstos, según informaciones procedentes de las Antípodas, que llegaron al Centro de Estudios Interplanetarios barcelonés. Esta predicción no dejó de ser conocida por las asociaciones de aquella parte del Globo que se dedican al estudio de los OVNI, produciendo el asombro que es de suponer entre estos estudiosos.

Ben Spencer, vicepresidente de la «Victoria Flying Saucer Research», escribió en *Uforum* del mes de abril de 1959:

«En los dos últimos meses (febrero y marzo) ha tenido lugar en Victoria un incremento *bastante sorprendente* de apariciones de OVNI. Como decimos en nuestro editorial, este aumento fue predicho por una organización investigadora situada en el otro lado del mundo —el "Centro de Estudios Interplanetarios", de España—, y esto hace que el repentino incremento de apariciones *adquiera el mayor de los significados*.

«Cuando se considera que investigadores a veinte mil millas de distancia habían previsto el *flap* australiano, las apariciones que *confirman su pronóstico* deben ser consideradas como muy signifi-

cativas. ¿Estoy con esto dando pábulo a sospechas...? Quizá la respuesta no esté lejos: debemos prepararnos a mantener nuestros ojos bien abiertos de aquí en adelante.»

El área de la zona sometida a exploración es de unos 2.000 kilómetros en promedio a cada lado del meridiano que va de polo a polo. De acuerdo con las predicciones, «que hasta ahora se han cumplido escrupulosamente», en abril-mayo de 1961 se habría cerrado el CICLO DE EXPLORACIÓN DE LA TIERRA por estas desconocidas naves del espacio. Pero las oleadas han continuado. ¿Qué explicación tiene este hecho en apariencia incongruente?

Es muy probable que nuestros desconocidos visitantes dispongan de una base satélite en el espacio, tal vez una gigantesca rueda animada de un lento movimiento de rotación que, por centrifugación, crearía un equivalente a la gravedad requerida por ellos. Esta gigantesca base espacial podría hallarse a 36.000 kilómetros de la superficie de nuestro planeta. Así, sería un satélite artificial de 24 horas; es decir, que completaría una revolución en torno a la Tierra cada 24 horas. (Recuérdese que Clyde W. Tombaugh, el famoso astrónomo descubridor de Plutón, fue contratado para una tarea secretísima por la Maestranza del Ejército de los Estados Unidos. Esta tarea consistía en... descubrir satélites artificiales de la Tierra, mucho antes de que los rusos lanzaran al espacio el primer *Sputnik*. Por lo menos, puede afirmarse que Tombaugh descubrió la existencia de *dos* de tales satélites, siendo más tarde uno de ellos incluso fotografiado por las *tracking stations* de la «Grumman Aircraft Engineering Corporation», de Nueva York. Se trataría de un satélite de conducta muy extraña, pues sigue un curso de Este a Oeste, contrariamente a lo que hacen los satélites rusos y americanos, que van de Oeste a Este.)

El plano, de la órbita del supuesto satélite de 24 horas, tendría un movimiento de contraprecesión, o sea, un movimiento de rotación contrario al de la Tierra, con el fin de que dicho plano orbital se mantuviese siempre cara al Sol, para que

la base espacial no penetrase en la sombra de la Tierra. Es probable que esta base recibiese su energía de la luz solar. Debido a estos dos movimientos combinados, el satélite se trasladaría aparentemente un grado hacia el Este todos los días, cubriendo así, poco a poco, toda la Tierra, desde cuya superficie sería totalmente invisible a simple vista, a pesar de su colosal tamaño, y a causa de su enorme distancia. Los americanos han colocado ya un satélite de 24 horas a esa distancia, pero *sincrónico*.

La hipótesis estelar del profesor Oberth

Es digna de mención la teoría interestelar del profesor Oberth, expuesta personalmente por el ilustre «padre da la Astronáutica» al autor, durante su estancia en Barcelona.

Según Oberth, los OVNI procederían de Tau Ceti y Epsilon Eridani, dos estrellas de tipo espectral G que se encuentran a 10 y 11 años luz del Sol. (Véase Apéndice VIII.)

¿Bases lunares?

Probablemente, los visitantes del espacio cuentan también con bases lunares. Para un astronauta que, procedente de las profundidades del espacio, se acercase a la Tierra para explorarla, la Luna representaría una base natural de observación ideal. Lo más probable, según Buelta, es que las bases lunares se hallen situadas en tres grupos en el hemisferio septentrional de Selene, a orillas de los grandes mares, como el Mare Crisium. El hemisferio meridional es demasiado frágil y abrupto para la instalación de bases. Posiblemente, éstas consisten en cúpulas translúcidas que se han levantado sobre pequeños cráteres (procedimiento que también seguirán los astronautas terrestres, según el proyecto inglés de Clarke, Smith y Ross). En el interior de estas cúpulas de materia plás-

tica se crearía una atmósfera y condiciones de habitabilidad.

A este respecto, es curioso el caso del pequeño cráter llamado *Limco*, en el Mar de la Serenidad y al que Lohrmann, en 1824, atribuyó un diámetro de 7 kilómetros. De pronto, en 1867, el cráter se declaró oficialmente desaparecido, quedando sólo en su lugar una *aureola blanca*. Hoy día esta aurora es lo único que se ve de Linneo con un instrumento de poco aumento. No hay duda que un cráter cubierto por una materia translúcida ofrecería poco más o menos este aspecto.

Curioso es también el de los dos cráteres *Messier A* y *Messier B*, dos pequeños circos vecinos de unos 17 km de diámetro situados en el Mar de la Fecundidad, y *rigurosamente idénticos* hasta 1842, en que estos dos extraños gemelos lunares dejaron de serlo.

Por último, vale la pena mencionar el asunto *Posidonius D*, un pequeño cráter existente en el fondo del gran circo de Posidonius, y que está dotado de una visibilidad intermitente, como si en días determinados se ocultase tras un velo de bruma (1).

Ello parece indicar que en la Luna ocurren extrañas cosas que contradicen la creencia general de que nuestro satélite es un mundo muerto. Remitimos al lector a la lista de cambios lunares (confeccionada principalmente sobre datos de Harold T. Wilkins), que publicamos en el Apéndice IV de esta obra.

No hay duda, pues, de que la Luna es teatro de extraños sucesos y muy posiblemente constituye ya una base de los discos interplanetarios desde muy antiguo.

Ultimamente, produjo gran revuelo en el mundo científico y también en el profano la pretendida erupción rojiza observada por el astrónomo ruso Kozyrev en el centro del circo Alfonso (observación confirmada por el prestigioso selenógrafo inglés profesor Wilkins), así como la iluminación anormal observada por Stein, de Nawarkt, Nueva Jersey (EE. UU.) del fondo del cráter *Alpe-*

(1) Cf. *Nuestra amiga la Luna*, de P. Rousseau, Ed. Destino, págs. 141 y ss.

tragio, vecino de aquél. El distinguido selenógrafo español Antonio Paluzie Borrell, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América, se hizo eco de estas notables observaciones en un artículo publicado en *La Vanguardia Española*, fecha 3-I-1960, sin hacer comentario alguno acerca de sus posibles causas.

CAPITULO XII

¿BASES SUBMARINAS?

Desde hace algún tiempo, he tenido en consideración una posibilidad que podrá parecer verdaderamente fantástica, pero que no lo es tanto a la vista de las pruebas acumuladas: ¿Tendrán bases submarinas en nuestro planeta los tripulantes de los misteriosos «objetos no identificados»? Recuérdese que los mares y océanos cubren las tres cuartas partes, aproximadamente, de la superficie del Globo: el 71 por ciento para ser más exactos, y que su profundidad media es casi de 4.000 m. Si traducimos esa cifra en kilómetros cúbicos, obtendremos una cantidad verdaderamente aterradora: cerca de 1.300 millones de kilómetros cúbicos de agua. Constituyen, por lo tanto, un escondrijo ideal, que sólo ahora empieza a ser tímidamente explorado por los batiscafos y los «platillos submarinos» del comandante Cousteau. Un visitante interplanetario que arribase a nuestro mundo desde el espacio exterior, no lo bautizaría Tierra, sino Mar, si la llegada se efectuase por el hemisferio cubierto por el inmenso océano Pacífico.

Desde antiguo se han señalado extraños fenómenos en el mar, que pudieran tener una relación

con los OVNI. En diversas épocas se vieron objetos cayendo al mar o, lo que aún es más extraño, saliendo de él. El artículo sobre el «Mortífero Triángulo de las Bermudas», publicado en la *Flying Saucer Review*, me hizo pensar de nuevo en esta posible relación entre los OVNI y el mar (1). Me dediqué entonces a repasar mis archivos, desenterrando diversas fichas relativas a extrañas observaciones marinas. El material así reunido tomó cuerpo en un artículo titulado «UFO's and the Sea», que publiqué en el número de noviembre-diciembre de 1964 de la *FSR* citada. En parte, este capítulo es una traducción de dicho artículo, escrito directamente en inglés y que no se había publicado hasta ahora en español.

Volvamos al mortífero triángulo de las Bermudas. Los extraños hechos que voy a relatar ocurrieron en 1947, 1948 y 1949; con ellos y los citados en el artículo de la *FSR* aludido anteriormente (2); el *dossier* de hechos misteriosos sucedidos en esta

(1) El triángulo mortal de las Bermudas está limitado por una línea que va desde Florida a Bermuda, otra de Bermuda a Puerto Rico y una tercera que une Puerto Rico con Florida, pasando por las Bahamas. Dentro de esta amplia zona, profundidad de 4 a 6.000 metros, es donde han tenido lugar casi todas las desapariciones reseñadas en este artículo. En resumen, son las siguientes: el petrolero *Marine Sulphur Queen*, desapareció el 3 de febrero de 1963. Dos cuatrimotores «XZ-135», desaparecidos con buen tiempo el 28 de agosto de 1963. Dos meses antes, el 1.º de julio, se perdió sin dejar trazas el pesquero *Sm' Boy*, de matrícula norteamericana y que había zarpado de Kingston, en Jamaica. El 8 de enero de 1962, un avión petrolero militar, el «KB-59», despegó de Virginia para las Azores. Desapareció sin dejar rastro, con su capitán, mayor Tawney y sus ocho hombres de dotación.

El 5 de diciembre de 1945 ya se había registrado en esta zona una de las historias más increíbles de la aviación: la pérdida de una patrulla compuesta por cinco aviones torpedero «TBM Avengers», que despegaron de Fort Lauderdale en Florida. Después de una serie de extraños mensajes radiofónicos, en que el jefe de la patrulla confesaba hallarse desorientado, sin saber dónde estaba el Oeste y afirmando que todo era extraño e insólito, desaparecieron los cinco aviones para siempre. Se envió en su búsqueda a un gran hidroavión *Mariner*. También desapareció. A las pocas horas, 30 aviones y 21 barcos recorrían la zona, sin encontrar ninguna señal de los aviones desaparecidos. Parece ser que el «Proyecto Magnet» de la Marina norteamericana, ha detectado mediante sus Superconstellations equipados con magnetómetros muy sensibles, la existencia de peculiares fuerzas magnéticas procedentes de arriba en la zona *My West-Caribe*. Este proyecto es secreto y, según la NICAP, tiene una relación directa con los sujetos no identificados.

(2) *The Deadly Bermuda Triangle, FSR*, julio-agosto 1964, página 14; reproducción del artículo publicado en *Argosy* en febrero de 1964.

zona parece completo.

En 1947, una superfortaleza volante norteamericana desapareció extrañamente a 100 millas de Bermuda. La búsqueda intensiva realizada por gran número de barcos y aviones no resolvió el misterio, que las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos trataron de explicar atribuyéndolo a una tremenda corriente de aire ascendente, que, según ellos, «desintegró el enorme bombardero». Una explicación parecida recibió la inexplicable desaparición, en marzo de 1950, del «Globemaster» americano que cruzaba el Atlántico con rumbo a Irlanda.

El 30 de enero de 1948, un avión de pasajeros «Tudor», el *Star Tiger*, de las «British South American Airways», se desvaneció mientras volaba a unas 400 millas de Bermuda. No se encontraron restos flotantes. El aparato llevaba una tripulación de seis hombres y veinticinco pasajeros. El tribunal por cuenta del cual se realizó la investigación acerca de las probables causas del accidente, sólo pudo decir que éstas «debieron de ser externas». Casi al año de esta desaparición, el 18 de enero de 1949, un segundo «Tudor» de la misma compañía, el *Star Ariel*, con 13 pasajeros y una tripulación de 7 hombres, desapareció a 200 millas de Bermuda, cuando se dirigía a Kingston, en Jamaica. Pese a las fuerzas desplegadas en su búsqueda, no se consiguió resolver el misterio de su pérdida. No se encontraron restos flotantes, pero ocurrió un extraño suceso.

Durante la primera noche de la búsqueda del «Tudor IV» desaparecido, dos aviones —uno de ellos un bombardero norteamericano y el otro un avión de pasajeros británico de la «BOAC»— comunicaron independientemente haber visto una extraña luz en el océano en la zona donde desapareció el *Star Ariel*.

No se encontraron balsas flotantes ni boyas con luces de señales. Nada. ¿Qué puede explicar la misteriosa luz?

¿Qué se oculta en los cielos y aguas de las Bermudas? La noche del 9 de febrero de 1913, se vio una procesión celeste de extrañas luces en el Canadá (Saskatchewan y Ontario), los Estados

Unidos (Nueva York), en el mar, y sobre las Bermudas... Según declaró un testigo, parecía «un tren expreso iluminado de noche...» Y con esto dejemos de momento a las Bermudas y pasemos a examinar algunos de los «hechos condenados» reunidos por aquel curioso insaciable que fue Charles Fort.

El 18 de junio de 1845, según el *Malta Times*, hallándose el bergantín *Victoria* a 900 millas al este de Adalia (Próximo Oriente), su tripulación vio emerger del mar a tres cuerpos luminosos, que fueron visibles durante diez minutos a media milla del velero. Otros testigos también vieron el «fenómeno» en Adalia, Siria y Malta. Los cuerpos luminosos tenían un tamaño aparente cinco veces mayor que el de la luna llena y unos apéndices que los unían entre sí (Aimé Michel refiere observaciones similares —*soucoupe-méduse*— durante la oleada francesa de 1954). El fenómeno fue seguido desde tierra por el reverendo Hawlett.

El 22 de marzo de 1870, en aguas ecuatoriales del océano Atlántico, los marineros de la corbeta inglesa *Lady of the Lake* vieron un curioso objeto o «nube» en el cielo. Era una nube en forma lenticular, con un largo apéndice posterior y avanzaba *contra el viento*. Esta forma fue visible durante una hora, según escribió el capitán F. W. Banner en el cuaderno de bitácora del barco. El croquis que hizo el capitán Banner recuerda extraordinariamente un «platillo volante».

El 5 de diciembre de 1872, el buque inglés *Dei Gratia* encontró a un velero abandonado entre las Azores y Lisboa, que resultó ser el bergantín norteamericano *Mary Celeste*. La historia del *Mary Celeste*, referida por primera vez en el *Times* londinense del 14 de febrero de 1863, es tan famosa, que no pienso repetirla en detalle. Aquel barco abandonado pero intacto, solo en medio de un océano en calma, con los botes sin arriar, una carta a medio escribir en la mesa del capitán, la sopa aún humeante en los platos, todo en orden a bordo, continúa siendo un misterio inexplicable... Nunca volvió a saberse de sus tripulantes (1).

Igualmente misterioso es el caso del *Rosalie*, un buque francés de gran tonelaje que se dirigía de Hamburgo a La Habana, y que apareció abandonado con casi todas sus velas desplegadas, sin vías de agua y con su valiosa carga intacta. A bordo sólo había un canario medio muerto de hambre en una jaula.

A la medianoche del 24 de febrero de 1885, en un punto situado entre Yokohama y Victoria, el capitán del bergantín *Innerwich*, según refiere Fort, fue despertado por su segundo, que había visto algo insólito en el cielo. El capitán subió a cubierta y vio que el cielo parecía encendido. «Al instante siguiente, una gran masa ígnea apareció sobre el barco, cegando completamente a los espectadores.» La masa ardiente se precipitó al mar. Su tamaño debía de ser considerable, por el volumen de agua que levantó y que se arrojó contra el barco en forma de ola gigantesca y que producía un bramido calificado de «ensordecedor». El capitán, que era un viejo lobo de mar, declaró que «el espanto que les produjo aquel espectáculo no podía describirse con palabras».

Es posible que el objeto que causó tal impresión a estos bravos marineros fuese un gigantesco bólido, pero no podía serlo de ningún modo el objeto avistado el 12 de noviembre de 1887 desde el vapor inglés *Siberian*. Este objeto, descrito como «una gran bola de fuegos», surgió del mar, a la altura del cabo Race, para elevarse hasta una altitud de 15 metros, avanzar después hacia el barco y alejarse a continuación, permaneciendo visible durante cinco minutos (para más detalles, véase el *Meteorological Journal* norteamericano, 6-443). El capitán Moore, que se hallaba al mando del *Siberian*, dijo que no era la primera vez que veía estas apariciones en aquel mismo lugar. ¿Había allí una base submarina de OVNI? Más adelante estudiaremos esta posibilidad.

El 15 de mayo de 1879, el comandante J. E. Pringle, del buque de guerra británico *Vulture*, observó en el golfo Pérsico la presencia de ondas o pulsaciones luminosas en el agua, que se movían a gran velocidad (aprox. 130 km/h.) y pasaban *por debajo* del *Vulture*. Mirando hacia el Este

(1) Véase Antonio Ribera: El enigma del «*Mary Celeste*», en «Historia y Vida», n.º 9, Barcelona, diciembre 1968, p. 16 y ss.

este fenómeno ofrecía el aspecto de una gigantesca rueda giratoria con el centro en aquella dirección. Los radios eran luminosos, y, mirando hacia el Oeste, se observó la presencia de una rueda similar, pero que giraba en dirección opuesta. El capitán añade: «Estas ondas luminosas iban desde la superficie hasta gran profundidad bajo el agua.» Antes y después de este extraño espectáculo, el barco cruzó zonas recubiertas de una sustancia flotante, descrita como «fresa de aspecto oleoso».

No hay duda de que, hoy en día, el mar continúa siendo teatro de extraños sucesos. En confirmación de ello, he aquí unas noticias recientes, publicadas por la Prensa mundial. El 6 de octubre de 1958, los marinos encargados de los faros situados a lo largo de la costa irlandesa, se vieron sorprendidos por un nuevo misterio del mar.

A última hora de la noche del domingo, dice la noticia de Prensa, diez barcos partieron hacia alta mar, prestos a iniciar un salvamento, cuando se informó «que un gran incendio había sido visto».

Aunque no se recibió ningún mensaje radiado, al ver las «llamas» se creyó que un barco había sufrido fuego a bordo.

Cuando llegaron los navíos al lugar donde se calculó que estaba el supuesto navío siniestrado, a unos 8 kilómetros del faro Uskar, no vieron *absolutamente nada*, y la búsqueda fue abandonada a primera hora de la madrugada, al no verse de nuevo las «llamas» ni recibirse mensajes de socorro.

Dos años después, el 8 de enero de 1960, otro extraño suceso despertó la curiosidad mundial. El buque británico *Corinthio*, de 15.862 toneladas, encontró una misteriosa sustancia flotando sobre el mar, y que se extendía a todo lo que la mirada podía alcanzar a ambos lados de la embarcación, cuando se dirigía a Wellington procedente de Londres, según manifestó el capitán A. C. Jones.

La referida sustancia, que se hallaba a casi una distancia de 880 millas de la isla de Pitcairn, tenía un color como la miel y una consistencia semejante a la seda (recuérdese la misteriosa sustancia caída en ocasiones de los «platillos volantes» y lla-

mada en Francia *fil de la Vierge*). Algunos trozos, según el capitán, eran de varios metros cuadrados, pero se rompían en pequeños fragmentos. (Cf. caso del *Vulture*.)

En el curso de las maniobras aeronavales británicas, llamadas operación Mainbrace, de mediados de setiembre de 1952, un platillo volante se dedicó a «observar» el desarrollo de las operaciones, según un comunicado oficial de la RAF, basado en un parte dirigido al Ministerio del Aire por el H. J. del *Coastal Command*.

Esta observación incuestionable, avalada por la calidad técnica de los testigos (diez oficiales y varios soldados de la base aérea de Topcliffe, en el Yorkshire), produjo grandes quebraderos de cabeza al Ministerio del Aire británico, que no había admitido jamás la existencia de estos aparatos, manifestando que sólo creería en ellos cuando fuesen avistados por observadores de la RAF. En este caso, el platillo había seguido a un reactor «Meteor» en todas sus evoluciones y en pleno día. Cuando el avión de caza inició el descenso, el disco hizo lo mismo con un *lento movimiento de balanceo* (vid. hipótesis W. Smith) en péndulo, característica frecuente de los discos volantes. Cuando el avión viró por última vez para enfilar la pista de aterrizaje, el disco se puso a girar sobre sí mismo como una peonza, para alejarse después hacia el Oeste a una velocidad increíble, y girar finalmente hacia el Sudeste.

Aquel mismo día, un corresponsal de Prensa norteamericano, Wallace Litwin, que asistía a las maniobras de la OTAN a bordo del portaaviones *Franklin Roosevelt*, distinguió un disco blanco en movimiento sobre las flotas combinadas anglo-franco-norteamericanas. Este reportero pudo tomar tres fotografías en colores del platillo volante, que se desplazaba rápidamente. Estas fotos fueron celosamente guardadas, bajo la indicación *Top Secret*, en los sacrosantos archivos del ATIC.

El navegante noruego Thor Heyerdahl, que realizó la increíble travesía desde el puerto peruano de El Callao hasta la isla de Raroia, en la Polinesia, a bordo de la balsa *Kon-Tiki*, tuvo tiempo de convivir íntimamente con el mar, en sus largas

semanas de travesía, impelido por los vientos alisios y la corriente de Humboldt, teniendo, por lo tanto, ocasión de realizar observaciones muy interesantes, que el tripulante de un barco de altura no puede hacer por lo general. Así, leemos en *La expedición de la Kon-Tiki*, página 115 de la edición española de «Editorial Juventud» (1): «En varias ocasiones pasamos deslizando sobre grandes masas oscuras, grandes como el piso de una habitación, que permanecían inmóviles debajo de la superficie del agua como un arrecife escondido. Presumimos que fuera la raya gigante, de siniestra reputación, pero nunca se movió ni llegamos lo bastante cerca para poder observar claramente su forma.»

Y antes, Heyerdahl refiere: «Otras noches, grandes bolas de luz de más de un metro de diámetro se hacían visibles dentro del agua, centelleando a intervalos como lámparas eléctricas que se encendieron y apagaron alternativamente» (*Ibid.*, pág. 86). ¿Qué podían ser estos extraños *foo-fighters* submarinos? ¿Los ojos de grandes calamares abisales, que subían a la superficie de noche, o...?

Pero esto no es todo: «Hacia las dos de la madrugada, en una noche nublada, en que el timonel apenas distinguía la negrura del agua de la negrura del cielo, su atención fue atraída por una débil claridad bajo el agua, que lentamente fue tomando la forma de un gran animal. Era imposible decir si su cuerpo estaba cubierto de plancton luminoso o si el propio animal tenía una superficie fosforescente (explicaciones muy poco convincentes ambas), pero el tenue resplandor en el agua oscura daba a la fantástica criatura perfiles imprecisos y ondulantes; unas veces era redonda, otras oval o triangular (exactamente igual que muchos OVNI avistados en el aire), y de pronto se dividió en dos partes que nadaban sueltas de un lado a otro por debajo de la balsa (esta división se ha observado también en los OVNI, especial-

mente en el tipo de *soucoupe méduse* descrito por Michel). Al final había tres de estos enormes fantasmas describiendo lentos círculos a nuestro alrededor.

»Eran verdaderos monstruos, pues solamente la parte visible debía tener de ocho a diez metros de largo... Misteriosos y callados, nuestros brillantes compañeros se mantenían a una buena profundidad, la mayor parte del tiempo por la banda de estribor... Y como hacen todos los duendes y fantasmas, desaparecieron en las profundidades cuando comenzó a romper la aurora» (*Ibid.*, pág. 87).

En otra ocasión, cuenta Heyerdahl, «nos llamó la atención ver el mar como si estuviera hirviendo, mientras algo semejante a una gran rueda emergía dando vueltas en el aire...» (*Ibid.*, página 113.)

Desde luego, el mar sería el refugio ideal para los ingenios interplanetarios que nos visitan. No debe descartarse, pues, la posible existencia de bases submarinas, del mismo modo como hay que admitir casi la existencia de bases lunares. Además, el agua sería la masa de eyección ideal por su abundancia para aquellas de las astronaves dotadas de motores iónicos (¿nave de Río de Janeiro?).

Por si fuese poco, otra observación contemporánea presta nuevo significado a las extrañas observaciones de ruedas luminosas. Su autor es un navegante solitario, Adrian Hayter, que realizó la increíble hazaña de navegar desde Inglaterra a Australia en su pequeño yate *Sheila*, de doce metros de eslora. Hallándose en el mar Rojo, en compañía de un pasajero ocasional, observó lo siguiente:

«... Observamos una luz muy lejos, hacia el Sudeste. Nos hallábamos entonces entre Assab y Djibuti. Mientras la mirábamos, se hizo más vívida y avanzó hacia nosotros, parecía el rayo de un potentísimo reflector. De pronto, giró al Sur, y barió el horizonte de un extremo a otro..., pero debajo del agua. Se acercó rápidamente, y a velocidad sostenida, hasta que iluminó nuestras velas con un resplandor verdoso, lo bastante brillante para leer perfectamente a su luz. Yo observé aquel rayo de luz tan definido cuando pasó bajo el *Shei-*

(1) *Kon-Tiki*, de Thor Heyerdahl. Traducción de F. H. Lyon. Nueva York, 1953. Versión española del general Armand de Revoredo, Ed. Juventud, «Serie Za», octubre de 1955, Barcelona.

la, arrojando momentáneamente la negra sombra de su casco sobre las velas, para seguir luego a gran velocidad hacia el horizonte occidental, sumido en las tinieblas. Esto se repitió cinco veces, siempre de la misma manera, y a intervalos regulares, en completo silencio y sin el menor cambio en el viento o el estado de la mar...» (1).

Esta observación hace correr escalofríos por nuestro cuerpo. Parece que nos hallamos en el reino de lo fantástico, de lo sobrenatural. Esta observación, como la del comandante Pringle, antes citada y con la que presenta extraño parecido, parecen arrancadas de una espeluznante novela de Fantasía Científica, en la que campea la imaginación más desbordada... pero son hechos reales, observados por hombres como nosotros y que suceden *actualmente* en nuestro planeta, lleno todavía de misterios a pesar de la suficiencia de la Ciencia de nuestros días, que pretende haberlo explicado todo.

En la traducción española de este pasaje, efectuada por el ilustre marino don Miguel Coll, se escamotean los hechos más reveladores: la mención del color verde del rayo de luz (la luz de los faros no es verde, sino blanca) y la mención «debajo del agua», que aún puede aplicarse mucho menos a un faro. Es un clásico ejemplo de la reducción de fenómenos inexplicables a hechos ordinarios; el señor Coll, marino, como tantos otros especialistas, trató de reducir el fenómeno incomprensible a algo conocido en su experiencia profesional, suprimiendo —quizá por un bloque psicológico subconsciente— los elementos de la narración que no «cuadraban» con lo que, según él, deben representar unos rayos de luz vistos en alta mar, o sea, un faro. ¿Con la sola diferencia de que, en este caso, el «faro» era submarino y emitía una luz verde!

Este es un ejemplo clarísimo de «deformación profesional», hecha sin duda con el mejor de los deseos, pero que demuestra una vez más que no son los especialistas quienes deben ocuparse del

problema. Los únicos que pueden hacerlo, si acaso, son los «especialistas en objetos no identificados»..., aunque, por desgracia, esta especialidad todavía no se enseña en ninguna facultad ni academia. Un comienzo, sin embargo, se halla ya representado por la clasificación de los «fenómenos M. O. C.» en 4 tipos, propuesta por Jacques Vallée.

Pero volvamos al mar Rojo. ¿Qué debe ocultarse en sus profundidades, capaz de enviar estos potentes rayos a través de la inmensidad marina? Hayter, autor honrado y prosaico, no imaginó el extraño suceso que antecede.

Sugiero estos lugares como emplazamiento probable de bases submarinas: el mar Rojo, quizás el golfo Pérsico, algún punto dentro del triángulo de las Bermudas y otros en el océano Atlántico, tal vez a la altura de cabo Race. En todos estos lugares se han registrado extraños sucesos y observaciones. Pero probablemente existan muchas más bases submarinas, que hasta hoy no han sido descubiertas. La inmensa extensión de nuestros océanos proporciona escondrijos ideales para unos visitantes interplanetarios, suponiendo que sus naves puedan navegar con la misma facilidad por la hidrosfera que por la atmósfera. No es más que una cuestión de distintas densidades. ¿Visitantes? ¿Y si viviesen en simbiosis con nosotros, desde tiempos inmemoriales? El asunto, como vemos, no es de ayer, ni mucho menos... Pero esto nos llevaría demasiado lejos.

La falta material de espacio me impide reseñar todas las observaciones del golfo Pérsico registradas por Charles Fort. Pero no puedo resistirme a citar la siguiente: en una noche muy oscura del mes de mayo de 1880, surgió súbitamente a ambos lados del vapor inglés *Patna*, que cruzaba el golfo Pérsico, una enorme rueda luminosa giratoria, cuyos radios parecían rozar el barco. Estos radios medían 200 ó 300 metros (Cf. observaciones de Pringle y Hayter).

Mi artículo de la *Flying Saucer Review* terminaba con la siguiente observación, recogida en la Prensa española: el 26 de julio de 1964, poco antes de la medianoche, la estación radiotelegráfica

(1) *Shells in the Wind*, de Adrian Hayter, Hodder & Stoughton, Londres, págs. 106-7. Trad. española de Ed. Juventud, El «Shells en viento», pág. 114. Barcelona, 1961.

de Santa Cruz de Tenerife recibió un misterioso SOS de un barco que no daba su nombre ni su posición. Media hora antes se había recibido otra llamada de socorro. A las 10.45 del día siguiente, el pesquero *Santa Genoveva*, que navegaba a varias millas al norte del cabo Bojador, encontró los cadáveres de siete hombres, todos con chaquetas salvavidas y sin lesiones aparentes. Una vez identificados, resultaron pertenecer a la tripulación del barco langostero español *Maena*. Flotando cerca de los cadáveres se encontraron un bidón vacío de gasoil y media docena de calabazas. Nada más; ningún resto de naufragio. Nada. Faltaban cuatro hombres del *Maena*, que nunca fueron hallados.

Es imposible que los siete hombres hubiesen muerto de hambre o de frío, pues sólo permanecieron nueve horas a flote, aproximadamente, y merced a las diversas pruebas de supervivencia en el mar que se han efectuado, sabemos que un hombre vestido puede permanecer con vida durante mucho más tiempo, especialmente en julio y en aguas cálidas. ¿Cómo podían ahogarse siete hombres provistos de chalecos salvavidas? A este respecto conviene recordar que tres pescadores canarios, pertenecientes a una pequeña embarcación de pesca, con cuatro hombres de tripulación, que se hundieron en La Graciosa, aún vivían cuando fueron hallados, dieciocho horas después, pese a que no llevaban salvavidas de ninguna clase. Los siete hombres del *Maena* eran todos marineros jóvenes y fornidos. ¿Qué explicación tiene este extraño suceso, uno más de los muchos misterios de la mar?

Hasta aquí mi artículo de la FSR. Poco tiempo después, tuve la agradable sorpresa de leer, en el número de febrero de 1965 del excelente boletín *Phénomènes Spatiaux*, que publica la GEPA, un excelente artículo de René Fouéré, titulado precisamente *Existe-t-il des bases sous-marines de sous-coups volantes?*, en el que el distinguido investigador francés amplía considerablemente mi modesto trabajo de la FSR, al que se refiere al principio de su documentado estudio.

Posteriormente, publiqué un segundo artículo ampliatorio sobre los «OVNIS y el mar» en la FSR

de noviembre-diciembre de 1965, reproduciendo principalmente las observaciones registradas en Gales del Norte por mi amigo Gavin Gibbons (1). Pero deseo cerrar este capítulo consagrado a extrañas observaciones marinas, con una verdaderamente extraordinaria, registrada durante la oleada del verano de 1965 y publicada con bastante detalle en la Prensa española (*La Vanguardia* del 15-7-65, de su corresponsal en Santa Cruz de Tenerife, Luis Ramos). Se trata de la observación efectuada por el capitán y los tripulantes del petrolero noruego *Jawesta*. El infatigable Eugenio Danyans se apresuró a pedir confirmación al propio comandante del petrolero noruego, recibiendo un detallado informe del primer oficial, que reproduzco a continuación:

COPIA DEL INFORME OFICIAL, FECHADO A BORDO DEL T/T JAWESTA, EN EL ATLANTICO NORTE, A 8 DE JULIO DE 1965, REDACTADO POR EL PRIMER OFICIAL TORGRIM LIEN.

Ocurrió el martes, día 6 de julio de 1965, a las 21 horas, 53 minutos GMT, cuando el barco navegaba desde Puerto La Cruz (Venezuela) a Santa Cruz de Tenerife, y estaba en la posición 24 grados 40 minutos Norte, 41 grados 15 minutos Oeste; viento nordeste de fuerza 5; barómetro 1.023 y temperatura de 23 grados centígrados.

Cuando a la referida hora salí, llamado por el vigía, a la banda de babor, observé una gran lengua de fuego de color azul intenso, que se deslizaba a gran velocidad hacia el barco. Corrí al teléfono para llamar al capitán y, sin esperar su respuesta, me dirigí a la banda de estribor del puente, tomando los prismáticos. Entonces vi el gran objeto que pasaba frente al buque.

Entonces navegábamos a 2.030 millas de este puerto. El objeto pasó muy cerca de la nave, hacia popa, a una altura entre los 200 y 400 metros y muy por debajo de las nubes. El cielo estaba casi

(1) *The Coming of the Space Ships*, Neville Spearman, Londres, 1968, págs. 114 y es.

despejado, pudiéndose ver las estrellas y la claridad de la luna, así como algunas nubes bajas. Pude observar perfectamente el fuselaje del objeto por su parte superior. Tenía forma semejante a un cigarro puro y vi claramente una línea de ventanas de cuyo interior salía una luz entre amarillo claro y anaranjado. No tenía el aparato señales de alas ni de timón. Mostraba una cola de fuego azulado que era más estrecha por el lado en que surgía y luego se ensanchaba.

Un poco más atrás del objeto y en la estela que dejaba éste, podían observarse como un conjunto de bolas incandescentes, de cada una de las cuales salían rayos azules paralelos a la dirección del objeto. Yo creí, al principio, que aquellas bolas incandescentes eran aviones, pero luego vi claramente que no. La longitud de la cola de fuego debía ser de unos cien metros. El objeto parecía mayor que los tipos de aviones conocidos hasta hoy. Avanzaba a una velocidad enorme y estuvo visible durante unos 30 ó 40 segundos, pasando de Norte a Sur, con rumbo aproximado de 160 grados.

A pesar de su gran velocidad y de haber pasado tan cerca, no oímos ningún ruido. El vigía de babor, que era el marinero Ambrosio Hernández, dice que al principio parecía como si el objeto saliera del mar con rumbo Norte. De repente cambió de rumbo y se dirigió hacia el barco. Narciso Guillén, el timonel, declara que vio el objeto a popa. El reparador Juan Hernández y el camarero Ignacio Suárez, hacen idéntica declaración. Desde luego, no se trata de avión ordinario ni reactor.»

Firman la declaración: Torgrim Lien, Ambrosio Hernández Díaz, Narciso Guillén, Juan Hernández e Ignacio Suárez Reyes, todos tripulantes del petrolero noruego *Jawesta*.

TESTIMONIO DEL VIGÍA AMBROSIO HERNÁNDEZ:

«Estaba en el puente, por el lado de babor, tratando de fijar la posición de la Estrella Polar. En esto vi que la mar se encendía. Creí que se trataba de un barco que había explotado y esperé el ruido de la explosión. No escuché nada. Observé entonces que un gran objeto salía de la mar y se elevaba; luego cambiaba de rumbo y se dirigía hacia nosotros. Entonces llamé al primer oficial, que compareció inmediatamente.

»Para mí que salió del fondo del mar. Si no, no se hubiera encendido el agua. Yo creo que con su radar, o lo que sea, detectó nuestro barco y se acercó a ver de qué se trataba. Por esto se elevó primero en otra dirección y se acercó luego. Pasó más cerca de esas montañas —y el marinero señala las de la cantera próxima al dique del Este—. Lo pude ver con toda claridad con sus ventanas, su cola de fuego y las bolas encendidas que iba dejando en su camino y luego se apagaban, como las de los fuegos artificiales. Parecía como si tuviera detrás un gran tubo y otros menores, en forma de abanico, que arrojaban fuego.

»Pero no pude escuchar ruido alguno. Es extraño que un objeto tan grande, pues por lo menos tenía el largo de tres aviones, se moviera en silencio. Y eso que parecía impulsado por cohetes. En fin, nunca he visto una cosa tan rara.»

En la imposibilidad de reseñar todas las observaciones marinas de «no identificados» que obran en mis archivos, ofreceré al lector un desglose estadístico de las mismas.

1) *Obras de Charles Fort. (The Books of Charles Fort. Ed. de la Fortean Society. Henri Holt & Co., Nueva York, 7.ª edición, 1959.)* Las observa-

ciones tomadas a Charles Fort se encuentran casi todas en *The Book of the Damned*, del que apareció una traducción francesa, *Le Livre des Damnés* en las Editions des Deux-Rives en 1955, con un prólogo de Jacques Bergier. Las observaciones referidas por Fort son 16 en número que cronológicamente abarcan desde el año 1845 hasta 1910. Todas ellas, menos una, la del *Lady of the Lake*, del 22 de marzo de 1870, fueron recogidas por René Fouéré en su artículo ya citado.

2) *Observaciones de Thor Heyerdahl*. Figuran todas ellas en mi artículo de la *FSR* y fueron recogidas también por Fouéré.

3) *Observación del buque Corinthio*. Reproducida en mi artículo y procedente de la Prensa española, donde se publicó el 9 de enero de 1960.

4) *Observación de Adrían Hayter*. Procedente de la *op. cit.* en mi artículo de la *FSR* y traducida por Fouéré en el suyo de *Phénomènes Spatiaux*.

5) *Artículo de René Fouéré*. En este artículo ya citado, y con el número 22, figura la siguiente observación francesa, fechada el 2 de octubre de 1954 y procedente del *Franco-Soir*: «Un platillo volante asusta a toda la tripulación del carguero *Port-Lyautey* y sobre todo al contramaestre, que vio cómo el aparato se posaba en el mar entre Roven y Brest, para elevarse verticalmente poco después, emitiendo una luz roja.»

6) *Información de Mr. Gordon W. Creighton*. Esta observación fue recogida por Mr. Creighton en el número de julio-agosto de 1964 y reproducida con el número 23 por Fouéré en su artículo. Al revisar los incidentes ocurridos en la Argentina en 1962, Mr. Creighton informa que en agosto de 1962, Vicente Bordoli, camionero residente en el Mar del Plata, declaró que «cuando se dirigía hacia el Sur por la carretera nacional número 3 que bordea la costa sudatlántica de la Argentina, su hijo Hugo Bordoli y él vieron con frecuencia extraños aparatos luminosos que tan pronto entraban en el mar como salían de él. En su opinión, estos aparatos, que forman verdaderas flotillas, obedecen a señales procedentes de bases submarinas o quizá de grandes naves-nodriza sub-

marinas». El señor Bordoli acabó su declaración diciendo: «Es absolutamente seguro que, en las profundidades del golfo de San Matías hay una base de platillos volantes. Estos sucesos son de conocimiento corriente en toda una gran región de la Patagonia, donde es algo completamente normal y regular oír hablar a las gentes de marcanios.» (Según el editor y novelista chileno José Manuel Vergara, estos hechos son también cosa corriente en las costas de Chile, donde numerosos campesinos han visto entrar y salir estos ingenios del mar.)

Mr. Gordon W. Creighton recuerda igualmente a sus lectores que en febrero de 1960 la Marina Argentina se desprestigió bastante al intentar, durante cerca de quince días, hundir o capturar en el Golfo Nuevo a dos «submarinos» cuya presencia se había señalado en aquellos parajes y que se suponía que pudiesen ser soviéticos.

7) *Artículo The Deadly Bermuda Triangle*. Señala once casos de desaparición: 2 barcos y 9 aviones. En total, esto significa la pérdida de más de 1.000 vidas humanas.

8) *Artículo UFO's and the Sea*, del autor. (*FSR*, noviembre-diciembre 1964.) Además de las observaciones de Fort, Heyerdahl y Hayter ya reseñadas, contiene la referente al barco langostero español *Maena*, sacada de la Prensa diaria. Los tres aviones desaparecidos en el «triángulo mortal» entre 1947 y 1949, están citados por Harold T. Wilkins en su obra *Flying Saucers on the Attack*, páginas 140-141. Cita del *Press*, Nueva York, 1954.

9) *Flying Saucer Review*. En seis años (de enero de 1960 a diciembre de 1965), y en su sección permanente «World Round-Up», esta notable publicación británica cita cinco casos de OVNIS relacionados con el mar.

10) *Artículo UFO's and the Scottish Seas*, de W. S. Robertson (*FSR*, mayo-junio 1965). Precedido por la siguiente nota: «Esta contribución se recibió poco después de haber entrado en prensa el número de noviembre-diciembre de 1964 de la *Flying Saucer Review*, con el artículo de Antonio Ríbera *UFOs and the Sea*. En vista de la nueva aportación registrada en febrero a los misterios de

las aguas escocesas, fue una verdadera suerte que retuviéramos este artículo, para publicarlo en el presente número.» El artículo de Mr. Robertson registra observaciones que se extienden desde 1961 hasta febrero de 1965, y que proceden en su mayoría de los periódicos escoceses: *Daily Record*, *Sunday Mail* y *Sunday Post*. Se registran una docena de casos, algunos de ellos consistentes en explosiones de origen desconocido o luces vistas en el cielo, junto con objetos que caen al mar. Se cita el caso del barco barrendero *Star of Freedom*, de 70 toneladas, que chocó contra un objeto no identificado a primeras horas de la mañana del 3 de febrero de 1965. El pesquero avanzaba entonces a la velocidad de nueve nudos sobre un fondo de 80 brazas, a 15 millas al ESE de Barra, isla de la costa escocesa. El choque fue tan violento que la proa del barco salió del agua. El *Star of Freedom* envió un SOS y la tripulación se puso a las bombas para achicar la bodega, inundada por una importante vía de agua. El barco siniestrado consiguió embarcar en el puerto de Castlebay. George Wood, capitán del barco, se hallaba convencido de haber abordado un submarino en el momento de emerger, pero tanto las autoridades navales británicas como las norteamericanas, rechazaron cualquier responsabilidad sobre el incidente. Y se pregunta W. S. Robertson: «¿Por qué ellos han escogido a Escocia y le dedican tanta atención? ¿Se dedican a trazar el mapa de aquella dilatada costa, montañosa, escasamente poblada y con muchas islas deshabitadas? ¿No será por otra razón? ¿Porque las aguas escocesas contienen la base de la tan cacareada escuadrilla de submarinos Polarís?»

11) *Observaciones recogidas por Gavin Gibbons*. Proceden de la obra de este autor ya citada. Se refieren a objetos entrando y saliendo del mar en la costa del País de Gales (Cardiganshire). Fueron reproducidas por mí en *More About UFOs and the Sea (FSR)*.

Con esto, y salvo que algún amable lector nos comunique observaciones marinas que no hubiesen llegado a nuestro conocimiento, está completo el

dossier de extrañas observaciones marinas.

René Fouéré (art. cit.) extrae las conclusiones siguientes, del estudio de las observaciones por él registradas:

a) Sobre 17 observaciones (comprendida la observación francesa que lleva el número 22), encontramos 11 en un casi rectángulo esférico limitado aproximadamente por los paralelos 0° y 37° N y por los meridianos 14° y 130° E. Este «rectángulo» abarca, hasta el paralelo de 37° N, todo el Oriente Medio, el Oriente y el Extremo Oriente. La observación 1 (del *Victoria*) está muy separada hacia el Oeste, pues la posición dada por el bergantín se sitúa entre Sicilia y Malta. Dejando aparte esta observación un poco «virgiliana», el límite occidental del «rectángulo» se halla situado alrededor de los 42° E.

b) De las 11 observaciones precitadas, 4 se sitúan en el golfo Pérsico o a la entrada del mismo, en unos parajes donde, según un rumor que nos ha llegado, un navío de guerra francés observó recientemente fenómenos insólitos. Otras dos observaciones están localizadas en el estrecho de Malaca.

c) En el Atlántico —dejando aparte la observación francesa n.º 22— tenemos 4 observaciones (que serían 5, añadiendo a ellas la desaparición del *Maena*): la del *Siberian*, a la altura del cabo Race (situado en la extremidad oriental de Terranova); la del *J. P. A.*, a unos 1.000 kilómetros al sur de Terranova; la del *Buldog* en el golfo de México —sí admitimos, con Charles Fort, que el Veracruz que se menciona en la noticia es el puerto mexicano— y finalmente la observación —o más bien observaciones— del camionero Bordoli y su hijo, en la región del golfo de San Matías, o sea, a los 42° S y 64° O.

En resumen, existe una clara concentración de las observaciones en Asia. Obsérvese también que la mayoría de ellas se hicieron en parajes de fondo escaso o mediano. Solamente las observaciones del *J. P. A.* y del *Innerwich* se hicieron en la proximidad de zonas abisales (superiores a los 6.000 metros.) (La observación n.º 8 de Fouéré, o sea, la del *J. P. A.*, es la siguiente: Hallándose a los 37° 39' N

y 57° 00' O., el 19 de marzo de 1887, el barco de tres palas holandés *J. P. A.* tuvo que afrontar una terrible tempestad, durante la cual su comandante, C. D. Sweet, vio en el aire, encima del barco, dos objetos, uno luminoso y otro oscuro. Uno de ellos cayó al mar, o tal vez ambos, con gran fragor y provocando oleadas. «Inmediatamente después, se produjo una caída de bloques de hielo» (¿Glasteroides?). Esta observación proviene de Fort.)

Por último, y con el n.º 24, Fouéré refiere otra observación de Charles Fort, procedente de su obra *Lo!* Resumiendo una información del *Zoologist*, según el Diario de a bordo del vapor *Fort Salisbury*, el segundo de a bordo, Mr. A. H. Raymer, fue llamado el 28 de octubre de 1902, hallándose el barco a 5° 31' S y 4° 42' O, a las 3.05 de la madrugada, por el vigía, quien le señaló que en la mar y por el lado de proa había un enorme y oscuro objeto provisto de luces. En efecto, se vieron dos luces y el vapor pasó junto a una masa, cuya longitud se calculó en 170 ó 200 metros, que se hundía lentamente. Una especie de mecanismo —alerones, según los observadores— removía las aguas. «Un lomo escamoso se sumergía lentamente.»

En esta observación, parecen reunirse los dos grandes mitos de nuestra época: la fabulosa «serpiente de mar» y los «platillos volantes» (1). ¿Qué podía ser la gigantesca masa? ¿Qué hacía el enorme objeto en pleno océano, entre la isla de Santo Thomé y la isla de la Asunción, sobre fondos superiores a los 4.000 metros? Se emitió la hipótesis de que pudiese ser un gran navío que se hundía. Charles Fort consultó la lista del Lloyd de la época, y no comprobó la pérdida de ningún barco de gran tonelaje por aquella zona. En cuanto a la hipótesis «serpiente de mar», la presencia de luces en el objeto parece invalidarla. Es más lógico suponer que los marineros del *Fort Salisbury* presenciaron, a la inversa, lo que sus colegas del *Jawesta* verían 63 años más tarde: una gigantesca nave-nodriza cósmica, penetrando en el mar para dirigirse hacia

misteriosas guaridas submarinas.

Esto nos lleva a la desoladora conclusión siguiente: ¿Podemos llamarnos de *verdad* los amos y señores de nuestro propio mundo? ¿O, por el contrario, convivimos, casi sin saberlo, con criaturas altamente evolucionadas que han sentado sus reales en nuestra atmósfera, en las profundidades marinas y en la superficie de nuestro satélite? Todo parece indicar que sí, y que la frase de Charles Fort que antes citamos («creo que somos propiedad») puede ser terriblemente cierta.

Y quizá la clave del misterio esté «en el fondo del mar», como en la canción infantil...

(1) Problemas muy parecidos, en su desprestigio general, pero que investigadores serios estudian a fondo. Entre los de la «serpiente», cabe citar al eminente zoólogo belga Bernard Heuvelmans, el «Sherlock Holmes» de la Zoología, autor de un magistral estudio fruto de muchos años de trabajo.

CONCLUSIONES

Hemos tratado de introducir orden en el caos, de iluminar con nuestra lógica terrestre unos hechos en apariencia dispares e inconexos. Gracias a investigadores como Michel, Buelta, Plantier, Vallée, y otros, algunas relaciones se han hecho evidentes; un principio de método científico ha sido elaborado. Sin embargo, la gran incógnita sigue en pie. Y la primera pregunta que nos formulamos, una vez percatados de la realidad de su existencia, es: ¿Quiénes son ELLOS? En mi novela, titulada precisamente *ELLOS*, decía lo siguiente:

«*Ellos* son una incógnita todavía, pero al propio tiempo una presencia real, una fascinante esencia, parte de cuyo origen creemos haber adivinado. Silenciosos, dijérase ingravidos, desplazándose a veces a velocidades aterradoras, apareciendo y desapareciendo como fantasmas de otro mundo, *Ellos* nos observan, estudian este loco planeta, mientras nosotros nos entregamos a nuestras habituales frivolidades, revestimos nuestra ignorancia de frases grandilocuentes, cubrimos nuestra codicia con nombres pomposos, o nos destrozamos unos a otros en nuestras matanzas periódicas.

»Mientras no sepamos más acerca de su naturaleza, serán para nosotros simplemente *Ellos*. Muévense todavía en la zona imprecisa, nebulosa, que separa la leyenda de la historia, la fantasía de

la realidad... Los espíritus sensibles de todo el mundo presienten que algo ocurre, algo extraño y fenomenal, inaudito y fabuloso, que deja chiquitos los mayores hechos de la Historia. Algo, alguien nos espía; son Ellos a bordo de sus naves, que recorren metódicamente, desde hace muchos años, tal vez siglos, la atmósfera de nuestro planeta. Sentimos posados sobre nosotros unos ojos fríos, inteligentes, escrutadores, pero que pertenecen a unos seres animados, al parecer, de intenciones pacíficas. Sin embargo, lo ignoramos todo de Ellos... empezando por su misma apariencia corporal. Mas un alto presentimiento, que se apoya en varias observaciones reales, nos hace creer que estos hijos de Urano poseen en su estructura física la forma soberana que Dios hizo a su imagen y semejanza. Hermanos del espacio, "Ben-Eloines", ¿habrá así que llamarlos?»

Posiblemente, el ciclo de exploración metódica de la Tierra se inauguró alrededor de 1946-47, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y principalmente a causa de las explosiones atómicas. Durante siglos, tal vez incluso desde antes que comenzase la historia humana, nuestros misteriosos visitantes del espacio habían surcado nuestra atmósfera. El enigma de los mapas Piri Reis, unos mapas coetáneos de la batalla de Lepanto, basados en otros muchos más antiguos, y que describen partes entonces desconocidas y que sólo podían haber sido observadas desde el aire, parece dar vuelos a esta creencia. No puede descartarse tampoco la posibilidad del envío de educadores, de auténticos misioneros cósmicos (ver Apéndice referente a los mitos de Isis y Osiris; Deméter-Triptolemo; Viracocha, etc.). La intervención en nuestro mundo de potencias celestiales (extraterrestres, diríamos hoy) en épocas remotas parece casi segura. Ya dijimos antes que el hombre permaneció durante siglos en el estadio de la rueda, el caballo y el carro, no superándolo hasta hace apenas unos 150 años, en cuya época comenzó la revolución industrial moderna. Los primeros ferrocarriles, los primeros barcos de vapor y globos aerostáticos debieron de poner en guardia a los tripulantes de los discos interplanetarios. Luego vinieron los prime-

ros aeroplanos, los automóviles, los grandes trasatlánticos, los acorazados... seguidos en años recientes por dos grandes conflagraciones bélicas, los aviones a reacción, los cohetes, las armas nucleares y... ¡los primeros satélites artificiales y cohetes interplanetarios!

Estos hechos marcaron el inicio del metódico reconocimiento de la Tierra, la cual va en camino de convertirse en una amenaza para los mundos exteriores. Que esto es así, lo demuestra el hecho de que tal reconocimiento comenzase precisamente por los Estados Unidos, nación que va a la cabeza en el avance tecnológico e industrial, y que en ella los discos dedicasen atención preferente a fábricas, campos de aviación, ferrocarriles, plantas de energía atómica, campos de pruebas de cohetes, grandes ciudades etc., según lista del mayor Keyhoe que damos en otro lugar de este libro.

Lo que resulta absurdo es pretender que una eventual «desintegración atómica» de nuestro planeta... ¡pusiese en peligro el equilibrio de la Galaxia!, como afirman ingenuamente algunos «clipeólogos» italianos. Nuestra Galaxia ni se enteraría, pues, ha soportado centenares de explosiones de *novas* y *supernovas*, como la que formó la nebulosa del Cangrejo, sin conmoverse en sus cimientos... ¡y eso sí que eran explosiones!

Es probable que Ellos estén justamente alarmados, después de los primeros lanzamientos de satélites rusos y americanos, del *Lunik* y del satélite solar norteamericano. Cabe en lo posible que no consideren al hombre suficientemente maduro y preparado para emprender la expansión de la raza terrestre por el espacio, al que aportaría sus estrechos prejuicios nacionalistas, políticos, de clase y color, y sus ansias de conquista, explotación y dominio. Podría ser que considerasen a la Tierra como *Thulcandra*, el mundo maldito, según apunta C. S. Lewis, y nos pusiesen en una especie de cuarentena preventiva, para que no contaminásemos a los demás mundos, y no precisamente con gérmenes patógenos, sino con malsanos prejuicios e ideologías orgullosas y necias. El pecado capital de nuestro mundo es la *soberbia*, ese mismo pecado por el que el Ángel rebelde fue precipitado al abis-

mo. Meditemos sobre el profundísimo significado que encierran estos antiguos mitos teológicos y cosmogónicos, que tal vez hallarán su plena revelación en un no lejano Apocalipsis. *Ultima Cumaei venit jam carminis aetas... jam nova progenies caelo demittitur alto...* «Ya vienen los últimos tiempos anunciados por la Sibila de Cumas... ya una nueva progenie desciende de lo alto del cielo.» Tal vez no esté lejano el cumplimiento de estos proféticos versos virgilianos.

Sólo una verdad se alza, enigmática y ceñuda. Ellos existen. ¿Será su llegada definitiva un *Childhood's End*, un fin de la infancia (en este caso un fin de la Humanidad tal como la concebimos) como nos anuncia Arthur C. Clarke en su magistral y amedrentadora novela? ¿O será una *major naixença* maragalliana, un mayor nacimiento a altas verdades, a una nueva madurez intelectual y espiritual...?

El hecho más trascendental de toda la historia humana puede estar únicamente a la vuelta de unos pocos meses... o esfumarse para siempre en el infinito, con nuestros misteriosos visitantes, que habrán levantado el vuelo hacia su desconocido origen, una vez terminado el reconocimiento de nuestro mundo. Entretanto, el tiempo y el espacio guardan celosamente su secreto de siglos.

Y el problema continúa...

Mucho ha llovido desde que, en 1966, puse las rimbombantes palabras anteriores al final de la última edición de este libro, hoy totalmente agotada. Mucho ha llovido, y muchas observaciones de OVNI se han seguido realizando en todo el mundo. Precisamente al año siguiente, 1967, los Estados Unidos conocieron una oleada, semejante en importancia a la que inauguró la serie de ellas, veinte años antes, y también coincidiendo con una oposición marciana.

Al año siguiente, 1968 (fuera por lo tanto del

ciclo bienal) se produjo en España una gigantesca oleada, que se alargó hasta el año siguiente, 1969. Esta oleada española ha sido minuciosamente estudiada y analizada por dos investigadores madrileños, Félix Ares y David G. López, los cuales publicaron por su cuenta sus resultados. La oleada alcanzó su cresta máxima en setiembre de 1968, con cincuenta casos, para ir menguando y esfumarse en octubre del año siguiente. Como apuntan los dos jóvenes investigadores al principio de su estudio, refiriéndose a la coincidencia de las oleadas con las oposiciones Marte-Tierra, «esta constante en la periodicidad se ha perdido, hasta tal punto que hoy día nos resulta totalmente imposible determinar cuál habrá de ser la fecha de comienzo de la oleada siguiente».

Ciertamente, la regularidad en el ciclo bienal, que se sostuvo más o menos hasta la impresionante oleada mundial del verano de 1965, pareció desmoronarse a partir de esta fecha. Sin embargo, y en contradicción con el vaticinio hecho por Ares y López, recientemente un investigador y conferenciante valenciano, Alejandro García Planas, predijo nueva oleada para comienzos de noviembre de 1973. Estamos escribiendo estas líneas a mediados del mes de noviembre citado, y, efectivamente, la oleada se está produciendo y promete ser de alcance mundial. Y coincide, de nuevo, con una oposición de Marte.

Con el deseo de poner el libro al día, voy a tratar de resumir los principales hechos que se han producido en el mundo en relación con el fenómeno OVNI. En primer lugar, pudiéramos decir que la comunidad científica ha empezado a percatarse de la importancia del problema. Son ya muchos los hombres de ciencia de todas las disciplinas que se interesan por la cuestión, que se reúnen para discutirla (aun a costa de exponerse a las burlas de sus colegas «serios»), o que envían comunicaciones a simposios y asambleas científicas sobre los OVNI.

Entre las muchas reuniones de este tipo, dos destacan especialmente: la celebrada ante el Comité de Ciencia y Astronáutica de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos el 29 de julio

de 1968 (1), y la que se celebró durante la reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS) en Boston, los días 26 y 27 de diciembre de 1969 (2).

En la primera de las dos reuniones citadas, participaron personalmente el doctor J. Allen Hynek, director del Departamento de Astronomía de la Universidad del Noroeste, sita en Evanston (Illinois), y que por más de veinte años fue el consultante científico de la Aviación norteamericana en la cuestión de los OVNI; el profesor James E. McDonald, del departamento de Meteorología de la Universidad de Arizona; el doctor Carl Sagan, profesor de Astronomía en el Centro de Radiofísica e Investigación Espacial de la Universidad de Cornell; el doctor Robert L. Hall, director del Departamento de Sociología de la Universidad de Illinois; el doctor James A. Harder, profesor auxiliar de Ingeniería Civil en la Universidad de California, y el doctor Robert M. L. Baker, Jr., de «System Sciences Corp», de El Segundo, California.

Presentaron comunicaciones a este simposio el doctor Donald H. Menzel, del observatorio de la Universidad de Harvard; el doctor R. Leo Springle, de la División de Asesoramiento y Pruebas de la Universidad de Wyoming; el doctor Garry C. Henderson, investigador de ciencias espaciales en «General Dynamics»; el doctor Stanton T. Friedman, del Laboratorio Astronuclear Westinghouse; el doctor Roger N. Shepard, del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford, y el doctor Frank B. Salisbury, director del Departamento de Botánica de la Universidad del Estado de Utah.

Como verá el lector, el espectro de especialidades científicas representadas por los participantes es muy amplio. Podríamos decir que las dos tendencias extremas, pro y contra, estuvieron encarnadas respectivamente por el profesor McDonald y el doctor Menzel. El caso del profesor McDonald es muy interesante y vale la pena que nos deten-

gamos en él. En poco tiempo, este científico, autoridad eminente en física atmosférica, se convirtió en el adalid de la ETH (Hipótesis Extraterrestre) para explicar el origen de los OVNI... hasta que, en plena actividad combativa, y a los 51 años, se suicidó en extrañas circunstancias, después de un primer intento de suicidio que resultó fallido pero le dejó medio ciego el 9 de abril de 1971. Poco después, abandonó el hospital donde aún se encontraba, tomó un taxi, ordenó al conductor que le transportase a las afueras de Tucson, donde habitaba, y, cuando el estupefacto taxista lo dejó en pleno desierto, parece ser que McDonald se descerrajó un tiro en la cabeza, matándose.

La extraña muerte de McDonald no fue considerada suicidio por muchos. Se habló de los inevitables «hombres de negro»; se dijo que murió a manos de la CIA porque «sabía demasiado» y se había convertido en un peligro para esta organización, a la que denunciaba constantemente; algunas informaciones sensacionalistas mencionaron la misteriosa nota que el muerto tenía encima y que nadie ha visto, e incluso se llegó a decir que el cadáver presentaba ocho balazos, lo que, de ser cierto, demostraría una perseverancia en la idea del suicidio verdaderamente impresionante.

Pero la verdad parece ser otra, por más que esto decepcione a los que buscan ver misterio y conspiraciones en todo. «Por lo que sabemos, no hay motivos para alarmarse a causa de la muerte de McDonald —escribió el doctor Jacques Vallée a su amigo y colaborador Vicente Juan Ballester Olmos con fecha 22 de julio de 1971—. El parece haber sufrido graves problemas familiares en los últimos meses. Su primer intento de suicidio tuvo lugar en abril y se mantuvo en secreto: trató de matarse con una pistola pero la bala, aunque le atravesó el cerebro, sólo consiguió dejarle ciego. Fue hospitalizado y recuperó parcialmente la visión. Dos semanas después tomó un taxi, se hizo llevar a su casa en busca de su pistola, luego pidió al chófer que lo llevase al desierto y allí se quitó la vida. Esto es terriblemente triste y sin duda desencadenará innumerables especulaciones. Jim era un hombre muy enérgico pero de ideas relativamente

(1) *Symposium on Unidentified Flying Objects: Hearing before the Committee on Science and Astronautics U.S. House of Representatives-Ninetyeth Congress-Second Session-Washington, 1966.*

(2) Véase *UFO's-A Scientific Debate*, Edited by Carl Sagan and Thornton Page, Cornell University Press, 1972.

estrechas en muchos aspectos. No le gustaba que le llevasen la contraria (lo demostró varias veces, en particular durante la controversia sobre el avión SST), y nunca hizo gala de aquel sentido del humor y de aquella capacidad para colaborar con los demás que son indispensables cuando se aborda un problema como el fenómeno OVNI. Creo que todos estos componentes contribuyeron a su desesperación cuando sus problemas familiares se agravaron (McDonald vivía con su mujer, Betsy, cuatro hijas y dos hijos).»

La controversia aludida en esta carta, confidencial entonces pero que por el tiempo transcurrido desde la muerte del infortunado profesor creemos que puede darse ya a la publicidad, giraba en torno a la teoría de McDonald, según la cual la construcción de un avión supersónico de pasajeros, el SST, debía interrumpirse, pues el vapor de agua y el óxido de sus motores causaría daño a la tenue capa de ozono de la estratosfera, al volar a 20 km de altitud. Esa capa de ozono, como es sabido, actúa de filtro de los rayos ultravioleta. «Solamente una disminución del 5 % en la concentración de ozono sería suficiente para producir ocho mil nuevos casos al año de cáncer de piel en los Estados Unidos», afirmaba un informe presentado a la Academia Nacional Norteamericana de Ciencias, el 11 de febrero de 1973.

En fuertes dosis, como es sabido, los rayos ultravioleta producen el cáncer de piel. El estudio anterior fue financiado en parte por el Departamento de Transportes de los Estados Unidos. Este punto de vista era el que defendía también el malogrado profesor McDonald, pero parece ser que los resultados a que éste había llegado fueron rebatidos y atacados, especialmente por las revistas especializadas.

La muerte de McDonald, sea por la causa que fuere, dejó a la Ufología (anglicismo por el que se empieza a conocer la disciplina que trata de los UFO u OVNI), sin uno de sus más sólidos puntales. De él es la afirmación de que «los OVNI son el mayor problema científico de nuestro tiempo». Pero, ¿cómo se interesó McDonald por este problema, hasta llegar a considerarlo como el más

importante de los actuales? A principios de 1966, James McDonald era *Senior Physicist* del Instituto de Física atmosférica de la Universidad de Arizona y profesor del Departamento de Meteorología de la misma. Con anterioridad, había enseñado en la Universidad de Chicago. Atendiendo a la invitación formulada en el mes de marzo de 1966 por Mr. Harold Brown, secretario de Estado (ministro) de la Aviación, y dirigida a todos aquellos investigadores que desearan examinar los archivos del Aerospace Technical Intelligence Center (ATIC), o sea, los archivos del «Proyecto Blue Book» adscrito a dicho Centro, el doctor McDonald se personó un buen día en Dayton, dispuesto a examinar con lupa los sacrosantos archivos. La intención que entonces le guiaba era puramente profesional: ver si entre los millares de casos de «no identificados» recopilados por el «Proyecto», se encontraba algún hecho nuevo o poco conocido dentro de su especialidad, que era la Física atmosférica. Pero la sorpresa que le guardaba era mayúscula...

Mr. Brown hizo la invitación aludida, picado por unas declaraciones del doctor Hynek ante una Comisión del Congreso, que fue convocada a consecuencia de una serie de observaciones espectaculares registradas en el Midwest y con el fin evidente de «apaciguar» a la opinión pública, que se hallaba muy excitada y acusaba por medio de la Prensa, a las autoridades de ocultar y falsear la verdad sobre los OVNI. El doctor Hynek había dicho textualmente: «Los comunicados de la Aviación no reflejan la realidad. Los casos no explicados se acumulan. Nunca han sido estudiados correctamente. Su estudio, por lo demás, no es de la competencia de los militares, puesto que se trata de una investigación estrictamente científica. Por tanto, hay que descargar a la Aviación de esta tarea y encomendarla a una comisión civil, compuesta únicamente por hombres de ciencia.»

¿A qué móvil obedeció Hynek al hacer semejante declaración ante el Senado? El explica su actitud arguyendo que no quiere pasar a la Historia como el hombre que aceptó la fácil tarea de rechazar sumariamente un hecho científico nuevo. En realidad, es un caso de conciencia. Según él, la

cuestión de los «platillos» tiene una importancia capital, y puede afirmarlo así, después de estudiarla durante casi veinte años.

Pero estas palabras de Hynek (causa mediata, quizá, de la creación de la famosa Comisión Condon de la Universidad de Colorado, dotada por la Aviación con una asignación de medio millón de dólares), motivaron la reacción aludida del ministro Brown, quien quiso retar a los sabios a que fuesen a ver que la Aviación «no ocultaba nada...» convencido de que ningún científico «serio» aceptaría la invitación de ir a estudiar algo tan «ridículo» como los platillos volantes...

Sin embargo, se equivocó de medio a medio. Ya hemos visto que hubo un sabio que recogió el guante. Y cuando el profesor McDonald se presentó en Dayton y empezó a examinar los archivos del «Proyecto Blue Book», descubrió «perla» tras «perla». Los desprevenidos funcionarios del «Proyecto», en efecto, ofrecieron al científico todo su material, incluso el que llevaba la mención de «Confidencial», «Clasificado» y hasta el famoso «Muy Secreto» (*Top Secret*).

A continuación expongo algunos de los hechos descubiertos por McDonald:

1. Que la famosa Comisión Robertson convocada en 1953, y que fue presentada a la Prensa como compuesta únicamente de sabios (H. P. Robertson, del Instituto de Tecnología de California —Caltech—, Luis W. Alvarez —que luego había de recibir el premio Nobel de Física—, Lloyd V. Berkner, Samuel A. Goudsmith y Thornton Page), y como si se hubiese reunido *únicamente* con el fin desinteresado de decir de una vez qué había que pensar de los platillos volantes bajo el punto de vista estrictamente científico, no fue más que un instrumento de la CIA reunido a petición de esa Agencia y dirigido por ella; que las «tareas» de la Comisión fueron supervisadas por tres honorables caballeros de la CIA, los señores H. Marshall Chadwell, Ralph L. Clark y Philip G. Strong. Estos señores *recomendaron* a la Aviación que ésta practicara un sistemático *debunking* (que podríamos traducir por «descredito») de los platillos volantes y testigos de los mismos. El objetivo de este descre-

dito, según figura en el informe Robertson como «Recomendación 4» a añadir a las tres anteriores, formuladas por los científicos citados, consistía en «reducir el interés público por los platillos». A la Prensa sólo se dieron las tres primeras conclusiones; la cuarta tenía carácter secreto...

2. Que las conclusiones de la Comisión Robertson (los platillos volantes no existen, hay que educar al público para crear en él el reflejo de ver únicamente globos sonda, bóldos, etc.), no fueron aprobadas por Hynek, el cual se negó a firmarlas.

3. Que para amordazar a este sabio, y, al mismo tiempo, para poner en lo sucesivo toda la cuestión de los OVNI en manos de la CIA, sobre el problema caería en adelante el telón de la censura militar más rigurosa.

4. Que dos órdenes militares, dictadas para este fin y que seguían en vigor (la AF 200-2 y la JANAP-146), castigaban con 10.000 dólares de multa y diez años de prisión a cualquier miembro de las Fuerzas Armadas que divulgase detalles sobre observaciones de «objetos no identificados».

5. Que se había dado orden a los responsables del «Proyecto Blue Book» de refutar sistemáticamente cualquier observación conocida del público (el caso de Ravenna es botón de muestra, aunque aquí llegase a la reducción *ad absurdum*).

6. Que los comandantes de las bases aéreas, por último, habían sido expresamente invitados a dar la más amplia difusión a todos los casos «explotados» por el «Proyecto Blue Book».

Resumiendo: el examen atento de estos documentos —que fueron reclamados *ipso facto* por la CIA, cuando ésta se enteró de la indiscreción— demostró a McDonald que el propósito evidente del «Proyecto Blue Book» no consistía en estudiar las observaciones (como se afirmaba regularmente en cada comunicado de la Aviación), efectuando encuestas imparciales y honradas, sino en actuar de «tapadera» de la verdad y en persuadir a los testigos de que no había visto nada, convenciendo por ende al público de que dichos testigos eran unos imbéciles, unos débiles mentales o unos farsantes.

Pero, al lado de la actitud *pública* de descrédito y burla, a cargo de la Aviación, la CIA estudia

en secreto el problema, invirtiendo en ese estudio medios sin duda fabulosos. En el caso de Socorro, como en el de otros «aterrizajes» famosos, junto con los investigadores de la Policía, la Aviación «Proyecto Blue Book» y Centros investigadores particulares (como la NICAP o la APRO), se constata la presencia de un agente de la CIA, que efectúa la encuesta por su cuenta y sin comunicar sus resultados a nadie. Es posible que algunos satélites-espía —por ejemplo, los de la serie «Samosa», y también los «Cosmos» soviéticos (1), pues los rusos adoptan una actitud muy parecida a la de los americanos en el asunto de los OVNI—, dotados de células fotoeléctricas ultrasensibles —se dice que son capaces de detectar la presencia de un cigarrillo encendido a 15 kilómetros de distancia—, se destinan principalmente a la detección de «plátanos» posados en tierra, pues éstos crean una discontinuidad térmica sobre la superficie de nuestro planeta, discontinuidad que es captada por los satélites. Ello explicaría el hecho de que la CIA se interese principalmente por los casos de «aterrizaje» acaecidos de noche o con cielo despejado, y no envíe agentes para investigar los casos ocurridos con cielo nublado o de día. En estos últimos, en efecto, sus agentes no podrían comprobar *de visu* (huellas en el suelo, tierra calcinada, presencia de «humanoides» revelada por algún testigo, etc.) si lo que han registrado sus satélites-espía es cierto o no.

Todo lo apuntado confiere una nueva dimensión, algo inquietante, al gran enigma de los OVNI. Aunque, por otra parte, la actitud de las autoridades militares sería lógica y la que cabría esperar de ellas, en presencia de unas naves de origen desconocido que violan constantemente, y con la mayor impunidad, el espacio aéreo de todas las naciones de la Tierra, ¿encierra esta violación una amenaza potencial, o se trata simplemente de pacíficas misiones de reconocimiento geológico y científico? Sólo el tiempo podrá responder a esto, pero entretanto los militares rusos y norteamericanos, con el pragmatismo que les es propio, dejan

(1) Vid. Andreas Faber Kaiser: *Cosmos-Cronología general de la Astronáutica, A.T.E., Barcelona, 1973.*

a un lado teorías y elucubraciones científicas y se enfrentan resueltamente con algo que ellos saben que es completamente real... y que acaso pueda ser una amenaza.

Entretanto, y además de los datos que les envían por telemetría sus satélites-espía (en el momento de escribir estas líneas, los rusos ya han lanzado más de 600 «Cosmos»), las dos grandes potencias siguen intercambiando información sobre los OVNI a través del Comité para la Seguridad del Estado, o *Komitet Gosudarstvennoi Besopasnosti*, más conocido por sus iniciales KGB, y la *Central Intelligence Agency*, Agencial Central de Inteligencia (o CIA). Es decir, el problema está en manos de los servicios secretos de los Estados Unidos y la URSS.

La Asamblea de la AAAS

Tras esta larga digresión, destinada a presentar a nuestros lectores la grande y trágica figura del profesor James McDonald, volvamos al tema inicial. En el simposio celebrado en Boston en diciembre de 1969 bajo el patrocinio de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS), volvemos a encontrar los nombres de algunos de los participantes en el simposio celebrado ante el Comité de Ciencia y Astronáutica de la Cámara de Representantes. Son éstos los profesores Hynek y Hall, más el malogrado McDonald. Otros dos de los asistentes a ambas reuniones científicas fueron los profesores Sagan y Menzel. Entre los nombres nuevos, debemos señalar: Frank D. Drake, profesor de Astronomía y director del Centro Nacional de Astronomía y la Ionosfera de la Universidad de Cornell, Ithaca (Nueva York). Drake, juntamente con Bracewell, estuyo al frente del famoso «Proyecto OZMA» de Greenbank (Virginia occidental), el gigantesco radiotelescopio que intentó captar (al parecer sin éxito) señales inteligentes procedentes de Epsilon Eridani, estrella situada a 11 años luz de la Tierra; Lester Grinspoon, profesor clínico

auxiliar de Psiquiatría en la Escuela Médica de Harvard, y director de Psiquiatría (investigación), en el Centro de Salud Mental de Massachusetts, en Boston; Kenneth R. Hardy, director de la Sección de Radar Meteorológico del Laboratorio de Meteorología adscrito a los Laboratorios de Investigación de la Aviación Cambridge en Bedford (Massachusetts); William K. Hartmann, profesor auxiliar del Laboratorio Lunar y Planetario de la Universidad de Arizona, en Tucson, y experto en fotografía en la Comisión del Colorado («Proyecto Condon»); Philip Morrison, profesor de Física en el Instituto de Tecnología de Massachusetts; Thornton Page, profesor de Astronomía en la Universidad Wesleyana, e investigador asociado en el Centro de Astronaves Tripuladas de la NASA en Houston (Texas); Alan D. Persky, profesor asociado en Medicina (Psiquiatría) en el hospital Peter Bent Brigham; consultante en Psiquiatría en el Centro de Salud Mental de Massachusetts, instructor clínico en Psiquiatría en la Escuela Médica de Harvard, en Boston; Douglass R. Price Williams, profesor de Psicología en los departamentos de Psiquiatría y Antropología de la Universidad de California (Los Angeles); Franklin Roach, astrónomo afiliado en la Universidad de Hawái (Honolulu); y, por último, Walter Sullivan, director de la sección científica del *New York Times*, y autor del famoso libro *No estamos solos*.

Durante dos días, esta brillante constelación de sabios e investigadores (entre los que abundaban los psicólogos, como podrá observarse) estudiaron la casuística que fue preparada al efecto, y que permitió someterla a debate y controversia. Como escribe Carl Sagan en su introducción a *UFO's: A Scientific Debate*: «Los participantes incluyen a astrónomos, físicos, sociólogos, psicólogos, psiquiatras y un representante de los medios de información (Sullivan), y comprenden también a la mayoría de los científicos que se han ocupado de estudiar a los OVNI en el transcurso de los años.»

Este debate fue altamente constructivo, en el sentido de que fue un paso muy importante en la toma de conciencia de la comunidad científica ante el problema. No se trató de «explicar» lo que era

el fenómeno, sino de aportar nuevas luces para su estudio.

El Informe Condon

Esta «puesta al día» estaría incompleta sin aludir al famoso estudio patrocinado por la Aviación y subvencionado por ella, primero con trescientos mil dólares, que luego se elevaron a quinientos veintitrés mil y realizado, por contrato con la misma, por la Universidad de Colorado en 1966 y bajo la dirección del doctor Edward Condon. Es éste un eminente físico que había pertenecido al proyecto Manhattan (el que permitió la creación de la primera bomba atómica), y que a la sazón —1966— era director del Departamento de Pesos y Medidas de los Estados Unidos.

Fruto de los estudios de la Comisión de Colorado fue un voluminoso informe (1) de 1.500 páginas, en el que se estudian y analizan los casos que fueron escogidos por la Comisión. «Es lástima que el doctor Condon no haya leído el informe Condon», me escribió Aimé Michel en una carta particular. Lo cierto es que Condon abordó la dirección de este proyecto con ideas preconcebidas y totalmente contrarias a la posible existencia de naves y visitantes extraterrestres. La Prensa mundial que *tampoco* se leyó el Informe Condon (¿quién se lee 1.500 páginas de pesada y apretada prosa científica?), consideró que únicamente eran válidas las recomendaciones negativas del director del proyecto, en el sentido de que el estudio de los OVNI debía abandonarse. Sin embargo, el Informe Condon contiene multitud de casos *positivos*, tanto visuales como de radar y fotográficos. Mencionaremos entre ellos el famoso caso de Lakenheath, registrado desde una base inglesa de la RAF y la USAF el 13-14 de agosto de 1956, y en el curso del cual varios objetos no identificados fueron ob-

(1) *Scientific Study of Unidentified Flying Objects* (Conducted by the University of Colorado under Research Contract F 44620-67 C-0035 with the US Air Force), Bantam Books, Inc. Nueva York, 1969.

servados por personal del arma aérea de las dos naciones durante un período superior a cinco horas, con intervención del radar de tierra, del radar de los aviones, observaciones visuales desde tierra y desde el aire de objetos que efectuaban maniobras no convencionales a gran velocidad, de noche y en las cercanías de dos estaciones de la RAF. Es el caso 2 del Informe Condon, donde se le considera «inexplicable». Otro caso es el de Kirtland, una base de la USAF en Nuevo México, donde el 4 de noviembre de 1967 dos controladores aéreos observaron desde la torre del campo de aviación de la base un objeto luminoso de forma ovoide que descendió y cruzó oblicuamente la zona de las pistas, para cernirse después cerca del suelo durante bastantes segundos y ascender finalmente a una velocidad sin precedentes, hasta perderse entre las nubes. El OVNI fue seguido después por el radar y en dirección al Sur durante varios kilómetros, donde orbitó varios minutos antes de regresar al campo de aviación de Kirtland para ponerse a seguir a un avión de las Fuerzas Aéreas que despegaba de dicha base. Este caso, discutido en la página 141 del Informe Condon, es buen ejemplo de un informe que permaneció enterrado durante años en los archivos del «Proyecto Blue Book» sin que lo conociese nadie fuera del círculo de las Fuerzas Aéreas. Este caso sirvió al profesor McDonald como ejemplo de la incompetencia con que el «Proyecto Blue Book» había llevado las investigaciones, pues en los archivos de dicho «Proyecto» se lo consideraba como «explicados», arguyendo que el objeto era un pequeño y potente avión particular que se equivocó de aeródromo, y eso pese a no haberse molestado en entrevistar personalmente a los dos controladores del tráfico aéreo. La Comisión Condon dio por buenas las explicaciones del «Proyecto Blue Book», que se derrumbaron bajo el análisis a que las sometió McDonald durante el simposio de la AAAS celebrado en Boston en 1969.

Entre los casos cinematográficos y fotográficos que el Informe Condon no consigue explicar, figuran la película tomada por Nick Mariana en Great Falls (Montana) en agosto de 1950; las dos famosas fotografías hechas por Mr. Paul Trent en Mac-

Minnville (Oregón) el 11 de mayo de 1950. Es el caso 46 del Informe Condon y de él el doctor William Hartman, después de un completísimo análisis en el que hizo intervenir a todas las técnicas fotográficas actuales, dijo: «Este es uno de los pocos informes sobre OVNI en que todos los factores investigados, geométricos, psicológicos y físicos parecen estar de acuerdo con el aserto de que un extraordinario objeto volante, plateado, metálico, discoidal, de varias decenas de metros de diámetro, y evidentemente artificial, voló a la vista de los testigos. No puede afirmarse que la evidencia descarte positivamente una falsificación, aunque ciertos factores físicos, como la precisión de ciertas medidas fotométricas de los negativos originales, constituyen un argumento contra una falsificación.»

Otro caso fotográfico que el Informe Condon deja sin explicar es el de Alberta (Canadá), que figura con el número 57 en el Informe, etc. En realidad, el famoso y desconocido Informe Condon es una rica cantera de casos *inexplicables*. Lo que ocurrió, repito, es que la comisión de la Universidad de Colorado nació con una deformación congénita a causa de la actitud apriorística ante el problema del profesor Condon y algunos de sus más allegados colaboradores. Buena muestra de ello es el famoso «memorándum Low», que tal escándalo había de armar. En un memorándum enviado con fecha 9 de agosto de 1966 por Robert J. Low, que luego había de ser el coordinador del proyecto, a Mr. Thurston Manning, vicepresidente de aquella Universidad, y a otros miembros de la Junta Rectora, acerca de la conveniencia de firmar el contrato con la Aviación —la Universidad de Colorado se hallaba entonces necesitada de fondos—, decía, entre otras cosas:

«Si se desea emprender semejante proyecto, hay que abordarlo de manera objetiva. Es decir, hay que admitir la posibilidad de que los OVNI existan. No resulta respetable, sin embargo, tomar en serio tal posibilidad. Los que creen en los OVNI, dicho con otras palabras, son unos proscritos a los ojos de la comunidad científica... Nuestro estudio sería realizado no por creyentes en los

OVNI que, si bien muy probablemente no podría demostrar sus resultados negativos, sí podría presentar una impresionante masa de pruebas en el sentido de que las observaciones no tienen realidad alguna. La treta (*trick*) consistiría, creo yo, en presentar un estudio que, a los ojos del público, apareciese como una investigación totalmente objetiva, pero que ante la comunidad científica ofreciese la imagen de un grupo de escépticos que se esfuerzan por ser objetivos, pero que tienen una esperanza casi cero de hallar un "platillo". Una manera de conseguirlo consistiría en dar mayor importancia no a la investigación de los fenómenos físicos, sino de aquellos que efectúan las observaciones (o sea, de los testigos). Si el acento se pusiese ahí... creo que la comunidad científica no tardaría en darse cuenta de cuál es nuestro propósito (*to get the message*).»

El 12 de diciembre de 1967, dos científicos de la Comisión, los doctores David Saunders y Norman Levine, hicieron llegar una copia de este memorándum, guardado en los archivos de la Comisión, a manos del profesor James McDonald, a quien ya conocemos como un adalid del origen extraterrestre de los OVNI. McDonald, muy impresionado ante el tono completamente parcial del memorándum, pidió a Saunders y Levine que le permitiesen decir a Low que conocía la existencia de dicho documento, en la creencia de que ello asustaría a su autor y a Condon, y los obligaría a cambiar las directrices del proyecto, adoptando una mayor imparcialidad. Para asegurarse de ello, McDonald pidió asimismo permiso para informar a la Academia Nacional de Ciencias (NAS), encargada de poner su refrendo a la versión definitiva del informe elaborado por la Comisión Condon.

El grupo de científicos dio finalmente su consentimiento, pero los resultados fueron desastrosos. Condon y Low se enfurecieron. Se supo luego que Condon denunció acaloradamente a Saunders, afirmando que «lo destruiría profesionalmente». El doctor Levine fue intimidado de manera similar, y ambos fueron despedidos al día siguiente, bajo la acusación de «incompetencia».

El 11 de noviembre, el mayor Donald Keyhoe

envió una lista de preguntas al doctor Condon y a Low, afirmando que la NICAP continuaría enviándole casos si las respuestas dadas a las preguntas eran satisfactorias. Entre otra cosas, se preguntaba al doctor Condon si se proponía efectuar estudios sobre el terreno de algunos casos más importantes, si había examinado alguno de los centenares de informes sometidos por la NICAP, y si el proyecto era verdaderamente objetivo e imparcial, según habían afirmado los altos funcionarios de la Universidad, la Aviación y el propio doctor Condon.

Tanto el doctor Condon como Low se negaron a responder a estas preguntas.

Poco después de esto, Keyhoe recibió confidencialmente una copia de las proposiciones sometidas por Low a Thurston Manning, y que hemos reproducido al principio. Hemos visto ya cuáles fueron las opiniones expuestas por Low en este revelador documento, a pesar de que el contrato firmado por Manning y el doctor Condon con la Aviación comprendía la siguiente cláusula: «La labor se desarrollará en condiciones de la más rigurosa objetividad por parte de los investigadores que, tan cuidadosamente como pueda determinarse, no tengan predilecciones ni posiciones preconcebidas en la cuestión de los OVNI. Esto es esencial si el público, el Congreso, el Presidente de los Estados Unidos y la comunidad científica tienen que tener confianza en este estudio.»

Todos estos hechos produjeron diversos resultados y reacciones. El doctor Saunders, que a partir de entonces había de convertirse en un importante investigador del fenómeno, publicó un libro, titulado *UFOS? Yes!* (en colaboración con R. Roger Harkins), en el que explicaba todas las interioridades de la Comisión Condon y calificaba de erróneo su resultado. El libro apareció en 1968. Pero el peso del veredicto oficial de Condon, sometido a la Academia Nacional de Ciencias, era considerable, y el doctor Robert C. Seamans, Jr., secretario (o ministro) de Aviación, decidió seguir las recomendaciones del que había sido director de la Comisión Condon. Así, el 17 de diciembre de 1969, la Aviación de los Estados Unidos terminó oficial-

mente todas sus investigaciones sobre objetos no identificados, mediante la disolución de su órgano especial de encuesta o «Proyecto Blue Book», radicado, como sabe el lector, en la Base Aérea de Wright Patterson, en Dayton (Ohio). El anuncio fue hecho por la oficina del subsecretario de Defensa (Asuntos Públicos). ¿Qué había sucedido? De la noche a la mañana, ¿ya no existían los OVNI? Las principales razones esgrimidas por el doctor Seamans para clausurar el «Proyecto Blue Book», según figuran en un memorándum en el que se comunicaba la orden al jefe de Estado Mayor de la Aviación, el general John D. Ryan, era que tal estudio «no podía justificarse ni en el terreno de la seguridad nacional ni en interés de la Ciencia». Su decisión se basaba además en los resultados del «Robertson Panel» de 1953, el Informe Condon de 1968, y las conclusiones que del mismo dedujo la Academia Nacional de Ciencias. Por último, en «la experiencia de la Aviación, que había investigado informes sobre OVNI durante las dos últimas décadas».

La publicación de los «resultados» alcanzados por la Comisión del Colorado y la disolución del «Proyecto Blue Book» representaron el punto más bajo a que se había llegado en muchos años en cuanto a la creencia del público en la realidad del fenómeno. Los escépticos sacaron nuevas ínfulas y los creyentes a machamartillo tuvieron que capear el temporal como pudieron. Porque, en efecto, como atinadamente señalan Carl Sagan y Thornton Page en su introducción al libro que reúne las comunicaciones presentadas al simposio de la AAAS, «a diferencia de otros temas objeto de estudio científico, los OVNI parecen provocar un fervor que generalmente suele reservarse para la política, la moral o la religión». Los doctores Grinspoon y Persky, dos psiquiatras que participaron en este debate, se mostraron impresionados por las desusadas emociones exhibidas tanto por los testigos como por los intérpretes del fenómeno OVNI (incluyendo entre estos últimos a algunos de los distinguidos participantes en dicho simposio).

El «hombre de la calle», cuyo breviario es la Prensa diaria, dio el asunto por liquidado y arrum-

bado definitivamente: una comisión de sabios americanos había dicho que no había «nada de nada» en eso de los platillos volantes, y, en consecuencia, el Gobierno de los Estados Unidos había dejado de ocuparse de la cuestión. Así de sencillo. Pero los que estábamos en el intríngulis sabíamos que la verdad distaba mucho de ser tan sencilla, y que el problema seguía siendo estudiado en secreto por las agencias y servicios de inteligencia. Como si los «platillos» se riesen de las disposiciones y decretos oficiales, siguieron dejándose ver e incluso posándose en el suelo, con una falta de respeto notoria hacia el veredicto del profesor Edward Condon, a quien no le gustaba que hubiese en el Cosmos alguien más inteligente que... el profesor Edward Condon.

Eppur si vedono!, pudiéramos decir, remedando la frase atribuida a Galileo.

APENDICES

APÉNDICE I

OBJETOS MISTERIOSOS EN LOS CIELOS DE LA ANTIGÜEDAD Y EDAD MEDIA

Quien creyera que sólo se han visto objetos «no identificados» en los últimos veinte años estaría en un error. Mucho antes de que existiese una Prensa sensacionalista y periodistas descoscos de llenar las lagunas estivales con serpiente de mar y platillos volantes, estos últimos ya surcaban la atmósfera de nuestro planeta. Una época positivista y falta de imaginación como la nuestra los ha bautizado con tan prosaico y ridículo nombre. En otras épocas se buscaron símiles y comparaciones entre lo que entonces rodeaba al hombre, y así los romanos los llamaron *clipei ardentes*, escudos llameantes; los hindúes *vimanas*, *puspakas*, o carros celestiales, los chinos dragones o carros alados. Parece como si en todas las épocas la Tierra hubiese estado sometida a una benévola vigilancia por poderes procedentes de ignotas profundidades del Cosmos.

Egipto

Una de las más antiguas alusiones a los platillos volantes procede de un papiro, original de la XVIII dinastía egipcia, que forma parte de los Anales Reales de Tutmosis III el Grande (1501-1447 a. de J.C.). Este documento, de cuya autenticidad no puede haber ninguna duda y que, desgraciadamente, contiene muchas lagunas en su relato, describe unos objetos celestes que hicieron su primera aparición un mediodía entre el 18 de febrero y



Reproducción del Papiro Tullius.

el 20 de marzo del 1487 a. de J.C., es decir, hace treinta y cuatro siglos y medio. El informe es de Boris Rachewiltz, quien a su vez lo halló en el Museo Vaticano cuando examinaba los documentos dejados por el difunto profesor Alberto Tullius. Rachewiltz publicó su trabajo en la revista *Doubt*; un extracto del mismo fue luego reproducido, bajo el título «Platillos Volantes en la Antigüedad», en el Boletín n.º 87 de la Sociedad Astronómica de España y América, en setiembre de 1957. De esta

solvente publicación reproducimos la versión que aquí damos del documento:

«En el año 22, tercer mes del invierno, a la sexta hora del día, los escribas de la Casa de la Vida notaron la llegada de un CÍRCULO DE FUEGO EN EL CIELO. Su cuerpo tenía una vara de largo y un quinto de ancho (5 por 1 metros, aproximadamente). Aunque no tenía cabeza, su boca despedía un aliento de olor fétido. No tenía voz... Sus corazones quedaron turbados y echaron a correr. — Después fueron a comunicarlo al rey. Su Majestad meditó acerca de lo ocurrido. Su Majestad dio la orden... ha sido examinado... como todo cuanto se ha escrito en los rollos de papiros de la Casa de la Vida... Ahora, cuando ya han transcurrido muchos días después de estos acontecimientos... ¡Oh! Son numerosos como todo. Brillan más que el Sol en los cuatro puntos cardinales del cielo. Los CÍRCULOS DE FUEGO ocupaban una fuerte posición y el ejército del rey los vio, estando Su Majestad en medio de él. Esto tuvo lugar después de la cena. Allí arriba, ellos (los círculos de fuego) se elevaron en dirección Sur. Cayeron del cielo peces y aves... una maravilla jamás vista desde que este país existe. Su Majestad hizo traer incienso para apaciguar... en el Libro de la Casa de la Vida lo que había sucedido para que sea recordado toda la eternidad.»

Y he aquí un detalle por demás sugestivo: la cronología registrada en este papiro acerca de la aparición de las misteriosas potencias celestes que estaban desarrollando una acción declaradamente hostil contra Egipto, parece estar relacionada con las plagas bíblicas que en aquella misma época y lugar dieron libertad a los hebreos.

Tampoco deja de parecernos curioso el hecho de que los faraones del Imperio antiguo ostentaran los títulos de «Señor de las Dos Tierras» y «Protector del Canal», sobre todo si se tiene en cuenta que según autorizadas opiniones de geólogos eminentes, el Nilo presenta ciertas peculiares características (su curso invertido, por ejemplo, en relación con los demás ríos de la Tierra) que permiten establecer la hipótesis de que en realidad pueda tratarse de un río excavado artificialmente.

Por lo menos, la Biblia así parece revelarlo en Ezequiel 29: 3, 9 y 10: «Habla y di: Así dice el Señor, Yahvé: ¡Heme aquí contra ti, oh Faraón, rey de Egipto! Cocodrilo gigantesco, echado en medio de tus ríos, te dije: Míos son los ríos, yo mismo los he excavado... Y la tierra de Egipto se tornará en soledad y desierto, y sabrán que yo soy Yahvé, por haber dicho: Míos son los ríos, yo los he hecho. Por eso, heme aquí contra ti y contra tus ríos...»

¿Y qué decir del origen de la creencia en los barcos de los muertos para el viaje celeste de las almas? Primitivamente los egipcios no eran enterrados, sino que sus cuerpos, como los de los reyes muertos, eran abandonados en las dunas del desierto con objeto de que el aire caldeado y las ardientes arenas ejercieran sobre los cadáveres, así expuestos al sol y al frío de la noche, un proceso de preservación de la corruptibilidad y produciendo en ellos una momificación natural. La leyenda egipcia cuenta que un día descendió del cielo un barco volador y se llevó uno de los cuerpos de aquella necrópolis expuesta a la intemperie. Así se forjó el mito de la nave de Osiris.

Y si a esto añadimos la manifestación del extraño fenómeno celeste que presenció el místico Akhenatón, acontecimiento singular y extraordinario que motivó la gran reforma monoteísta en la religión egipcia y que por sus peculiares características creemos que podría también tener conexión con la cuestión que estamos considerando, el lector inteligente podrá elaborar sus propias conclusiones. Lamentamos que el limitado espacio de que disponemos aquí no nos permita ocuparnos ahora del misterioso disco solar que apareció ante Akhenatón, pero no obstante diremos que se desprende una analogía extraordinaria entre el disco celeste que vio el monarca del Nuevo Imperio y los círculos de fuego descritos en el papiro de Tutmosis III el Grande, cuyo contenido ya hemos considerado.

En su III Himno al dios Atón, salmea Akhenatón: «¡Oh, disco solar, que con tu brillo refulgente palpitas como un corazón y mi voluntad parece la tuya! ¡Oh, disco de fuego, que me alumbras, y tu brillo y tu sabiduría son superiores al Sol!»

Japón

Si de Egipto saltamos al Japón, veremos que en el *Koyiki* o *Crónica de las Cosas Antiguas*, escrita en el año 712 y en el *Nihongi* o *Recuerdos de las Antiguas Crónicas*, escritos en el año 720, se relatan los orígenes del mundo nipón y se dice que en el país de Takamaga-hara (los «Altos Planos del Cielo»), sin saber cómo ni cuándo, aparecieron varias generaciones de deidades, y que a la séptima generación nacieron dos hermanos: Yzanagi (el varón que invita) e Izanami (la mujer que invita), los cuales recibieron la orden de abandonar el cielo, descendiendo de las «altas esferas» por medio del «Puente Flotante» (Ukibasi), y venir a informar y dar vida a la materia cenagosa e informe que había de ser después el globo terrestre que habitamos.

China

Una tradición china afirma que los primeros habitantes del país llegaron a la Tierra procedentes de la Luna. (El título de «Celeste Imperio» debe estar relacionado con esta creencia u otras conexas.)

Mil años antes de Cristo, un autor chino habla de los «sui sing», esto es, «globos luminosos», diciendo: «Desde la antigüedad hasta nuestros días no se podrían enumerar los "sui sing" que han descendido a la Tierra.» (Estos misteriosos artefactos se creían ocupados por una entidad invisible, titánica y omnipotente.)

Laotsé, fundador del taoísmo, desapareció arrebatado hacia el cielo. Confucio escribió de él: «He visto a Laotsé y se parece al dragón, que no puede adivinarse si sube al cielo por el viento o cabalgando en las nubes.»

India

En Egipto no se habla de vehículos aéreos. El antiquísimo papiro Tulli se limita a describir extraños fenómenos celestes. Pero el *Ramayana*, antiguo poema hindú iniciado alrededor del año 1000 antes de nuestra Era, es ya más explícito, pues nos describe un «carro celestial» muy concreto: el *puspaka*.

«El carro *puspaka* —relata el *Ramayana*—, parecido al sol y que pertenece a mi hermano, fue traído por el poderoso Ravan; este excelente carro aéreo, que va a cualquier sitio a voluntad, está dispuesto para ti (Rama). Este carro, parecido a una brillante nube en el cielo, está en la ciudad de Lanka.»

El antiguo clásico continúa:

«Viendo cómo venía el carro movido por la simple fuerza de voluntad, Rama alcanzó el colmo del estupor. Y el rey subió en él, y el excelente carro, bajo el mando de Raghira, se elevó a lo más alto de la atmósfera. Y en ese carro, desplazándose a su placer, Rama halló gran deleite.»

El *Mahabarata*, o epopeya de los Baratas, el gran poema épico hindú que puede compararse con la *Iliada*, contiene «descripciones» de estas maravillas celestiales, como por ejemplo:

«El hermoso carro celestial poseía el brillo del fuego...»

«Resplandeciendo con poderosa luz, como una llama en una noche de verano...»

«Como un cometa en el cielo... Como un meteorito rodeado por una poderosa nube.»

En el *Mahabarata* se encuentra también expuesto el *Vimana Vidya*, o «arte de volar en vehículos aéreos». En la antigua literatura védica hallamos nuevas referencias a los *vimanas* en las *Estancias de Dzyan*, antiquísimo relato alegórico. De ellas se desprende que existían ciertos «reyes», o «instructores», llamados también «dragones de sabiduría», que poseían vehículos aéreos discoidales: las *vimanas*. En las *Estancias de Dzyan* encontramos este

pasaje que, muy posiblemente, dio origen al relato bíblico del Exodo... varios miles de años después:

«Y el Gran Rey del Rostro Resplandeciente (¿uno de los grandes instructores extraterrenales?), el jefe de todos los que tenían el rostro amarillo, estaba entristecido viendo los pecados cometidos por los de la Cara Negra.

»Envió sus vehículos aéreos (los *vimanas*) a todos los jefes sus hermanos, con hombres piadosos en su interior, diciéndoles: —Preparaos... En pie, hombres de la Buena Ley, y atravesad el país mientras aún está seco.

»Los señores de la tempestad se aproximan. Sus carros (volantes) se aproximan a la Tierra... Los señores inferiores de los fuegos... preparan sus mágicas *Agnyastra* (armas de fuego preparadas por arte de "magia").»

Según W. Scott Elliot, que publicó en 1895 *The Story of Atlantis*, las *vimanas* eran «al parecer, de una sola pieza y perfectamente lisas y bruñidas, y brillaban en la oscuridad como si estuviesen revestidas de una pintura fosforescente».

Este fenómeno de la luminosidad aparece con frecuencia en los informes sobre objetos no identificados de la actualidad. A finales del siglo pasado, desde luego, nadie hablaba aún de «plattillos volantes» ni existía la «histeria» ni la «alucinación colectiva», argumentos favoritos de los antiplattillistas... los cuales olvidan que el famoso psicólogo Carl Jung ha desmentido formalmente en una obra en la que estudia el fenómeno de los OVNI desde el punto de vista social, que éstos puedan ser el resultado de una alucinación colectiva. De admitir la existencia de la misma, habría que admitir también la propagación de las «alucinaciones en línea recta durante centenares de kilómetros, como se desprende del asombroso estudio realizado por Aimé Michel.

En una antigua obra sánscrita, el *Samarangana Sutradhara*, se intenta describir el método de propulsión de las *vimanas*:

«Cuatro sólidos recipientes de mercurio deben instalarse en la estructura interior. Una vez calentados por fuego contenido en recipientes de hierro, la *vimana* adquiere la fuerza del trueno gracias al

mercurio. E inmediatamente se convierte en una perla en el cielo.»

En esta antiquísima lengua, se distinguía entre obras místicas (*Daiva*) o reales (*Manusa*). El *Samarangana Sutrādhara* tiene la consideración de *Manusa*. Además de este interesante pasaje, esta obra contiene la frase siguiente, harto curiosa por demás:

«Por medio de estas máquinas, los seres humanos pueden volar por los aires y los seres celestiales pueden descender a la Tierra.»

Tibet

Si de la India saltamos al Tibet, hallaremos entre los lamas tibetanos una aceptación casi total de la existencia de estos extraños artefactos. El misterioso personaje que se oculta tras el nombre de Lobsang Rampa (1) y que ha publicado un libro fascinante sobre el Tibet actual, nos dice que en todas las épocas naveles del espacio han visitado la Tierra (ver *El tercer ojo*), y se refiere también a los dibujos de extrañas máquinas que se encuentran en los pasadizos subterráneos del Potala o residencia del Dalai Lama. Por último menciona la existencia, en el *Sancta Sanctorum* del palacio, de un extraño mausoleo que contiene los cadáveres cubiertos de planchas de oro de tres seres gigantes, dos hombres y una mujer. Naturalmente, y dado el origen dudoso de estas noticias, sólo podemos acogerlas aquí con grandes reservas.

Testimonios bíblicos

En la Biblia hallamos también pasajes muy curiosos, que han suministrado armas a los partidarios de la teoría de los visitantes extraterrestres.

(1) En carta reciente dirigida a mi amigo y colaborador A. Faber Kaiser, el secretario particular del Dalai Lama exiliado, decía que el tal Lobsang Rampa es un «British subject, (sic) y que en sus libros hay mucha imaginación.

En primer lugar, los misteriosos *Ben-Elohim* o Hijos de Dios, citados en el Génesis. Transcribimos el pasaje completo: «Había entonces gigantes en la tierra, y también después, cuando los Hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres, les engendraron los héroes, que muy de antiguo son hombres famosos» (Génesis 6, 4), y dos versículos antes dice: «Viendo los Hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron.» Y dijo Yahvé: «No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días.»

¿Quiénes eran estos hijos de Dios que se unieron a las hijas de los hombres? Según los antiguos exegetas, eran los ángeles, pero son combatidos por los escoliastas modernos. Etimológicamente la palabra griega *ángelos* significa *mensajero*. Los ángeles del Antiguo Testamento son muy antropomórficos; en un caso incluso han de defenderse de las iras populares, encerrándose en casa de Lot: «Llegaron a Sodoma los dos ángeles ya de tarde, y Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad. Al verlos, se levantó Lot, y les salió al encuentro, e inclinó su rostro a tierra, diciendo: "Mirad, señores; os ruego que vengáis a la casa de vuestro siervo para pernoctar en ella y lavaros los pies. Cuando os levantéis por la mañana, seguiréis vuestro camino." Y le contestaron: "No, pasaremos la noche en la plaza." Instólos mucho, y se fueron con él a su casa, donde les preparó de comer, y coció panes ácidos, y comieron. Antes que fueran a acostarse, los hombres de la ciudad, los habitantes de Sodoma, rodearon la casa, mozos y viejos, todos sin excepción. Llamaron a Lot, y le dijeron: "¿Dónde están los hombres que han venido a tu casa? Sácanoslos, para que los conozcamos." Salió Lot a la puerta, y cerrándola tras sí, les dijo: "Por favor, hermanos míos, no hagáis semejante maldad. Mirad, dos hijas tengo que no han conocido varón, os las sacaré, para que hagáis con ellas como bien os parezca; pero a esos hombres no les hagáis nada, pues para eso se han acogido a la sombra de mi techo." Ellos le respondieron: "Quítate allá. Quien ha venido como peregrino, ¿va a

querer gobernarlos ahora? Te trataremos a ti peor todavía que a ellos." Forcejaban con Lot violentamente, y estaban ya para romper la puerta, cuando, sacando los hombres su mano, metieron a Lot dentro de la casa, y cerraron la puerta (Génesis, 19, 1-10).»

Eugenio Danyans, estudioso especializado en cuestiones bíblicas, ha observado la gran profusión de «ruedas» y «torbellinos» que aparecen en las Sagradas Escrituras, y a cuyos fenómenos se aplica el nombre hebreo de *gaigal*, o sea, *rueda*.

Pero el pasaje bíblico que ha hecho correr más tinta es el de la célebre visión de Ezequiel. Vamos a transcribirlo aquí literalmente, tomándolo, como hemos hecho hasta ahora con los pasajes bíblicos citados, de la excelente versión castellana de las Sagradas Escrituras de Nácar-Colunga:

«Miré y vi venir del septentrión un nublado impetuoso, una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición. En el centro de ella había semejanza de cuatro seres vivientes, cuyo aspecto era éste: Tenían semblante de hombre, pero cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas. Sus pies eran derechos y la planta de sus pies era como la planta del toro. Brillaban como bronce en ignición. Por debajo de las alas, a los cuatro lados, salían brazos de hombre; todos cuatro tenían el mismo semblante y las mismas alas, que se tocaban las del uno con las del otro. Al moverse no se volvían para atrás, sino que cada uno iba cara adelante. Su semblante era éste: De hombre, por delante, los cuatro; de león a la derecha los cuatro, de toro a la izquierda los cuatro, y de águila por detrás los cuatro. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto, dos se tocaban la del uno con la del otro y dos de cada uno cubrían su cuerpo.

»Todos marchaban de frente, a donde les impelía el espíritu, sin volverse para atrás. Había entre los vivientes fuego como de brasas encendidas cual antorchas, que discurría por entre ellos, centelleaban y salían de él rayos. Y los vivientes se movían en todas direcciones semejantes al rayo. Mirando a los vivientes, descubrí junto a cada uno

de los cuatro lados, una rueda que tocaba a la tierra. Las ruedas parecían de turquesa, eran todas iguales y cada una dispuesta como si hubiera una rueda dentro de otra rueda. Marchaban hacia los cuatro lados yendo y no se volvían al caminar. Mirando, vi que sus llantas estaban todo alrededor llenas de ojos. Al ir los vivientes, giraron junto a ellos las ruedas, y al levantarse los vivientes sobre la tierra, se levantaban las ruedas. Hacia donde les impelía el espíritu a marchar, marchaban; y las ruedas se alzaban a la vez con ellas, porque tenían las ruedas espíritu de vida. Cuando iban ellos, iban las ruedas; cuando ellos se paraban, se paraban ellas, y cuando se alzaban de la tierra, se alzaban, porque había en las ruedas espíritu de vida.

»Sobre la cabeza de los vivientes había una semejanza de firmamento, como de portentoso cristal, tendido por encima de sus cabezas, y por debajo del firmamento estaban tendidas sus alas, que se tocaban dos a dos, la del uno con la del otro, mientras las otras dos de cada uno cubrían su cuerpo. Oía el ruido de las alas, como ruido de río caudaloso, como ruido de truenos, cuando marchaban, como el estruendo de un campamento; cuando se detenían plegaban las alas.

»Y una voz hendió el firmamento que estaba sobre sus cabezas. Sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una apariencia de piedra de zafiro a modo de trono, y sobre la semejanza del trono, en lo alto, una figura semejante a un hombre que se erguía sobre él; y lo que de él parecía, de cintura arriba, era como el fulgor de un metal resplandeciente, y de cintura abajo, como el resplandor del fuego que en derredor suyo resplandecía. El esplendor que le rodeaba todo en torno era como el del arco que aparece en las nubes en día de lluvia. Esta era la apariencia de la imagen de la gloria de Yahvé. A tal vista yo caí rostro a tierra, pero oí la voz de uno que me hablaba» (Ezequiel, 1, 4-28).

Más adelante Ezequiel dice: «Entonces me arrebató el espíritu, y oí tras de mí un estruendo de fuerte terremoto, al elevarse la gloria de Yahvé de su lugar; y oí el rumor de las alas de los cua-

tro seres, que daban una contra la otra, y el ruido de las ruedas, ruido de gran terremoto» (Ezequiel, 2, 12-13).

Sin dar nada por sentado, Jimmy Guieu avanza una atrevida hipótesis (*Les soucoupes volantes viennent d'un autre monde*, pág. 214). En primer lugar, hace observar que el profeta Ezequiel vivió aproximadamente 600 años antes de Jesucristo. Tanto él como sus contemporáneos no poseían en absoluto lo que podríamos llamar una terminología técnica. Asistiendo al aterrizaje de un avión y a la salida de sus tripulantes, un pigmeo, un primitivo australiano o un indio de las selvas amazónicas sólo podría expresarse por medio de palabras sencillas y de sentido perfectamente conocido y claro para él. Así, para el sencillo hombre primitivo, el avión hubiera sido un «gran pájaro» (para los hombres de la Edad Media una astronave hubiera sido un «dragón volante», una «nave celestial» o una «nave diabólica», según los casos, del mismo modo como hoy en día los incrédulos las tachan de «meteoros»). Para el salvaje antedicho el zumbido de los motores o los reactores hubiera sido «el ruido de las alas, como ruido de río caudaloso, como ruido de truenos...» (1).

Siguiendo su razonamiento —que no comparativos más que con grandes reservas—, Guieu dice que resulta sorprendente la semejanza de estos aparatos con «nuestros» modernos discos volantes. Y subraya aparatos, pues de ellos salieron unos «vibrantes» cuyo aspecto tenía algo de humano... y que brillaban como bronce en ignición.

Hay que presumir, pues, que probablemente se trataba de seres morfológicamente idénticos a nosotros, pero revestidos de *videascafo* o *escafandra espacial de reflejos metálicos* (tal como se presentaron a Oskar Linke los ocupantes del platillo volante que aterrizó en la Alemania oriental).

Más adelante, Ezequiel bautiza a estos seres con el nombre de «querubines».

Las «cuatro ruedas» que menciona el texto bí-

(1) Vid. además: A. Faber Kaiser, *La NASA diseña y confirma la comonense de Ezequiel*, en *Karma-7* n.º 9, julio 1973. Artículo que comenta el trabajo de Josef F. Blumrich, ingeniero jefe de la oficina de proyectos de la NASA, con los dibujos originales del mismo.

blico, de una circunferencia y una altura terrofríficas, «estaban llenas de ojos todo alrededor». Frecuentemente, los observadores han notado la presencia de mirillas o portillos en la periferia de los discos volantes. Estas mirillas podían haber sido tomadas por «ojos» por Ezequiel. Su vocabulario no poseía semejantes palabras técnicas.

Muy significativo también es la coloración atribuida por Ezequiel al aparato, así como el movimiento de rotación de que estaba animado: «El esplendor que lo rodeaba todo en torno era como el del arco que aparece en las nubes en día de lluvia.» Esta iridiscencia ha sido observada repetidas veces en apariciones de discos contemporáneos. «Una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición.» Esta descripción de la llegada de la astronave se corresponde punto por punto, salvando las diferencias inevitables del lenguaje, con otras observaciones contemporáneas que el lector hallará en este mismo libro, referidas a discos que se desplazan a pequeña velocidad, o que se disponen a aterrizar o elevarse.

Ezequiel, según Guieu, no tuvo una «visión». Vio realmente descender a tierra a cuatro astronaves lenticulares, cuyos ocupantes saltaron a su encuentro, prodigándole sabias palabras antes de enviarlo hacia las tribus rebeldes de Israel.

Aquí, las palabras de Jesucristo adquieren todo su increíble significado: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Juan, 14, 2). Y: «Tengo otras ovejas que no son de este aprisco» (Juan, 10, 16).

La Iglesia, por boca del difunto Papa Pío XII, ha admitido explícitamente la pluralidad de los mundos habitados, y la existencia de otras inteligencias además de la humana en el Cosmos. (Allocución de Su Santidad Pío XII ante una reunión de asistentes al Congreso de Astronáutica, celebrada en Roma en setiembre de 1956.)

Otra visión sorprendente que registran las Sagradas Escrituras es la de Zacarías:

«Yo alcé de nuevo mis ojos, y vi en visión un rollo volando. Preguntéme él (el ángel que habla-

ba con Zacarías): ¿Qué ves? Y respondí: Veo un rollo de veinte codos de largo y diez de ancho, que vuela» (Zacarías, 5, 1-2).

El codo sagrado de los hebreos, que difería del codo profano de los egipcios, de los babilonios y de las restantes naciones contemporáneas, equivale exactamente a 0,63560, o sea casi 0,64. Si el rollo que vio Zacarías tenía veinte codos de largo, esto equivaldría a unos 13 metros. Su anchura (o su diámetro) sería, pues, de 6,5 metros. La Biblia armenia traduce «rollo» por pergamino, mensaje escrito o misiva (redactada sobre pergamino o papiro enrollado alrededor de un cilindro de madera, como era costumbre en la época).

Según dice Guieu, es difícil concebir a una «carta» o a un «mensaje» enrollado de una longitud de 13 metros y un diámetro de 6,5 metros, paseándose por los cielos. Antes más bien, tal descripción cuadra perfectamente con la de los objetos fusiformes o los «cigarros volantes» (volvemos a los términos de comparación conocidos para cada época) como el de Olorón o el de Vernon, por no citar más que a dos de los más salientes.

Ya que hemos mencionado el codo sagrado hebreo, no estará de más decir que fue la unidad de medida empleada para construir el famoso «mar de bronce» de Salomón. Esta unidad de medida fue llevada por los hebreos a Egipto, donde solamente se aplicó en la construcción de la Gran Pirámide de Keops, pues para los demás tipos de construcciones, los egipcios empleaban el codo profano. También es curioso señalar que el volumen del «mar de bronce» corresponde exactamente con el volumen del sarcófago que se alberga en el interior de la Gran Pirámide egipcia, y que muchos no consideran como tal, sino como recipiente destinado a fijar misteriosas medidas. Como cree el abate Moreux, estamos ante una medida de capacidad extraordinariamente notable, que se repite a través de los siglos, de Egipto hacia la Biblia, sin que pueda percibirse el mecanismo de transmisión, que seguramente, fue oral.

Según Th. Moreux, Emilio Ribas y otros, el

codo sagrado o piramidal constituye la medida exacta «ideal» de longitud y resulta mucho más perfecto que el metro. Multiplicando el codo piramidal por 10 millones, encontraremos la distancia de 6.356.600 metros, equivalente a la longitud que la ciencia actual atribuye a radio polar de la Tierra. Estas y otras medidas no menos curiosas han sido halladas por Piazzi-Smith y otros, implícitas en la Gran Pirámide de Keops y en el sarcófago que contiene. No nos detendremos aquí en el estudio de esta cuestión, que escapa al propósito de este libro, pero sí diremos que en la Gran Pirámide parecerían compendiarse una serie de medidas avanzadísimas para la ciencia contemporánea y basadas en el codo sagrado hebreo, llevado por este pueblo a Egipto.

Roma

Tenemos muy pocos testimonios de la Grecia clásica. En cambio, los autores latinos nos han dejado abundantes referencias. Describieron apariciones de objetos no identificados Plinio *el Viejo*, Tito Livio, Séneca y Julio Obsequens, citando en algunos casos testimonios griegos, en particular de Aristóteles.

Plinio (siglo I a. de J.C.), en el libro II de su *Historia Natural* (cap. XXV al XXXVI) habla de todos los fenómenos conocidos en su tiempo que sin corresponder estrictamente al espacio exterior, tampoco son completamente de nuestro planeta, y así, por su naturaleza intermedia, los describe después de tratar de los astros y antes de los meteoros propiamente dichos. Muchos de ellos son, sin lugar a dudas —con la seguridad que proporciona el exacto sentido de la observación y el claro criterio descriptivo de los romanos— fenómenos normales y sobradamente conocidos: cometas en todas sus numerosas formas, estrellas fugaces, bólidos, etc.; pero existen en su relación otros —veinte o veinticinco por lo menos— cuya descripción tal y como Plinio la hizo hace dos mil años podría aparecer en nuestra Prensa de

hoy, casi sin quitar ni añadir palabra, como casos típicos de lo que ahora llamamos «objetos volantes no identificados». Y no sólo esto: las características resultan tan evidentes, que nada cuesta encuadrar todos los «objetos no identificados» de la lista de Plinio en cada una de las cuatro clases que nosotros, hombres ya situados al borde del desenlace de su historia, sabemos existen de ellos.

«CLIQUE ARDENTES» (escudos ardientes): Objetos aéreos brillantes, redondos y —si el nombre es exacto— ligeramente convexos. Estas características no pueden corresponder a un cometa (como, quizá podría ser lo que Plinio describe con el nombre de *discus*), y, menos todavía, el siguiente relato (Libro II, XXV): «Durante el consulado de L. Valerio y C. Mario un *clipeus ardens* atravesó el cielo de Oeste a Este lanzando centellas a la puesta del sol.» Si en este caso la rapidez de su paso impide identificarlos como cometas, en el siguiente marchan demasiado lentos para ser bólidos: «Han sido vistos —cuenta en el cap. XXXI y sucesivos— *varios soles a la vez* y también *varias lunas*. Frecuentemente, en cuatro ocasiones, aparecieron en grupos de tres; sólo una vez aparecieron durante el día, permaneciendo en el cielo desde la mañana hasta el anochecer...»

Objetos de la misma clase deben ser los que nos presenta con el nombre de «DISCOIDES»: «meteoros resplandeciente de color ámbar, casi oscuro en su circunferencia».

«CHASMA»: Especie de meteoros que asemeja una abertura en las *nubes* o en el cielo. Esta curiosa descripción —que es obvio no se refiere a ninguna clase de astro, puesto que el «objeto» puede situarse bajo las nubes— concuerda con el no menos curioso aspecto evanescente, incorpóreo (como, sin duda, lo son) de las desconcertantes «bolas de fuego» observadas en tantos lugares y fotografiadas, sobre todo, en Nuevo México.

En diversas cosmologías primitivas el Sol es una abertura en la bóveda celeste por donde se derrama sobre los mortales la luz reinante más allá en el Empíreo; la Vía Láctea es la huella dejada por la soldadura de las dos semiesferas que

forman el firmamento, etc. La imagen empleada por Plinio cae dentro del mismo estilo.

«TRABS» (literalmente: «en forma de viga»): Objeto celeste de forma alargada, brillante en toda su extensión y que, según Plinio, los griegos ya conocían con el nombre de *dokus*.

Sólo algún cometa de muy particular apariencia podría, tal vez, identificarse con esta descripción. Pero cuadra mucho menos con los OVNI fusiformes que tantas y tan coincidentes observaciones modernas hacen suponer que son grandes naves portadoras de pequeñas unidades de aproximación o desembarco. Que estas naves portadoras planeaban ya por el cielo de la antigüedad lo demuestra el siguiente relato de Plinio, garantizado no sólo por su propio nombre, sino además por el de los testigos que cita: «Desde un punto brillante en el firmamento se desprendió una estrella fugitiva que fue creciendo en tamaño al acercarse a la tierra hasta llegar a ser tan grande como una Luna: entonces aparecía una luz como la de un día nublado (*sic.*). Después ascendió de nuevo al cielo convertida en una antorcha. Este suceso ocurrió durante el consulado de Octavio y C. Escrbion, siendo sus testigos el procónsul Sila y todo su séquito.»

«DOLIUM» (nombre de una especie de ánforas para vinos, granos, etc., de gran tamaño, casi esféricas, con un reborde circular en su base para apoyarse guardando equilibrio): Objetos ígneos de la forma que indica su nombre; por la concavidad de su parte inferior —el interior del reborde de la base— lanzaban una luz *humosa*.

Los *dolmia* podrían ser astronaves como la fotografiada en Río de Janeiro. También pequeñas unidades de aproximación porteadas por los *trabs*, de las que tanta información tenemos hoy. Que el mundo romano las vio también de cerca parece estar claro según lo que Plinio afirma en el capítulo XXXVI: «En la caída de las estrellas fugaces no *dejan nunca* de alzarse vientos horribles.» Ignoramos a qué categoría de «estrellas fugaces» se refiere, pero muy bien podrían ser precisamente los *dolia*, pues está claro que jamás ninguna auténtica estrella fugaz —y raramente algún bólido

do— ha levantado el menor viento.

El analista romano Julio Obsequens, que vivió en el siglo IV de nuestra Era, antes del reinado del emperador Honorio, también registra extrañas apariciones en sus *Prodigia*, en un período que se extiende desde el año 222 hasta el 16 a. de J.C. Estos pasajes de Obsequens han sido traducidos y publicados por Harold T. Wilkins en su obra *Flying Saucers on the Attack*, págs. 165-170.

Si de la Antigüedad clásica pasamos a la tenebrosa Edad Media, vemos que las observaciones de prodigios celestiales siguen menudeando. Ya en la época de la decadencia romana se realizaron extrañas observaciones, como la que sigue:

«En Tarquinia, una antigua ciudad de la Campania italiana, se vio una antorcha ardiente (*fax ardens*) que recorría el cielo. De pronto, descendió. Al anochecer, un escudo llameante (*clipeus ardens*) cruzó el cielo de Roma. Vino echando chispas del Occidente y desapareció hacia el Oriente.»

Esta observación, recogida por Licónstenes y fechada en el año 98 de nuestra Era, podría colocarse al lado de las observaciones francesas del otoño de 1954, sin que se notase gran diferencia, aparte del lenguaje y la terminología.

Licónstenes recoge también esta observación posterior, que lleva fecha de 384 d. de J.C.:

«Un terrible signo apareció en el cielo, en forma de columna. Fue en la época del emperador romano Teodosio.»

Tanto en ésta como en la anterior, creemos reconocer a la clásica nave portadora y a uno de sus discos de exploración. Como en la que sigue, clarísima, y fechada en el A. D. 919:

«Un objeto como una antorcha ardiente (*fax ardens*) fue visto en el cielo, y bolas brillantes como estrellas se movían por el aire sobre Hungría.»

Un siglo antes, según el mismo autor, «en verano, un pedazo de hielo cayó del cielo sobre Borgoña, en Francia. Tenía 16 pies de largo, 7 de ancho y 2 de grosor».

Aquí nos enfrentamos con el curioso fenómeno

de los *glasteroides*, del que se han dado casos —recogidos por Fort— incluso en nuestros días. ¿Qué relación puede tener con el misterio que nos ocupa?

De la Edad Media a nuestros días

Los antiguos manuscritos irlandeses contienen extrañísimas y por completo inexplicables referencias a «naves vistas en los aires», que en estos antiguos crónicas se denominan también «naves demoníacas». Uno de estos sucesos prodigiosos se refiere con todo detalle en el *Speculum Regali in Konungs-Skuggsjá*. La misma «nave demoníaca» es mencionada por Nennius, un cronista irlandés que floreció alrededor del año 212 de nuestra Era.

Esta versión fue recogida en los *Mirabilia ir-*



Observación de un OVNI en la Edad Media, según figura en el famoso Tapiz de Bayeux (siglo XI).

landeses, y en ambas fuentes se hace protagonista del suceso al rey Congalach, hijo de Maelmithig, el cual contempló la nave celestial «hallándose en la feria de Tailtin».

En la crónica de Gervasio de Tilbury se refiere

que, en el año del Señor de 1211, *naves aerac uisse sunt* en Gravesend (Kent).

En 1290, fue contemplado un prodigioso meteorito desde la abadía inglesa de Ampleforth.

P. Mateu Sancho, de la Sociedad Astronómica Aster, recogió algunas observaciones de épocas antiguas, una de las cuales reproducimos a continuación:

En un almanaque de la Edad Media se describe este extraño hecho: «Los valientes helvecios tuvieron que defenderse de los milaneses y fueron ayudados por enormes bolas de fuego que aparecieron en el cielo durante la batalla y que, cayendo sobre el enemigo, causaron su rendición.»

El archivero y bibliotecario francés Lefèvre dio a conocer un extraño suceso, descubierto por él al desempolvar antiguos manuscritos en el archivo de la ciudad de Arrás. El suceso en cuestión fue recogido hace quinientos años por el cronista de la Corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. «En la noche de Todos los Santos de 1461 —relata el cronista— un brillante objeto del tamaño de la mitad de la Luna fue visto por espacio de casi un cuarto de hora sobre la ciudad.»

Pero volvamos a las observaciones recogidas por Mateu Sancho:

En el siglo XVII, según consta en las Relaciones de los Jesuitas franceses del Canadá, fueron observados, sobre Quebec, unos rasgos luminosos envueltos en llamas.

Según una gaceta de los *Times*, el 26 de setiembre de 1870 fue observado en Londres un objeto elíptico ante la Luna. Tenía una pintoresca cola, tardando 30 segundos en atravesar diametralmente el disco de nuestro satélite.

Un año más tarde, fue visto otro disco más bien elíptico, que se movía lentamente a mucha altura sobre Marsella. Lo importante es que fue visible durante 15 minutos.

En el verano de 1873, en Bonham (Texas), fue observado un objeto espantoso, cuya enorme velocidad deformaba su silueta. Dio dos vueltas alrededor del poblado y desapareció, siendo visto al día siguiente en Fort Scott (Kansas), en donde los soldados enloquecían de pánico.

En enero de 1878, nace el «platillo volante». Según el *Daily News* de Denison, un granjero llamado John Martin, mientras estaba labrando, vio un extraño aparato que se le acercaba; cuando lo tuvo encima, se dio cuenta con estupefacción de que tenía la forma de un enorme plato.

El 22 de marzo de 1880, según refiere la publicación inglesa *Nature Magazine* (vol. 22, pág. 24), en Kattenan (Alemania), fueron vistos a la salida del sol varios objetos brillantes que, en perfecta formación, atravesaron el cielo de Este a Norte.

En noviembre de 1885, un disco del tamaño de cuatro o cinco veces el diámetro de la Luna fue visto en Andrinópolis (Turquía). Uno de los observadores era astrónomo. En este mismo año se observó un fenómeno semejante en las Bermudas.

Aparatos en forma de cigarro fueron señalados en Vermont, en el año 1907; en Bridgewater, en 1908; y en 1910, primero en Chattanooga, después en Huntsville (Alabama) y a la mañana siguiente otra vez en Chattanooga, desapareciendo hacia el Este.

En *Popular Astronomy*, el doctor F. B. Harris describe un objeto muy negro que pasó por delante de la Luna, en la noche del 27 de enero de 1912. Era de dimensiones gigantescas... Un año más tarde, una extraña sombra apareció inmóvil sobre Fort Worth (Texas).

En la mayoría de estas observaciones, queda descartada automáticamente, por imposibilidad total debido a la época en que fueron realizadas, que se tratase de globos sonda o aviones. Pero una de las más desconcertantes observaciones es la que recoge Charles Fort en una de sus obras, y que se refiere... ¡al aterrizaje de una astronave en 1909!

El 18 de mayo de este año, un tal Lithbridge, que vivía en Cardiff (País de Gales), se paseaba a las 23 horas por la carretera del monte Caerphilly. De pronto, distinguió en un campo próximo un gigantesco aparato en forma de cigarro o de torpedo (posiblemente, un disco visto algo ladeado). Ante este fantástico aparato (fantástico sobre todo en 1909) se hallaban dos «hombres» cubier-

tos de gruesas vestiduras (quizás el testigo no supo explicar de otro modo una escafandra espacial... como tampoco supo hacerlo Ezequiel, treinta siglos antes).

Cuando los dos seres distinguieron al testigo, cambiaron rápidamente unas palabras en una lengua extraña y, muy excitado, se precipitaron hacia la astronave elíptica. El aparato despegó inmediatamente, dejando a Mr. Lithbridge completamente stupefacto.

Los periodistas del *Cardiff Evening Express* se dirigieron al lugar del suceso y descubrieron huellas en la hierba, que probaban que el aparato se había posado efectivamente allí.

Este extraordinario caso, sucedido medio siglo antes que la extraña aventura de Marius Dewilde, que los casos de Desvergers, de Prémanon, de Guyncourt, de Chabeuil, tiene las mismas características «clásicas» que los citados y aleja de sí toda posibilidad de alucinación, por la misma época en que sucedió.

Aproximadamente un año antes, al amanecer del 30 de junio de 1908, un bólido de dimensiones colosales apareció en el cielo de Podkamennaia-Tunguska, en la Siberia Central. Era de forma cilíndrica y parecía una gigantesca nave. Este misterioso objeto se precipitó a tierra, cayendo sobre la taiga siberiana y produciendo una terrorífica explosión y una especie de seta atómica que se elevó hasta 20.000 metros de altura. Los sismógrafos de todo el mundo registraron el gigantesco impacto. La explosión fue oída a más de mil kilómetros de distancia. A 600 kilómetros, hombres y bestias fueron derribados al suelo por la onda expansiva. Los sabios calcularon que lo que ellos creían un aerolito gigantesco, debía de pesar 50.000 toneladas.

Durante muchas noches, precisa el sabio ruso profesor Liapunov, el cielo estuvo iluminado por una extraña luz... Nubes fosforescentes (posiblemente radiactivas) flotaron a 80.000 metros de altura, en el límite de la ionosfera. Las expediciones posteriores que recorrieron la taiga siberiana en el lugar de la explosión, hallaron los árboles calcinados en una extensión inmensa. En el lugar donde

se supuso que había caído un gigantesco meteorito, el suelo estaba sembrado de árboles abatidos dispuestos en abanico en torno a una ciénaga de 10 kilómetros de diámetro. Estos y otros indicios permitieron suponer a los sabios que el «aerolito» había hecho explosión a unos 15 metros de altura sobre el suelo, y no al chocar contra el mismo.

En 1928 y 1929, expediciones soviéticas equipadas de detectores electromagnéticos y de material moderno trataron en vano de hallar trazas del bólido o de sus fragmentos.

En vista de estos extraños indicios, algunos sabios rusos, entre ellos el investigador T. Kazantzev, elaboraron una teoría según la cual no se trataba de un bólido, sino de una astronave extraterrestre que se desintegró a consecuencia de una explosión atómica. Debido a la época en que sucedió esta catástrofe, se dedujo que la astronave procedía del planeta Venus. Esta teoría recibió el apoyo, entre otros, del ya citado profesor Liapunov, si bien últimamente la Ciencia oficial soviética la ha desmentido... Quizá por conveniencias políticas del momento.

La gigantesca explosión de la taiga siberiana es un misterio más que añadir al siempre creciente *dossier* de los objetos no identificados procedentes del espacio exterior.

APÉNDICE II

CONEXIONES MITICAS Y PROTOHISTÓRICAS

Los historiadores profesionales y los arqueólogos probablemente se rasgarán las vestiduras ante algunas de las insinuaciones que aquí haremos. Sin embargo, nos limitamos a recoger y ordenar una serie de hechos no bien estudiados, que pueden constituir otras tantas hipótesis de trabajo. Existen ciertos mitos que se prestan a muy diversas interpretaciones. En primer lugar, el de los «educadores» del género humano, que bajo distintos nombres y apariencias encontramos en la historia mítica de todos los pueblos, surgidos misteriosamente de nadie sabe dónde y portadores de una cultura y unas enseñanzas superiores. Así, por ejemplo, el famoso mito egipcio de Isis y Osiris, que se parece en tantos aspectos al correspondiente griego de Triptolemo y Deméter (identificada con la Isis egipcia por el investigador francés Monsieur Paul Foucart, siguiendo en esto a Heródoto, a Diodoro de Sicilia y a Plutarco). Otros educadores y bienhechores no menos curiosos son, entre los pueblos americanos precolombinos, el misterioso Quetzalcóatl y el no menos misterioso Viracocha, ambos hombres blancos venidos de allende los océanos, según las más antiguas tradiciones az-

tecas e incas. Pero aún hay más: en Yucatán tenemos a Zamna; en el Brasil y Paraguay, a Zume; entre la tribu de los tupi, el dios Tupan, y por último, el interesantísimo Bochica en Colombia. Todos estos curiosos personajes se presentan en las antiguas crónicas como apóstoles blancos y de lenguas barbas que llegaron procedentes del Este. Todos los mitos coinciden en afirmar que aquellos personajes regresaron a su remota patria después de su tiempo de actividad docente y misional.

Vamos a examinar algunas de estas leyendas. Empecemos por la de Isis y Osiris. Esta misteriosa pareja, hermano y hermana, unidos en matrimonio divino, descendió a la tierra egipcia en una especie de nave celestial con la misión de educar a los primitivos pobladores del valle del Nilo. Entre otras cosas, Osiris les enseñó a vivir en ciudades, les dio a conocer la agricultura enseñándoles a cultivar, entre otras plantas útiles, el trigo, la cebada y la vid. Puede considerársele, pues, como el inventor del pan, del vino y la cerveza. A este respecto diremos que la patria del trigo parece situarse en el Oriente Medio, donde aún se le encuentra en estado silvestre. Otros bienhechores del género humano no menos nebulosos, los *Ben-Elohim* que menciona la Biblia (Génesis, 6, 4) o Hijos de Dios, que «se unieron con las hijas de los hombres y les engendraron los héroes, que de muy antiguo son hombres famosos», parecen ser los introductores del trigo en la antigua Palestina. No sólo enseñó Osiris a su pueblo a cultivar las tierras, sino que viajó por diversas partes del mundo, propalando sus conocimientos entre la Humanidad. Fue, dicese, «el primero que recolectó frutos de los árboles, hizo preparar la vid por una estaca y pisó los racimos... Impaciente por comunicar estos benéficos descubrimientos, confió al gobierno total de Egipto a su esposa-hermana Isis, y viajó por el mundo difundiendo las ventajas de la civilización y beneficios de la agricultura, por todas partes donde pasó» (1).

En el himno a Osiris, que figura en la estela de mediados de la dinastía XVIII (o sea, anterior

a la reforma religiosa de Akenatón) y que actualmente se conserva en el Louvre, se hallan varios pasajes en verdad misteriosos: «...El cielo y los astros le obedecen y las grandes puertas del cielo se abren para él, Señor de las aclamaciones en el cielo del Sur; adorado en el cielo del Norte. Las estrellas indestructibles están bajo su autoridad y sus residencias son los planetas infatigables. La ofrenda sube a él, por orden de Geb; la Enéada divina le adora, los habitantes del mundo inferior olfatean la tierra ante él... el señor del que se acuerdan en el cielo y en la tierra... para quien los Dos-Tierras celebran regocijos unánimemente...»

Es curioso recordar aquí que Menes y sus sucesores, los faraones del Imperio antiguo, recibieron el título tan «marciano» de «protectores del canal», como ya dijimos.

Pasemos ahora a Grecia, para ocuparnos de la leyenda de Deméter y Triptolemo. Deméter, conocida entre los romanos por el nombre de Ceres, era la diosa de la agricultura y de la civilización. Famosos son sus errabundeos por la tierra en busca de su amada hija Perséfone, raptada por Hades, dios de las regiones subterráneas. En el curso de su dolorosa peregrinación, Deméter llega al palacio del prudente Celeo, que era entonces rey de la olorosa Eleusis. Ofrécese Deméter a Metanira, esposa de Celeo, para cuidar de su hijo Demofonte, educarlo e instruirlo. El himno homérico a Deméter relata que, habiendo aceptado Metanira la proposición de criar a su hijo Demofonte, éste «crecía, parecido a una divinidad, sin ser amamantado, sin tomar alimentos. Deméter lo untaba con ambrosía, y, teniéndolo en sus brazos, soplaba suavemente sobre él. Por la noche lo envolvía con la fuerza del fuego, como una antorcha inflamada, sin saberlo ni su padre ni su madre. Para ellos era verdaderamente una maravilla verlo desarrollarse vigorosamente y parecerse a los dioses. Y lo habría puesto al abrigo de la miseria y de la muerte sin la imprudencia de Metanira, la del bello ceñidor, que una noche, desde su cámara perfumada, observó y vio; repentinamente lanzó un gran grito, y temiendo por su hijo, se golpeó los

(1) M. Gompertz. *La Panera de Egipto*, Col. Granada, Madrid, pág. 24.

dos muslos, y dentro de su alma cometió una gran falta». La diosa, en efecto, con sus manos inmortales, retiró del fuego, y depositó lejos de ella, sobre el suelo, con el ánimo violentamente enojado, al niño querido que Metanira había concebido en su palacio. A este niño, dice, «yo lo hubiera puesto perpetuamente al abrigo de la vejez y de la muerte, lo habría asociado a los honores imperecederos, y ahora ya no es posible sustraerlo a la muerte, ni a las Moiras» (1).

Episodio parecido, como una gota de agua a otra gota, a uno que se relata de la vida de Isis, la cual, alojada en casa de un rey en el curso de sus errabundeos en busca del cadáver de Osiris, se entregaba a prácticas mágicas parecidas, mediante las cuales confería la inmortalidad.

En un momento dado, Demofonte se ve sustituido por Triptolemo. Favorito de Deméter e inventor del arado, él fue el primero en sembrar en Eleusis el trigo candéal y la cebada. Mas la tradición cuenta que Triptolemo no se limitó a favorecer con sus dones a los moradores del Ática. Deméter le regaló un *carro alado*, con el que recorrió el mundo entero para distribuir entre los humanos los cereales. Triptolemo y su carro alado es un motivo muy frecuente en los vasos y la escultura griega.

En el himno homérico, Deméter dice a sus huéspedes de Eleusis, en el momento de abandonarlos: «Yo os iniciaré en mis misterios, a fin de que en adelante practiquéis los ritos y tranquilicéis mi espíritu.» En el Ática, en efecto, y particularmente en la propia Eleusis, el culto de Deméter y de Perséfone-Cora alcanzó su apogeo. Eleusis fue la cuna de los famosos Misterios, de los que por desgracia poseemos muy pocos datos. Uno de los hombres que más han investigado los Misterios de Eleusis, el ya citado Foucart, dice: «Los Misterios de Eleusis han sido objeto de numerosos trabajos; no me atreveré a decir que éstos han oscurecido el asunto; pero con seguridad que no lo han esclarecido. Después de haber leído todo lo que se ha escrito sobre la materia, el lector,

confundido por la diversidad y la vaguedad de las explicaciones que se le dan, se pregunta, sin encontrar una respuesta categórica, en qué consistía la iniciación y cuál era su fin; qué era lo que se enseñaba a los mistos y de qué manera.»

Tanto el mito de Isis y Osiris como el de Deméter y Triptolemo constituyen leyendas agrarias. Se refieren a personajes de origen indeterminado, pero que pudieran ser muy bien seres reales, que entran en contacto con los hombres para proporcionarles los grandes beneficios que se derivan de la agricultura, instruirles y educarles. Enlazan extrañamente con antiquísimas tradiciones sánscritas. Con las *Estancias de Dzyan*, en que se dice: «Frutos y granos, desconocidos sobre la Tierra hasta entonces, fueron traídos desde otros Lokas (esferas o planetas) por los Señores de la Sabiduría, en el propio interés de los que éstos regían.» Más adelante insistiremos en este antiguo texto védico, que contiene alusiones interesantísimas. Lo cierto es que el trigo y otros cereales bienhechores son de localización geográfica muy restringida, en su origen.

Los cereales, con excepción del arroz, son capaces de soportar temperaturas muy rigurosas y de adaptarse a climas muy diversos. Probablemente se adaptarán con facilidad al clima marcial el día en que los primeros astronautas los planten en el planeta rojo... si es que no encuentran que el trigo y la cebada ya existen en Marte. Los cereales contienen, además, muchos elementos nutritivos en poco volumen, y por lo tanto no tienen rival en cuanto a poder alimenticio entre los demás vegetales. Así, el espacio que se necesita para almacenarlos y el esfuerzo requerido para el transporte es mucho menor. Además, se pueden conservar casi indefinidamente. Siempre en el terreno de las hipótesis de trabajo, podríamos decir que los *Ben-Elohim* bíblicos introdujeron el trigo en Palestina, y de allí pasó mucho más tarde al Egipto predinástico, por obra de Osiris y luego a Grecia por obra de Triptolemo. Recientes descubrimientos han demostrado que, tanto en Mesopotamia, Siberia y Palestina, como en Egipto, se cultivaron desde épocas remotas el trigo y la cebada.

(1) *Himnos Homéricos*, trad. Luis Segalá y Estalella.

da, pero siempre se cita en las antiguas fuentes a este último cereal antes que al primero. La cebada, pues, fue introducida antes que el trigo. «Así acontece, que la cebada silvestre se encuentre más esparcida que el trigo espontáneo. Esta aparece en zonas muy limitadas del sudoeste de Asia, como Siria, Palestina y Mesopotamia. Aaronsohn, un botánico de Palestina, encontró que el trigo silvestre de su país acompañaba siempre a la cebada; pero ésta aparecía más veces sola en el mismo estado. También la cebada silvestre crece en Abisinia, nordeste de África (Cirenaica) y el valle del Nilo; y aquí fue indudablemente cultivada por primera vez en la Historia, extendiéndose por Caldea y más tarde a Babilonia y Palestina donde, una vez introducida en estas regiones, no tardaría en seguirla el trigo, pues este grano en estado silvestre se da también en Palestina como la mejor de las especies cultivadas en la actualidad. Una vez reconocida su superioridad para la fabricación del pan, aun tal como se presentaba espontáneamente (pues tiene mejor gusto y es más digestible que la cebada), se preferiría, como es natural. Es ahora fácil de comprender el porqué de aparecer su cultivo en Egipto siete siglos después del de la cebada, pues «este país no poseía el trigo en estado silvestre» (1).

Los indios americanos precolombinos no conocían el pan por la sencilla razón de que el trigo no crecía en América en estado silvestre, siendo introducido allí por los conquistadores españoles, los cuales llevaron semillas del trigo actual (*Triticum vulgare*), distinto a la especie asiática primitiva de grano pequeño, llamado *escanda* (*Triticum dicoccum*). Los indígenas americanos tenían sin embargo su pan: la batata o ñame, y por lo tanto, no necesitaban recibir el precioso don. Sin embargo, tuvieron también su regalo extraterrestre: el algodón. Las culturas preincaicas fueron las primeras en utilizar el algodón para confeccionar finísimos tejidos, como los que se encuentran en las

tumbas de los mochicas (2000 a. de J.C.). Y aquí nos hallamos ante una asombrosa coincidencia, que la Ciencia no consigue explicar: estudiando los genes de los primitivos algodones peruanos y egipcios, hallamos que ambos pertenecen a la misma variedad tetraploide. ¿Cómo se explica semejante coincidencia, dada la fabulosa distancia que separa ambas regiones del Globo? Es imposible pensar que hayan podido ser las aves las encargadas de transportar las semillas. Sin embargo, nada nos impide pensar que éstas han sido transportadas por el aire... Conviene decir aquí, empero, que el algodón sólo aparece en Egipto en época muy tardía: unos 800 a. de J.C. Otra coincidencia curiosa se halla representada por los telares: tanto el Egipto de los faraones como el Perú preincaico utilizaba un tipo de telar casi idéntico (1).

Podríamos decir que estos desconocidos y misteriosos bienhechores del género humano de origen incierto se propusieron:

1.° Dar a los hombres un alimento sano y de elaboración sencilla: el pan.

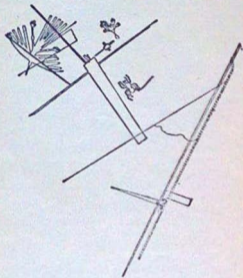
2.° Suministrarles algo con que cubrir su desnudez: los tejidos de algodón, para cuyo fin les enseñaron el arte de tejer.

¿Será quizá coincidencia que en las proximidades de la cuna americana del algodón, o sea, en la costa peruana del Pacífico, se hayan descubierto los extraños dibujos de dimensiones gigantescas que hoy la Ciencia conoce por «figuras de Nazca»? Estas figuras, grabadas en la ladera de unas colinas bajas y desoladas, nunca habían podido distinguirse desde tierra; por la sencilla razón de que, para verlas, hay que «volar», es decir, contemplarlas desde una altura considerable. Esto es lo que hizo el norteamericano Paul Kosock, el cual, volando sobre las estribaciones de los Andes, en las proximidades de El Callao y sobre la región donde se asentó la cultura preincaica de los paracas, descubrió curiosas figuras de aves, de arañas y de seres fabulosos, junto con una verdadera red de líneas rectas, de cuadrados y de otras figuras geométricas. (Véase dibujo de la página siguiente.)

(1) Vid. Victor W. von Hagen, *World of the Incas*, páginas 67-68.

(1) Gompertz, op. cit., pág. 49.

Grandes misterios se esconden en la historia del Perú preincaico. Se sabe, por ejemplo, que entre el 500 y el 900 de J.C., un pueblo montañoso conocido con el nombre del Imperio de Tiahuanaco descendió a la costa en una invasión religioso-militar. Este pueblo, que tenía su centro cultural a orillas del lago Titicaca, demostraba gran interés



Las misteriosas líneas y figuras de Nazca. La línea punteada es la actual carretera panamericana. La línea de trazo seguido es la anterior carretera incaica.

por la astrología, poseía un calendario venusiano y un reloj de sol. Es muy posible, según los historiadores de la América precolombina, que el pueblo de Tiahuanaco (o Tiwanaku) llevase a Nazca la técnica de las «líneas», junto con el culto del «dios que llora». El Imperio de Tiahuanaco es la civilización preincaica más importante. Como las restantes culturas preincaicas, nos ha dejado grandes misterios por explicar, y los restos de lo que

debió de ser el mayor centro religioso de los Andes, en la altiplanicie donde se extienden las aguas del lago Titicaca; la ciudad ciclópea de Tiahuanaco, con edificaciones formadas por sillares perfectamente labrados que en ocasiones pesan un centenar de toneladas, pero que se encajan tan perfectamente entre sí, que apenas puede introducirse un cabello entre ellos.

¿Quién formaba este misterioso pueblo de Tiahuanaco, para nombrarlo con el auténtico nombre incaico? El gran etnólogo y navegante Thor Heyerdahl, que ha profundizado como pocos en esta apasionante cuestión (1), cita varios testimonios que coinciden en asegurar que este pueblo era «de hombres blancos y barbudos», los *viracochas* de la tradición peruana, con los que fueron confundidos los españoles a su llegada al Perú, del mismo modo como los aztecas confundieron a Hernán Cortés con el dios blanco y barbudo Quetzalcóatl. Así, Bollaert escribió en 1863: «Existen vagas tradiciones de que Tiahuanaco fue edificada por hombres blancos y barbudos.» Describiendo las mismas ruinas, Inwards (1884), afirma con Humboldt que «...a la llegada de los españoles, los nativos atribuían su construcción a una raza de hombres blancos y barbudos que habitaban la cumbre de las cordilleras mucho antes de la fundación del Imperio inca».

En 1908, durante un Congreso Internacional de Americanistas, González de la Rosa suscitó la misma cuestión: «Otro problema que se presenta es el de la raza que reinó en Tiahuanaco. ¿Eran sus habitantes quechuas, aymarás o de otra raza? Gran oscuridad reina sobre este punto... La tradición dice que en las islas del lago Titicaca vivía una raza que se describe como *blanca* y *con barba* —que es la misma de Tiahuanaco— y que no podía ser quechua.»

El famoso historiador Prescott, rebuscando entre antiguos documentos del tiempo de la Conquista en los archivos de la Real Academia de la Historia de Madrid, llegó a las siguientes conclusiones

(1) *American Indians in the Pacific. The Theory behind the Kon-Tiki Expedition*, Allen & Unwin Ltd., Londres-Estocolmo, 1959.

acera de estas primitivas creencias incaicas: «La historia de los hombres blancos barbudos se repite en casi todas sus leyendas... Otra leyenda menciona a unos hombres blancos y barbudos que, partiendo de las orillas del lago Titicaca, establecieron su dominio sobre los indígenas, impartiendoles las bendiciones de la civilización. Esto nos recuerda la tradición existente entre los aztecas respecto a Quetzalcóatl, que con atuendo y aspecto similares subió a la gran meseta mexicana desde el Este, en una misión igualmente educadora hacia los nativos. La analogía es tanto más notable, cuanto que no existen trazas de comunicación ni de mutuo conocimiento entre ambas naciones.»

El ilustre cronista español Cieza de León, que estuvo en el Perú entre 1553 y 1560, fue uno de los primeros europeos que visitaron las ruinas de Tiahuanaco, en la meseta de Titicaca, y recogió tradiciones prehistóricas entre los indígenas, que sólo conocían a los europeos desde hacía unos pocos años. En su *Crónica del Perú*, Cieza de León dedica un capítulo a Tiahuanaco y sus grandes edificios y ésta es la primera descripción escrita que poseemos de este lugar. Cieza también recoge la tradición de los hombres blancos y barbudos como constructores de la ciudad, que según los indígenas, «fue levantada en una noche».

Los indígenas denominaban *viracochas* a estos misteriosos constructores y a los españoles, indistintamente. ¿Qué significa esta palabra? Karsten cita los antiguos escritos de Huaman Poma Ayala, que arrojan luz sobre esta cuestión. Huaman Poma era un peruano nativo que fue educado por los eruditos historiadores incas, los llamados *quipucamayocs*. Según él, la primera raza de hombres que vivió en el Perú se llamaba *uari viracocharuna*. El sufijo *runa* es una palabra quechua que significa pueblo. Así, según Bandelier, *viracocharuna* se aplicaría a todos los pueblos y gentes pasados y presentes de tez *blanca o muy clara*. Viracocha es el nombre que daban también los incas al primitivo caudillo de su pueblo, de estirpe divina, y que representaba al Sol entre los hombres. Este nombre se hizo genérico luego para el caudillo religioso de aquel pueblo, del mismo modo que ocu-

rrió con el Quetzalcóatl azteca, aplicado a los su- mos sacerdotes de aquel pueblo. Este Viracocha, en Juan de Betanzos, que escribió en 1551, recibe el nombre de Con-Ticci Huiracocha.

El más famoso cronista del Perú, Garcilaso de la Vega *el Inca* (1539-1616), hijo del capitán español don García Lasso de la Vega y de la princesa incaica Isabel Chimpu Ocllo, prima del infeliz Atahualpa, nos ha dejado, en sus *Comentarios reales* (1), un relato extraordinario acerca de la llegada del primer Viracocha, en compañía de su hermana-esposa (asombrosa semejanza con el mito egipcio de Isis y Osiris) a la isla del Sol del lago Titicaca (*Ibid.*, cap. III: *Del origen de los Incas, reyes del Perú*):

«...Sabráis que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión, ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos, y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de cuevas y cavernas de la tierra; comían como bestias yerbas del campo y raíces de árboles, y la fruta inculca que ellos daban de suyo, y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles, y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajes; y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y concidas.»

Maravillosa la descripción que el tío materno de Garcilaso de la Vega *el Inca* hace a su sobrino, de la Humanidad troglodita de la Edad de Piedra. Entre esta Humanidad prehistórica descendiendo del cielo el misterioso educador, Viracocha, acompañado de su no menos misteriosa pareja femenina:

«Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales, como te he dicho, se apiadó, y hubo lástima dellos, y envió del cielo a la tierra un hijo y una

(1) Garcilaso de la Vega *el Inca*, *Comentarios reales*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1950. Colección Austral, n.º 324.

hija de los suyos para que lo doctrinasen (el subrayado es nuestro) en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad; para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar dellos y de los frutos de la tierra, como hombres racionales, y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está a ochenta leguas de aquí...»

Y en el capítulo siguiente, «La fundación de Cozco, ciudad imperial», prosigue:

«...Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer: "En este valle manda Nuestro Padre el Sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada, para cumplir su voluntad. Por tanto, *reina y hermana*, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer a esta gente, para los doctrinar y hacer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda.» (Palabras muy similares a las que, sin duda, diría Osiris a su *reina y hermana Isis*, al descender entre las tribus prehistóricas del valle del Nilo, que también se hallaban en plena Edad de Piedra.)

No hay duda, pues, según las más antiguas tradiciones preincas, recogidas por nuestros cronistas de Indias, que los incas creían firmemente en la llegada de una pareja celestial, divina y de tez blanca, a la isla del lago Titicaca, donde posteriormente se levantó el templo al Sol que aún subsiste, con su *calendario venusiano* de Kalasasaya o Puerta del Sol; que esta pareja sacó a los pueblos primitivos del Perú de su barbarie; que fundó Cuzco, y que a ella se debe la iniciación de la cultura de Tiahuanaco. Más tarde, por causas que no sabemos, el pueblo blanco y barbudo de Tiahuanaco descendió hacia el Pacífico, se embarcó en balsas y, bajo el mando de su caudillo Conticci Viracocha, partió hacia occidente, llegando primero a la isla de Pascua (cuyos primeros pobladores eran blancos, según las tradiciones locales, y tenían las «orejas-largas» como la nobleza

peruana, a la que los españoles dieron el nombre de «orejones» por su costumbre de ensancharse el lóbulos de la oreja), donde las excavaciones han puesto de manifiesto una primera cultura de *importación* representada por grandes sillares regularmente encajados, como los de Cuzco y Tiahuanaco, que surgen bruscamente sobre la roca virgen y sin rastro de cultura anterior, y estatuas antropomorfas parecidas a las *estatuas barbudas* de Tiahuanaco.

Y ahora unas curiosas coincidencias: ya hemos dicho que Viracocha estaba casado con su hermana, lo mismo que Osiris con Isis (tradición perpetuada en Egipto, donde el Faraón se casaba con su hermana, incesto divino que también cometían los monarcas peruanos). El Sol, entre los antiguos egipcios, recibía el nombre de *Ra...* mientras que la denominación maorí-polinésica general, para este mismo cuerpo celeste, es igualmente *Ra*. Si hay que creer a Heyerdahl, los actuales polinesios son los descendientes de los misteriosos viracochas que un día zarparon de las costas del Perú. Y continuando con las analogías, he aquí dos, harto sorprendentes: tanto en el Egipto faraónico como en el Perú preincaico se utilizaba *exactamente* el mismo tipo de telar a mano y el mismo tipo de azuela de piedra para esculpir. En ambas zonas de la Tierra surgió una misma cultura gigantesca, cuyo exponente máximo es la pirámide en Egipto y la pirámide truncada en América.

Quetzalcóatl

Hemos mencionado a Quetzalcóatl, el misterioso personaje «indisolublemente ligado a la vida de los toltecas» (1), que «conocían las estrellas de los cielos y les tenían puestos nombres...» (2). Fue Quetzalcóatl quien sin duda permitió a los

(1) Laurotte Séjourné, *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

(2) Sahagún, fray Bernardino de (1499-1590), *Historia general de las cosas de Nueva España*, Editorial Nueva España, S. A., México, 1949, T. II, pág. 251.

toltecas (predecesores de los aztecas y aniquilados por este pueblo guerrero) alcanzar su grandeza incomparable, pues fue un «organizador singular». (Séjourné, *ibid.*) Leemos en Caso:

«Como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el *benefactor constante de la Humanidad*, y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y descubre el *maíz*, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a *tejer* las telas policromas, con *algodón milagroso* que ya nace teñido de diferentes colores y a fabricar los mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo *enseñó al hombre la ciencia*, dándole el medio de *medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros*; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.» (Subrayado nuestro) (1).

Quetzalcóatl es también el fundador de Teotihuacán o «Ciudad de los Dioses», la más antigua metrópoli de América, y, por lo tanto, hay que identificarlo con el rey de Tollan de los cronistas españoles, pues Tollan ha sido identificada por los arqueólogos con las grandiosas ruinas de Teotihuacán, a 50 km de la ciudad de México. Fue allí donde surgió la floración prodigiosa de la religión nahuatl, cuyos orígenes constituyen el más hermético de los misterios, según afirma Séjourné. Allí es donde aparece por primera vez la serpiente emplumada o *alada*, símbolo del culto que Quetzalcóatl (*Quetzal*: pájaro, *cóatl*: serpiente). Sin querer profundizar en el misterioso simbolismo de la religión nahuatl, no deja de ser notable esta atribución de alas (representación de cualquier clase de *vuelo*), a un elemento terrestre y rastro como es la serpiente. Sin embargo, nada nos impide ver en esto un simbolismo del alma.

(1) Caso, Alfonso, El pueblo del Sol, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, página 39-40.

Según Séjourné, el quetzalcóatl es el signo que contiene la revelación del *origen celeste del ser humano*. (¿No resulta curioso que, mientras Jesucristo difundía su divino mensaje en el Viejo Mundo, Quetzalcóatl hiciese lo propio en el Nuevo... pues ambos fueron contemporáneos?)

¿Y cómo se explica la extraña importancia que reviste el planeta Venus en las culturas centroamericanas? Y al llegar aquí, tropezamos con el misterio del quince, o cruz, el jeroglífico nahuatl, formado por cuatro puntos unificados por un centro. Según demostró Eduard Seler, el cinco es la cifra del centro y éste, a su vez, constituye el punto de contacto del cielo y de la tierra.

Y escribe Séjourné (*op. cit.*, pág. 102):

«Modelo perfecto de concisión, el quince es de una complejidad más rica todavía. Se ha demostrado ampliamente que la revolución sinódica de Venus, de 584 días, tenía en Mesoamérica un papel primordial. Los cálculos que recubren las estelas y los códices mayas, por ejemplo, tienen por fin principal registrar las conjunciones, pasadas y futuras, del planeta y del sol sobre lapsos considerables. A consecuencia de que el cómputo de los años venusianos se efectuaba por grupos de cinco (correspondientes a ocho años solares), el cinco es igualmente la cifra de Venus y, por tanto, de Quetzalcóatl.

¿Sería el educador Quetzalcóatl un venusiano, como otros educadores coetáneos y anteriores a él? Como sabe el lector, los aztecas tomaron a Hernán Cortés por el propio Quetzalcóatl, que retornaba a sus dominios. Moctezuma recibió al capitán español a su llegada a Tenochtitlán, diciéndole:

«Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticias que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, si no extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza... E siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos.

E según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís de *este gran señor o rey que acá os envió*, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que *él ha muchos días que tiene noticia de nosotros*. E por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de este gran señor que decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer...» (1). (El subrayado es mío.)

A su muerte, cometida voluntariamente con carácter redentor, Quetzalcóatl se eleva al cielo, donde se transforma... en el planeta Venus. De los testimonios aztecas, se deduce que el hombre «es la encarnación de una partícula celeste». He aquí las palabras que la partera dirigía al recién nacido: «Formos y crios vuestra madre y vuestro padre... *mujer celestial y hombre celestial...*» (2).

Según los cronistas de Indias, numerosos presagios habían anunciado a los aztecas la vuelta de Quetzalcóatl y el fin de su reinado. Por aquella época, refieren las crónicas, hubo incendios que fue imposible apagar; cometas que se paseaban en el cielo durante horas; el espejo de la grulla encantada en el que se reflejaba un cielo estrellado en pleno día; la historia del pastor transportado por un águila a una gruta resplandeciente donde fue recibido por un personaje «comparado con el cual Moctezuma no era nada»; y muchas otras manifestaciones del fin del Imperio (3).

Nada nos impide suponer que los cometas aludidos fuesen lo que hoy llamaríamos «plátalos volantes» o la «gruta resplandeciente» a la que fue transportado el pastor de marras, el interior de una astronave extraterrestre (para los términos del relato, cf. con la famosa «visión» de Ezequiel). ¿Y quién sería aquel personaje, «comparado con

el cual Moctezuma no era nada»? Misterio.

En efecto; el reinado de Moctezuma estuvo marcado por la aparición de inúmeros signos que predecían el fin del Imperio. «Apareció en muchas noches un gran resplandor que nacía de la parte de Oriente, subía en alto y parecía de forma piramidal y con algunas llamas de fuego...» (1).

Y comenta Laurette Séjourné (*Ibid.*, pág. 47): *Estos presagios inquietantes, que todos los cronistas relatan y que ningún historiador ha puesto en duda, se suceden durante diecisiete años*. (El subrayado es mío.)

Y con esto, basta del misterioso Quetzalcóatl. Pasemos ahora a un personaje más próximo a nosotros en el tiempo y mejor conocido históricamente, por haber vivido en el Viejo Mundo: el Profeta de los musulmanes, Mahoma.

Mahoma

En su compendio de la vida de Mahoma (2), Monsieur Savary señala que quince años de la vida de Mahoma pasan cubiertos de un espeso velo y reposan en un silencio misterioso. Se ignora cuanto hizo desde los veinticinco años hasta los cuarenta. Sólo Abul-Feda nos dice una frase que es como un rayo de luz para la Historia: «Dios —dice él— le había inspirado el amor a la soledad. Vivía retirado y pasaba todos los años una temporada en una gruta del monte Hara. Fue durante estos años oscuros cuando el legislador de la Arabia puso los fundamentos de su futura grandeza; fue en el silencio del retiro donde meditó la religión que debía someter al Oriente.»

¿Qué misteriosas entrevistas celebró en su retiro el futuro Profeta de los árabes? Quince años empleó en fijar los fundamentos de su sistema religioso. Añade Savary: «Preciso era darlos a luz el gran día, y sobre todo ocultar la mano que

(1) Cortés, Hernán. *Cartas de relación de la conquista de México*, Espasa Calpe, Argentina, S. A., 1945.

(2) Sahagún, op. cit., t. I, págs. 606, 608 y 609.

(3) Séjourné, op. cit., pág. 49.

(1) Alva Ixtlilxochitl, Fernando de. *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1892, t. II, págs. 313-4.

(2) El Kordá, precedido de una *Vida de Mahoma*, por M. Savary, París, Garnier Hermanos, sin fecha.

unia al cielo la cadena de los mortales.» Esta mano no era otra sino la del Arcángel Gabriel, misterioso enlace de Mahoma con las potencias celestiales, y que visitaba asiduamente a Mahoma en su retiro.

Y con esto llegamos a uno de los episodios más enigmáticos de la vida de Mahoma: su famoso viaje o «vuelo» nocturno, considerado como un hecho puramente alegórico por todos los comentaristas... pero que, a la luz de lo que hoy sabemos sobre los extraterrestres (vid. la obra de Paul Thomas, *Misrakis*, citada en la Bibliografía, pudiera muy bien haber sido un hecho real.

La Historia coloca un año antes de la Hégira el famoso viaje nocturno de Mahoma. Los más graves historiadores, aquellos cuyos testimonios han constituido leyes, afirman que este viaje es solamente una visión imaginada por Mahoma para dar consistencia a la nueva forma de orar establecida por él. Vamos a dar aquí un extracto de la narración de ese viaje, sacada de la obra de Elborak y Abuhoreira.

«Estaba acostado —dijo Mahoma— entre las colinas Safa y Merva (1), cuando Gabriel aproximóse a mí, y me despertó (2). Traía de la diestra a Elborak (3), jumento de un gris plateado, tan veloz, que apenas podía en su vuelo seguirlo la mirada, y luego de confiármelo me ordenó que montase en él. Obedecí y partimos. En un instante nos hallamos en las puertas de Jerusalén. Elborak se detuvo y yo después de descender, y de amarrarlo a uno de los anillos donde los profetas tenían costumbre de amarrar sus cabalgaduras, entré en el templo, donde encontré a Abraham, a Moisés, a Jesús, y oré con ellos. Cuando hubo terminado, volví a montar sobre Elborak y proseguimos nuestra ruta. Recorrimos con la prontitud del relámpago la inmensa extensión de los aires. Al llegar al primer cielo, Gabriel llamó a la puerta. «¿Quién es? — preguntaron. — Gabriel. — ¿Quién es tu compañero? — Mahoma. — ¿Ha recibido su misión? — Sí, la ha recibido. — Que él sea bien-

venido.» A estas palabras la puerta se abrió y penetramos. «Mira a tu padre Adán — me dijo Gabriel. — Ve a saludarlo.» Saludé a Adán, quien me devolvió el saludo. «El cielo —dijo— haga que tus votos se cumplan, ¡oh hijo insigne, oh el más grande de los profetas!»

»Partimos. Seguí a mi guía a través de la inmensidad del espacio. Llegamos al segundo cielo y Gabriel llamó a la puerta. «¿Quién es? — Gabriel. — ¿Quién es tu compañero? — Mahoma. — ¿Ha recibido su misión? — Sí, la ha recibido. — Que sea bienvenido.» La puerta se abrió y entramos. Allí encontré a Jesús y a Juan, a quienes saludé y quienes me devolvieron el saludo. «¡Felicidades —añadieron ellos— a nuestro hermano Mahoma, al más grande de los profetas!»

»Mahoma, siempre cabalgando sobre el raudó Elborak y siempre conducido por Gabriel, recorrió todas las esferas celestes con las mismas ceremonias. En el tercer cielo fue complementado por José; en el cuarto, por Henoc; en el quinto, por Aarón; en el sexto, por Moisés; en el séptimo, saludó a Abraham y recibió sus felicitaciones. Más allá franqueó una vasta extensión de los cielos y penetró hasta los Lotos, donde termina el jardín de las delicias.

»Ni las criaturas celestes pueden pasar de sus confines, y el árbol que cobija este jardín es tan grande, que uno solo de sus frutos bastaría para alimentar durante muchos días a todas las criaturas de la tierra. De la base de este árbol nacen cuatro ríos que la imaginación de los orientales se ha complacido en embellecer. Luego de haber recorrido todas las bellezas del jardín fue a visitar el recinto de la adoración, donde los espíritus celestes van en peregrinaciones. Setenta mil ángeles rinden cada día sus homenajes al Eterno. Los mismos no entran jamás dos veces. Estaba el templo erigido con jacintos rojos y rodeado de una multitud de lámparas que lucen sin cesar. Después que Mahoma hizo sus plegarias, presentaronle tres copas llenas, una de vino, otra de leche y la otra de miel. Mahoma escogió la que estaba llena de leche y Gabriel le felicitó por su elección, asegurándole que era un feliz presagio para

(1) Estas dos colinas están situadas cerca de La Meca.

(2) Ahmed-ben-Joseph, Historia, cap. XI.

(3) Elborak significa el resplandeciente: Al-Borak.

su pueblo. Atravesó más tarde cielos de in-
mensurable extensión, y océanos de luz, y apro-
ximóse, al fin, al trono de Dios, quien le pidió
que hiciera cincuenta veces oración cada día. Cuan-
do descendió al cielo de Moisés y le participó la
orden que había recibido, el conductor de los he-
breos le dijo: «Vuelve hacia el Señor y suplicale
que dulcifique su mandato: jamás tu pueblo po-
drá cumplirlo.» Mahoma volvió hacia el Altísimo
y suplicóle que disminuyera el número de las or-
aciones, y el Altísimo las redujo a cuarenta. Moisés
hizo que Mahoma volviese a rogar nuevas dismi-
nuciones, y Dios disminuyó otras diez. Pero Mo-
sés reiteró sus consejos y Mahoma sus suplicas, y
por ellas, el número de las oraciones fue reducido
a cinco. El Profeta despidióse satisfecho del con-
ductor de los israelitas y dirigió su vuelo hacia la
tierra. *Elborak* lo puso en el mismo sitio de donde
le tomase algunas horas antes.»

Los doctores mahometanos han escrito volúme-
nes acerca de este viaje nocturno. Nos hemos ce-
ñido aquí a la narración que el mismo Mahoma
hizo, según el testimonio de muchos historiado-
res, a sus conciudadanos. Mahoma no obtuvo con
su narración el éxito que aguardaba y muchos se
mofaron de él, tachándolo de visionario. Pero Abu-
becar, cuya opinión merecía a todos insuperable
crédito, atestiguó la relación del viaje nocturno.
Esta declaración hizo extinguir los rumores y
dejó tiempo al Profeta para reconquistar en las
almas de sus adictos el sitio que la indiscreción
le había hecho perder. Abubecar mereció a partir
de este día el sobrenombre glorioso de *Elseddick*
(el testigo fiel).

En la actualidad, el famoso viaje presenta mu-
chos puntos oscuros. La descripción que hace Ma-
homa del corcel «resplandeciente», que, según él
afirma, «tenía un color gris plateado y era tan ve-
loz, que apenas podía en su vuelo seguirlo la mi-
rada», se ajusta perfectamente a la descripción
que haría un hombre del siglo VII, completamen-
te lego en cuestiones técnicas (lo mismo que Ezo-
quiel siglos antes) de un OVNI. En su calidad de
árabe del desierto, el único símil que se le podía
ocurrir a Mahoma para describir aquel vehículo

resplandeciente (al que llamó precisamente con
este nombre), sería precisamente el de un rápido
corcel. El color *gris plateado* atribuido al ve-
hículo no hace más que confirmar nuestra su-
posición. El 19 de julio de 1965, un vehículo discoi-
dal aterrizó en una playa de Vancluse, localidad
de Nueva Gales del Sur, y, por una afortunada
casualidad, el dibujante técnico de aviación Denis
Crowe fue testigo del aterrizaje, consiguiendo
aproximarse hasta 15 metros del disco, cuyo diá-
metro era de unos 9 metros. Según el detallado
dibujo que Crowe hizo después del objeto, éste
parecía estar formado por «dos platos de un *gris*
plateado, encarrados y con el borde azulverdoso y
brillante (resplandeciente).» ¿Puede darse mayor
coincidencia? Con la sola diferencia de que Mr.
Crowe, dibujante técnico y perteneciente a una
época de avanzado desarrollo científico, no des-
cribió al objeto como un «corcel resplandeciente»,
sino como una máquina desconocida... del mismo
modo como los romanos lo hubieran denominado
un «escudo llameante». La lógica no puede ser
más completa (1).

Este viaje de Mahoma por las esferas celestia-
les resulta muy curioso e intrigante. Observe el
lector que los *cielos* visitados fueron siete. Leemos
en el Corán: «Dios... ha creado para vuestro uso
todo cuanto hay sobre la Tierra, y, volviendo lue-
go hacia el firmamento su mirada, formó los *siete*
cielos. Su ciencia es la única que abarca todo el
Universo.» (Sura de la Vaca, 27.) «Dios ha creado
los siete cielos y las siete tierras.» (Sura de la Re-
pudiación, 12.) Este versículo mereció el siguiente
comentario por parte del *ulema* Zamchascar: «Dios
ha creado siete cielos y siete tierras distantes unos
de otros quinientas jornadas de camino. Todos
están habitados y dependen del Ser Supremo.»
¿Debemos suponer, pues, que estas siete tierras
con sus cielos correspondientes eran otros tantos
planetas habitados? El número mencionado no
deja de ser curioso, teniendo en cuenta que los
árabes sólo conocían cinco planetas: Mercurio, Ven-
us, Marte, Júpiter y Saturno, o sea, «las cinco es-
»

(1) Observación procedente del U. P. O. Investigator, bo-
letín del NICAP, agosto-setiembre de 1965, pág. 6 (con dibujo).

trellas que se eclipsan durante su carrera». (Corán, sura de las Tinieblas, 15-16). Estas estrellas son los planetas citados, según Gelaledin.

Digamos de paso que el extraordinario viaje «interplanetario» de Mahoma, se parece extraordinariamente al viaje por los planetas que realizó el Doctor Fausto, en compañía de Mefistófeles, el cual fue a buscarle en un «carro rugiente», que parecía bajar de las nubes por un surco de púrpura y oro... y «brotaban de su roce con el aire gavillas de policromados fuegos» (1). Este viaje duró hasta la esfera de Saturno y el famoso alquimista germano afirma que «los astros me parecieron muy diferentes de lo que yo imaginaba» (página 57), palabras que podrían ponerse perfectamente en boca de un astronauta moderno, Glenn Carpenter o Titov. Y en la página anterior, dice: «Nuestro Globo se había achicado tanto, que me parecía ahora del tamaño de una yema de huevo.» Más adelante, en el Apéndice V, comentaré experiencias similares de otro «precursor» de la Astronáutica, Cyrano de Bergerac.

Pero volvamos a Mahoma, o, mejor dicho, al Corán, libro que según la tradición árabe fue traído del cielo por los ángeles (mensajeros) en la célebre noche que recibió el nombre de El-cadar. Gabriel lo recogió en un solo volumen, dictándolo a Mahoma en el espacio de veintitrés años. En su retiro del monte Hara, Mahoma aprendió además a leer y escribir, aunque mantuvo este saber en secreto, para dar a su libro un carácter divino. Es casi seguro que durante los quince años pasados en la soledad, Mahoma hubiese adquirido los conocimientos necesarios a sus designios (Jannab. Abul-Feda, pág. 87).

¿Qué es el Corán? Un conjunto de reglas morales, preceptos higiénicos y exhortaciones a adorar a un solo Dios, en el que se mezclan extrañamente ecos de la ley mosaica y la doctrina del Cristianismo, pues quienes dictaron el Libro a Mahoma, consideran a Moisés, los profetas del Antiguo Testamento y Jesús entre el número de los enviados. Así, leemos en la sura número 57, el Hie-

(1) P. Saintyves, *La leyenda del Doctor Fausto*, trad. de J. Albifana Mompó, M. Agullar, editor, Madrid, sin fecha.

rró, versículo 25-27:

«Hemos enviado apóstoles para predicar la verdad dándoles leyes y una balanza para conducir a los hombres por el camino de la justicia. Hemos enseñado el arte de forjar el hierro, acerándolo para el combate y aguzándolo para otras necesidades de la vida. Dios conoce los que defienden en su ausencia su causa y la de sus ministros. El Señor posee fuerza y poder.

«Encargamos a Noé y Abraham de la predicación, y concedimos a sus descendientes el Pentateuco y el don de profecía. Unos siguieron los mandamientos del Señor y otros se extraviaron por los senderos escarpados.

«Otros profetas los han sucedido. Revestimos con el ministerio apostolar a Jesús, hijo de María. Dimosle el Evangelio y pusimos en el corazón de sus discípulos la piedad, la misericordia y el anhelo de la vida monástica que instituyeron para hacerse agradables al Señor. No hicimos de la vida monacal un precepto, pero otros que les dimos no los observaron plenamente. Los que han sido fieles recibirán su recompensa, pero la mayor parte son prevaricadores.»

No es preciso ser un experto en hermenéutica para deducir varias consecuencias interesantes de la lectura de este texto. En primer lugar, el empleo reiterado del plural, que ya antes puse de manifiesto: «Hemos enviado... hemos enseñado... encargamos... revestimos... etc.» ¿Cómo se compagina este plural con el *monoteísmo* islámico, con el culto de un Dios único? Es curioso constatar a este respecto que el nombre Jehová, o Yahvé, es también plural en hebreo, y así aparece en el Pentateuco, la sagrada Torá de los hebreos. Pero lo que resulta verdaderamente curioso, es la frase «Hemos enseñado el arte de forjar el hierro...» Las más antiguas leyendas de la Humanidad, en efecto, hablan del origen divino de la metalurgia, que procede del cielo. Leemos en la obra del gran investigador rumano Mircea Eliade, *Herreros y Alquimistas* (1): «Según los mitos, el primer herre-

(1) Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1969. Traducción del original francés Forgerons et Alchimistes, Flammarion, París, 1966.

ro —considerado a veces como el propio hijo del Dios supremo— fue enviado por Dios para concluir la creación y comunicar a los hombres el secreto de las profesiones. Para los yurbas fue Ogun, el primer herrero, quien forjó las primeras armas y enseñó a cazar a los hombres» (página 93). Y antes leemos: «En los dogones encontraremos una situación análoga: es el forjador celeste el que desempeña el papel de héroe civilizador; trae del cielo los granos cultivables y revela la agricultura a los humanos.» (pág. 29). Y más adelante: «Entre los dogones (círculo cultural africano del Volta) la profesión de herrero es muy estimada y sus herramientas ocupan un lugar importante en el culto, ya que el primer herrero es figura esencial de la mitología por haber recibido del Dios supremo, Amma, las muestras de los principales granos cultivables que colocó en el interior de su maza, suspendiéndose luego del extremo de una cadena de hierro mediante la cual Dios le hizo descender sobre la tierra. Según otra variante, los herreros vivían primitivamente en el cielo y trabajaban para Amma.» (pág. 91).

Però estos mitos sobre el origen celeste del hierro no se circunscriben a los pueblos africanos, ni mucho menos. En las sociedades primitivas, el herrero ocupa un lugar distinguido, junto a los magos, sacerdotes y poetas. Hallamos este papel preponderante en todas las mitologías de la tierra, desde la nórdica o escandinava hasta la sánscrita, pasando por la mitología griega. Y añade Eliade: «Es, pues, a las mitologías e ideologías religiosas donde habremos de remitirnos para comprender la función del herrero. Como acabamos de ver, el herrero celeste es el hijo, el mensajero o colaborador del Dios supremo: concluye su obra, y casi siempre en su nombre. La "civilización" aportada por el herrero celeste no se reduce únicamente a la organización del mundo (que casi podríamos llamar una cosmología), sino que es también de orden espiritual: el herrero monitor continúa y perfecciona la obra de Dios haciendo al hombre capaz de comprender sus misterios» (pág. 94-95).

Aún podríamos extendernos mucho sobre el tema del origen divino de la metalurgia, relaciona-

da entre algunos pueblos con unos maestros de *talla pequeña*, enanos o «extranjeros» (1), tradición que va desde los *Nibelungen* nórdicos hasta los Negrillos de los dogones, o mencionar las armas que pueden ser proyectadas a puntos muy alejados (2). Para terminar con el tema de la metalurgia, diremos únicamente que los comienzos de la misma en escala industrial, «pueden fijarse hacia los años 1.200-1.000 a. de J.C., localizándose en las montañas de Armenia. Partiendo de allí, el secreto se expandió por el próximo Oriente a través del Mediterráneo, y por la Europa central, si bien, como acabamos de ver, el hierro, ya fuese de origen meteórico o de yacimientos superficiales, era conocido ya en el III milenio a. de J.C. en la Mesopotamia (Tell Asmar, Tell Chagar Bazar, Mari), en Asia Menor (Alaca Hüyük) y, probablemente, en Egipto (3).»

Todo parece indicar, pues, la intervención en los albores de la historia humana, de unas potencias «celestiales» (Paul Misraki los llamaría «extraterrestres»), que se propusieron ejercer un influjo benéfico, educador y civilizador, entre la Humanidad neolítica: «El primer herrero les reveló no sólo el fuego y el medio de cocer sus alimentos, sino también el arte de edificar las casas, el comportamiento sexual requerido para tener niños, la técnica de la gestación, la *circuncisión*, las formas del enterramiento, etc.» (4). La mitología de los kikuyos pone en acción a tres hermanos, héroes civilizadores: el primero les enseñó la domesticación del ganado, el segundo la agricultura y el tercero el arte de forjar los metales (*ibid.*, págs. 142 y siguiente).

También hallamos curiosos preceptos de carácter higiénico (muy avanzados para la época) en el Pentateuco. Refiriéndose a las ropas de los leprosos, leemos: «Se quemará el vestido, el hilo de

- (1) Eliade, *op. cit.*, pág. 104.
- (2) Theodor H. Gaster, *Thepsis, Ritual, Myth and Drama in the ancient Near East* (Nueva York, 1950), pág. 138.
- (3) R. G. Forbes, *Metalurgy in Antiquity*, págs. 417 y ss.
- (4) Harry Tegnæus, *Le Héros civilisateur*, Uppsala, 1930, página 104.

trama o de urdimbre, la piel o el objeto de cuero en que se halla la mancha, pues es lepra tenaz; el objeto será quemado al fuego.» (Levítico, 13, 52). ¡Y esto, cinco mil años antes de Pasteur y el descubrimiento de la asepsia! Pero aún hay más: «Todo aquel a quien el enfermo tocara sin haberse antes lavado las manos en agua, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. Toda vasija de barro que tocara se romperá, y la de madera se lavará en agua.» (Ibid., 15, 11-12.) (Textos según versión directa del hebreo de Nacar-Colunga, B. A. C.)

Los ejemplos podrían repetirse en número impresionante, pero por desgracia, el espacio disponible es limitado. Enigmas muy grandes se ocultan en los viejos textos, las antiguas leyendas y tradiciones, que las más de las veces contienen el recuerdo mítico y deformado de hechos, sucesos y personajes completamente reales.

Conclusión

Nos hemos referido ya al obsesionante enigma del algodón y su similitud genética en el Perú y el valle del Nilo. Ahora bien: todas estas sorprendentes coincidencias se explican perfectamente admitiendo una *intervención externa* y una transmisión de conocimientos y técnicas por la única vía posible: la aérea. Hipótesis que explica más cosas que la fabulosa de la Atlántida. Pero entretanto, las momias rubias y de rojos cabellos de Paracas y de Nazca, con su tez blanca y sus finas y regulares facciones caucásicas, siguen guardando celosamente el mismo secreto que tal vez guardan las momias del Egipto predinástico. Secreto guardado por los mapas de Piri Reis (4.000 años a. de J.C.), que reproducen toda la Antártida libre de hielos, la costa oriental americana y las 3 islas de Groenlandia, con detalles que sólo pudieron captarse desde el aire.

Secreto que también está oculto entre las ruinas de Teotihuacán y de Tiahuanaco, a 3.810 metros de altura, y en el misterioso observatorio so-

lar de Orongo, en la isla de Pascua, donde habitaron los enigmáticos «hombres-pájaros». Secreto que tal vez sabían los sacerdotes egipcios de Saís, que se halla inscrito en el disco de Faistos y en los grandes zodiacos de Denderah y del Perú, que nos dejan entrever las más antiguas tradiciones de la Humanidad... tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. Secreto que un día será Historia.

APÉNDICE III

LOS MAPAS DE PIRI REIS

El enigma que nos plantean estos mapas es tan apasionante, que no me he podido sustraer al deseo de incluir en esta obra un extracto del problema, fragmento traducido del artículo *Now Meet the Nonterrestrial*, de Ivan T. Sanderson, aparecido en *Fantastic Universe* de enero de 1959, páginas 43-46. Estos mapas, al parecer, pertenecieron al almirante turco Piri Reis (o Rais, palabra árabe que en castellano dio *arráez*), que tomó parte en la batalla de Lepanto. Fueron antes de un piloto de Colón, quien los mostró a éste, ratificándole en su creencia de que existían tierras emergidas al otro lado del *Oceanum Tenebrosum* o Atlántico. Pero vayamos a los hechos:

...El problema fue resumido sucintamente en una emisión radiofónica en forma de coloquio, la cual formaba parte de las series dominicales que, bajo el título de «The Georgetown University Forum», la Universidad de Georgetown viene dando desde hace muchos años por una emisora de Washington, D. C. Esta emisión goza del respeto general a causa de su alto nivel intelectual, su probidad y su exactitud científica. La emisora citada facilita copias impresas de dicho programa. Estas co-

pías constituyen una de las lecturas más extraordinarias de este siglo. Lo que da más importancia al asunto es la gran categoría de los participantes en el antedicho coloquio. Vamos a resumir brevemente lo que en él se dijo:

Hace algunos años, un tal Mr. Arlington H. Mallery, ingeniero retirado, se interesó por unos mapas antiguos descubiertos por un oficial de Marina turco en Estambul y ofrecidos por éste a la Biblioteca del Congreso de Washington. Estos mapas fueron dibujados aproximadamente en la época de Colón, pero se les presentaba como copias de mapas mucho más antiguos, o portulanos de los que utilizaban corrientemente los marinos desde muchos siglos antes. En realidad, dichos mapas procedían de otros compilados en la época helenística, basándose éstos a su vez en otros mapas aún mucho más antiguos procedentes del antiguo Egipto o de otras civilizaciones aún más antiguas. Éstos mapas fueron considerados como interesantes piezas de museo, pero quedaron olvidados y arrinconados, hasta que cayeron en el más completo olvido. Mr. Mallery llegó hasta ellos gracias a sus investigaciones, que duraban ya desde hacía muchos años, acerca de los antiguos útiles de hierro americanos y los grandes cambios sobrevenidos en el litoral de América desde la retirada de la última oleada glacial (que en la actualidad, por medio de análisis del carbono radiactivo, se ha fijado en unos 10,000 años atrás). Supo entonces de la existencia de mapas muy antiguos que, a pesar de haber sido hechos en Europa o Asia, mostraban la línea costera de América. (Véase figura, pág. 480.)

Cuando volvió a descubrir estos mapas, hoy llamados de Piri Reis, halló que, si bien en ellos aparecían masas de tierra representadas en los grandes océanos que rodeaban al continente eurasiático, y más allá de ellos, estas tierras parecían ser puramente imaginarias. Además, incluso el mundo «conocido» centrado en torno al Mediterráneo, estaba todo él deformado, torcido; sin embargo, al examinar los detalles, descubrió con asombro que si recorría lentamente cualquier costa partiendo de un punto dado (como la ciudad de Marsella, que se hallaba en estos mapas antiguos y también

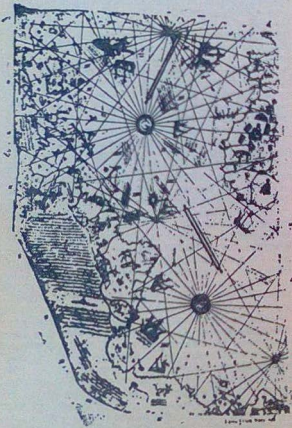
en los modernos, y que cuenta con muchos siglos de existencia sin haber cambiado de emplazamiento), todos los pequeños promontorios, ensenadas e islas existían y en el orden correcto, pero fuera de posición. Parecía, según dijo Mr. Mallery, como si los delineantes originales hubiesen levantado un plano de toda la costa del mundo cuidadosamente, pero estuviesen desprovistos del menor concepto de latitud o longitud, y por lo tanto les resultase imposible trasladar sus descubrimientos lineales a una superficie bidimensional. Al principio consideró la posibilidad de que los delineantes originales hubiesen creído que la Tierra era plana; pero aun partiendo de este supuesto, halló que las posiciones relativas de todos los puntos identificables seguían siendo totalmente inexactas y, a decir verdad, sin pies ni cabeza. Luego advirtió algo más... que las inexactitudes parecían obedecer a alguna ley matemática. Esto fue verdaderamente un gran descubrimiento, y sólo podía significar una cosa: que aquellos antiguos cartógrafos utilizaron alguna especie de lo que suele llamarse una cuadrícula sobre la que fijaban los detalles señalados en el mapa. ¿Cuál era esta pauta o proyección?

Para abreviar, diremos que Mr. Mallery sometió el problema a Mr. M. I. Walters, de la Sección Hidrográfica de los Estados Unidos, y, tras una paciente investigación, ambos descubrieron una pauta o proyección que se ajustaba a los mapas. Entonces corrigieron los mapas partiendo de esta pauta, pasándolos a una de nuestras proyecciones modernas (Mercator), y sucedió algo totalmente sorprendente.

Estos antiguos mapas —el original del cual procedían se fechaba al menos en el 3,000 a. de J.C.— mostraban *todo* el planeta con el mayor detalle y una absoluta exactitud, incluyendo no sólo las costas de las dos Américas, sino también la de toda la Antártida, y, por si fuese poco, ofrecían un gran número de cordilleras montañosas en el centro de todas las grandes masas continentales, que no sólo representaban exactísimamente las que ya conocemos hoy en día, sino algunas otras existentes en ciertas regiones inexploradas de la Norteamérica septentrional y de la Antártida, que no conoce-

NEW AND OLD DISCOVERIES IN ANTARCTICA

August 26, 1956



THE PIRI REIS MAP

mos... jestas últimas en lugares que actualmente se hallan cubiertos por una capa continua y lisa de hielo, que se calcula tiene casi dos millas de espesor! Solamente en algunas zonas limitadas el perfil costero no se correspondía con el que muestran los mapas modernos, pero fue precisamente este hecho el que más sorprendió a Mr. Mallery, pues él había estudiado algunas de estas zonas en sus anteriores investigaciones, y sabía que se trataba de lugares donde la línea costera había sufrido cambios y alteraciones por diversas causas (acarreos fluviales en los deltas, por ejemplo). En otras palabras: los extraños mapas mostraban cuál había sido la costa y su perfil entre siete y diez mil años atrás, según los descubrimientos hechos por Mallery partiendo de otras fuentes de información. Entonces Mr. Walters hizo otro descubrimiento notabilísimo, esta vez por pura casualidad.

Examinando ciertos mapas del Ejército norteamericano —o más bien informes de reconocimientos— que acababan de completarse en el norte del Canadá y en sus grandes islas árticas, informes que no se habían dado aún a la publicidad, vio con estupefacción que se habían descubierto cordilleras enteras que hasta entonces (1952) habían sido totalmente desconocidas para el mundo moderno, pero que se hallaban en su totalidad en los antiguos mapas de Piri Reis, en los *lugares correctos* y con el tamaño y orientación adecuados. Muy sorprendidos, Mallery y Walters fueron juntos a ver al reverendo Daniel Linehan, S. J., director del Observatorio Weston del Colegio de Boston, jefe del Departamento de sismología de las exploraciones emprendidas en la Antártida por la Marina estadounidense, formando parte del Año Geofísico Internacional, y le mostraron todas las cordilleras y líneas costeras de aquel continente, que aparecían en los antiguos mapas. Sin conseguir vencer casi su incredulidad, el padre Linehan afirmó en el coloquio radiofónico antes citado que todas y cada una de las características topográficas que posteriormente fueron investigadas por los sondeos ultrasónicos realizados a través del hielo por la Task Force 43, han resultado existir y coinciden con las que aparecen en los mapas de Piri Reis.

Esto plantea una cuestión acuciante. ¿Quién navegaba alrededor de los continentes americanos y de la Antártida antes de que se formase sobre ésta el casquete polar, y quién penetró en lo más recóndito del Canadá septentrional y de las grandes islas árticas por aquella época?

No se puede soslayar esta pregunta afirmando que estos mapas son de la época colombina, porque, en primer lugar, América, y mucho menos la Antártida no eran conocidas entonces y, aun en el caso de haberlo sido la última se hubiera hallado ya cubierta de hielo, como las regiones árticas americanas. Como los sesudos pero sorprendidos caballeros que tomaron parte en el coloquio tuvieron que confesar, el caso escapa a toda comprensión, a menos que: 1.°, existiesen expertos topógrafos y cartógrafos provistos de instrumentos muy precisos y que supiesen que la Tierra era un globo que gira en el espacio, antes del año 3.000 antes de J.C.; y 2.°, que estos personajes (o seres) no sólo dispusiesen de naves muy marineras, sino también de aparatos voladores de cualquier clase, porque, según creían los sabios reunidos, algunas de las cordilleras interiores SOLO PODIAN HABER SIDO OBSERVADAS DESDE EL AIRE.

APÉNDICE IV

EXTRAÑAS OBSERVACIONES LUNARES

A continuación reproducimos una lista de observaciones lunares que demuestran que la Luna no es un mundo tan muerto como se supone y que en ella ocurre algo extraño desde hace bastantes años, incluso desde el siglo XVIII:

Herschel, 22-X-1790: En un eclipse total de Luna, diversos puntos brillantes y luminosos, pequeños y redondos.

Doctor William Wilkins de Norwich, 7-III-1794: Luz como una estrella sobre la parte oscura del disco lunar. Duró 15 minutos. Visible a simple vista.

En Londres, aquella misma noche, a las 6 p. m., un sirviente de George Booth realizó idéntica observación.

Herschel en 1783 y 1787: Más luces brillantes, sobre y cerca de la Luna. También en noviembre de 1821.

Rankin, 1874: Puntos luminosos durante un eclipse lunar.

Observatorio Ciudad de El Cabo. Siglo XIX (sin precisar): Punto blanco en parte oscura de la Luna; también tres luces más pequeñas.

W. R. Brooks, director del Smith Observatory, USA, en 1896: Vio un objeto redondo y oscuro que cruzaba lentamente la Luna en diagonal. Informe confirmado, a su publicación, por el astrónomo holandés Muller, quien dijo haber visto el mismo fenómeno en abril de 1894.

Astronomical Register inglés de marzo de 1877: Luz brillante sobre el disco lunar, en el cráter Proclus. El mismo mes apareció otro punto brillante en el cráter Piccard.

Lista resumida por fechas:

20-X-1824: Selenógrafo ve luz en la parte oscura de la Luna, desde Holanda. Observador: Guit-huisen. Luz parpadeante, vista de 5 a. m. hasta 5.30 a. m.

22-I-1825: Oficiales del buque inglés *Coronation*, en el golfo de Siam, vieron luz en el cráter Aristarco.

1874: Monsieur Lamey, en *L'Année Scientifique*: Gran número de cuerpos negros cruzan la Luna.

24-IV-1874: Prof. Schafarik, de Praga, observó objeto de un blanco deslumbrador, que cruzó lentamente el disco lunar y salió de él.

27-IX-1881: Objeto luminoso se mueve a través de la Luna. (Visto en Prescott, Arizona, por el doctor Warren E. Day.) G. O. Scott, en Tonto, Arizona, vio el mismo objeto el 7 de marzo.

15-XI-1899: Desde Dourite, en la Dordogne (Francia), se vio a las 7 p. m. una enorme «estrella» blanca, roja y azul, moviéndose como un cometa cerca de la Luna.

10-V-1902: Coronel Markwick, desde Devon del Sur, vio muchos objetos coloreados, como pequeños soles, moviéndose en el cielo en la región de la Luna.

26-XI-1910: Desde Besançon se vio como un soberbio cohete que partía de la Luna durante un eclipse de ésta (*La Nature*, Francia). En la misma fecha, el *Journal of the Brit. Assoc. for the Advancement of Science* comunicó que se había visto

una mancha luminosa sobre la Luna durante el eclipse.

27-I-1912: F. B. Harris comunicó al periódico inglés *Popular Astronomy*: «He visto sobre la Luna un objeto intensamente negro de unas 250 millas de largo por 150 de ancho, semejante a un inmenso cuervo posado.»

29-VIII-1917: Objeto brillante moviéndose sobre el disco lunar (*Bulletin de la Soc. Astron. de Francia*).

Otras observaciones:

7-IX-1820: Muchos observadores franceses vieron, durante un eclipse lunar, extraños objetos moviéndose en línea recta, como si realizasen maniobras militares por la precisión de sus movimientos y evoluciones. (Arago: *Ceuvres et Annales de Chimie*.)

9-IV-1867: Thos G. Elger comunicó al *Astronomical Register* que vio llamear de pronto una parte oscura de la Luna como una estrella de séptima magnitud. Fenómeno observado a las 7.30 de la tarde. Cesó a las 9.30. Según el testigo, no era la primera vez que veía luces en la Luna, pero no tan claras.

7-VIII-1869: El profesor Swift, de Matton (Illinois), vio, durante un eclipse solar, unos objetos cruzando la Luna veinte minutos antes de la totalidad del eclipse. En Europa, los profesores Hines y Zentmayer comunicaron a *Les Mondes*, de París, haber visto también dichos objetos, que parecían marchar en líneas rectas paralelas. *The Journal of the Franklin Institute* recoge idéntica observación.

13-V-1870: Luces que varían en número, según los observadores ingleses. Vistas en Platón. Estas luces se encendían y apagaban alternativamente.

20-II-1877: Monsieur Trouvelot, del Observatorio de Meudon, París, ve en el cráter Eudoxus una fina línea luminosa, como un cable tendido sobre el cráter.

21-III-1877: C. Barrett, astrónomo inglés, ve una luz brillante en Proclo.

17-VI-1877: El profesor Henry Harrison, de Nueva York, ve una luz en la parte oscura de la Luna. Al propio tiempo, Frank Dennett, desde Inglaterra, ve un diminuto punto luminoso en el cráter de Bessel.

23-XI-1877: El doctor Klein comunicó al diario científico francés *L'Astronomie*: «Vi triángulo luminoso en el fondo de Plátón.» La misma noche en que Klein realizó su observación, astrónomos estadounidenses vieron misteriosas motas de luz dirigirse hacia Plátón desde otros cráteres lunares. Estas luces se dispusieron en un triángulo (como observó Klein) sobre el cráter de Plátón.

Entre el 21 de febrero de 1885 y el 19 de diciembre de 1919, los fenómenos vistos en diversos cráteres lunares comprenden: humo rojizo; un objeto curvado como un muro; una zona negra que se vuelve blanca; algo como «un cable luminoso» en el cráter de Aristarco; dos luces el 11 de mayo de 1885, que se repiten exactamente (curiosa coincidencia) el 11 de mayo del año siguiente, 1886; mancha intensamente negra con borde blanco; pared negra en Aristilo; mancha negra en el centro de Copérnico; objeto negro como la tinta sobre el borde de Aristarco; sombra roja; manchas negras en Lexall y Littrow.

Terminamos esta lista de extrañas observaciones lunares con una que casi las supera a todas ellas y que, además de ser inédita hasta el momento de publicarse esta obra, fue realizada por astrónomos barceloneses.

Dicha observación me fue comunicada por el distinguido miembro de la «Sociedad Astronómica Aster», don Francisco Almor, el cual requirió el concurso de otros siete observadores de dicha sociedad (a los cuales no informé previamente de lo que había observado) para que confirmasen su extraordinario descubrimiento, que así no podría atribuirse a una aberración de los sentidos. Todos los testigos coincidieron absolutamente en la descripción del fenómeno, produciéndoles tal sorpresa, que enviaron inmediatamente un telegrama al «Centro Astronómico de Copenhague» dedicado a

la recepción de noticias sobre fenómenos celestes desusados, como saben perfectamente los aficionados a la Astronomía de todo el mundo. Dicho centro no acusó recibo de la noticia.

La observación fue como sigue: Durante varias noches consecutivas, del 14 al 21 de junio inclusive de 1959, don Francisco Almor y los testigos antedichos observaron el paso de un extraño objeto —en realidad, una sombra elipsoidal— sobre el disco de la Luna. La trayectoria de dicho objeto era de Sur a Norte, basculando en paso en más menos 15 segundos en un período de más menos 35 minutos. Esto quiere decir que el objeto aparecía por un borde del disco lunar, efectuaba su recorrido sobre el mismo (adaptándose a todos sus relieves e incluso desapareciendo en ocasiones, al escalar la pared de algún gran circo, por ejemplo, lo cual demuestra indudablemente que era la sombra de un objeto situado tal vez a 2.000 kilómetros de altura sobre la superficie lunar, según cálculos que se hicieron) y luego desaparecía por el otro borde, para reaparecer matemáticamente transcurridos 35 minutos, casi por el mismo punto por donde se le vio aparecer antes, como si se tratase de un satélite lunar. Los observadores llegaron incluso a predecir su aparición. El objeto, a su paso, cruzaba los Apeninos lunares. Pero lo verdaderamente sorprendente es el diámetro asignado al objeto productor de la sombra. Admitiendo que a tal distancia del Sol sus rayos son prácticamente paralelos, la sombra debía de tener el mismo tamaño que el objeto que la producía: ¡35 kilómetros!

Tan bruscamente como había aparecido, la misteriosa sombra se esfumó después del 21 de junio, dejando estupefactos a los observadores barceloneses, que se resistían a dar crédito a lo que sus ojos les habían mostrado a través de su telescopio de 400 aumentos.

APÉNDICE V

EL ENIGMA DE LOS SATÉLITES DE MARTE

Los dos satélites de Marte, Fobos y Deimos, fueron descubiertos «oficialmente» en 1877 por el astrónomo norteamericano Asaph Hall desde el Observatorio de Washington, durante una oposición favorable.

Fobos, que tiene un diámetro aproximado de 16 km, se encuentra solamente a 9.360 km del centro de Marte (o sea que se encuentra tan sólo a 5.400 km de su superficie, teniendo en cuenta que el diámetro de Marte es de 6.800 km, algo más de la mitad del diámetro terrestre). El período de Fobos es de 7 horas 39 minutos; por lo tanto, efectúa tres revoluciones diarias alrededor de Marte.

Deimos es más pequeño, pues su diámetro es de 8 km, la mitad del anterior, el radio medio de su órbita es de 23.500 km y su período de 30 horas 18 minutos.

Notable particularidad de Fobos: Es retrógrado y su velocidad de giro no es constante, sufriendo un retraso que ha llegado a ser de cuatro minutos en cuarenta años.

Pero «alguien» descubrió ya la existencia de los dos satélites de Marte, mucho antes de que Asaph Hall los bautizara con los dos nombres homéricos

(el Terror y el Miedo, compañeros de Ares), por sugerencia de su esposa. Encontramos citados los dos satélites de Marte en una obra considerada por todos los críticos como un libro puramente satírico y de imaginación: los *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. Los *Viajes* se publicaron en 1726, o sea, más de 150 años antes del «descubrimiento» de Hall. En la tercera parte de su obra, el «Viaje a Laputa», Swift, por boca de Gulliver, describe los dos satélites de Marte, dando sus parámetros con una precisión sorprendente. «Además, han descubierto dos estrellas interiores o satélites —dice el texto de Swift—, que giran alrededor de Marte, del que el más próximo al planeta superior dista del centro del mismo exactamente tres veces su diámetro, y el más alejado está a una distancia de cinco veces el mismo diámetro. La revolución del primero se realiza en diez horas y la del segundo en veintiuna horas y media, de manera que los cuadrados de sus tiempos periódicos están aproximadamente en la proporción de los cubos de su distancia del centro de Marte (1).»

Dos consecuencias se desprenden inmediatamente del estudio de este texto: en primer lugar, el período de revolución de Fobos es menor en la actualidad: Swift: 10 h.; actualmente, 7 h. 39 min. En cambio, el de Deimos ha aumentado; Swift: 21 h. 30 min. Actualmente: 30 h. 18 min.

En cuanto a la distancia del centro, efectuando la simple operación aritmética de multiplicar por 3 el diámetro de Marte, obtendremos la cifra de 20.400 km para Fobos... pero han transcurrido más de 200 años desde entonces y este satélite *centripeto* ha sufrido en dicho lapso de tiempo el doble efecto de un frenado y una caída hacia el planeta, admitiendo lo cual, la cifra de Swift puede ser correcta... para principios del siglo XVIII.

En cuanto a Deimos, la distancia que da Swift correspondería a 34.000 km, algo superior a la actual, lo cual indicaría que Deimos también cae hacia Marte, pero no tanto como Fobos, ya que éste

sufriría los efectos de un ligero «frenado» atmosférico.

Y con esto llegamos a la sensacional teoría formulada por el astrónomo soviético profesor Josif Sklovski, doctor en Ciencias fisicomatemáticas, director de la estación de radioastronomía y de astrofísica del Instituto de Astronomía «Sternberg», y una de las mayores eminencias de la Ciencia soviética, el cual realizó detalladísimos cálculos matemáticos destinados a demostrar las anomalías orbitales de Fobos, que, según Sklovski, se debían al hecho de que éste era un satélite de masa ligerísima pese a su diámetro, o sea hueco, o sea artificial. Así, supone Sklovski que Fobos es ligerísimo, hasta tal punto, que puede acusar la disminución de velocidad por el efecto casi imperceptible del roce con las altas capas de la atmósfera marciana, muy rarificada, pero suficientes para producir un efecto de frenado perceptible en 200 años. La única explicación de ello, pues, cabría buscarla en una hipotética y antiquísima civilización marciana, que puso en órbita a dos gigantes plataformas espaciales, como base de aprovisionamiento y estaciones intermedias para sus astronaves interplanetarias (1).

Y bajo el seudónimo de *Allen Webster* comenta Mario Lletget: «Resulta imposible refutar la interesante hipótesis de Sklovski, por la sencilla razón de que no poseemos suficientes datos para calcular la masa exacta de los satélites marcianos, pero en cambio sabemos estas cosas (que indirectamente confirman tan atrevida hipótesis):

1.º Fobos, el satélite más próximo a Marte, gira más rápidamente que el propio planeta en su movimiento de rotación, hecho único en todo el sistema solar.

2.º La única vaga semejanza que podríamos encontrar son los anillos interiores de Saturno, pero precisamente por ser más veloces que los giros del propio planeta en su eje, se hallan fragmentados en innumerables porciones.

(1) Cito a Swift en su traducción francesa (pág. 97) publicada por la Librairie Moderne, Maurice Bauche, Editeur, París, 1899 (texto establecido sobre el de Fune, 1838), con las mismas ilustraciones de Granville de la edición de 1838.

(1) Estudios Soviéticos, n.º 194, mayo de 1964, págs. 31-32 (declaración recogida por la Agencia de Prensa Novosti —A. P. N.— con ocasión del tercer aniversario del primer vuelo cósmico humano — 12 abril 1961).

»3. ¿Por qué Fobos no ha dispersado sus materiales en torno a Marte, como un pequeño anillo? Es decir, ¿por qué continúa siendo un satélite y no un enjambre de diminutos pedruscos?

»4. Tanto Fobos como Deimos se hallan situados exactamente sobre el plano ecuatorial de Marte. Ambos giran sobre la zona ecuatorial con una precisión rigurosamente matemática. Tampoco se trata, a este respecto, del único ejemplo en todo el sistema planetario.

»5. Y aún cabe añadir otra observación no menos interesante; las órbitas que describen Fobos y Deimos son perfectamente circulares y no elípticas, como las de los astros que conocemos (1).

Así, el reciente trabajo del ilustre investigador soviético parece confirmar, a más de dos siglos de distancia, los parámetros dados por Swift para los dos misteriosos satélites marcianos. ¿De dónde obtuvo Swift estos datos? Según apunta André Avignon (2), Swift pudo tener acceso a conocimientos superiores secretos, citando en apoyo de este aserto al doctor Immanuel Velikovsky, que en la página 234 de su obra *Mundos en colisión*, escribe: «Es también posible que Swift hubiese tenido conocimiento de algún texto que mencionase los dos satélites de Marte, desconocido de nosotros o de sus contemporáneos.»

Ahora bien, tanto Velikovsky, como Monsieur Avignon o todos aquellos que se asombran ante la notable precisión de los datos del Dean Swift sobre los dos satélites de Marte, parecen olvidar quién dio estos sorprendentes datos a Swift (personificado en la obra por Gulliver): los tripulantes de una «isla volante» discoidal, cuya propulsión estaba asegurada por el «magnetismo» (evidentemente, Swift no podía hablar aún de «electromagnetismo» ni de «antigravedad»).

En la tercera parte de su obra, «Viaje a Laputa», Swift escribe (págs. 96-97 de la edición citada): «La isla volante es perfectamente redonda... El fondo de esta isla o superficie interior, la que se

ve al mirarla desde abajo, es un amplio plato de diamante pulido...» Es notable el dibujo de Granville que ilustra la pág. 89, en el que la gigantesca «isla volante» ofrece una curiosa apariencia de OVNI... salvo por los bosques y casas que la coronan, concesión evidente al gusto de la época. ¡La descripción que da Ezequiel en la Biblia del «objeto volante no identificado» que constituyó su «visión», tampoco está muy de acuerdo, sin duda, con los informes publicados en *The UFO Evidence*, por ejemplo!

Lo que es verdaderamente notable es el sistema de propulsión que Swift atribuye a la isla: el magnetismo. Así, leemos (págs. 96-97): «En el centro de la isla hay un hueco de unas 50 yardas de diámetro, por donde los astrónomos descienden a un gran aposento, llamado *Flandona Gagnole*, que equivale a Cueva del Astrónomo, situado a una profundidad de 100 yardas por bajo de la superficie superior del diamante. En esta cueva hay veinte lámparas ardiendo sin cesar, las cuales, como el diamante refleja su luz, arrojan viva claridad a todos lados. Se guardan allí gran variedad de sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios y otros instrumentos astronómicos. (Esta es sin duda la impresión que causaría la cámara de mandos de una astronave a un hombre del siglo XVIII.) Pero la mayor rareza, y de ella depende la suerte de la isla, es un imán de tamaño prodigioso, parecido en la forma a una lanzadera de tejedor. Tiene de longitud seis yardas, y por la parte más gruesa lo menos tres yardas aun en redondo. Este imán está sostenido por un fortísimo eje de diamante que pasa por su centro, sobre el cual juega, y se halla tan exactamente equilibrado, que la mano más débil puede volverlo. Le rodea un cilindro hueco de diamante de cuatro pies de concavidad y otros tantos de espesor en las paredes, que forma una circunferencia de doce yardas de diámetro, colocada horizontalmente y apoyada en ocho pies, asimismo de diamante, con seis yardas de alto cada uno. En la parte interna de este aro, y en medio de ella, aparece una muesca de doce pulgadas de profundidad, donde los extremos del eje encajan y giran cuando es necesario. No hay fuerza que pueda sacar a esta

(1) ¿Hay habitantes en Marte?, Enciclopedia Popular Illustrada, Ediciones G. P., Barcelona, 1962.

(2) *Phénomènes Spatiaux*, Boletín del G.E.P.A.; «L'étrange histoire des satellites de Mars», pág. 9.

pedra de su sitio, porque el aro y sus pies son de la misma pieza que el cuerpo de diamantes que constituye el fondo de la isla.

«Por medio de este imán se hace a la isla bajar o subir y andar de un lado a otro. En relación con la extensión de tierra que el monarca domina, la piedra está dotada por uno de los lados de fuerza atractiva, y de fuerza repulsiva por el otro. Poniendo el imán derecho con el extremo atrayente hacia la tierra, la isla descende; pero cuando se dirige hacia abajo el extremo repelente, la isla sube en sentido vertical. Cuando la piedra está en posición oblicua, el movimiento de la isla es igualmente oblicuo, pues en este imán las fuerzas actúan siempre en líneas paralelas a su dirección.

«Merced a este movimiento oblicuo, se dirige la isla a las diferentes partes de los dominios de Su Majestad.»

Y prosigue:

«Así, cambiando de posición la piedra siempre que es menester, se hace a la isla subir y bajar alternativamente, y por medio de estos ascensos y descensos alternados —la oblicuidad no es considerable— se traslada de un lado a otro de los dominios.

«Pero debe advertirse que esta isla no puede ir más allá de la extensión que tienen los dominios de abajo ni subir a más de cuatro millas de altura. Lo explican los astrónomos —quienes han escrito extensos tratados sobre el imán— con las siguientes razones: la virtud magnética no se extiende a más de cuatro millas de distancia, y el mineral que actúa sobre la piedra no está difundido por todo el Globo, sino limitado a los dominios del rey. Y fue cosa sencilla para un príncipe, a causa de la gran ventaja de situación tan superior, reducir a la obediencia a todo el país que cayese dentro del radio de atracción de aquel imán.» (Este curioso párrafo parece confirmar aún más que «la isla volante» era un vehículo dotado de un sistema de propulsión electromagnético, que sólo podía funcionar dentro del campo magnético terrestre y siguiendo las líneas de fuerza del mismo, como parece ser el caso de las «naves de exploración» o «plátanos volantes» actuales.)

Y a continuación, Swift describe el sistema empleado para que el vehículo pueda permanecer suspendido en el aire en completa inmovilidad, manobra observada reiteradamente en los «no identificados» contemporáneos (véase dibujo pág. 365, abajo: teoría Plantier):

«Cuando se coloca la piedra paralela a la línea del horizonte, la isla queda quieta; en tal caso los extremos del imán, a igual distancia de la tierra, actúan con la misma fuerza, uno tirando hacia abajo y otro empujando hacia arriba, de lo cual no puede resultar movimiento alguno.»

En este caso, se establece un equilibrio de fuerzas entre ambos campos magnéticos, el de la nave y el terrestre, que resulta en una inmovilización de aquélla. Después Swift nos describe a los pilotos de la nave, que él llama *astrónomos*.

«Este imán está al cuidado de ciertos astrónomos, quienes, por su parte, lo colocan en la posición que el rey indica. Emplean aquellas gentes la mayor parte de su vida en observar los cuerpos celestes, para lo cual se sirven de anteojos que aventajan con mucho a los nuestros: aunque sus grandes telescopios no exceden de tres pies, aumentan mucho más que los de cien yardas que tenemos nosotros, y al mismo tiempo muestran las estrellas con mayor claridad.»

A continuación, se encuentra la célebre referencia a los satélites de Marte, que hemos reproducido al principio de este apéndice.

¿Cómo fue a parar Gulliver —o Swift— a bordo de la «isla volante»? Se hallaba Gulliver embarcado en el *Hope Well*, sólido barco de 300 toneladas, que zarpó de Inglaterra para las Indias Orientales el 5 de agosto de 1706, arribando a Fort St. George el 11 de abril de 1707. Después de tres semanas de descanso, el barco fue a Tonkín, desde donde Gulliver salió en una balandra para traficar, mientras el *Hope Well* se quedaba en Tonkín.

No había navegado más arriba de tres fechas, cuando se desencadenó una gran tempestad, que arrastró a Gulliver y sus compañeros cinco días al Norordeste y luego al Este. Al décimo día se vieron acosados por dos barcos piratas, que se apoderaron de la balandra y dejaron a Gulliver en el

mar, a la ventura, en una pequeña canoa. Poco antes del ataque de los piratas, Gulliver había tomado la posición, viendo que estaban a una latitud de 46° N y una longitud de 183°. Al poco tiempo, descubrió varias islas al Sudeste, llegando a una de ellas al día siguiente.

En este punto del relato de Gulliver, interviene la «isla volante», descrita por Swift en unos términos muy similares al de la observación de un OVNI en nuestros tiempos:

«Pasé un rato entre las rocas; el cielo estaba raro por completo, y el sol quemaba de tal modo, que me hizo desviar de sus rayos la cara. De repente, se hizo una oscuridad, muy distinta, según me pareció, de la que se produce por la interposición de una nube. Me volví y atisé entre el sol y yo un gran cuerpo opaco que se movía avanzando hacia la isla. Juzgué que estaría a unas dos millas de altura, y ocultó el sol por seis o siete minutos; pero como si me encontrase a la sombra de una montaña, no percibí que el aire fuese mucho más frío ni el cielo se quedara más oscuro. Conforme se acercaba al sitio donde estaba yo, fue pareciéndome un cuerpo sólido, de fondo plano, liso, que brillaba con gran intensidad al reflejar el mar en él. Por mi parte, permanecía de pie, en una altura separada unas doscientas yardas de la costa, y vi cómo aquel gran cuerpo descendía hasta casi ponerse en la misma línea horizontal que yo, a menos de una milla inglesa de distancia. Saqué mi antejo de bolsillo y pude claramente divisar multitud de seres subiendo y bajando por los bordes que parecían en declive; pero no podía distinguir lo que hacían aquellos seres.» (*Op. cit.*, pág. 89.)

Esta «observación» imaginaria (¿?) presenta un sorprendente parecido con una observación «real», que es «uno de los grandes clásicos en la historia de los UFO», según afirma Jacques Vallée (1). Se registró en la costa de Nueva Guinea y el testigo principal fue el reverendo William Booth Gill, sacerdote de la iglesia Anglicana y graduado de la Universidad de Brisbane, que en el momento de la observación se hallaba acompañado por otros trein-

ta y siete testigos, pertenecientes a la Misión Anglicana de Papuasía, a la que el reverendo Gill pertenecía desde hacía trece años.

Según declara el reverendo Gill (1), el 26 de junio de 1959 salió del comedor de la Misión, después de cenar, a las 6.45 de la tarde, y «miré casualmente al cielo con el propósito, supongo, de ver al planeta Venus. Pues bien, vi a Venus pero también vi aquel objeto centelleante, que me pareció peculiar precisamente porque centelleaba y porque era extraordinariamente resplandeciente... El efecto que *producía* era fantástico. Pero lo que considero más importante es el hecho de que viésemos lo que nos parecieron seres humanos en el objeto. De momento, no los advertimos. El objeto descendió hasta unos 120 metros, yo diría, tal vez 140 o quizá menos, acaso 90 metros. Es muy difícil precisar al anochecer y, al no tener experiencia en la medida de altitudes, tiene que ser una simple conjetura, pero mientras observábamos, aparecieron figuras humanas en lo alto de aquel objeto, sobre el que había lo que parecía ser una cubierta situada encima del enorme disco. En total fueron cuatro hombres, a veces dos, después uno, luego tres, y luego cuatro... Y después todos los testigos, seguros de lo que habían visto... firmaron una declaración jurada para testificar que habían visto lo que suponemos que era la actividad de unos seres humanos de cualquier clase encima del propio objeto.

«Otro rasgo peculiar del mismo era el haz de luz azul que surgía de lo que parecía ser *el centro de la cubierta* (subrayado mío). Ellos se inclinaron hacia delante como si manipulasen algo sobre cubierta, para enderezarse después de vez en cuando, volverse y mirar en nuestra dirección, pero principalmente parecían interesados por algo que estaba en cubierta. Después, de vez en cuando, aquella luz azul, como el delgado haz de un faro surgía hacia el cielo, durante un segundo o dos, antes de apagarse... Después de toda aquella actividad, el objeto ascendió y se detuvo a gran altura.

«El aparato parecía un disco con superestructura

(1) Australian Flying Saucer Review, vol. I, n.º 1, diciembre de 1959.

(1) *Anatomy of a Phenomenon*, pág. 145.

ras redondas más pequeñas y sobre éstas, otra clase de superestructura... redondeada, como el puente de un barco. (Escribe Swift: "Al poco tiempo se acercó más y pude distinguir sus lados, rodeados de varias series de galerías y escaleras... En la galería inferior advertí que había varias personas (dedicadas a una actividad) y otras mirando." Debajo, el objeto tenía dos pares de prolongaciones o patas que apuntaban hacia abajo diagonalmente. Parecían fijas, no retráctiles, y las vimos igual en las dos noches... (La observación, en efecto, se repitió a la noche siguiente.) Más bien las compararía a un trípode.»

Cuando los periodistas australianos preguntaron al reverendo Gill si trató de establecer contacto con los pilotos del objeto, él contestó:

«En efecto. Cuando uno de los hombres pareció inclinarse como si se apoyase en una barandilla para mirarnos, yo agité la mano y la figura me contestó con el mismo ademán, como el patrón de un barco que saludase a alguien en el muelle (Swift *op. cit.*, pág. 90: "Agité la gorra y el pañuelo hacia la isla... Entonces vi, mirando atentamente, cómo se reunía gentío en el lado de frente a mí.") Nosotros veíamos a aquel ser de medio cuerpo para arriba. Ananías, el maestro, agitó ambas manos sobre la cabeza y las dos figuras que estaban en el lado de frente a nosotros levantaron y agitaron también ambos brazos.

—¿Cuál fue la reacción de los nativos ante aquellas señales?

—De sorpresa y alegría. Los muchachuelos de la Misión gritaban jubilosos, invitando a aquellos seres a bajar, pero sin obtener respuesta audible... No se veía ninguna expresión en la cara de aquellos hombres... parecían jugadores en un campo de fútbol por la noche.

—Según tenemos entendido, ustedes trataron de hacerles señales con una lámpara eléctrica de mano.

—Sí, encendimos y apagamos la lámpara y el objeto se balanceó como un péndulo, como si fuese en respuesta. Al continuar haciéndole señales luminosas, se acercó lentamente al suelo... y creímos que iba a aterrizar, pero no lo hizo. Esto nos pro-

dujo una gran desilusión.»

En el caso de Swift-Gulliver, la reacción fue positiva y los tripulantes de la «isla volante», quizás al ver que estaba completamente solo, decidieron tomarlo a bordo, después de «conferenciar gravemente unos con otros, mirándole con frecuencia» (*ibid.*, pág. 90).

No estoy de acuerdo con Monsieur André Avignon cuando sugiere, en su notable artículo ya citado, y refiriéndose a los dos satélites de Marte, que «estos parámetros eran probablemente muy anteriores al propio Swift, quien tal vez tuvo acceso a conocimientos superiores secretos», citando después a Velikovsky, como hemos visto, en apoyo de su aserto. En mi opinión, en cambio, el relato «fantástico» de los *Viajes de Gulliver puede pertenecer al mismo género «fantástico» que el famosísimo Viaje a la Luna de Cyrano de Bergerac, que ha sido objeto de un detallado análisis por parte de Aimé Michel (1).*

En el capítulo primero de esta obra, hemos visto que el atrevido Cyrano de Bergerac, ya había efectuado un «Viaje a la Luna y a los Estados del Sol», utilizando un medio de propulsión que hubiera hecho palidecer de envidia a Von Braun: el rocío encerrado en bombonas de cristal, que despedía vapores bajo los efectos de los rayos solares. (Precisamente el propio Von Braun leía a Cyrano, cuando por las mañanas se dirigía en tranvía a la casa Borsig, durante sus años de juventud en Berlín.) Pero esto apenas es nada, comparado con las demás revelaciones sorprendentes que encontramos en la obra de Cyrano, donde junto a escenas jocosas y situaciones divertidas se encuentran observaciones que hoy nos dejan pasmados, pues revelan una clarividencia increíble. Así, Cyrano describe en su obra, publicada a mediados del siglo XVII, el cohete de varios cuerpos o etapas, que se queman sucesivamente hasta situar en órbita la cápsula tripulada; y describe también la sensación de ingravidez que se apodera del atrevido viajero del espacio cuando llega a la zona neutra situada entre la Tierra y la Luna (pero más cerca de ésta

(1) *Le Monde et la Vie*, n.º 105, febrero de 1962, págs. 54-56.

que de la Tierra; observación sorprendente si se tiene en cuenta que fue hecha setenta años antes de que Newton formulara sus famosas leyes de la gravitación universal), en cuya zona los pies del astronauta «se elevan hacia lo alto», antes de iniciar la caída hacia nuestro satélite.

Pero vamos a estudiar con más detalle estas sorprendentes revelaciones. Para ello, acudiremos a la traducción directa del texto de Cyrano. Después de referir el fracaso de los diversos procedimientos más o menos risibles intentados para llegar a la Luna, Cyrano describe aquel que le sirvió, según afirma, para viajar realmente hasta nuestro satélite natural. Y este medio, como hemos dicho, es ni más ni menos que *el cohete*. Pero no un cohete cualquiera, no, señor: Cyrano describe textualmente un cohete de tres etapas.

Al parecer, le habían robado su aparato, que él había preparado en secreto en algún lugar del Canadá.

«Busqué durante mucho tiempo a *mi máquina*, pero finalmente la encontré en el centro de la plaza de Quebec, cuando se disponían a quemarla. El dolor de hallar la obra salida de mis manos en tan gran peligro, me causó tal arrebato, que eché a correr para sujetar el brazo del soldado que atizaba el fuego. Le arranqué la mecha y me lancé furioso hacia *mi máquina*, para desconectar el artificio que la rodeaba, pero llegué demasiado tarde, pues apenas puse los pies en ella, cuando me vi elevado hacia las nubes. El horror que se apoderó de mí trastornó hasta tal punto las facultades de mi espíritu, que después no recordé bien todo cuanto me había ocurrido en aquel instante. Pues así que las llamas hubieron devorado una hilera de cohetes, dispuestos de seis en seis, mediante un cebo que bordeaba cada *media docena*, otra etapa se encendió y después otra, de manera que el salitre, al encenderse, alejaba el peligro al acrecerlo.»

Es evidente que el aparato de Cyrano estaba formado por tres etapas de seis cohetes cada una, y estas tres etapas se encienden sucesivamente. Es la descripción exacta de los grandes cohetes múltiples actuales, y, en particular, del cohete americano *Saturno*, concebido precisamente por Von

Braun «lector de Cyrano».

Pero esto no es todo. Ya hemos visto que Cyrano describe la aceleración resultante del encendido sucesivo de las series de cohetes. Pero la máquina impulsora, una vez agotado su combustible, «yo la vi caer hacia la Tierra».

¡Exactamente lo que ocurre, con las diversas etapas de un cohete múltiple actual! Y para aclarar las dudas de algunos escépticos, que no admitían que Cyrano hubiese podido salir indemne de la aventura, el osado aventurero añade: «El artificio estaba sujeto al exterior y su calor, por consiguiente, no podía incomodarme. Y debéis saber que, así que el salitre se consumió, como la impetuosa ascensión de los cohetes ya no sostenía a la máquina, ésta cayó a tierra. Yo la vi caer, y, cuando pensaba precipitarme con ella, me quedé bien sorprendido de sentir que subía hacia la Luna.»

Comenta Aimé Michel: «No solamente este segundo relato confirma el primero, sino que aporta una nueva precisión, también de acuerdo con la realidad del siglo XX: a saber, la independencia de la cápsula respecto a los cohetes portadores.» Y agrega: «Aquí tenemos, pues, a nuestro "astronauta estilo Luis XIII" ascendiendo hacia la Luna después de la separación del cohete portador.» La continuación de su relato no es menos sorprendente:

«Después de recorrer, según el cálculo que hice posteriormente, bastante más de los tres cuartos del camino que separa a la Tierra de la Luna, me vi de pronto caer con los pies hacia arriba, sin haber sido derribado de ningún modo...»

¿Qué significa esta frase? Que hasta cierto punto situado más cerca de la Luna que de la Tierra, Cyrano tuvo la impresión de subir. Pero de pronto, y sin *culbuter* (volcar), tuvo la de caer, pero esta vez hacia la Luna. Las nociones de alto y bajo se invirtieron súbitamente. ¿Por qué? Newton lo explicó con precisión... pero en 1683, o sea, medio siglo después de Cyrano: entre la Tierra y la Luna, existe un punto de gravedad cero, donde el sentido de la gravedad se invierte... hecho también aprovechado por Julio Verne en su novela *De la Tierra a la Luna*. ¿Pero cómo puede explicarse en el caso

de Cyrano? ¿Casualidad milagrosa de la imaginación poética, se pregunta Michel? ¿Cómo podemos creerlo, al leer las explicaciones que el propio Cyrano ofrece a continuación?

«Esto me hizo imaginar que bajaba (caía) hacia la Luna. Y me reafirmé en esta opinión al acordarme de que no había empezado a caer más que después de haber recorrido las tres cuartas partes del camino. Pues al ser esta masa menor que la nuestra, decía para mis adentros, es necesario que su actividad tenga también menor extensión y que, por consiguiente, yo haya sentido más tarde la fuerza de su centro.»

¿Y qué dirá Newton más tarde? Que la atracción es proporcional al producto de las masas y que el vector de su fuerza pasa por los centros de gravedad. Pero aún tardará medio siglo en enunciar esta ley. Y además, como observa atinadamente Michel, Cyrano no es un hombre de ciencia, sino un novelista, un poeta. Su afirmación no procede de un cálculo, como en el caso de Newton. ¿Pero entonces, de dónde procede? El mismo no tarda en explicar con toda claridad de dónde proceden estos secretos de una ciencia que no existía en su época, explicación que no hace más que plantear nuevos enigmas.

El viaje espacial de Cyrano termina felizmente en la Luna, o en un mundo extraterrestre, que nos describe con detalle y en el que encuentra a unos seres dotados de una inteligencia superior y una técnica avanzada, trabando especial amistad con uno de estos seres, al que él llama un demonio, pero no en el sentido cristiano medieval del término, sino en el sentido griego de *daimon*. Precisamente su amigo afirmó a Cyrano que había habitado en Grecia, donde fue el propio *daimon* de Sócrates, y, a la muerte de este filósofo, gobernó e instruyó a Epaminondas en Tebas y luego pasó a Roma, donde su espíritu de justicia lo hizo partidario del joven Catón, para ayudar a Bruto cuando aquél murió, retirándose por último, con sus compañeros, a aquel solitario mundo extraterrestre, pues «el pueblo de nuestra Tierra se hizo tan estúpido y grosero, que mis compañeros y yo perdimos todo el placer que antes sentíamos en instruirlo».

Su amigo el *daimon* le hizo un día un regalo muy curioso: dos «libros» que dan mucho que pensar, pues no eran propiamente libros, sino «cajas». Lo que el sorprendido lector leerá a continuación, es más o menos la descripción que hubiera podido hacer un hombre del siglo XVII de una radio de transistores si —caso imposible— uno de estos aparatos modernos hubiese caído en sus manos:

«Al abrir la caja encontré un no sé qué de metal muy parecido a nuestros relojes, lleno de no sé qué pequeños resortes y máquinas imperceptibles. Es un libro, en verdad, pero un libro milagroso que no tiene hojas ni letras; es un libro, en fin, en el que para aprender, los ojos son inútiles: únicamente nos hacen falta los oídos. Así, cuando alguien quiere leer, arma esta máquina, con una gran cantidad de pequeños nervios; después hace girar la aguja sobre el capítulo que desea escuchar (hoy diríamos "la estación"), y al mismo tiempo salen de la máquina, como de la boca de un hombre o de un instrumento de música, todos los sonidos claros y distintos.»

El enigma es completamente incomprensible. La alusión a los «pequeños nervios», que Michel pasa por alto, aún hace pensar más en la maraña de finos hilos y cables, tan propios de la electrónica moderna miniaturizada. La alternativa es muy sencilla: o bien Cyrano ha visto con sus propios ojos un aparato de radio, o bien lo ha imaginado. En el primer caso, casi hay que admitir un milagro. En el segundo, el milagro aún sería mayor. Era lícito, ciertamente, imaginar máquinas parlantes en la época de Cyrano, de Rabelais o incluso de Arquímedes. ¿Pero qué motivos tuvo Cyrano para suponer que, si tales máquinas llegasen a existir un día, tendrían forma de cajas brillantes, llenas de pequeños mecanismos y de cables, con una aguja que permitiría escoger el programa deseado, hablado o musical? Misterio.

«Pero además, muchos otros testimonios de la misma época dan aún mayor fuerza al misterio —añade Aimé Michel—. En 1614 apareció un libro singular titulado *Fama Fraternitatis Rosae Crucis*, que refiere la fundación de la Orden de los Rosacruz por el alemán Christian Rosenkreutz, perso-

naje probablemente legendario. ¿Qué eran y qué son aún los Rosacruz? Unos hombres reunidos en el seno de una sociedad secreta por determinada concepción del Universo, fundamentada esencialmente en la fe en la Ciencia, en la convicción de que no hay misterios en la Naturaleza, de que el espíritu del hombre resolverá todos los problemas y que los progresos de la técnica y la moral alcanzarán un desarrollo infinito.»

Todas estas ideas son precisamente las que Cyrano expone y repite sin cesar en sus obras y tenemos motivos fundados de pensar que él mismo fue un hermano Rosacruz, como también quizá lo fueron Gassendi y Descartes. Esto tiene una importancia capital y vamos a ver por qué.

En la *Fama* encontramos el relato del descubrimiento de la tumba de Rosenkreutz por sus discípulos. Y esta tumba contenía, afirma el libro, toda clase de objetos extraños, entre los que había *lámparas perpetuas* (que también aparecen en el viaje nocturno de Mahoma y en el «Viaje a Laputa» de Swift, y que Cyrano menciona también durante su «estancia» en la Luna) y una *máquina parlante*. Pero lo más curioso, es que su amigo el *daemon* le afirma haber estado en contacto con los Rosacruz, y haberles confiado numerosos secretos científicos y técnicos.

Pero esto aún no es todo. La «máquina parlante» de Cyrano y de los Rosacruz está atestiguada además por otro testigo... ¡y qué testigo! Nada menos que el ilustre y respetado san Vicente de Paúl, el espíritu más escrupuloso, más desinteresado y más noble de aquella época turbulenta. La mayoría de sus hagiógrafos apenas se detienen en una época oscura de la vida del santo, situada entre 1605 y 1607. El joven Vicente, que contaba entonces 25 años, desaparece completamente y sin dejar rastro durante aquellos dos años. Al reaparecer, dijo que había sido hecho prisionero en alta mar por un pirata berberisco, que lo vendió como esclavo en Túnez a un viejo alquimista musulmán, que lo empleó para manejar el fuelle del horno. Dicho alquimista, muy experto en el *Ars Magna*, sabía fabricar máquinas parlantes, y comunicó este saber a su esclavo. ¿Se trata de una fábula? No lo

parece, ciertamente, pues a su regreso a Francia, Vicente construyó con sus propias manos una de estas máquinas, que regaló al obispo vicelegado de Aviñón, el cual la mostró al Papa y a los cardenales. Ni el obispo ni Vicente divulgaron el secreto de esta máquina, que exhibían sin permitir que nadie examinase su funcionamiento interior.

Y se pregunta Michel: ¿Tuvo relaciones Vicente con los rosacruzcianos? ¿Asistió durante aquellos dos años a su escuela secreta? Es lícito preguntárselo, teniendo en cuenta que su pretendido cautiverio en Túnez tiene toda la apariencia de ser una piadosa fábula. El relato que Vicente nos ofrece de su cautiverio, en efecto, no es más que un puro plagio de un episodio del *Quijote*, que por aquel entonces acababa de publicarse en Francia. Tenemos la impresión de que Vicente buscó en un libro extranjero, todavía poco conocido en Francia, una explicación capaz de atajar cualquier pregunta acerca de su desaparición, posiblemente relacionada con una misión secreta ordenada por sus superiores.

Todo parece demostrar, pues, que Cyrano de Bergerac tuvo a su disposición unos conocimientos que se anticipaban en varios siglos a su época. Estos conocimientos los poseían también los rosacruzcianos. Además, se hallan parcialmente atestiguados por uno de sus contemporáneos más dignos de respeto, san Vicente de Paúl, el cual no pudo por menos de conocer la existencia de la Rosa Cruz y quizá se benefició de sus enseñanzas. Todo esto nos lleva a plantearnos la última pregunta: ¿De dónde procedían los secretos de Cyrano y los Rosacruz? Como hemos dicho, el propio Cyrano responde a esta pregunta y de la manera más clara, cuando el *daemon* de Sócrates (el extraterrestre que conoció en la Luna) habla por su boca y dice:

«Un día me aparecí a Cardan (1), mientras él estudiaba; lo instruí en gran cantidad de cosas, y, en recompensa, él me prometió que daría testimonio ante la posteridad de quién poseía los milagros que iba a escribir. Vi también a Agripa, el abate Trithem, el doctor Fausto, La Brosse, César de

(1) Jerónimo Cardan (1501-1576), sabio y matemático italiano, afirmó en efecto que fue visitado por extraterrestres.

Nostradamus (1) y cierta cábala de jóvenes que el vulgo conoce bajo el nombre de "Caballeros de la Rosa Cruz", a quienes enseñé muchos ardidés y secretos naturales, que sin duda los habrán hecho pasar por grandes magos (2).»

Este es el secreto de Cyrano: sus conocimientos tuvieron un origen extraterrestre. ¿Qué hay que pensar de esta explicación? Que la Historia aún oculta muchos misterios y todavía nos deparará muchas sorpresas.

(1) Hermano del famoso Michel, iniciado y alquimista célebre, como todos los precedentes.

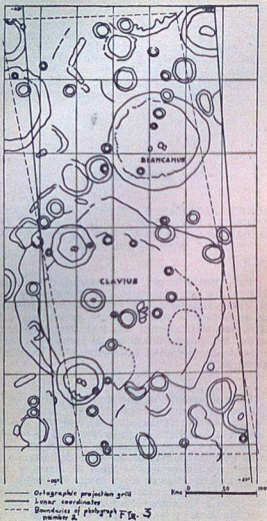
(2) *Voyage dans la Lune et aux États du Soleil*. Hemos utilizado la edición de Nilsson, París, sin fecha.

APÉNDICE VI

SOBRE ALGUNAS EXTRAÑAS SIMILITUDES ENTRE LA FOTOGRAFIA N.º 11 DE MARTE TOMADA POR EL MARINER IV Y LA REGION LUNAR DE CLAVIUS

Por Antonio Ribera, vicepresidente del «Centro de Estudios Interplanetarios» de Barcelona, y José M. Oliver, secretario de la «Agrupación Astronómica de Sabadell». (Comunicación presentada a la II Semana Astronáutica Nacional, Barcelona, marzo de 1966, y galardonada con el premio «Astronomía» de la «Sociedad Astronómica de España y América».)

La gran semejanza que presentan las fotografías de Marte, enviadas por telemetría desde la sonda espacial norteamericana *Mariner IV*, con la superficie de la Luna, produjo considerable sorpresa en todo el mundo científico. A primera vista, estas imágenes asestaban un golpe de muerte a la imagen tradicional que se tenía de Marte, y que presentaba al Planeta Rojo como un mundo de desiertos arenales y extensiones yermas y erosionadas (pese a las comprobaciones de Sinton sobre la «onda verde» y las moléculas de C-H), de condi-



ciones muy precarias para la vida, pero completamente distinto de nuestro satélite natural, la Luna.

Fue precisamente entonces, al estudiar estas sorprendentes semejanzas, cuando nuestra atención se vio atraída por una fotografía de la región lunar de Clavius que, comparada con la fotografía N.º 11 de Marte, tomada por el *Mariner IV*, nos reservaba una extraordinaria sorpresa: a primera vista, las similitudes entre ambas fotografías eran enormes. Mostradas a un lego, éste las tachó sin vacilar de fotografías de la misma región, tomadas acaso con ángulos e iluminación diferentes. Pero el dictamen del lego no nos bastaba, evidentemente, y entonces emprendimos un estudio cartográfico de ambas fotografías, comparándolas mediante los métodos más seguros y resumiendo acto seguido nuestras conclusiones.

Y estas conclusiones son las que vamos a exponer a continuación.

Las fotografías. — La fotografía N.º 11 fue tomada con filtro verde desde una altitud de 12.550 kilómetros (7.800 millas), con el sol a unos 45° sobre el horizonte marciano. La región fotografiada es probablemente Atlantis, entre Mare Sirenum y Mare Cimmerium (Lat. —31° Long. 163°). Campo abarcado. E-O 275 km (170 millas); N-S 240 km (150 millas). La revista norteamericana *SKY AND TELESCOPE*, en su número de setiembre 1965, hace esta sorprendente afirmación (pág. 160): «El gigantesco accidente circular que aquí recubre casi todo el lado izquierdo se parece al cráter lunar de Albatagnius (*sic*).» Comprobamos el parecido con Clavius, y la similitud es remota comparada con Clavius.

Observada por nosotros la similitud que a primera vista presentaba la fotografía anterior (fig. 1) con una fotografía astronómica corriente de Clavius (fig. 2), pero observando también que dicha fotografía presenta una perspectiva oblicua, pues pertenece a una región muy austral de la Luna (Lat. —86°; Long. —13°), con una extensión E-O de 250 km (155 millas) y N-S de 610 km (380 millas), procedimos entonces a levantar una proyección ortográfica de la fotografía de Clavius, a fin de poder comparar ambas fotografías sobre la mis-

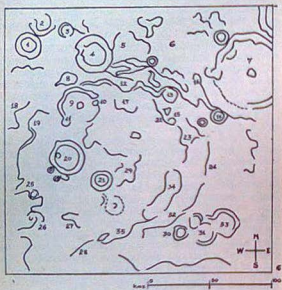


Fig. 4
Marte

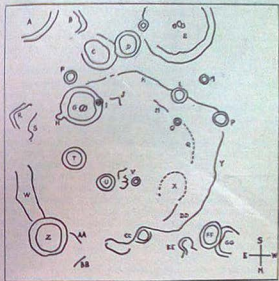


Fig. 5
Luna

ma base. Para nuestro trabajo cartográfico utilizamos los mapas lunares (MOON MAPS) de H. P. Wilkins (Mapa XXIII), obteniendo así el trazado de la fig. 3. La línea punteada corresponde a la fotografía n.º 2.

Método cartográfico empleado. — Lo primero que había que hacer, si se querían comparar adecuadamente los accidentes topográficos de ambas fotografías, era evidentemente levantar un plano de la fotografía de Marte; en segundo lugar, sobrepone ambos trazados, y, en tercer lugar, observar y anotar todas las similitudes existentes entre ambos mapas.

Es preciso observar que el trabajo cartográfico con la fotografía de Marte no fue excesivamente fácil. Los detalles que en ella figuran no son muy claros, por lo general; no obstante, algunos de ellos son suficientemente claros para ser reconocidos como cráteres y montañas. Según varios comentaristas, las zonas blancas y neblinosas pudieran estar causadas por la presencia en ellas de nieve o bruma. Suponiendo que la nieve y la bruma sólo pueden encontrarse en la cumbre de las montañas o en las crestas de los circos, o en sus inmediaciones, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que estas zonas constituyen accidentes topográficos de bastante importancia. Como tales, pues, los trasladaremos a nuestro mapa. El resultado de esta labor cartográfica puede verse en la fig. 4; compárese con la fig. 1.

Teniendo en cuenta que no todos los accidentes topográficos de Clavius se corresponden con los que aparecen en la fotografía de Marte, sino únicamente con varios de ellos, trazamos otro mapa de la región de Clavius, señalando en él sólo los accidentes más notables, es decir, los que corresponden a detalles observados en la fotografía marciana.

Conviene observar que la fotografía enviada por el *Mariner IV* fue tomada prácticamente desde el cenit de la región fotografiada, es decir, desde un ángulo de unos 90°; sin embargo, no se corresponden angularmente, sino sólo cuando la proyección lunar se ve desde un ángulo de 70-80°. Efectuada esta corrección y utilizando tan sólo los

detalles y accidentes que se corresponden (fig. 5), numeramos los accidentes topográficos marcianos y pusimos letras a los accidentes lunares, a fin de confeccionar una lista de correspondencias. Consideramos conveniente establecer una escala numerada de 1 a 10, para calificar los accidentes señalados según su grado de similitud (Tabla I).

TABLA I

N.º orden	Marte	Luna	Calif.	Observaciones
1	1-2	A	3	Los dos cráteres marcianos corresponden a la pared NO del cráter lunar
2	3	B	2	Similitud sólo por posición
3	4	C	9	Sorprendente similitud entre cráter de Marte y de la Luna
4	5	D	7	Confusa zona marciana similar en forma y posición a un cráter lunar
5	6	E	2	Ibid.
6	7	E	5	Misma conformación en ambos cráteres, pero desplazados
7	8	F	7	En Marte es una colina, en la Luna un cráter
8	9	G	9	Dos cráteres muy semejantes, pero el marciano muestra ausencia de media muralla
9	10	I	9	Dos cratercitos en la pared de 9-G
10	11	H	9	Ibid.
11	12	K	4	Gran zona en la pared N del circo marciano, correspondiente a la misma en la pared S de Clavius
12	13	L	7	Zona brillante en Marte; cráter en la Luna
13	14	P	10	Dos cráteres idénticos

N.º orden	Marte	Luna	Calif	Observaciones
14	15	O	7	Zona brillante en Marte; cráter en la Luna
15	16	M	6	Accidente crateriforme en Marte similar a cráter de la Luna
16	17	J	5	El accidente 17 de Marte corresponde en su lado
17	18	R	7	O al promontorio J de la Luna
18	19	S	6	Superposición de dos perfiles topográficos
19	20	T	8	Ibíd.
20	21	U	10	Gran similitud en forma, pero no en tamaño
21	22	N	7	Ambos cráteres idénticos
22	23	Q	7	Notable correspondencia entre las paredes de los dos grandes circos
23	24	Y	9	Ibíd.
24	25	W	3	Ibíd.
25	26	Z	1	Zona O del gran circo marciano se parece vagamente a la pared E de Clavius
26	27	AA	6	Zona indeterminada de Marte correspondiente a zona abrupta de la Luna
27	28	BB	7	Fragmentos de la pared de ambos circos
28	29	V	5	Pared abierta en ambos circos
29	30	EE	8	Zona brillante en Marte correspondiente a superficie abrupta en la Luna
				Dos cráteres similares; el de Marte, difícil de ver
30	31	FF	8	Ibíd.
31	32	DD	8	Fragmentos de la muralla de ambos circos
32	33	GG	6	Dos cráteres (el de Marte muy borroso) muy parecidos, pero ligeramente desplazados

N.º orden	Marte	Luna	Calif	Observaciones
33	34	X	9	Curiosa similitud entre una depresión marciana y una depresión lunar
34	35	CC	8	Semejanza entre dos secciones curvadas de ambas paredes
35	CLAVIUS Y GRAN CIRCO MARCIANO		10	Obsérvese la extraordinaria semejanza entre los dos grandes accidentes topográficos

De acuerdo con el sistema de calificaciones empleado, la calificación media de las 36 semejanzas reseñadas es de 6,5, lo cual significa más de un 50 % de similitud entre todas las características topográficas examinadas. ¿Cuál es la probabilidad de que concurren tantas similitudes, correspondientes al mismo número de semejanzas del porcentaje antedicho? Con el concurso de don Félix Comella, presidente de la «Agrupación Astronómica de Sabadell», hemos desarrollado logarítmicamente el problema como sigue:

$$\frac{1}{2} \left(\frac{1}{36} \right)^{36} \frac{1}{2 \cdot 36^{36}} ; \log 1 - \left[\log 2 + 36 \log 36 \right]$$

lo cual nos da un resultado en extremo sorprendente:

2128

10³⁶

es decir, que sólo hay una posibilidad de concordancia entre 2.128 (seguida por 36 ceros) agrupamientos posibles de las susodichas características topográficas.

Esta cifra es prácticamente igual a infinito, de lo que se deduce que la probabilidad de que tal cosa ocurra es, prácticamente, nula también.

Conclusión. — En este artículo hemos tratado únicamente de subrayar algunas extrañas similitudes entre los accidentes topográficos de la superficie de Marte puestos de manifiesto por la fotografía n.º 11 del *Mariner IV* y la región de la Luna que muestra el gigantesco circo de Clavius. Como señala el cálculo de probabilidades, esta coincidencia deja ya de ser curiosa para convertirse en algo prácticamente imposible. ¿Cómo explican los astrónomos estas sorprendentes similitudes? Y decir sorprendentes, es decir muy poco.

A ellos les corresponde explicarlas. ¿Pero se halla la respuesta en simples coincidencias topográficas? Abrigamos la viva sospecha de que no es éste el caso, y de que la explicación es muy otra, incluso descartando la hipótesis —inadmisible— de fraude. Quizás únicamente el envío de astronautas tripuladas a Marte consiga resolver el misterio. Pues misterio hay.

Comentando este descubrimiento, Aimé Michel me escribió, en carta que traduzco, fechada el 26 de diciembre de 1965: «Debo confesar que vuestra comparación me ha dejado estupefacto. ¿Cuál es la explicación de esta similitud? Por conocer un poco a muchos elementos responsables de la experiencia americana, sé que una superchería es imposible, materialmente irrealizable, teniendo en cuenta la gran división del trabajo. Como decimos en francés, algunos hombres pueden construir un barco sin que se sepa, pero no centenares. Entonces, no quedan más que dos explicaciones, tres en realidad. O bien una casualidad prodigiosa —la de dos paisajes que se corresponden rasgo por rasgo—, o bien no fue el *Mariner IV* quien envió las "fotos" descifradas por los americanos, sino "alguien" que se burló de ellos, o bien otro "alguien" se divirtió reproduciendo sobre un astro el paisaje de otro astro. De todos modos, es algo extraordinario y deseo que vuestro artículo se publique. [Oliver y yo lo enviamos a la prestigiosa publicación planetaria y lunar americana *The Strolling Astronomer*, dirigida por el eminente hombre de ciencia doctor Walter Haas, donde se publicó en febrero de 1966.

El trabajo apareció también en italiano y alemán (*Notiziario* del CUN y *UFO Nachrichten*, y Jacques Bergier nos propuso su publicación en la URSS.) Os felicito por vuestro magnífico trabajo. Muy amistosamente, A. Michel.»

APÉNDICE VII

LA HIPÓTESIS MARCIANA

A mi buen amigo el gran pintor Fernando Calderón, en cuya rústica «casona» pergeñé este trabajo.

«Cualquier tecnología superior no podrá distinguirse de la magia.»

ARTHUR C. CLARKE

Antes de que el desprevenido lector inicie la lectura de este artículo, debo advertirle que el mismo no reúne ninguno de los requisitos que deben concurrir en un artículo serio, documentado y científico. No va acompañado de aparato crítico, de notas, de referencias bibliográficas ni prácticamente de nada. Ha sido pergeñado en un lugarejo perdido del norte de España, casi con la única compañía de vacas, gatos y perros, y sin siquiera un mal ejemplar de *Los humanoídes* que llevarme a la boca. La hipótesis que en él se expone, por último, es de una decepcionante vulgaridad. Los extraterrestres que en ella intervienen, en vez de venir a

ilustrarnos, redimirnos o integrarnos en la Federación Galáctica, vienen únicamente en busca de... ¡patatas!

Precisamente hace poco asistí en Santander a una ilustrada tertulia, donde se barajaron hipótesis y teorías a cual más grandiosa y sobrecogedora. Las inteligencias que nos visitaban procedían del centro de la Galaxia o sus alrededores; asistí con el ánimo estremecido a combates cósmicos entre las fuerzas de la Luz y las Tinieblas; nuestra estirpe era en realidad una mutación originada por unos misteriosos Señores del Espacio. Al lado de tan altas elucubraciones, mi modestísima teoría, basada, sin embargo, en hechos, hacía papel de pariente pobre y apenas si me atreví tímidamente a exponerla no diré entre la rechifla general, porque ésta se contuvo por respeto. ¡Qué vulgaridad la de traer a mis extraterrestres de un punto situado a pocos minutos-luz, dentro de nuestro propio Sistema Solar! Por lo menos los hubiera hecho venir de Alfa del Centauro o de Wolf 424, como cualquier *ummita* que se precie. En fin, que tuve la sensación de correr el más espantoso de los ridículos.

Pero vayamos a los hechos. Todos ellos están en los libros, como diría mi buen amigo Aimé Michel, y es un pequeño rompecabezas que cualquiera puede entretenerse en montar. Consta de las piezas siguientes:

- 1.ª Los aterrizajes.
- 2.ª Las huellas particulares dejadas en algunos de ellos.
- 3.ª El lugar donde aparecen dichas huellas.
- 4.ª El discutido ciclo bienal, y
- 5.ª El caso norteamericano de Gary Wilcox.

Con todas estas piezas en la mano, vamos a empezar el juego, ayudados por un poquito de imaginación (extraña facultad desconocida para numerosos científicos).

En el libro, que no puedo consultar aquí, *Los humanoides*, se publica el clásico estudio de Jacques Vallée sobre doscientos aterrizajes registra-

dos durante la *oleada* francesa de 1954. Este magistral estudio le permitió hallar algunas constancias: la «ley horaria» (que posteriormente el propio Vallée y Ballester Olmos comprobaron que se cumplía también en los aterrizajes ibéricos por ellos compilados y analizados); la «ley de la distribución geográfica» (que se cumple también en España y nos da una preponderancia de zonas rurales sobre zonas urbanas); la gama también rural de la mayoría de los testigos, y, *last but not least*, las características constantes para el objeto señaladas por los testigos: un elipsoide de revolución de 5 metros.

Pasemos ahora a la cuestión de las huellas. En una serie de aterrizajes (que probablemente sólo son una pequeña parte de los conocidos que reúnan características similares), el objeto dejó unas huellas que, *grosso modo*, consisten generalmente en un agujero central, del que irradian varios túneles o «toperas» a flor de tierra (casi siempre en número de cinco), que se bifurcan en su extremo formando un ángulo de unos 30° con la superficie del suelo. Así ocurrió, por ejemplo, en los casos de Marliens, Morón de la Frontera, y, probablemente también en Charlton y Valensole. En el caso catalán de Matadepera parece haber actuado una sonda para recogida de muestras (pues esto, en mi opinión, es lo que causa las susodichas perforaciones), de otro tipo, pues existen cuatro túneles paralelos provistos de ramificaciones laterales.

Pasemos ahora al lugar donde aparecen esta clase de huellas. *Invariablemente* se trata de terrenos de cultivo: un campo de patatas en Charlton, un campo de girasoles en Morón de la Frontera, el famoso campo de *lavande* de Monsieur Masse en Valensole, etc. En Matadepera, parece ser que el terreno estaba en barbecho.

Como este artículo no posee el menor rigor científico, según queda dicho anteriormente, ahora me doy cuenta de que a mi lista de piezas le faltaban dos muy importantes, que se pueden intercalar entre la 3.ª y la 4.ª, a gusto del lector (si ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí sin mandarme al cuerno e irse a leer *Mundos en colisión* de Velikovsky, alguna obra de Charroux o el último

libro de John Keel, donde se exponen teorías mucho más interesantes). Podríamos llamar a estas piezas «los ocupantes» y «recogida de muestras de flora y minerales».

Pasemos a los ocupantes. Estos obedecen también a un tipo constante: son el humanide clásico de cabeza voluminosa y ojos grandes, descrito por centenares de testigos de todo el mundo y que ya es un personaje familiar para los «ufólogos», sea lo que sea lo que tal expresión signifique.

En cuanto a la recogida de muestras, que acompaña o no a los pocos aterrizajes citados (en Valensole parecía acompañarlo), lo encontramos también en todo el mundo. Mi prodigiosa memoria me permite recordar algunos casos: Carora, en Venezuela; el de Tioga City (pero de éste ya nos ocuparemos con detalle más adelante), el del *jockey* Parra, también en Venezuela, etc., etc. Vallée, en *Passaporte a Magonia* (1), publica centenares de casos de recogida de «muestras» de vegetación por parte de «enanos».

Pasemos ahora al discutido ciclo bienal. Digo discutido porque unos lo aceptan, otros no, y a los otros les da igual. Como es sabido, fue su primer descubridor el gallego Oscar Rey Brea, seguido a poca distancia por Aimé Michel, Jacques Vallée y otros que se habían escapado del pelotón general. Pero el *maillot* amarillo corresponde a Rey Brea. Parece ser que el dichoso ciclo se cumplió con puntualidad verdaderamente impresionante durante los primeros ciclos de 26 meses, a partir de 1947. Luego en 1968, pareció desmoronarse (aunque hubo una cantidad muy apreciable de observaciones en Alemania y Yugoslavia en el verano de 1971, en que se produjo nueva oposición con Marte). Sea como fuere, el ciclo bienal parece ser otra de las pocas constantes que aún se mantienen en todo este viridoso asunto.

Con esto, llegamos triunfalmente a lo que tiene que ser la culminación y la clave de todo el acertijo: el caso norteamericano de Tioga City, protagonizado por el joven granjero Gary Wilcox. Si mi memoria no me es infiel, este caso tuvo lugar en la

(1) Publicado por Plaza & Janés en su colección «Otros Mundos». — (N. de los E.)

mañana del 24 de abril de 1964, unas horas antes de que se produjera el sonado caso de Socorro. Recuerdo que, hallándome en Ciudad de México con el doctor J. Allen Hynek, le observé la casi simultaneidad de ambos casos, no sólo cronológica sino en cuanto al tipo de aparato y de ocupantes (idénticos en ambos casos). Hynek, que había estudiado a fondo el caso de Socorro, se mostró muy impresionado y confesó, con honradez científica, que no había caído en ello.

El caso de Gary Wilcox se encuentra detalladamente expuesto en *Los humanoides* y hasta creo que en alguna obra mía. No voy a repetirlo, pues. Quien desee conocerlo, que acuda a las fuentes citadas, como dicen los doctos. Lo importante aquí es la conversación, telepática o como fuera, sostenida entre el joven Gary y los dos humanoides vestidos de blanco. Repito aquí lo esencial: entre otras cosas, éstos le dijeron que su lugar de origen era el planeta que nosotros llamamos Marte, y que sólo podían venir a la Tierra *cada dos años*. Luego sostuvieron una conversación muy técnica con Gary acerca del abono nitrogenado que éste empleaba en sus campos, y terminaron pidiéndole una muestra que, como es sabido, el muchacho les dejó allí para que la recogieran. Dijeron también que, hasta hace poco, ellos sintetizaban los alimentos a partir de la atmósfera de su planeta pero, por razones que se callaron, añadieron que esto ya no era posible y que estaban aquí estudiando nuestros métodos de cultivo y nuestra vegetación, con el fin de adaptarlos en lo posible a su mundo, donde las condiciones eran ya muy precarias.

En un número de la *Flying Saucer Review* titulado *UFO Percipients*, número extra cuya fecha no recuerdo, un eminente psicólogo, el doctor Schwarz, analiza la personalidad de Gary Wilcox, y, después de admitir la veracidad del muchacho, dice que éste posee un grado de cultura media tirando a inferior, y que sólo leía revistas y periódicos, más alguna novelita. Por otra parte, la versión norteamericana del libro de Aimé Michel, *Flying Saucers and the Straight Line Mystery*, pese a haberse publicado en 1958, no podía haber llegado a manos de Gary Wilcox. Como muy atinadamente comenta

Miguel Guasp, del *CEONI* de Valencia, Gary Wilcox no podía conocer este libro ni imaginar nada sobre el ciclo bienal. Por muy norteamericanos que sean los agricultores USA no están suscritos sin duda a la *FSR*. ¿Cuántos granjeros, por ejemplo, saben de esto hoy? Yo me conformaría con que fuese sabido de verdad por la mayoría de los «estudiosos», cosa que también es poco frecuente. Era absolutamente imposible, pues, que un joven de veinticuatro años con la escasa formación cultural de Wilcox conociese la existencia de algo tan abstruso y ajeno a sus intereses inmediatos como era el llamado «ciclo bienal o marciano».

No nos queda otra alternativa, pues, que reconocer: a) que la observación, refrendada por la de Socorro, fue auténtica, y b) que, en efecto, Gary Wilcox se comunicó con los ocupantes del OVNI y que éstos le facilitaron las informaciones antedichas.

Una serie de personas, entre ellas nuestro paisano el doctor Joan Oró, distinguido ex biólogo al servicio de la NASA, pondrán sin duda el grito en el cielo, si llegan a enterarse de mi disparatada hipótesis, pues dirán que en Marte no existe vida (por lo menos vida inteligente altamente organizada) y que, aun admitiendo la existencia de los *little green men* de Marte, parece absurdo que una civilización tecnológicamente superior a la nuestra tenga que venir a la Tierra en busca de patatas y matas de espliego. Pero no tropecemos, como tantas veces nos ha ocurrido, en la piedra del antropocentrismo. Nosotros plantamos banderitas cuando vamos a otros mundos y enviamos tarjetas de visita fuera del Sistema Solar, pero no tenemos la ingenua pretensión de creer que esto ha de ser norma de conducta universal. Al marciano no parece interesarle un camino el terrestre; es más, lo rehúye, y, si se le acerca demasiado, lo paraliza (no lo mata, lo cual es un tanto a favor del marciano; ¿haría lo propio el terrestre en iguales circunstancias?). Las fotos de los *Mariner* han provocado una verdadero desconcierto entre la comunidad científica: un día nos dicen que hay nieve carbónica en los polos, al día siguiente se descubren escudos de hielo, pocos días después gigan-

tescos cañones erosionados por el agua, y, entre tanto, nadie ha podido explicar aún la «ola verde» estudiada por William Sinton, en la que detectó espectrográficamente la presencia de dos moléculas orgánicas conocidas en la Tierra y una tercera que sería «marciana». En un artículo publicado en *Science et Vie*, Aimé Michel aludía al abultamiento ecuatorial de Marte y a la posibilidad de que en él se ocultaran las ciudades subterráneas de los últimos marcianos, muy pocos en número, fines de raza de una evolución implacable de lo que otrora fuera un mundo hermano de la Tierra.

Bien, ésta es mi vulgar y decepcionante hipótesis marciana. Como su nombre indica, es una «hipótesis», es decir, que ni siquiera llega a tesis y mucho menos a teoría. Pero la Ciencia, esa señora tan respetable, trabaja por medio de hipótesis; cuando una no le sirve, la desecha y se busca otra mejor. La mía, modestísima, pretende explicar sólo unos cuantos hechos, en espera de que alguien presente otra mejor y más completa. En cuanto a cómo vienen Ellos y cómo se propulsan sus naves, véase la cita de Clarke que encabeza el artículo.

Borleña, Santander, setiembre 1972

(Artículo reproducido de STENDEK, Servicio Informativo CEI, núm. 11, diciembre 1972. Apartado de Correos 282, Barcelona.)

La revista francesa *Lumières dans la nuit*, en su número 126, de junio-julio de 1973, publicó una versión algo ampliada de mi Hipótesis Marciana, al final de cuyo texto añadí la siguiente Nota, que traduzco a continuación:

«La "manipulación de nuestro psiquismo" por los ocupantes de los OVNI, de que habla Michel, sería únicamente el efecto secundario de su tecnología extraterrestre (campos de fuerzas, radiaciones desconocidas, etc.) sobre los seres humanos... que lo sufren de acuerdo con su fisiología, del mis-

mo modo como los animales (véase lista compilada por Gordon Creighton en la FSR) lo acusan también... pero como *animales*. En el hombre, dichos efectos se manifiestan mediante trastornos psicósomáticos. Al no ser vacas, no podemos reaccionar como vacas, sino como hombres; es decir, como seres de un psiquismo muy evolucionado y complicado.

»El famoso caso del doctor X... citado por Michel, sería un buen ejemplo de ello, con matices parapsicológicos y de curación *espontánea* que lo convierten en uno de los casos más ricos y complejos que poseemos sobre la acción de "su" tecnología sobre los seres humanos. En uno de mis libros (*Platillos volantes en Iberoamérica y España*) refiero el alucinante caso de Coma de Vaca, donde dos amigos estuvieron a punto de asesinarsé mutuamente a causa de la presencia próxima de un OVNI que no veían, pues se encontraban en un refugio de montaña de los Pirineos. Creo que en muy pocos casos hay acción "voluntaria" por parte de Ellos. El doctor X... se encontraba por casualidad a la ventana de su casa cuando quedó bañado por "su" luz... lo que desencadenó toda la serie de fenómenos subsiguientes.»

APENDICE VIII

LA OPINIÓN MUNDIAL ANTE LOS OVNI DECLARACIONES DE ALGUNAS SIGNIFICADAS PERSONALIDADES

España

Federico Armenter (presidente de la «Sociedad Astronómica de España»): 1954. — «La Prensa ha publicado muchos casos, incluso fotografías, de platillos volantes. Esto quiere decir que algo existe y que merece ser estudiado desde un punto de vista rigurosamente objetivo. Sentar afirmaciones o negaciones siguiendo el escepticismo o la credulidad de cada uno, no tiene gran valor.» (De *La Vanguardia*, 31 octubre.)

Francia

Gabriel Voisin (ingeniero aeronáutico, constructor desde los primeros tiempos de la aviación): 1954. — «Deben rechazarse muchos testimonios, pero otros no dejan lugar a la menor duda: lo que llamamos platillos volantes existen. No creo capaz a ninguna nación, sea cualquiera su progreso técnico, de realizarlos. Los platillos son, por consi-

guiente, extraterrestres.» (De *Images du Monde*, 23 setiembre.)

1958. — «Esta cuestión de los objetos no identificados es de la máxima importancia.» (De una carta autógrafa al CEI, 7 de noviembre.)

Jean Cocteau (de la Academia francesa) 1956. — «Sólo los imbéciles vocingleros son capaces de creer en globos sonda, en fantasmas y alucinaciones cada vez que el Universo se expresa al margen de sus programas de creencias y prejuicios.» (Del prefacio para una obra de Guieu, 24 de abril.)

General Chassin (comandante supremo de la Defensa Aérea Centroeuropea de la NATO): 1958. — «¿Inteligencias extrahumanas? ¿Y por qué no? Admitimos sin dificultad que puedan existir otros seres —quizá no muy distintos de nosotros— cuyo grado de progreso supere largamente al nuestro. No neguemos *a priori*. Investiguemos sin hacer juicios temerarios.» (De *Tempo*, 4 noviembre.)

Inglaterra

Lord Dowding (mariscal del Aire británico, jefe de la RAF durante la «Batalla de Inglaterra»): 1954. — «La masa de pruebas es tan abrumadora que hace mucho tiempo que yo acepté ya la realidad de los platillos volantes.» (De *Flying Saucer Review*, marzo-abril 1959.)

Alemania

Walter Riedel (director del Centro Experimental de cohetes de Peenemunde durante la Segunda Guerra Mundial): 1951. — «Yo estoy absolutamente convencido de que los platillos volantes tienen sus bases fuera de la Tierra.» (De *Life*.)

Otto Waltz (ingeniero especializado en Astronáutica; intervino en la construcción de las V-2 alemanas): 1952. — «Las apariciones de UFO se reproducen cada 26 meses coincidiendo con las oposiciones de Marte, cuando naves procedentes

de este planeta pueden llegar a la Tierra. Nuestros proyectos de satélites artificiales acaso han sido realizados y superados por los marcianos. Al parecer no han aterrizado todavía, pero creo que algún suceso de esa clase puede ocurrir pronto, cualquier día y en cualquier lugar.» (De *Madrid*, 20 noviembre.)

Hermann Oberth (autor, en 1923, del primer tratado de Astronáutica, investigador mundialmente célebre. Fundador en Alemania de la primera «Sociedad de Astronáutica»): 1954. — «Los platillos volantes es imposible que sean fenómenos atmosféricos, aerolitos ni armas secretas. En consecuencia, es concebible que lleguen a la Tierra procedentes de otros cuerpos celestes.» (De la «Agencia Efe», 7 noviembre.)

1958. — «Yo llamo a sus tripulantes "uránidas" y creo que son seres muy inteligentes procedentes del Espacio que observan a la Tierra desde hace largo tiempo.» (De una conferencia de Prensa del 7 noviembre. Reproducida por *Le Courier Interplanetaire*, n.º 43.)

1962. — «Los OVNI son objetos reales y proceden del espacio interplanetario, pues ninguna potencia de la Tierra se halla en disposición de crear aparatos que reúnan las extraordinarias características de los discos volantes. En cuanto a su forma de propulsión, se basa en algún sistema antigravitatorio.» (Palabras pronunciadas durante el coloquio que siguió a su conferencia «El hombre y el viaje espacial», pronunciada en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona el 30 de mayo, bajo la presidencia del decano de la Facultad de Ciencias y la «Sociedad Astronómica de España y América». Respondiendo a una pregunta del público, el prof. Oberth disertó durante *tres cuartos de hora* sobre los «objetos no identificados», haciendo su historia desde los tiempos bíblicos hasta la actualidad.)

1965. — «Se han hecho ochenta mil observaciones sobre platillos volantes y de éstas aproximadamente setenta y una mil pudieron ser atribuidas a objetos terrestres o meteoritos. Para las restantes no se han encontrado aún una explicación. Se han propuesto varias teorías, de las cuales sólo la de Keyhoe no ha podido ser rebatida. Según esta teo-

ría, son naves procedentes de otros mundos.» (Entrevista con Del Arco publicada en *La Vanguardia Española* de Barcelona del 8-5-1965.)

«Un hecho del que se tienen ocho mil comprobaciones ciertas debe considerarse como real. No puedo saber si son naves interplanetarias o no, pero de su existencia creo que no hay duda. Las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos tienen guardados en sus archivos secretos todos estos informes.» (Declaraciones hechas a *El Noticiero Universal*, de Barcelona, publicadas el 3 de mayo de 1965, con motivo de la llegada a dicha ciudad del profesor Oberth, como invitado de honor para asistir a la I Semana Astronáutica Nacional.)

«Esas naves, si es que lo son y estuviesen tripuladas, muy bien pudieran proceder de Tau Ceti y Epsilon Eridani, puesto que esos sistemas presentan una gran analogía con el nuestro. En el caso concreto de Tau Ceti es posible que exista un cuerpo de tipo planetario en torno a esta estrella, cuya luminosidad es de 0,4 veces la de nuestro Sol y que no es imposible que pueda albergar una civilización avanzada.» (En respuesta a preguntas formuladas por Federico García Llauro y Eugenio Danyans, según artículo del primero publicado en *El Correo Catalán*, de Barcelona, del 8 de mayo de 1965.)

Doctor Wernher von Braun (refiriéndose a la desviación de trayectoria sufrida por el cohete estadounidense *June II*): — «Nos encontramos frente a poderes mucho más fuertes de lo que hasta ahora habíamos supuesto, y cuya base nos es por el momento desconocida. Actualmente no puedo decir más. Nos hallamos empeñados en la tarea de entrar en contacto más íntimo con dichos poderes, y dentro de seis u ocho meses tal vez sea posible hablar con mayor precisión sobre el asunto.» (Publicado en el periódico de la Alemania occidental *Neues Europa*, edición del 1.º de enero 1959.)

1960. — Un astronauta procedente de la Tierra, podrá reunirse algún día con otro ser en el espacio. No puedo creer que el poder que ha creado la vida y el orden haya confinado todos los organismos sensibles en este comparativamente pequeño planeta.

«Nuestro Sol es una de los cien millones de estrellas de nuestra Galaxia. Nuestra Galaxia es una de los miles de millones de galaxias que pueblan el Universo. Sería una presunción absurda creer que nosotros somos los únicos seres vivientes en esta inmensidad.» (Según «Agencia Efe», 29 de abril, desde Nueva York.)

Wernher von Braun (Según declaraciones hechas a I. Palazón Olivares, corresponsal de *La Vanguardia Española* en Lisboa, y publicadas por dicho periódico barcelonés el 17 de agosto de 1965): — «Interrogado sobre los platillos volantes, declaró que en principio no creía en su existencia, aunque se han registrado diversos fenómenos que todavía no han sido suficientemente explicados. Ello no quiere decir que dude de que puedan existir seres inteligentes en otros planetas, en mundos muy lejanos, con los que muy bien pudiera suceder que jamás pudiéramos entrar en contacto, igualmente que hay seres en la propia Tierra con los cuales no podemos comunicarnos. Pero son problemas que habrá que resolver más adelante. Esta es otra etapa.»

«Estas fotografías plantean más enigmas que soluciones.» (Comentando las fotografías de Marte transmitidas por la sonda espacial *Mariner IV*.)

Doctor Heinrich Faust (director de investigaciones del Observatorio Meteorológico de Frankfurt): 1957. — «Existen alrededor de la Tierra otros satélites que no proceden de ella. Nuestro planeta está siendo asiduamente visitado por seres que vienen de ignotas profundidades del Cosmos.» (De «Agencia Efe», 7 noviembre.)

Rusia

Doctor Zonshain (de la Academia de Ciencias de la URSS): 1957. — «En la actualidad están cruzando el espacio celeste aparatos que, a primera vista, nada tienen en común con los aviones que conocemos.» (De conferencia en Moscú, el 18 octubre.)

Suiza

Carl G. Jung (psiquiatra mundialmente célebre, creador de los modernos métodos de psicoanálisis): 1958. — «Los objetos volantes no identificados no constituyen un mero rumor; una explicación psicológica tampoco sirve en estos casos, ya que los citados objetos han sido observados por numerosas personas a la vez. Todo indica que están dirigidos por pilotos de naturaleza humana y contruidos por seres inteligentes superiores. Es sorprendente que la U. S. Air Force, pese a la información que posee y a su supuesto temor a crear pánico, parezca trabajar sistemáticamente para provocar ese pánico que quiere evitar.» (De «Agencia Efe», 28 julio.)

1959. — «Es un hecho comprobado por numerosos testimonios que los OVNI no sólo han sido observados visualmente, sino también detectados por las pantallas de radar y fotografiados. El astrofísico doctor Menzel no ha conseguido, pese a todos sus esfuerzos, ofrecer con su teoría de los espejismos una explicación satisfactoria ni de un solo caso auténtico de esos objetos.» (De su obra *Flying Saucers, A modern Myth of Things Seen in the Skies*, pág. 146, ed. Routledge de Londres, 1959.)

Estados Unidos

ATIC («Air Technical Intelligence Center»: Departamento de Investigaciones del Ejército del Aire):

1952. — «Las Fuerzas Aéreas hacen saber que los aviones militares están en estado de alerta para intentar interceptar tales objetos volantes no identificados. No existe, por ahora, ninguna razón para creer que pertenezcan a una potencia extranjera o que constituyan un peligro actual para los Estados Unidos o sus ciudadanos.» (Fragmento de un co-

municado oficial que apareció en la revista *Life* del 7 de abril.)

Capitán Edward J. Ruppelt (jefe desde 1952 a 1953 de la Comisión Investigadora de la ATIC encargada de la encuesta relativa a los «objetos volantes no identificados»):

1956. — «Yo he visto demasiados informes de observaciones aparentemente inexplicables, hundirse al ser sometidos a un examen profundo. Pero cada vez que comenzaba a sentirme escéptico yo me acordaba de otros "reports"; recordaba los numerosos informes procedentes de pilotos y radaristas experimentados, de hombres de ciencia y de otros que saben observar. Todos estos informes fueron examinados a fondo y, a pesar de todo, siguen siendo un misterio» (de su libro *Report on UFO*).

Albert M. Chop (jefe del Servicio de Prensa de las Fuerzas Aéreas, ex jefe de Información de la Comisión UFO del ATIC):

1953. — «La U. S. Air Force se resiste a admitir el origen interplanetario de los platillos, pero no ha negado jamás que tal posibilidad exista. Si es exacto, como han señalado numerosos observadores calificados, que sus evoluciones están aparentemente dirigidas, la única solución plausible es una explicación interplanetaria.» (De una carta al editor de la obra de Keyhoe *Flying Saucers: From Outer Space*, 26 de enero.)

1953. — «Las teorías del doctor Menzel —explicación de los OVNI por espejismos— están magníficamente expuestas, pero la U. S. Air Force no se adhiere a sus ideas.» (De un informe a los oficiales de Reserva de las Fuerzas Aéreas en junio de 1953.)

1957. — «Una cosa es absolutamente cierta: estamos siendo observados por seres procedentes del espacio exterior.» (De una declaración posterior a la disolución de la Comisión de Encuesta de la ATIC reproducida en Boletín NICAP, nov. 58.)

Contralmirante Delmer S. Fahrney (ex jefe de la Sección de cohetes teledirigidos de la Marina norteamericana):

1957. — «Como resultado de largas investigaciones en las que se han acumulado conocimientos tecnológicos excepcionales puede ya afirmarse que

una serie de objetos no identificados dirigidos inteligentemente están penetrando en la atmósfera terrestre procedentes del espacio exterior.» («Agencia Efe», 16 de enero.)

Clyde Tombaugh (astrónomo del Observatorio Lowell; luego al servicio del Ejército de los EE. UU. Mundialmente célebre por su descubrimiento, en 1930, del planeta Plutón. Descubridor en 1954 de dos pequeños objetos de naturaleza desconocida que giraban en órbitas satélites de la Tierra.)

«Parecen estar dirigidos —refiriéndose a los OVNI— y nunca, en las miles de noches que he pasado observando el cielo, había visto nada semejante. Los seres de otros mundos pueden ser inteligentes y haber dominado la enorme energía necesaria para atravesar el espacio interestelar.» (Boletín NICAP, noviembre 1958.)

Doctor Harlow Shapley (astrónomo, antiguo director del Observatorio de Harvard).

«Debemos aceptar ya como incuestionable que existen otros mundos habitados por seres inteligentes.» (Boletín NICAP, noviembre 1958.)

APÉNDICE IX

EL «ATERRIJAJE» DE MADRID

La Prensa de toda España publicó el día 8 de febrero la noticia siguiente, enviada a los periódicos por la «Agencia Cifra»:

«Madrid, 7. — Serían más o menos las ocho de la tarde de ayer domingo cuando en el barrio de Aluche, muy cerca de la Casa de Campo, un objeto sin identificar, pero que por las descripciones de los testigos responde a las características de los traídos y llevados "platillos volantes", tomó tierra en terrenos de la finca "El Relajal" y segundos más tarde emprendió nuevamente el vuelo para perderse en el cielo.

«Como vestigio de la presencia del objeto, queda una superficie del suelo no muy extensa casi carbonizada y la afirmación categórica de algunos testigos presenciales del hecho. Uno de los testigos no ha querido facilitar su nombre para evitar publicidad; el otro, que observó desde la ventana de su casa la llegada y partida del extraño objeto, es Vicente Ortuño. Las descripciones coinciden en afirmar que "un disco anaranjado descendió, se posó en tierra y seguidamente emprendió vuelo a gran velocidad". Todo ello a las ocho de la noche

de ayer domingo. Los testigos, sin duda "quemados" por tantas y tantas historias como se han dicho acerca de los "platillos volantes", no han querido afirmar que se tratase de uno de estos artefactos. Pero afirman rotundamente y coinciden en decir que no era un avión ni un helicóptero. Por nuestra parte, ni afirmamos ni negamos este relato que, una vez más, puede llevar a los campos de las historias de la ciencia ficción.

«El hecho concreto e innegable es que hay dos testigos y una porción de terreno chamuscado que hablan de la aparición de un extraño objeto volador ayer domingo en Madrid. Como punto final, debemos señalar que, puestos al habla con el observatorio de Madrid y con la torre de observación de Barajas, a la hora citada no se registró, por parte de estos dos organismos, la presencia sobre Madrid de ningún objeto sin identificar.»

De momento, toda mi información sobre un caso que ofrecía grandes visos de verosimilitud se redujo a la información aparecida en la Prensa nacional. La nota de «Cifra» sólo daba el nombre de uno de los testigos, sin las señas de su domicilio. Por lo tanto, cualquier investigación se hacía un poco difícil. Pero pocos días después, mi amiga y colaboradora doña Cecilia C. de Puig me comunicó que en el número 282 de la revista *Porqué*, correspondiente al 16 de febrero, había aparecido un reportaje sobre el suceso, en el que se facilitaba la dirección de uno de los testigos, don José Luis Jordán. Compré la revista y leí el susodicho reportaje, en el que José Luis Pimentel, enviado especial de la revista, entrevistaba al testigo citado y dos más. El resto del artículo estaba formado por las desorbitadas declaraciones de un cuarto entrevistado, un «profesor» por nombramiento propio que se dedica a delirantes especulaciones acerca de los «seres del espacio», con los que pretende hallarse en contacto telepático y que le comunican puntualmente sus idas y venidas (aterrizaje del susodicho «platillo» incluido, que él *sabía* con cuatro días de antelación. ¡Qué magnífica ocasión desaprovechada de hacer una *profecía!*)

Después de entrevistar a don José Jordán, el periodista de *Porqué* interrogó a otros dos testi-

gos: doña María Ruiz Torres, que vive en Aluche, y el guarda Juan Jiménez Díaz, que también observó la llegada del misterioso aparato. Con doña María Ruiz, sostuvo el siguiente diálogo:

—Estaba en la ventana tranquilamente —le explicó ella—, cuando, de pronto, vi una cosa muy rara que, en silencio, bajaba del cielo. Me fijé con atención creyendo que se trataba de algún nuevo modelo de avión, pero al verlo más cerca quedé petrificada.

—¿Por qué?

—Me di cuenta de que era algo excepcional; tuve más miedo.

—¿Pudo distinguir algo especial?

—Sí. Me fijé y pude ver a través de un cristal, o al menos eso me pareció, un ojo gigante.

El guarda Juan Jiménez Díaz declaró lo siguiente al reportero:

—Si quiere que le diga, no me moví de mi sitio. Desde el primer momento me di cuenta de lo que era.

—¿El qué?

—Algo que no es de nuestro mundo.

—Pero, ¿en qué se funda usted?

—Si lo hubiese visto usted, hubiera comprendido todo. Era un artefacto extrañísimo y que llamaba poderosamente la atención. Creo que quien lo tripulaba intentó bajarse.

—¿Por qué lo sabe?

—Vi una especie de puerta que se abría, pero, sin saber por qué, se cerró y emprendió el vuelo.

Este libro ya se hallaba en prensa, amigo lector, y el tiempo urgía si decidía incluir este caso en el mismo, bajo la forma de otro apéndice, ya que era de todo punto imposible incluirlo en el capítulo de las observaciones españolas. Fue entonces cuando Eugenio Danyans y yo decidimos escribir a don José Luis Jordán. De la respuesta del mismo dependería que el caso se incluyese o no. Además de las características generales del suceso, que parecían «clásicas», había otro hecho, conocido únicamente por Danyans y por mí, que parecía refrendar su autenticidad: mi amigo Baltasar Rodulfo me contó que, hallándose en Madrid el día 6 de febrero don Jorge Forcada, la brújula que di-

cho señor lleva siempre encima sufrió curiosas perturbaciones, como si se hallase en las cercanías de un potente campo magnético. Sólo muy posteriormente se enteró del «aterrijaje», sin atribuir de momento ninguna relación entre ambos hechos.

Danyans recibió una extensa carta de don José Luis Jordán, en respuesta a la suya y fechada en Madrid el 26 de febrero. En ella, después de manifestar su disgusto por el hecho de que la Prensa hubiese facilitado su domicilio, pues esto le expuso a muchas molestias, pasaba a describirle con todo detalle el suceso de que fue testigo. Transcribo casi íntegramente esta carta, por su extraordinario interés:

«El domingo 6 de febrero, hacia las 8 de la noche, regresaba a mi domicilio procedente del Poblado de Casilda de Bustos, al que había ido aquella tarde para visitar a unos amigos. Había caído la tarde y me dirigía hacia el "Poblado C" de Aluche con los faros del coche encendidos. Algo me llamó poderosamente la atención. En principio creí identificarlo con un autogiro, pero instantáneamente cambió de opinión, puesto que el rotor de estos aparatos no suele estar iluminado, según creo. Se trataba de un disco blanco al principio, cuyo tono fue virando hacia el amarillo y luego al anaranjado conforme se acercaba. (Tal vez no sea éste el orden exacto, pero así creo recordarlo.) Para entonces ya había yo parado el "seiscientos" y bajado del mismo para poder observar el "extraño avión". Confieso que polarizado por la tendencia a identificarlo con un helicóptero, no pensé siquiera que se tratase de uno de esos "plátillos volantes" tan manoseados por la Prensa veraniega.

»El disco se acercaba cada vez más a una velocidad aparente muy elevada. (No me atrevo a aventurar comparaciones, pues soy profano en asuntos aeronáuticos.) Cuando pasó por el cenit, casi encima de mi cabeza, aunque todavía a gran altura, parecía tener un diámetro aparente similar al de un volante de automóvil. Se desplazaba en dirección casi perpendicular a la autopista del Aeroclub. En ese momento se me ocurrió fijarme en los

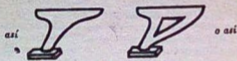
alrededores. Una docena de metros o algo más atrás había un hombre —creo que con una niña— que miraba también hacia arriba. Cuando volví los ojos hacia el extraño fenómeno observé perplejo que el disco descendía a una zona próxima al punto de la carretera donde me encontraba. Confieso que en el primer instante no me asusté lo más mínimo. Incluso di una interpretación lógica a ese extraño aterrijaje. Recordemos que no lejos de allí se encuentra el conocido Aeroclub y no tenía nada de extraño que estuviesen realizando en aquella área experiencias con algún prototipo de avión. Fue este primer juicio rápido y mi curiosidad no satisfecha la que me impulsó a subir al coche y arrancar de nuevo para acudir al lugar probable del aterrijaje. Por ello no presencié del todo el descenso. Me fijé que por una pequeña carretera que derivaba en la "autopista" podría acceder a ese punto, y cuando me acercaba —aún dentro del coche, que frené bruscamente— vi elevarse de nuevo el enorme disco.

»Era, repito, enorme respecto a lo que pensaba encontrarme. Su diámetro no bajaría de los 10 ó 12 metros. Quedé tan impresionado por la visión esta vez, que recuerdo cómo me quedó después durante unos minutos la lengua pastosa y reseca. No era su diámetro tan apreciable lo que me asustó, sino su intrigante luminosidad. Sería más exacto si se lo comparase al brillo de esas pinturas fluorescentes utilizadas en la señalización de la carretera, pero mucho más viva e intensa. (No había faros cercanos que activasen esta luminiscencia.) Emitía un sonido uniforme y apagado que me recordó la vibración de unas turbinas de energía eléctrica que visité hace algún tiempo en un pantano de la provincia de Jaén.

»La subida: ascenso uniforme y equilibrado, fue rapidísima y salté violentamente del coche para presenciarla, pese a que —confieso— las piernas me temblaban. Siento mucho que el fuerte "shock" que sentí me impidiese reparar en detalles, alucinado como estaba por la sorprendente visión. Es inútil que me pregunte si vi puertas, ventanas, aparatos auxiliares o el perfil exacto del aparato. Tan sólo me fijé en un detalle sobresaliente —aparte

de los pies sustentadores que describiré—. En el centro del disco ("vientre" o zona inferior) aparecía lo que creo pudiera ser una tobera o salida de gases, con perfil irregular que podría (sin demasiada certeza) esbozar como una línea recta situada entre dos paréntesis abiertos hacia fuera. (Juraría que no era una estrella y que más bien resultaba de un negro mate sobre la luminiscencia del conjunto.)

»Tres grandes puntas emergían del vehículo (casi con seguridad constituyendo los vértices de un triángulo equilátero.) Me afianzo en esta idea, pues el periódico *Informaciones* y muchos testigos aseguran haber visto las huellas, separadas equidistantemente, unos 6 metros (*Informaciones* del 9 de febrero de 1966). Las "patas" o "tren de aterrizaje" terminaban en unos pequeños rectángulos o cuadrados igualmente luminosos. Podría describir varios modelos de estos "pies sustentadores" sin atreverme a identificar exactamente los dibujos con la realidad.



»Algo parecido me ocurre con el perímetro y el perfil del disco. Siento confesar que no estoy muy seguro de mi primera percepción, que identifiqué con una especie de triángulo de lados curvilíneos.



»¿Pero fue esto producto de una ilusión óptica, al apreciar la discontinuidad provocada por las bases de los tres pies? ¿Tenía perímetro rigurosamente circular? Mis titubeos pueden tal vez parecerle inconsecuencia o indicio de una versión fraudulenta. Pero usted me solicita una descripción detallada y yo prefiero dirigirme por un criterio sincero y desprovisto de fabulación. (Le dibujo un croquis de! aparato, sin que yo me haga responsable de la exactitud de sus formas. Alguien me preguntó si tenía cúpula; contesté al periodista que no había apreciado tal cúpula, aunque es verdad que la zona superior fue visualmente poco accesible para mí.)



»El color de la luminiscencia era sin ningún género de dudas naranja. Aquí no tengo la menor duda. Como también estoy seguro de que esa especie de fluorescencia no podía confundirse con la luz emitida por un cuerpo incandescente.

»El aparato ascendió y, "cosa sorprendente", desapareció como si se hubiese "apagado" repentinamente. Poco resta por contar. Acudí a una casa cercana. (Por la Prensa supe que se trataba de la finca "El Relajal".) Y allí un señor, que también a través del diario *Informaciones* sé que es esposo de doña Herminia Peldez Blanco, escuchó mi nerviosa descripción. Aún ignoraba yo que hubiese otros muchos testigos. Instantes después del ascenso me atreví a dar una vuelta por allí, bastante asustado. Tan sólo encontré un "Renault" blanco cuyos ocupantes —una pareja de novios— aseguraron no haber visto nada, y a lo lejos otro coche cerca del cual trabajaban dos mecánicos que se

alejaron del vehículo cuando yo me acercaba a ellos. (El periodista de Informaciones me ha contado una historia tan "novelesca", o al menos "extraña", surgida en torno a estos mecánicos, que yo me resisto a creerla.)

¿Mi opinión acerca del suceso? Desde el primer instante me percaté de que no se trataba de un helicóptero y, por supuesto —y en esto la certeza es absoluta— (a menos que fuera víctima de una alucinación, lo que no parecen corroborar otros testigos), no se trataba de ningún aerolito, como algún "pedante" expresó en la Prensa. Pero de ahí a que yo interprete como un vehículo proveniente de los espacios siderales tal aparato, va mucho trecho. Confieso que estoy hecho un mar de confusiones y que carezco de elementos de juicio para calibrar el suceso en su verdadera magnitud. Mas no olvidemos que cerca de allí está el Aero-club, y aunque en el aeropuerto aquel desmintieron se tratase de un vehículo de esa base, y a pesar de que un oficial de aviación me visitase asegurando haber sido testigo del aterrizaje —ignorando la naturaleza del aparato—, no debemos descartar la posibilidad de que se tratase de una experiencia (reservada en grado sumo) realizada por las fuerzas americanas en nuestra península.

»De todos modos no me toca a mí brindar una interpretación lógica a este curioso testimonio. Poseo una opinión formada sobre los platillos volantes que usted puede tachar de "prejuicio", por ser poco favorable a la tesis de que se trate de naves tripuladas por seres no terrestres, y siento confesar que ni aun el hecho de haber sido testigo del aterrizaje de un aparato similar al que la Prensa mundial califica de "platillos", conmueve gran cosa mi punto de vista. Me parece mucho más acertada la denominación de "objetos no identificados". Pero... ¿es que no existen muchas otras posibilidades de interpretar tales "objetos" con entidades más lógicas que esos pretendidos vehículos interplanetarios? Agotemos todas las hipótesis naturales y luego —en buena hora— juzguemos que se trata de tales vehículos extraterrestres.

»Siento no ser más explícito. Describir más cosas sería simplemente mentir o fabular, que es lo

mismo. Tal vez a algunos les hubiera interesado que yo viera descender de aquel aparato un extraño ser de ojos verdosos y viscosos tentáculos, pero yo no vi nada de eso. La Prensa ha deformado, por otra parte, mis escasas declaraciones. Si ve usted alguna descripción puesta en mi boca que no se adapte a mi relato anterior, asegure usted que es falsa. Lamento no poderle indicar el domicilio de doña María Ruiz Torres, de Aluche. Ignoro la identidad de esa testigo.

»Reiterándole mis súplicas de que no facilite a nadie mi domicilio, y esperando de su caballerosidad cumpla esta pequeña solicitud, se pone a su entera disposición

»JOSÉ LUIS JORDÁN.»

Además del citado artículo de *Porqué*, aparecieron notas sobre este suceso en los periódicos siguientes: *Diario Informaciones*, de Madrid, lunes 7 febrero. (Artículo y fotografías dando reseña del aterrizaje.) *Diario Pueblo*, de Madrid, martes 8 febrero (desmintiendo la interpretación popular atribuyendo al vehículo el carácter de platillo). *Diario YA*, martes 8 febrero. (Nota de la «Agencia Efe» dando la noticia del suceso.) *Diario Informaciones*, miércoles 9 febrero. (Reportaje *in situ* brindando fotografías de las huellas del vehículo y un dibujo trazado por J. L. Jordán.) *Diario Informaciones*, sábado 12 febrero. (Nuevo reportaje sobre el asunto) (1).

(1) Véase *Un caso perfecto*, de A. Ribera-R. Farriola, en Colección «Otros Mundos» Plaza & Janés, S. A. Editores, 1973, donde se amplía este caso y el posterior de San José de Valdezas.

APÉNDICE X

LAS OBSERVACIONES ANDORRANAS DE JUNIO 1967

Las observaciones que voy a reseñar a continuación se realizaron en Andorra la Vella, capital del Principado de Andorra, entre los días 17 y 22 de junio de 1967, y presentan caracteres verdaderamente insólitos, que les confieren un extraordinario interés.

Observación del día 17

La observación se efectuó a las 20 horas. Los objetos avistados fueron tres bolas o esferas, situadas en la vertical del Pic d'Enclar, al NNO del observador. Los testigos fueron numerosos: más de medio centenar de personas, que en aquellos momentos transitaban por una zona elevada de Andorra la Vella, frente a los talleres de «Decor-Estil». Uno de los mozos de dicho taller, Eugenio, y el operario vasco Larrea, describieron así la observación:

eran tres bolas (o esferas) rojas por un lado y plateadas por el otro. La central era mucho mayor que las otras dos, situadas una a cada lado, en formación. El tamaño aparente de los tres objetos era considerable. La bola mayor, «como una bola de billar», según los testigos. Transcurrido un cuarto de hora, las dos bolas pequeñas partieron a considerable velocidad. De dos a tres minutos después, la mayor desapareció a una velocidad aterradora.

Comentario: no podían ser globos sonda meteorológicos, pues en tal caso la corriente aérea que arrastró a las dos primeras «bolas» hubiera arrastrado también a la tercera. Eran objetos animados de movimiento «propio».

Observación del día 20

Por una feliz casualidad, esta observación efectuada a la misma hora que la precedente, tuvo lugar frente a la tienda de un óptico, el cual se apresuró a distribuir prismáticos, gemelos y anteojos entre los concurrentes, que eran bastante numerosos a aquella hora. El principal testigo, de quien tomamos los datos siguientes, fue Jaume Ros (provisio además, del aparato óptico más potente: un telescopio de 60 aumentos). He aquí lo que vio: «Algo» que daba la impresión de una sábana de plástico (*sic*), sostenida en sus ángulos por 4 bolas muy luminosas. De este modo formaba un cuadrado, con uno de sus vértices hacia abajo y otro hacia arriba. Las «bolas» eran de color anaranjado. La altura aparente: 4.500 ó 5.000 metros, la misma que toman los aviones de línea al sobrevolar la cordillera pirenaica por Andorra. La «sábana» parece tener una viva luz propia, del color del neón incandescente. Por ella corren unos puntitos negros (¿figuras?). Duración de la observación: 30 minutos. De pronto, todo el sistema (las cuatro bolas y la «sábana») desapareció a velocidad vertiginosa.

Comentario: observación extraordinaria. ¿Instalación de una plataforma espacial?

Observación del día 21

Testigos: Jaume Bordas, industrial. Luego, su esposa Odile. Hora: 0.15 de la madrugada. Aparece por el horizonte ONO un objeto luminoso, con magnitud aparente de Venus a la puesta. Atraviesa lentamente —con mucha mayor lentitud que un satélite— todo el firmamento, pasando por el cenit. Avanzaba en zigzag, para detenerse durante 3 ó 4 segundos, apagándose entonces, para readquirir una gran intensidad luminosa al reemprender la marcha. Su luminosidad era entonces blancoazulada.

Observando con prismáticos de 20×50 , tenía forma triangular, con dos aspas en la parte delantera, lo cual le confería aspecto de *wigwam* (tienda india). Cuando penetró en el horizonte E (antes, al llegar al cenit, efectuó una pequeña vuelta), se apagó y se encendió intensamente, y decuplicó su velocidad.

Duración total del paso por el firmamento: 10 minutos.

Observación del día 22

Testigos: los mismos, desde su cuarto piso, situado en el centro de Andorra la Vella. Hora: 0.45. Aparece de nuevo el mismo objeto (u otro similar) por el mismo sitio de la noche anterior; avanza zigzagueando y con la misma lentitud. A la 1, el testigo ve aparecer por el mismo punto del horizonte lo que pudiéramos llamar el «séquito»: una formación de puntos muy brillantes, dispuestos en círculo o corona, y seguidos por una «cola» o hilera de puntos iguales. Los puntos brillantes son mucho más pequeños que el primer objeto (que los precede a un cuarto de hora de distancia), pero avanzan con la misma lentitud que éste. Parecían estrellitas, según palabras del observador. Por último, desaparecen por el horizonte E, por el mismo punto por donde desapareció el objeto mayor.

BIBLIOGRAFÍA

DE LAS PRIMERAS EDICIONES

- ADAMSKI, George: *Flying Saucers Have Landed*. T. Werner Laurie Ltd., Londres 1954. (Trad. francesa en Editions du Vieux Colombier, París.)
- *Inside the Space Ships*, Neville Spearman Ltd., Londres.
- ALLEN, W. Gordon: *Space-Craft from Beyond Three Dimensions*. (Con cuatro ensayos de Carl Frederick Krafft.) Exposition Press Inc., 386, Fourth Ave., Nueva York 1959.
- ANICETO Lugo, Francisco: *Los visitantes del espacio*. Ediciones Continente. Buenos Aires 1959.
- BUELTA, Eduardo: *Astronaves sobre la Tierra*. Ediciones Oromí. Barcelona 1955. (Agotada.)
- BUSSON-LEROY: *Les derniers secrets de la Terre* (con un capítulo sobre platillos volantes). Editions de la Table Ronde, París 1955. (Trad. española de J. Garriga Pujol en Editorial Vergara, Barcelona 1956.)
- CARROUGES, Michel: *Les Apparitions de Martiens*. Fayard, París 1963. (Trad. española en Ed. Pomaire, S. A.)
- CASALS, Esteban: *Misterio en los aires*. Col. «Ardilla» número 23. Editorial Librería Salesiana, Barcelona, sin fecha.
- GUIEU, Jimmy: *Les Soucoupes Volantes viennent d'un autre monde*. Editions Fleuve Noir, París 1954.
- *Black-Out sur les Soucoupes Volantes*. (Prefacio de Jean Cocteau.) Editions Fleuve Noir, París 1956.
- JUNG, C. G.: *Flying Saucers* (A Modern Myth of Things Seen in the Skies). Routledge & Kegan Paul, Londres 1958. Existe traducción española: *Sobre cosas*

- que se ven en el cielo. Ed Sur, S. A., Buenos Aires 1961.
- KEYHOE, Donald E.: *The Flying Saucers are Real*. — *The Flying Saucer Conspiracy*.
- *Flying Saucers from Outer Space*. Hutchinson & Co., Londres 1954. (Existe traducción española en Populibros «La Prensa», México, D. F. 1955.)
- *Flying Saucers. Top Secret*. Henry Holt, Nueva York 1959.
- KRASPEDON, Dino: *My Contact with Flying Saucers*. Neville Spearman, Londres.
- FORT, Charles: *The Books of Charles Fort*. Ed. de la Fortean Society, Henry Holt & Co., Nueva York.
- *Livre des Damnés*, París. Trad. castellana en Editorial Bruquera.
- LESLIE, Desmond: Vid. ADAMSKI, George: *Flying Saucers have Landed*. (Obra escrita en colaboración.)
- LLEGET, Mario: *La conquista del aire y del espacio* (con un capítulo sobre platillos volantes). Col. Herakles, Editorial Hispano-Europea, Barcelona, 1958.
- MENZEL, Doctor Donald H.: *Flying Saucers*. Harvard University Press, Cambridge (USA), 1953.
- MICHEL, Aimé: *Lueurs sur les Soucoupes Volantes*. Mame Editeur, París.
- *Mystérieux Objets Célestes*. Arthaud, París 1958. Trad. española: *Los misteriosos platillos volantes*. Editorial Pomaire, Barcelona-Santiago de Chile 1963.
- MILLER, Max B.: *Flying Saucers*. Trend Books Ltd., Los Angeles 1959.
- NICAP: *The UFO Evidence*. Washington, 1964. Richard H. Hall, Editor. 1536 Connecticut Ave., N. W., Washington, D. C.
- PALUZIE BORRELL, Antonio: *Cómo se realizarán los viajes interplanetarios*. (Con un capítulo sobre platillos volantes.) Col. Cómo, n.º 2 Ed. Rauter, S. A., Barcelona 1959.
- PEDRAJO, Prof. Manuel: *Los platillos volantes y la evidencia*. (Sin pie de imprenta) 1954.
- PLANTIER, Cap. Jean: *La propulsion des Soucoupes Volantes par action directe sur l'atome*. Mame Ed., París, 1954.
- RUPPELT, Cap. Edward J.: *The Report on Unidentified Flying Objects*, Doubleday & Co, Inc., Nueva York. (Trad. francesa en Editions France-Empire, París 1956.)
- THOMAS, Paul (Paul Misraki): *Les Extraterrestres*. Plon. París 1962. Trad. española en Ediciones 29.
- TRENCH, Brinsley Le Poer: *The Sky People*, Neville Spearman, Londres 1960.
- *The Eternal Subject*. Souvenir Press, Londres 1973.
- VALLÉE, Jacques: *Anatomy of a Phenomenon. Unidentified Objects in Space. — A Scientific Appraisal*. Henry Regnery Co., Chicago 1965.
- *Les phénomènes insolites de l'espace*. La Table Ronde, Paris 1966. Trad. española en Pomaire, S. A.
- VEIT, Karl L.: *Erforschung ausserirdischer Weltraumschiffe*. Ventla-Verlag, Wiesbaden-Schierstein 1963.
- WILKINS, Harold T.: *Flying Saucers on the Moon*. Peter Owen, Londres.
- *Flying Saucers Uncensored*. Citadel Press. Nueva York.
- *Flying Saucers on the Attack*. Citadel Press, Nueva York 1954.

AMPLIACIÓN DE LA BIBLIOGRAFIA

- AREJULA, F.: *Hacia una física del OVNI*. Ediciones Cedel, Barcelona, 1973.
- DANYANS, Eugenio: *Platillos volantes en la Antigüedad*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona, 1967.
- *Platillos volantes en la actualidad*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona, 1968.
- DURRANT, Henry: *Le livre noir des soucoupes volantes*. Robert Laffont, París, 1970. (Existe trad. española en Ediciones Daimon.)
- EDWARDS, Frank: *Platillos volantes aquí y ahora*. Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1970.
- *Platillos volantes, asunto serio*. Ediciones Diana, Barcelona, 1966.
- FABER KAISER, Andreas: *¿Sacerdotes o cosmonautas?* A.T.E., Barcelona, 1971. (Edición especial para México en Colección DUDA, Editorial Posada, S.A., 1973.)
- FULLER, John G.: *Incidente en Exeter*. Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1967.
- *El viaje interrumpido*. Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona 1970.
- GALÍNDEZ, Oscar A.: *Los OVNIS ante la ciencia*. CADIU, Córdoba (Argentina), 1971.
- GARREAU, Charles: *Soucoupes volantes — Vingt ans d'enquêtes*. Maison Mame, París, 1971.
- GUASP, Miguel: *Teoría de procesos de los OVNIS*. Edición del autor, c/. Vila Barberá, 8, 10^a. Valencia-7.
- HYNEK, J. Allen: *The UFO Experience*. Henry Regnery Co., Chicago, 1972.
- JESSUP, M. K.: *El caso de los OVNIS*. Populibros «La Prensa», México, D. F., 1956.
- LAGARDE, F.: *Mystérieuses Soucoupes Volantes* (con la participación de A. Michel y J. Vallée). Editions Albatros, París, 1973.

- LORENZEN, Coral and Jim: *Flying Saucer Occupants. A Signet Book*, Nueva York, 1967.
- *UFOs — The Whole Story*. A Signet Book, Nueva York, 1969.
- LORENZEN, Coral E.: *Flying Saucers - The Startling Evidence of the Invasion from Outer Space*. A Signet Book, Nueva York, 1962.
- LLEGET, Màrius: *Mito y realidad de los platillos volantes*. Ediciones Telstar, Barcelona, 1967.
- *Marte: la vida en el Cosmos*. Ediciones Picazo, Barcelona, 1971.
- MARTIN, Charles-Noël: *El Cosmos y la vida*. Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1968.
- MICHELL, John: *Los platillos volantes y los dioses*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona, 1968.
- MINISTRAL, J.: *Tierra-2*: (Novela.) Editorial Bruguera, S.A., Barcelona, 1972.
- MURCIANO, Carlos: *Algo flota sobre el mundo*. Editorial Prensa Española, Madrid, 1969.
- ROMANIUK, Pedro: *Naves extraterrestres y sus incursiones a la Tierra*. Editorial Merlin, Buenos Aires, 1969.
- SAGAN-PAGE: *UFO's — A Scientific Debate*. Cornell University Press, 1972.
- STEIGER, Brad: *Forasteros del espacio*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona, 1967.
- VALLÉE, Jacques: *Pasaporte a Magonia*. Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1972.
- VARIOS: *Los humanoides*. Editorial Pomaire, S.A., Barcelona, 1967.
- VOGT, Cristian: *El misterio de los platos voladores*. Editorial «La Mandrágora», Buenos Aires, 1956.

**REVISTAS Y PUBLICACIONES ESPECIALIZADAS
EN TODO EL MUNDO**

- Stendek*, Servicio Informativo CEI - Publicación trimestral: Apartado 282, Barcelona.
- Flying Saucer Review*, revista bimestral dirigida por Charles Bowen. Para suscripciones dirigirse a: The Editor, FSR PUBLICATIONS LTD., c/o Compendium Books, 281 Camden High Street, London NW1 - Inglaterra.
- Phénomènes Spatiaux*, revista trimestral editada por el GEPA («Groupement d'Étude de Phénomènes Aériens»). Director: René Fouéré. Dirigirse a: 69, rue de la Tombe-Issoire; 75 - París 14 - Francia.
- Spacelink*, dirigirse a: Mr. Lionel Beer - 15 Freshwater Court, Crawford Street - Londres W1H 1HS - Inglaterra.
- Lumières dans la nuit*. Dirigirse a: Monsieur Raymond Veillith - «Les Pins» 43 - Le Chambon-sur-Lignon - Francia.
- Fenómenos aéreos*. Publicación semestral dirigida por Oscar A. Galindez y editada por CADIU (Círculo Argentino de Investigaciones Ufológicas). Dirigirse a: Casilla de Correos, 218 - Córdoba - Argentina.
- Phénomènes inconnus*. Revista bimestral del CFRU (Cercle Français de Recherches Ufologiques) en colaboración con FSU (Fédération Suisse d'Ufologie). Dirigirse a: 1, rue Saint-Exupéry - 38 Grenoble - Francia.
- Canadian Ufo Report*. Revista dirigida y editada por John Magor. Dirigirse a: Box 758 - Duncan - British Columbia - Canadá.
- Visiteurs Spatiaux/Uit de Ruimte*. Revista trimestral del Centro GESAG/SPW, dirigida por Jacques Bonabot. Dirigirse a: Rozendal 17 - 8000 Bruges - Bélgica.

Ufo Nachrichten. Revista mensual dirigida por Karl L. Veit. Dirigirse a: Milanstrasse, 5 - 62 Wiesbaden-Schierstein - República Federal Alemana.

Skywatch. Revista trimestral del centro «Contact (S.A.)». Dirigirse a: P.O. Box 43 - Durban - Natal - Africa del Sur.

The A.P.R.O. Bulletin. Revista bimestral editada por la «Aerial Phenomena Research Organization» y dirigida por Mrs. Coral E. Lorenzen. Dirigirse a: 3.910 E. Kleindale Road - Tucson - Arizona 85.712 - USA.

Boletim S.B.E.D.V. Revista editada por la «Sociedade Brasileira de Estudos sobre Discos Voadores» y dirigida por el doctor Walter Buhler. Dirigirse a: Caixa Postal 16.017 - Correo Largo do Machado - Río de Janeiro - Guanabara - Brasil.

Notiziario Ufo. Revista bimestral del «Centro Unico Nazionale» (CUN), dirigida por Roberto Pinotti. Dirigirse a: Casella Postale 796 - 40100 Bolonia - Italia.

Spaceview. Revista cuatrimestral de la «New Zealand Scientific Space Research», dirigida y editada por Henk J. Hinfelaar. Dirigirse a: P.O. Box 21-007 - Henderson - Auckland, 8 - Nueva Zelanda.

Infospace. Revista bimestral de la «Société Belge d'Etudes des Phénomènes Spatiaux» (SOBEPS), dirigida por Michel Bougard. Dirigirse a: 28, Boulevard Aristide Briand - 1070 - Bruselas - Bélgica.

OTRAS OBRAS DE ANTONIO RIBERA
SOBRE EL MISMO TEMA

F I N

- Objetos desconocidos en el cielo.* Librería-Editorial Argos, Barcelona, 1961. (Agotada.)
- Ellos* (novela). EDHASA (Col. Nebulae), Barcelona, 1959.
- Platillos volantes en Iberoamérica y España.* Ed. Pomaire, S.A., Barcelona, 1968. (Agotada.)
- Platillos volantes ante la Cámara.* Ed. Pomaire, S.A., Barcelona, 1969.
- Proceso a los OVNI.* Dopesa, Barcelona, 1969.
- ¿De veras, los OVNIS nos vigilan?* Editorial Posada, S.A., Colección DUDA, México, D.F., 1973.
- Con Almé Michel, Georges Lehr y Antonio Paluzie: *Los platillos volantes — Pro y contra.* Ediciones Martínez Roca, S.A., Barcelona, 1971.
- Con Rafael Farriols: *Un caso perfecto.* Plaza & Janés, S.A., Editores, Barcelona, 1973. Trad. danesa: *UFOS I Fokus.* Strubes Forlag, Copenhagen, 1972. Trad. italiana: *Prova sull'esistenza dei dischi volanti.* De Vecchi Editore, Milán.
- Artículos y colaboraciones en: *Stendek, Flying Saucer Review, Phénomènes Spatiaux, Lumières dans la nuit*, etc.

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR	11
NOTA PARA LA PRESENTE EDICIÓN	12
INTRODUCCIÓN	13

I. ¿ESTAMOS SOLOS EN EL COSMOS?	23
Posibilidades de vida fuera de nuestro sistema solar, 25. — Hipótesis de Kant-Laplace, 26. — Teoría neolaplaciana de Weizsäcker, 27. — Visitantes interestelares, 30. — Posibilidades de vida en nuestro sistema planetario, 32. — Mercurio, 34. — Venus, 34. — Marte, 36. — Los grandes planetas y sus satélites, 39.	
II. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LOS <i>FOO-FIGHTERS</i> O CAZAS DE FUEGO	45
El teniente George Gorman y la luz voladora, 55. — Las bolas de fuego verde y el «Proyecto Twinkle», 58.	
III. APARECEN EN ESCENA LOS «PLATILLOS VOLANTES»	62
Kenneth Arnold y los nueve discos brillantes, 64. — El misterioso suceso de la isla	

Maury y sus extrañas derivaciones, 67. — Rachas de catástrofes aéreas, 73. — La extraña muerte del capitán Thomas A. Mantell, 75. — El caso de los pilotos Chiles y Whitted, 79. — Observaciones de dos eminentes astrónomos, 82. — La observación de Ananoff, 85.

IV. EL SECRETO DE LAS FUERZAS AÉREAS DE LOS ESTADOS UNIDOS ...

86

Se crea la primera Comisión de Encuesta, 87. — El «C-47» y la «bola de fuego verde», 92. — Creación del «Proyecto Grudge», 94. — La observación de McLaughlin, 101. — El caso del «DC-3», 103. — Los «no identificados», 107. — ¿Armas secretas rusas?, 109. — El OVNI y el proyector, 110. — El «platillo» de Indianápolis, 114. — La emisión de Orson Welles, 115. — La «crisis de julio», 116. — La observación de Oskar Linke, 124. — La conferencia de Prensa del general Samford, 128. — El caso de Desvergers, 133.

V. CRESCENDO ...

138

Las cinco fotos de Río de Janeiro, 140. — El monstruo de Sutton, 143. — Otoño de 1952 en América y Europa, 145. — El episodio del Golfo de México, 148. — La película de Tremonton, 153. — La asamblea de sabios, 154. — Las observaciones recibidas en el ATIC, 155. — El año 1953, 162. — El «benderismo» y los «señores de negro», 169. — Rusia, EE. UU. y la declaración de Quarles, 172. — La carta de Keyhoe al senador Byrd, 173. — Nace el NICAP, 183.

VI. ADAMSKI Y SU DESCENDENCIA ...

188

El «platillo» de Coniston, 199. — Una magna «convención» ufológica, 206. — El «aterriaje» de Noruega, 207. — «El caso más asombroso»... y otro que le va a la zaga, 213. — El «aterriaje» de Kelly, 223.

VII. LA GRAN OLEADA DE 1954 SOBRE FRANCIA ...

232

La ortotenia, 237. — Algunas observaciones notables, 244. — El estudio del doctor Vallée, 289. — Los 100 aterrizajes ibéricos, 294.

VIII. LA OLEADA ESPAÑOLA DE 1950 ...

301

Otras observaciones españolas: La nave portadora de Baleares, 318; El «objeto» de Cuenca, 319; El «aterriaje» de La Coruña, 319; El cilindro de Barcelona, 322; Una fotografía intrigante, 322; Las extraordinarias observaciones del Vallés oriental, 323; El «triángulo volador» de Valladolid, 326; Una observación reveladora, 330; La red ortoténica, 331.

IX. LA GRAN «OLEADA» DEL VERANO DE 1965 ...

334

X. POSIBLES MEDIOS DE PROPULSIÓN Y PROBABLE ORIGEN ...

343

El «Proyecto Magnet», 346. — Otros partidarios del electromagnetismo, 349. — Conclusiones de los científicos canadienses, 350. — El caso del «DC-3», 355. — La teoría del capitán Plantier, 360. — Propulsión iónica. El vehículo del prof. Pagès, 369. — Probable origen, 369. — Oposiciones de Marte hasta el año 1999, 372. — La hipótesis estelar del prof. Oberth, 376. — ¿Bases lunares?, 376.

XI. ¿BASES SUBMARINAS? ...

379

CONCLUSIONES ...

401

Y el problema continúa, 404. — La Asamblea de la AAAS, 413. — El Informe Condon, 415.

I. OBJETOS MISTERIOSOS EN LOS CIELOS DE LA ANTIGÜEDAD Y EDAD MEDIA	425
Egipto, 426. — Japón, 429. — China, 429. — India, 430. — Tibet, 432. — Testimonios bíblicos, 432. — Roma, 439. — De la Edad Media a nuestros días, 443.	
II. CONEXIONES MÍTICAS Y PROTO- HISTÓRICAS	449
Quetzalcóatl, 461. — Mahoma, 465. — Con- clusión, 474.	
III. LOS MAPAS DE PIRI REIS	477
IV. EXTRAÑAS OBSERVACIONES LU- NARES	483
Lista resumida por fechas, 484. — Otras observaciones, 485.	
V. EL ENIGMA DE LOS SATÉLITES DE MARTE	489
VI. SOBRE ALGUNAS EXTRAÑAS SIMI- LITUDES ENTRE LA FOTOGRAFIA N.º 11 DE MARTE TOMADA POR EL <i>MARINER IV</i> Y LA REGIÓN LUNAR DE CLAVIUS	507
VII. LA HIPÓTESIS MARCIANA	519
VIII. LA OPINIÓN MUNDIAL ANTE LOS OVNI. DECLARACIONES DE ALGU- NAS SIGNIFICADAS PERSONALIDA- DES	527
España, 527. — Francia, 527. — Inglate- rra, 528. — Alemania, 528. — Rusia, 531. — Suiza, 532. — Estados Unidos, 532.	
IX. EL «ATERRIZAJE» DE MADRID ...	535
X. LAS OBSERVACIONES ANDORRA- NAS DE JUNIO DE 1967	545
Observación del día 20, 546. — Observa- ción del día 21, 547. — Observación del día 22, 547.	
BIBLIOGRAFÍA	549

TÍTULOS PUBLICADOS

1. PAPILLON. — Henri Charrière	14. ¿ARDE PARÍS? — Dominique Lapierre y Larry Collins
2. LOS DOCUMENTOS DEL PENTÁGONO. — The New York Ti- mes	15. LA GUERRA DE ES- PAÑA EN SUS DO- CUMENTOS. — Fer- nando Díaz-Plaja
3. EN ASIA SE MUERE BAJO LAS ESTRE- LLAS. — José M. Gironella	16. FUNDAMENTOS DE FILOSOFÍA. — Ber- trand Russell
4. ...O LLEVARÁS LUTO POR MÍ. — Domini- que Lapierre y Larry Collins	17. AEROPUERTO. — Ar- thur Hailey
5. MI VIDA. — Chris- tiaan Barnard y Cur- tis Bill Pepper	18. TREBLINKA. — Jean- François Steiner
6. DESIRÉE. — Anne- marie Selinko	19. PIAF. — Simone Ber- teaut
7. SOMBRAS EN LAS ESTRELLAS. — Peter Kolosimo	20. EL «SHOCK» DEL FUTURO. — Alvin Toffler
8. DOS SEMANAS EN OTRA CIUDAD. — Irwin Shaw	21. EL TERCER REICH. — H. S. Hegner
9. LAS MORADAS FI- LOSOFALES. — Ful- canelli	22. LA SOCIEDAD ES- PAÑOLA. — Fernan- do Díaz-Plaja
10. PSICLOGÍA DEL EROTISMO. — Peter Kolosimo	23. PERROS, ¿QUERÉIS VIVIR ETERNAMEN- TE? — Fritz Wöss
11. VIA MALA. — John Knittel	24. UNIVERSO PROHIBI- DO. — Leo Talamontl
12. EL RETORNO DE LOS BRUJOS. — Louis Pauwels y Jacques Bergier	25. EL OBELISCO NE- GRO. — Erich Maria Remarque
13. LAS QUIMERAS NE- GRAS. — Jean Lar- téguy	26. TRAMPA 22. — Jo- seph Heller
	27. EL DECAMERÓN. — G. Boccaccio
	28. LOS MISTERIOS DEL KREMLIN. — Victor Alexandrov

29. HISTORIAS EXTRAORDINARIAS - POEMAS. — Edgar A. Poe
30. ELEMENTOS DE ECONOMIA MODERNA. — Albert L. Meyers
31. HISTORIA DE LOS GRIEGOS - HISTORIA DE ROMA. — Indro Montanelli
32. OH, JERUSALÉN. — Larry Collins y Dominique Lapiere
33. OTRA HISTORIA DE ESPAÑA. — Fernando Díaz-Plaja
34. EL ÁNGEL DEL TROMBÓN. — Ernst Lothar
35. MEMORIAS. — Albert Speer
36. PERSONAJES. — Indro Montanelli
37. DESTELLO DE VIDA. — Erich Maria Remarque
38. TRILOGIA DEL VAGABUNDO. — Knut Hamsun
39. HITLER - HABLA EL FÜHRER. — Helmut Heiber, H. von Kotze, H. Krausnick
40. TRES CAMARADAS. — Erich Maria Remarque
41. LA TARNOWSKA. — Hans Habe
42. LA LLAMADA INFINITA. — Charles Morgan
43. TÚ Y LA VIDA. — Karl von Frisch

ESTIMADO LECTOR,

tal vez este libro ha sido de su agrado, y le gustaría recibir información de otras obras de nuestro catálogo.

Arranque esta hoja (el ejemplar no se estropeará) y, una vez rellenado el dorso, envíenosla al «Departamento de Publicidad» de

Plaza & Janés, S. A. Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Su nombre y los que tenga la amabilidad de facilitarnos quedarán anotados para el envío regular de catálogos, folletos, boletines e información de nuestros libros. Y también para participar en los sorteos de libros que efectuamos periódicamente.

Ello no le obliga a compra alguna

Es una pequeña atención por la molestia que se toma al apoyar la difusión de nuestros libros, por lo que de antemano le damos las gracias.



PLAZA & JANÉS, S. A.
EDITORES

El fondo literario más extenso e importante en lengua castellana

Nombre y apellidos:Edad:

Dirección postal:

Géneros preferidos: Novela psicológica, costumbrista
 Literatura clásica
 Literatura de evasión aventura, intriga, fantasía científica
 Biografía
 Historia
 Religión, moral
 Temas de actualidad política
 Viajes
 Divulgación científica, artística
 Humor

Personas de mi círculo interesadas en la lectura:

Nombre y apellidos:Edad:

Dirección postal:

Nombre y apellidos:Edad:

Dirección postal: